ENRIQUE S. OLCOTT

HISTORIA DE LA
SOCIEDAD TEOSÓFICA

TOMO II

Años 1880 a 1889

Traducción de Mario Martínez de Arroyo (M. S. T.)

EDITADO POR LA COMISIÓN DE DIFUSIÓN Y PROPAGANDA
DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA EN ARGENTINA

1963

CAPÍTULO XV

LOS INCIDENTES DE SIMLA

Después de la publicación del último capítulo de estas memorias, he hallado una circular impresa, redactada por Damodar para los miembros de la Sociedad según extractos de mis cartas privadas que recibió de Simia, fechadas el 4 de octubre de 1880, o sea al día siguiente del almuerzo campestre de que he hablado. Al volverla a leer, veo que mi diario me ha servido bien en cuanto a los detalles, salvo en uno solo; la carta oficial hallada por el mayor en un matorral con su diploma, estaba firmada: "Sinceramente vuestro... (firma en caracteres thibetanos), por H. S. Holcott, presidente de la Sociedad Teosófica". Sin embargo, el texto de la carta era de mi escritura, y si no hubiera estado seguro de lo contrario, hubiese podido jurar que la había escrito yo mismo.

El hallazgo del broche de la señora Hume, tan conocido y comentado por .todo el mundo, sucedió esa misma noche, y voy a contarlo exactamente porque no sólo recuerdo perfectamente los detalles sino que los encuentro también en mi carta a Damodar. Uno de los más importantes ha sido siempre omitido en todas las versiones publicada por los testigos oculares, y es precisamente a favor de H.P.B. y contrarío a toda hipótesis de fraude. He aquí los hechos: Estábamos cenando en casa del señor Hume; éramos once, entre los cuales se hallaban los señores Sinnett y la señora Gordon. Naturalmente, la conversación se desenvolvía sobre el ocultismo y la filosofía. También se habló de psicometría, y la señora Gordon, previo consentimiento de H.P.B. para hacer un experimento, fue a su habitación a buscar una carta que trajo en un sobre en blanco y que entregó a H.P.B. Esta la puso un instante en su frente y se echó a reír: "Es raro —dijo—, veo precisamente lo alto de la cabeza de alguien con los cabellos erizados. No puedo ver la cara. ¡Ah! Ya la veo que sube lentamente. ¡Pero si es el doctor Thibaut!" En efecto, era una carta suya dirigida a la señora Gordon. Todos quedaron satisfechos, y como sucede siempre cuando se anda a caza de fenómenos, pidieron más milagros. Alguien dijo: "¿No querría la señora Blavatsky aportar algo que esté lejos de aquí?

Ella miró tranquilamente alrededor de la mesa y dijo: "Pues bien, ¿quién desea alguna cosa?""Yo", dijo en seguida la señora Hume. "¿Qué es?", preguntó H.P.B. "Si fuera posible, yo desearía hallar una vieja alhaja de familia que no he visto desde hace mucho tiempo: un broche rodeado de perlas". "¿La ve usted claramente en su mente?""Sí, con mucha claridad; se me ha ocurrido de pronto". H.P.B. miró fijamente a la señora Hume durante un momento, pareció hablar consigo misma, y dijo: "No será traída aquí, sino al jardín. Un Hermano acaba de decírmelo". Después de un silencio, preguntó

si había en el jardín un macizo en forma de estrella. La señora Hume dijo que sí. H.P.B. se levantó y señaló con el dedo una dirección: "Quiero decir hacia este lado". "Sí, hay uno en ese lado". "Entonces, venga conmigo y encuéntrela usted misma; la he visto caer como un punto de fuego en un macizo de esa forma". Todo el mundo se levantó, se puso los abrigos y se reunió en el salón para salir juntos, salvo la señora Hume, que no se atrevió a exponerse a la brisa nocturna. Antes de salir, pregunté a todos los presentes si recordaban bien los detalles del incidente y les rogué que dijesen si se inclinaban a la hipótesis de complicidad, o de conversación dirigida voluntariamente sobre el asunto, o de sugestión mental por parte de H.P.B. "Porque —dijo yo— si tan siquiera la sombra de una duda planea sobre el asunto, es perfectamente inútil llevarlo mas adelante". Todos se miraron con aire interrogador, y por unanimidad declararon que todo había sucedido en debida forma y de buena fe. Esto es lo que se había omitido en todos los otros relatos de este hecho, y sostengo que, puestos todos los presentes en guardia, es un absurdo querer hacer una acusación de trampa cuando los hechos son tan sencillos y la buena fe tan perfecta del principio al fin.

Salimos al jardín para buscar la sortija, con linternas, porque la noche estaba oscura y no se veía a dos cuartas. Íbamos en grupos de dos o tres; H.P.B. con el señor Hume; la señora Sinnett con el capitán M., etcétera... El macizo en forma de estrella fue hallado por la señora Sinnett y su acompañante, y descubrieron un paquetito de papel blanco con algo duro dentro. Tuvieron necesidad de apartar todo un enredo de capuchinas y otras lianas, que formaban un tapiz de vegetación. H.P.B. y el señor Hume se hallaban a cierta distancia y yo también, hasta que los felices buscadores nos llamaron para ver lo que habían encontrado. La señora Sinnett se lo entregó al señor Hume, quien lo abrió en la casa, y en el interior del paquetito estaba el broche perdido que se había solicitado. Alguien propuso —ni H.P.B. ni yo— que se hiciese un acta, lo que se hizo, redactada por los señores Hume y Sinnett, y todos los presentes la firmaron. Esa es la verdad pura y simple, sin adornos, reticencias ni exageraciones. Hago un llamamiento a todo lector de buena fe para que decida si era un verdadero fenómeno. Se ha insinuado que aquel broche estaba entre las alhajas recuperadas de un aventurero que tuvo relaciones con la familia del señor Hume y de las cuales se apoderó indebidamente. Supongamos que eso fuese cierto; en nada disminuye el misterio de la reclamación del broche por la señora Hume y su descubrimiento en el macizo del jardín. Lo mismo que en el caso que anteriormente conté, del anillo de oro que H.P.B. hizo saltar de una rosa, no debilita el notable valor del fenómeno en sí. Cuando la señora Blavatsky, en respuesta a la petición de un fenómeno de aporte, miró alrededor de la mesa, no eligió a nadie, sino que la señora Hume fue la primera en hablar, y casi al mismo tiempo que una o dos personas más. En su carácter de dueña de la casa, se le cedió el lugar por cortesía, y entonces fue cuando H.P.B. le preguntó qué era lo que

deseaba. Si algún otro hubiese expresado un deseo que hubiese sido más del agrado de los presentes, H.P.B. habría tenido que satisfacer a esa persona, ¿y en qué quedaría la teoría de la sugestión mental sobre la señora Hume? Ligeramente, se aparta esa dificultad de orden práctico agregando que H.P.B. había hipnotizado a todos los presentes de manera que la señora Hume pidiera justamente el objeto que H.P.B. podía procurar con más facilidad. Pasando por esto, nos hallamos frente a estos hechos importantes: primero, que H.P.B. no había puesto jamás los pies en el jardín del señor Hume; segundo, no había sido llevada hasta su puerta salvo esa noche; tercero, que el jardín no estaba alumbrado; cuarto, que el macizo en forma de estrella no era visible desde el camino de entrada a la casa, y por lo tanto, H. P. B, no podía haberlo visto; quinto, que nadie se movió del comedor después que la señora Hume pidió el broche, hasta que todos nos levantamos de la mesa, y quienes hallaron el broche fueron la señora Sinnett y el capitán M., y no fue H.P.B., que conducía al señor Hume, como muy bien hubiera podido hacerlo si conocía el sitio exacto delescondrijo. En fin, siempre suponiendo que el broche estaba en poder de H.P.B., habría que explicar su transporte al macizo entre el momento de la petición y el del descubrimiento, algunos minutos tan sólo. Los que no tengan un odio inveterado contra nuestra querida y respetada difunta, en favor de los hechos precitados, le acordarán por lo menos el beneficio de la duda, y contarán ese fenómeno entre las pruebas ciertas de sus facultades psico–espirituales.

El brutal ultimátum del mayor, que apagó la alegría de nuestro almuerzo campestre, mantuvo durante varios días a H.P.B. en un estado de agitación, pero lo sucedido en la cena de los Hume, nos trajo la adhesión a nuestra sociedad de varios europeos influyentes y dio ocasión a numerosas pruebas de simpatía hacia mi pobre colega.

El 7 de octubre pronuncié una conferencia en el local del United Service Institute sobre "el Espiritualismo y la Teosofía". Me presentó el capitán Anderson, secretario honorario del Instituto, y el teniente general Olpherts, C. B., V. R. A., con un discurso muy afectuoso propuso que se me diese un voto de gracias. Se me dijo que la concurrencia era la más numerosa que se hubiese visto en Simla. Esa misma noche, asistí al baile de lord Ripon, virrey de la India, en el palacio del gobierno, y recibí numerosas felicitaciones de los amigos por mi conferencia y la mejora de nuestras relaciones con el gobierno.

Día tras día continuábamos recibiendo visitas, invitaciones a cenar, y siendo el acontecimiento del momento. H.P.B. continuaba haciendo milagros, de los cuales algunos me parecieron bien poca cosa y poco elevados, pero eran lo bastante para hacer creer a la mitad de Simla que H.P.B. "tenía pacto con el diablo". Esto es lo que dice mi diario; y veo que el padre de esa teoría fué un tal mayor S., que se lo dijo en su cara y con toda seriedad. El 16 de octubre, la señora Gordon nos invitó a un almuerzo

campestre con los Sinnett y el mayor S. Allí se distinguió H.P.B., sacando de un pañuelo mojado en un plato con agua, otro bordado con el nombre de pila del señor Sinnett. Fue esa noche cuando el señor Hume le entregó su primera carta para ser transmitida al Maestro K. H., comenzando así la tan interesante correspondencia de la que tanto se ha hablado después, de tiempo en tiempo. Cenas y excursiones al campo llenaron los últimos días de nuestra encantadora permanencia en Simla, y uno o dos excelentes fenómenos, mantuvieron el entusiasmo en el más alto grado. De ellos, hubo uno muy bonito: esa noche cenábamos en casa, y la señora Sinnett, H.P.B. y yo, esperábamos en el salón al mayor O. Las señoras se hallaban sentadas juntas en un canapé; la señora Sinnett tenía en la suya la mano de H.P.B. y admiraba por vigésima vez el hermoso diamante amarillo que le había regalado en Galle durante nuestro viaje de ese año. Era una piedra rara y de valor, de hermosas aguas y gran brillo. La señora Sinnett deseaba mucho que H.P.B. lo desdoblara para ella, pero no se lo había prometido. Sin embargo, lo hizo esa noche. Después de haber frotado suavemente la piedra con dos dedos de la otra mano, se detuvo un instante, y después retirándolos mostró la sortija. Junto a ella, entre ese dedo y el inmediato, había otro diamante amarillo, no tan brillante como el original, pero era también una piedra muy hermosa. Creo que está todavía en poder de nuestra querida y buena amiga. Durante la cena de esa noche, H.P.B. no colmó nada, pero todo el tiempo de la comida se calentaba las manos sobre el plato caliente que tenía delante; de pronto, frotándose las manos, una o «los piedras pequeñas cayeron sobre el plato. Los lectores de la biografía de M. A. Oxon recordarán que esos *aportes* de piedras preciosas eran un fenómeno frecuente en él; ya fuese que caían sobre él y en la habitación como una lluvia, o bien que grandes piedras caían por separado. Los orientales dicen que son traídas por los elementales; del reino mineral, que los occidentales llaman gnomos, espíritus de las minas.

El señor Sinnett ha descrito y publicado lo sucedido el 20 de octubre, y que denominó incidente del almohadón. Presenta los caracteres de un fenómeno muy real. Estábamos de excursión en lo alto de Prospect Hill y el señor Sinnett esperaba la respuesta de una carta que había escrito a un Mahatma, pero no la esperaba en aquel momento, porque nos hallábamos en una partida de placer. Pero alguien —ya no recuerdo quién, porque escribo por las escasas, notas de mi diario y sin ver el relato del señor Sinnett— pidió un fenómeno; continuamente había petición de ellos, esa es un agua salada que no deja nunca satisfecho; se decidió hacer *aportar* algo por medio de la magia. “¿Qué lugar designan para el objeto? En un árbol no. Es preciso no quitar interés a los fenómenos repitiéndolos”, dijo H.P.B. a los demás. Después de consultarse entre sí, nuestros amigos convinieron en que fuese dentro del cojín sobre el cual se apoyaba la señora Sinnett en su *jampan*. “Muy bien, dijo H.P.B., ábranle y vean si no hay alguna cosa dentro”. La cubierta exterior era bordada en la cara superior, el

reverso era de cuero a de algo duro, cosido con hilo muy fuerte que estaba cubierto por un cordón, cosido a su vez con pequeñas puntadas. Era un almohadón viejo y la costura se había endurecido tanto, que costó trabajo para deshacerla. Por fin fue abierto y se encontró en el interior otra segunda envoltura que encerraba las plumas, y también fuertemente cosida. Cuando se abrió, el señor Sinnett metió la mano éntrelas plumas y encontró una carta y un broche. La carta era del Maestro K. H. y se refería a una conversación habida entre el señor Sinnett y H.P.B.; el broche pertenecía a la señora Sinnett, que precisamente al salir, lo había visto sobre su tocador. Dejo a las personas inteligentes que saquen las conclusiones de este hecho. El 20 de octubre recibí del gobierno la carta que esperaba, para justificarnos ante los funcionarios anglo–indos, y que por cierto es bastante importante para ser incluida en estos recuerdos históricos. Hela ahí:

"De H, M. Durand, secretario del gobierno de las Indias, al coronel H. S. Olcott, presidente de la Sociedad Teosófica.

ASUNTOS EXTRANJEROS

Simla, octubre 20 de 1880.

"Señor: Tengo orden de acusarle recibo de su carta del 14 de octubre, acompañando el envío de ciertos documentos destinados a ilustrar al gobierno de las Indias y solicitando que los funcionarios, prevenidos contra ustedes sean informados de que el motivo de su residencia en las Indias está ya aclarado.

"2º Debo agradecerle las copias de documentos, que serán conservadas en los archivos del departamento.

"3º Respondiendo a su petición, debo decirle que las autoridades locales que habían sido avisadas de su presencia en el país, van a ser informadas de que las medidas prescritas quedan sin efecto.

"4º No obstante, debo agregar que esta decisión se ha tomado teniendo en cuenta el interés que le demuestran el Presidente de los Estados Unidos y su secretario de Estado, y que no deberá ser considerada como una expresión de la opinión del gobierno de las indias respecto a la "Sociedad Teosóficas" de la cual es usted el presidente.

"Tengo el honor de ser, señor, su muy seguro servidor.

H. M. Durund,

Secretarlo del Gobierno de las ludias".

No nos quedaba nada por hacer en Simla, y dejamos aquella deliciosa estación de montaña, para emprender por las llanuras un viaje que habíamos organizado. Para hacer un resumen sobre los resultados de nuestra permanencia en Simla, puede decirse que habíamos ganado algunos amigos, que libramos a nuestra Sociedad de sus obstáculos políticos, y que cosechamos muchos enemigos entre el público anglo–indo que creía que Satán se mezcla en los asuntos humanos. En un ambiente tan conservador y bien educado, era de esperar que las costumbres bohemias de H.P.B. chocasen con el sentimiento general de las convenciones sociales, mientras que su inmensa superioridad intelectual y espiritual, excitaba la envidia y los resentimientos, y que sus inquietantes poderes psíquicos la hiciesen considerar con una especie de terror. A pesar de todo eso, las ganancias fueron superiores a las pérdidas, y valía la pena de haber permanecido allí ese tiempo.

CAPÍTULO XVI

ESPLENDORES ORIENTALES

Necesitamos setenta días para regresar a Bombay, pues empleamos mucho tiempo en detenciones, visitas, conversaciones de H. P, B. y conferencias de vuestro servidor. A veces los incidentes de esta jira fueron importantes, como por ejemplo, una enfermedad que puso en peligro los días de H.P.B., y siempre dichos incidentes fueron pintorescos. Voy a narrarlos en el orden de su presentación.

El primer lugar donde nos detuvimos fue Amritsar, ciudad que está adornada por la maravilla arquitectónica del Templo de Oro de los guerreros Sikhs. Es asimismo el depósito y principal centro de fabricación de los chales de Cachemira y de los *chowdars* de Rampur, tan apreciados por las mujeres de buen gusto. Como en aquel tiempo nosotros éramos todavía personas gratas para el swami Dyanand sosteníamos las más amistosas relaciones con sus partidarios, y las ramas locales de su Arya Samaj nos hacían en todas partes cordiales recepciones, brindándonos generosa hospitalidad.

El Templo de Oro es en extremo poético; se compone de una cúpula central que se levanta sobre cuatro arcos que coronan los muros de la construcción principal, y está flanqueado en las cuatro esquinas por kioscos moriscos como los del Taj–Mahal. Los muros del templo en su parte superior, están cubiertos de pequeñas cúpulas muy próximas entre sí; de cada lado del edificio sobresalen ventanas ornamentales, cerradas por piedras caladas trabajadas del modo más artístico. En el piso superior, las paredes están divididas en grandes y pequeños recuadros esculpidos. El templo descansa sobre una plataforma de mármol, rodeada por una verja de bronce, en una pequeña isla en el centro de un lago transparente; diríase el ilusorio palacio de un mago emergiendo del mar. El acceso al templo tiene lugar por un camino pavimentado con mármoles italianos, y el lago entero está rodeado por una ancha acera del mismo material. Toda la parte superior del templo es dorada y es esplendor de su aspecto, cuando el sol indo la baña en medio del azul del cielo, más es para ser imaginado que para descrita. En su estado actual, el templo no tiene más de un siglo, porque el santuario original, comenzado en 1580 por Ram Das, y terminado por su hijo, fue minado e hizo explosión bajo Ahmad Shah en 1761, el lago sagrado, *amrita saras* (fuente de inmortalidad) fue llenado de cieno, y el lugar manchado con una masacre de bueyes, especie de prueba de la superioridad de una religión sobre otra, a la cual los soldados fanáticos y los teólogos políticos han recurrido de buena gana. Pero no pretendo desempeñar el papel de guía, ni el de moralista arqueólogo; después de haber dejado nuestra ofrenda de moneditas en el suelo, en el centró del templo, y oído a los *akalis* que salmodiaban los versículos del *Granth,* el libro sagrado de los sikhs, que está escrito en pieles curtidas de búfalos,

nos sentimos felices de podernos retirar a reposar, pues el día había sido muy cansador.

Al otro día, vino de Lahore una delegación de samajistas, presidida por Rattan Chand Bary y Siris Chandra Basu, dos hombres muy inteligentes y honorables, de los que he tenido la felicidad de conservar la amistad hasta el presente. Tuvo lugar una conversación y discusión de las más interesantes, con treinta o cuarenta de los partidarios del swami, y esa noche, cuando nos quedamos solos con los dos amigos antes nombrados, H.P.B. hizo sonar sus campanas astrales con más fuerza y claridad de lo que se lo había oído hacer en la India. Les hizo una proposición que produjo entre ella y los dos amigos una desdichada incomprensión, que es mejor que yo la cuente aquí para impedir que el hecho sea citado contra H.P.B. por sus enemigos. Hasta entonces, el señor Sinnett no había tenido ocasión de discutir la filosofía mística inda con un indígena culto, cosa que lamentaba mucho, y nosotros también. Mantenía su correspondencia con el Mahatma K. H., pero hubiera deseado conocerle personalmente, a por lo menos a uno de sus discípulos. Viendo que Rattan Chand estaba bien preparado para servir de intérprete, H.P.B. con la aprobación del Maestro, según ella, se lo dijo a él y a mí, trató de convencerle de que fuese a ver al señor Sinnett, llevando una carta del Mahátma K. H. y desempeñase el papel de mensajero. No debía dar al señor Sinnett ningún dato sobre sí mismo, sobre su nombre, situación, ni residencia, pero debía responder completamente a sus preguntas sobre temas religiosos y filosóficos; H.P.B. le aseguraba que todas las ideas y argumentos necesarios le serían inspirados en el mismo momento. Rattan Chand y su amigo, no sabiendo hasta qué punto puede llegar esa transmisión de pensamiento, y no viendo ni Mahatma ni carta, demostraron la mayor repugnancia para llevar adelante ese asunto. Sin embargo, terminaron por aceptar, y regresaron a Lahore para obtener el permiso necesario y volver al día siguiente. Cuando se marcharon, H.P.B. me expresó su satisfacción, diciendo que la misión sería muy real, haría muy buen efecto sobre el señor Sinnett, y sería muy favorable al karma de los dos jóvenes. Pero al otro día, en lugar de volver, mandaron un telegrama diciendo que rehusaban en absoluto seguir la empresa, y por carta explicaron claramente que no querían prestarse al desengaño que según creían habían de sufrir. La contrariedad e indignación de H.P.B. se manifestaron sin ambages. No vaciló en decir que eran un par de imbéciles por haber estropeado una ocasión que pocas personas consiguen, de trabajar con los Maestros cumpliendo grandes planes. Me dijo también que si hubiesen venido, la carta hubiera caído del cielo ante ellos y que todo habría salido bien. Ese es uno de los casos en que una cosa perfectamente posible para un ocultista, cuyos sentidos interiores están desarrollados y cuyas facultades psico–dinámicas están en plena actividad, parece absolutamente imposible al hombre corriente, que no puede concebir cómo podría alcanzarse el objeto deseado no empleando el fraude y cómplices. No estando aún bastante desarrollados, nuestros jóvenes amigos fueron dejados libres de

preparar su karma y eligieron el partido que les pareció más conveniente. H.P.B. dijo que con eso se habían perjudicado. ¡Cuántas veces la pobre H.P.B. no ha sido así mal comprendida, y censurada por la ignorancia espiritual de los demás, cuando su mayor deseo era ayudarles?

Después de mediodía volvimos al templo para disfrutar una vez más de sus bellezas. Allí se veían centenares de fakires y de *gossains* más o menos horribles, akalis en oración, una multitud de peregrinos prosternados, lámparas que brillaban en el interior del templo, grandes punjabis llenos de majestad que circulaban por la acera de mármol, y por todas partes animación y vida. La muchedumbre nos seguía cortésmente; nos dieron guirnaldas y dulces en el templo, y en un santuario donde se conservan los sables, las cotas de malla y los discos de acero templado de los sacerdotes guerreros sikhs, recibí con gran alegría una cariñosa sonrisa de uno de los Maestros que por el momento parecía ser uno de los akalis guardianes del tesoro. Nos dio a los dos una rosa, y en su mirada había una bendición. Como puede suponerse, me corrió por todo el cuerpo un escalofrío, cuando sus dedos me tocaron al entregarme la flor.

El 27 de octubre di una conferencia ante un numeroso auditorio sobre el tema "La Arya Samaj y la Sociedad Teosófica", y el 28 otra sobre "El Pasado, el Presente y el Porvenir de la India". El texto se encuentra en mi libro *Theosophy, religion and occult science.* Las personas que creen que los indos no tienen patriotismo, deberían haber visto el efecto de aquella conferencia sobre la numerosa asamblea. Cuando yo describía la antigua grandeza de la India y su actual abyección, oíanse murmullos de placer o suspiros; tan pronto aplaudían con vehemencia como guardaban silencio llenos de lágrimas los ojos. Yo me sentía a la vez sorprendido y encantado, a la vista de su dolor silencioso me impresionaba tanto, que casi no podía continuar. Fue una de las frecuentes ocasiones en que los vínculos de fraternal afecto que nos unían a los indostanos se estrechaban, y nos sentíamos felices por haber podido establecernos en aquel país para servir a nuestros hermanos espirituales. Recuerdo un sentimiento del mismo género cuando acompañé a la señora Besant en su primera jira por la India. Era en algún sitio del sur de la India y ella hablaba, si mal no recuerdo, de "El lugar de la India entre las naciones". Cediendo a la inspiración divina y empleando casi idénticas expresiones, entusiasmó a su auditorio, y hubiérase dicho que éste era una gran arpa sobre la cual sus hábiles dedos podían despertar cualquier acorde. En el coche, cuando regresábamos, ninguno de los dos podía hablar, estábamos sumergidos en un éxtasis silencioso como el que acaba de salir de un concierto donde un gran músico ha evocado al cielo. El que no ha sentido ese estremecimiento de la inspiración que lo atraviesa por entero, no sabe lo que quiere decir la palabra "oratoria".

Es necesario que hable aquí de la visita de un pandit de Jummo, Cachemira, a causa de lo que dijo acerca del estudio del sánscrito. Su voz era clara y firme, su lenguaje fácil, y su figura imponente.

Tuvo con nosotros una larga e interesante discusión, y nos hizo el efecto de ser un sectario más que un ecléctico. Al irse, se volvió hacia mí y dijo que me era absolutamente necesario aprender el sánscrito, porque sería la única lengua útil para mí en la próxima encarnación. Tal vez pensaba que renaceríamos en algún *panditloka* desconocido hasta la fecha.

Nuestra permanencia en Amritsar se prolongó por algunos días para ver al Templo de Oro y su lago iluminados el *Divali* que es su primer día del año. El espectáculo bien valía la pena. Un coche vino a buscarnos de noche y nos condujo a la torre del reloj, construcción moderna que domina el lago y desde donde tuvimos una vista muy hermosa. El soberbio templo estaba cubierto de lámparas alternativamente rojas y doradas, que le daban el aspecto de una gloria deslumbradora. Su base desaparecía bajo una capa de *chirags,* que son unas pequeñas lámparas de arcilla en forma de yoni, que se sujetan a un enrejado de bambú hecho según dibujos geométricos, como se ve en toda la India del Norte en los balcones, ventanas, puertas, etc. De lejos, el templo parecía envuelto en un encaje de fuego. Unos magníficos fuegos artificiales como sabe hacerlos la India, nos transportaron al país de las hadas. Había grandes vasos de fuegos de bengala, otros que arrojaban llamas, soles, candelas romanas, cohetes y bambas, eran lanzados de los cuatro ángulos del monumento; cada color luminoso teñía el cielo, se reflejaba sobre la lisa superficie del lago, e iluminaba un modelo de antiguo navío indo, que se hallaba amarrado a la orilla. De tiempo en tiempo se soltaban globos luminosos, que subían suavemente en el cielo sin nubes, y veíamos alejarse a las lucecitas como si fuesen estrellas flotantes. Las grandes piezas de artificio representaban emblemas religiosos, el *lingam,* el *yoni,* el doble triángulo de Vishnú, y otros. Cada nuevo fuego era acogido con grandes gritos, tañidos de campanas y la música de un regimiento. En medio de la excitación general, se desplegaba alrededor del lago una procesión de unos mil sikhs, llevando a su cabeza un alto akali que era portador de la bandera del gran Gurú, y todos cantaban himnos en honor de su fundador, Nanak.

Al siguiente día, en Lahore, fuimos cordialmente recibidos. Los diarios anglo–indos estaban entonces llenos de mala voluntad hacia nosotros, y eso nos hacía apreciar aún más la amistad de los indos. Pronuncié una conferencia ante la numerosa concurrencia habitual, el domingo 7 de noviembre, y entre los europeos presentes se encontraba el doctor Leitner, el célebre, orientalista, en aquel tiempo presidente de la Universidad del Punjab.

Todo nuestro tiempo estaba ocupado por las recepciones y por discusiones sobre temas religiosos, y sin embargo, no dejamos de tener algunas distracciones de otra clase, como fue la entrada de lord Ripon el día 10, que fue brillantísima. Iba sobre un gran elefante enjaezado con un caparazón de paño dorado, y cuya cabeza estaba cubierta por enormes adornos dorados. Con todo ello hacía juego el howdah, y un quitasol de oro era sostenido sobre la cabeza de Su Excelencia por un indo ricamente

vestido. Seguían los Maharajahs y los Rajahs del Punjab, sobre elefantes, según su rango, y todos iban escoltados —H.P.B. decía vigilados— por civiles europeos, también sobre elefantes. Había caballería europea y bengalí, tropas indígenas vestidas de rojo, piqueros y alabarderos indos, ojeadores, músicos, tambores y platillos. En fin, algo parecido al desfile de un circo Barnum, donde sólo faltaban las fieras, y en el que había hasta el carro de la música, para que la ilusión fuese completa! Estoy seguro de que todos los ingleses que formaron en aquella parada se sentían ridículos, y los jefes indígenas, en otro tiempo independientes, sentíanse humillados por esa pública exhibición de los conquistadores y los vencidos, de la que todo el mundo comprendía bien el significado. Vimos la ceremonia desde una de las torrecillas de la estación, que está almenada y parece una fortaleza, como que está construida para ser usada como tal, si llegase el caso. Los comentarios de H.P.B. sobre el desfile y sus brillantes actores, me mantuvieron de buen humor, y más tarde, en una de sus incomparables cartas al *Russky Vyestnick,* hizo reír a toda Rusia con el incidente de la ausencia del Maharajah de Cachemira, a quien se creyó en tren de conspiraciones, y que no había concurrido sencillamente porque tenía un cólico…

En honor a la visita del virrey, se iluminaron los[1] célebres jardines de Shalimar, plantados por Ali Mardan Khan en el siglo XVII, y que de todos los espectáculos que he visto en la India fue uno de los más agradables. Los jardines representaban, en su forma original las siete divisiones del paraíso de Mahoma, pero sólo quedan tres. El centro está adornado por un estanque bordeado de una especie de almena artísticamente recortada, y atravesada por tubos para los surtidores de agua. Una cascada cae sobre una pendiente de mármol, hay kioscos, torres y otras construcciones, y largos estanques estrechos encuadrados por verde césped. Representaos lo que será aquel parque en una estrellada noche del cielo indo, brillando infinidad de *chirags* que marcan el borde de los estanques y de todas las avengas, con los árboles iluminados por linternas de color, el lago ceibal transformado por las luces de los fuegos de bengala, y con todos los paseos y avenidas atestados de un pintoresco gentío, con trajes brillantes y varoniles. He visto muchos países y pueblos, pero nada que pueda compararse a esa reunión de sikhs, punjabis, cachemiris y afganos, con sus vestidos de oro y plata, sus colores fiaros y sus turbantes de todos los matices más delicados que el arte del tintorero pueda producir.

CAPÍTULO XVII

BENARÉS LA SANTA

Al día siguiente de la fiesta de los jardines Shalimar tuvimos nuestra primera ocasión de conocer directamente las doctrinas de la Brahma Samaj. El babú Protap Chandra Mozumdar dio una conferencia a la cual asistimos. Nuestra primera impresión fué la de los millares de oyentes de sus discursos, a la vez elocuentes y sabios. Como para todos los viajeros que llegan a la India, fue para nosotros una sorpresa oír el inglés admirable de un indo culto, y hasta el final nos mantuvo bajo su encanto. Pero cuando nos pusimos a recapitular, encontramos mayor cantidad de música que de alimentos sólidos en su alocución. Esta nos pareció más cerca de la retórica que de la erudición, y volvimos poco satisfechos, como de una cena compuesta sólo de merengues de crema. Su definición de la naturaleza y principios de su Sociedad, era muy clara, por cierto; el tema era: "La Brahma Samaj y sus relaciones con el Indoísmo y el Cristianismo". Hablaba improvisando, o por lo menos sin notas, y no sólo vaciló jamás sobre una palabra, sino que nunca dejó de elegir el mejor de los sinónimos para expresar su idea. Se parecía en esto a la señora Besant.

Nos dijo que la Brahma Samaj toma todo lo que es bueno de los *Vedas*, los *Upanishads,* los *Puranas* y el *Gitá,* así como del Cristianismo, y rechaza las escorias. Durante mucho tiempo, el libro de la asociación no contuvo más que extractos de los *Upanishads, y* me pareció una lástima que no se hubiesen contentado con eso. Están de acuerdo con los cristianos sobre la impotencia del hombre y su entera dependencia de un dios personal, y habiendo en cierta ocasión oído desde la puerta una de sus reuniones de oración, me chocó su sabor no conformista. Practican una especie de yoga y siguen el Bhakti Marga, sendero por el cual el Ejército de Salvación marcha al son de sus trombones y platillos. Teísta convencido, Protap babú habló de Jesús como de un personaje más glorioso que ningún otro en la historia, pero, sin embargo, humano.

El durbar dado por lord Ripon bajo una tienda, era un verdadero contraste con la reunión ya mencionada. Se había construido una inmensa sala con un toldo rayado de blanco y azul, las paredes era de tela, había tapices rojos y todo estaba iluminado por arañas estilo rococó. El virrey estaba sentado en un tronco plateado; vestía su gran traje de corte, adornado con profusión de bordados de oro, pantalón corto blanco, medias blancas de seda; la cinta azul de la orden del baño atravesaba su pecho en medio de una cascada de condecoraciones, como un azulado riachuelo corriendo entre márgenes de pedrería. Detrás de él, fornidos criados punjabis vestidos con traje oriental agitaban abanicos de color escarlata, bordados con las armas reales; otros dos tenían espantamoscas de cola de

yak blanco del Thibet, y otros dos sostenían sendos cuernos de la abundancia; todos, emblemas del poder soberano. El conjunto aparecía para los ojos americanos, como un gran esfuerzo decorativo.

La asamblea estaba sentada en filas de sillas paralelas que se daban frente; los europeos a la derecha de Su Excelencia, los indos a su izquierda, y un ancho paso dejado entre ellas, iba desde la puerta hasta el trono. Los Maharajas, los Bajas y los otros Príncipes indígenas ocupaban un sitio según su rango, colocándose los de mayor jerarquía cerca del virrey. A su llegada, cada príncipe era saludado con una descarga de artillería, las tropas presentaban armas, y tocaba la música. El maestro de ceremonias, con traje de diplomático, los conducía hasta el pie del trono; ofrecían un *nuzzur* (regalo de cierto número de monedas de oro), que el virrey "tocaba y devolvía", es decir, que no lo guardaba. En seguida, después de un saludo, cada uno era conducido a su sitio y le tocaba el turno a otro. ¡Qué aburrimiento tener que estar ahí en el trono durante la repetición de todas esas pantomimas! Yo me preguntaba cómo el virrey podía no bostezar abiertamente hacia el final de la ceremonia. Pero era un hermoso espectáculo, que valía la pena de verse una vez. Después de la recepción de los príncipes, el virrey tenía que ofrecerles soberbios presentes de joyas, armas montadas en plata, sillas de montar, etc., que los príncipes "tocaban" y que eran en seguida retirados por los criados. No puede verse un mayor contraste que el de los trajes magníficos y turbantes adornados con pedrería, con los trajes sombríos, triviales y sin elegancia de los europeos civiles.

Dos días después, dejando a H.P.B. en Lahore, fui a dar una conferencia en Multan; cinco años antes, en la misma fecha, pronuncié mi discurso de inauguración ante la Sociedad Teosófica entonces en la cuna. Cuando regresé a Lahore encontré a la pobre H.P.B. sufriendo una fiebre del Punjab, cuidada por el fiel Babula. Estaba agitada, ardiendo, y se quejaba de sofocación. La velé toda la noche, pero no quiso permitirme que hiciese buscar un médico, asegurando que por la mañana estaría mejor. Pero no fue así, al contrario; y llamado el mejor médico de la localidad, halló que el caso era grave, prescribiendo quinina y digital. Yo tenía que pronunciar esa noche una conferencia, y la di; después reanudé mi papel de enfermero, y los remedios procuraron a la enferma una noche de buen reposo. Al otro día, la crisis ya había pasado y el médico la declaró fuera de peligro. Después de otra buena noche, dio evidentes pruebas de convalecencia comprando unas cien rupias de chales, bordados y otras fantasías, a uno de esos vendedores ambulantes que en la India asaltan a todos los viajeros en las galerías de sus casas. Se distrajo con un experimento magnético que hice esa noche con nuestros visitadores indos, que deseaban saber cuál de entre ellos era sensible a la influencia magnética. Los hice que se colocasen de pie, cara a la pared, con los ojos cerrados y tocando la pared con la punta de sus pies, mientras yo me colocaba silenciosamente detrás de cada uno poniendo las palmas de las manos vueltas hacia su espalda, sin tocarlo; concentrando mi voluntad, los hacía caer

hacia atrás en mis brazos extendidos. H.P.B. vigilaba sus caras para que no mirasen, y yo los atraía. Desearía saber cómo explican este sencillo pero notable fenómeno los hipnotizadores que niegan la existencia de un aura magnética. Ninguno de los sujetos había estudiado ni una palabra de la ciencia magnética, y yo no les había dicho nada de mis intenciones.

Que las compras tuviesen o no la culpa, el hecho es que H.P.B. tuvo una recaída y pasó mala noche, agitada, quejándose y con momentos de delirio. Al otro día por la mañana estaba mejor, y se consoló con nuevas compras. Esa noche tomamos el tren para Amballa, y desde allí para Cawnpore, donde sostuvimos largas discusiones metafísicas, y donde di dos conferencias; luego regresamos a Allahabad, a casa de nuestros buenos amigos los Sinnett.

Dejé a mi colega a sus buenos cuidados, y fui a Benarés a casa del venerable Maharajah, hoy difunto, cuyo título con tanta frecuencia mencionado a los libros indos y buddhistas, se remonta a la más remota antigüedad. Mandó a la estación su coche y a varías personas de su séquito para recibirme en su nombre. Me alojaron en un pabellón próximo a su palacio, junto a un gran estanque en el que se reflejaba un espléndido templo que había hecho levantar.

Fui recibido por el Maharajah el siguiente día por la mañana, y como era el cumpleaños del joven príncipe, había gran *nautch* en palacio. El Maharajah, que tenía el aire de un patriarca con su bigote y cabellos blancos, me demostró mucha benevolencia y me hizo sentar sobre unos almohadones de color rojo y plata, bajo un dosel de cachemira bordado, sostenido por pértigas de plata, junto a él y a su hijo. El iba vestido con un traje de cachemira verde con pantalones y chaleco de seda y un gorro de brocado. Su hijo llevaba un traje de brocado verde rameado tejido con oro *y* un gorro adornado con un penacho de diamantes.

El *nautch* indo es la más lamentable de las diversiones, y propia para hacer bostezar a los occidentales. Tres muchachas, bonitas y ricamente vestidas, y una mujer vieja, se balanceaban al son de instrumentos indos; se sucedían interminables posturas, zapateos, vueltas y revueltas; después, gestos con las manos retorciendo los dedos como serpientes, canciones incendiarias en indi acompañadas de gestos obscenos y guiñar de ojos; el total repugnaba y daban ganas de irse al jardín a fumar una pipa. Mas el viejo Maharajah parecía divertirse y nos sonreía benévolamente con sus anteojos de oro, de suerte que tuve que permanecer allí y tener paciencia. Tenía ante sí un enorme *chillum* de plata (narghileh), cuyo tubo flexible estaba forrado de seda blanca y se terminaba por una boquilla adornada con pedrería y que chupaba constantemente. Cuando por fin pude retirarme, me puso alrededor del cuello una cinta tejida de rojo y oro, me echó perfumes en las manos, y me dijo que había tenido mucho placer en verme. Decidió que se me instalase en la ciudad, en su gran palacio

llamado La Moneda, y que yo diese una conferencia el martes siguiente.

El palacio de La Moneda tiene ese nombre a causa de que los antepasados del Maharajah allí acuñaban antaño su moneda. Es un gran monumento que casi me hacía pensar en el palacio de Versalles, constituye un teatro ideal para las apariciones de fantasmas. Por lo menos, tal me pareció cuando esa noche me quedé solo en una enorme habitación, bastante mayor que el salón de conferencias, y esperaba ser despertado por una zarabanda de aparecidos. Mas no hubo tal cosa y dormí en paz.

El erudito doctor Thibaut, principal del colegio de Benarés, vino a cenar conmigo y pasamos la velada en provechosas conversaciones. Al otro día le devolví su visita, y el día siguiente lo empleé en ir a ver a Majji, la mujer asceta o *yogini,* y la encontré muy amable y comunicativa sobre temas religiosos. Después, más tarde, visité a un viejo *swami,* del que quedé encantado. A las seis de la tarde, di mi conferencia ante un numeroso auditorio, que, según se me dijo, estaba formado por “toda la aristocracia y los sabios de Benarés". El anciano Maharajah y su hijo se hallaban presentes, y Raja Sivaprasad me sirvió de intérprete con gran habilidad.

El, el doctor Thibaut y yo, fuimos una mañana a dar una vuelta por el Ganges en una embarcación, para ver el espectáculo único de las abluciones rituales de millares de indos piadosos. Cubrían las escalinatas de los *ghats* desmoronados y de los palacios semiarruinados que bordean el rió. Oraban en cuclillas, sobre pontones de madera, al abrigo dé quitasoles o de esteras de hojas de palmera. Se metían en el agua hasta las rodillas, lavaban sus ropas y las golpeaban sobre los escalones de piedra; veíanse ascetas que empolvaban su cuerpo con ceniza; las mujeres bruñían con arena sus vasijas de cobre hasta que parecían de oro; después las llenaban con agua del Ganges y las llevaban apoyadas en su cadera izquierda. Había mucho público en el *ghat* donde se quema a los muertos, mirando los que se quemaban y los que esperaban su turno. El sol levante iluminaba aquellos brillantes colores, los blancos turbantes y la multitud que se apretujaba subiendo y bajando las anchas escaleras que conducían a las calles igualmente llenas de gente, mientras que originales embarcaciones con la proa en forma de pavo real, se hallaban amarradas a la orilla o se deslizaban por el río. En ninguna parte del mundo puede verse nada parecido a la santa Benarés al comenzar el día.

Y lo más impresionante es que ese mismo espectáculo se repite todos los días desde las más remotas edades; tal como hoy se le contempla, era cuando el Avatar de Krishna vivía entre los hombres. Empero, no podría predecirse cuánto tiempo durará todavía; la mano del tiempo pesa sobre los palacios que adornan la margen del río, algunos de los más majestuosos se caen en ruinas. Pesadas masas de mampostería se han deslizado unas sobre otras y sus cimientos han desaparecido

bajo el agua, el estuco se desprende de los muros y deja al descubierto los ladrillos. La gran mezquita que domina el conjunto fue edificada con las piedras de los antiguos templos que los conquistadores demolieron. El *ghat* de los muertos es horrible y desolado, las hogueras se levantan sobre capas de despojos; hasta los hombres de castas elevadas que se ven haciendo sus oraciones, parecen que en su mayoría cumplen sus deberes religiosos maquinalmente, más bien para ser vistos por los demás que impulsados por un profundo sentimiento religioso. El progreso occidental, que quita a las naciones su espiritualidad enriqueciéndolas, parece haber escrito sobre ese Santo de los Santos de los viejos aryos: *Ichabo*. Deja vacíos los corazones llenando los bolsillos.

Mis amigos me llevaron a ver un célebre yogi del cual no he anotado el nombre en mi diario. Estaba en cuclillas en el patio triangular de una casa a orillas del Ganges y rodeado de unas cincuenta o sesenta personas. Era un hombre alto y hermoso, de aspecto venerable, que parecía sumergido en la meditación y parcialmente en trance. Su aseo contrastaba agradablemente con la suciedad y abandono habituales de los sannyásis. Se me dijo que era profundamente versado en el sistema de Patanjali y que desde hacía muchos años estaba considerado como uno de los principales yogis de la India. Todavía novicio en el país, creí lo que se me decía y le demostré mi respeto a la, antigua moda del país. Hablé un poco con sus discípulos y me marché. Pero mis ilusiones se disiparon pronto; supe que sostenía un pleito por la suma de 70.000 rupias y lo defendía con energía. Verdaderamente, un yogi que pleitea por rupias era una anomalía, y no necesito decir que no renové mi visita.

Al otro día vi por primera vez al pandit Bala Shastri. Thibaut lo consideraba como el primer sanscritista de la India. Era el gurú de varios de los principales príncipes indos y disfrutaba del respeto universal. Ya ha muerto, y es una pérdida que parece irreparable para el país. Yo quisiera que los literatos occidentales le hubiesen visto como yo lo ví aquel día. Pálido, delgado, de mediana estatura, de modales calmos y dignos, una expresión dulce y atrayente, sin trazas de animalismo ni de pasión sórdida, la fisonomía de un poeta y de un sabio, que viviendo en el mundo del pensamiento no tenía ningún contacto con el mundo exterior. Unos ojos negros, brillantes, dulces y sinceros, iluminaban ese hermoso conjunto, y el recuerdo de su mirada se me presenta todavía claro, al cabo de diez y seis años. Otro pandit, bibliotecario del colegio de Benarés, le acompañaba y tomó parte en la discusión. Hice todo lo posible por convencerles de la urgente necesidad de un renacimiento de la literatura sánscrita para entregar al mundo lo que de precioso encierra, en un momento como el actual, en el que todas las esperanzas espirituales parecen ahogadas bajo las aguas de la inundación materialista. Llegué hasta decir a Bala Shastri que si la religión y la filosofía indas sufrían un eclipse, él tendría una gran parte de responsabilidad en tal desastre, puesto que era más capaz que nadie de poner un dique a la corriente. Le propuse que nos asociásemos, él como representante de la clase de los panditsy yo

como el de una agencia universal de propaganda; le pedí que convocase una asamblea de los principales pandits de Benarés y me permitiera hablarles; aceptó y confió las primeras gestiones a Pramada Dasa Mittra.

H.P.B. llegó de Allahabad a las cuatro, y sentimos tanta alegría al vernos de nuevo, como hiciese mucho tiempo que nos hubiéramos separado.

Capítulo XVIII

EL AMO DE LOS DJINNS

Pasamos juntos ocho días en Benarés, y durante ese tiempo vimos con frecuencia al anciano Maharajah, a las personas de su séquito, y a los otros notables de la ciudad. Su Alteza envió temprano a su secretario a preguntar por H.P.B. el día siguiente de su llegada, y más tarde vino él mismo con dos intérpretes y pasó con nosotros dos horas discutiendo asuntos religiosos y filosóficos. En otra ocasión, trajo a su tesorero y nos ofreció una importante suma (varios millares de rupias) para nuestra Sociedad, si H.P.B. quería hacerle ver un milagro. Ella rehusó, naturalmente, hacer nada para él, como lo había rehusado antes a otros indos ricos —entre ellos, al finado Sir Mungaldas, de Bombay—, pero inmediatamente de marcharse el Maharajah, produjo varios fenómenos para algunos visitadores pobres que no hubieran podido darle ni diez rupias. Sin embargo, dijo al anciano príncipe un secreto importante para que hallase ciertos papeles de familia que, si no me equivoco, fueron ocultados apresuradamente cuando la Revolución. Tengo razones para creer que el Maharajah, aunque decepcionado, la respetó más que si hubiese aceptado su regalo. El desinterés se considera siempre en la India como una buena prueba de la piedad de los instructores. El yogui de Lahore que mostró su *samadhi* a Runjeet Singh, se perdió ante el concepto de este último aceptando sus ricos presentes. "Sin eso, me dijo uno de sus antiguos criados en Lahore, el Maharajah le hubiera guardado junto a él toda su vida, venerándolo como a un santo".

Repetimos con los mismos compañeros y con H.P.B., el paseo matinal en una embarcación por el Ganges, Esta vez hicimos detener nuestra embarcación cerca del Ghat de los Muertos para observar toda la ceremonia de la incineración, desde la llegada del cuerpo y su último baño en el río, hasta la dispersión de sus cenizas en la corriente. Era un espectáculo muy realista, sin poesía ni delicadeza, y si la cremación hubiese sido introducida en Occidente bajo esa forma grosera, estoy seguro de que no se hubiera encontrado un segundo cuerpo para ser quemado. El empleo del horno crematorio quita a la operación lo que tiene de repugnante, y no es de extrañar que esta manera de disponer de los muertos se haya hecho tan popular.

Ese mismo día nos llevaron, a ver una feria musulmana, donde vimos el primer ejemplo de la extraordinaria destreza que los indos adquieren en el manejo del sable. Un hombre se acuesta boca abajo, con la barba apoyada sobre una guayaba del tamaño de una pera mediana. Otro hombre vuelto de espaldas al primero, marca el compás con los pies y todo su cuerpo al ritmo de un tam-tam; empuña un sable cortante como una navaja de afeitar, y lo agita rítmicamente; de pronto, se vuelve,

levanta su sable y corta en dos la guayaba bajo la barba del otro hombre. Todavía ahora me estremezco al pensar lo que hubiera sucedido si el sable se hubiese desviado sólo una línea. La misma prueba de destreza se repitió con limones puestos bajo el talón desnudo de un hombre. Es preciso observar que el que ejecuta la prueba está vuelto de espaldas y no puede mirar al sitio del golpe más que mientras el sable está en el aire.

Empleábamos nuestro tiempo en conversaciones, conferencias públicas, visitas del Maharajah y de otros príncipes o burgueses, y en excursiones para visitar templos y monumentos antiguos. Un tal Mohamed Arif, que vino a vernos, nos interesó mucho; era un funcionario de uno de los tribunales, y hombre muy sabio. Conocía a fondo la literatura del Islam y nos enseñó un cuadro que había preparado, y en el cual se hallaban inscritos los nombres de unos 1.500 adeptos célebres o místicos, desde el Profeta hasta nuestros días. Se ocupaba también de Alquimia, y a petición mía consintió en ensayar un experimento ayudado por mí. Trajo del mercado algunos espesos y grandes *brattis* (panes de boñiga de vaca, seca y prensada), un poco de carbón vegetal y dos rupias de Jeypur que son de plata pura, y también algunos productos vegetales secos. Hizo un pequeño agujero en el lado plano de cada *bratti* y lo llenó de clavos de olor machacados, corteza de ahindra y de ebchum (mirobalanos[1] según creo); metió una rupia en uno de los agujeros, lo cubrió con el otrobratti y prendió fuego al de abajo. Hizo lo mismo con la otra rupia, encerrándola entre otros dos brattis. Las boñigas ardían lentamente y no quedaron reducidas a cenizas sino al cabo de dos horas. Las rupias fueron transportadas a otros pares de brattis, y después a unos terceros y abandonadas así mismas toda la noche. Al otro día por la mañana debíamos encontrarlas completamente oxidadas, es decir, que el metal puro debía convertirse en óxido de consistencia de cal, desmenuzable en polvo entre los dedos. Pero el experimento sólo resultó a medias, porque la parte externa de las rupias estaba, en efecto, oxidada, pero el interior se hallaba aún intacto. Mohammed Arif, poco satisfecho de ese resultado, quería recomenzar el experimento, haciéndolo en mejores condiciones, pero nos faltó el tiempo y no pudo hacerse antes de nuestra salida de Benarés. En fin, lo cierto es que se había producido una oxidación parcial, que no puedo explicarme, por medios tan sencillos como el fuego lento de seis brattis y algunas pulgaradas de clavos de olor y otros vegetales similares[2] Mohammed Arif sentía el mayor respeto por los modernos descubrimientos de la ciencia, pero afirmaba que todavía quedaba mucho por aprender de los antiguos sobre la naturaleza de los elementos y sus posibles combinaciones. “Es teoría aceptada desde hace largo tiempo éntrelos alquimistas de la India —me dijo— que si se reduce

[1] Género de plantas combretáceas, compuesto por lo menos de unas 50 especies originarias de la zona intertropical. Ahora ha decaído en uso en medicina, en otro tiempo muy empleado. (N. del T.)

[2] La plata no se oxida al aire, ni en frío, ni en caliente. Puede oxidarse en presencia del oxígeno ozonizado. Obtiénese el protóxido de plata cuando se precipita, una sal de Plata por medio del hidrato de socio o de potasio. Pero este óxido se descompone con facilidad en oxigeno (que queda libre) y la plata metálica, en cuanto se le calienta. (N. del T.)

un diamante a polvo por un procedimiento que ellos conocen, esas cenizas mezcladas con estaño fundido, pueden cambiar a este estaño en plata. Está claro que el experimento carece de interés desde el punto de vista comercial, puesto que el agente transformador es más costoso que el producto obtenido. Mas no deja de ser una idea sugestiva, porque si las cenizas de una substancia que contiene carbono, obtenidas por determinado procedimiento, son capaces de transformar el estaño en plata, se puede pensar que tal vez las cenizas de otra sustancia de composición muy aproximada a aquella darían también el mismo resultado, con las operaciones apropiadas. Si el hierro adicionado de carbono se convierte en acero por una ley secreta que no se conoce bien todavía, ¿por qué sería inverosímil que el carbono combinado con el estaño por algún procedimiento aún no descubierto por los químicos europeos, lo endureciera dándole propiedades tan diferentes como las del acero lo son de las del hierro? Es verdad —prosiguió el alquimista, mirándome con sus ojos inteligentes que la química moderna no conoce afinidad entre el carbono y el estaño, pero no la niega tampoco. Nos consta que en los tiempos antiguos sabíase dar a los instrumentos de cobre la dureza y el temple del acero, pero el secreto se ha perdido. Los químicos harán bien en reflexionar antes de sentar juicio inapelable sobre lo que era posible o imposible a los alquimistas. Todavía tienen mucho que aprender antes de hallar de nuevo las artes antiguas, hoy perdidas. Los alquimistas indos han probado que saben endurecer el estaño combinándolo con el carbono, y por lo tanto, se hallan más adelantados en metalurgia que los químicos modernos".

"Pero, le pregunté yo, ¿por qué la Alquimia ha pasado tanto de moda?".

"La ciencia alquímica está deshonrada porque los sabios la descuidan, mientras que los charlatanes la utilizan para engañar, pero es una hermosa ciencia. Yo creo —lo sé mas bien— que la transmutación de los metales es posible".

El viejo entusiasta hablaba en *urdu,* que dos amigos me traducían admirablemente, y mis conversaciones con él fueron de las más interesantes que yo haya sostenido con alguien. Parecía conocer muy familiarmente las literaturas persa y árabe, y la dignidad de su actitud era la de un noble erudito dedicado al estudio y a la investigación de la verdad. Le hice escribir sus ideas, y aparecieron traducidas en el *Theosophist* de mayo del 1881, página 178. La última vez que fui a Benarés, supe que se había retirado a una oscura aldea, donde vivía de una pensión muy pequeña, y donde probablemente no hay ni un solo vecino capaz de apreciar su erudición y su gran inteligencia.

Varias personas de Benarés, nos hablaron de los milagrosos poderes de Hassan Khan, a quien habían conocido personalmente. Un tal señor Shavier nos contó lo siguiente: él en cierta ocasión puso su reloj y cadena en una cajita, la cual encerró en un cofre, en presencia de Hassan Khan, quien

inmediatamente enseñó dichos objetos en su mano; los había hecho pasar a través de las dos cajas, por el poder de sus espíritus elementales. Era natural de Haiderabad, en el Deccan, y heredó el mencionado arte de su padre, que era un ocultista más avanzado que él, y que lo había debidamente iniciado con ceremonias mágicas. Recibió poder sobre siete djinns con la condición de llevar una vida moral y temperante. Pero sus pasiones le arrastraron, y los djinns, unos tras otros escaparon de su dominio; ya no le quedaban más que uno solo a su disposición, y Hassan le tenía mucho miedo. Le era menester que el espíritu estuviese bien dispuesto, de modo que no podía producir fenómenos a voluntad. El señor Hogan, que le conoció íntimamente, cuenta en el Theosophist de enero de 1881, que Hassan Khan conocía la aproximación de su genio en que dejaba de respirar por un lado de la nariz. Era un hombre de estatura mediana, muy moreno, más bien grueso y bastante agradable. Pero sus excesos terminaron por gastarle moralmente si no físicamente, y se dice que murió en una prisión.

El señor Shavier me contó una rara historia que se diría extraída de *Las Mil y Una Noches.* Un sabio, pero pobre *moulvi* vivía en Ghazipur, hace varios años, y a falta de otra cosa mejor, había abierto una escuela para varones. Entre sus alumnos se contaba un muchacho muy inteligente, respetuoso con su maestro, y que con frecuencia le traía regalos. Un día, le trajo de parte de su madre un postre precioso. El maestro dijo que tendría mucho gusto en presentar sus respetos a los padres del muchacho, y el chico respondió que él les expresaría el deseo de su profesor, y traería a éste la respuesta. Al otro día, recibiendo una respuesta favorable, el maestro se vistió con su mejor traje y acompañó al discípulo a su casa. Este, guiándole, salió de la población y anduvo algún tiempo por el campo, mas como no había casa alguna a la vista, el maestro se inquietó y pidió explicaciones. Su alumno le dijo que se hallaban muy próximos a la casa, pero que antes de llevarle a ella, debía confiarle un secreto. El era de la raza de los djinns y era un gran honor para el maestro, ser admitido a ver su ciudad oculta. Ante todo, tenía que jurar que nada le haría revelar jamás el camino que conducía a ella, pero que si faltaba a su promesa, quedaría fatalmente ciego. El moulvi hizo el juramento pedido, y su alumno, levantando una trampa que hasta ese momento no había percibido el maestro, le hizo bajar por una escalera que se hundía en la tierra y los condujo a la ciudad de los djinns. Para los ojos del moulvi todo era igual que en el mundo superior: calles, casas, tiendas, coches, danzas, músicas, etc. El padre del muchacho, recibió cordialmente a su invitado, y la intimidad así comenzada continuó durante varios años, con gran provecho y satisfacción para el profesor. Sus amigos se asombraban de su prosperidad, y concluyeron por persuadir al pobre imbécil que les enseñara el camino que conducía a la trampa y a la misteriosa escalera. Mas en el preciso instante en que iba a revelar su secreto a pesar del juramento hecho, se quedó repentinamente ciego y no recobró

jamás la vista. Este moulvi, vivía todavía en la ciudad de G*** cuando Shavier me contó esta historia, y dicen que todas sus amistades estaban al corriente de la causa de su ceguera. La citada ciudad subterránea de los djinns, con sus casas y sus habitantes elementales, hace pensar en el relato de Bulwer Lytton en The *coming race* y sugiere un común origen popular.

Como el tiempo de nuestra permanencia en Benarés, había terminado, enviamos nuestro equipaje a la estación, mientras nosotros íbamos al Fuerte Ramanagar para despedirnos de nuestro venerable huésped y darle las gracias por su hospitalidad. El anciano príncipe se mostró muy amable y afectuoso, nos pidió que volviéramos y que aceptásemos su hospitalidad todas las veces que fuésemos a Benarés. Al irnos, echó sobre los hombros de H.P.B. un espléndido chal de cachemira, que ella quiso entonces "tocar y devolver", pero el Maharajah pareció tan lastimado por su rechazo, que ella volvió sobre su decisión y le dio las gracias por medio del intérprete. Esa tarde a las seis estábamos en Allahabad en casa de los Sres. Sinnett. H.P.B. sufría terriblemente con un ataque, en la muñeca izquierda, de *dengui,* esa terrible fiebre "del hueso partido", que causa dolores todavía más crueles que los que la paternal Inquisición inventaba para mantener la ortodoxia.

Capítulo XIX

EL BUDDHISMO CINGALES

La fiebre reumática de H.P.B., duró varios días con horribles sufrimientos; su brazo se inflamó hasta el hombro y pasaba las noches muy agitada, a pesar de los solícitos cuidados de su médico indígena, cuya dulzura y paciencia conmovieron nuestros corazones. El primer signo de convalecencia que dió, fue ir conmigo a una gran casa de comercio para comprar una porción de cosas! El 24 de diciembre, en la ceremonia de iniciación de nuevos candidatos, oímos con placer sus melodiosas campanillas astrales.

Durante nuestra corta permanencia en casa de los señores Sinnett, tuvimos muchas visitas notables, y disfrutamos ampliamente de la conversación de sanscritistas eruditos en la filosofía inda. Di dos o tres conferencias, y como H.P.B. ya estaba bien del todo, partimos para Bombay, adonde llegamos sin otra aventura el día 30. Los últimos días de 1880 transcurrieron en nuestro nuevo bungalow "El Nido de Cuervos", sobre las rocosas pendientes de Breach Candy. Lo eligieron y alquilaron para nosotros en nuestra ausencia, y quedamos encantados de sus grandes habitaciones de techo elevado, de sus hermosas galerías y de la amplia vista sobre el mar. Desde comienzos de 1879 vivíamos en el densamente poblado barrio indígena de Girgaum, bajo las palmeras, y donde la brisa del mar no penetraba; el cambio de localidad nos pareció delicioso. Otra ventaja fue que el número de las visitas triviales disminuyó sensiblemente a causa de la distancia del centro de la población, y eso nos dejó tiempo para leer. Mi diario demuestra con frecuencia esa satisfacción. Nos quedamos en esa casa hasta nuestra instalación en Adyar, en diciembre de 1882. El alquiler corriente del nuevo bungalow era de 200 rupias mensuales, pero nos lo dejaron en 65 a causa de que se decía estar embrujado. Sin embargo, los aparecidos no nos molestaron nunca, salvo tal vez en una ocasión, y no les salió bien el ensayo. Una noche, yo estaba acostado y comenzaba a dormirme, cuando en eso sentí que un píe de mi *charpoy* (cama) era levantado como por alguien que estuviese metido en la pared contra la cual estaba apoyada la cama. En cuanto me desperté, pronuncié cierta "palabra mágica" árabe que H.P.B. me había enseñado en Nueva York; la cama volvió a reposar normalmente sobre sus cuatro pies, y la sombra mal intencionada se marchó para no volver más.

El día de año nuevo me encontró escribiendo editoriales para el *Theosophist* hasta las dos de la mañana. Las primeras semanas del año no tuvieron nada de extraordinario, si bien nos pusieron en contacto con diversas personalidades bien o mal dispuestas hacia nosotros. El autor de *The Elixir of*

Life, que más tarde se hizo célebre, llamado Mirza Murad Ali Bey, vino a visitarnos por vez primera el 20de enero. Era de raza europea y pertenecía a la antigua familia de los Mitford del Hampshire, que cuenta con varios escritores de talento, entre ellos Mary Mitford, que ha escrito *Our Village* y otros libros. El abuelo de este joven había venido a la India con algunos franceses y sirvió a Tippo Sahib. A la muerte de este príncipe sensual y sanguinario, el señor Mitford entró en la Compañía de las Indias. Su hijo nació en Madras, y una desus excentricidades fue hacerse musulmán; cuando le conocimos, estaba al servicio del Maharajah de Bhaunagar como "gran oficial de caballería", cargo perfectamente *sine cura.* Había llevado una vida aventurera que le proporciono mas disgustos que satisfacciones, entre otras cosas, se había ocupado de magia negra, y me dijo que todos sus sufrimientos de los últimos años, eran debidos a las persecuciones de ciertos espíritus malignos que en una ocasión evocó para que pusieran en su poder a una mujer virtuosa que él deseaba. Según las instrucciones de un brujo musulmán, había permanecido durante cuarenta días en una habitación cerrada, con los ojos fijos sobre un punto negro marcado en la pared, tratando de ver la cara de su víctima y repitiendo centenares de miles de veces un mantra medio árabe y medio sánscrito. Le habían indicado que continuase de ese modo hasta que viese la cara como viviente; cuando sus labios se moviesen como para hablar, seria que ya estaba completamente fascinada y que ella por sí misma vendría a buscarle. Todo sucedió como el brujo lo había predicho; la mujer virtuosa cayó, pero él quedó bajo el poder de los malos espíritus, por no ser lo bastante fuerte moralmente para dominarlos, después de haber aceptado sus servicios forzados. Aquel hombre era una compañía molesta. Nervioso, excitable, voluble, esclavo de sus caprichos, percibía todas las más elevadas posibilidades de la naturaleza humana, y era incapaz de alcanzarlas; acudía a nosotros como a un refugio, y terminó por instalarse en nuestra casa durante algunas semanas. Para ser inglés, tenía un aspecto pintoresco: su traje era completamente musulmán, salvo que llevaba sus cabellos de color castaño claro, recogidos en un rodete a la griega como una mujer, tenía la tez clara y los ojos azul pálido. Veo en mi diario que tenía el aspecto de un actor caracterizado para desempeñar un papel. Escribió el *Elixir de vida* un poco más tarde, pero después contaré esa historia.

Desde que llegó a nuestra casa, parecía presa de una gran lucha moral y mental consigo mismo. Se quejaba de ser arrastrado a derecha e izquierda por influencias buenas y malas. Era inteligente y había leído mucho; deseaba ingresar en la Sociedad, pero como yo no tenía ninguna confianza en su valor moral, lo rechacé. Pero H.P.B. se ofreció para responder por él, cedí y le dejé que lo recibiera. El se lo recompensó algunos meses mas tarde, quitando un sable de manos de un cipayo en la estación de Wadwhan y tratando de matarla, gritando que ella y sus Mahatmas eran todos diablos. En una palabra, se volvió loco. Pero volvamos al hilo del relato. Durante el tiempo que estuvo con nosotros,

escribió algunos artículos que aparecieron en el *Theosophist,* y cierta noche, después de una conversación con nosotros, se puso a escribir sobre el poder que tiene la voluntad, para prolongar la vida. H.P.B. y yo nos encontrábamos en la misma habitación, y en cuanto se puso a escribir, ella fue a colocarse detrás de él, como lo había hecho en Nueva York cuando Harrisse dibujaba el croquis de un Maestro bajo su inspiración. El artículo de Mirza Sahib llamó la atención en cuanto apareció (véase el *Theosophist,* III, 140, 168), y en adelante ha pasado por uno de los mas sugestivos y preciosos de nuestra literatura teosófica.

Se conducía con rectitud, y parecía en camino de recobrar mucho de su espiritualidad perdida, si se decidía a permanecer con nosotros, pero después de prometer quedare, cedió a un impulso irresistible y corrió a Wadhwan y a su pérdida. No pudo recobrar el equilibrio de su espíritu, se hizo católico, después volvió al Islam, y finalmente murió. Ví su tumba humilde en Junagadh. Esto me ha parecido siempre un terrible ejemplo del peligro que se corre al meterse en las cosas de la ciencia oculta cuando no se han dominado aún las pasiones.

Pasaré rápidamente sobre los acontecimientos de 1881 y solamente contaré dos o tres de los más importantes. Y, ante todo, la historia de Damodar.

Cuando este excelente joven ingresó en la Sociedad, se dedicó a ella de todo corazón y obtuvo de su padre el permiso de vivir con nosotros sin tener en cuenta las prohibiciones de casta, y como si hubiese pronunciado los votos de Sannyasi. Su padre y su tío eran entonces igualmente miembros activos. Según la costumbre de los brahamanes gujeratis, Damodar se había comprometido desde su infancia, naturalmente que sin su consentimiento, y llegó el momento de efectuar el matrimonio. Mas su único deseo y sola ambición era ahora vivir como un asceta espiritual, y sentía la mayor repugnancia por el matrimonio. Se consideraba como una víctima de las costumbres y deseaba ardientemente librarse de ese contrato antinatural a fin de llegar a ser un verdadero *chela,* del Mahatma K H., a quien había visto en su infancia y que volvió a ver después de estar con nosotros. EL padre, que tenía un espíritu tolerante y sensato, terminó por consentir, y Damodar le entregó su parte de la herencia ancestral, algo así como unas 50.000 rupias, según me parece, con la condición de que su pequeña esposa fuese acogida en la casa de su padre y bien tratada. Esto fue bien al principio, pero cuando Damodar se identificó por completo con nosotros hasta hacerse buddhista en Ceylán, la familia se enojó y comenzó a perseguir al pobre muchacho para hacerlo reingresar a su casta. El no quiso hacerlo, y de resultas de ello sus parientes se retiraron de la Sociedad y nos hicieron una guerra poco honrada, atacándonos con hojas calumniosas que hicieron imprimir y distribuir por Bombay. Me acuerdo de una peor que las otras, que fue distribuida a mi auditorio durante una de mis conferencias en el Framji Cowasji Hall. Al entrar me dieron una; la leí en el estrado, y mostrándola al

público, la arrojé al suelo y le puse el pie encima, diciendo que tal era mi respuesta al miserable calumniador, fuese quieren fuese. El trueno de aplausos que acogió a esta pronta justicia me mostró que no era preciso decir ni una palabra más sobre el asunto y di comienzo a mi discurso.

Damodar siguió siendo nuestro intimo y fiel amigo, trabajando con nosotros, demostrando una solicitud continua y un completo olvido de sí mismo, hasta 1885; entonces se marcho de Madras para dirigir al Thibet por Darjeeling, y allí se encuentra aun, preparándose para su futura misión en bien de la humanidad. De tiempo en tiempo se han hecho correr falsos rumores acerca de su muerte en las nieves del Himalaya, pero tengo excelentes razones para creer que vive y se encuentra bien, y que volverá cuando suene la hora. Más adelante volveré a hablar de este asunto. Su padre murió poco después de su molesto rompimiento con nosotros, llevando nuestro respeto y nuestros mejores votos para el otro mundo.

Estaba convenido que yo volvería, solo, a Ceylán para comenzar a recolectar fondos para desarrollar la educación de los buddhistas, niños y niñas. H.P.B. me aseguraba que ese proyecto tenía la completa aprobación de los Mahatmas y no ahorraba las manifestaciones de su satisfacción. Por lo tanto, yo había escrito a Ceylán y hecho todos los preparativos necesarios con nuestros amigos; pero el 11 de febrero H.P.B. se enojó conmigo porque no quise romper mis compromisos a fin de quedarme con ella y ayudarle a redactar el *Theosophist.* Claro está que me negué a obedecer, claro esta también que ella se puso rabiosa en grado sumo. Se encerró en su habitación durante toda una semana, negándose a verme pero enviándome cartitas oficiales, y entre ellas, una en la cual me comunicaba que la Logia dejaría de ocuparse de mí y de la Sociedad, y que yo era libre de ir a Tombuctú si me daba la gana de hacerlo. Respondí sencillamente que como esa jira había sido enteramente aprobada por la Logia, la llevaría a cabo aunque por ello yo no debiese volver a ver más un Maestro; que no los creía de una naturaleza tan indecisa y variable, y que si eran así, yo prefería trabajar sin ellos. Su mal humor terminó por agotarse, y el 18 fuimos a pasear juntos en el coche que acababa de regalarle Damodar,

El día 19 vino a verla un Maestro y le explicó toda nuestra situación, en los detalles de la cual no entraré puesto que todo sucedió como él lo previo. Al irse, dejó un gorro bordado en oro, muy usado, del cual me apoderé y todavía lo conservo. Uno de los resultados de su visita fue una larga y seria discusión entre nosotros dos el 25 del mismo mes, sobre el estado de nuestras cosas, y en la que terminamos, como lo dice mi diario, por quedar de acuerdo en “reconstruir la Sociedad sobre una base diferente, colocando en primer término la idea de fraternidad y dejando al un lado el ocultismo a reserva de tener para él una sección secreta”. Ese fue el primer germen de la E. E. y el comienzo de adopción de la idea de Fraternidad Universal bajo una forma más precisa que antes. Yo redacté

enteramente los párrafos, y perfectamente se pueden modificar sus expresiones.

He conservado en mi diario de este tiempo, una admirable descripción de la reaparición potencial de las imágenes latentes de las cosas pasadas, que encontré en el asombroso libro titulado *Dabistan:*

"Abu Ali, príncipe de los físicos (que Dios tenga a bien santificar su espíritu), dice:

Esas imágenes y formas que parecen borradas,

En los tesoros del tiempo, no obstante, están guardadas;

Cuando vuelve a la misma situación el cielo,

El Todopoderoso las saca del misterioso velo".

Esas imágenes son las que los psíquicos de Buchanan pueden ver y describir cuando se los pone en comunicación con el foco del Akasha, donde se conservan latentes.

Me embarqué para Ceylán el 23 de abril, en compañía del señor Eneas Bruce, un escocés, viajero experimentado y hombre encantador, que era miembro de la Sociedad. Llegamos a Punta de Galle el cuarto día y se nos recibió con mucho entusiasmo. Nuestros principales colegas vinieron a bordo para saludarnos y ofrecernos guirnaldas; nos condujeron a tierra, donde más de 300 muchachos buddhistas de nuestra primera escuela estaban alineados para recibirnos. Habían extendido telas blancas sobre las guijas de la playa para formarnos un camino, y no faltaban adornos de follaje y banderas, así como aclamaciones. Una gran muchedumbre siguió a nuestro coche hasta la casa de la escuela, edificio de varios pisos, situado sobre la playa del puerto, y en el que se nos había preparado habitaciones. Como siempre, cierto número de mantos amarillos llevando a su frente al venerable Bulatgama, gran sacerdote del templo principal de Galle, nos esperaban para desearnos la bienvenida, cantando *gathas* o versos palis.

Esa visita tenía por fin reunir fondos, para las escuelas y despertar el interés popular respecto a la educación en general. Para conseguirlo, tenía necesidad de la cooperación de todos los principales sacerdotes de la isla; si yo conseguía atraerme a ocho o nueve hombres, el resto no sería más que una cuestión de detalle. Había un grupo de hombres inteligentes que dirigían enteramente las dos sectas cingalesas: la de Siam y la de Amarapura. Como ya lo expliqué, no hay diferencia de dogma entre ellas, sino tan sólo de ordenación. Los monjes de Siam han recibido su ordenación de este país en un momento en que la guerra civil había casi desarraigado la religión del Buddha de la Isla de las Especias. Los invasores tamiles habían destronado a los soberanos buddhistas indígenas, destruido sus templos y quemado los libros religiosos por pilas "altas como los penachos de los cocoteros". Cuando la dinastía extranjera fue expulsada, y repuesto en su trono el legítimo soberano, se envió

una embajada a Siam para pedir que santos monjes fuesen enviados a Ceylán para ordenar de nuevo a monjes cingaleses. La petición fue acordada, y por lo tanto hubo una nueva secta siamesa bajo el patronato real. Mucho más tarde, cuando esta hermandad aristocrática, compuesta en su mayoría por la casta *willalla.,* rehusó las órdenes a los postulantes de las castas inferiores, estos enviaron delegados al rey de Birmania, cuya capital estaba entonces en Amarapura, para solicitar la ordenación. Regresaron a Ceylán ordenados *bikshus,* y así fue fundada la secta Amarapura. Como es costumbre entre todos los teólogos, las dos sectas no tuvieron ninguna relación entre sí, no hicieron nada conjuntamente, no celebraron consejo juntas, no predicaron en los templos la una de la otra, y, no se dirigieron juntas al pueblo. Esto me pareció absurdo e intolerante, y como yo estaba en iguales buenas relaciones con los jefes de las dos sectas, quería si era posible, llevarlas a cooperar cordialmente para el bien de la religión. Comencé por ver individualmente a los jefes y obtener su promesa de apoyo, en seguida emprendí jiras de conferencias de pueblo en pueblo, en la provincia occidental dé la cual Colombo es la capital. Ante todo, el señor Bruce y yo, escribimos folletos de propaganda popular que, después de haber sido sometidos a los sacerdotes en una traducción cingalesa, fueron impresos y puestos en circulación. Como era de suponer, los misioneros se pusieron en campaña por su parte. Calumnias encubiertas, ataques públicos, difamación absurda del Buddhismo, reproducciones de artículos injuriosos contra la Sociedad y sus fundadores, todo esto estaba en el orden del día. Aquellos pobres de espíritu no tenían el suficiente entendimiento para comprender que puesto que los buddhistas nos adoptaban como campeones suyos y correligionarios, cuanto más nos insultasen y nos acusaran, tanto más crecería la adhesión popular; nos convertiríamos en sus hermanos, perseguidos por ellos por la misma causa.

Asustado por la asombrosa ignorancia de los cingaleses en materia de Buddhismo, traté primeramente de convencer a un monje para que redactara un catecismo, pero en vista de que no hallaba quien quisiera hacerlo, me decidí a escribir un *Catecismo Buddhista* de acuerdo con el modelo de los libritos elementales que las sectas de Occidente emplean con éxito. Trabajé en él en mis momentos libres, y para adquirir los indispensables conocimientos, tuve que leer 10.000 páginas de libros buddhistas en sus traducciones inglesas o francesas. Mi primer ensayo quedó terminado el 5 de mayo, y lo llevé conmigo el 7 a Colombo. Esa noche, el gran sacerdote Sumangala y Megittuwatte, vinieron para discutir mi proyecto de Fondo de Educación. Al cabo de varias horas, estuvimos de acuerdo respecto a los puntos siguientes: se instituiría un fondo para la propagación del Buddhismo; ese fondo sería confiado a unos administradores; se venderían billetes de suscripción de varias clases; el dinero se depositaría en la Caja Postal de Ahorros; y Megittuwatte me acompañaría en mi jira. Sumangala consintió en hacer un llamamiento al público buddhista para que contribuyera a este

fondo y me reconociese como recaudador. Hallamos en las estadísticas oficiales que de once escuelas, ocho estaban en manos de los misioneros y las restantes pertenecían al gobierno. En las primeras, se enseñaba a los niños que el Buddhismo no es más que una oscura superstición; en las otras no se daba ninguna enseñanza religiosa. Entre ambas, nuestros niños buddhistas no tenían ninguna ocasión de aprender jamás los verdaderos méritos de su religión ancestral. Nuestra labor se imponía, y nos pusimos al trabajo de todo corazón.

En cuanto mi catecismo estuvo traducido al cingalés, fui al colegio Vidyodaya para repasar el texto palabra por palabra con el gran sacerdote y su asistente principal, uno de sus mejores discípulos y hombre muy sabio. Ese primer día, ocho horas de trabajo no nos hicieron avanzar más que hasta la página sexta del manuscrito. El 16 comenzamos por la mañana temprano y seguimos hasta las cinco de la tarde; adelantamos ocho páginas, pero sobrevino una detención. Estábamos en un callejón sin salida: la definición del Nirvana, o mejor dicho, la cuestión de supervivencia de una especie "de entidad subjetiva" en ese estado. Conociendo perfectamente lo absoluto de las opiniones de los buddhistas del Sud, de los que Sumangala es el prototipo, yo había redactado la respuesta a la pregunta: "¿Qué es el Nirvana?", de modo que constataba el desacuerdo de los metafísicas buddhistas sobre la supervivencia de una entidad abstracta humana, y en forma que no se inclinaba ni hacia la escuela del Norte, ni hacia la del Sud.

Pero mis dos críticos eruditos protestaron en cuanto vieron ese párrafo, y el gran sacerdote negó que existiese ninguna divergencia en las opiniones de los metafísicos buddhistas sobre ese punto. Yo le cité las opiniones de los thibetanos, de los chinos, los japoneses, los mongoles, y aún de una escuela cingalesa, pero él puso fin a la discusión diciendo que si yo no cambiaba mi texto, retiraba su promesa de darme un certificado afirmando que el catecismo era apto para ser puesto en manos de los niños de las escuelas buddhistas, y que publicaría sus razones. Como tal cosa hubiera sido quitar virtualmente a mi libro toda utilidad práctica, y causar entre él y yo una ruptura que hubiese hecho diez veces más difícil la ejecución del plan escolar, cedí a la fuerza mayor, y modifiqué el párrafo dándole la forma que en lo sucesivo conservó siempre en todas las ediciones subsiguientes. Terminado por fin aquel monótono trabajo de revisión, el manuscrito fue copiado, corregido, aumentado, pulido y retocado, hasta que pudo ser entregado para la impresión, después de semanas enteras de esfuerzos y molestias. Para los cingaleses era una novedad de tal magnitud esa empresa de condensar el *Dharma* entero en un pequeño manual que puede ser leído en una par de horas, y era tan fuerte en ellos su hereditaria tendencia a la resistencia pasiva contra toda innovación, que puedo decir que luché palmo a palmo para conseguir un resultado. Esto no era debido a que los sacerdotes no tuviesen hacia mí una gran benevolencia, ni que dejaran de apreciar el bien que debía resultar para

su pueblo de mi proyecto escolar, sino que sus instintos conservadores eran demasiado fuertes para que se rindiesen a la primera intimación, y sin cesar había que volver a insistir sobre puntos ya discutidos, y soportar largos comentarios sobre el espíritu de los libros buddhistas, antes de hacer la impresión. Estoy perfectamente convencido de que si yo hubiese sido un asiático de la raza o casta que fuese, el libro no habría aparecido nunca; el autor se hubiera cansado, abandonando su obra. Pero conociendo la tenacidad de bulldog del carácter anglosajón y sintiendo por mí un verdadero afecto, terminaron por ceder a mi insistencia. El *Catecismo Buddhista* apareció simultáneamente en inglés y en cingalés, el 24 de julio de 1881, y durante algunas semanas, las prensas de mano de Colombo no bastaban para proporcionar suficiente cantidad de ejemplares para cubrir los pedidos. Sumangala pidió 100 ejemplares para su seminario, las escuelas lo adoptaron, todas las familias cingalesas querían poseerlo, y antes de cumplirse un mes de su publicación, fue citado en los tribunales como sentando autoridad, en un litigio que tuvo lugar en las provincias meridionales. Esto era debido, naturalmente, al certificado de ortodoxia de Sumangala que iba unido al texto. Puede decirse que esto fue el verdadero comienzo de nuestra campaña a favor del Buddhismo contra sus enemigos, misioneros y otros, y esta primera ventaja no se volvió a perder nunca. Porque, mientras que en aquel tiempo la nación entera estaba en absoluta ignorancia de los principios de su religión y no conocía de ella ni las partes más excelentes, hoy en cambio, todos los niños se encuentran tan bien instruidos y capaces de refutar una falsa interpretación de la fe nacional, como la generalidad de los niños cristianos que han seguido los cursos dominicales en Occidente lo están para con el Cristianismo.

Para mí es tanto un placer como un deber, volver a manifestar aquí que el precio de la impresión de las dos versiones del *Catecismo Buddhista* fue costeado por la señora Ilangakun de Matara, una santa mujer y excelente amiga, desgraciadamente ya fallecida. Gracias a la severa revisión de los dos monjes del colegio de Vidyodaya, el libro encontró tal acogida en el mundo entero que ya ha sido traducido a veinte idiomas diferentes. Le he hallado en Birmania, Japón, Alemania, Suecia, Francia, Italia, Australia, América, las Islas Sandwich, en toda la India, y en otras partes más; el grano de mostaza se ha transformado en un gran árbol. La única cosa molesta que motivó, fue que alguien, tomando el nombre de "Subhadra Bikshu", se apoderó de su título y de casi todo el texto, y lo publicó en alemán, siendo esta publicación traducida más tarde al inglés.

CAPÍTULO XX

A TRAVÉS DE CEYLÁN

Si alguien se imagina que la influencia de que nuestra Sociedad disfruta en Oriente, ha venido sola, yo quisiera hacerle leer mi diario de esta jira por Ceylán. Durante días, semanas y meses, encuentro notas de viajes emprendidos en los más variados vehículos, desde el coche de ferrocarril hasta el miserable y pequeño *ekka* arrastrado por un solo buey o jaca. Veo allí mencionado el carro racional, con grandes ruedas, en el cual uno se sienta sobre una plataforma de bambú, recubierta con una capa, con frecuencia delgada, de paja, y que es arrastrado por bueyes gibosos uncidos por cuerdas de coco. Groseras embarcaciones cubiertas con un toldo de hojas de palma trenzada, pero sin bancos ni cojines. Elefantes, que nos transportaban en *houdahs* o más frecuentemente sobre colchones sujetos a su lomo por enormes cinchas. Veo citados viajes efectuados con tiempo hermoso, y con días enteros de lluvias torrenciales propias del trópico; noches de plenilunio y otras sombrías; también noches en las cuales el sueño ha sido puesto en fuga por los ruidos discordantes de los insectos de la selva, los horribles aullidos de los chacales, el ruido que hacían los elefantes al restregarse contra las palmeras, los continuos gritos del conductor alentando a sus bueyes, y las canciones que él mismo se murmuraba en tono gangoso para mantenerse despierto. Y los mosquitos que se arrojan sobre el viajero que duerme en su carro, tocando su exasperante trompeta que anuncia las horribles picazones y las ronchas. Sufrí tanto con estos medios de locomoción variados, pero todos incómodos, que terminé por llamar en mi ayuda a mi ingenio de yankee y hacerme construir una especie de carreta de viaje, que respondiese a las elementales necesidades de la comodidad y me permitiese reposar al menos por la noche, después de pronunciar discursos y discutir todo el día. Estas actividades me ocuparon hasta el 13 de diciembre con intervalos de permanencias en Colombo y Galle. La suma suscrita por aquellos pobres aldeanos, no pasó de 17.000 rupias, y de estas los tesoreros no cobraron más que 5.000, de suerte que desde el punto de vista pecuniario, mi tiempo no fue bien empleado para el Fondo de Educación. En cuanto a mi, naturalmente, no pedí ni recibí un solo céntimo. Si hubiéramos emprendido esta labor el año anterior, cuando toda 1a isla estaba entusiasmada de admiración por H.P.B., se hubiera podido recoger diez o veinte veces más, pero no se piensa en todo, y este movimiento escolar surgió naturalmente del resto de nuestras experiencias.

Me dio mucho trabajo organizar dos comités para la administración del Fondo, porque las formalidades previas no terminaban nunca. Además, había tantas envidias y miserables intrigas para

obtener la administración del dinero, y me mostraron tanta ingratitud, que en determinado momento estuve apunto de abandonar todo de disgusto y dejarle que buscasen sus fondos y fundasen sus escuelas como pudieran. Pero yo había emprendido una cosa que ninguno de ellos con, su inexperiencia, sus dificultades de antipatías de castas y de envidias locales, podría alcanzar, y justamente a causa de su mezquindad comparados conmigo, pensé que debía continuar mi obra. Y me siento feliz de haberle hecho, porque ahora se puede ver la espléndida cosecha que ha salido de aquellas siembras: escuelas que se organizan por todas partes, 20.000 niños buddhistas arrancados a los maestros hostiles a su religión, esta religión floreciendo, y el porvenir que se aclara de año en año.

El turista ordinario desembarcado de su vapor, no ve casi nada de la belleza de Ceylán, aunque ese poco que ve sea de tal naturaleza que le produzca deseos de ver más. Los paseos en coche alrededor de Colombo, la deliciosa excursión por la orilla del mar hasta Mount Lavinia, la subida a Kandy y a Nuwera Eliya, son recuerdos inolvidables. Pero yo he visto la isla de un extremo al otro, he visitado casi todas las poblaciones marítimas en todas las estaciones del año, y puedo confirmar todas las alabanzas del profesor Ernesto Haeckel, son bien merecidas. Y he visto al pueblo tal como es, en su mejor aspecto, amable, sonriente, hospitalario. ¡Ah!, exquisita Lanka, perla de los mares tropicales tu dulce imagen se levanta ante mí a medida que escribo mis experiencias adquiridas entre "tus hijos y mis esfuerzos fructuosos para reavivar en sus corazones el amor a su incomparable religión y a su santo fundador. ¡Feliz karma el que me condujo a tus playas!

Una de mis más deliciosas jiras del 1881, fue la que hice al distrito montañoso de Ratnapura, la ciudad de las pedrerías, donde se encuentran las famosas piedras preciosas de Ceylán y donde los elefantes reinan en las selvas. Las alturas que la rodean son azules y vaporosas, con nubes flotando sobre sus crestas. Paseándome por el camino que atraviesa la ciudad, encontré una fila de elefantes domesticados, guiados por sus mahuts, y los detuve para hacerles algunos obsequios. Les compré cocos y acaricie su trompa hablándoles dulcemente como lo hacen los que saben. Era entretenido ver cómo se procuraban el refrescante jugo protegido por una cáscara tan dura. Tomaban los cocos con la trompa y los partían contra una piedra, o bien colocándolos en el suelo y apoyando encima su enorme pie, apretando sólo lo suficiente para abrir el coco. Uno de ellos, después de romper su fruta contra una piedra, se ingeniaba para hacer caer el agua a su trompa, y de ésta a su boca.

Al otro día, después de comer, fuimos a buscar piedras preciosas a una pequeña parcela de tierra que me habían regalado para buscar fortuna con destino al Fondo. Entonces comprendí por primera vez que el minero es un verdadero jugador, tenía la misma probabilidad de no encontrar nada que de hallar un zafiro de 1.000 libras. Yo mismo empuñé un azadón, pero la temperatura me obligó presto a pasárselo a los fuertes coolíes que me rodeaban. Media hora de trabajo me dio un puñado de

zafiros, rubíes, topacios y ojos de gato, imperfectos. En mi inocencia, me sentí triunfante, creyendo haber extraído de aquel agujero el Fondo entero. Pero, ¡ay!, cuando hice reconocer las piedras en Colombo ni una sola de ellas valía nada! No saqué de aquel agujero ni un céntimo, lo que por cierto no era culpa del generoso donante. Pero digo mal, saqué más tarde una buena lente que él me hizo tallar de un hermoso trozo de cristal de roca hallado en mi campo.

Bajando de ese distrito, hubo de sucedernos una aventura en el río Kalutara. Descendíamos por él en una embarcación formada por un piso de bambú colocado sobre dos canoas, y el capitán tuvo algunos deseos de jugarnos una mala partida, para apoderarse del dinero de las suscripciones, que suponía en nuestro en nuestro poder. Un poco de energía demostrada en el momento oportuno, salvó la situación. El siguiente día, en este río, fue delicioso; admirábamos las orillas frondosas, el lujuriante follaje, los pájaros de brillante plumaje y las montañas de cambiantes matices. Nuestras comidas, cocinadas a bordo, consistían en arroz y curry; se comían en hojas y con los dedos, a la moda oriental. La noche era un encanto; los ruidos de la selva eran nuevos para mí, así como un enorme animal que vimos arrastrarse al borde del agua y que yo tomé por un aligator, pero que no era más que un lagarto de seis pies de largo. Algunos rápidos nos procuraron vivas emociones sin peligro. Pero carecíamos de todo lo que se pareciera a una cama o hamaca, era menester permanecer sentado todo el día y dormir toda la noche sobre esteras que cubrían el puente de bambú. Dejo a la imaginación del lector que se haga una idea del estado de nuestras personas, mas bien que insistir sobre aquel recuerdo doloroso. Diré tan solo que un tejado sin almohadas ni colchón, parecería un lecho de rosas al lado de aquello.

De regreso en Colombo, recibí una petición de los presos, que me pedían que fuese a la cárcel con Megittuwatte para darles una conferencia sobre el Buddhismo. El monje, como tal, no tenia necesidad de permiso, pero yo necesitaba uno, que me fue concedido por el secretario colonial después de algunas vacilaciones. El auditorio se componía de 240 criminales, contando los asesinos y homicidas. Un muchacho encantador, inteligente y con aire de santito, a los catorce años se hallaba complicado en nueve asesinatos; la última vez sujeto a la víctima mientras su tío la sangraba. El tío y sus dos asociados vivían de robos y asesinatos en los caminos; ponían al muchacho en determinado camino al acecho de los transeúntes, y cuando indicaba que todo estaba tranquilo en los alrededores, los dos bandidos salían de su escondite, despachaban a sus víctimas, las despojaban y arrojaban los cuerpos a la selva. Al tío le ahorcaron, pero el sobrino se salvó gracias a su juventud. Prediqué a los presos sobre la historia de Angulimaya, el bandido convertido por el Señor Buddha, y que llegó a ser un hombre ejemplar.

Me siento feliz al deber decir que desde hace diez y nueve años cierto número de miembros de la

Rama de Colombo se han dedicado con una conciencia jamás desmentida, a la ardua tarea de sostener el movimiento buddhista. Si se tiene en cuenta su inexperiencia en la administración de los asuntos públicos no siendo bajo la dirección del gobierno, la incapacidad de su temperamento, debido a un clima enervante, a siglos de anarquía nacional, a la sistemática exclusión de sus antepasados de todas las responsabilidades públicas, la unión nueva y embarazosa del clero y los laicos en ese movimiento escolar, los inevitables roces de casta y la desconfianza que los hombres sin educación ni luces sienten siempre hacia los extranjeros, sobre todo de la raza blanca, habría que asombrarse de su tenacidad en esta empresa desinteresada, más bien que asombrarse de algunas faltas cometidas en esto o en lo otro. Por mi parte, no he variado jamás en mi primera apreciación de los cingaleses ni en mi afecto fraternal por ellos, y soy profundamente feliz de ver esa renovación de sentimientos religiosos hundiendo sus raíces en el corazón mismo de la nación, y un porvenir tan halagüeño.

Regresé a casa el 19 de diciembre, bien acogido por todos, y los encontré en buena salud y en paz. Pero me esperaba una gran sorpresa: H.P.B. *me transmitió un mensaje muy cariñoso de los Maestros, sobre mi éxito en Ceylán, en cuyo mensaje parecían habarse olvidado por completo de las irritadas amenazas y hasta, de las declaraciones escritas, de que la Sociedad sería abandonada por ellos si yo hacía el viaje, y que no se ocuparían nunca más de ella ni de mí.* A partir de entonces, no la he querido menos, ni sentido hacia ella menor aprecio como amiga o preceptor, pero si yo hubiera creído, aunque fuese un poco, en su infabilidad, aquello me hubiese curado.

CAPÍTULO XXI

OTRA VEZ HACIA EL NORTE

Durante la primera semana de enero de 1882, se produjeron en casa cierto número de fenómenos, de los que yo no hablaré porque ya han sido publicados con todos sus detalles, y se ha dudado de la autenticidad de algunos. Me he marcado una regla en cuarenta años de investigaciones psicológicas: eliminar todo lo que pudiera parecerme susceptible de ser tachado por la menor sospecha de mala fe. No quiero contar sino lo que, a mi criterio, parece bien sincero; puedo ser engañado, tal vez con frecuencia, pero me cuido de ser honrado.

Uno de los primeros acontecimientos del año fue la llegada a Bombay del señor D. M. Bennett, que ya ha muerto, editor del *Truthseeker*, que daba la vuelta al mundo. Llegó el 10 de enero y fui a recibirle al barco con Damodar y un parsi. Era un hombre de estatura media, cabeza grande, frente alta, cabellos oscuros y ojos azules. Este hombre sincero e interesante, libre pensador, había sufrido un año de prisión por sus ataques amargos, y algunas veces groseros, contra el dogmatismo cristiano. Prepararon contra él una falsa acusación por medio de un policía sin escrúpulos que pertenecía a una sociedad cristiana de Nueva York; le pidió, dando un nombre falso, un ejemplar de una obra conocida, sobre la fisiología sexual, y el señor Bennett se lo proporcionó en su calidad de librero, sin haberlo leído siquiera. Le hicieron un proceso por haber enviado por correo libros indecentes, y un juez y un jurado, al parecer prevenidos contra él, le condenaron a prisión. Fue la misma malicia y el mismo odio que los de los mogigatos que persiguieron a la señora Besant y al señor Bradlaugh en el asunto de los folletos Knowlton. Bennett sufrió su pena entera, a pesar de una petición a su favor acompañada de 10,000 firmas, que se envió al presidente Hayes. Cuando fue puesto en libertad, una inmensa multitud la aclamó en la sala pública más elegante de Nueva York, y se hizo una suscripción para pagarle un viaje alrededor del mundo, en el curso del cual, observaría el Cristianismo tal como es practicado en todos los países. El recogió sus observaciones en un interesante libro titulado *Viaje de un libre pensador alrededor del mundo*. Sus reflexiones agudas y sarcásticas sobre la Palestina son particularmente notables.

Hablando con él, supe que había sido, así como su mujer, miembro de la Sociedad de los Shakers, él durante buen número de años. Su espíritu religioso pero ecléctico, se había rebelado contra la intolerancia estrecha de los shakers y en general de los sectarios cristianos. Se casó con una dulce shaker, dejaron su Sociedad y se entregó al estudio de las pruebas de la religión cristiana. Se volvió

profundamente escéptico, y después de ocuparse varios años en el comercio, dedicó el resto de su vida a una vigorosa propaganda del librepensamiento. En seguida me fue simpático por su candor y amabilidad. *El Mundo Oculto* del señor Sinnett acababa de aparecer; lo leyó con avidez y lo citó ampliamente en su diario y en su nuevo libro.

Una larga discusión de nuestras ideas con H.P.B. y conmigo le decidió a solicitar su admisión en la Sociedad, y me ví ante un dilema que a menudo he contado o descrito, pero que no puede ser omitido en un estudio histórico como éste, y con tanta mayor razón cuanto que encierra una lección de la que todos tenemos gran necesidad.

Una especie de predicador tronante llamado Cook —José Cook, e1 *reverendo* José Kook, para ser exacto—, un hombre gordo que parecía creer en la Trinidad siempre que él fuese la tercera persona, cayó en Bombay en jira de conferencias al mismo tiempo que el señor Bennett. El público anglo–indo lo ensalzó hasta las nubes; sus periódicos le hicieron una propaganda enorme y se sirvieron de la historia del martirio del señor Bennett como de un buen guipe para su juego, señalándolo como corruptor de la moral pública y sujeto de cárcel, que las personas honradas debían evitar. El dulce cristiano José abrió el fuego en su primera conferencia en Town Hall, y cometió la tontería de representarnos a los teósofos como aventureros, en presencia de un auditorio de indos y de parsis que nos conocían y nos amaban desde hacía dos años. La prensa hostil le hizo coro y atacó tan violentamente al señor Bennett, que yo cavilaba en recibirle en la Sociedad, por temor de enredarnos en algún nuevo debate público que nos impidiese organizar apaciblemente nuestra propaganda y nuestros estudios teosóficos, que eran en realidad nuestro objeto. Era una inspiración de la prudencia mundana, y no del altruismo caballeresco, y fui castigado por ello, porque cuando expresé mi opinión a H, P. B., un Maestro, tomando posesión de ella, me señaló mi deber y me reprochó mi error de juicio.

Se me dijo que recordase cuan lejos de la perfección me hallaba yo en Nueva York cuando fueron aceptados mis ofrecimientos de servicio, cuan lejos de ella estaba todavía, y que no me atreviese a juzgar a un hombre como yo; que me acordase de que en el caso presente yo sabía que el postulante había servido de chivo emisario a todo el partido anti-cristiano y que merecía ampliamente todos nuestros alientos y simpatía. Se me dijo irónicamente que releyese la lista entera de los miembros y señalase al que yo creyese sin defecto. Era bastante; envié al señor Bennett la fórmula de petición para que la firmase, y fui su padrino junto con H.P.B. En seguida me volví contra su reverendo calumniador y le desafié a sostener sus acusaciones contra nosotros en una reunión pública contradictoria, tal día, tal fecha. El swami Dyanand, que se encontraba entonces en Bombay, le desafió igualmente en nombre de la religión de los Vedas, y el señor Bennett hizo lo mismo por su

propia cuenta. Yo recibí una respuesta evasiva, así como el swami, y el Señor Bennett no obtuvo ninguna. El señor Cook se excusaba porque debía ir a Poona. El capitán Banon, M. S. T., que en aquel momento estaba con nosotros, le hizo saber que iríamos a Poona, donde él tendría que aceptar el desafío, bajo pena de ser declarado mentiroso y cobarde. La reunión tuvo lugar en el Framji Cowasji Hall en el día fijado para el desafío. Yo pronuncié un discurso, así como el capitán Banon y el señor Bennett; Damodar leyó algunos certificados de nuestra buena reputación y de mis servicios públicos en América, y la compacta muchedumbre que llenaba hasta los rincones y las entradas del Hall, demostró con estallidos de aplausos que aprobaba nuestra conducta. Al otro día fuimos por la tarde a Poona, H.P.B., Banon y yo, para enterarnos de que el señor Cook había huido al otro extremo de la India, sin cumplir su compromiso con el público de Poona.

El 12 de enero celebramos el séptimo aniversario de la S. T. en el Framji Cowasji Hall ante un auditorio monstruo. Habían hecho circular contra nosotros odiosos impresos, pero toda la reunión transcurrió con simpatía y cordialidad. El señor Sinnett, que se hallaba presente, habló, como también otros varios oradores y yo, todos muy aplaudidos. Damodar leyó la memoria del tesorero, que nos justificaba enteramente a H.P.B. y a mí de la baja calumnia de que habíamos organizado la Sociedad en provecho propio. Veo en mi diario, algunos días más tarde, que un parsi influyente nos dijo que aquella reunión nos había hecho mucho bien, inclinando a nuestro lado las simpatías del público.

Cito, entre varios fenómenos que se produjeron en aquella época, uno de ellos que me parece bueno. Damodar recibió por el mismo correo cuatro cartas, que una vez abiertas resultaron tener escritura de los Mahatmas. Venían de cuatro lugares alejados los unos de los otros y todas tenían el sello del correo. Cuando llegó la correspondencia, se la entregué toda al profesor Smith, diciéndole que con frecuencia encontrábamos en nuestras cartas algo agregado con la mencionada escritura; le pedí que examinase cuidadosamente aquellos sobres para ver si parecían haber sido abiertos. Me los devolvió diciendo que, por lo que podía verse, estaban absolutamente intactos. Entonces pedí a H. P, B. que las pusiese sobre su frente para saber si alguna de ellas encerraba escritura mahatmica. Probó con las primeras que cayeron bajo su mano y dijo que dos tenían esa escritura. Leyó los mensajes por clarividencia, y supliqué al profesor que las abriera él mismo. Después de volverlas a examinar cuidadosamente, las abrió y vimos todos los mensajes tal como H.P.B. los había descifrado por clarividencia.

El 14 de febrero di en el Town Hall de Bombay una conferencia preparada sobre el tema "El espíritu de la religión de Zoroastro" (ver *Theosophy, Religión and Occult Science),* ante un enorme auditorio de parsís, y bajo la presidencia de uno de sus personajes más distinguidos. Traté de mostrar

el carácter altamente espiritual de esa religión y su acuerdo perfecto con el Indoísmo y el Buddhismo en cuestión de yoga y despertar de los poderes espirituales en el hombre. Mi auditorio aplaudió en forma que no dejaba duda alguna sobre su aprobación. Al terminar, el presidente y dos sabios orientalistas dijeron algunas palabras llenas de interés y benevolencia, y los parsis se suscribieron para imprimir 20.000 ejemplares de mi conferencia, en inglés y en gujerati, cumplimiento halagador para el conferenciante. Debo decir que no consentí en preparar ese discurso sino después de haber tratado en vano de convencer a un parsi de que lo hiciese, porque yo consideraba una presunción para un extranjero tentar un tema tan vasto con tan pocos recursos en cuestión de citas. Pero no creo que anteriormente hubiese sido tratada la religión de Zoroastro desde ese punto de vista.

Emprendí en seguida una larga jira por el Norte, con Bhavani Shankar. Salimos de Bombay el 17 de febrero. H.P.B., Damodar y muchos otros nos acompañaron a la estación. Jeypur fue nuestra primera etapa, y después Delhi, donde conocí las arquitectónicas maravillas creadas por los emperadores musulmanes de antaño, y ví también la pintoresca avenida de Chandni Chauk. Allí hubo, como siempre, conferencias y encuentros con gentes interesantes. Paseándome por la mencionada calle, ví los sellos urdus en las puertas de los grabadores, y me chocó su parecido con la firma criptográfica de uno de nuestros Mahatmas. Por puro capricho, hice hacer un sello de cobre corriente (cuatro peniques) para mostrarlo a H.P.B. a mi regreso. No tenía la menor idea de hacer nada con él, pero después resultó que había sido una gran tontería, porque es de imaginar mi disgusto cuando, varios años más tarde, ví impresiones de este miserable sello, hechas con negro de humo, al pie de cartas y billetes —visiblemente falsos— de los Mahatmas, puestos en circulación por el señor Judge. No sé cómo cayó el sello en sus manos, pero cuando en 1894 lo encontré en Londres, me dijo para calmarme que había sido destruido. Viendo una impresión de dicho sello en un falso mensaje, le escribí diciéndole saber que si yo me enteraba de que algún infame lo usaba con malas intenciones, denunciaría públicamente el fraude en el *Theosophist,* publicando un facsímil del sello. En su respuesta, me aconsejaba que no hiciese nada, porque el público me consideraría como *partíceps criminis*; a lo que le contesté que me importaba muy poco de lo que pudiesen decir de mí, dado que era perfectamente inocente, y yo tenia mi conciencia para mi uso, pero que estuviese seguro de que descubriría el fraude. Tengo en mi poder sus cartas sobre este asunto, y supongo que las mías se encuentran en sus papeles.

Las ciudades que seguían en mi programa, eran Meerut y Bareilly; en seguida Rohilkund Institut, donde di mi conferencia sobre un plato de cobre; se dirá que era una singular elección de tema, pero fue traído del modo siguiente: Allí, como en todas partes, fui tratado perfectamente por los indos, y con el mayor respeto: me proporcionaron una casa amueblada, y un cocinero brahmán para preparar

mi comida, que se me servía en un plato de cobre. El día que estaba señalado para mi conferencia, tres o cuatro de ellos estaban a mi alrededor, viéndome comer a la moda antigua, con los dedos. Tantos cumplimientos me hicieron, que me sentí tentado de darles un lección, y les pregunté tranquilamente qué harían con ese plato después que yo fuese. Se ruborizaron y se vieron muy embarazados para responder a mi pregunta. Yo proseguí: “No vacilen en decir la verdad, yo sé lo que harán. El plato será tirado a la basura, o deberá pasar por el fuego antes de que ninguno de ustedes los brahmanes pueda tocarlo. ¿Por qué? Miren la suciedad de las ropas de ese cocinero y la falta de aseo de su persona, y díganme después si yo no debo manchar este plato menos que él”. Bajaron la cabeza para no cometer una falta de cortesía con su huésped, pero por fin uno de ellos terminó por decir: “No sabemos la verdadera razón, pero está escrito en nuestros *Shastras*”. “Muy bien; tomaré este plato como tema para mi discurso de esta noche, y les explicaré el misterio”. Y así lo hice, hablando de la naturaleza del aura humana, de la teoría de la purificación gradual por medio del yoga, y del estado teórico de pureza espiritual al cual debe llegar el verdadero brahmán. Les hice ver que la costumbre de comer separadamente, sin tocar durante la comida el padre al hijo, ni el hermano al hermano, estaba basada en la teoría del desarrollo individual, opuesta al desarrollo colectivo de la familia, y que así como la electricidad y el magnetismo son conducidos por los objetos, si un brahmán adelantado toca a una persona menos pura, se expone a contaminar su aura, y por lo tanto a perjudicarse a sí mismo. El error de nuestros tiempos de espiritual decadencia, consiste en creer que un hombre sucio, porque ha nacido brahmán, ensucia menos que un blanco bien lavado. De las castas, no queda más que el nombre, y sólo resulta de ello una molestia e inconveniente para todos. Sería menester, o bien devolverles su primer valor, o prescindir de ellas como se desembaraza uno de un traje usado. “Veo en mi diario que me serví de imágenes de dioses indos para dar la explicación esotérica de sus extrañas formas y de sus múltiples símbolos.

Fui después a Lucknow, y en seguida a Cawnpore, la de los inolvidables recuerdos de las horribles masacres de la Revolución. Por fin, llegué a Allahabad, a casa de los siempre amables Sinnett. Hubo allí reuniones de teósofos, conferencias, y algunos fenómenos que se produjeron en la casa de los señores Sinnett y sobre los cuales no insistiré. Bhavani Shankar regresó a Bombay, mientras yo continuaba solo mi jira por Bengala y Behar. Calcuta fue mi última etapa. Me alojé primeramente en casa de mis excelentes amigos, el coronel y la señora Gordon, y después en casa del Maharajah. El famoso fenómeno de las cartas del médium Eglington y de H.P.B. cayendo del cielo, tuvo lugar en casa de los Gordon. Todos los detalles del suceso fueron publicados en seguida por la señora Gordon, y cualquiera puede leerlos si lo desea.

En cuanto al Maharajah, en cuya casa pasé el resto del tiempo, es un hombre de lo más

distinguido, culto y estimable que yo haya encontrado en mi vida. Ocupa una gran posición con perfecta dignidad y mucha gracia. He recibido varias veces su hospitalidad, entre ellas, una vez con H.P.B., y otra con la señora Besant y la condesa Wachtmeister.

El 5 de abril di una gran conferencia sobre “La Teosofía, base científica de las religiones”, en el Town Hall, ante un inmenso auditorio, tanto más numeroso, según me lo figuro, cuanto que los diarios locales hostiles acababan de publicar los ataques violentos, y entonces recientes, del swami Dyanand. Todas las tentativas de este género para hacer daño a nuestra causa han recaído infaliblemente contra su autor. H.P.B. se unió a mí el día siguiente.

El 9 del mismo mes, fue en compañía de la señora Gordon a la casa de campo de un bengalí muy influyente, para recibir en la Sociedad a su mujer, que era idealmente hermosa, y a otras tres señoras indas. Esto parece nada para los occidentales, pero hay que recordar que desde la conquista musulmana las mujeres bien nacidas de Bengala están encerradas detrás del *purdah* (cortina que cubre la puerta del zenana), salvo las damas brahmo. Por tanto, es una prueba evidente de mis buenas relaciones con los indos el haber sido admitido con tanta frecuencia en la intimidad de su familia. Permanecimos en la ciudad hasta el 19 de abril, muy ocupados como siempre, y nos embarcamos para Madras. Pero nuestro vapor pasó la primera noche junto al muelle, embarcando su carga, y entre el horrible estrépito, el sofocante calor de los camarotes, y los mosquitos; dejo a los lectores que piensen la noche que pasamos, y el humor que tenía H.P.B. al otro día por la mañana. Después de haber conocido los peligros y dificultades de la navegación del Hugli, pusimos por fin proa a Madras, donde desembarcamos el 23.

Al bajar a tierra, los principales indos de Madras nos recibieron en medio de una muchedumbre de curiosos. El prolongado camino que recorrimos en coche a lo largo de la playa —la más bella de la India— nos agradó en extremo. Se nos alojó en un bungalow del barrio de Milapur. Allí se nos entregó, con las guirnaldas de costumbre, una bienvenida perfectamente redactada, firmada por los principales personajes, y encuadernada en tafilete rojo. Mi respuesta fue calurosamente acogida. Todos los días siguientes fueron empleados en recepciones de visitas o de candidatos, entre éstos Subba Row, al que por razones de insondable misterio tuve que iniciar sin ningún testigo; los dos solos.

Toda la población asiática estaba conmovida por una ola de entusiasmo, y no tiene nada de raro que los dos hayamos creído que eso duraría, pero el tiempo disipó esa ilusión. Poco después fue fundado el círculo Cosmopolita, con salones, salas de lectura y billares, y nuestros nuevos amigos abandonaron la metafísica y el yoga, para dedicarse al trascendente juego del poker y a la

embriagadora lectura de los periódicos. En fin, durante algún tiempo nuestro jardín no dio más que rosas y aspirábamos el dulce perfume de los cumplimientos. Había tantos aspirantes para ingresar a la Sociedad, que me veía obligado a recibirlos en masa, y veo en mi diario que una noche admití en la terraza, al claro de luna, 22 miembros juntos. Para explicar la Teosofía al público, di una conferencia el 26 de abril sobre "Las bases comunes de las religiones", y hubo tal concurrencia, que los gerentes del Hall tuvieron serias inquietudes por la seguridad de su sala, situada en un primer piso. H.P.B. y de Abrew, nuestro colega cingalés, estaban conmigo en el estrado, y todos los ojos se fijaban en ella. La tarde siguiente ingresó una nueva hornada de 21 miembros, y la Madras Theosophical Society vino al mundo, teniendo por secretario a Subba Row. Este resulto muy indolente para el cargo.

Dos días después nos embarcamos y dimos comienzo a un viaje por un canal, y al que consagraré todo el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

POR UN CANAL CON H.P.B.

En tantos años de amistad entre H.P.B. y yo, nunca habíamos vivido en tanta intimidad como en este viaje por el canal Buckingham, cuya construcción el duque de Buckingham, entonces gobernador de Madras, había emprendido para dar trabajo, y por lo tanto pan, a millares de infelices durante una época de hambre.

Siempre había habido terceros en nuestra vida y nuestro trabajo, y ahora, en cambio, estábamos los dos solos en un *boudgerow o* pequeña casa-flotante, con Baboula y la tripulación de coolíes como únicos acompañantes, mientras la embarcación andaba. Y por cierto que no había sitio de sobra. De cada lado del pequeño camarote había unos cofres cubiertos por colchones, cuya tapa con bisagras cubría nuestras casas. Entre los dos cofres que por la noche servían de camas y durante el día de cómodas, había una mesa portátil que se podía colgar del techo cuando no se la necesitaba. Un cuartito tocador, una pequeña despensa con tablas, una plataforma, detrás que servía de cocina, con el fondo roto de un cacharro de barro a guisa de hornilla, algunos utensilios de cocina indispensables, una jarra para el agua y nuestra vajilla de viaje, completaban nuestros arreglos domésticos y bastaban a nuestras necesidades. Cuando el viento soplaba de buen lado, se izaba una vela y corríamos bien; cuando soplaba del lado contrario, los coolíes saltaban a tierra, y halando de una cuerda, nos hacían caminar a razón de cinco kilómetros por hora. Algunos de nuestros mejores colegas de Madras, nos seguían en otra embarcación, e íbamos a Nellore, a dos días de camino.

Habíamos salido el 3 de mayo a las siete de la tarde y era un viaje encantado aquel que hacíamos sobre el agua plateada y lisa. En cuanto dejamos atrás la ciudad, ni un ruido turbaba el silencio, salvo a veces el ladrido de un chacal, o el sordo murmullo de nuestros coolíes que hablaban en voz baja, y la caricia del agua en los lados de la embarcación. El camarote se cerraba con postigos calados que podían levantarse hasta el techo, y a través de los cuales una fresca brisa nocturna nos traía el olor de los húmedos arrozales.

Mi colega y yo, estábamos encantados del panorama y del reposo tan reparador como extraordinario, que contrastaba con nuestra vida pública tan agitada. Hablábamos poco, seducidos por el encanto de la noche y seguros de disfrutar de un profundo sueño.

El monzón del sudoeste nos empujó toda la noche, y la mañana nos sorprendió bastante lejos.

Muy temprano atracamos a la orilla para que los coolíes hiciesen cocer su arroz, y nuestros amigos de la otra embarcación nos alcanzaron. Tomé un buen baño, y Baboula nos hizo un excelente almuerzo al que nuestros colegas no pudieron hacer honor a causa de sus prohibiciones de casta. Volvieron de nuevo a deslizarse las embarcaciones, sin hacer más ruido que si fuesen espectros, y H.P.B. y yo pasamos el día poniendo al día la correspondencia atrasada y escribiendo artículos para el *Theosophist,* con algunos intermedios de conversación. Naturalmente, hablábamos siempre de la situación y porvenir de nuestra Sociedad, y del efecto que terminarían por producir sobre la opinión pública contemporánea, las ideas orientales que nos ocupábamos de difundir. Ambos éramos optimistas, sin que ni la sombra de una duda o un desacuerdo atravesase por nosotros. El todopoderoso sentimiento de confianza que nos poseía, nos hacía indiferentes a los obstáculos y las calamidades que de otro modo hubiesen debido detenernos cincuenta veces en el curso de nuestra carrera. No es halagador para los actuales miembros de nuestra Sociedad, pero es absolutamente cierto que nuestras previsiones se dirigían más hacia la influencia que ejercería el pensamiento teosófico sobre la corriente moderna, que hacia una extensión posible de la Sociedad misma en el mundo entero; esto no lo preveíamos. Del mismo modo que al salir de Nueva York no pensábamos que la India se cubriría de Ramas, lo mismo que Ceylán, tampoco cuando navegábamos en aquella silenciosa embarcación, teníamos ninguna idea de la posibilidad de un movimiento tan considerable que extendería sus Ramas y Centros de propaganda por toda Europa y América, sin hablar de Australia, África y el Extremo Oriente. ¿Cómo hubiéramos podida imaginarlo? ¿En qué podíamos confiar para eso? ¿Dónde estaban los gigantes que debían levantar el mundo? Hay que recordar que esto sucedía en 1882 y que fuera del Asia no había más que tres Ramas de la Sociedad fundadas (sin contar con la de Nueva York que aún no había sido reorganizada). La London Lodge y la de Corfú estaban inactivas, el señor Judge se encontraba en el fondo de la América del Sur, al servicio de una compañía minera (no creo equivocarme de fecha), y en los Estados Unidos no existía nada organizado que se pareciese a una propaganda activa. Sólo los dos buenos viejos en aquella embarcación; los dos solos llevábamos adelante la obra, y nuestro campo de acción era el Oriente. Y cómo en aquel tiempo H.P.B. no estaba más dotada que yo del don de profecía, hablábamos, trabajábamos, y colocábamos los cimientos para un gran porvenir desconocido.

¡Cuántos de los innumerables miembros actuales de la Sociedad, darían todas las cosas del mundo por haber podido disfrutar de la estrecha intimidad que yo tenía con mi amiga en aquel viaje por el canal! Esta excursión era tanto más agradable y provechosa, cuanto que ella gozaba de buena salud y estaba de excelente humor, de suerte que nada venía a turbar el encanto de nuestra unión. De otro modo, aquello hubiese valido lo mismo que verse encerrado en la jaula de una leona irritada; con

seguridad que hubiera sido preciso que uno de los dos hiciese el viaje a pie, o que fuese a, pedir hospitalidad al otro barco. ¡Querida amiga tan sentida, a la vez compañera, colega, maestro y camarada!, nadie podía ser más exasperante en sus malos días, pera tampoco nadie más amable y admirable en sus buenos. Yo creo que hemos trabajado juntos en vidas precedentes, y creo que trabajaremos todavía en vidas futuras, por el bien de la humanidad. Esta página de mi diario, abierta ante mis ojos, evoca el recuerdo de uno de los más deliciosos episodios del movimiento teosófico; veo ante mí a H.P.B. con su fea bata, sentada en su cofre, fumando cigarrillos, con su poderosa cabeza coronada de revueltos cabellos inclinada sobre la página que estaba escribiendo, la frente arrugada, la mirada como dirigida a su interior, su mano aristocrática guiando rápidamente la pluma sobre el papel, y me parece oír aquel silencio marcado tan sólo por el murmullo del agua sobre la borda o por el roce de los desnudos pies de un coolie que tesaba una driza sobre nuestras cabezas.

Al siguiente día tuvimos que bajar para ir por tierra a Nellore, situada como a unas quince millas de camino. De nuevo comenzó la agitación; nos aguardaba una numerosa delegación, nos condujeron a una tienda de campaña en la que tenían preparados refrescos, y nuestras manos y cuellos se vieron pronto cubiertas de flores. Hubo que contestar a un discurso de bienvenida, y subir a un ligero faetón tirado por coolies a guisa de caballos. Ágiles y rápidos, nos llevaron en tres horas. Bajo cierto punto de vista, son muy interesantes: son de una antigua tribu de encantadores de serpientes, se les llama los *anadhis.* Las personas que quieren dormir tranquilas en sus camas, sin temor de que alguna serpiente se deslice hasta ellas, hacen venir a un anadhi, quien da vueltas alrededor de la habitación recitando encantos y clava un palo encantado o cualquier otro fetiche, después de lo cual, ninguna serpiente se arriesga a molestar a los habitantes. Nuestros amigos nos hablaron de esto como de una cosa harto conocida, y yo la repito bajo su entera responsabilidad. Me dijeron también una cosa que podía ser útil a los viajeros o a los cazadores que tienen que acampar en lugares infestados de serpientes. Es que una serpiente *no pasa jamás sobre una cuerda de crin,* y que uno puede asegurarse contra sus visitas colocando una cuerda de crin alrededor de su casa, de su tienda de campaña, o de un campo entero. No supieron decirme si aquello era debido a la naturaleza rugosa de tal cuerda que lastima la delicada epidermis del reptil, o a una propiedad áurica (magnética) u oculta de la crin, pero al fin de cuentas poco importa, el asunto es que resulta interesante si es verdad.

En Nellore nos esperaba una ovación a las once de la noche: se nos tenía preparada una casa soberbia, decoraciones de flores y follaje, y a esa hora avanzada, tuve que contestar a dos discursos, uno en sánscrito y otro en inglés, antes de que nos fuera permitido acostarnos. Conferencia, admisiones de miembros, delegaciones, organización de Rama, en fin, toda la rutina habitual, y

después encontramos nuestros barcos en otra población, donde nos esperaban para llevarnos hasta el límite navegable del canal durante la estación cálida. Desde allí a Guntur, nuestra Ultima Thule, había que ir en *jampans* o sillas de mano.

La caravana se componía de cuatro palanquines y un jampan, que agregados a los cargadores del equipaje, hacia subir el número de los coolies a 53. Pronto se presentó un río que hubo que atravesar vadeándolo, y hallé ocasión de reír a carcajadas, y H.P.B. de soltar algunos juramentos. El agua estaba tan profunda que los coolies se vieron obligados a poner sobre sus cabezas las varas de los palanquines para levantarnos lo suficiente. Comenzaron por quitarse las ropas salvo el languti, y después paso a paso, con las mayores precauciones, sondeando el río con sus largos bastones, se metieron en el agua hasta que les llegó a las axilas. Yo pasé cortésmente adelante, a fin de que H.P.B. pudiera ver si yo me ahogaba y volverse atrás. Era una sensación rara permanecer así sin hacer el menor movimiento que hubiese podido destruir el equilibrio del palo redondo colocado sobre las seis cabezas de mis coolies, y pensando en la ensalada que yo hubiese hecho con mis papeles si uno de los hombres hubiese dado un paso en falso. En fin, se viaja para experimentar sensaciones nuevas, y me mantuve acostado y quieto. Pero cuando me encontraba en medio de la corriente, oí una voz familiar que salía del palanquín siguiente, y H.P.B. comenzó a gritarme que sus coolies iban con toda seguridad a dejarla caer al agua. Le grité que eso no importaba, que ella estaba demasiado gruesa para irse al fondo y que yo la pescaría. Entonces se sucedieron algunas expresiones coloreadas dirigidas a mí, conjuntamente con algunos violentos reproches a los coolies que no comprendían una palabra y seguían tranquilamente su camino. Por fin la llegada a la otra orilla puso término a los apuros de mi colega, que después de unas cuantas idas y venidas por la playa y varios cigarrillos, olvidó sus fatigas.

El viaje fue caluroso y molesto, el termómetro subía a 37 grados a la sombra, y nuestros coolies no cesaban de canturrear noche y día un aire monótono que concluía por exasperar los nervios. Además, durante la noche, llevaban grandes antorchas hechas con una trenza de algodón empapada en aceite de coca, que ardían produciendo una nube de humo que casi nos ahogaba en nuestros palanquines, y olía horriblemente mal. Las llevaban por ambos lados de los palanquines para que los coolies pudiesen ver las serpientes enroscadas en el camino, y como el viento soplaba de través, no había medio de evitar la humareda de la antorcha que estaba del lado del viento. En el primer descanso, vimos que nuestras ropas y nuestras personas lucían el color del hollín, pero fue una compensación ver al hombre que marchaba adelante, matar una gran cobra sobre la cual el primer coolie no hubiera dejado de poner el pie sin la luz.

Al ponerse el sol el tercer día, llegamos a Guntur, encontrando allí una exuberante bienvenida. Se nos dijo que toda la población, salvo los ancianos, los niños y los enfermos que no se atrevían a salir

de noche, había salido a nuestro encuentro. Eran varios miles y todos parecían dispuestos a aproximarse a nosotros lo bastante para vernos claramente. El resultado se adivina, hubo que abrir paso a la fuerza a través de una muralla de carne. Nos llevaron primeramente a una tienda de campaña donde habían preparado refrescos, y allí nos presentaron a los notables, pero la multitud era tan importuna que hubo que dejar eso y tuvimos que subir H.P.B. y yo sobre una sillas para hacernos ver; después hubo que pronunciar un pequeño discurso, y sólo después de todo eso, subir en un vehículo cualquiera, creo que jampans, y ponerse en camino procesionalmente. Las calles estaban archí-repletas de gente y no se adelantaba sino a un paso de caracol. A cada paso estallaban fuegos de Bengala y era por cierto muy curioso ver la cabeza y los macizos hombros de H.P.B., iluminándose de diversos colores. Como ella me precedía, yo tenía tiempo y oportunidad para observar efectos artísticos. Es imposible imaginar una ovación más completa, porque todos los elementos se sumaban allí, hasta el trueno continuado de las aclamaciones, que nos seguía como un río de sonido. Llegados a la casa, tuvimos que escuchar dos discursos en inglés y dos en telugu; nos sentíamos bien ridículos bajo la avalancha de los cumplimientos hiperbólicos que nos dirigían y yo no sabía cómo utilizar mis palabras para contestarles con una reserva decente. Después de esta prueba, vinieron las presentaciones, prolongadas conversaciones, y la iniciación de un candidato que forzosamente debía salir de la ciudad antes de la mañana del siguiente día.

El día que nos íbamos de Guntur vimos por primera vez un brahmán *astavadhani,* verdadera maravilla de adiestramiento. Hay en las Indias hombres que, después de una práctica de largos años, han cultivado su memoria hasta un grado que resulta increíble sin haberlo visto. Los hay que pueden seguir 50 operaciones mentales a la vez, o más aún. Las más maravillosas historias de nuestros jugadores de ajedrez europeos, palidecen ante estas pruebas. He aquí cómo operan: todas las personas que deben tomar parte en el experimento, se sientan en círculo, y el pandit comienza por la que se encuentra a su derecha, que, por ejemplo, pide una partida de ajedrez. El anuncia su primera jugada, echa una mirada al tablero y pasa al siguiente, con el cual juega otro juego. Hace su jugada y pasa al tercero, que puede tal vez pedirle que componga un poema sánscrito sobre un tema dado, eligiendo el espectador las primeras o las últimas letras de cada verso. Reflexiona profundamente y dicta un verso que llena las condiciones requeridas. El siguiente le da palabra por palabra, y en un orden arbitrario, todas las palabras de una poesía en cualquier idioma conocido o no del pandit. El oye cada palabra separadamente, repitiéndola para familiarizarse con el sonido; después lo ordena en su memoria para poder recitar el verso entero al final de la sesión, cada palabra en su lugar debido. El siguiente golpeará tal vez sobre una campana un número cualquiera de veces en cada vuelta, y el pandit deberá contarlos, y al final de la sesión decir el total. En seguida viene la construcción de un

cuadrado mágico, en el que cada columna de cifras, horizontal o vertical, debe dar la misma suma. Después, una discusión sobre una proposición de cualquiera de las seis escuelas de filosofía indas, el argumento y la demostración se continuaban sucesivamente en cada vuelta. A esto sigue una operación aritmética gigantesca; por ejemplo, una multiplicación en la que el multiplicando y el multiplicador son de doce cifras, y así sucesivamente hasta que uno pierde la respiración y queda estupefacto, preguntándose si el cerebro humano puede ser capaz de una actividad tan múltiple. Ese día, H. P.'B. dictó al pandit un célebre poema ruso sobre el Volga, y yo varias frases españolas que aprendí siendo niño. Al fin de la sesión nos las dijo sin falta y cada palabra en su sitio. Por la noche, a las diez, los palanquines nos transportaron por el camino del regreso.

Al volver a nuestra embarcación en el canal, resultó que el monzón nos era contrario, y hubo que tirar de la cuerda. ¡Pobres coolies!, tuvieron faena, porque el mercurio señalaba 39° a la sombra, y nosotros no teníamos ánimo para hacer nada más que permanecer tranquilos y transpirar. Por fin, el 11 volvíamos a encontrar en Nellore una hermosa casa cómoda, con gruesos muros, un techo en terraza, y amplias galerías, que mantenían una cierta frescura en el interior de las habitaciones.

Un brahmán, gran pandit de la escuela vedanta, vino a vernos a Nellore, evidentemente con la intención de poner a la vista nuestra ignorancia. Pero encontró en nosotros gente corrida, y sobre todo en H. P. B–, con su espíritu sarcástico, lo que no esperaba; en un par de horas hicimos ver a los presentes su egoísmo, vanidad y estrechos prejuicios. La victoria nos costo algo, por lo que veo en una nota en post-scriptum de mi diario: ese hombre fue más tarde "nuestro diligente enemigo". Que le haga buen provecho, así como a todo el ejército de nuestros enemigos; su odio no les ha hecho a ellos el menor bien, ni a la Sociedad el menor mal, nuestra nave no tiene necesidad del viento a favor para avanzar.

Conferencias, correspondencia, redacción de artículos, y después 78 millas en carreta de bueyes hasta la estación más próxima del ferrocarril de Madras. A causa del gran calor, fue un viaje penoso, pero todo tiene un fin, hasta las doce horas que permanecimos en la estación esperando el tren, y por fin encontramos otra vez en Madras a nuestros amigos, que nos condujeron al bungalow que ya habíamos ocupado. Viajando a través de la India y de Ceylán, yo observaba los lugares, las personas y los climas, con la idea de elegir el mejor sitio para establecer en él el Cuartel General permanente de la Sociedad. En Ceylán se nos había hecho generosos ofrecimientos de casas gratis; la isla ofrecía ciertamente apariencias encantadoras a quien buscase un establecimiento asiático. Pero varías consideraciones, entre ellas el alejamiento de la India, el costo de la correspondencia y el estado intelectual atrasado de la población, pudieron más que la belleza y nos inclinaron a escoger preferentemente la India. Pero hasta entonces se nos había presentado nada satisfactorio y no

teníamos nada decidido. El 31 de mayo, los hijos del juez Mattuswami nos aconsejaron que fuésemos a ver una propiedad que no sería cara. Nos condujeron a Adyar, y desde la primera ojeada vimos que estaba encontrado nuestro hogar futuro. El hermoso edificio principal con sus dos bungalows a orillas del río, sus cuadras y cocheras, sus depósitos, su piscina, la avenida de banyans y de mangles y las grandes plantaciones de casuarinas (coníferas), hacían de aquella propiedad una ideal casa de campo, mientras que el precio —más o menos 9.000 rupias— estaba al alcance de nuestros recursos. Por lo tanto, fue asunto decidido su adquisión, lo que se efectuó con la generosa ayuda de P. Iyalos Naidu y del juez Mattuswami Chetty; el primero nos adelantó una parte de la suma, y el otro nos procuró un préstamo, en buenas condiciones, por el resto. Hicimos un llamamiento inmediato de suscripción, que nos proporcionó los medios de reembolsar todo dentro del año y entrar en posesión de los títulos de propiedad. Aquel precio irrisorio tenía por causa que se acababa de construir el ferrocarril de las montañas Nilghiri, y que como el encantador sanatorium de Utacamund quedaba a mano, los altos funcionarios de Madras querían pasar allí la mitad del año, y todos a la vez vendieron sus grandes bungalows, que no hallaban compradores. ¡Pagué más o menos el precio de los materiales si la casa se hubiera demolido! Y lo hubiera sido si no nos presentamos nosotros. Al cabo de una semana, el 6 de junio, salimos para Bombay, y llegamos el 8; muchos amigos nos esperaban para acompañarnos hasta nuestra casa.

Es corriente decir de Madras que "esa desdichada presidencia" es odiosamente cálida. Sin embargo, yo prefiero su clima al de todas las otras, y en lo referente a la literatura sánscrita y a la filosofía aria, es la presidencia más esclarecida. Hay en los pueblos más sabios pandits, y la clase superior en conjunto, ha sido menos estropeada por la educación europea. Bengala o Bombay cuentan con más literatos brillantes, pero no encontré nunca en ellas al igual de Subba Row de Madras, en genial penetración del espíritu de la Sabiduría Antigua. Su presencia en Madras fue una de las causas que nos decidieron a establecernos allí, y aunque ya haya muerto, jamás hemos lamentado nuestra elección, porque Adyar es una especie de Paraíso.

Capítulo XXIII

DE BARODA A CEYLÁN

Una nueva tormenta estalló sobre nuestras cabezas bajo la forma de un ataque gratuito y maligno del swami Dyanand, en marzo de 1882, y veo en mi diario que mi primer cuidado al volver a Bombay fue preparar nuestra defensa. Esta apareció en el *Theosophist* de julio en un suplemento de 18 páginas, y pienso que debió ser bastante convincente, puesto que jamás fue contradicha por el swami ni por sus partidarios. Entre las pruebas aducidas se hallaba un facsímil del poder que me había dado para votar por él en el Consejo. El swami había negado su ingreso en la Sociedad, y decía que habíamos usado de su nombre como consejero sin su permiso, calificando nuestra conducta de astuta y falta de delicadeza. ¡Cuántas otras acusaciones igualmente falsas, insinuaciones, calumnias y ataques de la prensa han sido puestas en circulación contra la Sociedad y sus fundadores, desde su origen hasta nuestros días, y en qué olvido completo han ido cayendo sucesivamente!

En junio aceptamos una invitación del Gaikwar para visitar Baroda, su capital. El juez señor Gadgil, M. S. T., nos esperaba en la estación con otros *durbaris* (altos funcionarios indígenas). De la mañana a la noche estábamos asediados por las visitas. Como el Gaikwar daba un durbar ese día, fui invitado a él, y Su Alteza me retuvo después tres horas largas hablando de Teosofía. Yo tenía entonces la esperanza de encontrar en él uno de nuestros amigos más simpáticos entre los príncipes indos; era joven y muy patriota, lo que en la India debería significar que sentía un ardiente amor por su religión hereditaria y benevolencia hacia todos sus defensores. Su vida privada era irreprochable, y su ideal era elevado, lo que hacía un gran contraste con sus iguales, que, por lo general, desde jóvenes se entregan a los excesos, por las influencias infernales de su corte. Sus modales, muy amables y respetuosos para conmigo, eran otras tantas razones para alimentar esperanzas, pero nos engañamos. Su preceptor inglés había hecho de él un raro materialista, que se preocupa en extremo para gobernar sus Estados, y aunque habla mucho de Teosofía, no es teósofo ni de creencias ni en la práctica. Pero es un hombre de mucha energía y capacidad, y su vida se ha mantenido pura hasta el fin. En el momento de nuestra visita, tenía como *dewan* o primer ministro al Rajan Sir T. Madhava Row, K. C. S. I., cuya valía como estadista ha sido señalada por *The Times*. Era un hombre hermoso, de aspecto y modales distinguidos, y muy pintoresco en su traje de corte. Fue muy cortés con nosotros; habló inteligentemente de filosofía con H.P.B. y le pidió pruebas de sus poderes superfísicos, de fenómenos que pudiesen convencerle de la solidez y fundamento de sus teorías acerca de la doble naturaleza del hombre. No obtuvo más que algunos golpes sobre mesas, y algunos golpes de campanas en el aire,

pero su *naib* o sub-dewan tuvo más suerte. Este, igualmente muerto ya, era uno de esos graduados en la universidad de Bombay, muy instruidos, y personalmente bien dotados, que se han destacado brillantemente en la historia contemporánea de la India. El señor Kirtane era el amigo y camarada de colegio del juez Gadgil, quien hubiera deseado hacerlo ingresar en la Sociedad, y que después los dos fundasen una Rama en Baroda. Pero aunque era piadoso y más bien inclinado al misticismo, era tan escéptico como su jefe Sir T. Madhava Row, respecto al desarrollo de los poderes del yoga en la época actual, y desconfiaba de nosotros porque los afirmábamos. Sir T. era más bien un estadista que un letrado, y nada místico; el señor Kirtane, en cambio, más letrado y místico que estadista, y obtuvo las pruebas rehusadas al dewan-sahib.

Y fue así, según lo recuerdo: yo había ido a ver al Gaikwar, y al regresar, ví a Kirtane y a Gadgil, ambos de pie en el umbral de la puerta abierta del cuarto de H.P.B. Esta se hallaba vuelta de espaldas, en medio de la habitación. Me dijeron que no entrase, porque la señora Blavatsky se disponía a efectuar un fenómeno y acababa de hacerlos salir. Inmediatamente después, ella vino hacia nosotros, y tomando de la mesa una hoja de papel, rogó a uno de aquellos señores que la marcase para poderla reconocer. Cuando se la devolvieron dijo: "Ahora vuélvanme hacia el lado de su habitación". Lo hicieron; ella puso el papel entre las palmas de sus manos tendidas horizontalmente; permaneció un momento tranquila, y después nos entregó el papel y se fue a sentar. Los dos durbaris lanzaron exclamaciones de asombro al ver sobre el papel, virgen un instante antes, una carta dirigida a mí, de escritura del residente inglés ante la corte, y que llevaba su firma. La letra era de un tipo particular y muy pequeña, la firma parecía más una pequeña madeja de hilo enredada que la firma de un hombre. Entonces me contaron la historia del fenómeno. Habían pedido a H.P.B. que les explicase el principio racional del procedimiento de precipitación sobre papel o cualquiera otra materia, de un dibujo o texto invisible a los asistentes, sin tinta, lápices, colores ni otros agentes mecánicos. Ella les explicó que como las imágenes de todos los objetos y de todos los acontecimientos, se conservan en la luz astral, no tenía necesidad de conocer a la persona ni a su letra para reproducir ésta; le bastaba ser puesta sobre los rastros, y ella podía descubrirla sola y objetivarla en seguida. Le rogaron insistentemente que les hiciese ver una prueba de eso. "Pues bien —dijo por fin—, díganme el nombre de alguien, hombre o mujer, lo más hostil a la Sociedad que sea posible, alguien que sea ciertamente desconocido de Olcott y de mí". En seguida le propusieron al residente inglés, que sentía un especial horror por nuestra Sociedad y nosotros, que no perdía ocasión para decir cosas desagradables de nosotros, y que había impedido que el Gaikwar nos invitase a su coronación, como había pensado hacerlo, por sugerición del juez Gadgil. Creyeron ponerla en un compromiso, pero se equivocaron. Creí que se iban a morir de risa al leer la carta; estaba dirigida a "mi querido coronel

Olcott", pedía perdón por las cosas maliciosas que había dicho de nosotros, solicitaba abonarse a nuestra revista, célebre en el mundo entero, el *Theosophist,* y decía que estaba dispuesto a ingresar en la Sociedad Teosófica. Firmaba: "sinceramente suyo", y su nombre debajo. H.P.B. no había visto jamás la letra de aquel hombre ni su firma, nunca le encontró en carne y hueso, y la carta fue precipitada sobre aquella hoja de papel sostenida entre sus dos manos, mientras ella estaba de pie en medio de la habitación, en plena luz, ante tres testigos.

De Baroda, pasamos por Wadhwan para visitar al príncipe reinante, nuestro amigo Thakore Sahib, y ya de regreso en Bombay, yo me puse a preparar el número siguiente del *Theosophist,* y ella se puso a preparar un ataque de apoplejía. Porque veo en mi diario del 28 de junio: "H.P.B. está amenazada de apoplejía, de suerte que mi salida para Ceylán queda otra vez diferida". Se repuso después de pasar por un período de extrema irritabilidad, que nos hizo a todos la vida difícil. Pude embarcarme el 15 de julio, y que el lector se imagine mi viaje. El monzón había empezado, el barco rolaba y cabeceaba como un loco; iba tan cargado, que los camarotes de segunda clase, salvo los tres que nosotros ocupábamos, estaban llenos de madera de sándalo, cebollas y madera de regaliz, que mezclaban sus variados olores con el del aceite caliente de la máquina, y la peste de los colchones de algodón húmedos. Cito ésta como la peor de mis travesías, bien numerosas por cierto.

Volvía a la isla después de seis meses de ausencia, para continuar la propaganda a favor de la educación. Mis primeras impresiones fueron poco alentadoras; parecía que toda vida se hubiese apagado en las Ramas y en los miembros desde que me embarqué para volver a Bombay. No habían recogido más que 100 rupias de las 13.000 prometidas, habían sacado dinero de las reservas y hasta del fondo del *Catecismo Buddhista* para los gastos corrientes. Se me dieron vagas excusas con las que tuve que conformarme, puesto que no había remedio. No me quedaba más que poner de nuevo manos a la obra, reinyectar vida por todas partes, suplir aquellos seis meses de inercia, y poner otra vez la máquina en movimiento. Comencé por el gran sacerdote y Magittuwatte, e hice los preparativos necesarios para varias conferencias que debía dar en Colombo. Después, en una reunión de Rama, expliqué el sistema de imposición voluntaria por medio del cual muchos buenos cristianos ponen a un lado hasta el 10 por 100 de sus rentas para emplearlo en obras de caridad o de religión. Yo había visto a mi padre y a otros cristianos obrar así por obligación de conciencia. En seguida les leí una memoria en la que les probaba que ellos, los mártires de Colombo, habían gastado para el despertar del Buddhismo, exactamente 3/4 por 100 de sus entradas, fáciles de calcular, puesto que la mayoría de ellos estaba al servicio del gobierno con sueldos fijos y conocidos. Dejé que ellos sacasen las conclusiones.

Dada mi última conferencia, salí con destino a Galle para comenzar mi jira en esta provincia. Mi

primer discurso fue pronunciado en Dondera, el punto más meridional de la isla. Pasé mi quincuagésimo aniversario en Galle, haciendo literatura y repasando los recuerdos de mi vida, de la cual más de la mitad había transcurrido al servicio del público. Sabiendo que no volvería a ver otro medio siglo, resolví con más firmeza que nunca hacer por la Teosofía todo lo que yo pudiese durante los años que me restasen de vida.

No quiero recargar este relato con descripciones de numerosos pueblos que hubo que visitar, ni con las sumas suscritas para el Fondo escolar. Pero veo en mi diario; "mucha gloria y poco dinero". Regresé a Colombo el 24 de agosto para asistir al casamiento de uno de nuestros mejores miembros activos con la hermana de nuestro primer amigo cingalés De Silva. La ceremonia consistió en la firma del contrato y el cambio de promesas ante el Registro Civil, porque todavía no existía el Registro Buddhista, ni la ceremonia antigua modificada, que hoy se efectúa. El señor De Silva había decorado él mismo su casa, haciendo de ella un bosquecillo de verdor. Fuimos en coche y en fila a la oficina del Registro con los novios, y los acompañamos al domicilio de la casada, donde había refrescos preparados. Después, a las cinco, todo el mundo tomó el tren para Morutuwa, donde se hallaba la casa del joven matrimonio. Los recién casados iban a la cabeza, los demás les seguían, y fuimos a pié atravesando varios pueblos, en medio de fuegos de Bengala, cohetes y música. Pero al pasar un puente, la música se calló y el cortejo avanzando en silencio, me hizo pensar en una procesión de aparecidos desfilando al claro de luna. Se nos sirvió una buena cena bajo un techado de paja levantado exprofeso y se bebió a la salud de todos, hasta las once y media, a cuya hora un tren especial nos condujo a Colombo. Pasé el día siguiente con Sumangala y su asistente, tratando de nuevas preguntas y respuestas para una segunda edición del *Catecismo Buddhista*, y volví a Galle para proseguir mi jira.

El 29 de agosto, se produjo en Galle un acontecimiento que se ha hecho histórico en el país. Después de una conferencia en China Garden, se puso sobre la mesa la lista de las suscripciones, y la gente vino a inscribirse. Un hombre llamado Cornelis Appuse anotó con la suma de media rupia, excusándose de no poder dar más porque estaba completamente paralizado de un brazo y casi del todo de una pierna, desde hacía ocho años, lo que le impedía ganarse la vida. Por otra parte, cuando llegué a Colombo procedente de Bombay, el gran sacerdote me había dicho que los católicos comenzaban a hacer del pozo de un católico cerca de Kelanie, una especie de Lourdes, donde curaban a los enfermos. Se hablaba de un hombre curado pero los informes probaron que era un simulador. Dije al gran sacerdote que aquello era grave y que debía ocuparse del asunto. Una vez que el pueblo se hallase bajo la influencia de la sugestión hipnótica, se producirían verdaderas curaciones, y los buddhistas ignorantes podrían precipitarse en masa en brazos del catolicismo. "¿Qué puedo

hacer?", me preguntó. "¡Pues bien, es menester que usted o un monje bien conocido, se pongan a curar a los enfermos en nombre del Señor Buddha!""Pero, no podemos hacerlo, no conocemos nada de esas cosas". "Sin embargo, es preciso que eso se haga".

Cuando aquel hombre medio paralítico de Galle contó sus penas, me pareció que algo me decía: "¡He ahí con qué responder al pozo milagroso!" Yo conocía a fondo el magnetismo y las curas magnéticas, desde treinta años atrás, sin haber entrado en la práctica salvo para los pocos experimentos necesarios en los comienzos. Pero movido por un sentimiento de simpatía (sin el cual no se tiene el poder de curar radicalmente) hice algunos pases sobre su brazo y le dije que esperaba que después mejoraría. Se marchó, pero esa noche, mientras yo hablaba con mis colegas, en mi alojamiento a orillas del mar, el paralítico llegó cojeando y diciendo que se encontraba tan mejorado que venía a darme las gracias. Esta buena noticia inesperada me alentó a continuar, y allí mismo traté su brazo durante un cuarto de hora, y le dije que volviese al otro día por la mañana. Hay que agregar aquí que nadie en Ceylán sabía que yo poseía ni que yo hubiese ejercido jamás el poder de curar los enfermos, ni creo que existe ese poder; por lo tanto, la sugestión hipnótica o alucinación colectiva no parece aplicarse aquí, al menos en ese primer momento.

Por la mañana vino dispuesto a adorarme como a un ser sobrehumano a causa de lo aliviado que se sentía. Reanudé el tratamiento y lo mismo hice los dos días siguientes, con tan buenos resultados que en el cuarto día era capaz de hacer un molinete sobre su cabeza con el brazo enfermo, de abrir y cerrar la mano, y de tomar con ella cualquier objeto como antes de su enfermedad. Al cabo de otros cuatro días podía firmar con la mano curada, debajo de un acta de su caso, destinada a la publicidad, y no había podido usar una pluma desde hacía nueve años. Al mismo tiempo había empleado el tratamiento para su pierna y el costado, y uno o dos días más tarde, podía saltar sobre los dos pies, saltar a la pata-coja sobre el miembro paralizado, pegar con el pie en un muro a la misma altura con el enfermo que con el otro, y correr con facilidad.

La noticia corrió por los alrededores como el fuego en la paja. Cornelis trajo a un amigo suyo paralítico, que también curé después vinieron otros, primero en grupos de a dos o tres, pero en seguida se presentaron por docenas y en menos de una semana mi casa se vio asediada por los enfermos desde el alba hasta bien entrada la noche, suplicándome todos que les impusiera las manos. Terminaron por ser tan molestos que ya no sabía cómo librarme de ellos. Naturalmente, con el rápido crecimiento de mi confianza en mí mismo, mi poder magnético aumentaba enormemente, y lo que al principio me obligaba a emplear varios días, ahora lo llevaba a cabo en media hora. Una de las cosas más desagradables de esto era el egoísmo y falta de consideración de la multitud. Me asaltaban hasta en mi alcoba antes de que terminase de arreglarme, me seguían paso a paso, no me

daban tiempo para comer, e insistían en ser tratados por más fatigado que yo estuviese. Recuerdo haber trabajado en estas curaciones durante cinco horas seguidas, hasta que no me quedaban ni rastros de magnetismo. Entonces los dejaba durante una media hora para ir a tomar un baño de mar en el puerto, detrás mismo de mi casa. Sentía que nuevas corrientes de vitalidad penetraban y reforzaban mi cuerpo, y volvía a efectuar curaciones. Cuando ya no podía más, hacia la media tarde, me veía obligado a hacerlos salir a la fuerza. Yo habitaba en el primer piso y la mayoría de los más enfermos eran traídos en brazos por sus amigos y depositados a mis pies. Tuve algunos completamente paralizados, con los brazos y las piernas contraídas hasta el punto de que más que seres humanos parecían troncos secos. Y a veces sucedía que después de uno o dos tratamientos de media hora cada uno, aquellas personas tenían sus miembros derechos y podían andar. Yo había bautizado a uno de los lados de la ancha galería que rodeaba a la casa, "el campo de carreras de los cojos", porque tenía la costumbre de hacer correr allí a dos o tres a la vez, de los que habían estado más paralizados, para ver cuál llegaba primero. Ellos se reían mucho, así como la multitud de asistentes, de esta broma. Pero yo hacía esto con un objeto: era necesario comunicarles la confianza absoluta que yo mismo sentía en la virtud del remedio, a fin de que resultasen definidamente curados. Recientemente yo atravesaba Ceylán en camino para Londres, cuando me encontré con uno de mis antiguos enfermos de aquella época; yo le había curado de una parálisis completa, y le pedí que contase su historia a las personas presentes. Dijo que había permanecido en cama durante varios meses sin poder hacer un movimiento; sus brazos y piernas estaban absolutamente inertes. Me lo habían traído en ese estado, lo traté una media hora el primer día y un cuarto de hora o veinte minutos el segundo. Quedó tan perfectamente curado que en los catorce años transcurridos desde entonces, no tuvo ni una sola recaída. Es de imaginar el gran placer que yo experimentaba aliviando tantos sufrimientos, y en muchos casos devolviendo a inválidos todas las alegrías de la salud y todas las actividades de la vida.

Veo que el primer enfermo que Cornelis me trajo después de su propia curación, fue uno que tenia el pulgar y el índice de la mano derecha, cernidos por la parálisis y que habían quedado rígidos como si fuesen de madera, hacía dos años y medio. A los cinco minutos, la mano recobró toda su agilidad. Volvió al día siguiente, con la mano siempre bien, pero con los dedos del pie derecho contraídos, y en un cuarto de hora lo dejé como nuevo. Esto continuó por los pueblos de la provincia meridional durante mi jira. Cuando llegaba a un lugar en mi carro de viaje, encontraba enfermos que me esperaban en las galerías, en los prados, venían a mi encuentro en toda clase de vehículos, coches, palanquines, o sillas de manos. Ví a una mujer vieja que sufría —¡y de qué modo!— por una parálisis de la lengua, un niñito que tenía el codo, la muñeca y los dedos contraídos, una mujer deformada por

un reumatismo; todos curados. Una mendiga que hacía ocho años que caminaba encorvada, me dio un día un cuarto de rupia para el Fondo (como unos cuarenta céntimos); cuando supe lo que tenía curé su espina dorsal y la despedí caminando derecha.

Baddegama es un centro muy conocido por sus misiones y —en lo tocante a mí y al Buddhismo— por su malevolencia. Habían anunciado que los misioneros me atacarían durante mi conferencia, y fue aún mayor el número de buddhista que concurrieron. Varios de nuestros miembros vinieron de Galle, y ¿a quién diréis que ví llegar? A Cornelis Appu *que había hecho a pie las trece millas*. Después de eso no se podía dudar de su curación. Los buenos misioneros brillaban por su ausencia, y quedé solo frente a mi enorme auditorio.

Me reí mucho con una pobre vieja de setenta y dos años, toda arrugada, que había recibido una patada de búfalo cuando estaba ordeñando; caminaba apoyada en un palo y no podía enderezarse. Era una buena viejecita alegre y se rió de buena gana cuando yo le dije que pronto la haría bailar. Pero al cabo de diez minutos de pases a lo largo de su espalda y de las piernas, estaba completamente bien, y tomándola de la mano, arrojando a lo lejos su palo, le hice correr conmigo por el césped. El enfermo siguiente era un niño de siete años que no podía cerrar la mano derecha porque los tendones del dorso estaban contraídos. Le curé en cinco minutos y salió corriendo para almorzar con su familia, y comió su arroz con la mano derecha curada.

Volví a Galle, donde sufrí otro segundo asedio semejante al primero. Tomé nota de un incidente que demuestra la poca caridad y el espíritu de egoísmo que anima a ciertos miembros de la profesión médica —no a todos, felizmente— para con los que curan sin hacerse pagar. Porque hay que hacer constar que no cobré jamás ni un céntimo por todas aquellas curas.

Un cierto número de enfermos del Hospital General de Galle que habían sido despedidos de él como incurables, vinieron a mí y les curé. Naturalmente, gritaban su alegría a los cuatro vientos. Los médicos no podían ignorar aquello ni quedar indiferentes, y un día uno de los cirujanos del distrito vino a observar mis curaciones. Aquel día se presentaron 100 enfermos, de los cuales traté a 23. Y hubo curas maravillosas. El doctor K., viendo entre los presentes a uno de sus enfermos, me lo presentó diciendo que había sido abandonado como incurable después de ensayar en él todos los tratamientos, y que le agradaría mucho ver lo que yo podía hacer. Lo que hice, fue hacer andar al buen hombre sin bastón, por primera vez después de diez años. El médico reconoció franca y generosamente la eficacia del tratamiento magnético y permaneció conmigo todo el día, ayudándome a hacer el diagnóstico y haciendo las veces de un interno de hospital. Quedamos muy satisfechos el uno del otro, y cuando se fue convinimos en que volvería al otro día después de comer

para ayudarme en todo lo que pudiera. Tenía él mismo algo en el tobillo o en el pie, ya no recuerdo qué, y lo alivié. Al otro día no volvió y no dio señales de vida. El misterio de su ausencia se aclaró con una carta que dirigió al amigo común que me lo había presentado. Al separarse de mí, muy entusiasmado por lo que había visto —como es natural en un hombre joven, de espíritu amplio y sin prejuicios— fue inmediatamente a casa de su médico jefe a contarle lo visto. El superior le oyó fríamente, y terminando el relato, lanzó sobre mí su excomunión mayor. Dijo que yo era un charlatán, las curaciones una farsa, los enfermos estaban pagados para simular, y finalmente, prohibía al joven médico que tuviese ninguna relación con esas farsas. Por último, le indicó que si persistía a pesar de su advertencia, corría el peligro de perder su empleo. Y si se podía descubrir que yo hubiese aceptado honorarios, se me perseguiría ante los tribunales por ejercicio ilegal de la medicina. De modo que mi asistente y admirador de un día, olvidando que su deber era perfeccionarse en el arte de curar, y que la verdad tenía los primeros derechos a su fidelidad; olvidando lo que me había visto hacer y lo que él mismo podía esperar efectuar con el tiempo, no recordando siquiera lo de su pie mejorado, ni las reglas de cortesía, que exigen que uno se excuse cuando falta a una cita, no vino ni me escribió una palabra. Yo comprendía lo que le pasaba, porque estaba en juego su porvenir oficial, pero creo que ya no le respeté como si se hubiera rebelado virilmente contra aquella esclavitud profesional y mezquina, aquella arruga moral, que prefería dejar sufrir a la mitad de la humanidad antes que verla curada por médicos heterodoxos fuera de las reglas de la infalibilidad profesional. Es tan fácil adquirir el poder de aliviar el sufrimiento físico por el magnetismo, que de 100 veces, 99 es culpa de los que no le desarrollan. Pero esto merece un capítulo aparte.

Capítulo XXIV

EL SECRETO DE LAS CURACIONES PSICOPÁTICAS

Los asiáticos han llevado hasta la perfección el arte de cultivar la vanidad de los personajes públicos, y dichos personajes públicos parecen apreciar el procedimiento. Pero para nosotros, los occidentales, todas esas grandezas son molestias, y perpetuamente desempeña uno el papel resignado de una víctima sin resistencia, o bien el de un hombre retraído que dice a todo que no, y que en Oriente se considera como muy mal educado. Digo esto a propósito de lo que leo en mi diario de Ceylán; veo que el 3 de octubre de 1882, para ir al templo en el cual yo tenía que hablar, atravesé un río y caminé por espacio de una milla sobre telas blancas que extendieron por todo el camino bajo mis augustos pies, bajo una continua franja de hojas de palmera, y mi respetable cabeza resguardada bajo un dosel blanco que algunos buddhistas entusiastas llevaban sobre picas de colores. Muchos paralíticos me seguían por todo el camino, suplicándome que les impusiera las manos. Yo me hubiera pasado muy bien de toda esa pompa *(tamasha),* pero la muchedumbre no lo quería. Uno se siente ridículo cuando encaramado sobre un elefante lleno de cintas, o llevado en una silla de manos, medio ahogado bajo las guirnaldas de nardos y rodeado por una multitud exaltada, ve aunque sea un solo europeo al borde del camino o en la galería de alguna casa, que mira irónicamente todo aquello como un cortejo de saltimbanquis. Hace falta buena dosis de sangre fría para soportar eso, porque es fácil prever que la historia correrá por toda la ciudad, y que los comentarios sobre ese rebajamiento de la raza superior correrán de boca en boca, mientras que el espíritu de uno solo tiende a hacer el bien y se impacienta por esas demostraciones infantiles. Lo más difícil de aprender para una hombre blanco en Asia, es esas diferencias radicales de las costumbres de las razas de color con las nuestras, y si tiene la menor idea de ganar el afecto de aquéllas, es necesario que renuncie a todos sus prejuicios y a su código hereditario de hábitos sociales, para unirse a ellos en cuerpo y espíritu. Si los ingleses, que han conquistado a las razas asiáticas, quisieran reconocer esto y ponerlo en práctica, gobernarían por el amor en lugar de hacerlo por la fuerza y la habilidad. Se hacen temer y respetar, ¿pero amar?, jamás. Como no cambiarán de modo de ser para darme gusto, dejemos esto y volvamos al verdadero secreto de éxito en la psicopatía o curación magnética.

Tuve la revelación de este secreto en una aldea del sud de Ceylán, en el curso de la jira de que estoy hablando. Creo que fue en Pitiwella, a cinco millas de Galle, pero no estoy bien seguro, porque no anoté especialmente esa curación entre otras efectuadas el mismo día. Mi intérprete, mi secretario

y mi criado, así como numerosos testigos, podrán recordar las circunstancias si se pone mi historia en duda, y eso me basta. Me trajeron a un hombre que sufría de hemiplejía, o parálisis de un lado del cuerpo. Me puse a hacerle pases sobre su brazo, a lo largo de los nervios y los músculos, y soplándoselo de tiempo en tiempo. En menos de media hora, le devolví al brazo toda su flexibilidad; podía moverlo alrededor de su cabeza, abrir y cerrar los dedos y coger una pluma y hasta un alfiler; en una palabra, hacer con él todo lo que desease. Entonces, como ya llevaba varias horas trabajando sin cesar, me sentí fatigado y pedí a la comisión que le hiciese sentar y me diera un poco de reposo. Mientras yo fumaba una pipa, la comisión me dijo que ese enfermo era un hombre muy rico que había gastado 1.500 rupias con los médicos sin obtener su curación, y que era conocido como avaro. De todas las cosas que repugnan al ocultista, la avaricia es una de las principales; es una pasión baja e innoble. Mis sentimientos hacia el enfermo se trasformaron en seguida. Le hice preguntar por los miembros del comité, cuánto pensaba dar para el Fondo Escolar. Comenzó a gemir, y dijo que era muy pobre, que los médicos le habían costado bien caro; pero ¡que daría una rupia! Esto era demasiado. Le dije que aunque hubiese gastado en vano 1.500 rupias, su brazo estaba ahora curado gratis; que se fuese a gastar el resto de sus rupias en hacerse curar por los médicos su pierna paralizada, y que se guardase la rupia que destinaba a las escuelas buddhistas, para engrosar los honorarios. Les pedí que se llevasen aquel personaje y que no quería volver a verlo. Pero el comité entero me suplicó que volviese sobre mi acuerdo, porque aquella sola palabra "dinero", servirá de pretexto a los ataques de nuestros irreconciliables enemigos, pero no podían decir que yo hubiese sacado jamás ni un céntimo de mis curas, ni que se hubieran, utilizado éstas como cebo para obtener suscripciones. En vista de eso, hice que trajeran otra vez al enfermo; otra media hora de tratamiento libró a su pierna de la parálisis y se fue andando tan bien como cualquiera. Mi secretario le hizo escribir un certificado de curación, que guardo entre los papeles de esta jira por Ceylán.

La comisión que se ocupaba de mi viaje había organizado una serie de pequeñas jiras más o menos de quince días cada una, con regreso a Galle en el intervalo entre una y otra. Al fin de ésta, pedí un día noticias de algunos enfermos que me habían interesado especialmente, y entre otros nombré a ese avaro. Quedé muy sorprendido con la respuesta: el brazo seguía siempre curado, pero *la pierna estaba de nuevo paralizada.* Yo no había leído nada semejante en los libros sobre magnetismo, pero la razón se presentó pronto a mi espíritu; era que yo no sentía ya simpatía por aquel hombre después de haber descubierto su avaricia, y por consiguiente, mi aura vital no había vibrado a lo largo de los nervios de la pierna como a lo largo de los nervios del brazo. Habíase producido un estímulo momentáneo, seguido de una vuelta de la parálisis. En las dos operaciones yo me encontraba en posesión de la misma ciencia, de la misma cantidad de fuerza vital para transmitir, pero la segunda vez no existía

más aquel sentimiento de simpatía y benévola intención que habían efectuado la curación definitiva. Sé que algunos escritores psicópatas, y entre ellos Younger, cuyo libro apareció unos cinco años después de mi experimento de Ceylán, han afirmado que "la simpatía es la tónica de casi todas las fases del estado magnético". (The *magnetic and botanic family physician*, página 28). Se verá que, a pesar de la ausencia de simpatía, devolví momentáneamente a la pierna toda su actividad. Mi voluntad, así como mi experiencia, tenían ese poder, pero por carencia del tercer elemento, la compasión, se produjo una recaída al terminar la excitación original de los nervios. Me parece también que esto tiende a probar que las curaciones magnéticas no son necesariamente debidas a la fe, sino más bien a una transfusión de aura vital al paciente, y que ésta opera en su sistema en condiciones variadas. Finalmente, para no abusar demasiado de la paciencia del lector, diré que este caso recuerda vivamente la antigua ley de los pensamientos bondadosos, que tienen un poder casi mágico para producir el bien de aquellos a quienes son dirigidos, y en cambio los pensamientos de odio producen un resultado contrario. Por lo tanto, importa mucho no desear a nuestro prójimo el mal ni siquiera en pensamiento; esto muestra cómo estaba bien justificado el antiguo terror que inspiraban los hechiceros, y que las fuerzas de la naturaleza son susceptibles de procurar tanto la desgracia como la dicha de la humanidad

El gran sacerdote de un monasterio buddhista me presentó un curioso caso de obsesión. Un monje joven, de unos veintisiete años, estaba obsesionado desde dos o tres años atrás por una yakshini (demonio femenino) que, según me dijo el viejo monje, desempeñaba el papel de esposa-espíritu, pero en proporciones que hacían pensar más bien en la ninfomanía. El pobre infeliz estaba así obsesionado siete u ocho veces por día y había quedado reducido al estado de esqueleto. ¡El superior vino tranquilamente a pedirme que le curase! Felizmente, yo había tratado con éxito un caso de esa clase algunos años antes en América, y sabía muy bien lo que tenía que hacer. Puse al paciente a régimen de agua magnetizada; todas las mañanas, durante un mes, venía a buscar su provisión cuotidiana; quedó en seguida completamente curado. Hice llamar al gran sacerdote y le aconsejé que hiciese colgar los hábitos al joven y le casase; lo que hizo. La explicación es muy sencilla: la influencia del mal elemental sobre su médium fue anulada y destruida por el poder de mi voluntad, más fuerte, ayudada por la acción continua del agua vitalizada.

Terminaba mi viaje por el mediodía de la isla y subí nuevamente a Colombo. En total, había pronunciado 64 discursos en tres meses y visitado la mayoría de las grandes poblaciones de la provincia de Galle. Debo agregar que cuando me hallaba a orillas del mar, no dejaba nunca de tomar un baño diario, que refrescaba en grado asombroso mi magnetismo. Por exagerado que hubiera sido su gasto, un chapuzón en el mar me devolvía las fuerzas vitales en unos cuantos minutos. Los que

deseen dedicarse a la psicopatía, harán bien en no descuidar esa indicación.

Regresé a Colombo el 25 de octubre y estuve presente a la exposición que hizo Sumangala en el Vidyodaya College, de reliquias auténticas del Buddha que habían sido descubiertas en las excavaciones de una stupa en Sopara, y entregadas al gran sacerdote por el gobernador de Bombay y por intermedio del gobernador de Ceylán. Se hallaba presente una inmensa muchedumbre de indígenas, y varios representantes del gobierno, que asistieron por consideración a Sumangala. Este me pidió que hablase esa noche, y a continuación Megittuwatte, el gran orador, pronunció un elocuente discurso.

Me embarqué para Bombay el 1 de noviembre y tuvimos una tranquila travesía de tres días. H.P.B. se hallaba en Darjeeling con varios de nuestros miembros, y allí se encontró en cuerpo físico con dos Maestros. El 8 me aconsejaron que transformase los aniversarios de la fundación de la Sociedad, en convenciones representativas de todas las Ramas de la India. Recuerdo que en el primer momento tuve dudas sobre la posibilidad de realizar ese plan, pero lo transmití a H.P.B., y cuando regresó, el 25 de este mes, traía consigo cuatro bengalíes y un delegado de Madras. Vinieron otros dos de Bareilly, dos de Baroda, y otros más; en la celebración de nuestro séptimo aniversario en el Framji Sowasji Hall, el 7 de diciembre, se hallaban presentes 15 delegados, de los cuales varios pronunciaron discursos. A petición mía, presidió el señor Sinnett, que había acudido de Allahabad. Ese fue el comienzo de la costumbre de las convenciones anuales de las Ramas, que ahora se ha hecho universal. Para hacer ver al público de Bombay que la Sociedad se extendía por el mundo entero, suspendí alrededor del Hall tantos escudos como Ramas tenía la Sociedad; en cada uno de ellos estaba inscrito el nombre de la Rama y la fecha de su carta constitutiva.

No teníamos más que embalar nuestros libros, muebles y demás efectos, para irnos a instalar en la encantadora propiedad de Adyar, en Madras. La Rama de Bombay nos dio una recepción de despedida, con amables discursos, flores, música, colocación, y regalo de un grande y rico jarrón de plata, cincelado exprofeso por hábiles orfebres de la provincia de Kutch. El 17 salimos para Madras, y para señalar bien la fecha en la memoria de H.P.B., le robaron en el tren su hermoso chal de Cachemira, por una ventanilla abierta, mientras nos hallábamos ocupados al otro lado del coche recibiendo y devolviendo cumplimientos y salaams. No sabría reproducir sus expresiones del momento en que descubrió aquella desgracia,

Un grupo distinguido de madrassis nos esperaba en la estación para acompañarnos con toda pompa hasta Adyar, que parecía sonreír a sus nuevos dueños. El lector apenas podrá imaginarse nuestro placer al instalarnos en una casa donde íbamos a vernos libres de las preocupaciones de

propietarios, alquileres y otras molestias de los inquilinos. Veo en mi diario esto. "Nuestra hermosa propiedad nos parece un palacio de hadas. Días felices nos esperan aquí". ¡No preveíamos los días amargos!

Los últimos días de diciembre fueron ocupados por menudas incomodidades domésticas: nuevos servidores, obreros, reparaciones, y desembalar los muebles. El Maestro M. venía todos los días a ver a H.P.B., y veo anotado el 28 de diciembre, que ella me hizo prometer "que no dejaría que nadie le viese la cara si se moría; que la cosería en una sábana y la haría incinerar".

Esta sucedía nueve años antes de su cremación en Woking, lo que indica que ella pensaba siempre en la posibilidad de una muerte repentina.

Ví terminar el año 1882, solo en mi escritorio, trabajando.

CAPÍTULO XXV

CURACIONES EN LA INDIA

El año 1883 fue uno de los más activos, de los más interesantes y más fructuosos para la Sociedad; fue señalado por algunos hechos curiosos, como se verá oportunamente. Se organizaron 43 nuevas Ramas, la mayoría de ellas en la India y por mí. Mis viajes alcanzaron a más de siete mil millas de recorrido, lo que tiene mayor importancia que en Norteamérica, donde uno encuentra en todas partes trenes para conducirle adonde quiera; en cambio, allí tiene uno que acomodarse como pueda sobre el lomo de un elefante, o romperse los huesos en carros sin muelles, tirados por bueyes. La mayor parte del tiempo estuve separado de mi colega; ella se quedó en Adyar ocupándose del *Theosophist,* y yo recorría la gran península dando conferencias sobre Teosofía, curando enfermos, y fundando nuevas Ramas.

Empleamos las primeras semanas de enero en nuestros arreglos domésticos, y mi diario está lleno de detalles sobre las compras de muebles y el arreglo del "santuario" de infausta memoria, pero que fue para nosotros durante dos años un rincón sagrado, santificado por frecuentes relaciones con los Maestros y por muchas pruebas palpables del activo interés que sentían por nosotros y nuestro gran movimiento.

En esta época nos fue enviado Mr. Isaacs, el libro de Marión Crawford, por su tío el señor Samuel Ward, uno de nuestros miembros más entusiastas, que al mismo tiempo nos escribió detalles interesantes respecto a la manera como había sido escrita la obra. Decía que el libro había sido inspirado por lo que se publicó sobre el Mahátma K. H., y que el señor Crawford estaba de tal modo poseído por su idea, que no tomó ningún reposo ni casi alimento, hasta que lo terminó. Escribió su novela en menos de cuatro semanas, y el señor Ward decía que su sobrino parecía hallarse mientras escribía, bajo la influencia de un poder exterior.

Como cualquier ocultista podría decírselo, el señor Crawford cae en el error de mezclar a su adepto oriental ideal, Ram Lal, en los asuntos amorosos del héroe y la heroína del libro, lo cual es incompatible con las tendencias de un hombre tan evolucionado y que vive casi exclusivamente en el plano espiritual. Bulwer igualmente se equivocó, pero todavía más, haciendo que su adepto Zanoni, después de siglos de esfuerzos espirituales coronados de éxitos, abandone los frutos de su yoga para recaer al nivel vulgar de nosotros, pigmeos retenidos por los lazos de la carne y el casamiento. Tanto

Zanoni como Ram Lal son imposibles tal como nos son presentados, salvo como aberraciones de la naturaleza y víctimas de fuerzas brutales poderosamente coaligadas; porque deben haberlas vencido, muchas y muchas veces, mientras se elevaban de las bajas esferas en las que reina la pasión y donde está velada la luz de la Sabiduría. La unión sexual es perfectamente natural para la humanidad media, pero perfectamente imposible para el hombre idealmente desarrollado.

Nos llegaban en cantidad cartas con expresiones de simpatía desde Suecia, Francia, Rusia, Uruguay y Norteamérica, probándonos en qué forma iba creciendo el interés por las cosas teosóficas. Durante ese mes se firmaron las actas de venta de Adyar, y me puse en campaña para conseguir el dinero necesario. H.P.B. y yo encabezábamos la suscripción con la suma de 2.000 rupias, como una quinta parte de la cantidad total. Se me perdonará que cite este detalle pensando en las crueles cosas que se han dicho de nosotros respecto al supuesto provecho que habríamos sacado de la Sociedad.

Como la vida se compone de una sucesión de pueriles detalles, y como deseo que estos recuerdos conserven el sabor de la verdad, he contado muchos pequeños detalles que completan el cuadro y que nos representan a nosotros los fundadores, como personas vivientes y no como a los seres extraordinarios que con tanta frecuencia se ha descrito. Si bien es cierto que H, P. B. escribía libros extraordinarios, también lo es que todas las mañanas comía huevos al plato nadando en grasa, y el retrato que trazo de ella es el de un personaje real y no de uno ideal. De suerte que voy a relatar un pequeño incidente que me interesó en el momento lo bastante para anotarlo en mi diario. El río que corre por detrás de la casa de Adyar despertó nuestra antigua pasión por la natación, y todo el mundo comenzó a tomar baños en él, incluso H.P.B. Nuestros vecinos europeos debieron asombrarse bastante al ver aquellos cuatro blancos —porque era en tiempos de los dos Coulomb— bañándose con una media docena de indos de piel bronceada, chapoteando y riendo juntos, enteramente como si nosotros no creyésemos pertenecer a una raza superior. Enseñé a mi "camarada" a nadar, o mejor dicho, a flotar a su modo, y también al querido Damodar, que era en cierto modo el miedoso más grande que podía verse en el agua. Se estremecía y temblaba en cuanto le llegaba el agua a las rodillas, Y claro está, H.P.B. y yo no le ahorrábamos burlas. Pero recuerdo bien cómo cambió de pronto. Un día le dije; "¡Bah! ¡Bonito adepto será usted si no se atreve ni a mojarse las rodillas!". No respondió nada, pero al ir a tomar el baño siguiente, se *echó al agua de cabeza y atravesó la corriente a nado,* tomando en serio mi reproche y decidido a nadar o morir. Es así como se llega a ser Adepto; hay que ensayar, es la primera, la última y la eterna ley de la evolución; aunque se fracase cincuenta, cien veces, si es necesario, pero hay que ensayar y volver a ensayar; se terminará por tener éxito. Nunca se hizo un hombre o un planeta diciendo: no puedo.

Este mismo mes de enero nos trajo la visita del Takur reinante del Estado de Wadhwan, miembro

de la Sociedad. Yo le había rogado que dejase a un lado su soberanía y que viniese como un simple particular con el par de criados de rigor. Así lo prometió, pero al ir a recibirle a la estación, ví que traía un séquito de 19 individuos, que él consideraba como la tarifa más reducida. Así fue que cuando le hice algunas consideraciones por haber caído sobre nosotros con aquella tropa de ayudas de cámaras, cocineros, músicos, barberos y hombres de armas, se mostró muy asombrado por mi poca razón, y dijo que, de no haber recibido mi carta, hubiera traído por lo menos un centenar... Permaneció con nosotros desde el 30 de enero al 8 de febrero, pasando su tiempo conversando con nosotros, en el teatro, en el agua, yendo a un nautch y otras distracciones.

El 17 de febrero me puse otra vez en camino, embarcándome para Calcutta en el vapor francés "Le Tibre". Después de una agradable travesía, desembarqué el 20 y fui alojado en el palacio de los invitados del Maharajah, Sir J. M. Tagore. Su casa se vio transformada enseguida en hospital por la multitud de enfermos que venían a verme para pedir su curación, y la de sus amigos y conocidos.

Hubo varios sujetos interesantes; de ellos, entre otros, un joven brahmán de veintiocho años más o menos, que desde dos años atrás sufría una parálisis de la cara, dormía con los ojos abiertos porque no podía cerrar los párpados, y era incapaz de sacar la lengua ni de servirse de ella para hablar. Cuando le preguntaron su nombre, no pudo producir más que un horrible sonido gutural; la lengua y los labios estaban paralizados. La habitación era bastante grande y ya me encontraba en un extremo cuando le trajeron. Mi comisión le detuvo en la puerta de entrada para examinarle, y los que la formaban vinieron a mí, explicándome el caso, dejado al enfermo y mirándome con una expresión intensa. Me indicaba por gestos la naturaleza de su enfermedad. Aquella mañana yo me sentía pletórico de fuerzas, casi me parecía que hubiera podido magnetizar a un elefante. Levantando verticalmente el brazo derecho y mirando fijamente al paciente, dije en bengalí: "¡Quede curado!". Al mismo tiempo, bajaba el brazo hasta quedar horizontal, apuntándole con la mano. Se hubiera dicho que recibió una descarga eléctrica; un estremecimiento le sacudió todo entero, sus ojos se cerraron a abrirse; su lengua, por tanto tiempo paralizada, salió y volvió a entrar en su boca, y dando un grito de alegría salvaje, se precipitó a mis pies. Se abrazaba a mis rodillas, ponía mi pie sobre su cabeza y me manifestaba su agradecimiento con frases rápidas. La escena era tan dramática, la cura tan instantánea, que todo el mundo compartía la emoción del joven brahmán y no quedaron allí ojos secos, ni siquiera los míos, lo que no es poco decir.

Otro caso, el más interesante de todos. Cierto abogado de Bhagalpur había perdido la vista, estaba completamente ciego y era conducido por un niño. Me pidió que le curase, o sea devolver la vista a un hombre que padecía de glaucoma con atrofia del disco óptico que había sido atendido por los principales oculistas de Calcutta y despedido del hospital como incurable. No hay más que

informarse con cualquier médico, que dirá lo que eso representa. Yo no había tratado nunca a un ciego y no tenía idea del grado de probabilidad que tenía de aliviarlo. Pero para magnetizar es menester no sentir la menor duda sobre su poder; la fe en sí mismo es la cosa más indispensable. Primeramente ensayé la sensibilidad de aquel hombre a mi corriente magnética, porque mis curas no consistían en sugestión hipnótica, sino en psicopatía verdadera, honrada, y a la moda antigua. Ví con gran satisfacción que era uno de los sujetos más sensitivos que tuve en la vida. Ciego, no distinguía la noche del día, y por lo tanto, incapaz de ver mis gestos y adivinar mis intenciones, estaba de pie ante mi; yo adelantaba la extremidad de mis dedos hasta una media pulgada de su frente, y concentrando mi voluntad sobre esa mano, deseando que se volviese un imán que atrajera al enfermo como a una aguja de acero. Su cabeza se inclinó hacia mi mano, yo la iba retirando y la cabeza la seguía hasta que la frente estuvo a un pie del suelo. Entonces pasé silenciosamente la mano a su nuca, y se enderezó siguiéndola de tal manera, que se echó hacia atrás, perdió el equilibrio y se hubiera caído si yo no lo sostuviera en mis brazos. Todo esto sin pronunciar una palabra, sin que el menor ruido pudiera darle una idea de lo que yo hacía. Sabiendo ya, según eso, lo que tenía que hacer, mantuve el pulgar de mi mano derecha cerrada, delante de uno de sus ojos, y el pulgar izquierdo detrás de su cuello, puse mí voluntad en una corriente vital que pasaba de un pulgar al otro, completando un circuito magnético con mi propio cuerpo a través del ojo enfermo y el nervio óptico hasta su inserción en el cerebro. Continué esto por media hora, conservando el enfermo todo su conocimiento y hablando de tiempo en tiempo cuando se le ocurría. Al terminar la prueba, percibía con ese ojo un vago resplandor rojo. Aplicado igual tratamiento al otro ojo, dio un resultado semejante. Volvió al siguiente día para seguir la curación, y esta vez el resplandor cesó de ser rojo y se hizo blanco. Diez días de perseverancia fueron recompensados con una completa restauración de la vista. Era capaz de leer de corrido los caracteres más pequeños de los periódicos o libros; no tenía necesidad de lazarillo y podía ir y venir como todo el mundo. Un médico amigo mío me dio datos sobre los caracteres del glaucoma; encontré en el enfermo los globos de los ojos duros como piedras, y resolví dejárselos elásticos como los míos. Lo conseguí al tercer día de hacerle pases sencillos y con la imposición de los pulgares con una “intención magnética”, es decir, concentrando mi voluntad sobre el fin que deseaba alcanzar. Esta cura dio mucho que hablar, porque el enfermo estaba coposesión de todas las pruebas escritas de que su mal había sido declarado incurable por las más grandes eminencias médicas. Además, todo el mundo en Bhagalpur conocía su ceguera. Dos médicos, graduados en el Colegio Médico de Calcutta, examinaron sus ojos con el oftalmoscopio y publicaron los resultados de sus observaciones en el *Indian Mirror,* del cual, según creo, las reprodujo el Theosophist. Esta cura tuvo consecuencias chocantes y curiosas. El hombre volvió a perder la vista dos veces y se la devolví otras tantas, la

primera vez después de haberla conservado seis meses, y la otra un año entero. Las dos veces le hallé completamente ciego, y bastó media hora de tratamiento para curarle. Pero para obtener un resultado definitivo, hubiera sido preciso que lo tuviese constantemente junto a mí para tratarle hasta que la tendencia al glaucoma quedase totalmente destruida.

No sé por qué, pero tenía especial suerte con los sordos. En la fecha 8 de marzo, veo anotado un caso interesante. Era el hermano de un alto funcionario de Telégrafos, y tan sordo que era necesario gritarle al oído para que oyese. En dos tratamientos, dos días consecutivos, lo puse en estado de oír mi voz en el tono corriente de la conversación hasta una distancia (que medimos) de 52 pies y ocho pulgadas, dándome la espalda para no ser guiado por el movimiento de los labios. Mi diario está ante mí y copio de él estos detalles. Voy a citar un caso más, que me fue sometido durante esa estancia mía en Calcutta, y será el último.

Mi querido colega Norendra Nath me escribió un día para pedirme que fuese a ver una señora inda gravemente enferma, y diese mi opinión sobre su estado. El marido de dicha señora me llevó a su casa y a su zenana, donde ví a su hermosa y joven esposa, acostada sobre un colchón en el suelo, presa de espasmos histéricos. Se pasaba así seis u ocho horas cada día, con los ojos convulsivamente cerrados y vueltos sus globos, las mandíbulas apretadas como por el tétano, y muda. Se había producido un transporte del sentido de la vista: podía leer un libro con la extremidad de los dedos y probaba esta facultad anormal copiando el texto sobre una pizarra.

Recordé los experimentos del doctor Jaime Esdaile, efectuados y publicados en Calcutta cuarenta años antes, y los repetí con ella. Ví que no sólo podía leer con la extremidad de los dedos de las manos, sino también con el codo y con el dedo meñique de un pie, no del otro. No leía con la boca del estómago ni con la parte posterior de la cabeza, como yo lo había visto en otros enfermos, pero en cambio oía con el ombligo, aunque yo le tapase herméticamente los oídos con mis dedos y su marido le hablaba muy bajito. Era un caso que dependía del magnetismo, pero no pude ocuparme de su curación porque tenía que salir de Calcutta dos días después, y el tratamiento hubiese necesitado sin duda bastante tiempo. Presentaba caracteres de gran interés para el psicólogo, dado que mostraba un traslado de los sentidos de la vista y el oído, lejos de sus órganos propios y eso no podía explicarse por medio de hipótesis materialistas razonables. El espíritu funcionaba en la extremidad del sistema nervioso por medio de una extensión, por decir así, de su sede el cerebro. No hay más que un paso de esto a los prodigios de la clarividencia, o de la observación inteligente de cosas que sucedan a una gran distancia del cuerpo del observador. Si se admite que la facultad pensante se desplaza de su propia sede a uno o varios puntos de la periferia del cuerpo, no existe ninguna barrera lógica para su funcionamiento fuera del cuerpo, salvo los límites de lo finito para alcanzar el Infinito.

Capítulo XXVI

CURACIÓN EN BENGALA

Hasta el día en que nuestros sabios modernos se ocuparon del magnetismo bajo el nombre de hipnotismo, se le tachaba, con mas o menos justicia, de charlatanería. Sus defensores se inclinaban a elevarle demasiado, y sus detractores le rebajaban también demasiado. La solidez incontestable de su base está ahora probada sin discusión, por los resultados de las recientes investigaciones sobre el hipnotismo. Si algunos puntos importantes, como ser la realidad de la visión clarividente, la transmisión del pensamiento, y la existencia del aura magnética o "fluido" son discutidos todavía[3], es consolador sabré que los testimonios a su favor van acumulándose. Dentro de poco tiempo, los materialistas se verán obligados a aceptar los otros fenómenos del magnetismo.

Estas ideas me son sugeridas por las notas de mis experimentos psicopáticos durante el año 1883, que estoy revisando. Yo había gastado un enorme volumen de fuerza vital, tratando de curar indistintamente todos los enfermos que se presentaban. Mientras obtenía éxito en centenares de casos, fracasaba en otros centenares, y no hacía más que aliviar momentáneamente a otros tantos, a pesar de haber ejercido toda la fuerza de mi voluntad y gastado mi vitalidad tan generosamente como en los casos de éxito. Hasta diré que con frecuencia hice dos y aun diez veces más esfuerzos para los fracasos que para las curaciones más sensacionales. Una día que me sentía muy fatigado por mi sesión matinal, pensé que podría economizar mis fuerzas en lo sucesivo, adoptando un sistema de selección; ¿no podría acaso hallar alguna prueba, *auroe metrum*, que me permitiese reconocer a los enfermos más sensitivos y me evitara operar sobre los otros? Partí del postulado de que existe en cada individuo un fluido nervioso que debe ser particular a cada uno y diferente del de los demás. Dicho fluido, conducido por los nervios a las extremidades desde su origen en el cerebro, la médula, y los otros centros *(shat chakram),* podría circular por el sistema nervioso de otra persona en la cual existiese un estado idéntico de pulsaciones o de vibraciones del aura, y que de ese modo estaría colocado en relaciones simpáticas con ella, pero no con otras. De eso saqué la conclusión de que un magnetizador como yo, no podía hacer pasar su aura nerviosa al sistema de un enfermo que no se hallase en vibración simpática con él, así como una corriente eléctrica no puede atravesar un cuerpo no conductor. *Per contra,* la seguridad y rapidez de la curación de un enfermo dado, estarían en proporción de su grado de simpatía vibratoria. No se podría acusar de charlatanerías más que a quien

[3] Debemos recordar que el coronel escribía esto en 1899. (N. del T.)

pretendiéndose bajo una influencia divina, sostuviese que podía curar a cualquier enfermo que tenga fe en sus poderes, sin tener en cuenta la cuestión de simpatía nerviosa entre los dos individuos.

Hacer el ensayo de mi hipótesis sería llevar la psicopatía al dominio de la ciencia positiva. Mas, ¿qué prueba ensayar? ¿Cómo podía uno saber, y probar a los presentes cuáles eran los enfermos más susceptibles de ser curados? Era necesario que la prueba diese resultados visibles para los ignorantes. No había más que una: el fenómeno de la "atracción magnética", y podría emplearse así: el enfermo se mantendría de pie sin apoyarse en nada, con las manos (excepto en caso de parálisis) colgando a los lados del cuerpo, y los ojos cerrados a fin de evitar que sufriese la "sugestión silenciosa" de los movimientos de las manos del magnetizador. Aún sería mejor que estuviese de espaldas. Entonces el operador, concentrando su voluntad sobre la cabeza del paciente, levantando la mano y apuntando con los dedos a la cabeza, querría silenciosamente transformarla en aguja magnética para atraer hacia él la cabeza del sujeto. Esto se continuaría durante algunos minutos para ver si se producía o no el efecto deseado. Si casi inmediatamente el sujeto comenzaba a oscilar sobre sus pies, y su cabeza se inclinaba hacia el operador, este podía estar seguro que tenía que habérselas con un sensitivo muy simpático, y la cura sería casi instantánea. El caso del joven brahmán curado de una parálisis facial y lingual, puede servir de ejemplo, así como el de Badrinath Babú, el ciego de Bhagalpur, que era en extremo sensitivo. Si el grado de atracción, sin ser tan acentuado era de todos modos fuerte, la curación debía efectuarse en más o menos tratamientos, y así sucesivamente hasta el punto en que el enfermo no respondiese en absoluto a la atracción al cabo de tres o cuatro minutos de ensayo. Esta prueba no tiene nada nuevo desde el punto de vista de la atracción, que es conocida desde Mesmer, pero la novedad consistía en servirse de ella como de *aurámetro,* de piedra de toque para la sensibilidad psicopática. Hice el ensayo desde el día siguiente con los más satisfactorios resultados; mis mejores sujetos fueron los más sensitivos. En adelante ya no tendría que perder mi fuerza nerviosa con sistemas nerviosos rebeldes, y en cambio la confianza, resultado del conocimiento exacto de mis probabilidades, me ayudaría inmensamente. Para mi uso personal clasifiqué mentalmente a todos loe sujetos en ocho grupos o grados de sensibilidad, y los traté de acuerdo a ellos.

Entre los europeos inteligentes que venían al palacio del Maharajah atraídos por el espectáculo de mis curaciones, se encontraba el reverendo Felipe S. Smith, de la universidad de Oxford, un hombrecito pálido, muy ilustrado, el verdadero tipo del asceta religioso, vestido como un católico, con una sotana blanca, y tocado con un sombrero en forma de pastel norteamericano. Era muy amable conmigo, y yo le proporcioné todas las ocasiones posibles de convencerse de la realidad de la psicoterapia; observaba todos los casos, hacía muchas preguntas a los sujetos y se quedaba hasta la

noche. Entonces, ya solos, sosteníamos largas conversaciones sobre el tema de aquellas curas, y cada caso del día era analizado y discutido. Se declaró absolutamente satisfecho y dijo que nunca hubiera creído posible lo que había visto, si se lo hubiesen contado. En seguida hablamos de los milagros bíblicos y me confesó que me había visto llevar a cabo cierto número de cosas atribuidas en los Evangelios a Jesús y sus apóstoles: la vista devuelta a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de sus miembros a los paralíticos, así como las neuralgias, los cólicos, la epilepsia, y otros males, aliviados. "¡Pues bien!, le ruego que me diga, señor Smith —le pregunté— dónde colocaría la línea divisoria entre estas curaciones y las idénticas que narra la Biblia, Si yo efectúo las mismas cosas, ¿por qué dos explicaciones? Si las curas bíblicas son milagros, ¿por qué no lo son también las mías?, y si las mías no son milagrosas, sino perfectamente naturales, completamente al alcance de cualquiera que posea el requerido temperamento y sepa elegir a los sujetos?, ¿por qué me pide usted que crea que las curaciones efectuadas por san Pedro o por san Pablo eran pruebas de un poder milagroso? Esto me parece ilógico". El hombre reflexionó profundamente durante varios minutos, mientras yo fumaba en silencio. Después me dio una respuesta de lo más original, que nunca pude olvidar: "Le concedo que los fenómenos son los mismos en ambos casos, no puedo ponerlo en duda. La única explicación que encuentro, es que las curaciones de Nuestro Señor eran efectuadas *por el lado humano de su naturaleza"*.

El 9 de marzo (de 1883) cené en casa, del pandit más sabio de Bengala, ya fallecido, T. T. Vachaspati, autor del famoso diccionario sánscrito. Me hizo preparar alimentos, y me concedió el mayor honor que se puede recibir en las Indias, dándome el cordón brahmánico, adoptándome en su Gotra (Sandilya), y dándome su mantra. Esto venía a ser una especie de patente de admisión en la casta de los brahmanes, y creo que es la primera vez que la ceremonia se hizo completa para un hombre blanco, aunque el cordón en sí haya sido conferido también a Warren Hastings. Se me hizo saber que ese favor me era acordado para demostrar la gratitud que los indos sentían hacia mí, en vista de mis esfuerzos para resucitar la literatura sánscrita y los sentimientos religiosos entre los indos. Con mucha frecuencia he proclamado el profundo aprecio que hago de este honor, y aunque soy buddhista declarado y convencido, he usado siempre ese cordón (*poita*) desde que el venerable pandit me puso uno alrededor del cuello.

Terminado mí tiempo de estancia en Calcutta, durando el cual di varias conferencias ante auditorios numerosos, me puse en camino el 12 para Krishnagar. En esta hubo conferencia, curaciones, y admisión de 17 nuevos miembros en la Rama local. Al día siguiente, di agua magnetizada a 170 personas. En esta ciudad había un alfarero que debía ser la reencarnación de algún antiguo escultor, por lo hábil que era para modelar las figuras. Compré por una rupia cierta estatuita

que representaba a un brahmán haciendo sus devociones, y no creo haber visto poner jamás tanta expresión en un poco de arcilla. La cara indicaba la más intensa concentración y absorción interior; era una obra maestra.

Después fui a Dacca, uno de los centros históricos de la India, y desde hace algunos años, de la cultura moderna. Mi huésped era un empleado superior del gobierno, y materialista, llamado Babú Parbati, hombre de distinguida educación. Hallé en su casa unos concurrentes muy cultos, y el tiempo que no empleaba en conferencias y otros deberes públicos lo ocupaba muy agradablemente discutiendo con él y sus amigos sobre temas filosóficos y teosóficos. Parbati Babú era un hombre muy deseable para atraerle a nuestras ideas, y yo estaba contento de poder contestar a sus preguntas y tratar de disipar sus dudas religiosas. Recuerdo que me llevó a su biblioteca y me mostró su hermosa colección de libros, casi todos de autores occidentales. Llegado al último estante, hice como que seguía buscando. Me preguntó qué era lo que deseaba ver. Le dije que yo suponía que seguramente poseía una segunda habitación donde guardaba sus libros sánscritos y otras obras indas. "No —respondió—, eso es todo. ¿No es bastante?""¿Bastante? —le contesté—, seguramente que no lo es para un brahmán que necesita saber lo que su religión puede responder a las críticas de los escépticos extranjeros. Sería suficiente para un europeo, que no sabe lo que los *Shastras* enseñan y no se preocupa de saberlo". Mi huésped se ruborizó un poco; me figuro que era la primera vez que un blanco le reprochaba no conocer más que las opiniones de los blancos. Lo cierto es que aquel brillante universitario concluyó por ocuparse seriamente del estudio de los *Shastras,* y que recientemente ha publicado un libro que prueba su entera aceptación de las enseñanzas de su religión ancestral.

Hay mucha distancia de Dacca a Darjeeling, aun por ferrocarril. En Siliguri se nos transbordó del tren ordinario al pequeño tren a vapor que trepa por el Himalaya, dando mil vueltas, contorneando las alturas, volviendo sobre sí mismo en curvas, haciendo ochos, atravesando los bosques y la selva, cruzando sábanas de flores silvestres que crecen a lo largo de las vías. Se encuentran filas de coolies y grupos de bhutanis, que van por los caminos llevando sus cargas a la espalda en cestas que parecen conos al revés, sostenidas por una banda que se pone en la frente. Se pasa por pequeñas aldeas de montañeses y de comerciantes bengalíes cuyas mercaderías están expuestas a la puerta de las miserables chozas malolientes que sirven a la vez de tienda y de habitación. Se sube, se sube siempre en una atmósfera fresca y ligera, y el descenso de la temperatura obliga al poco tiempo a cambiar de ropa, ponerse los gabanes y sacar las mantas.

A cada vuelta del camino se distinguen nuevos panoramas de las llanuras humeantes; en éstas los ríos ya no parecen más que un hilo plateado, las casas se convierten en casas de juguete, y los hombres

semejan muñequitos. Al terminar el viaje, nos hallamos en un caos de cumbres coronadas por los brillantes y nevados picos del Kanchnjunga o Dhawalagiri, que se eleva al cielo con una altura dos veces mayor que el del Mont Blanc. Mis hermanos de la Rama local me esperaban en la estación para acompañarme, después de expresarme una calurosa bienvenida, al palacio del Maharajah de Burdwan, quien había dado orden de ponerlo a mi disposición y de proveer a mi comodidad.

Es menester haber vivido en los calores de las planicies de la India para comprender bien el inexpresable alivio y el encanto que se sienten al llegar a ese lugar elevado de la montaña, donde uno encuentra a 8.000 pies de altitud el clima de Inglaterra, y donde el fuego de la chimenea recuerda las alegrías del país natal. Fuera de la casa no se renuevan los recuerdos de esta clase, sobre todo en el bazar o en el mercado, porque se está rodeado de una muchedumbre con facciones mongólicas, de piel amarilla, curiosamente vestida y tocada, charlando en una media docena de lenguas desconocidas. Un hombre vende molinetes para oraciones, collares de turquesas, cajas para amuletos que se llevan al cuello o sobre el brazo. Otro nos ofrece las mantas rojas y espesas del Thibet, o las bonitas colchas del Bhutan con dibujos azules y blancos, y las fajas de lana terminadas por franjas en ambos extremos y que todos los habitantes, hombres o mujeres, usan siempre para sujetar a la cintura sus amplias vestiduras. Más lejos, un tercero, vende armoniosos platillos y campanas de Lhassa. Se puede comprar: caballos, telas, granos y toda clase de mercaderías; el mercado está lleno de movimiento y de clamores. Mientras yo me abría un paso hacia la parte oriental del bazar, me detuve de pronto al ver que se aproximaba un hombre con sus hermosos ojos fijos en los míos y la sonrisa en los labios. No podía dar crédito a mis ojos, yo estaba lejos de pensar que podría verle. Era uno de los adelantados discípulos de un Mahatma con el cual yo había entrado en relaciones bien lejos de allí. Inmóvil, esperé a ver qué hacía; pero cuando estuvo ya muy cerca de mí, cambió de dirección siempre sonriente y mirándome, y desapareció. Me fue imposible volver a encontrarle.

Durante dos días estuve muy ocupado recibiendo visitas, discutiendo temas elevados y tratando enfermos. El 24 di una conferencia en el Town Hall sobre "La Teosofía, ciencia verdadera y no ilusoria". Esa mañana había contemplado un espectáculo que no olvidaré en toda mi vida: el Dhawalagiri en un cielo puro, sin ningún velo de nubes o de bruma. Era como si se hubiera revelado un mundo inmortal y divino, y las palabras son demasiado pobres para describirlo. Yo había salido de la casa al alba y esperaba la salida del sol. En el cielo de color azul acero, ni una nube velaba el brillo de las estrellas. Mirando hacia el oriente, ví de pronto aparecer ante mi vista el cono de nieves eternas, como si surgiera del seno de la noche; se destacaba blanco y deslumbrante, tan alto en el cielo, que me veía obligado a levantar la cabeza para mirarlo. Era lo único luminoso que se distinguía en el cielo, que era todo noche y estrellas, mientras que alrededor y ante, mí, las montanas estaban envueltas en

espesas sombras. De pronto, otro pico se iluminó, y la luz comenzó a correr como un río de plata fundida, de los unos a los otros, y en unos instantes, destacándose toda la cima de la real montaña, ésta semejaba un incendio de nieve ardiente. Dominando a Darjeeling en 2.000 pies, y a las llanuras en otros 7.000 más, se la veía desde lejos como un fantástico sueño, y no es de extrañar que los indos hayan hecho de ella la morada de los rishis, esas encarnaciones ideales de todas las humanas perfecciones.

Salí de Darjeeling el 26, y en Siliguri encontré de nuevo el calor de las llanuras, que resultaba más temible por la diferencia de 20 grados. En Narail hacía 40 grados, y se puede imaginar cómo estaba yo. Di mi conferencia desde la escalinata de una escuela, a falta de local suficientemente espacioso, y como por aquellos lugares no había ni la sombra de un europeo, volví a ponerme mi traje indo de muselina, con el que estaba muy cómodo. Si los europeos que habitasen los países tropicales tuvieran un poco de buen sentido, reemplazarían sus trajes gruesos, ajustados y molestos, así como sus sombreros, por los trajes amplios y ligeros y por los turbantes de los indígenas. Por medio de una sucesión de palanquines, embarcaciones y *dakgharry* (diligencias), volví a Calcuta viajando noche y día con un calor de 39 grados. Cuando llegué al palacio del Maharajah tenía suma necesidad de reposo, pero no lo conseguí porque los enfermos se habían aglomerado y me reclamaban con impaciencia. Tuve que trabajar con ellos todo el día como pude, y, lo que es natural, al llegar la noche tenía una fiebre nerviosa, con temperatura elevada y completo agotamiento. Al día siguiente tuve firmeza y me tomé el requerido descanso; a pesar de eso, por la noche fui a casa de mis queridos amigos Gordon, y en seguida efectué una reunión de la Rama para admitir nuevos miembros. Partí al otro día temprano, para continuar mi jira, con el mismo calor.

En una de mis conferencias se produjo un incidente muy desagradable y humillante para mí como occidental. Un plantador de índigo, ebrio y grosero, vino a la conferencia con una botella de aguardiente y un cesto con botellas de agua gaseosa, y durante todo el tiempo de mi discurso bebía su alcohol. ¡Puede suponerse la impresión que hacía sobre aquel auditorio de indos, sobrios, inteligentes y respetables! ¿Podemos sorprendernos del desprecio que sienten por la raza dominadora, cuyas costumbres son tan diferentes de su propio ideal social? Me satisface decir que semejante exhibición no se reprodujo jamás en mis conferencias por toda la India, a pesar de los espectáculos ofrecidos a los indígenas por los soldados y marineros ingleses.

Mi ciego, Badrinath Babú, viajaba conmigo para seguir su tratamiento diario, y su vista mejoraba diariamente. Fue en Dumraon donde examinó sus ojos con el oftalmoscopio el doctor Bannerji, del Colegio Médico de Calcutta, discípulo favorito de los ocultistas del colegio. Extraigo del *Theosophist* este resultado de sus observaciones:

"Con la ayuda de mi amigo Gupta Babú, ayudante cirujano, examiné ayer sus ojos con el oftalmoscopio. Hemos constatado que los discos atrofiados se volvían normales, que *los* vasos sanguíneos degenerados llevaban la sangre a los discos para nutrirlos… Puede andar solo con facilidad, sin ayuda de nadie, y la tensión glaucómica de los globos oculares ha desaparecido… Nuestros libros de medicina no refieren ninguna curación de esta clase, y todos los ocultistas que lean esto reconocerán que el caso no tiene precedente".

Quienes tengan la curiosidad de leer ese mismo suplemento del *Theosophist* (mayo de 1883), verían en él un certificado médico enviado al editor del diario *The East* por un médico homeópata de Dacca, quien relata que yo curé en veinte minutos dos casos graves de malaria complicada con hinchazón del bazo y mal funcionamiento del corazón, causando una histeria aguda. También en el suplemento de junio apareció un certificado de otro médico sobre diez curas notables, incluyendo la de él. Había perdido la vista de un ojo y dos oculistas europeos de Madras le declararon incurable después de examinarle. "Pero hoy —cuenta él mismo— el coronel Olcott me ha devuelto la vista en algunos minutos, con un tratamiento magnético muy sencillo, soplando sobre mi ojo con un tubo de plata. En seguida me hizo cerrar el ojo sano y leer los tipos corrientes de imprenta con el ojo hasta entonces sin vista. Es más fácil imaginar mis sentimientos, que describirlos". Sí, pero imaginarse al mismo tiempo los sentimientos de los dos grandes oculistas que habían declarado incurable su mal!

CAPITULO XXVII

EN LA INDIA MERIDIONAL

Me disgusta mucho verme obligado a extenderme tanto sobre mis propias jiras y mis actos, pero, ¿cómo no hacerlo? Durante esos primeros años yo era el centro de toda la actividad ejecutiva. Norteamérica dormitaba, su actividad estaba en el porvenir. En Inglaterra, un pequeño grupo de amigos temía la publicidad, y la Rama de Corfú no estaba en situación de hacerla aunque lo hubiera deseado. H.P.B. permanecía en Adyar publicando el Theosophist y escribiendo para los diarios rusos a fin de ganar dinero. Por tanto, me era preciso hallarme siempre en escena para atraer la atención pública y fundar nuevas Ramas. Mis curaciones me habían sido en cierto modo impuestas en circunstancias ajenas a mi voluntad, y como excitaban un interés tan general e intenso que constituían ese año el rasgo más saliente en la historia de la Sociedad, el lector tendrá la bondad de excusar este continuo empleo de la primera persona y de absolverme de la sospecha de egoísmo. Que se represente al Presidente de la Sociedad Teosófica trabajando únicamente por los intereses de la Sociedad, y que era a él y no a mi pobre personalidad, a quien se dirigían tanta benevolencia y cumplimientos.

Volviendo a las curas magnéticas, es preciso hacer notar un detalle muy sugestivo del caso de Badrinath el ciego. Por más que fuese un hipersensible, podía hacerle mi tratamiento durante media hora sin que perdiera conciencia ni un instante, pero un día me pasó por la cabeza la idea de que se durmiese, e instantáneamente su cabeza cayó hacia atrás, los párpados se estremecieron, sus ojos se volvieron y cayó dormido. Un segundo antes, estaba despierto, consciente de lo que le rodeaba, y dispuesto a conversar conmigo o con cualquiera de los presentes. Y ahora estaba tan insensible a todo ruido que los concurrentes trataron en vano, hasta gritándole al oído, de llamar su atención. He ahí un ejemplo de transmisión de pensamiento tan bueno como cualquiera de los que se conocen. Aquel cambio tan brusco me turbó un momento, parecía que su vida dependiese de mí y que si por casualidad yo deseare fuertemente su muerte, su corazón se detendría. Eso fue para mí una buena lección, a saber: que uno debe siempre vigilar los movimientos de su propia mente mientras el cerebro de otro está sometido tan íntimamente a las sugestiones magnéticas del de uno. Anticipando la teoría que podrían formarse los lectores versados en el hipnotismo, podría preguntarme a mí mismo si Badrinath Babú no obedecía a mi pensamiento no manifestado, tanto cuando recibía mi tratamiento como cuando se durmió por una orden mental. Es posible, pero en ese caso sería una

prueba aún más fuerte de la transmisión del pensamiento. ¡Es preciso que el sujeto sea maravillosamente sensitivo para ofrecer sucesivamente fenómenos tan opuestos!

Sin embargo, una nota de mi diario, con fecha 21 de abril, hace nacer la cuestión de saber si es buena la teoría de una perfecta unión mental entre Badrinath y yo. Aquel día, mientras yo trataba sus ojos, en los cuales estaban concentrados todos mis pensamientos, se puso de pronto a describir a un hombre brillante que le miraba bondadosamente. Parece que se hubiese parcialmente desarrollado la visión astral, dado que veía a través de los párpados cerrados. De acuerdo con la minuciosa descripción que me hizo, no pude dejar de reconocer el retrato de uno de nuestros más reverenciados Maestros, hecho tanto más satisfactorio, cuanto que era inesperado y de ningún modo sugerido por mí. Aun admitiendo que por asociación de ideas, Badrinath hubiese pensado en un personaje de esa clase a causa de mí, es en extremo improbable que lo hubiese descrito como una persona de ojos azules, cabellos rubios flotantes, la barba clara con facciones y color de un europeo, porque nunca he hallado entre los brahmanes la tradición de un Adepto semejante. Además, como he dicho, la descripción se aplicaba exactamente a un personaje verdadero, el Maestro de los Maestros, un *paramagurú,* como se dice en la India, el cual me había dado en Nueva York un pequeño retrato suyo en colores. Si Badrinath leía en aquella ocasión en mi espíritu, era menester que lo hiciese en las capas profundas de la memoria subjetiva, porque después de nuestro arribo a la India, yo no había tenido ocasión de recordar la figura de ese Bienaventurado.

Los suplementos del *Theosophist* del año 1883, están llenos de certificados firmados, atestiguando las curaciones que tuve la dicha de efectuar en casi toda la India durante mis largos viajes de ese año. Copiaré uno, no porque sea más interesante que los otros, sino porque tengo a mano el original que se redactó y firmó por todos los presentes en el momento mismo. Esto sucedió en Bankipur el 22 de abril de 1883. Helo aquí:

Bankipur, abril 22 de 1883.

"El abajo firmado certifica que el coronel Olcott acaba de devolverle la palabra después de un tratamiento magnético de cinco minutos, y que también le ha devuelto la fuerza de su brazo derecho, que hasta ahora sufría tal impotencia que no podía levantar el peso de una libra. Había perdido el poder de articular las palabras el mes de marzo de 1882.

Firmado: Ram Kishen Lal.

Ha firmado como testigo, él primo *del enfermo: Rambilas.*

Esta cura maravillosa ha sido efectuada en nuestra presencia, en la forma que más arriba se indica:

Firmado:

Soshi Bhooshan Moitra; Amjad Ali; Jogash Chandra Banerji; Govinda Cheran, M. A., B. L„ Amir Haidar, abogado; Monas Narayan; Gaja Dhar Pershad, abogado; Sajivan Lal, juez de los Tribunales; Lal Vihari Bose; Harán Chandra Mittra, M. A.; Puma Chandra Mukerji; Bani Nath Banerji; Girija Sakhar Banerji; Hem Chandra Singh; Annada Charam Mukerji; Ishwar Chandra Ghose; Balde» Lal, B. A.; y Purnendu Narayan Singh, M. A., B. L."

Y lo digo una vez más, esas curaciones no se hacían en privado, sin testigos, con alguna decoración mística ni en medio de accesorios ridículos, sino en público, ante los ojos de todos, y algunas veces hasta en los templos, ante una multitud numerosa, de suerte que mi relato puede ser confirmado por testigos de *visu,* sin contar a los mismos enfermos curados, de los cuales muchos debieron serlo de un modo definitivo, como el cingalés que ya mencioné.

Del mismo modo que el "trabajador" aprecia su domingo, yo bendecía los raros días de reposo que podía disfrutar en aquel circuito de 7.000 millas alrededor de la India. Veo en mi diario que hay uno anotado el 9 de mayo, pero volví a emprender la rutinaria labor de conferencias y curaciones, que duró hasta que me embarqué para Madras. Podría interesar al público, ver un resumen de la estadística publicada por mi amigo Nivaram Chandra Mukerji, que me acompañó durante toda esa jira y me sirvió de secretario. Puede verse su informe en el suplemento del *Theosophist* de junio de 1683. En la primera columna enumera los veinte lugares donde curé enfermos, y dice que traté a 557 pacientes. En otra columna, se ve que di 2.255 botellas de una pinta de agua magnetizada, y el secretario, estimando que cada botella representa un enfermo, aunque yo creo que más, anuncia un total general de 2.812 personas, tratadas en cincuenta y siete días. Por lo menos mis colegas tendrán tal vez interés en saber que di "27 conferencias, organicé 12 nuevas Ramas, visité a 13 antiguas, y discutí diariamente de filosofía y ciencia, con centenares de personas de las más instruidas en Bengala y Behar". Mi secretario llega hasta describir minuciosamente mi régimen con generosas alabanzas, enumera las patatas, las onzas de legumbres verdes, de macarrones y de vermicelli, las tajadas de pan con manteca, las tazas de te y de café, y publica que yo me encontraba bien con el régimen vegetariano. Pero yo debo decir a los vegetarianos que podrían creerme uno de los suyos, que si el mismo secretario me hubiese acompañado en mi jira del 1887, hubiera visto que yo estaba tan debilitado por aquel régimen, que recibí orden perentoria de volver a la ordinaria alimentación, y

parece que me salvó la vida no haber compartido el fanatismo del pobre Powel, que murió a causa de su ascetismo. Creo que siempre se notará que un régimen especial que en determinado momento es favorable, puede ser perjudicial en otro, y no siento ninguna simpatía por un fanatismo ciego. Precisamente ahora, mientras escribo este libro, sigo nuevamente el régimen vegetariano para combatir una tendencia hereditaria a la gota, y me encuentro muy bien. Si osara comparar los pigmeos con los gigantes, me parece que mi caso fue semejante al del Señor Buddha, que salvó su vida después de un largo ayuno, comiendo el alimento que le ofreció la dulce Sujata. Recuerdo que cuando la señora Leigh Hunt Wallace, autora de una obra clásica sobre el magnetismo, vio las estadísticas de mis tratamientos del año, me escribió que no había en Europa un magnetizador que soñara en ocuparse con intención magnética de la mitad de aquel número de enfermos. Se refería a profesionales como ella, y no a prodigios como Schlatter, Newton, el cura de Ars, el Zuavo Jacovy otros, quehan declarado hallarse bajo el imperio de una entidad espiritual. Con relación a esto, debo confesar francamente mi convicción de que yo no hubiera podido sostener un gasto tan intenso y prolongado de vitalidad, si no hubiera sido ayudado por nuestros Maestros, aunque nunca me hayan dicho nada sobre el particular. Lo que me veo obligado a hacer constar, es que nunca volví a tener tan enorme poder de curar, después que recibí la orden de cesar en esa labor, hacia el fin de 1883. Y estoy convencido que aun haciendo los mayores esfuerzos, no conseguiría curar ahora los casos, desesperados que tan fácilmente despachaba en media hora y a veces en menos.

H.P.B. me acogió con la mayor cordialidad, así como los demás, e hizo una serie de fenómenos, especialmente para mi personal instrucción, y de los cuales no citaré más que el que figura en mi diario el 6 de junio. Dice: "No sabiendo cómo decidir si debía aceptar la invitación de Colombo o la de Allahabad, puse la carta de A. C. B. en el santuario, cerré la puerta con llave, la volví a abrir instantáneamente, y recibí la orden escrita de ∴ por... (un segundo Adepto) en francés. Esto sucedió mientras yo estaba delante, y en menos de medio minuto". Me parece que esto anula definitivamente la teoría de la fabricación por adelantado de esta clase de comunicaciones, y su paso a través de una tabla movible en el fondo del armario.

Un mes entero de apacible trabajo burocrático en Adyar, me pareció delicioso; estuvo amenizado por curaciones, visitas, y discusiones metafísicas con H. P. B, Curé a un mudo, a paralíticos, sordos, etc. Veo un caso interesante porque la cura fue gradual. Un joven que no podía oír el tictac de un reloj puesto sobre su oído, le oyó después de la primera sesión de tratamiento, a cuatro pies y medio. Después de la segunda sesión, a seis pies, y después de la tercera a 15 pies. A partir de la segunda oía la conversación a 13 pies. El 24 de junio un jovencito que estaba paralítico de ambas piernas desde hacía mucho tiempo, caminó por la habitación con una sola sesión de tratamiento.

El 27 de junio me embarqué para Colombo y me ocupé en seguida de lleno en el asunto que me esperaba, las quejas de los buddhistas que habían sido atacados en una revuelta de los católicos y no habían podido obtener justicia del gobierno. Esto me ocupó una quincena, y tuve que efectuar entrevistas particulares con el gobernador de Ceylán, el secretario colonial, el inspector general de policía, el agente del gobierno en la Provincia Occidental, los principales buddhistas, los grandes sacerdotes y los abogados. Redacté peticiones, instancias, instrucciones para los abogados, apelaciones al gobierno central y a la Cámara de los Comunes; tuve que llevar a cabo consultas, discusiones y reuniones de llamas; en una palabra: no perdí el tiempo. Habiendo puesto todo en orden, atravesé a Tuticorin el 14 de julio, para dar comienzo a una jira por la India meridional, que estuvo llena de episodios variados, excitantes y pintorescos.

Veamos, ante todo, mi llegada a Tinnevelli a las seis de la mañana. Una inmensa muchedumbre me esperaba en la estación. Pasaron alrededor de mi cuello cinco gruesas cuerdas, más bien que guirnaldas, de flores, que me subían hasta más arriba de la cabeza. Tenía las manos, los brazos, y los bolsillos, llenos de limones maduros, la fruta de la bienvenida y el respeto; me colocaron en una silla de manos con techo; los principales funcionarios y notables, caminaban a mi alrededor entre el polvo. Un joven brahmán arrojaba flores sobre mí y ante mi silla de manos, cubriendo el camino con un fragante tapiz. Los brahmanes del templo vinieron a presentarme el *lotah* rodeado de flores y la bandeja con un coco abierto, un polvo rojo, limones y alcanfor.

Así como la publicidad que la prensa de Ceylán dio a mis curas, tuvo por resultado molestas peticiones de repetición en Bengala, los resultados de mi jira fueron contados con tanto entusiasmo por la prensa de la india septentrional, que la meridional insistió mucho para conseguir también sus curaciones. En Tinnevelly me ví asediado, y hubo curas maravillosas. Algunas palabras en mi diario del 20 de julio, me recuerdan una de las experiencias más dramáticas de mi existencia. Había ido a la pagoda, a regar con agua de rosas “el Árbol de la Amistad”, y un millar de ociosos, a falta de mejor ocupación, observaban mis movimientos y cambiaban impresiones sobre mi persona. Un hombre, a través de la multitud, me trajo a su hijo, mozo de unos veinticinco a treinta años, pidiéndome que le devolviese la palabra que había perdido tres años antes. Como yo no tenía sitio para moverme, ni casi para respirar, me subí a una especie de pedestal o base continua sobre la que están alineadas series de divinidades indas talladas en monolitos, subí junto a mí al joven y dije a su padre que explicase el caso a la multitud. Copiaré el relato de lo que sucedió en seguida, del suplemento del *Theosophist* de agosto de 1883, y debido a la pluma de Ramaswamier, miembro de la Sociedad bien conocido:

'En medio de una enorme concurrencia ante el templo de Nelliapa, el coronel aplicó el tratamiento al infeliz mudo. ¡Al cabo de siete pases circulares sobre la cabeza y de siete pases

longitudinales, le fue devuelta la palabra al ex–mudo! En medio de aplausos y gritos entusiastas, el coronel le hizo pronunciar los nombres de Siva, Gopala, Rama, Ramachandra y otras divinidades, tan netamente como hubiera podido hacerlo cualquiera de los presentes. La noticia de esta curación se difundió en seguida por la ciudad y produjo una gran sensación".

En efecto, en cuanto hice que el enfermo gritase con todas sus fuerzas los nombres sagrados, la mitad de la muchedumbre se precipitó a la calle como atacada de locura, levantando los brazos al cielo y gritando como hacen los indos: *¡wah! ¡wah! ¡wah!*

Yo me acordaba de las picardías que los misioneros nos habían hecho cuando mi primer viaje, poniendo en circulación anónimamente un folleto injurioso contra H.P.B. y contra mí. Concebí el proyecto de aplicarles un pequeño castigo bien merecido. Dije al padre del enfermo que llevase su hijo a los principales misioneros, a un cierto barrio de Tinnevelly, les contase su curación citando a san Marcos, XVI, 17-18, y les pidiese en nombre de los indígenas, que probasen la divinidad de su misión, devolviendo la palabra a un mudo como yo lo había hecho en la pagoda, y que el público esperaba su respuesta. Varios días después vino a traerme dicha respuesta. Yo esperaba divertirme un poco, pero podrá juzgarse mi asombro cuando me dijo que los principales *padris* le trataron de mentiroso, diciéndole que nadie creía que su hijo hubiera estado nunca mudo! La ingeniosidad del subterfugio me sumió en la admiración y me reí mucho a expensas suyas. Más que ellos a las mías, creo, porque el mudo era conocido de toda la ciudad y la cura fue pública.

Después de un bonito rodeo de 100 millas en carreta de bueyes, una vez para ir y una para volver, al terminar el viaje yo conocía uno por uno todos los huesos de mi cuerpo. Por fin, llegué a Madura, una de las más grandes ciudades de la Presidencia de Madras y también de las más intelectuales y prósperas. El templo de Meenakshi es, según creo, el más hermoso monumento indo de toda la India, es inmenso y está lleno de enormes estatuías monolíticas. Antiguo centro de la ciencia tamil, conserva las estatuas de cuarenta de sus más célebres pandits en una habitación cerrada, que probablemente pocos viajeros visitan, y que certifica la gloria de sabiduría de aquellos tiempos hoy casi olvidados. El foro de la ciudad era entonces —y lo es todavía— muy brillante; a su frente se encontraba Subramanier, el bien conocido miembro de nuestra Sociedad, que hoy es juez de la Corte Suprema de Madras. El me alojó en un pabellón de su jardín, y pronto trabé relación con todos los hombres interesantes de la ciudad. Di mi conferencia al otro día por la noche, en el soberbio palacio de Tirumala Mayak, el rey pandyan del siglo diez y siete, pero no sin inconvenientes. El palacio es todo construido en piedra y pavimentado, y cuando estaba lleno de público, el ruido era ensordecedor. Primeramente me colocaron bajo la cúpula, en la rotonda, donde el príncipe de Gales tuvo su durbar, pero el simple frote de unos 2.000 pies desnudos sobre las losas del suelo, unido al

murmullo de simpatía del auditorio, me impedía conseguir que me oyesen hasta los que estaban más próximos. Mis oyentes estiraban el cuello, se ponían las manos detrás de las orejas, me atravesaban con sus miradas ansiosas, abriendo un poco la boca como hacen instintivamente los sordos para recoger las vibraciones por la cavidad bucal al mismo tiempo que por el tímpano. Pero todo era en vano, me desgañitaba inútilmente, y por fin me detuve, haciendo señas de sentimiento y desesperación. Después de un cambio de ideas entre la comisión y yo, en el que cada uno gritó desaforadamente todo lo que pudo, terminaron por llevarme al magnífico recinto esculpido donde efectúa sus sesiones el tribunal. Colocaron a la puerta una fuerte guardia para no dejar entrar más que a los que comprendían el inglés, y subido en un banco, bajo el dosel que cobija hoy a la justicia inglesa, pero bajo el cual los antiguos reyes recibían en audiencia solemne, hablé durante más de una hora a unas 800 ó 1.000 personas de las más distinguidas del lugar por su nacimiento, posición, influencia o inteligencia.

Los días que sucedieron a ese, fueron consagrados a las curaciones; se presentaban tantos aspirantes que me ví obligado a dejar a la comisión la selección de los enfermos. "Veo en el informe del *Theosophist*, que impuse las manos a 27 personas y que: "las curas más notables fueron: tres casos de sordera; uno de reumatismo persistente y crónico de la columna vertebral, que duraba desde nueve años atrás y que había resistido a toda la facultad médica; y dos casos de parálisis, uno del dedo medio de la mano izquierda, y el otro de la mano izquierda entera. Este último, curado en cinco minutos". En resumen, una cantidad muy respetable de "milagros", suficiente para probar por medio de una explotación juiciosa, la verdad de la misión divina de un sacerdote de cualquiera religión; porque el público en todos los países, se compone sobre todo de crédulos e imbéciles. Espero que mis lectores se habrán dado cuenta hace tiempo de que si los fundadores de la Sociedad Teosófica hubieran sido unos especuladores y farsantes como alguna vez se ha dicho, hubiese preferido juntar una buena cantidad de dinero y hacerse adorar como personajes sobrehumanos, más bien que contentarse con los pobres ingresos constatados por la memoria financiera anual de la Sociedad. No podrá decirse que fue porque nos faltó la ocasión si alguna vez esta se presentó a un reformador religioso en la India, fue a nosotros. En esa época de fe adormecida, y de sacerdotes de costumbres relajadas, cuyo solo aspecto a veces disgusta, los fenómenos de H.P.B. y mis curaciones, hirieron de tal modo la imaginación popular, que los ricos ponían literalmente a nuestros pies sus tesoros, y se nos ofrecían sumas fabulosas para que mostrásemos nuestros poderes. El secreto de una gran parte de la acogida cariñosa y de la duración de nuestras amistades en la India, fue debida a la evidente sinceridad con que rechazamos todas aquellas ofertas. Si alguna vez hubiésemos aceptado el menor obsequio personal, la India entera nos hubiese abandonado en el momento de la crisis de los

Coulomb y se nos hubiera considerado como unos Roberto Houdin religiosos. En cambio, ni todos los misioneros coaligados, ni todas las sociedades del mundo, podrán arrancarnos de nuestro lugar en el corazón de los hijos del viejo Indostán, por más decaídos que hoy estén.

El caso de la mano paralizada que curé, tuvo una consecuencia divertida. El enfermo pertenecía a una buena familia brahmánica, era hermano de un abogado de naturaleza impulsiva y poca fuerza moral. Estaba comiendo cuando su hermano menor volvió de mi curación, con la mano antes paralizada ahora ardiendo por la vuelta a la vitalidad. Aquel *vakil* escéptico, demasiado seguro de sí mismo para admitir la existencia del alma, apenas supo el modo como su hermano obtuvo su curación, cuando su escepticismo quedó barrido como por un torrente; dejó sin terminar su comida, se precipitó a mi casa, me agradeció la curación con los términos más extravagantes, no se apartó de mi lado en todo el día, ingresó en la Sociedad, y cuando partí me siguió para servirme o defenderme según el caso. Si mis recuerdos son exactos, salió conmigo de viaje tal como estaba, sin llevar consigo ni siquiera una muda de ropa, como se salta a una embarcación que se aleja de un barco que naufraga, sin pensar en llevar agua, provisiones, o equipaje. Este exceso de entusiasmo arde como la paja y no podría durar más que esta. A pesar de sus votos de fidelidad, proclamados a todos los ámbitos, de la tierra, mi loco de *vakil* demostró ser el más superficial de los amigos que he tenido en la India, faltando cincuenta veces a sus promesas, y por fin haciéndome pagar de mi bolsillo una suma bastante crecida, por ciertas construcciones que me encargó mandar hacer por su cuenta en el Cuartel General, pero que nunca pagó. El otro vakil y brahmán que me acompañaba junto con él, era de otro temple. Ha permanecido fiel sin un sólo desfallecimiento, es uno de los síndicos de la Sociedad, y le he escogido para que sea uno de los albaceas de mi propio testamento. *Tot homines quot sententioe.*

En Negapatam sucedió lo mismo que en Madura; una gran muchedumbre esperaba mi llegada; me cubrieron de flores, se formó una procesión con banda de música, que me condujo hasta un bungalow todo adornado, donde tuve que contestar al discurso de bienvenida; sostuve conversaciones con una sala llena de personas que me habían preguntas, y formé una nueva Rama con 27 miembros. Di dos conferencias, una para los que conocían el inglés y otra pública; la primera tuvo lugar en mi bungalow, y la segunda en la pagoda, por medio de intérpretes y ante 3.000 personas. El 5 de agosto dormí en la estación del ferrocarril, y al día siguiente tomé un tren de la madrugada para Trichinopoli, donde numerosos héroes me aguardaban: el termómetro marcaba 38º a la sombra, ¡Una calurosa acogida, por cierto!

Capítulo XXVIII

TODAVÍA EN LA INDIA MERIDIONAL

Cuando la popularidad pasa de ciertos límites, se hace muy molesta. Tengo la experiencia de ello a raíz de mi jira por la India meridional en 1883. Al llegar, el 7 de agosto, al Town Hall de Trichinopoli, donde tenía que hablar, me fue sencillamente imposible entrar al local. Una muchedumbre en agitación ocupaba los alrededores, y en lugar de darme paso, se apretujaba para ver al objeto de su curiosidad del día, formando ante mí una compacta masa de carne sudorosa. En vano la comisión suplicó, riñó, gritó y quiso forzar el camino; no pudo ser. No me quedaba otro recurso: trepé al techo de un palanquín para que todo el mundo pudiera verme. Si se quiere dominar a una multitud, es menester no agitarse nunca, ni ir demasiado de prisa; hay que darle un impulso hacia el buen sentido y dejarla obrar por sí misma. Yo sabia muy bien que de aquellos hombres, uno de cada doce comprendía el inglés. No sabían de mí sino que era el amigo y defensor de su religión y que yo tenía una manera de curar a los enfermos, según se decía, milagrosa. Así, pues, permaneciendo inmóvil hasta que me hubiesen visto bastante, preparaba a la muchedumbre compacta para que se disgregara. Al principio, comenzaron a gritar que se hiciera silencio, dé tal manera, que no hubiera conseguido hacerse oír ninguna voz en el mundo; por lo tanto, guardé silencio. Por fin se produjo un momento de clama, y como el sol me quemaba la cabeza y tenía ganas de ponerme a cubierto, levanté los brazos y los mantuve en el aire sin decir una palabra. Hay que saber que el público es con frecuencia como un niño que llora y cuya atención puede atraerse mostrándolo un objeto brillante o nuevo. Yo lo sabía y continué en silencio. Si hubiese comenzado a hablar, cincuenta personas habrían principiado en seguida a gritar a otras cien para que se callaran, y sólo se hubiera oído los “chs” y “¡silencio!” por todos lados. Pero viéndome perseverar en la misma actitud, e intrigados por el significado de aquello, pronto me permitieron decirles las palabras necesarias por medio de mi intérprete, que había subido a mi lado.

Esto me hace recordar una buena treta de mi antiguo profesor de agricultura, que me la contó en cierta ocasión. Como veía que su auditorio de granjeros, algo cansado, se dormía en medio de su interesante discurso, se volvió sin decir nada hacia el pizarrón que tenía detrás, lo limpió cuidadosamente, pareció meditar algún arduo problema, y después, con aire pensativo, trazó una línea vertical, dejó la tiza, se limpió los dedos, reflexionó un poco y volviéndose a sus oyentes —bien despiertos e intrigados —terminó su conferencia. No hizo la menor alusión a la línea vertical, pero

los granjeros no se volvieron a dormir para no perder la explicación del misterio.

Ya pacificada la multitud de la calle, me deslicé a través de ella hasta un patio de atrás, donde seguido por mi auditorio, me apoyé en un muro que me sirvió para dar condiciones acústicas al lugar. Más de un orador ha fracasado por no haber tomado esta precaución, sin la cual su voz se pierde en la muchedumbre.

Esa misma noche, desempeñé mi papel en un espectáculo del cual lo pintoresco y la impresión no podrían ser nunca sobrepasados. Di una conferencia en el famoso templo de Srirangam, que todos los viajeros conocen como el más vasto de la India. Es un santuario central, rodeado por cinco recintos que se van ensanchando tanto que el muro del exterior tiene cerca de media milla por lado. Allí fue donde Ramanuja, fundador de la escuela Visishtadvaita, elaboró su sistema en el siglo XI, y comenzó a difundirlo en la India meridional. La conferencia debía pronunciarse en un espacio libre, delante del Hall de las mil columnas, que cubre una extensión de 450 pies por 130, y que no tiene más que un piso. Mis lectores podrán juzgar el espectáculo que me esperaba al volver el ángulo del recinto, y hallarme frente al Hall gigante y al espacio descubierto. Bajo el cielo sombrío sembrado de estrellas, una multitud de indos, de rostros oscuros y turbantes blancos, en número de unos 5.000, cubría el suelo y el borde del techo en terraza del Hall de las mil columnas. Algunos jóvenes habían tomado por asalto la puerta piramidal *(gopuram)* ayudándose con las esculturas, y sentándose en la primera cornisa. Para servirme de tribuna habían construido una pequeña plataforma de madera, al pie de la escalera que conduce a la mencionada terraza, y tuve que usar cierta habilidad para subir. Pero llegado a mi sitio, abarqué con mi vista la escena entera, y su originalidad me impresionó profundamente. Aparte de las estrellas, no había más alumbrado que el de las vacilantes antorchas sostenidas por soldados a lo largo de las paredes, y seis de ellos sobre mi plataforma, dispuestos de modo que me alumbrasen plenamente sobre el fondo sombrío de la pirámide que tenía detrás. La muchedumbre silenciosa, semioculta en la sombra, era revelada de trecho en trecho por un brahmán de pie, desnudo hasta la cintura, con el cordón sagrado atravesando su piel bronceada como un reguero de leche. Sobre la plataforma, a diez pies por encima de las cabezas, el orador, también de blanco, con su intérprete y uno o dos de los miembros de la comisión, era el objeto de todas las miradas; la brisa de la noche pasaba refrescante y la multitud escuchaba en silencio el discurso sobre el Indoísmo y la necesidad de una educación religiosa para la juventud. Las aclamaciones por largo tiempo contenidas, estallaron al final, los portadores de antorchas agitaban sus luces llameantes y todo el mundo se puso de pie, al mismo tiempo que los muchachos se deslizaban de su sitio sobre el *gopuram.* Y yo, cubierto de guirnaldas, ahogado entre millares de pechos, me habría un camino hasta el recinto exterior, donde aguardaba mi coche. Como en todas partes, se formó una Rama de la

Sociedad.

El día siguiente marché a Tanjore. Esta era la capital de una de las más grandes dinastías de la India meridional, y fué en todo tiempo uno de los principales centros políticos, literarios y religiosos del Sud. Es por cierto una pena que la corriente de viajeros en la India no atraviese para nada el Sud, y que saliendo de Bombay, después de haber visitado las ciudades del Norte que, han conservado el arte de la conquista musulmana, sale por Calcuta o vuelve a Bombay. El viajero que se abandona en manos de Thos, Cook and Son, no ve casi nada de la India de las antiguas dinastías ni de los templos incomparables que embellecen la India meridional. Es como si de la Francia no se viese más que la Bretaña y Provenza, dejando a un lado Paris y la Turena.

Desde las cinco de la mañana me esperaba en la estación de Tanjore numerosa concurrencia y una banda de música. Los notables me pusieron guirnaldas y me dieron café con los cumplimientos de costumbre. Me alojaron en la Casa de Viajeros y tuvieron la bondad de dejarme tranquilo hasta la tarde. Entonces me pasearon en coche por la ciudad, y me llevaron a ese magnífico templo del cual dice Fergusson que es conocido en el mundo entero. Primeramente se atraviesan dos patios, después la gran plaza donde se encuentra el santuario; éste se levanta sobre una base que tiene una altura de dos pisos, coronada por una pirámide de trece pisos, que alcanza a 190 pies sobre el suelo, y tallada en un enorme monolito. Entre la puerta y el santuario se halla el toro colosal de Siva sobre un pedestal de piedra. Si mis recuerdos son exactos, aquel enorme animal está esculpido en una sola masa de granito, y aunque está acostado, mide hasta el lomo unos diez o doce pies de altura. Está bajo un dosel de piedra sostenido por columnas cuadradas y talladas. Para hablar, me coloqué sobre su pedestal, mientras la multitud se ponía en cuclillas sobre las losas del patio. Frente a mí había un enorme *lingam* de piedra, el emblema distintivo de la fuerza generatriz de Siva, y más lejos se levantaba la gran pirámide, de la cual cada piso está decorado con figuras colosales en alto relieve. Mientras mi intérprete repetía mis frases, yo observaba a mi alrededor, y me sentía conmovido por el romanticismo de semejante situación para un norteamericano, representante de la civilización más febril del mundo, de pie al lado de aquel Toro, rodeado por emblemas de la más antigua fe del universo, dirigiéndose a sus fieles y comentando las verdades contenida en las venerables enseñanzas de sus sabios, casi olvidadas.

Hay una leyenda supersticiosa que pretende que la gran pirámide no proyecta sombra; puedo certificar que no tiene fundamento. Cuando la ví por primera vez, a las cinco de la tarde, su sombra se extendía hasta la mitad del patio. Los brahmanes a quienes hice esa observación, me dijeron que aquel rumor popular estaba basado sobre el hecho de que no proyecta sombra a *mediodía.* Me interesó mucho una visita a la célebre biblioteca sánscrita del palacio real. El doctor Bumell, que ha

hecho su catálogo, ha encontrado en ella 35.000 manuscritos, parte en hojas de palmera, y 7.000 volúmenes encuadernados; algunos de los manuscritos son preciosos y muy raros.

Kumbakonam fue mi etapa siguiente; es llamada la "Oxford de la India meridional"; es un famoso centro de estudios, y los profesores indos de su College pueden compararse por su ciencia y dones intelectuales con cualesquiera de su país. Se inclinan al materialismo, y en el tiempo de mi primera visita ejercían una fuerte influencia antirreligiosa sobre los estudiantes, la, mirassidars, ryots, industriales y escolares, me lo habían advertido de antemano, de suerte que cuando hablé en el templo de Sarangapani ante dos o tres mil personas, entre las cuales se hallaban, según dijo el diario local, "Vakils, profesores, maestros de escuela, mirassidarse, ryots, industriales y escolares", me situé en el punto de vista científico, para explicar la religión. En otra conferencia, que di al día siguiente en el mismo sitio, traté sobre los deberes de los padres indos para con sus hijos, y no era tan especial. A pesar del escepticismo de los profesores, los resultados de esta visita y de los discursos fueron la fundación de una nueva Rama, hoy floreciente, la orientación del interés público hacia los asuntos religiosos, y una buena suscripción para fundar una biblioteca local. Hay que recordar que esto sucedía en el transcurso del año que se ha llamado "del despertar indo", y durante el cual se fundaron 43 nuevas Ramas de la Sociedad, y el materialismo indo recibió un golpe mortal. Y esto tuvo lugar diez años antes del Parlamento de las Religiones.

Entre las curaciones que efectué en Kumbakonam, veo uno de aquellos maravillosos casos de sordera. El enfermo era un abogado de Negapatam, me parece, que vino para tratar de hacerse curar. Con dificultad percibía los sonidos a un metro de distancia; pero al cabo de media hora de tratamiento hecho en la galena de la Casa de Viajeros, le hice caminar alejándose de mí, mientras yo continuaba hablándole con mi tono de voz habitual, recomendándole que se detuviera en el momento en que no me oyese. Dije a mi criado que caminase a su lado teniendo la punta de una cinta métrica, de la cual yo tenía la otra extremidad. Cuando el abogado se detuvo, la cinta indicaba que me había oído a 70 pies y medio. Para comprobarlo, sostuve a esa distancia una conversación con él, que me daba la espalda a fin de estar yo seguro de que no se guiaba por el movimiento de mis labios. No sé cómo siguió después el enfermo.

Chingleput fue el último punto que visité, y de allí fui a reunirme con H.P.B. en Utacamund, donde ella se hallaba disfrutando de la hospitalidad del mayor-general y la señora Morgan. El tren se detiene al pie de las montañas Nilghiri, y el viajero continúa su camino en tonga tirada por un caballo, o bien en diligencia arrastrada por jacas al galope. Aquello es sencillamente encantador, se pasa a través de bosques, en medio de las flores, entre nubes de mariposas de mil colores; el aire es tan fresco que hay necesidad de hacer un alto para cambiar el traje tropical por gruesas lanas, y hasta

ponerse el abrigo. Casi cada vuelta del camino deja ver espléndidos panoramas, y por fin se llega a Utacamund, un pueblo encantador de casas pintorescas, que se extiende sobre las pendientes inferiores de las alturas que le rodean y que se ven cubiertas de prados y bosques. Los caminos están bordeados de rosas, y los jardines alegrados con lirios, verbenas, heliotropos y otras "sonrisas de Dios".

H.P.B., con las señoras Morgan y Batchelor, y otras personas, me esperaban en el peaje de la carretera; el general estaba momentáneamente ausente. Mi antigua camarada parecía verdaderamente encantada de verme de nuevo, y conversaba afectuosamente como se hace cuando se vuelve a ver a un pariente largo tiempo ausente. Tenía buen aspecto, el aire de la montaña, reponiéndola como si fuese champagne, reavivaba su circulación, y estaba del mejor humor del mundo, a causa de todas las cortesías que le hacían algunos de los altos funcionarios y sus familias. En su alegría, me retuvo con ella hasta las dos de la mañana corrigiendo pruebas y revisando sus manuscritos. ¡Qué atrayente era cuando quería! Tenía suspendido en sus labios todo un salón lleno de gente, cuando contaba sus viajes y aventuras en busca de los taumaturgos de la magia y la hechicería. Y cómo abrían los ojos de sorpresa cuando, a veces, hacía oír campanas astrales o golpes, o bien producía algún pequeño fenómeno.

Y cuando todos se marchaban y ya solos nos poníamos a trabajar, ella se burlaba de su sorpresa y de los ensayos ridículos que hacían para dar explicación a los hechos presenciados y que hasta entonces ignoraran. Un perfecto ignorante, pagado de sí mismo, que daba a los concurrentes explicaciones infantiles de fenómenos psíquicos, y que trataba de brillar a sus expensas, era su pesadilla, y no dejaba de hacerlo picadillo, en sentido figurado, claro está. Y cómo detestaba a la buena señora que, por completo incapaz de formarse una opinión sobre asuntos tan elevados, y llena de caridad cristiana (!), consideraba a H.P.B. como un monstruo del cual no se atrevía a hablar ante gente bien! Era un encanto oír hablar de eso a H.P.B. Con frecuencia decía que las rusas, las austriacas y las francesas podían conducirse muy mal, pero que eran bastante más honradas que las inglesas o las norteamericanas de su misma categoría, porque aquéllas hacían sus tonterías delante de todo el mundo, mientras que éstas hacían las mismas tonterías a puertas cerradas y escondiéndose. Los bruscos modales de H.P.B., sus osadías excéntricas, sus juramentos y demás originalidades, no eran ciertamente más que la manifestación de una apasionada protesta contra las hipocresías y falsas apariencias de la sociedad. Nunca una mujer bonita y de sus condiciones hubiera pensado en hacer hablar tanto de ella. Pero como era menos que bonita de cara y de figura, instintivamente se inclinaba a producir estrépito; no teniendo admiradores que perder, no había razón para que tuviese contemplaciones. Bien entendido que hablo aquí de la mujer y no del Sabio.

A fin de llevar nuestras ideas al alcance de los europeos que habitaban en la Presidencia de Madras, H.P.B. convino con nuestros amigos que yo daría dos conferencias, y los principales funcionarios se interesaron amablemente en este asunto. Ante todo, tuve que ir a verles a sus casas, y esto me ocupó los dos o tres primeros días. Nuestro trabajo de escritorio se proseguía agradablemente, interrumpido por su brillante conversación y sus frecuentes quejas del frío. No dejaba de tener razón, porque allí había una diferencia de temperatura de 20º con la llanura, y se encendía fuego en las chimeneas, que llenaban las habitaciones de humo y cenizas finas. H.P.B. escribía metida en un abrigo de pieles, con un chal de lana en la cabeza, y los pies envueltos en, una manta de viaje; una graciosa silueta. Una parte de su obra consistía en escribir, al dictado de su Maestro invisible, las "Respuestas a un miembro inglés de la S. T.". Entre otras cosas se ve en ellas la profecía, después citada frecuentemente, de todas las cosas horribles y de los cataclismos que nos amenazaban para un porvenir muy próximo, al final del ciclo. Cuando se la conocía, era fácil ver que escribía al dictado.

Dí mi primera conferencia ante un salón lleno, a pesar de que caía una lluvia torrencial. Ensayé la idea que tuvo el rev. J. Cook en Bombay, y que consistía en poner a la entrada un cesto con hojas de papel y un lápiz. Cada uno escribía al entrar el tema que deseaba para que yo diese sobre él la conferencia. El presidente de la reunión, mayor general Morgan, leyó después los boletines, y como el tema "Ciencia Oculta" era pedido casi por unanimidad, lo tomé como texto para el desarrollo de mi discurso. Al cabo de una hora, quise terminar, pero se me pidió que continuase, lo que hice durante media hora más. La segunda conferencia fue igualmente un éxito. Para limitar la concurrencia se hizo pagar las localidades, y yo hice entregar los ingresos con una carta amable, al tesorero del hospital local. Era un militar, de pocas luces, y lleno de prejuicios, que rehusó secamente mi ofrenda, con el pretexto de que era dinero "diabólico". ¡H.P.B. y yo, éramos considerados como agentes de Satán! Pero como todo el mundo se burló de él, sus colegas de la administración del hospital le obligaron a rectificar su estúpida decisión. El honorable señor Carmichael, secretario del gobierno, tuvo el valor de invitarnos a cenar con sus principales colegas, al día siguiente de la aparición de un maligno artículo en el diario principal de Madras, que insinuaba nuestra calidad de agentes políticos. Lo hizo para protestar personalmente como dicha calumnia. Nosotros le quedamos muy agradecidos.

Viendo que se reanudaba el antiguo y absurdo ataque, me decidí a dirigir una protesta oficial al gobierno de Madras, contra ciertas ruindades y pequeñas molestias que se hacía sufrir a nuestros asociados indos, con el pretexto de que eran miembros de la Sociedad. Envié copias de la correspondencia cruzada con el gobierno de la India y de su decisión a nuestro favor, y reclamé la protección del gobierno de Madras. El gobernador consultó a sus consejeros, y el 12 de septiembre se

nos prometió la protección oficial mientras observásemos las leyes y nos abstuviéramos de mezclarnos en cosas que no entraban en el campo de nuestra actividad reconocida. Era todo lo que necesitábamos para vernos libres de aquellas molestias, y desde entonces no se nos ha incomodado para nada.

CAPÍTULO XXIX

RECONOCIMIENTO OFICIAL DE LA SOCIEDAD

Si alguna vez existió en el mundo un hombre capaz de hacer de un *menú* un poema alimenticio, fue el brigadier general A. Kennedy Herbert, antiguo secretario militar del gobierno de Madras, hoy retirado y con residencia en Londres. Está dotado de tal genio para la cocina, que estoy convencido de que sabría desarrollar las potencialidades latentes de un nabo o de una patata, hasta el punto de revelar la excelencia de la mesa de los dioses. No, no me sorprendería nada saber que en otro tiempo había sido por lo menos subjefe de las cocinas jupiterianas, y que se haya reencarnado al mismo tiempo que sus colegas Soyer y Brillat-Savarin, para enseñar a nuestra generación el arte de preparar platos digestivos. Es en él una pasión, y mucho temo que, si es verdad que la pasión dominante es poderosa en el momento de la muerte, se niegue a morir hasta que haya tenido tiempo de dar sus últimas órdenes para el "festín de los funerales".

El general Kennedy Herbert —en aquel tiempo, teniente coronel— nos invitó un día a almorzar a H.P.B. y a mí, y por cortesía compuso un menú absolutamente vegetariano. Después de tantos años, no podría recordar todos los platos, pero he conservado un vivo recuerdo de nuestra satisfacción, así como la de los otros tres invitados. El servicio estaba a la altura del menú, de suerte que no era Un festín de Gargantúa, sino mas bien una fiesta en casa de Lúculo, preparada con el más exquisito gusto. La cocina vegetariana me ha parecido siempre una comida para gallinas, presentada del modo menos apetitoso para personas delicadas. Si los vegetarianos pudieran obtener lecciones de un Marión Careme, convertirían al vegetarismo a cincuenta por cada uno de los que ahora se convierten. Sin duda alguna, han probado que su régimen de alimentación vegetal es tan nutritivo y más sano que la carne, y se contentan con eso, pero su causa no estará definitivamente ganada sino cuando sus cocineros sepan hacer que la boca se haga agua con los platos que preparen.

¿Era el almuerzo, o la amable hospitalidad de los anfitriones o bien las maliciosas bromas de los otros invitados, o qué? Lo cierto es que la señora Blavatsky desbordaba de gracia y mantuvo divertidos a todos. De una chanza pasaba a una verdad oculta, hacia sonar golpes en una mesa o las campanas astrales en el aire, Y los asistentes a la reunión se separaron bajo la impresión de que era una de las personas más brillantes, divertidas y al mismo tiempo excéntricas que se podían encontrar. En Ooty, como en Allahabad y en Simla, personas que pertenecían a las esferas más influyentes, se

sentían inclinadas a la amistad hacia ella y a la Sociedad, y las más impresionables caían bajo su encanto. Pero allí corno en todas partes, ella estropeaba sus probabilidades de éxito completo, con súbitos caprichos, o con alguna rebelión apasionada contra la estrechez de espíritu o las convenciones sociales, con un lenguaje poco pulido, o bien porque dejaba demasiado en libertad a su espíritu burlón a costa de altas personalidades. Aunque era hecha especialmente para brillar en el mundo, y aunque hubiese, por ser nacida en él, pasado en ese medio toda su juventud, se había desplazado de su "espera de influencia", concibiendo un profundo disgusto por las falsas apariencias sociales y las cobardías morales. Se burlaba del mundo, no como lo haría una mujer de clase más modesta cuya amargura hunde sus raíces en el sentimiento de no poder penetrar en los salones de las castas superiores, sino como mujer nacida en la púrpura, acostumbrada a tratar en un pie de igualdad con la nobleza, y que se ha separado de sus iguales para elevarse a un nivel superior.

El apogeo de nuestra permanencia fue la regularización del estado civil de la Sociedad Teosófica con el gobierno de Madrás, que se determinó, como lo he contado en el capítulo precedente, el 12 de septiembre de 1883, a nuestra satisfacción. Voy a dar aquí, a título de referencia, el texto de las cartas que cambié con el Consejo del gobernador. Helas aquí:

Del coronel Enrique S. Olcott, presidente de la Sociedad Teosófica al honorable E. F. Webster, primer secretario del gobierno de Madrás.

"Señor:

Tengo el honor de dirigirme a usted en nombre de la Sociedad Teosófica, de la cual soy el presidente, y que está organizada con el siguiente objeto:

I. a) Desarrollar los sentimientos de tolerancia mutua y de benevolencia entre pueblos de diferentes razas y distintas religiones.

b) Fomentar el estudio de las filosofías, de las religiones y de las ciencias de los antiguos, y en particular de los arios.

c) Ayudar a las investigaciones relativas a la naturaleza superior del hombre y a sus poderes latentes.

II. Tales son las aspiraciones de nuestra Asociación, y a partir del año 1875 en que fue fundada la Sociedad, en Nueva York, las hemos anunciado y sostenido

abiertamente. Hemos hecho de ellas el exclusivo objeto de nuestras ocupaciones y nos hemos rehusado siempre en absoluto a mezclamos en política o a recomendar una religión con preferencia a las demás.

III. La sede central de la Sociedad ha sido trasladada de Nueva York a la India, en febrero de 1879, en vista de mayores facilidades para nuestros estudios puramente orientales, y las mismas razones nos han hecho dejar Bombay por Madrás, en diciembre de 1882.

IV. Primeramente la Sociedad era abierta, pero la experiencia demostró que los estudios psíquicos que perseguíamos, durante el curso de los cuales los pensamientos y aspiraciones más íntimas de cada uno debían expresarse, requerían relaciones más confidenciales entre los miembros. De esto resultó, a partir del segundo año de la existencia de la Sociedad; la adopción de un principio de secreto idéntico al que rige a la francmasonería y al *compagnonnage,* y basado en los mismos loables motivos.

V. Trabajando así apartados del público, gran número de señoras y caballeros de la sociedad, se unieron a nosotros, tanto en América como en Europa, donde poco a poco fueron fundándose Ramas. Pero al llegar a la India, el carácter privado de nuestras relaciones entre nosotros, y el gran favor que nuestros esfuerzos para renovar los; estudios arios encontraron entre los indos, hicieron sospechar –¡cuán injustamente!– que con el pretexto de la filosofía, podríamos ocultar intenciones políticas. Con ese motivo, el gobierno de la India, instigado por el gobierno de la metrópoli, nos hizo vigilar en Bombay, nuestra residencia, y durante nuestros viajes por la India. Como no había nada que descubrir en nosotros en dicho sentido, aquellos trabajos y gastos no sirvieron más que para probar la inocencia de nuestros fines y de nuestra conducta. Para probarlo ampliamente, llamo respetuosamente su atención sobre la carta adjunta (núm. 1.025 E. G., fechada en Simla el 2 de octubre de 1880), dirigida al que suscribe por el secretario de Asuntos Extranjeros, y cuyo original le transmito, rogándole me la devuelva. Usted verá en ella que "el gobierno de, la India no tiene ningún deseo de molestarles (a nosotros) en nada durante su (nuestra) estancia en este país" y que "mientras los miembros de la Sociedad se 'mantengan dentro de los límites de sus estudios filosóficos y científicos, sin mezclarse en política... , " no tienen que temer ninguna molestia, etc."

VI. Esta decisión está de perfecto acuerdo con la intención. reiteradamente

declarada, de Su Graciosa Majestad, respecto a sus súbditos asiáticos, de observar una estricta neutralidad en todos los asuntos religiosos, ya sea en cuestión de fe, o en estudios. Y dado que siempre hemos observado fielmente todas las leyes establecidas por el gobierno de la India –como en las demás partes del mundo donde tiene Ramas nuestra Sociedad– tenemos derecho a su protección y la reclamamos como un derecho.

VII. No nos hemos visto del todo exentos de molestias en la Presidencia de Madrás. En diversas partes se ha ejercido una cierta presión, no menos inquietante por no ser oficial, sobre los funcionarios indos subalternos para impedirles tomar parte activa en nuestros trabajos. Aunque sólo se trata de realzar la sabiduría, las virtudes y las adquisiciones espirituales de sus antepasados, se les ha hecho sentir que no podían hacerse teósofos sin perder el aprecio de sus superiores, y tal vez sus esperanzas de ascenso. Por ser de un natural tímido, dichos subalternos han creído en muchos casos –pero no en todos, hay que decirlo en honor de la humanidad– deber sacrificar sus convicciones a esa tiranía mezquina. Pero a despecho de todas las oposiciones, ya viniesen del exclusivismo sectario o de cualesquiera otra causa, la Sociedad ha crecido Con tanta rapidez que ya ha fundado veinte Ramas en la Presidencia de Madrás. Una investigación imparcial sobre nuestros miembros, sólo puede mostrar que nuestra influencia sobre los indígenas es excelente, que eleva su sentido moral, su sentido religioso, que los hace más responsables y mejores súbditos. Si el gobierno de Madrás se decidiese a asegurarse de la verdad de esta afirmación, yo sería muy dichoso de poderle proporcionar todas las facilidades.

VIII. En consideración a todo esto, ruego respetuosamente al gobierno, que tenga a bien hacer saber que mientras la Sociedad Teosófica se mantenga en los límites declarados de sus actividades, se observará para con ella una absoluta neutralidad en todo el territorio de la Presidencia, y en particular le suplico que prohíba la intervención en el ascenso de los funcionarios, del hecho de sus relaciones con la Sociedad.

Tengo el honor de ser, señor, su muy seguro servidor.

E. S. Olcott,

Presidente de la Sociedad Teosófica".

Departamento del interior.

Actas del Gobierno de Madrás.

Leída la carta adjunta del coronel E. S. Olcott, presidente de la Sociedad Teosófica, fechada el 7 de septiembre de 1883: Primero, definiendo los objetos de la Sociedad: segundo, acompañando una carta dirigida a él por el departamento de Asuntos Extranjeros del gobierno de las Indias, fechada el 2 de octubre de 1880, asegurando a los miembros de la Sociedad que se verían libres de molestias mientras se mantuviesen dentro de los límites de los estudios filosóficos y científicos sin relaciones con la política; tercero, quejándose de que en diversos sitios de la Presidencia Madrás, subalternos indígenas, han podido creer que no podían formar parte de la Sociedad sin enajenarse el aprecio de sus superiores oficiales.

Ordenanza

del 13 de septiembre de 1883, núm. 1.798.

El coronel Olcott puede estar seguro de que el gobierno *seguirá absolutamente la* línea de *conducta trazada* por el gobierno de las *Indias* en la carta que este le dirigió. En cuanto a su reclamación, se le hace observar que es de carácter general, al no venir acompañada de ningún caso determinado; y Su Excelencia el Gobernador no puede hacer más que declarar en el Consejo que *desaprobaría por completo toda intervención en las ideas religiosas o filosóficas* de la población de cualesquiera clase que fuesen.

(Copia fiel.)

Firmado: Forster Webster,

Primer secretario.

Al coronel E. S. Olcott, presidente de la Sociedad Teosófica.

Ya he tenido ocasión de hablar del carácter violento que H.P.B. había recibido da los Dolgoruki, y de los terribles esfuerzos que tenía que hacer para moderar sólo un poco su irritabilidad. Voy a contar una historia que supe por ella misma y que obró sobre toda su vida con una influencia persistente. En su infancia no

habían hecho nada para dominar su carácter; su excelente padre la adoraba y mimaba después de perder a su esposa. Cuando tuvo once años, llegó el momento en que tuvo que cambiar de régimen, pasando bajo la autoridad de su abuela materna, la generala Fadeeff, nacida princesa Dolgoruki; de antemano se le advirtió que ya no disfrutaría de tanta libertad, y se sintió intimidada por el aire majestuoso de su abuela. Pero un buen día, en un acceso de cólera contra su nodriza, una fiel y antigua sierva que se había criado en la familia, le dió un bofetón. La abuela, al enterarse de lo sucedido, hizo llamar a la pequeña, la interrogó y obtuvo la confesión de su falta. En seguida hizo tocar la gran campana del castillo para reunir a todos los criados –y sabe Dios que eran numerosos– y cuando todos se hallaron reunidos en el gran salón, dijo la niña que 1º que había hecho era indigno de una joven bien educada, que no se debía pagar a una sierva que no se atrevía a defenderse, y 1e ordené que pidiese perdón y besase la mano a su nodriza. Al pronto la culpable, roja de vergüenza, no parecía dispuesta a obedecer, pero la anciana señora declaró que si no lo hacía en seguida, echaría a la nieta de su casa. Agregó que una mujer noble jamás vacilaría en disculparse ante una criada, sobre todo tratándose de una sirvienta cuya devoción de toda la vida, la hacía acreedora a la confianza y el afecto de sus superiores. La impetuosa Elena, de un natural generoso y bueno para con la gente de las clases inferiores, estalló en sollozos, se puso de rodillas ante la nodriza, le besó la mano y solicitó su perdón. Es natural, después de esto se convirtió en el ídolo de toda la servidumbre. Me dijo que aquella lección le hizo una impresión profunda y le enseñó a hacer justicia a quienes su rango social inferior no permitía exigir consideraciones.

Todos las que han publicada recuerdos de su infancia, su hermana la señora Jelihovski, su tía la señorita de Fadeeff, o el señor Sinnett, están acordes en reconocer la nobleza y la generosidad de sus sentimientos, a pesar del poca dominio que tenía sobre su lengua y su humor, que demasiada frecuentemente, como en Ooty, le causaron disgustos. Pera si tenía defectos, no se le puede achacar a ella la falta de una gran señora de Utacamund que no hace mucho honor a ésta. Tal vez se recordará que en el volumen precedente conté cómo H.P.B. "desdobló" un topacio o diamante amarillo de valor, para la señora Sinnett, mientras estábamos en Simla. Renovó el experimento en Ooty para la señora en

cuestión, desdoblando para ella un hermoso zafiro. Transcurrido algún tiempo, dicha señora se disgustó con H.P.B., pero se guardó la piedra, que había sido tasada por un joyero en doscientas rupias. Si la pobre H.P.B., que no poseía un céntimo, hubiera hecho trampa presentando como un *aporte* misterioso un zafiro que no poseía anteriormente, por lo menos la señora fue quien sacó provecho del asunto, puesto que ¡se guardó el zafiro!

Salimos de Ooty, dos días después de haber recibido la decisión del Consejo, para Coimbatore, donde empleamos tres días recibiendo visitas, contestando preguntas, recibiendo nuevos miembros, y además, haciendo yo curaciones y dando conferencias. Cuando organicé la nueva Rama, H.P.B. estaba conmigo, y lo digo porque fue aquella una de las raras ocasiones en que mi colega asistió a la formación de una Rama en la India, a pesar de que algunas personas poco al corriente de los hechos, hayan pretendido que ella las fundaba todas personalmente, cansándose en viajes y privaciones. Jamás se ha dicha nada más tonto; su esfera era la literatura y la espiritualidad, y sus viajes en aquel tiempo no pasaban más allá del comedor, o de su cama a su escritorio. No era más apta para la tribuna y el trabajo de organización, que para hacer la cocina. Y si se recuerda que para hacer huevos pasados por agua los ponía sobre las ascuas, se convendrá en que es decir bastante. Tenía suficiente inteligencia para darse cuenta de ello, y se atenía a su especialidad, así como yo a la mía.

Desde las montañas Nilghiri hasta Pondichery, a donde nos dirigimos en seguida, tuvimos que atravesar el país en ferrocarril, de oeste a este, cambiando de línea en una pequeña estación. Allí sucedió algo muy divertido. En el empalme, cierto viejo indo conocido nuestro, se aproximó a nosotros con esas demostraciones exageradas de respeto que los extranjeros aprecian pronto en su valor, y me suplicó que sanase a un paralítico –rico e influyente– que se presentaría antes de la llegada a Pondichery. Era pasar un poco los límites; si era preciso que me viese perseguida día y noche en cada lugar a que llegaba, al menos debían dejarme los viajes para descansar. Me negué a su petición, pero se pegaba como una babosa, subió al tren, suplicó, conjuró e imploró, hasta que me hizo perder la paciencia. Llegábamos a una estación en la cual debíamos detenernos diez minutos, y aquel fastidioso se arrastró por el polvo a mis pies, para obligarme a descender al andén a fin de curar a su amigo, al que veíamos sentado en un

sillón, rodeado de varias personas. Exasperado, y para quitarme aquella molestia, bajé del tren, llegué al enfermo, manipulé sus miembros paralizados, hice algunos pases y un poco de masaje, su brazo recobró el movimiento, después su pierna, se levantó, caminó, puso sobre el sillón el pie enfermo, lo levantó con el brazo antes paralizado, y como en ese momento la máquina silbaba, saludé al grupo y corrí al tren. Durante esa escena, H.P.B., en la portezuela, fumaba un cigarrillo y me observaba, pues nunca me había visto operar y el espectáculo le interesaba vivamente. El tren comenzó a moverse y vimos a mi paralítico que caminaba hacia la salida con sus amigos, mientras su criado llevaba el sillón; ninguno de ellos tuvo siquiera la idea de volverse a mirarme. El efecto producido sobre H.P.B. por esta desconsideración fue de lo más cómico, y me hizo reír mucho. Sus expresiones no carecían de sal ni de fuerza, y si hubiera podido lanzarlas como proyectiles, las espaldas de los del grupo que se alejaba, hubieran sentido algo. En toda su vida no había visto una ingratitud semejante, ni nada tan vil y desagradable. "¿Pero qué hay?", le pregunté. "¿Qué? –me respondió–. ¿Cómo? ¡Ese hombre le besaba a usted los pies en el tren para que le curase a su amigo, usted lo cura de un modo maravilloso, ahí mismo, en el andén, mientras el tren se detiene diez minutos, y ahí se va con su amigo y los amigos de su amigo, sin una palabra de agradecimiento, hasta sin dirigir hacia atrás una mirada de reconocimiento! ¡Esto rebasa los límites de todo lo que he visto en mi vida!" Le expliqué que si ella me hubiese acompañado en mis jiras de curaciones, habría visto que el número de los enfermos que demuestran un sincero reconocimiento por su alivio, era aproximadamente del 1 por 100. Si las otros 99 sentían reconocimiento, lo ocultaban bien y me dejaban adquirir el mérito recomendado por Sri Krishna a Arjuna: hacer el bien y no esperar los frutos. Pero H.P.B. no olvidó nunca aquel incidente.

CAPÍTULO XXX

UN ADEPTO EN PONDICHERY

¿Hay entre los antiguos amigos de H.P.B. alguno que pueda imaginarse lo que ella parecía y en qué pensaba cuando se la recibía en una estación con la banda de música del gobernador tocando el *God save the Queen,* y luego se le conducía en procesión, siempre acompañada por la música, hasta su alojamiento? Eso fue lo que nos sucedió en Pondichery, y con harto sentimiento corro la cortina ante aquel cuadro divertido, careciendo del talento de Bret Harte para reproducirlo dignamente. Llegados a la casa que se nos tenía destinada, se nos leyó un discurso en un francés singular, en presencia de cierto número de "ciudadanos" franceses del más hermoso color negro. Yo contesté, y todo el resto del día y de la tarde, las visitas se sucedieron sin interrupción. Al otro día por la mañana fui a hacer *mis* visitas oficiales a Su Excelencia el Gobernador, Su, no sé qué, el Alcalde, y a otros funcionarios, quienes me recibieron todos muy cortés y amablemente. Después recorrí la ciudad, que tiene un marcado aire francés, con sus placas azules en las *esqui*nas de las calles, sus mesitas delante de los restaurantes, las tiendas con muestras francesas, la plaza Dupleix, en donde los transeúntes son por su aspecto visiblemente franceses, y hasta los indígenas les imitan del modo más divertido. Esta minúscula colonia, que comparada con la India, que la rodea por tres lados, resulta del tamaño de un sello de correo, difiere por completo en todo 1º posible de la India inglesa, hasta en las relaciones de la raza blanca con los indígenas. Diré que fue 1º que más me chocó, acostumbrado al infranqueable abismo que separa a las razas en el vasto imperio inglés. Fui presentado a los funcionarios por un tamil casi negro, miembro del Consejo Municipal, y me alegró mucho, así como sorprendió, ver que le recibían como a un igual, ¡absolutamente! Como si se pudiese ser un hombre cuando se tiene la piel negra. Me hubiera agradado ver a mi amigo de color chocolate jugar al ciudadano, pero yo estaba conmovido al ver que no hacían dificultades para reconocer sus derechos a obtener sus consideraciones.

Se había convenido antes de nuestra llegada que yo daría una conferencia en inglés que el alcalde traduciría al francés. A la hora fijada, me encontré ante un

numeroso auditorio bicolor; presidía el alcalde y yo comencé a hablar, deteniéndome a cada frase para dejar que tradujese mi intérprete. Pero transcurridos diez minutos, el a1ca1de confesó que su inglés se había agotado, y cedió su lugar al intérprete oficial del gobierno, francés igual que él. Sucumbió a la sexta frase, y entregó su cargo a un tamil que no fue más allá tampoco. Todo el mundo sabe que los extranjeros de cualquier país comprenden más fácilmente el inglés hablado por uno de ellos que el nuestro; nuestro acento los desconcierta. Allí me quedé detenido, sin saber qué hacer, y dispuesto ya a abandonar la partida, pero el alca1ce declaró en buen francés que por la mañana había hablado extensamente conmigo de Teosofía, y que yo era perfectamente capaz de dar mi conferencia en francés sin intérprete. Todos me gritaban que hablase, y a pesar de todas mis protestas tuve que obedecer. No me atrevo a pensar 1º que debió ser *mi* discurso, pero sin embargo, expliqué como pude nuestras ideas sobre la filosofía oriental durante una hora, y mis oyentes tuvieron la cortesía de probar con sus aplausos que al venir a la India no habían perdido la paciencia cortés que demuestran a los extranjeros que destrozan su idioma, 1º cual es un hermoso rasgo del carácter francés. ¡Pero yo quisiera que se hubiera visto la cara y los gestos de H.P.B. cuando llegué a la casa y le conté 1º que acababa de hacer! Levantaba los brazos al cielo y lanzaba exclamaciones a causa de las terribles ensaladas de géneros de las palabras y de tiempos de verbos que habría servido a mi público. Pero, ¡bah!, fuese como fuese, había salido del paso y formé una Rama en la ciudad, lo que, al fin Y al cabo, era lo esencial.

Estaba tan absorto en el relato de *mi* aventura, acompañado por sus comentarios, que no puse atención en una docena de visitadores que se hallaban rodeándola sentados en el suelo, más que para saludarlos colectivamente cuando entré. Pero H.P.B. me miró de cierto modo, e inclinando un poco la cabeza a su derecha, atrajo mi atención sobre una persona que se mantenía detrás de los otros, y que respondió con una sonrisa cariñosa a mi sorprendida mirada. Era nada menos que uno de los Maestros que conocí en Nueva York durante la composición de *Isis Sin Velo,* aquel que tenía tal horror del inglés, que me hablaba o me escribía siempre en francés el mismo que me reprendió tan severamente, multiplicando varias veces el lápiz que vacilé en prestarle un día que ocupaba interinamente la envoltura de H.P.B. No podría decir si los demás le veían, pero ciertamente, si le hubieran visto, no le

habrían podido dejar así a un lado, pues su majestad era tanta, que parecía entre ellos un león en medio de falderillos. Yo deseaba ardientemente acercarme a él y dirigirle la palabra, pero me 1º prohibió con la mirada, así que permanecí sentado en el suelo cerca de H.P.B. de modo que pudiese verlo de frente. Las visitas no se quedaron mucho tiempo después de mi llegada, y luego de haber saludado a H.P.B. como los otros, juntando las manos a la moda inda, le dije al oído algunas palabras y salió.

Al otro día, 23 de septiembre, salimos de Pondichery para Madrás, y como siempre, fue una alegría volver a ver nuestro Adyar. El 25 se celebró el primer aniversario de la Madrás Theosophical Society, ante una considerable concurrencia, y el 27 salí nuevamente para emprender una larga jira por el Norte, La primera etapa interesante fue Haiderabad, capital del Nizam, donde proseguí mi tarea de formación de Rama, contestación de preguntas y curación de enfermos. Entre éstos hubo un interesante caso de curación de un tuerto en media hora. Lo recuerdo claramente. Enfrente de la casa, al otro lado de la calle que corría ante el jardín, había un poste telegráfico. El tuerto, un indo adulto, me fue traído por su médico, el doctor Rustomji, M, S. T., a la galería del primer piso, donde yo hablaba con unos amigos. El doctor había tratado de curar a su paciente, pero no consiguió ni siquiera mejorar la vista del ojo enfermo, con el cual no veía absolutamente nada, Al verlo, parecía igual al ojo sano, pero sometiéndolo a las pruebas corrientes, me convencí de su carencia absoluta de visión, Entonces soplé sobre el globo del ojo “con intención magnética”, a través de un tubito de plata que llevaba conmigo para ese uso; le hice pases adecuados sobre la frente y la nuca, y al cabo de una media hora tuve el placer de oír exclamar al enfermo que ya veía. Para asegurarme de ello, le tapé el otro ojo, y le dije que escribiese lo que viera ante sí. En seguida respondió: “el jardín, la cerca, la puerta, la calle, y un poste telegráfico; hay un trapo de color en el aislador de la derecha”, Era exacto. El doctor estaba encantado. En cuanto al tuerto, después de prosternarse ante mí, se apresuró a marcharse. Hablando con el doctor sobre esta curación, quise que llamasen al sujeto para examinarlo con un instrumento, pero el doctor Rustomji volvió diciendo que el buen hombre se había dado prisa para hacer su equipaje y correr a su pueblo para participar a su familia el feliz acontecimiento. No sé si la noticia se difundió por la ciudad, pero al otro día el gran salón donde di mi

conferencia estaba repleto, y como un corresponsal indo escribía a su diario, a propósito de otra reunión de la misma clase, “el alfiler del proverbio no hubiese caído al suelo”. En Poona, según veo en mi diario, recibí el más corto de todos los discursos, verdadero modelo que debería imitarse, Los miembros de la Rama me esperaban en la estación, me condujeron a la casa que tenían preparada para mí, hicieron ordenar a todo el mundo, y después uno en representación de todos me tomó de la mano y dijo: “Señor presidente y querido hermano mío, os doy la bienvenida entre nosotros”. Yo contesté:

“Gracias de todo corazón”. ¡Y nada más! ¡Ah!, qué felicidad para mí si hubiesen tenido la excelente inspiración de aquel presidente de Poona todos los que perpetraron discursos de bienvenida en –sánscrito, pali, cingalés, tamil, telugu, bengalí, urdu, indi, industani, guramuki, maharatt, gujerati y otros dialectos para mí desconocidos y que muchas veces tuve que oír a media noche o a las cuatro de la mañana, después de largas y fatigosas jornadas de viajes. En Poona hice un nuevo reclutamiento, el señor Brown, de Glasgow, “el pobre Brown”, que se unió a nosotros para acompañamos a la jira. El y la señora. Sarah Parker acababan de llegar a Madrás para servir a la causa, y Brown se ofreció a ayudante. Desde Haiderabad le escribí una carta cariñosa pero explícita: le advertía que se trataba de sacrificarse, que había que contar con la ingratitud del público, con traiciones individuales, calumnias, sospechas, poca comida y viajes cansadores de día y de noche, con toda suerte de medios de locomoción. En fin, si esperaba otra cosa, le aconsejaba que se volviese a Europa y nos dejase a H.P.B. Y a mí, que continuásemos la obra comenzada sin ilusiones. Me contestó telegráficamente que salía para reunirse conmigo, y me alcanz6 en Poona.

Era una sensación deliciosa hallarse en la atmósfera intelectual de Poona; una maharatt educado es capaz de tratar con facilidad los más elevados problemas filosóficos, y el nivel de la conversación entre las clases ilustradas está a la altura de cualquier país, hasta de Alemania o de una ciudad universitaria inglesa. Al recorrer el Oriente, se perciben con fuerza esos contrastes y se adquiere la costumbre de medir las ciudades sólo por su valor intelectual. Si se me pidiera que las describiese, no conseguiría hacerlo, porque tantos miles de templos, dharmsalas, estanques, bazares, calles y bungalows, se embarullan en mi memoria, Pero podría dar una indicación casi segura del estado intelectual de casi todas las

ciudades y pueblos que he visitado, Esto me hace recordar a uno de mis antiguos profesores de letras, a quien volví a ver bastante tiempo después de salir de la escuela. Me sorprendió ver que no recordaba casi nada del físico de mis antiguos condiscípulos, pero cuando yo nombraba alguno, acordaba en seguida de la clase de inteligencia del muchacho, y le recordaba en esa forma.

De Poona fuimos a Bombay. Aquí, no teniendo casa donde alojamos, nuestros colegas nos instalaron en unas grandes tiendas de campaña en la explanada. Esto nos pareció fresco y delicioso hasta el día siguiente, durante el cual una intempestiva tormenta descargó sobre la ciudad y nos ahogó por espacio de dos días bajo torrentes de lluvia. Nuestras tiendas se calaron, y a nuestras ropas les salió moho; a nuestro alrededor el terreno llano no pudo absorber de golpe el agua y se transformó en pantano. Como esto había de traducirse en fiebre e imposibilidad de continuar nuestro trabajo, se nos llevó entonces a unas grandes habitaciones desocupadas del antiguo edificio de la *Bombay Gazette,* donde por lo menos estábamos en seco. Di una conferencia el 17, y a continuación el joven Brown pronunció algunas palabras que fueron muy bien acogidas por el público.

Tal vez haya algunos lectores a quienes les agrade saber que recibí en Bombay, en mi Gurú, la orden de suspender todas las curaciones hasta nuevo aviso, de suerte que se verán libres en adelante de los relatos de curaciones, que comenzarían a cansarles. Esta prohibición no llegó demasiado pronto, porque me figuro que habría terminado por quedar paralizado yo mismo si semejante esfuerzo se hubiera prolongado. Una mañana en Madrás, antes de salir para esta jira, me encontré con que mi índice izquierdo estaba insensible, lo cual era una advertencia sugestiva, y entre Madrás y Bombay, necesité más tiempo y mayores esfuerzos para efectuar las curaciones. El porcentaje de los fracasos se elevó también sensiblemente. No hay nada de sorprendente en esto, porque después de haber magnetizado en doce meses a unas 8.000 personas, el más vigoroso de los psicópatas habría gastado el último "voltio" de su batería, y no digamos nada del caso de un hombre de cincuenta años cumplidos, como yo. Los viajes fatigosos, las noches demasiado cortas, el alimento con frecuencia insuficiente y el cansancio intelectual de las conversaciones diarias y de una enorme correspondencia, así como de las conferencias casi diarias e improvisadas sobre temas abstractos, tenían que llevarme a eso.

Durante nuestra estancia en Bombay, el rey de Birmania nos hizo decir que

deseaba vernos en Mandalay; el señor Brown, Damodar y dos indos me acompañaban, y emprendimos otra vez nuestro camino hacia el Norte. Para que todo estuviera organizado en el curso de aquellas prolongadas jiras, teníamos siempre preparado de antemano un programa impreso, que se mandaba a las Ramas para prevenirlas de las horas de mi llegada y mi salida de cada lugar, advirtiéndoles del alimento que había que preparar, así como de la cantidad de combustible, agua y camas que habrían de proveer. Se les dejaba a su elección los temas de las conferencias, pero a veces descuidaban de pensar en eso hasta el preciso instante en que había que subir a la tribuna.

Desde Jubulpoore fuimos en coche a visitar las Rocas de Mármol, que son una de las curiosidades de la India. Cuando se ha visto el Niágara y los grandes ríos del mundo, no hacen mucho efecto. El Nerbuddha sagrado se halla en ese lugar encerrado entre acantilados de piedra calcárea blanca a la que por todos lados ha roído y carcomido. Aquella decoración de rocas es más pintoresca y artística que grandiosa, a pesar de que el claro de luna debe hacerla fantástica. Bastante más me admiró un viejo asceta *(bawa)*, que vivía en una caverna adyacente. Había adquirido gran reputación de habilidad en los procedimientos fisiológicos del Hatha Yoga, y no opuso ninguna dificultad para efectuar delante de mí un cierto número de ejercicios cuya dificultad no era mayor que para los que suelen verse en Europa en los espectáculos de variedades o en los circos. Nos dijo que había empleado los últimos cuarenta y siete años de su vida en hacer pradakshina (dar la vuelta) alrededor del Nerbuddha para adquirir méritos. Hay que andar como unas 1.800 millas en cada peregrinación, y es menester emplear para ella unos tres años. Era un hombre de aspecto bastante hermoso, sólido, de mirada viva y aire resuelto. Mientras le observaba, tuve la sorpresa de oírle que me preguntaba si yo tendría la bondad de enseñarle a concentrar su mente. Por cierto que si en casi medio siglo de esfuerzos no había podido conseguir eso, no valía la pena de ensayar su sistema. He ahí un hombre dueño de su cuerpo hasta el punto de casi poder volverse del revés como un guante, pero que todavía no había podido aprender cómo se domina a la caprichosa mente que nos da tanto que hacer. Como es natural, aproveché la ocasión para decirle algunas verdades útiles, acerca de las apariencias y las realidades, apoyadas en el *Gita,* el *Dhammapada* y el *Evangelio* de *san Mateo* (XIII). Encuentro útil para quien sepa aprovecharse de él.

CAPÍTULO XXXI

EL MAESTRO K. H. EN LAHORE

La siguiente etapa fue Cawnpore, la de trágica memoria y recuerdo esta visita a causa de las pruebas que adquirí sobre el rápido desarrollo psíquico de Damodar. Como ya lo he dicho en otra parte, en su infancia había recibido la visita de un glorioso personaje, a quien más tarde, cuando se unió a nosotros, reconoció como uno de nuestros Maestros. Entre ellos se establecieron estrechas relaciones de Maestro a discípulo, y Damodar se dedicó por entero al adiestramiento psíquico, observando un régimen, reservando horas especiales para la meditación, cultivando el espíritu de sacrificio y ocupándose día y noche hasta el límite de sus fuerzas, en los trabajos del cargo oficial que le di en la Sociedad. Su Gurú mismo le ordenó que me acompañara en esta jira, y durante todo el viaje se manifestaron numerosas pruebas de los progresos que hacía en el desarrollo espiritual. Recuerdo que me sorprendió, la noche de nuestra llegada a Cawnpore, transmitiéndome verbalmente un mensaje del Maestro, en respuesta a mis dudas sobre lo que yo debía hacer en cierto caso que se acababa de producir, y diciéndome que hallaría escrito eso en una carta encerrada en mi escritorio, del cual yo tenía la llave en mi bolsillo, de donde no había salido en todo el día. Fui a abrir mi escritorio y encontré allí la !Carta anunciada, que, entre paréntesis, era de la letra que, más tarde, los sabios de la S. P. R juzgaron, según el infalible señor Netherclift, ser producto de H. P. B, pero que era del Maestro K. H. Como entonces H. P. By yo estábamos separados por una distancia de cinco días en diligencia, no hay lugar para 1ª hipótesis de un fraude.

El segundo día después de mi llegada a Cawnpore recibí de Adyar un correo reexpedido bastante voluminoso. Entre las cartas había una del señor Samuel Ward, fechada en Capri, conteniendo un billete para el Mahatma K. H., rogándome que si era posible lo hiciese llegar a su destino. Como Damodar se trasladaba todas las noches en astral a la *ashrama* (residencia) del Maestro, le di la carta, diciéndole que preguntara si debía llevarla. Esto sucedía en la tarde del 4 de noviembre y estábamos en Cawnpore, provincia del Noroeste. Ruego al lector que recuerde estos detalles, a causa de lo que sigue.

La noche precedente, yo había dado una conferencia en el teatro, una sala larga y estrecha, con el escenario en un extremo. Según la repugnante costumbre de toda la India británica, todos los europeos, los mestizos y hasta todos los indígenas cristianos (?), vestidos con traje occidental, ocupaban las primeras filas, y todos los indos, por más noblemente nacidos o respetables que fuesen –no siempre es lo mismo– estaban detrás; en medio de la sala había un pasadizo. Yo soy bastante sensible a la esfera áurica de la gente y muy predispuesto a sentir si ésta me es simpática u hostil. Todos los oradores, artistas dramáticos, o de otro género, acostumbrados a presentarse en público, tienen ese nuevo sentido más o menos desarrollado, pero me imagino que el mío sobrepasa el término medio de la sensibilidad. Aquella noche percibí que entre mis queridos indos y yo se elevaba una barrera, casi un muro de pensamientos hostiles, y otro con menos experiencia que yo hubiera podido desconcertarse. Pero notando que la corriente antipática venía de la derecha, me puse bien enfrente del pasillo y apliqué mi mente en atravesar dicha corriente para alcanzar a la parte simpática de mi auditorio. Todas las personas de sensibilidad nerviosa media, cuya profesión les exige hablar en público, afirmarán que esto no es una fantasía de mi imaginación, sino un hecho de experiencia humana. Más de una vez ha sucedido que la presencia en el auditorio de un solo hombre blanco no teósofo entre los indos bastó para enfriarlos y reaccionar sobre mí. La razón es bien sencilla. Mientras que entre todos los asiáticos, de cualquiera raza o religión que sean y yo, existen una confianza y simpatía completas, en cambio, entre ellos y el hombre blanco corriente se levanta una antipatía mutua bien caracterizada, basada, según creo, en un conflicto de polaridad áurica o magnética. Unas relaciones personales más íntimas, cambiarían el sentimiento actual de *noli me tangere* en esta buena camaradería que se establece entre los asiáticos y los verdaderos teósofos.

De Cawnpore fuimos a Luknow, donde todos mis instantes fueron ocupados por la rutina habitual; después seguimos hasta Bara Banki. De paso, debo hacer justicia a la brillante mentalidad del pandit que tradujo mis conferencias al *urdu* en ambos sitios, con una elocuencia y facilidad verdaderamente admirables. Con frecuencia he debido el mismo reconocimiento por servicios semejantes, a los letrados amigos. En verdad, mis conferencias en Asia han sido interpretadas en 18 idiomas diferentes.

En Moradabad, Damodar me dio otra prueba de su poder, recientemente

adquirido, de viajar en su doble astral. Fue a Adyar, habló con H.P.B., oyó la voz de un Maestro que daba un mensaje para mí, y pidió a H.P.B. que me telegrafiase el resumen de todo eso para probarme la verdad de lo que él me afirmaba. Contándome su viaje nocturno, dictó el mensaje tal como lo había oído, y todos los que se hallaban en mi habitación firmaron un acta de su relato. Al día siguiente por la mañana, el cartero me trajo el esperado telegrama de H.P.B., como es costumbre en la India para los telegramas "diferidos". Este corroboraba por completo el mensaje dictado por Damodar, y los testigos presentes firmaron otra vez, pero al dorso del mismo telegrama. La S. P. R. ha hecho todo lo posible para dejar sentado en este caso el poco valor del testimonio de Damodar y mi falta de sentido común, pero yo presento honradamente los hechos tal como tuvieron lugar, y no me inquieto en absoluto de su opinión.

Aligahr estaba en seguida en el programa de esta jira, y el 12 del mimo mes tuvimos allí la continuación del asunto de la carta Ward-K. H. En el correo me dieron mi correspondencia de Adyar, y en una carta echada al buzón en el Cuartel General el día cinco por H.P.B., se hallaba la carta misma del señor Ward a K.H. que yo recibí de Italia, según se recordará, y entregué a Damodar en Cawnpore el día *cuatro,* es decir, la víspera por la noche del día cuatro, es decir, la víspera por la noche del día en que H.P.B. la depositó en el correo de Adyar. El sobre traía el sello de la estafeta de Adyar con la fecha del 5 de noviembre y el de Aligahr del 10 de noviembre, porque los dos lugares estaban a cinco días de viaje, y era lo que tardaba el correo. La carta me había esperado dos días en la estafeta de Aligahr. Presento éste como uno de los casos más demostrativos de transporte de un objeto material entre dos lugares distantes. El testimonio de las fechas en los sellos de ambas estafetas, excluye toda idea de fraude; la carta está aun en mi poder, y con mucho gusto la mostraré a quien desee verla, salvo a los directores de la S. P. R., cuya violenta injusticia con H.P.B., la psíquica mejor dotada y más notable de nuestros tiempos, no permite dignamente a quienes han conocido sus méritos así como sus defectos, tener jamás nada que ver con ellos.

A propósito de este viaje astral, Damodar me contó algo muy interesante. Dicha noche, en cuanto su cuerpo se durmió, él se precipitó hacia la ashrama del Maestro en el Himalaya, pero al llegar supo que también había salido en su cuerpo astral. Por la fuerza de la atracción del Maestro, el discípulo se sintió sacado de allí Y

transportado con tanta fuerza y tan instantáneamente como si un rápido y profundo río le arrastrase en su corriente. Un minuto después, Damodar se hallaba en Adyar en presencia del Maestro y de H.P.B. Tenía, según parece, la carta de Ward en la mano al dormirse, y la carta le siguió en el plano astral, transformándose, como es natural, en materia astral o etérica. Hablando al Maestro de la mencionada carta, la vio en su mano, se la dio y recibió la orden de regresar a casa. El poder radical de la química o de la física oculta, devolvió a la carta su estado sólido, H.P.B. la tomó y me la envió al otro día al correo de Aligahr; el resto ya se conoce. Si yo fuese más versado en las ciencias ocultas, haría uso de este incidente y del relativo al turbante que me fue regalado en Nueva York por el otro Maestro en cuerpo astral, así como diversos casos de aportes, para escribir un ensayo acerca de la posibilidad de cambiar cuerpos sólidos y transportarlos de su estado físico, objetivo y ponderable al estado invisible, intangible, de los cuerpos del mundo astral. Muchos expertos investigadores del campo de los fenómenos psíquicos saben por personal experiencia que el cambio puede efectuarse en los dos sentidos, del objetivo al hiperfísico, y nuevamente a la reintegración y la manifestación. En estas series de capítulos de la *Historia de la Sociedad Teosófica,* se hallarán muchos ejemplos que pueden servir de pruebas, y de los cuales los testigos oculares son tan numerosos como inatacables. Además, las obras de todo un ejército formado por otros escritores y experimentadores de esta rama de las ciencias naturales, confirman mis palabras. La ciencia física se verá pronto obligada a comenzar otra vez por su abecedario con todos esos rayos X, rayos Marconi (?), investigaciones sobre la fuerza ódica, el hipnotismo, y por fin, lo que no es menos importante, sobre la mediumnidad espiritista (ver los casos de la señora Compton, la señora d'Espérance, Honto y otras materializaciones en casa de los Eddy). Será menester que pidamos al Orienté una clave para comprender la naturaleza, en medio de la cual nuestros microscópicos seres alaban desde hace tanto tiempo su propia sabiduría. El fenómeno de mi sortija de oro que pesa media onza y nació en una rosa, que mis fieles lectores recordarán, es el único que yo conservo en la memoria, que pruebe que un objeto sólido puede existir en el interior de otro objeto sólido sin poseer volumen tangible, sin estorbar ni rozar ninguna parte, pero conservando su peso. He aquí en verdad que se abren ante nosotros nuevos horizontes de descubrimientos físicos.

En mi viaje a las poblaciones ya citadas siguió Delhi, y después Meerut, la residencia del joven notario indo Rama Prasad, cuyo libro *Fuerzas Sutiles* de *la Naturaleza,* le ha hecho conocer en el mundo entero por los lectores teósofos hace algunos años. Finalmente, llegamos a Lahore, donde sucedieron cosas de gran importancia. Entre dos estaciones, Damodar hizo uno más de esos vuelos astrales que pueden ser verificados. Éramos tres en el mismo compartimiento del tren: él, Narainswami Ñandú y yo; Damodar se agitaba en uno de los asientos como si durmiese. Yo leía debajo de la luz. De pronto, Damodar se me acercó y me preguntó la hora; mi reloj indicaba que eran casi las seis de la tarde. Entonces me dijo que acababa de llegar de Adyar, donde H.P.B. había sufrido un accidente. No sabía si era grave, pero creía que se había enredado un pie en la alfombra y que cayó pesadamente sobre la rodilla derecha. Ruego al lector que observe el hecho de que el joven no era entonces más que un principiante en las ciencias ocultas T que aún no era capaz de recordar con precisión, al volver a la conciencia de vigilia, lo que había visto en otros planos. Digo esto a causa de la calculada injusticia de la S. P. R. para con él. Cuando oí su relato, hice dos cosas para mi satisfacción personal: redacté una nota del suceso, la hice firmar a Narainswami junto conmigo, y anoté la hora. Desde la primera estación, que resultó ser Sahararampur, telegrafié a H.P.B. preguntando "qué accidente había ocurrido en la casa hacia las seis".

Llegamos a Lahore al otro día a las nueve de la mañana, y en cuanto nos instalamos comenzamos a conversar con nuestros amigos del incidente de la noche anterior en el tren. Les enseñé mi libro de notas y les hice firmar y certificar que el telegrama con la respuesta de H.P.B. no había llegado todavía. Mis compañeros me dejaron para ir a tomar su baño y la comida de la mañana, y mientras me encontraba sentado a la sombra de mi tienda de campaña con el señor Bary, editor de la revista *Arya,* un muchacho del telégrafo llegó hasta nosotros con un telegrama en la mano. Pedí al señor Ruttam Chand que se hiciera cargo de él, y sin abrirlo, lo tuviese en la mano hasta que regresaran mis compañeros para abrirlo en su presencia. Lo cual se efectuó a mediodía por el señor Bary, Y las nueve personas presentes firmaron al dorso para atestiguar los hechos. He aquí el contenido del telegrama: "Casi rota la pierna derecha cayendo de la silla del Obispo, arrastrando Coulomb, Morgan asustado; Damodar nos sorprendió".

Mi telegrama de Saharampur había llegado a Adyar a hora avanzada de la

noche, y la respuesta estaba fechada en Adyar esa mañana a las 7:55 Y me llegó a Lahore a mediodía. No hay nada sorprendente por que los detalles dados por H.P.B. Y por Damodar presenten ligeras diferencias, dado el grado elemental del espiritual desarrollo de éste; en cambio, la corroboración del hecho principal, una pesada caída sobre la rodilla derecha, está completa. Hubo más tarde críticos de escasa amplitud de espíritu, pero de una gran vanidad, que deseaban hacernos creer que aquello podía ser el resultado de un complot entre H.P.B. Y Damodar para engañarme. Pero no veo la probabilidad de que una mujer gruesa y pesada como ella se lastimase seriamente en la rodilla para engañarme, cuando hubiera sido tan fácil convenir con Damodar que éste la vería haciendo cualquier cosa rara pero sin peligro, como, por ejemplo gestos desordenados, o romper un periódico en mil pedazos, o declamar un poema ruso o francés. La explicación de previo acuerdo no tiene sentido común. En fin, aparte de la S. P. R., el carácter personal cuenta como algo, y los hombres de honor tienen derecho a cierto crédito cuando no se trata de asuntos de dinero, y aun en ellos. El telegrama de H.P.B. nos hizo saber algo que ignorábamos todos, que el mayor general y la señora Morgan, de Ootacamund estaban en Adyar.

Se nos había alojado en tiendas de campaña y estaba durmiendo en la mía la noche del 19, cuando volví bruscamente al estado de conciencia exterior al sentir que una mano se apoyaba sobre mí. El campamento estaba situado en un llano, fuera del radio de la policía de Lahore, y mi primer impulso, completamente instintivo, fue defenderme contra la posibilidad de asesinato por algún fanático; sujeté al desconocido por los brazos, preguntándole en indostani quién era y qué quería. Esto fue cosa de un instante, y tuve a mi hombre sólidamente agarrado como lo hace uno que espera ser atacado y tener que defender su vida. Pero una buena y dulce voz respondió: "¿No me reconoce? ¿No se acuerda de mí?" Era la voz del Maestro K. H. Una viva reacción se produjo en mis sentimientos, solté sus brazos para unir mis manos en un respetuoso saludo y quise saltar de la cama por deferencia. Pero me detuvo con la mano y de palabra, y después de cambiar algunas frases, tomó en la suya mi mano izquierda, reunió en la palma los dedos de su mano derecha, y se quedó inmóvil junto a mi cama, pudiendo yo contemplar mientras tanto su cara divinamente bondadosa, gracias a la luz de una lámpara que ardía detrás de él sobre un baúl. Al cabo de un momento, sentí que algo suave

se formaba en mi mano, y el Maestro, colocando con benevolencia su mano sobre mi cabeza, murmuró una bendición y salió de la mitad que me correspondía de la gran tienda para dirigirse hacia el señor Brown, que dormía al otro lado de una colgadura que dividía la tienda en dos. Cuando puse de nuevo la atención en mi persona, vi que en la mano izquierda tenía un papel doblado envuelto en una tela de seda. Mi primer movimiento fue naturalmente correr a la lámpara, desdoblarlo y leerlo. Era una carta de consejos personales, que contenía la predicción de la muerte próxima de dos activos adversarios de la Sociedad, pero sin nombrar a nadie. Esta profecía se realizó poco después con la muerte del swami Dyanand y de Keshab Chandra Sen. Debo hacer resaltar el hecho de que la letra de esta carta formada en mi mano por el Maestro K. H. en persona es idéntica a la de las otras cartas que el sagaz Netherclift, después de haberlas disecado a su gusto, declaró escritas por la señora Blavatsky.

En cuanto a lo ocurrido al otro lado de la tienda, el joven Brown lo contó a numerosas personas que aún viven, y lo publicó en un folleto titulado *Some experience in India,* del cual en este momento no puedo hallar ningún ejemplar. Pero en otro folleto suyo publicado en Madrás, *The Thesophical Society: an explanatory Treatise,* veo en la página 11: "Bastará hacer notar aquí que el Mahatma K. H. es un Adepto vivo y que el autor ha tenido el honor de verle personalmente en Labore, de oírle hablar y hasta de ser tocado por él El autor ha recibido cartas suyas en Madrás, Lahore, Jummo (Cachemira), y otra vez en Madrás, todas de la misma letra, etc...

Volviendo al relato; al oír la exclamación de Brown al otro lado de la tienda, fui hacia él, y me mostró, una carta envuelta en seda, exteriormente semejante a la mía, pero con texto diferente, y me manifestó haberlo recibido en la misma forma que yo, y la leímos juntos. Ahora bien, a pesar de que él haya pasado posteriormente por muchos cambios de frente y que se haya hecho católico y profesor de una escuela católica, eso no cambia nada de los hechos, y no le impide haber recibido la carta como lo he narrado y haber declarado que era de la escritura de K.H.

Mi carta del Maestro se refiere a la visita que recibí en Nueva York del otro Maestro que, en respuesta a mi deseo, no expresado verbalmente, materializó su turbante y me lo regaló, prueba objetiva de que, en efecto, yo había recibido su

visita. La carta dice:

"En Nueva York, usted pidió a... una prueba objetiva de que su aparición no era una maya, y él se la dió. Sin que usted me pida nada, yo le doy ésta; aunque ya desaparezca a sus ojos, esta carta le servirá como recuerdo de nuestras conversaciones. Ahora voy junto al joven Brown a probar su intuición. Mañana a la noche, cuando la mayor parte de las emanaciones de sus oyentes se haya evaporado, volveré a verle para hablar con usted más extensamente, porque es menester que esté prevenido de ciertas cosas que sucederán". Termino con una reflexión que tal vez no parezca muy agradable a nuestros ingeniosos rivales norteamericanos, que tratan de volver a representar *Hamlet* sin el danés; dice: "Sea siempre alerta, solícito y justo, porque debe recordar que la utilidad de la Sociedad Teosófica depende en gran parte de sus esfuerzos, y que nuestra bendición sigue a sus "Fundadores" sacrificados y a todos aquellos que les ayudan en su obra".

CAPÍTULO XXXII

RECEPCION DEL MAHARAJAH DE CACHEMIRA

El suceso que he descrito en el capítulo anterior, era bien apropiado para producir una profunda impresión, aun sobre el ánimo más inerte. ¡Tanto más sobre un hombre cuya más elevada aspiración era osar trabajar, en cualquiera capacidad que fuese, con los "Hermanos Mayores" para el bien de la raza! Si se me preguntase cuál es el placer más raro que yo puedo imaginar, respondería: "Ver un Maestro y hablar con él, porque en su benigna atmósfera el corazón y el espíritu se abren como una flor al sol, y uno se siente lleno de dicha". Y eso fue lo que, me sucedió sin solicitarlo. Sin embargo, volviendo a pensar en ello, todo fue como esos rayos de sol que en día nublado se ven y un instante después ya han desaparecido. La entrevista entera no podía haber durado más de diez minutos. Una mano me sacó del inconsciente abismo de un sueño sin ensueños. El día había sido cansador, la tienda estaba muy fría, calentada tan sólo por cenizas calientes en un gran cacharro de arcilla, y yo me había tapado con las mantas hasta las orejas. Me tocaron, me desperté sobresaltado, sujeté los brazos del desconocido que podía ser un asesino, su bondadosa y dulce voz disipó los últimos vapores de mi sueño: se encontraba ahí, de pie junto a mi cama, con la cara iluminada por una sonrisa; yo le veía en el claroscuro de la luz que estaba a su espalda. Después vino la formación mágica de la carta en mi mano, algunas palabras, un saludo de despedida, pasó cerca de la lámpara puesta sobre el baúl, su noble silueta permaneció un momento en la puerta de la tienda, me dirigió una última mirada amistosa y salió. Fue breve, pero el recuerdo me durará toda la vida.

Mis lectores recordarán que varios años antes se me había dicho que continuase mi labor como si no hubiese Maestros que dirigen y sostienen, y como si tan sólo hubiese que trabajar por la Humanidad, la "gran huérfana"; que no se hacía esperar nada de Ellos, pero estar dispuesto a todo. Eso es lo que hice hasta hoy, no solicitando ayuda, no retrocediendo por carecer de una promesa, pero no habiéndome faltado jamás un apoyo cuando tuve en realidad necesidad de él.

Esta visita del Maestro en Lahore, no fue más que una de las numerosas pruebas

que me fueron acordadas de que Alguien vela por nosotros y de que Alguien nos ayuda; de que nunca estamos abandonados, jamás olvidados, por más amenazadoras que las circunstancias parezcan, y por más sombrío que el porvenir se presente. Veinte años de experiencia de esta clase han hecho nacer en mi corazón una confianza inquebrantable; lo mismo sucedía con H.P.B. Tan pronto en una corta aparición de un personaje como una voz que se dejaba oír, a veces una clara previsión de los acontecimientos, otras un mensaje transmitido por una tercera persona, como el que me fue dado por la señora Mongruel, la clarividente en sueño sonambúlico, el año pasado en París, y en el cual se me predijo el inmediato porvenir de la Sociedad, la duración de mi propia vida, y en qué estado dejaría yo las cosas. Así sucedió también en la carta que se formó en mi mano, que contenía la profecía de la muerte de dos rivales nuestros, entonces poderosos, y también buenos consejos para mí. No importa que algunos traidores llenen el mundo con deliberadas mentiras a propósito de la historia de nuestro movimiento o que lleguen a suprimir mi nombre y el de la señora Besant de sus tradiciones, eso nos los conducirá a nada; la obra continuará, y los verdaderos obreros serán reconocidos, reconfortados y ayudados mientras permanezcan fieles a sus deberes.

Al día siguiente por la noche, después de irse las visitas, nos hallábamos sentados en mi tienda los tres, Damodar, Brown y yo, eran las diez, esperando la visita prometida por K. H. El campo estaba tranquilo, el resto de nuestra compañía se había dispersado por la ciudad de Lahore. Estábamos sentados en sillas al fondo de la tienda en forma de no ser vistos desde fuera. La luna estaba en su último cuarto y aún no había salido. Después de alguna espera, vimos a un indo alto que venía de la llanura, se aproximó hasta corta distancia e hizo señas a Damodar para que se reuniese con él, lo que hizo. Le dijo que el Maestro iba a aparecer dentro de pocos minutos y que tenía que hablar con él. El indo era un discípulo del Maestro K. H. No tardamos en ver aparecer a éste viniendo de la misma dirección, pasar del sitio en que se encontraba su discípulo –que se había retirado un poco– y detenerse ante nuestro grupo que se había puesto de pie y saludaba a la moda inda. Brown y yo permanecimos inmóviles, mientras Damodar fue a hablar algunos minutos con el Maestro; después volvió y el real visitador se alejó. Oí sus pasos sobre el suelo, de suerte que no era una sombra, sino el hombre mismo de su cuerpo físico. Véase que no podía ser Damodar disfrazado puesto que se hallaba con nosotros, y además se

parecía lo menos posible al Maestro, y también estaba allí el *chela* con quien hacía ya varios años que yo tenía relación. Mientras yo escribía todo esto en mi diario, se me dio una nueva prueba: el discípulo levantó la cortina de la tienda, me hizo señas para que saliera y me indicó al Maestro que me esperaba en la exp1anada a la luz de las estrellas. Me uní a él, nos alejamos a una distancia conveniente para no temer interrupciones, y durante una media hora me dijo cosas que yo necesitaba saber, pero que no conciernen a terceros puesto que aquel capítulo de la historia de la Sociedad Teosófica está concluido hace bastante tiempo. No necesito decir que no dormí nada esas dos noches. Mi augusto visitador me dijo que no había venido por propia iniciativa, aunque estaba muy contento de ser él quien viniese, sino que era enviado por la Autoridad superior, que estaba satisfecha de mi fidelidad y no quería que yo perdiese confianza.

En esta entrevista no hubo nada de milagroso, nada de círculo mágico trazado en el suelo, ni lámparas quemando resinas aromáticas con llamas de color azul acero; nada más que dos hombres conversando juntos; un encuentro, y una separación cuando la conversación se terminó. Puedo afirmar que no era Damodar, sino que era Aquel que yo esperaba; esto basta.

Al otro día me marché –21 de noviembre– para ir a Jummo, la capital sur del Maharajah de Cachemira, cuya invitación había aceptado. Para acompañarme desde Lahore me envió uno de sus oficiales, musulmán, y a pesar de Mahoma, muy aficionado a la bebida. Aunque dicha visita fuese un asunto muy sencillo, no se pudo concertar sin protestas, explicaciones y compromisos. Yo había oído decir que era costumbre del Maharajah hacer valiosos regalos en dinero y objetos a sus huéspedes, y rehusé de plano aceptar ni una sola rupia, siguiendo mi invariable costumbre. El intermediario no sabía ya qué hacer entre dos hombres tan testarudos, y un nutrido cambio de telegramas no nos hizo avanzar ni un paso, pero aquella nube terminó por disiparse y todo se arregló con recíproca satisfacción. Se convino que el *Khillat* (presente) sería dado al presidente de la S. T. y aceptado y recibido por mí como tal, porque en dicha calidad no tengo nada que objetar para recibir las mayores cantidades siempre que no sea en perjuicio de tercero.

Una vez todo en orden, salimos en tren a las seis para Waizarabad, adonde llegamos a las 9:30 de la noche. Mi oficial de escolta había evidentemente bebido mucho en las despedidas con sus amigos, porque su aliento apestaba el pequeño

departamento del tren y se veía que estaba medio ebrio. Se puso a conversar de política y me comunicó, empleando muchos misterios y reticencias, que el despertar del poder musulmán estaba próximo y seguro, y que 50.000 indos correligionarios suyos iban a reunirse bajo el estandarte del Nizam. Pronto me cansé de sus tonterías y de su olor y me alejé a un rincón para leer. El deseaba detenerse esa noche en Waizarabad para tener un buen hospedaje y sus complementos pero yo dije que deseaba llegar hasta Sialkot. Llegamos en la diligencia a las tres de la mañana, y después de permanecer en la Casa de los Viajeros hasta mediodía, dos de los elefantes reales nos llevaron al gran bungalow, donde el Maharajah recibe a sus huéspedes distinguidos. A partir del río, la calle principal de la curiosa población Constituye el camino, que era justo lo suficientemente ancho para permitir el paso de nuestros elefantes, a condición de que los peatones se metiesen apresuradamente en las adyacentes callejuelas o en las tiendas, para no ser aplastados. En cuanto a nosotros, majestuosamente sentados en el lomo de los elefantes, con las piernas cruzadas a la oriental, hubiéramos podido ver a las familias en sus habitaciones, pero eso hubiera equivalido a faltar a todas las reglas de la etiqueta asiática.

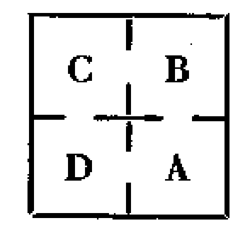
En la casa nos recibió un ejército de criados con esa obsequiosidad que sólo es la esperanza de un opulento *bakshish* (propina). Se le rogó a Mi Señoría que manifestase qué carnes, caza, pescados, etc., se dignaba preferir, y si deseaba comenzar por el wisky and soda tradicionales. ¡Qué asombro cuando expliqué mi sencillo régimen vegetariano (era en el transcurso de mis cinco años de prueba vegetariana), y rehusé sus vinos, licores y otras bebidas fermentadas! Jamás habían visto un blanco tan raro. Y además de todo eso, ¿quién había oído hablar nunca a un europeo en términos de familiar igualdad con los indos? Y se encontraban con dos sahibs, si, dos, que viajaban con negros como si éstos fuesen hombres como ellos, y que aún parecían entretenerse con ellos. *¡Bismillah!*

Al enterarme de que cierto médico europeo célebre llegaría esa noche para reconocer al Maharajah y seria alojado con nosotros, pedí en seguida a nuestro oficial de escolta que nos instalase en un pequeño bungalow vecino, porque no podía soportar la idea de que mis colegas indígenas serían tratados desdeñosamente, y eso era casi inevitable. En las nuevas habitaciones nos encontramos muy bien e independientes; doy aquí su plano a causa de lo que más

adelante contaré.

A. Mi habitación, que también servía de comedor.

B. Habitación de Damodar.



C. Cuarto de los tres indos.

D. Habitación de Brown.

A la mañana siguiente, el mismo Durbari vino a decirnos que Su Alteza reclamaba el honor de mi presencia en el palacio. En el patio se hallaban dos elefantes y cuatro hermosos caballos de silla con ricos arneses, caparazones y sillas de cachemira bordada, bridas adornadas con plata y espuelas también de plata. Todo esto me aguardaba con una guardia de honor de cipayos armados. Elegí los elefantes, y los cipayos nos precedieron para abrimos camino.

Descubrí que no es tan penoso mantenerse sobre un elefante, a la oriental, sentado con las piernas cruzadas sobre el colchón, como ir sentado en un houdah, por más que éste se halle cubierto de plata e impresionante de esplendor, porque uno resulta sacudido como un saco de harina colocado sobre un eje vertical oscilante. Recorrimos de nuevo la gran calle (!) de Jummo, y los transeúntes se refugiaban donde podían; por fin llegamos al palacio. Estaba rodeado, como lo están todos, de muros con puertas macizas. En el patio exterior se veía una cantidad de caballos, elefantes, camellos, bueyes, asnos, pesadas carretas y ligeras *ekkas,* parvas de heno, sacos de granos, materiales de construcción, todo de cualquier modo y en un perfecto desorden, cuidado por centinelas armados y soldados de aspecto descuidado que estaban de un lado para otro.

Después llegamos a un patio interior y a la puerta del palacio, subimos una ancha escalera y nos encontramos en la sala de recepción. Han transcurrido desde entonces catorce años y no recuerdo cómo era, pero he conservado un recuerdo de cierto desorden general. Pronto entró el Maharajah y me recibió con un aire de bondad y noble cortesía que indicaba evidentemente que me consideraba como bienvenido. En su honor, yo me había puesto el traje de lana de las clases superiores del Penjab: un pijama, chaleco sin mangas, una amplia bata o *choga,* calcetines de cachemira y babuchas bordadas de oro, que naturalmente, dejé a la puerta. Lo

primero que el monarca dijo al pandit Gopinath mi intérprete, fue una expresión de placer al verme vestido con su traje nacional. Habían preparado para él un tapiz y un cojín de respaldo, sobre un pequeño estrado ante el cual debíamos sentarnos en el suelo sobre otro tapiz. Pero él sacó su almohadón, lo colocó en el suelo, me hizo señas para que me sentase a su lado, me llamó hermano mayor y abrió la conversación con los cumplimientos y votos de costumbre. Era un hombre distinguido, con una fisonomía inteligente, y unos de esos admirables ojos indos que alternativamente se muestran llenos de expresión, brillan de cólera o reflejan una profunda atención. Representaban bien lo que era y tenía un aire real, lo que no diré de algunos otros soberanos que he conocido y que más parecían cocineros o botones que conductores de hombres de elevado nacimiento. Era un vedantino serio, que conocía bien los sistemas filosóficos. Creía plenamente en la existencia de Mahatmas vivientes y creía que hacían por la India todo lo que su karma permitía, pero nada más. Introdujo con precaución el tema de su sa1ud, dijo que había oído hablar de mis curas y de la reciente prohibición que se me hizo de continuarlas, pero preguntó si por lo menos yo no accedería a aliviarle de un dolor agudo que sentía. Naturalmente, accedí; se quitó el turbante e hice todo lo que pude con pases magnéticos. Se sometió a mis manipulaciones con la mayor docilidad, y debo confesar que aquello me produjo un efecto curioso, porque nosotros los americanos no tenemos la costumbre de manejar a los soberanos como a los demás mortales, aunque teóricamente nos consideramos como todos iguales. Tuve el placer de quitar el dolor de Su Alteza, y me rogó cuando me iba, que durante mi permanencia en la ciudad fuese a visitarle dos veces al día, a fin de hablar conmigo de los elevados problemas religiosos que nos apasionaban por igual.

Esa misma tarde, hallándome sentado en la galería de nuestro alojamiento, vi que entraba a la casa una rara fila de hombres. Primero venía un funcionario de la corte seguido de un criado que llevaba una balanza y de otro cargado con un saco muy pesado, que depositó gravemente a mis pies. Después seguía una fila de otros 22 servidores con turbantes, llevando cada uno en la cabeza una cesta plana llena de frutas o golosinas que apilaron sobre la mesa; después de haber contado las cestas, el intendente despidió a los hombres. Yo me preguntaba el significado de aquello, pero dijeron a Gopinath que el Maharajah me recibía como huésped de primera clase y por eso había 22 cestas; distinguían tres clases, de huéspedes, de las cuales la

segunda tenía derecho a 14 cestas, y la tercera sólo a 7; después venían las personas sin importancia alguna. El intendente abrió el saco, volcó en la balanza el dinero que contenía, lo pesó y me pidió un recibo por 500 rupias. Me explicó que era para nuestros gastos de mesa, pero yo no podía comprender su utilidad, dado que ya se nos proveía de todo lo que podíamos desear y más todavía. En fin, era la costumbre de Cachemira y el honor de Su Alteza se veía comprometido con la obligación de hacer las cosas según las tradiciones de los antiguos reyes de la India.

Al otro día fui dos veces al palacio para reanudar las discusiones filosóficas y también los pases magnéticos. El *Dewan* (primer ministro) y otros funcionarios se hallaban presentes durante las entrevistas, y según la costumbre oriental intervenían libremente de cuando en cuando en la conversación. Es cosa que asombra siempre a 1os europeos; si en la calle hay una querella y se reúne una multitud, igualmente se oirán sobre el asunto frases de un muchacho que de un adulto. Tal vez sea un resultado de la idea de Karma, porque sólo la exterior envoltura corporal es joven, pero el verdadero ser que en ella mora tiene tanta edad en el uno como en el otro. En todo caso, si ese no es el motivo, es una explicación como cualquier otra.

Después de almorzar, el Maharajah iba a presidir unos combates de animales y me llevó a su palco, colocándome junto a él. Como era el primer espectáculo de esta clase a que yo asistía, permanecí hasta su fin, pero me bastó para siempre. Hubo combates de carneros, de elefantes y de caballos; los primeros fueron ridículos, los segundos sin atractivo porque los elefantes no estaban preparados, pero los combates de corceles eran interesantes porque los magníficos animales combatían de todo corazón, relinchando y tratando de morderse. Un combate de gallos puso fin al espectáculo.

El gran juez pasó conmigo la velada en agradable conversación durante la cual me dijo que yo había agradado tanto al Maharajah que me concedería todo 1º que yo deseara. Di a estas palabras su verdadero valor, pero después que se marchó el juez, el joven Brown, con gran sorpresa de mi parte, me pidió que le consiguiese para él un cargo da juez. "¿Cómo –le dije– usted que ha venido a la India para consagrarse a una obra altruista? a quien yo previne por carta que no esperase otra cosa que ocasiones de sacrificio, que acaba de ser honrado con una visita y una carta del Maestro, privilegio que no han obtenido algunos de nuestros miembros

más antiguos, está dispuesto a arrojarse sobre la primera tentación y a ocupar un cargo ¡para el cual no está calificado"! Le expliqué que si en efecto el Maharajah me respetaba, era precisamente por estar convencido de que yo no recibiría ningún regalo ni favor, ni para mí ni para mis acompañantes. Terminó por comprenderme y no insistió, pero con eso le juzgué para siempre, y sus actos posteriores demostraron que yo no estaba equivocado.

Al siguiente día, fui también al palacio y ví por la tarde una revista de esas hermosas tropas de Cachemira, que después se han portado tan brillantemente en diversas expediciones a las fronteras del imperio. Todo estuvo muy bien, mas esa noche sucedió algo que pronto quitó de mi memoria a todas las demás cosas: Damodar desapareció de su habitación y no se pudo dar con él cuando a la mañana siguiente muy temprano le busqué.

CAPÍTULO XXXIII

MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE DAMODAR

Damodar había desaparecido sin dejar tras sí indicios ni rastros que pudieran indicarme dónde había ido y cuándo regresaría, suponiendo que regresase. Recorrí vivamente las cuatro habitaciones comunicantes, pero estaban solas; mis otros compañeros habían ido a tomar su baño en el río. Por la ventana de Damodar llamé a un criado y me dijo que aquel había salido sólo al rayar el alba, pero sin dejar dicho nada. No sabiendo qué pensar, volví a mi cuarto y hallé sobre la mesa unas líneas del Maestro diciéndome que no me inquietase, que el joven estaba bajo su protección, pero no hacía ninguna alusión a su regreso. No había empleado más de un minuto en recorrer las cuatro habitaciones cuyas puertas de comunicación estaban abiertas, yo no había oído a nadie que anduviese por la grava del jardín; era muy difícil que alguien hubiese entrado en mi cuarto cuando salí de él, y no obstante, la carta misteriosa, de la escritura de K. H., en su conocido sobre chino, estaba ahí sobre mi mesa.

Mi primer acto instintivo fue hacerme cargo del equipaje de Damodar, su baúl y la ropa de cama, y meterlo debajo de mi lecho. En seguida envié un telegrama a H.P.B. para anunciarle la desaparición y decirle que yo no sabía cuándo regresaría. Al volver del río los bañistas, se sintieron tan excitados como yo por ese acontecimiento y perdimos mucho tiempo en preguntamos cómo terminaría.

Ese día fui dos veces al palacio, y vi que cada vez era más persona grata para Su Alteza. Me demostraba mucha consideración, discutía el Vedanta con evidente interés y me invitó del modo más insistente para que le acompañase la primera vez que él se dirigiese a su capital del Norte, Srinagar. A la caída de la tarde, me hallaba solo, escribiendo en nuestro bungalow; los demás habían salido a dar un paseo a caballo; oí unos pasos en el jardín y vi. un mozo del telégrafo, de elevada estatura y con traje cachemir, que me traía un telegrama. Era la respuesta de H.P.B.; me decía que un Maestro le había prometido que Damodar volvería, y me recomendaba que no dejase tocar a nadie su equipaje *ni, muy especialmente, su cama.* Era raro que desde Madrás –es decir, a 2.000 millas de distancia– me dijera que hiciese precisamente lo que instintivamente había hecho al conocer la partida de

mi joven amigo. ¿Era telepatía a larga distancia, o qué?

Algo más raro aún había de suceder. Empleé sólo un instante para abrir y leer el telegrama; el mozo no había tenido tiempo más que de atravesar la galería para llegar al jardín, y me vino la idea como un rayo de luz, de que aquel mensajero era una maya y de que pertenecía a la Fraternidad. Estaba seguro de ello y lo hubiera jurado a causa de un cierto trastorno psíquico que yo sentía siempre cuando se aproximaba uno de esos personajes; ahora podía identificar la vibración particular despertada por la corriente magnética de mi propio Gurú, que era también el de H.P.B. Corrí a la puerta y miré al patio. No había en él árboles ni arbustos que pudiesen ocultar a un hombre, pero el mensajero había desaparecido como si se hubiese metido en la tierra.

Cuando he contado esta historia, se me ha preguntado cómo explico la transferencia del telegrama de las manos del verdadero mensajero a las del falso, y la entrega a la oficina telegráfica de mi recibo firmado, a no ser que el portador hubiese consentido en prestarse a todo. Es muy sencillo si se admite la realidad de los poderes hipnóticos. Hablo del hipnotismo perfeccionado de Oriente, no del que en forma rudimentaria se practica en Nancy o en la Salpétriere. En una palabra, del secreto de la maya. El Adepto encontró al mensajero; por su poder-voluntad le impide que lo vea, le vuelve inconsciente, le lleva a un lugar adecuado para ocultarse y allí le deja dormido. Se reviste de la apariencia ilusoria de aquel hombre, me trae el telegrama, toma mi recibo, saluda y sale. En seguida la vibración nerviosa despertada en mí por su magnetismo simpático que obra sobre mí, le advierte que correré a la puerta; suspende mi visión, vuelve adonde está el hombre dormido, pone el recibo en su mano, le ordena que recuerde su propio encuentro conmigo como si le hubiera sucedido a él, se hace invisible y le manda a la oficina del telégrafo. Una serie muy sencilla de acontecimientos que cualquier magnetizador experimentado puede comprender fácilmente.

Damodar nos había dejado el 25 de noviembre al salir el sol, y volvió el 27 a la noche, después de una ausencia de sesenta horas; pero ¡qué cambiado volvió! Se fue delicado, pálido, frágil, tímido y deferente; volvía bronceado, robusto en apariencia, sólido, nervioso, osado y con modales enérgicos; apenas podíamos creer que era el mismo. Había ido al ashrama del Maestro para seguir una cierta preparación; me traía un mensaje de otro Maestro que yo conocía bien, y para

probarme su autenticidad murmuró a mi oído cierta convenida palabra de pase, que servía para garantizar los mensajes de la Logia y que (entre paréntesis) se usa todavía; del otro lado del Atlántico hay personas que harían bien tomando nota de esto. Llegó el día fijado para mi partida, y el Maharajah vio que no había medio de retenerme, y me concedió mi audiencia de despedida. Por lo tanto, los elefantes volvieron a buscarnos, y a nuestra llegada al palacio encontramos a Su Alteza, así como al Dewan y al Tesorero, sentados en el suelo, con unos montones de telas colocadas en fila ante él; uno de los montones se elevaba más que los otros. Se habló de mi partida, de mi vuelta deseada, y después, de unaseña del Maharajah, un alto funcionario empujó el montón más alto ante mí, rogándome que aceptase ese Khillat de Su Alteza. Al mismo tiempo, el tesorero depositaba ante mí dos pesados sacos con dinero. Cada persona de mi séquito tuvo una de las otras pilas. Según la costumbre, toqué los regalos, hice, juntando las manos y llevándolas a mi frente, un saludo respetuoso, que el Maharajah me devolvió. Acto seguido, nos pusimos de pie, y después de haber saludado los oficiales, nos retiramos de la sala de audiencias y del príncipe, al que no debíamos volver a ver. Ninguno de los príncipes reinantes de la India me ha dejado tan gratos recuerdos; hablo solamente de mi impresión personal, porque no sé lo que el gobierno de las indias podía pensar de su aliado político.

Dé vuelta en nuestra casa, se abrió mi Khillat Y hallamos una bata ricamente bordada, y forrada de seda, un espléndido chal de Cachemira bordado hasta el centro, un chal de lana fina y flexible para ponerlo como turbante, otro de color verde para el cuello o la cintura y con las puntas bordadas, y finalmente tres piezas de *pashmina,* flexible tela de pelo de cabra con la cual se hacen trajes en el Penjab. Los dos sacos de dinero contenían cada uno 1.000 rupias, lo que hacía que mi regalo en dinero (o mejor dicho, el de la Sociedad, en cuyo nombre firmé el recibo) se elevase a 2.500 rupias. Se puede ver en la memoria del tesorero en la Convención de ese año, que de dicha suma destiné 1.200 rupias a la cuenta de compra de la propiedad de Adyar, y las 1.300 rupias restantes en la cuenta corriente. Regalé a H.P.B. la bata y el chal, el turbante y las tres piezas de tela las di a otros amigos, y me quedé con el pequeño chal verde para abrigarme la garganta en los viajes. Pero las polillas no emplearon mucho tiempo para comérselo, de suerte que no conservo nada de los presentes del Maharajah, salvo el recuerdo de la amabilidad del

donante. Los Khillats de mis acompañantes eran del mismo género, pero menos abundantes y de calidad algo más inferior. Salimos por la tarde para Kapurtbala, excepto Damodar, que partió para Madrás.

En Kapurthala fuimos admirablemente recibidos. El célebre Maharajah de hoy era entonces un niño, y sus Estados eran administrados por funcionarios escogidos. Encontré la atmósfera mental bastante mejor que la de Jummo, donde me pareció que sólo el soberano amaba las discusiones filosóficas. Además de eso, parecía no haber tanta intriga, se podía respirar con más libertad. Lo anoté en mi diario, lo cual prueba que fue un hecho que me chocó. Di una conferencia sobre la "Naturaleza de la Religión", recibí nuevos miembros en la S. T., entre los cuales se contaban los principales funcionarios, y organicé una Rama. Desde allí, fuimos a Jeypore, la incomparable.

Nuestros colegas de Jeypore me llevaron la mañana siguiente a ver un asceta muy conocido y respetado, llamado Atmaram Swami, que mucho tiempo antes de mi llegada les había dicho que él conocía personalmente a nuestros Maestros y que ocho años antes, en el Thibet, uno de ellos, conocido con el nombre de Tivan Singh Chohan, le dijo que no se desanimara al ver el estado religioso de la India, porque habían preparado la venida de dos europeos, un hombre y una mujer, que pronto iban a venir para despertar las religiones orientales. La fecha corresponde a la de la fundación de la Sociedad en Nueva York, y esa noticia me pareció muy importante.

Me encontré con un yogui lleno de dignidad, de fisonomía calma Y pensativa, por completo diferente de los ascetas que ahora son tan comunes en la India y que no le hacen gran bien. Me acogió de modo encantador y expresó sus votos por que el mayor número posible de nuestros miembros fuese alentado a practicar el yoga. Le respondí que yo no podía recomendar eso a todo el mundo, porque si los candidatos no poseían el temperamento requerido, y sobre todo que si no estaban bajo la vigilancia de un instructor experto, corrían el peligro de hacerse mucho mal a sí mismos con los experimentos psíquicos. Me dio la razón, pero dijo que todo estaba previsto y que a su debido tiempo todo sería para bien. Es cierto que ello sucedió como lo dijo, y los casos de la señora Besant y del señor Leadbeater, que en aquel tiempo no eran todavía miembros de la Sociedad, confirman plenamente las predicciones de Atmaram Swami en Jeypore el año 1883.

Aquel mismo día tuve que cumplir el desagradable deber de expulsar de la Sociedad al vicepresidente de la Rama local, quien había tratado de abusar de su posición para obtener favores personales de un funcionario anglo-indo y del señor Sinnett, ambos M. S. T. Esto, para mí, constituye una falta tan grave contra el honor de la Sociedad, que no vacilaré nunca en expulsar a quien sea que se haga culpable de ella. Al menos mientras yo viva, la Sociedad se verá protegida contra esos innobles oportunistas. Después de pronunciar una conferencia, salí para Baroda.

El Gaikwar me invitó a que fuese a visitarle, al día siguiente, a su magnífico palacio, y sostuvimos una extensa conversación acerca de varios de nuestros proyectos filantrópicos, entre otros, el fomento de la literatura y de los estudios sánscritos, por los cuales él sentía entonces y siente aún muy vivo interés. Su palacio es, como tantos viajeros pueden atestiguarlo, uno de los más hermosos de la India., y seguirá siendo por mucho tiempo un monumento de su amplitud de ideas respecto a los deberes y a la dignidad de un gran príncipe soberano de la India.

De Baroda fuimos casi directamente a Madrás, y veo escrito en mi diario el 15 de diciembre, fecha de la llegada: "Jamás me pareció el hogar tan delicioso, ni tan querida mi vieja camarada". Esos regresos constituían siempre un momento exquisito, y ninguno de 1os lejanos países que he recorrido me pareció nunca tan agradable y tranquilo como Adyar.

A mi llegada me ocupé de preparar la Convención que estaba próxima. El doctor Hartmann, uno de nuestros nuevos miembros, llegó el 17 de diciembre como representante del antiguo Centro de Nueva York y de las Ramas de Rochester y de Saint-Louis (E. U.). Ya que le convino olvidarlo al separarse con el partido americano infiel, recordaré aquí que ni el señor Judge, que le dio sus credenciales, ni él mismo cuando habló en la Convención como delegado, ni H.P.B., ni yo, tuvimos la idea de considerar al núcleo de la S. T. como situado en otro lugar que no fuese Adyar, y tampoco la de considerar al, centro de Nueva York como otra cosa que no fuese una fracción poco importante. Pero todo esto ha sido explicado con apoyo de pruebas históricas, y por lo tanto, es inútil extenderse sobre ello. Véase el discurso anual del Pres. De la S.T. en la 21ª Convención, Adyar, 1897.

Veo en mi diario una nota que hace resaltar de modo sugestiva cómo la inversión

de una suma de dinero, puede dar un resultado diferente en cuanto al karma. El 18 de diciembre, el público de Madrás dio un banquete y una recepción de despedida a un muy elevado funcionario europeo que se acogía al retiro, y eso costó 15.000 rupias. Algunos días más tarde, nosotros recaudamos por suscripción una suma menor que esa, para pagar la propiedad de Adyar. El primer asunto hizo mucho ruido, el dinero se fue como el humo, y el obsequiado se apresuró a olvidar a los suscriptores. El otro dio a nuestra Sociedad un hogar permanente, un domicilio digno de ella, un refugio para los fundadores en sus últimos días, y un centro de formación para ese Instituto Teosófico Oriental que hemos proyectado la señora Besant, la condesa Wachtmeister y yo. Por cierto que cuando se mira hacia atrás, uno se sorprende de que con cantidades comparativamente tan exiguas, la obra haya podido extenderse a las cinco partes del Mundo.

La Convención fue entusiasta y muy numerosa; nuestra posición en las Indias parecía inexpugnable, y ninguna nube oscurecía nuestro cielo. Cotidianamente se producían fenómenos en el "santuario"; podía verse a seis y hasta siete personas que recibían respuestas en inglés o en dialectos del país, a preguntas hechas un instante antes. El 28 por la mañana, en el parque, inmediatamente antes de la apertura de la Convención, dije a H.P.B. que yo estaba afligido porque los demás miembros de Madrás hubiesen dejado al juez Srinivasa Row que se suscribiera con 500 rupias de su bolsillo para los gastos de la Convención, porque yo tenía el convencimiento que eso sobrepasaba a sus posibilidades. Ella reflexionó un momento, llamo a Damodar que hablaba en un grupo a poca distancia, y le dijo: "Vaya al santuario y tráigame un paquete que hallará allí". Fue Damodar a cumplir el encargo, y antes de transcurridos cinco minutos, volvió con una carta cerrada que traía en la mano y que estaba dirigida a Srinivasa Row. Se llamó al juez y se le entregó el sobre pidiéndole que lo abriese. No podría describir la sorpresa que se pintó en su cara al hallar una carta muy afectuosa de K. H. dándole las gracias por sus entusiastas servicios y dándole los billetes adjuntos para los gastos de la Convención. Eran billetes de banco, sumando la cantidad de 500 rupias, y en el reverso de cada uno se veían marcadas con lápiz azul las iniciales K.H.

Yo cuento las cosas exactamente tal como sucedieron, y aún conservo uno de los billetes –valor de 10 rupias– que guardé con permiso del juez. Hay que recordar que solo un momento antes de hablar con H.P.B. me enteré de la generosidad del

juez; que Damodar no empleó más de cinco minutos para ir al santuario y volver con el dinero; que cada billete llevaba las iniciales familiares de K.H.; que ni H.P.B. ni Damodar poseían entre los dos 100 rupias siquiera, y mucho menos 500; y que ese donativo fue en seguida anunciado a todos los delegados presentes. Es evidente que no era un dinero fantasma, en vista de que aún conservo uno de los billetes en Adyar, después de catorce años.

En esta Convención se abrió la suscripción para crear la Medalla de Subba Row en la Sociedad, en reconocimiento de los trabajos literarios importantes. Después ha sido conferido a Srinivasa Row, a H.P.B., la señora Besant, G. R. S. Mead, y A. P. Sinnett. Otro acontecimiento interesante, si no importante, de esta reunión, fue que administré los Cinco Preceptos del Buddhismo al doctor Franz Hartmann en presencia de H.P.B., de cuatro delegados de Ceylán, y de algunas otras personas. A petición del doctor Hartmann, pedí telegráficamente a Sumangala, el gran sacerdote, que me autorizase para representarle en dicha ceremonia.

Después se marchó la mayor parte de los delegados y así se terminó uno de los años más alentadores y satisfactorios de la historia de nuestra Sociedad. El porvenir brillaba con colores de esperanza, mas los dioses menores, celosos, preparaban en la sombra el rayo que Mara iba a lanzarnos al cabo de pocos meses. La continuación de mi relato, demostrará que pocas ventajas obtuvo.

CAPÍTULO XXXIV

LA SOMBRA DE LOS ACONTECIMIENTOS FUTUROS

He aquí que el año 1884, de inolvidable recuerdo, se abría ante nosotros; era el décimo transcurrido desde mi encuentro con H.P.B. en la granja del Vermont. ¡Qué sucesión de acontecimientos emocionantes y de experiencias pintorescas durante esos diez años! ¡Qué imprevista amplitud de nuestro campo, y qué efectos producidos en nosotros mismos y sobre los demás! Aquello comenzó por unas sesiones misteriosas, durante la noche, en casa de los granjeros médiums, donde unos fantasmas del mundo astral materializados, o mejor dicho, objetivados, aparecían en la sombra, contentándose a veces con hacer unos signos mudos, otras veces con murmurar en voz baja, y en ocasiones casi gritando sus mensajes, bastante triviales, para los vivos. Aquello terminó con nuestro establecimiento en un hermoso bungalow indo, en medio de amigos asiáticos, entusiastas; la India entera me era familiar hasta en sus rincones apartados; el nombre de nuestra Sociedad era conocido en el Mundo entero y sus Ramas se hallaban establecidas en diferentes países; en verdad que ese período valía un buen capítulo de novela.

El 4 de enero reanudé el curso de mis peregrinaciones, embarcándome para ir a visitar al Maharajah de Vizianagram, que me había invitado a ir a su casa. Entre los pasajeros del vapor había un escocés dotado de segunda vista y que como el filósofo suizo Zschokke, veía algunas veces contra su voluntad, todo el pasado de las personas con las cuales se encontraba, pasado que se desenvolvía ante él como una pintura. Todos los que han leído a Dale Owen o a Ennemoser, conocen la historia de Zschokke reduciendo a silencio a un alborotador incrédulo que formaba parte de una banda de estudiantes en vacaciones, en un albergue de los Alpes. Aquella alegre comparsa había bebido más de lo razonable y se hacía alborotadora e impertinente. Su atención fue atraída por un hombre tranquilo sentado en una mesita en un rincón, y de pronto, uno de ellos, que acababa de negar la existencia de Dios y del alma con mucha violencia, se volvió hacia el hombre tranquilo y le desafió a sostener la tesis contraria. Zschokke, porque era él, vio espiritualmente la existencia de aquel animal, que se desenvolvía ante él; por toda respuesta, le

preguntó si admitiría la existencia del alma en caso de que él le revelase los secretos de su pasado. El joven se burló de la proposición y desafió al desconocido a que revelase sus secretos, aun los más importantes. Entonces Zschokke comenzó su relato y entre otras feas imágenes que veía, describió el cuadro del alocado joven robando la caja de su superior. Puede suponerse que aquella bomba imprevista puso fin a la discusión y que el filósofo se retiró sin ser molestado de nuevo.

Bawaji me acompañaba como secretario particular, y mi criado musulmán, para ocuparse de los equipajes. El príncipe me recibió en la puerta de su residencia, en el Fuerte de Vizianagram, con la extremada cortesía bien conocida de todos los europeos de Madrás y Calcuta, y que ha hecho que le llamen el Príncipe Encantador. Es un verdadero bibliófilo, y los libros de su hermosa biblioteca están casi todos ricamente encuadernados. Hablaba de religión y filosofía seriamente y con facilidad, pero sin interés profundo y sin la convicción sincera del Maharajah de Cachemira. En resumen, me hizo el efecto de no tener creencia bien determinadas, y en cambio, de ocuparse mucho de los asuntos de este mundo, de sus placeres y de su posición, personal. Se me ocurre que tal vez esperase verme hacer algún milagro, y que la indiferencia que después mostró a la Sociedad fue el resultado de su desilusión. Sin embargo, no puede soñarse un huésped más amable y durante los cuatro días de mi visita, nuestras entrevistas fueron encantadoras. Antes de nuestra partida, reembolsó a Bawaji los gastos de nuestro viaje, hizo un pedido considerable de libros teosóficos y dio 500 rupias al tesorero de la Sociedad. Yo di dos conferencias, organicé una Rama, y después nos embarcamos para Madrás.

En cuanto llegué a Adyar se levantó en el Cuartel General una pequeña tempestad, provocada por el hermano de uno de nuestros colegas indos, que exigía absolutamente a éste que dejase nuestro techo bajo pena de perder su casta, prueba que pocos indos se atreven a soportar, por más entusiastas que sean de las reformas. El individuo aislado se encuentra aplastado bajo la enorme masa de las antiguas costumbres secundadas por la pública opinión a menos que sea lo bastante rico para ganarse algunos *pujaris* (sacerdotes domésticos) influyentes. En cuanto me enteré del molesto asunto, ordené a los dos hermanos que salieran en seguida del Cuartel General para arreglar su diferencia, porque entre nosotros no podía permitir ninguna querella de castas.

Este puede ser el momento apropiado para decir algunas palabras acerca de la actitud de la Sociedad para con las castas y la multitud de diferentes abusos sociales que pululan a su alrededor. Clasifico al sistema de castas entre los abusos, porque en el actual estado de la India y del mundo, lo considero como tal, y hasta como una violación de la libertad de acción personal. La señora Besant nos ha explicado en un lenguaje sublime y con una innegable maestría lo que fue dicho sistema en un principio y porqué fue instituido por los primeros directores de la raza aria.

Como factor del desarrollo espiritual, su excelencia es visible, pero ahora se asemeja a la oxidada maquinaria de una mina abandonada, ya no sirve para nada, y obstaculiza el camino. Esto no es más que mi opinión personal y no compromete, naturalmente, más que a mí. Está fuera de duda que todos los grupos de la raza, que llamamos naciones, se diferencian en cuatro clases principales que corresponden a las cuatro castas de los indos: los agricultores, los mercaderes, los militares y los soberanos, o sea los amos de todas clases. Es, pues, innegable que la institución de las castas, establecida por Sri Krishna, fue un acto de sabiduría y dio magníficos frutos. Pero las clases occidentales, lejos de ser inflexibles, son cambiantes; el campesino de ayer puede convertirse en comerciante, general o profesor; hay de ello millares de ejemplos. En el orden moderno, las clases no son, por lo tanto, un mal tan , grande como el estado fijo e inmutable de las castas hereditarias, que han descendido de la dignidad de semilleros de almas reencarnadas, al rango degenerado de corporaciones mercantiles, de tiranías sociales, de panditismo sin espiritualidad, y de hipocresía religiosa seguida de todas las miserias que engendra. Admitido todo esto, hay materia de reforma para quienes se hallan calificados para emprender el mejoramiento de las castas, sean individuos, sean Sociedades.

Es una cosa que se encuentra tan fuera del campo de las actividades oficiales de la Sociedad como el régimen, la intemperancia, el casamiento de las viudas, la esclavitud, el mal social, la vivisección, y otros cincuenta caminos abiertos al celo filantrópico. Como Sociedad, nos abstenemos de mezclamos en esos problemas, si bien individualmente somos libres por entero de arrojarnos en medio de la batalla si ello nos atrae. La Sociedad Teosófica ignora las diferencias de sexo, porque el Yo superior no tiene sexo; de color, porque no es blanco, ni negro, ni rojo, ni amarillo, como las razas humanas; de rango, de fortuna, de situación política, o mundana, o literaria, porque está por encima de todas esas limitaciones del hombre físico, y es

inmaculado, inmortal, divino, e inmutable. Esta es la razón por la cual, como presidente, no comprometo jamás a la Sociedad en esos asuntos. El *Central Hindu College de Benarés* de la señora Besant, mis tres colegios, mis doscientas escuelas buddhistas de Ceylán y mis escuelas de parias en Madrás, son obras personales y no atañen a la Sociedad.

Los buddhistas cingaleses obtuvieron mi promesa de ir a Londres para tratar de remediar sus dificultades religiosas, y comencé entonces a efectuar los preparativos necesarios, primeramente para ir a Colombo, a fin de hacer los arreglos definitivos, y después para el viaje a Europa. Para prever todo acontecimiento, reuní al Consejo el 20 de enero y puse en sus manos, hasta mi regresó, la dirección de los asuntos de la Sociedad; al día siguiente salí para Tuticorin, el puerto más meridional de la India, y del cual salen los vapores para Colombo. El Consejo decidió que H.P.B. me acompañase a Europa, y mientras yo permanecía en Ceylán, ella se puso por su parte a hacer los preparativos que necesitaba. En el barco de Tuticorin encontré a dos jóvenes nobles rusos y un amigo de ellos muy rico, que habían sido atraídos a la India por los románticos relatos de *Grutas y Selvas del Indostán,* tal como aparecieron originalmente en el *Russky Vyestnik.* Aquellos jóvenes me dijeron que toda la Rusia se había sentido conmovida y encantada.

En cuanto desembarqué en Colombo, organicé una reunión de los más destacados buddhistas, bajo la presidencia de Sumangala, para examinar la situación, y en la reunión siguiente, al otro día se organizó la Comisión de Defensa Buddhista, que tan útil fue más tarde, con personas bien escogidas y un reglamento sencillo y lleno de buen sentido. Me encargaron que fuese a Londres como miembro honorario y delegado especial de la Comisión. A esto siguieron visitas al gobernador, al agente del gobierno, al inspector general de policía y a otros funcionarios; además, unas asambleas variadas de buddhistas, la preparación de diversas peticiones y memoriales, etc. En vista de lo que podría ocurrir, los grandes sacerdotes de los dos antiguos monasterios reales de Kandy, al mismo tiempo que Sumangala y otros sacerdotes de las provincias marítimas, se reunieron para darme plenos poderes a fin de representarlos en la admisión de candidatos al Buddhismo, haciéndoles repetir el Pansil, es decir, los cinco preceptos.

Los principales objetos de mi viaje a Inglaterra eran: primero, convencer al gobierno de la impotencia de los buddhistas cingaleses para obtener justicia en caso

de ataque criminal como en el de los católicos que recientemente habían dispersado una procesión buddhista y derramado sangre sin que los culpables hubieran sido castigados; segundo, obtener del gobierno el nombramiento de los *reegistrars* buddhistas para los casamientos, de suerte que los buddhistas no se viesen obligados a recurrir a un funcionario de una fe hostil a la suya; tercero, tratar de hacer recaer un acuerdo sobre la cuestión de la administración de los bienes temporales de los monasterios buddhistas, cuyos derechos desde hacía mucho tiempo no eran reconocidos por los administradores laicos, para vergüenza de los funcionarios coloniales negligentes; cuarto, obtener un decreto declarando fiesta legal el día del nacimiento del Buddha, la luna llena de Mayo, Mientras todas las grandes sectas de la India disfrutaban de su fiesta particular, aquellos pobres cingaleses dulces y pacientes no tenían nada semejante.

Antes de partir llevé a Sumangala a casa del gobernador para terminar una discusión que yo había tenido con el último acerca de dicha fiesta, y Sir Arthur nos permitió que contásemos con su amistoso apoyo cuando el asunto le fuera enviado del Ministerio Colonial, al cual yo debía llevarlo.

Cuando llegué a Adyar, encontré al señor Saint-Georges Lane Fox, ingeniero electricista, una de nuestras nuevas adquisiciones. H.P.B. había salido para Kathiavar con el doctor Hartmann para hacer una visita al Takur Saheb de Wadhvan, miembro de la Sociedad. Terminé mis asuntos de prisa y los viajeros de Wadhvan se me unieron en Bombay el 18 de febrero. El 20 nos embarcamos en el "Chandernagor", un excelente buque francés, con un todavía más excelente comandante, el capitán Dumont, con el cual he cultivado siempre la amistad. Ahora se encuentra como director en jefe del movimiento en el canal de Suez. Nuestro grupo se componía de: H.P.B., Mohini M. Chatterji, B. J. Padshah, parsi, uno de los graduados más brillantes de la universidad de Bombay, y yo. Además Babula, nuestro fiel criado. Antes de salir, aumenté la importancia de la comisión encargada de administrar el Cuartel General, agregando a ella al doctor Hartmann, al señor Lane Fox y... al señor Coulomb. Los que saben lo que después ocurrió podrán asombrarse de esta última designación, pero hasta aquel momento no había sucedido absolutamente nada que pudiese dar una mala opinión de él. En cuanto a su mujer, yo estaba tan lejos como era posible, de sospechar que pudiese ser, con o sin el consentimiento de H.P.B., cómplice de supercherías. Yo no tenía noticia de

que jamás hubiese dejado escapar una palabra sospechosa, ni hecho nada equívoco. Claro está que si yo hubiese tenido la sombra de una idea de su verdadero carácter, en lugar de hacer ingresar a su marido en la comisión (a petición de ella, porque decía que era un hombre orgulloso que se sentiría herido si lo dejaba a un lado), los hubiese hecho expulsar a los dos del Cuartel General por nuestros criados con varas de bambú.

Ella me parecía trabajadora, y que hacía todo su posible para tener la casa en orden y cuidar de la comodidad física de H.P.B. Hacía las compras, nos servía comidas convenientes y vigilaba a los criados. Algunas veces me daba lástima cuando H.P.B. le reñía por tonterías demostrando así –según me parecía– ingratitud hacia ella. Pero yo no la admiraba, era chismosa e indiscreta, y se mezclaba demasiado en cuestiones religiosas, de las que no entendía ni una palabra. Pero parecía afecta como un perro a H.P.B. y ganaba bien el alojamiento y la comida quedábamos a ella y a su marido. Este era hábil con sus herramientas y le agradaba usarlas, de modo que estaba encargado del trabaje de los albañiles y carpinteros que en una gran casa como la nuestra tienen siempre algo que hacer. Era un hombre tranquilo, de buenos modales, que parecía muy honrado y que me agradaba bastante como para incluirlo en la comisión. Es conveniente que diga aquí algo sobre la distribución de la casa.

El edificio principal de Adyar tiene aproximadamente 100 pies cuadrados, en la planta baja hay seis grandes habitaciones y el salón de las Convenciones. Cuando llegamos, había en el piso alto una habitación grande y una muy pequeña, lo demás era terraza. H.P.B., utilizó para habitación ese cuarto grande, dividido con una cortina que delimitaba su saloncito. Yo le hice hacer una cocina provisional en el ángulo N. O. de la terraza; Damodar ocupaba el cuartito que daba a la escalera. Yo habitaba un bungalow aparte, sin altos, situado en el jardín a unos cien metros de la casa. Para subir al piso alto en la casa grande, había que pasar por la galería de atrás del edificio, y subir una escalera de caracol Colocada en una torre. Una vez que la puerta de esa escalera se cerraba con llave, nadie tenía acceso a las habitaciones altas. Es menester recordar este detalle. Poco después de nuestra llegada, construimos un cuarto para hacer allí un santuario y transformamos, para dar acceso a él, una ventana tapiada del cuarto de H.P.B., en puerta. Cuando este cuarto estuvo terminado, ella hizo poner en él su escritorio y se instaló allí. Pero su

alcoba no le agradaba y dijo a Coulomb que le construyese otra en el ángulo N. E. de la terraza y se estaba haciendo en el momento del viaje a Europa. Como él era el encargado de la construcción y su mujer de las cosas de H.P.B., ellos tenían la llave de la escalera y nadie se ocupaba de lo que hacían arriba los obreros; los materiales pasaban por detrás de la casa sin molestar a nadie. En cuanto a Damodar, se acostaba entonces en el despacho del piso bajo, donde trabajaba. Los Coulomb se alojaban en otro bungalow separado que hacía pareja con el mío. El doctor Hartmann, el señor Lane Fox y los otros, ocupaban las habitaciones del piso bajo del edificio principal o de mi bungalow. Se ve con claridad ahora el aislamiento normal del piso alto y habrá que recordarlo al leer la memoria de la S. P. R. sobre el asunto Coulomb. Pero volvamos al "Chandernagor" en el que día tras día H.P.B. trabajaba en el camarote del capitán haciendo la traducción francesa de *Isis Sin Velo* que le habían pedido nuestros colegas franceses.

Salvo un poquito de mal tiempo en el Mediterráneo, el viaje fue excepcionalmente tranquilo y encantador; el capitán mismo dijo que nunca había hecho uno tan bueno. Cuando llegamos a Marsella, el 12 de marzo, se nos mandó en cuarentena al Frioul a causa del estado sanitario de Bombay. Era irritante, después de un viaje tan largo y con lo impacientes que estábamos por pisar tierra. Se produjo una tormenta y nuestro barco se vio tan zarandeado en el puerto de Frioul que se rompieron tres de nuestras amarras, y si la cuarta no hubiese resistido hubiéramos naufragado en el puerto.

En fin, se mantuvo firme, y al cabo de veinticuatro horas salimos de la cuarentena para Marsella, pasando por delante del castillo de If, donde se enseña a los cándidos los calabozos de Montecristo y del abate Faría, que jamás existieron fuera de la fértil imaginación de Alejandro Dumas.

Nuestros fieles y distinguidos amigos, el barón Spedalieri y el comandante Courmes, nos esperaban en el desembarcadero, y se mostraron llenos de atenciones para nosotros y de respeto para H.P.B. Ninguno de sus innumerables admiradores era tan capaz de medir sus capacidades ocultas y literarias como aquel gran kabalista de Marsella. Cada vez que paso de nuevo por Marsella, tengo una gran alegría al volver a su casa y sentirme estrechado por los brazos de este afectuoso patriarca, cuyo espíritu a los ochenta y cinco años se encuentra tan vigoroso como cuando nuestro desembarco en 1884. Respecto a la fidelidad y la simpatía siempre

constante del comandante Courmes, son bien conocidas y apreciadas por todos los lectores de la literatura teosófica.

CAPÍTULO XXXV

FENÓMENO Y CURACIONES EN NIZA

Dos días después de nuestro arribo, salimos para Niza H. P. B y Yo, acudiendo a la invitación de lady Caithness, duquesa de Pomar, y Mohini y Padshah nos precedían a París. Nuestra huéspeda hacía todo lo posible para que estuviésemos a gusto en su palacio Tiranti y para atraer alrededor de H.P.B. esa selección de la nobleza que se agolpa en la Riviera durante los meses de invierno. Todos los días acudían para hablar de Teosofía y casi todas las noches se efectuaban reuniones en las que la exposición y discusión de nuestros principios eran seguidas de aquellas cenas ligeras para las cuales lady Caithness tenía un especial talento.

Si yo estaba encantado de aquella primera visita íntima de la alta sociedad continental, H.P.B. no lo estaba menos al encontrar, después de tantos años de voluntaria expatriación, compatriotas con los cuales podía hablar en ruso y que le daban directas noticias de las familias entre las que ella había pasado la juventud. H.P.B. puede haberse mostrado iconoclasta bajo muchos aspectos, pero jamás existió un ruso más entusiasta que ella, aunque optó por la nacionalidad norteamericana y renunció al Zar y a todos los soberanos. Me figuro que lo hizo como tomó a sus dos maridos: sea por capricho, sea por alguna razón oculta que no trascendió.

El coronel Evans y su señora, de Cimiez, se mostraron como dos nuevos amigos muy preciosos; tenían una soberbia *villa,* que nos parecía más asoleada a causa de su cariñosa acogida. También encontramos en Niza a la señora Agata Hammerlé, una rusa sumamente culta, asombrosa políglota y en correspondencia regular con la mitad de los sabios célebres de Europa que se ocupan de estudios psicológicos. Consagramos una noche a Camilo Flammarion, el astrónomo de París, que entonces era miembro de nuestra Sociedad. Otras dos noches fueron ocupadas en parte por los experimentos magnéticos del señor Robert, el profesional parisién, y otra vez fui con la señora Hammerlé a oír una conferencia, acompañada de experimentos, del profesor Guidi, especialista italiano. Habría que preguntar a los que no creen en la transmisión del pensamiento, cómo explicarían uno de dichos

experimentos en el que yo tomé parte.

El conferenciante tenía dos mujeres como ayudantes, de las cuales una tocaba el piano y la otra le servía de sujeto. Nos hizo observar el efecto de la música sobre la segunda, después de haber demostrado su insensibilidad con pellizcas, sacudidas y ruidos fuertes. Le ordenó que oyese la música y ella comenzó a responder con sus movimientos físicos a todos los cambios de carácter de la música, expresando con gestos dramáticos los sentimientos que le inspiraba. El orgullo, la cólera, la alegría, el afecto, el desdén, la desconfianza y el terror, se pintaban en aquella mujer en catalepsia, cual si hubiese sido un instrumento de música vibrando bajo los dedos de la pianista. El señor Guidi nos dijo entonces que si alguien deseaba comprobar por sí mismo la susceptibilidad del sujeto para recibir las sugestiones mentales, él accedería. En seguida me levanté y me ofrecí para el experimento. El conferenciante se me acercó y me dijo que yo debía concentrar mi pensamiento en el preciso momento en que deseara fijar al sujeto en la posición en que se hallase, y cuando estuvo seguro de que le había comprendido bien, me tomó la mano reteniéndola un momento y después se alejó. Hizo tocar de nuevo el piano y el sujeto hipnotizado reanudó sus *poses* plásticas. Yo la miraba bien, y después, apoyando la barba en mi bastón, y bajando los párpados en forma de poder ver a través de las pestañas sin que la mirada pudiese darle idea de mi intención, elegí un momento en que con una expresión de lo sublime, se encontraba tan inclinada para atrás, que parecía próxima a caer, sosteniéndose tan sólo por los músculos de las piernas.

Era una actitud tan difícil, que una persona en su estado natural no hubiera podido conservarla un minuto. Sin hacer el menos gesto ni dar la menor señal, le ordené mentalmente que se quedara rígida. Obedeció instantáneamente; apenas tuve el tiempo para formular mi pensamiento interior, cuando ella ya lo había percibido y ejecutado. Con la cabeza hacia atrás, el torso doblado sobre las caderas en ángulo oblicuo, los brazos en el aire completamente estirados, las rodillas dobladas hacia adelante, parecía dura como una estatua de bronce. Este experimento me pareció muy instructivo, tanto más cuanto que sólo bastó al magnetizador una simple presión de mano para ponerme en relación psíquica con el sujeto, sin que ni él ni yo hubiéramos pronunciado una sola palabra.

A propósito del señor Robert, del que antes hablé, recuerdo que nos contó una historia que encierra una lección útil para todos los magnetizadores. Había un

cierto sujeto clarividente que, un día, dormido en sueño lúcido, dijo a su magnetizador que la tienda de cierto joyero de Niza sería atacada por unos ladrones en determinada noche. Robert, viendo en ello una excelente ocasión para dar esplendor a las doctrinas de Mesmer, probablemente también para hacer una buena propaganda en provecho propio, fue a casa del joyero en cuestión, le dio su tarjeta y le aconsejó que la noche indicada tomara especiales precauciones contra los ladrones. El joyero le dio las gracias, pero dijo que no creía lo más mínimo en la clarividencia, Y que en todo caso, su local estaba al abrigo de los ladrones. Sin embargo, sucedió que el robo anunciado se efectuó en la fecha indicada. Prodújose la consiguiente agitación, denuncia a la policía y lamentaciones habituales. De pronto el joyero recordó la tarjeta del magnetizador. ¡Qué buena idea! ¡Evidentemente, sabría todo de antemano y se habría presentado para sacar dinero al joyero; no lográndolo, sus cómplices habían dado el golpe! Llevaron la tarjeta al comisario de policía, y el inocente señor Robert fue citado para interrogarle. Acudió y el policía le declaró que no creía más que el joyero en la clarividencia y que era menester dar una explicación un poco más plausible de su previsión del robo. El infortunado Robert salió del asunto con gran trabajo, llamando a cierto número de las personas más conocidas en Niza, para certificar su buena reputación, pero tuvo que hacer desaparecer secretamente a su inocente clarividente, para sustraerlo a los policías de Niza. Se admitirá tal vez que historias semejantes expliquen el por qué de la extrema repugnancia que todos los magnetizadores honrados manifiestan para permitir que sus sujetos ayuden a descubrir los criminales. Muchos amigos de H.P.B. saben que estuvo a punto de sufrir una acusación de complicidad por asesinato, en Rusia, porque a petición de su padre y del inspector de policía del distrito, descubrió por clarividencia al verdadero autor; esto apoya aún más el consejo preventivo que dirijo a todos los magnetizadores que tienen la suerte de tener bajo su control a un buen clarividente y cuya ayuda solicita la policía: *¡Abstenéos!*

Resultó ser la época de la batalla de flores en Niza y me agradó ver una de las más encantadoras maneras que la gente a la moda haya inventado para matar el tiempo. Era muy bonito, por cierto, pero también un poco triste, porque al ver la rutina de infantiles diversiones que cada año se sigue sin cambiar nada de su monotonía. Uno se da bien cuenta de cómo las clases superiores se hallan lejos de

pensar en las cosas serias, y están sumergidas en los placeres sensuales. Sin embargo, sus sentimientos pueden ser excitados de pronto hasta la exaltación por un gran predicador o una gran idea puesta en circulación en un momento oportuno. Sé con seguridad que señoras de la mejor sociedad y hasta princesas de sangre real, leen libros teosóficos y piensan como los teósofos; es un poco de levadura que trabaja la masa y esa influencia continuará creciendo. Sin los diferentes escándalos que han estallado alrededor de nuestro movimiento después del 1884 los miembros de la aristocracia y de la alta burguesía europea no hubieran sentido tanta repugnancia en declararse teósofos, sentimiento que aún hoy existe en cierta medida. Mas el mayor obstáculo en nuestro camino es el completo imperio de esa rutina social que existe en las clases sociales elevadas, y la manera irremediable como el individuo es arrastrado en ese remolino del placer, de pasatiempos y de carrera del olvido. Apartadas de la muchedumbre, algunas entidades capaces de leer y de pensar desarrollarían todo lo que en ellas hay de bueno, pero rodeadas como lo están, resultan encarnaciones perdidas.

Al dejar Adyar creí haber terminado con las curaciones; no obstante, a petición de H.P.B., me decidí a efectuar la de tres señoras rusas que encontré en casa de lady Caithness el 25 de marzo; eran: una princesa, una condesa y una baronesa La segunda era prima de H.P.B. Y la tercera una amiga de su infancia. La princesa tenía un resto de hemiplejía que desde hacía doce años le impedía llevar la mano izquierda a la cabeza y servirse normalmente de su pie. En media hora le devolví la libertad – de sus movimientos. La condesa estaba sorda en extremo; al cabo de quince minutos oía una conversación sostenida en el tono corriente; y esa noche tuvo la alegría de oír un concierto como no podía hacerla desde años atrás. Quité a la tercera una pequeña dolencia de la espina dorsal. Salimos de Niza para París, el 27 de marzo, H.P.B. y yo; varios de nuestros nuevos amigos vinieron para acompañarnos hasta la estación.

Cuando llegamos a París el siguiente día por la noche, encontramos a Mohini, al doctor Thunnan M. S. T. y a Guillermo Q. Judge, que nos aguardaban en la estación para conducimos a la calle Notre-Dame-des-Champs, número 46, donde lady Caithness nos había alquilado un piso que H.P. B. habitó tres meses. Se nos presentó una muchedumbre de visita y una multitud de preguntas sobre nuestra Sociedad y su objeto. Entonces teníamos alrededor de cien Ramas. La prensa parisiense, siempre al acecho de una nota sensacional, nos hizo una propaganda de numerosas columnas. El

diario de Víctor Hugo, *Le Rappel,* se puso a la cabeza de todos con un artículo de tres columnas acerca de “La Misión Buddhista en Europa”.

Nuestros antiguos amigos el doctor Ditson y su señora, vivían en París y fue con él a ver al famoso suavo Jacob, pocos días después de nuestra llegada. Los excepcionales poderes curativos de este hombre se manifestaron en el segundo imperio, y la prensa toda de Europa y de América comentó durante años sus milagros. Fuimos recibidos amablemente, yen seguida el señor Jacob dijo que me conocía de nombre como fundador de la S.T. y como magnetizador. Era un hombre de talla media, delgado, activo, lleno de fuerza nerviosa, con cabellos cortos, ojos negros decididos y bigote negro. Vestía ropa negra, con la levita abrochada y camisa escrupulosamente limpia. Nos introdujo en su clínica, que era una habitación del piso bajo, larga y estrecha, con un banco que corría a lo largo de las paredes.

Trataba un promedio de cincuenta enfermos por día, y como curaba desde hacía veinte años, debería haber pasado por sus manos unos 300.000 pacientes. Su método me chocó mucho. A la hora fijada se cerraba la puerta, los pacientes se sentaban en los bancos y el zuavo entraba en silencio, con un aire muy solemne, y se colocaba, con los brazos cruzados, en el centro de la extremidad del salón, cerca de la puerta Después de meditar unos instantes, levantaba la cabeza y lentamente examinaba con la mirada a cada enfermo, con deliberada atención.

Comenzando por el primero situado a su izquierda, se detenía bien enfrente de él, le miraba como para traspasarlo, y después, tocando alguna parte del cuerpo –a veces sin tocarlo – preguntaba: “¿Es ahí?”. Si la respuesta era afirmativa, daba una receta o hacía uno o dos pases y despedía al enfermo o le decía que se quedara. Después pasaba a otro. Algunas veces, después de haber mirado a un enfermo, sacudía la cabeza diciendo: “¡Nada!”, para dar a entender que no podía hacer nada y que el paciente debía marcharse. De tal suerte daba la vuelta a la sala, siempre silenciosa, grave, imponente, efectuando varias curaciones, ordenando a los otros que volviesen al día siguiente para ser tratados de nuevo, y no cobrando honorarios. Para vivir contaba sólo con la venta de sus libros y de sus fotografías. Era un personaje chocante, un poco vanidoso, no quería a los médicos, quienes le perseguían ruinmente, ni a los curas. Se recordará que yo acababa de dar fin a mis quince meses de curas magnéticas, y su método me extrañó mucho por su sencillez y eficacia. Era pura sugestión hipnótica, y eso no exigía gasto de vitalidad por parte del operador como con mi método. Su calma

imperturbable y su misteriosa penetración de los síntomas, el silencio, su paso sin ruido de un paciente a otro, cortado por las exclamaciones de alegría de quienes se veían libres de sus males delante de todos, creaba una atmósfera de expectativa, aumentada por su gran reputación de taumaturgo, según la cual las curas espontáneas se producían en el momento en que tocaba con el dedo el sitio del mal. El principal factor era su actitud de absoluta confianza en su poder de vencer a la dolencia. Era una autosugestión colectiva; el mismo poder que permite al general Booth y a otros grandes "revivalistas" convertir a millares y millares de hombres. En resumen, el método del Ejercicio de Salvación es una de las más fuertes aplicaciones de hipnotismo que jamás se han conocido. El año pasado vi sus maravillosos efectos y 75 sujetos fueron invenciblemente atraídos por el sistema de Braid y Charcot al "banco de angustia". El bombo golpeado rítmicamente, reemplaza al tam-tam que acompaña a los terroríficos ejercicios de los aissauas.

Al otro día fuimos a ver otro curador, médium, llamado Eugenio Hyppo1yte hijo, que pasaba por curar "bajo control". En un hombre robusto, de tez amarilla; con su consentimiento, ensayó su sensibilidad a mi magnetismo, y la hallé muy grande. Yo hubiera podido curarlo de cualquiera dolencia que fuese, en dos o tres sesiones. Después fuimos todavía a ver otro, Adolfo Didier, hermano del célebre Alexis, cuyas facultades clarividentes son históricas.

H.P.B. y yo hacíamos reuniones de conversación y discusión en casa de lady Caithness y de otros amigos, y Su Señoría ha relatado algunos de sus resultados en su libro titulado *Le Mystère des Ages.*

CAPITULO XXXVI

TRASTORNOS EN LA LONDON LODGE, S. T.

Me separé de H.P.B. el 5 de abril y tomé el tren para Londres con Mohini Catterji. Érame necesario allanar las dificultades que se produjeron en el seno de la Rama Londres entre la señora Ana Kingsford, el señor Eduardo Maitland y sus amigos por una parte, y el señor Sinnett con el resto de los miembros por la otra, respecto al tema del valor relativo de la enseñanza inda y de la doctrina cristo-egipcia que ella preconizaba. Como la Logia amenazaba dividirse en dos bandos y la misión mía era prevenir ese inconveniente, envié desde Niza una circular a todos los miembros inscritos en la Logia pidiéndoles que me escribiesen confidencialmente a París, cada uno por separado, lo que pensaban de la situación. Llevaba dichas cartas conmigo en el tren para leerlas, y justamente leía un pasaje de la de Beltrán Keightley, en el cual expresaba su firme convicción de que los Maestros arreglarían aquello del modo mejor, cuando de pronto cayó del techo del vagón una carta sobre la cabeza de Mohini. Era de letra de K. H., dirigida a mí y contenía los consejos necesarios para zanjar la dificultad. Hubiérase dicho que llegaba respondiendo a la fiel confianza del corresponsal cuya carta yo leía. Quisiera que todos en la Sociedad supieran en qué grado es cierto que esos Grandes Hermanos que están detrás de nosotros nos siguen con un ojo vigilante a los que entre nosotros trabajan con energía e intención desinteresada y pura. Nada puede existir más reconfortante que saber que nuestros esfuerzos no son vanos y que nuestras aspiraciones no quedan ignoradas.

Como todos los desacuerdos de ese género, el de la London Lodge tendía a crecer y aumentar hasta producir una ruptura en aquel grupo en otro tiempo armónico. Era menester darle un fin si era posible, y tal fue el asunto principal que me llevó a Londres. Si yo hubiese sentido la más ligera duda, ésta hubiera sido disipada por una carta que recibí por medio de un fenómeno en mi camarote a bordo del *Shannon* la víspera de mí llegada a Brindisi, y de la cual doy el extracto siguiente:

"Sea perfectamente dueño de sí mismo para poder adoptar el buen partido en este enredo occidental. Vigile su primera impresión. Sus errores provienen siempre de

que usted descuida esta precaución; no se deje influenciar por sus predilecciones, sus sospechas, ni sus antipatías. Se han producido entre los miembros, tanto en París como en Londres, desacuerdos que ponen en peligro al movimiento, trate de disipar esos errores lo mejor que pueda haciendo un llamamiento a los sentimientos de fidelidad de todos, a la causa de la verdad, si no a la nuestra. Haga sentir a todos que nosotros no tenemos favoritos y que no tenemos preferencias por determinadas personas, sino que sólo tomamos en cuenta los actos, y a la humanidad en general".

En esta carta había además una gran verdad:

"Uno de los más preciosos resultados de la misión de Upasika (H.P.B.) es el de llevar a los hombres a estudiarse por sí mismos y destruir en ellos toda servilidad ciega hacia quienquiera que sea".

¡Qué lástima que algunos de sus más ardorosos discípulos no hayan podido convencerse de eso! Se hubieran ahorrado el amargo disgusto que causaron a ellos mismos y a todos nosotros el éxito de varios ataques contra ella. Sus insensatos desafíos dieron ocasión a sus enemigos para sacar a relucir sus defectos de carácter, y demostrar que H . P. B. no era infalible, sino todo lo contrario. Ella era bastante grande y tenía sobrados derechos a nuestros reconocimientos para que se intentase hacer de ella una diosa inmaculada e impecable.

Tuve que vérmelas en Londres con una mujer instruida, inteligente, segura de sí misma, ambiciosa y excéntrica; personalidad única, que se creía el ángel de una nueva época religiosa, reencarnación de Hermes, de Juana de Arco y de otros personajes históricos. Yo me había asegurado estudiando las opiniones de todos los miembros de la Logia de Londres, que entre su enseñanza y la de los Sabios indos, el veredicto se volvía contra ella casi por unanimidad. No se trataba de que dejasen de apreciar sus grandes cualidades como merecía, sino que eran aún más apreciadas las de los Maestros. Posiblemente la encontraban también un poco autoritaria para el gusto de las ideas inglesas. Lo primero que debía hacerse era ir a verla. No puedo decir que me agradó mucho, aunque pocos instantes me bastaron para sondear su fuerza intelectual y la extensión de su cultura. Sus ideas acerca de los afectos humanos tenían algo de inquietante. Me dijo que jamás había amado a ningún ser humano; sus allegados le dijeron que esperase el nacimiento de su hijo y que en cuanto le viese ella sentiría subir en su interior una ola de amor materno, que

abriría la fuente de sus afectos. Esperó, le mostraron el niño, y todo lo que sintió, fue el deseo de que lo llevaran lejos de ella. No obstante, desbordaba ternura por un conejo de Indias, y en su *Vida de Ana Kingsford,* la coloreada pluma del señor Maitland nos ha hecho ver, como en un cinematógrafo mental, a su gran colega llevando consigo al animalito a todas partes en sus viajes, cubriéndole de caricias, y después celebrando los aniversarios de su muerte como se hace por un pariente cercano.

Al siguiente día habría de llevarse a cabo la elección anual de cargos para la London Lodge, de suerte que no había tiempo que perder. Ofrecí a la señora Kingsford extenderle una carta constitutiva para que formase una Rama suya que llevaría el nombre de Hermética: antes discutí el asunto con el señor Massey, amigo sincero suyo y mío.

Este ofrecimiento fue aceptado, y la elección se hizo sin obstáculos. Resultó electo presidente el señor G. B. Finch, vicepresidente y secretario el señor Sinnett, y la señorita Arundale tesorera. Se iba haciendo todo muy bien, según la costumbre, cuando de pronto la entrada sensacional de H.P.B. interrumpió las operaciones. Yo la había dejado en París, pero ella acudía para asistir a esta reunión. El grupo Kingsford-Maitland, que de antemano me hizo saber que no era candidato a las elecciones, antes del fin de la reunión me presentó su petición oficial de carta constitutiva para la nueva Rama, y yo en seguida prometí concederla. El 9 de abril tuvo lugar en casa del señor Massey la reunión de organización de la Logia Hermética, la cual quedó así constituida. Entre los asistentes se hallaban, además de la señora Kingsford, el señor Maitland, el señor Kirby y el señor Massey, lady Wilde y sus hijos Oscar y Guillermo, y también la esposa e hijas del difunto doctor Keneally. Las tres solicitaron su admisión como miembros, que le fue acordada. Mohini Chatterji me acompañaba y pronunció uno de los mejores discursos del día.

El lunes de pascua fui con la señorita Arundale y Mohini a Westminster Abbey para oír o un predicador de renombre, y después fuimos a la sede del Ejército de Salvación. Todos dimos la preferencia a la señora Booth y a los oradores que la sucedieron, sobre la inanidad sin alma del sacerdote a la moda de la Abadía, cuyo discurso no poseía suficiente calor para vivificar a una amiba, en tanto que los otros desbordaban de fervor. Jamás se alcanzará el Reino de los Cielos con sotana y estola, a menos que quien esté con ellos revestido se parezca más a las "lenguas de

fuego” que a una caja llena de palabras de diccionarios y de frases de retórica.

El contraste del tropical calor de la India con los afilados vientos de Londres, sus días húmedos, y también la falta de ropas de abrigo, me produjeron durante dos o tres días un reuma pleural que hubiera podido llegar a ser serio sin los buenos cuidados de la señora y la señorita Arundale, en cuya casa me alojaba, y que demostraron ser la bondad encarnada. Ya en pie el 16, asistí a una cena dada en mi honor en el Atheneum Club por el señor W. H. Coffin, de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, quien invitó para encontrarse conmigo a los señores: W. Crookes, profesor W. F. Barret, coronel Hartley, H. J. Wood, A. P. Sinnett, F. Podmore, E. Pease, Rev. Dr. Taefel, F. W. H. Myers y Ed. Gurney. ¡Ciertamente una brillante asamblea de sabios y escritores! Era esto en los días pro-Coulombianos, la Sociedad Teosófica no había sido aún puesta en cuarentena y H.P.B. todavía no había sido declarada por la S. P. R. el charlatán más cumplido y peligroso de nuestra época.

El día 17 visité con Mohini el laboratorio del señor Crookes, quien nos enseñó varios experimentos de lo más interesante. Al otro día cenamos con el señor Sinnett en una casa donde Mohini vio por vez primera una señora vestida según la absurda moda de esa sociedad de chiflados llamada La Reforma Estética; llevaba los cabellos revueltos como un nido de ratones, y enseñaba sus encantos más de lo necesario para chocar a las ideas indas de Mohini. Y precisamente, la suerte quiso que él fuese el encargado de conducirla a la mesa. Me dirigió una mirada desesperada, no sabiendo qué hacer, y vi en *sus* ojos una extraña expresión que no comprendí y que yo no tenía tiempo de elucidar. Pero en el coche, cuando regresábamos, el misterio se aclaró y creí que me moría de risa. Me preguntó: “¿Esa señora que conduje a la mesa, Sevuelve a veces peligrosa?”“¿Peligrosa? ¿Cómo, qué quiere usted decir?”, le repliqué. “Pero, ¿está loca, no es cierto? En la mesa me preguntó si en la India no se reía jamás la gente; fue cuando usted contaba aquella historia cómica que hacía desternillar de risa a todos. Yo tenía todo el tiempo los ojos fijos en mi plato, por temor de provocarle una crisis cruzando la mirada con la suya; hubiera podido apoderarse de uno de los cuchillos que tenía junto a su plato. ¿Cómo hubiera podido reírme? ¿No le parece a usted que ellos no se portaron nada bien al endosarme esa señora sin decirme lo que convenía hacer si le daba un ataque?”

Decía todo esto muy seriamente, con todo el candor de su alma, y no podía sostenerse de sorpresa al ver que me dio una risa loca que no podía contener. Pero se quedó bien tranquilo cuando por fin conseguí explicarle las cosas. Se había imaginado que aquella señora era una pariente loca de la familia, por lo general poco peligrosa, pero susceptible de ser presa de ataques nerviosos, y a la que "permitían vestirse así para tenerla tranquila".

Veo en mi diario que la fundación de la Hermetic Lodge no bastó para apagar del todo la agitación de la antigua Logia. Casi todos los miembros deseaban aprovechar de ambas enseñanzas y pertenecer a las dos Logias. Esto mantenía la agitación, de suerte que tuve que promulgar un nuevo reglamento para prohibir a los M. S. T. que pertenecieran a varias Logias al mismo tiempo; en caso de pertenecer a dos, deberían escoger el grupo al cual preferían unirse. Esto amenazaba destruir la Logia Hermética. Después de consultar con el señor Massey, sugerí a la señora Kingsford que devolviese su carta constitutiva y fundase con sus amigos una sociedad independiente. Porque si la Sociedad Hermética se separaba, nuestras relaciones con ella serían las mismas que con otra sociedad cualquiera, como la Asiática, la Geográfica, la Astronómica, etc. La señora Kingsford dio su asentimiento por medio del señor Massey, y la Logia Hermética cesó de existir, mientras que la Sociedad Hermética nacía teniendo como presidente a la señora Kingsford y al señor Maitland como vicepresidente. La calma sucedió a la tempestad, la primera asamblea tuvo lugar el 9 de mayo, y me pidieron en ella que pronunciara un discurso; así lo hice, yen él formulé votos por la buena suerte de la nueva Sociedad, asegurándo1e mi simpatía.

Se comenzaban a interesar por las ideas teosóficas en todas las esferas de Londres. Despertado en un principio por la publicación del *Mundo Oculto* del señor Sinnett –del cual el difunto Samuel Ward distribuyó 250 ejemplares entre sus amigos–, ese interés fue desarrollado por numerosos esfuerzos literarios o sociales, y ya podía preverse el impulso que más tarde adquirió. Muchas personas, que disfrutaban de una situación elevada en el mundo literario o en la nobleza, ingresaron en la Sociedad. Era considerable el número de invitaciones que yo recibía para comer en compañía de los héroes del día, de los cuales había algunos que agradaban y otros no.

En casa de la señora Tennant encontré a Sir Edwin Arnold que me invitó a

comer y me hizo el precioso regalo de algunas páginas del manuscrito original de *La Luz del Asia,* que ahora constituye una de las curiosidades de la biblioteca de Adyar. Con el señor Sinnett vi en casa de la señora Bloomfield Moore a Roberto Browning, y hablamos de Teosofía con aquel gran poeta. El conde Russell me hizo ir un día a su casa en Oxford, y lord Borthwick, miembro de la Sociedad, me tuvo de huésped quince días en Escocia. En casa del uno, me encontré con un oficial de la casa de la reina y con un conocido general; en la del otro con uno de los más grandes pintores modernos. En todas partes la Teosofía constituía el tema de la conversación; la marea subía. No debía tardar en bajar, pero nadie lo preveía todavía en Europa, porque el golpe debía partir de Madrás, preparado por los misioneros escoceses a quienes los nobles Coulomb servían de instrumento. Pronto llegaremos a ese capítulo de nuestra historia, puesto que nos encontramos en los acontecimientos del mes de abril de 1884, y la gran explosión se produjo varias semanas más tarde.

CAPÍTULO XXXVII

H.P.B. Y EL INFORME DE LA S. P. R.

Dos corrientes distintas y bien diferentes, del Karma de la Sociedad, convergían en aquel tiempo hacia nosotros que no sospechábamos nada de su futura importancia. Una de ellas era el resultado de mi especial misión a favor de los buddhistas de Ceylán, que motivó mi viaje a Europa, y la otra era el haber establecido contacto con la Society of Psychicals Researchs. La primera corriente, de naturaleza favorable, nos dio honor y colmó de alegría a todo un pueblo. La segunda perjudicó a la reputación de la S. P. R., nos causó grandes dolores inmerecidos, empeñó nuestra buena fama e hirió el corazón de H.P.B., la gran servidora ignorada de nuestra raza. Esta corriente se presenta la primera cronológicamente, y nos ocuparemos, ante todo, de ella.

Hubo un comienzo de relaciones entre nosotros y la S. P. R.; por nuestra parte, entera cordialidad y sin desconfianza; aparentemente por su parte una simpatía igual; agradables reuniones en casa de sus principales miembros, y finalmente, un consentimiento de mi parte para, ser examinado por una comisión de la S. P. R. Nuestro cielo era del más puro azul, sin que la menor nube anunciase la tempestad que se preparaba.

Alegres en verdad, fueron aquellos días de París y de Londres; H.P.B. y yo estábamos llenos de entusiasmo. El 11 de mayo de 1884 comenzaron mis sesiones con los señores F. W. H. Myers y J. H. Stack. Un taquígrafo recogía las preguntas y las respuestas. El informe fue publicado en diciembre de 1884 en un folleto de 130 páginas in–8 (confidencial y reservado para los miembros de la S. P. R.) conteniendo también los testimonios de Mohini Chatterji y 42 apéndices documentales. La investigación versaba sobre las apariciones de fantasmas de personas vivas, la proyección y la constitución materiales del doble humano, las visitas hechas a los testigos por Adeptos o Mahatmas vivos, los aportes de objetos ponderables, las campanas astrales, la llegada en forma fenoménica de documentos escritos, la precipitación de escritura de los Mahatmas en cartas selladas de corresponsales ordinarios, durante su transporte por el correo, el regalo de flores

por el doble de un Adepto a un grupo de observadores, etc. Me parece que la lectura del informe demostrará a todos los lectores el perfecto candor, la franqueza, y la evidente buena fe de los testigos, así como la amplia corroboración de los documentos presentados por nosotros a la comisión. Pero seria menester haberse encontrado en nuestro lugar para comprender nuestros sentimientos, cuando más tarde la Sociedad de Investigaciones Psíquicas comenzó sus despiadados ataques contra H.P.B., nuestros Maestros y contra nosotros mismos.

Habíamos expuesto toda una serie de experimentos personales que para nosotros tenían el carácter más sagrado, y eso sin que de ello hubiéramos de recoger ninguna ventaja ni provecho, sino tan sólo a fin de que nuestro testimonio viniese a ayudar la causa de la ciencia espiritualista y a reconfortar a otros interesados menos favorecidos que nosotros. Comparecimos ante la comisión sin preparar nuestro asunto, contentándonos con responder a las preguntas que nos dirigían, y de esa manera nos habíamos puesto a la merced de personas que no compartían nuestros entusiasmos, y que además abrigaban la preconcebida idea de criticar, analizar nuestras declaraciones, descubrir en ellas contradicciones, y que en el pronunciamiento de su juicio final se mostraron sin consideraciones para nuestros sentimientos, escépticos en lotocante a nuestros motivos, y completamente despiadados. Aún hay algo peor, eran personas incompetentes, sin experiencia de las leyes psíquicas, extraviadas por las conclusiones de uno de sus agentes, el doctor Hodgson, al que enviaron a la India para verificar nuestras afirmaciones y recoger testimonios, igualmente engañados por el informe absolutamente incompetente de un perito calígrafo; se situaron ante la posteridad como virtuosos acusadores de una mujer, H.P.B., que jamás hizo daño a nadie, ni sacado ningún provecho de los servicios que hizo al Mundo; no obstante, no vacilaron en infamarla diciendo que era "uno de los impostores más completos, más ingeniosos y más interesantes que se hayan conocido". (Véase *Report of the comiteappointed toinvestigate phenomena conected with the Theosophical Society,* por los socios, señores: E. Gurney, F. W H. Myers, F, Padmore, H. Sidgwick y J. H. Stack, 1885). Este segundo informe fue recibido por la pobre H.P.B. en el que creímos ser su lecho de muerte, y casi la mató. Ella escribió con lápiz azul *en* el ejemplar que en este momento tengo ante mí, estas patéticas palabras:

"La señora Blavatsky, que pronto morirá, porque está condenada, responde lo

siguiente a sus amigos de la S. P. R.: después de mi muerte, esos fenómenos que son la causa directa de mi fin prematuro, continuarán más que nunca. Pero muerta o viva, imploro a mis hermanos y amigos que no los comuniquen al público; que jamás sacrifiquen su tranquilidad y su honor para satisfacer la curiosidad del público bajo pretexto de ciencia. Leed este libro; nunca, en el curso de mi triste y larga vida, he visto tantas sospechas despreciativas y fuera de lugar, arrojadas a la cabeza de una mujer inocente, como en estas páginas publicadas por pseudo amigos.

H. P. Blavatsky.

Adyar, febrero 5 de 1885, en mi lecho de muerte".

Agrega que no me perdonará jamás el haber "llamado la atención de los sabios aficionados de la S. P. R. sobre nuestros fenómenos", lo cual era un poco duro para mí, dado mi papel inocente en todo este asunto. Yo no conocía nada que debiera mantenerse oculto, no sospechaba ninguna mala fe en nadie, y estaba dispuesto a dar todas las facilidades a quienes desearan profundizar los hechos. Esto es lo que netamente demuestra el informe del doctor Hodgson sobre su investigación en la India como agente especial de la S. P. R. Dice de mí en la página 311: "Su buena fe está demostrada por su prisa para facilitarme extractos de su propio diario, y las facilidades que me dio para examinar documentos importantes que tenia en su poder. Además, me ayudó en todo lo que pudo para recoger los testimonios de los indígenas. Hasta el punto de que habiendo dicho que me parecía que el señor Damodar intervenía indebidamente en el interrogatorio de un testigo, poco después de mi llegada a la India, me pidió que no vacilase en llamar aparte a los testigos para interrogarles, y tomó medidas para facilitármelo".

Ahora bien, hay aquí varios puntos que no habrán de perderse de vista en la revisión de la condena general de la señora Blavatsky y del descrédito vertido sobre sus fenómenos por el doctor Hodgson y sus colegas de la S. P. R.:

1° La comisión de Londres no juzgó una causa preparada y defendida; el señor Sinnett, Mohini y yo, habíamos simplemente respondido de pronto a las preguntas que nos hicieron, sólo basándonos en nuestros recuerdos y sobre acontecimientos de los cuales algunos habían tenido lugar años antes. Cuando se produjeron estos incidentes con la S. P. R., no habíamos tomado medidas en metros y centímetros, ni consultado los péndulos, ni cosido a H.P.B. dentro de un saco; tampoco la habíamos

atado a la silla con cuerdas selladas como se hace con los mediums. Menos todavía habíamos pensado en molestar a los augustos personajes que se dejaban ver un instante, ni en decidir que cambiaran de sitio, que se pusieran aquí o allí, ni en rogarles que se dejasen pesar, pellizcar o dar vueltas para aseguramos de su realidad. Nunca oí yo decir que nadie haya tratado así a personajes santos.

De suerte que sencillamente facilitamos los manejos de una comisión que no se preocupaba de nuestras intenciones ni opiniones respecto a nuestros Maestros vivientes, sino que como principal objeto perseguían el de arruinar a una gran Sociedad rival, desembarazándose de ella para reinar en su lugar. Al menos esto es lo que parece resaltar de todo el informe.

2° Cuando, más tarde, en la India, se procedió al interrogatorio de los indos y otros testigos del país, que habían firmado los certificados publicados en *The Theosophist,* en *Hints on EsotericTheosophy* de A. O. Hume, y en otras publicaciones, se hizo resaltar expresamente todas las contradicciones, sin tener en cambio ninguna cuenta: *a)* de la completa inexperiencia de los asiáticos en asuntos de métodos de investigaciones psíquicas; *b)* de su incapacidad mental para repetir exactamente sus observaciones e impresiones del momento en que se habían producido los fenómenos, sin que hubiese tomado en dicho momento ninguna precaución, sin tomar previas medidas ni tener cuidado de los detalles. Porque nadie había pensado entonces que tendría que hacer memoria del hecho al cabo de cuatro o cinco años, o más aún. Un investigador experimentado, hubiera comprendido al primer golpe de vista que en tales circunstancias las contradicciones eran inevitables y que no podía esperarse conseguir recuerdos muy precisos. Cualquier observador imparcial de los círculos espiritistas sabría eso. Yo mismo he acompañado al difunto Dale Owen, a Epes Sargent y a otros hombres igualmente honrados e instruidos, a sesiones donde me demostraron que eran incapaces de observar con exactitud. Entonces, ¿qué puede esperarse de indos que no tenían la menor experiencia personal de esa clase?

3° La principal acusadora de la señora Blavatsky fue la señora Ema Coulomb. Del valor moral de ésta, puede juzgarse por la declaración que hizo a los misioneros de que ella había tenido siempre conocimiento del carácter fraudulento de los fenómenos de H.P.B. Y le había servido deshonrosamente de cómplice. Podrían obtenerse de ella datos interesantes informándose por las damas del harem real de El Cairo.

4° Las pretendidas cartas de H.P.B. a la señora Coulomb *no me han sido enseñadas nunca por nadie,* aunque hubieran podido hacerla con facilidad; esto no prueba nada en favor de su autenticidad.

5° El perito calígrafo que declaró que las cartas de K. H. y otros Mahatmas habían sido escritas por H.P.B. (basándose en ciertos parecidos de esas letras con la suya) y en cuya opinión la S. P. R. se fundó para acusarla, es célebre por haber afirmado, después de un análisis, que "las falsificaciones de Pigot" eran cartas auténticas del señor Pamell. No obstante, el falsario se suicidó más tarde en la prisión, después de confesar que él las había escrito. Además, el principal perito de la Alta Corte de Berlín, ha dado una opinión diametralmente opuesta. El señor G. Gebhard, cónsul de Persia, le dio para que estudiase cartas de H.P.B. Y de K H, e informó por escrito que "era imposible que ambas cartas hubieran sido escritas por la misma mano". *(Theosophist,* junio de 1886, suplemento).

6° Aunque el parecido entre la escritura de la señora Blavatsky y las de los Maestros hubiera sido más grande aún, esto no habría sido una prueba de fraude, porque según lo sabe el último principiante en investigaciones psíquicas, cualesquier mensaje psíquico, ya sea escrito en una pizarra encerrada, en un papel puesto sobre el suelo, o en el techo, o a la distancia que sea, se parece siempre a la escritura del médium. Esta regla se aplica a todos los agentes por medio de los cuales se transmiten mensajes psíquicos por escrito.

Ni el doctor Hodgson, ni sus colegas, ni sus infalibles "peritos" parecen haber conocido ese hecho elemental; esta no les ha impedido que juzgasen 'Con injusticia y crueldad a una mujer sobre la cual se encarnizaron con sus garras como los lobos sobre una osamenta. Quisiera contenerme en cierta moderación, pero esto es muy difícil cuando pienso en la injusticia de que fue víctima mi antigua colega. Compararé la actitud de la comisión de la S. P. R a una reunión de hombres capacitados e instruidos, pero cegados por al farisaísmo hasta el punto de no poder percibir los hechos tal como son, y que no temen poner con violencia sus manos sobre la reputación de una persona que tenía derecho, según los principios de toda justicia humana, al beneficio de la duda.

Hace poco tiempo, el venerable editor de *Light* (número de noviembre del 1897), ha trazado el retrato del señor Podmore de un modo que demuestra cuán débiles

eran las probabilidades de que H.P.B. fuese tratada con justicia por esa comisión de la S. P. R.: "Paciente, tomándose un trabajo increíble, con un ojo de lince para descubrir una paja, y con una habilidad no menos asombrosa para hacer descarrilar un incidente, arrojando al tren que sube, a la vía descendente... El señor Podmore es incrédulo con entusiasmo. Tiene de antemano fuertes prejuicios contra todas las cosas espirituales, y se entrega por entero a su tarea: ahora bien, esta consiste en descubrir agujeros y taparlos con lo que se halla al alcance de su mano; y en caso de no hallar nada substancial para hacerla, no le falta jamás una provisión de insinuaciones, suposiciones gratuitas y atrevidas afirmaciones. Pero, un pasaje del fin del libro nos da la clave de su actitud... *Ciertamente, tenemos que admitir algo anormal en alguna parte*—dice–. *Es más sencillo creer que el médium es de una falta de honradez anormal, que suponer en él unos poderes psíquicos anormales".*

¿Qué consideraciones han tenido con H.P.B.? En vano se busca en el "informe" la menor traza de ellas.

"¡Qué rara es, en verdad,

La cristiana caridad!"

7º El doctor Hodgson, el *agente-detective* enviado por la S. P. R. a la India para sacar a luz la verdad, se ha convertido más tarde en espiritista convencido, hasta el punto de que declaró auténticos: los fenómenos de la señora Piper, médium, después de haberlos estudiado por espacio de seis años.

En sus primeros tiempos, empleaba catorce horas para redactar el informe de una sola sesión de escritura sobre pizarra, es decir, en los tiempos en que era tan escéptico e incompetente en cuestión de "poderes psíquicos" como siguió siéndolo el señor Podmore. ¡Qué tristeza da pensar hasta qué punto su informe acerca de H.P.B. hubiera resultado diferente, si él hubiese sido un observador competente en hechos psíquicos! ¡Qué tristeza, porque en tal caso se le habría podido hacer justicia, ahorrándole años enteros de inmerecidos sufrimientos! Todo el informe del señor Hodgson demuestra hasta qué grado su ánimo era entonces el mismo del señor Podmore; Un solo ejemplo bastará; *ex uno disce omnes:*

El señor S. Ramaswamier, secretario del Juzgado de Tinnevelly, en la Presidencia de Madrás, encontró a mi Gurú a caballo en el Sikkim y sostuvo con él una larga conversación que reprodujo extensamente en el *Theosophist* de diciembre de 1882.

Respecto a eso, el doctor Hodgson dice: “No veo nada inverosímil en suponer que el papel del Mahatma era desempeñado por uno de los cómplices de la señora. Blavatsky”. ¡Como si una mujer sin dinero hubiera podido pagar un ejército de impostores repartido por toda la extensión de la India, Y hasta en el Sikkim!

8ºEl testimonio de la familia de H.P.B. prueba que en su presencia se produjeron desde su infancia raros fenómenos, y otros: del mismo género han tenido lugar ante mí y ante numerosas personas, en América y en la India, mucho tiempo antes de que los Coulomb aparecieran en escena, y en circunstancias en las cuales la teoría de la mala fe o de las complicidades es inaplicable. Me parece que esto debería pesar fuertemente sobre la opinión pública. Pero, por desgracia, la comisión de la S. P. R., en medio de su ignorancia y de su falta de experiencia, dudaba de la posibilidad de semejantes fenómenos, y –según lo dice Podmore en el párrafo antes citado–, como era menester admitir algo de anormal en alguna parte, era más sencillo creer que el médium poseía una anormal falta de honradez que suponer en él la posesión de poderes psíquicos anormales.

Que el lector reflexione un momento, y verá cómo era imposible que los miembros de la comisión fuesen calificados para dictaminar sobre fenómenos de la clase de los producidos por H.P.B. Se ha visto, tanto en Europa como en América, una buena cantidad de mediums, pero ningún Adepto de las ciencias psíquicas ha aparecido después de Cagliostro y del conde de Saint Germain.

¿A qué serie de fenómenos verificados podía ser comparada la de H.P.B. para apreciarla? En toda la esfera de las investigaciones científicas, ninguna otra rama como la de la física trascendental, exige del experimentador tanta penetración intuitiva y capacidad para pesar delicadamente los hechos, un conocimiento tan profundo del hombre bajo sus aspectos físico, mental y espiritual, una familiaridad tan grande con las antiguas escuelas filosóficas y de Ocultismo, tanta memoria para recordar los poderes destacados de los Adeptos, y tales dotes como se necesitan para poder verificar experimentalmente y de primera mano el número y manera de obrar de las fuerzas sutiles de la Naturaleza. ¿De qué modo los señores Myers, Gurney, Podmore, Stack, Sidgwick y Hodgson se hallaban especialmente capacitados para efectuar esa investigación? ¿Qué peso tiene su fallo?

Se desprecia la crudeza de las opiniones que un comerciante sin instrucción

expresa sobre astronomía, matemáticas, simbología, la supervivencia del espíritu, o sobre otros grandes asuntos que no conoce. Pero, ¿en qué se diferencia de aquellos aficionados de la psicología práctica que tampoco se hallaban calificados para emitir un juicio equitativo acerca de los poderes Psíquicos de H.P.B.? Estaban tan autorizados para ello como nuestro tendero de ultramarinos, el sastre, o el fabricante de crema para el calzado. ¿Puede creerse que si la, S. P. R. hubiera tenido necesidad de procurar convertir al público a teorías contrarias a la corriente opinión, o a cualquier nuevo aspecto de un error antiguo, como, por ejemplo, de la teoría geocéntrica, hubiese presentado con tanta negligencia su causa y habría corrido el más ligero riesgo de incurrir en la censura de la posteridad más avisada? Pero la tentación de conseguir el descrédito de una personalidad peligrosa, tachándola sencillamente de notoria impostura, haciendo un llamamiento a la ignorancia popular y a los prejuicios del público, era demasiado fuerte para poderla resistir; lanzaron la calumnia y pasaron, dejando el envenenado dardo en el corazón de aquella pobre taumaturgo imprudente, impulsiva, que se sacrificaba por su raza. Tuvieron su día de triunfo, mas la divina justicia vengará, sin embargo, su inexorable veredicto.

A pesar de todo lo que hayan podido hacer los otros amigos de H.P.B., he tratado siempre de presentarla como una persona natural y no sobrenatural. He hecho todo lo posible relatando mis observaciones de sus fenómenos para decir la verdad sencilla y presentarlos sin prejuicios. Me atuve siempre a esa manera de obrar, a pesar de la oposición de muchos de mis colegas, que hubiesen querido ver que ocultaba sus debilidades. Me importaba poco lo que pensasen de mí; tenía que cumplir un deber para con mi bienhechora, mi amiga, y cofundadora de la Sociedad. Creo haberlo cumplido mejor diciendo la verdad, sin agregar nada favorable ni ocultar nada desagradable. He presentado a H.P.B. en los diferentes aspectos de su carácter, los unos casi angélicos, mas los otros diametralmente opuestos. Con frecuencia me han preguntado en mis jiras de conferencias por lejanos países, qué tenía yo que decir en su defensa, como respuesta a las acusaciones de los Coulomb y de Hodgson. He respondido siempre que dichas acusaciones no se habían formulado nunca con justicia, sino de una manera ligera y poco convincente; que para mí tenía el convencimiento de haber1e visto producir tantos fenómenos en circunstancias tales, que no se prestaban a la duda, que me

hallaba convencido de que era un gran adepto capaz de manejar las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Pero que, a pesar de todo, aunque hubiesen de reconocerse como probadas todas las acusaciones dirigidas contra sus fenómenos, sin embargo, las enseñanzas que nos ha legado bastan para hacer de ella una bienhechora de la humanidad y para ser acreedora del ferviente agradecimiento de millares de hombres y mujeres a quienes sus libros han señalado el camino de las cumbres de la verdad espiritual. y he emplazado a los que me habían formulado la pregunta antes dicha para que indicaran públicamente a aquel de los superficiales acusadores de la señora Blavatsky que pudiese reclamar sus derechos a la menor parte del amor y gratitud que ella recibía, por lo que él había hecho por el bien público.

Nunca dejaron de aplaudirme mis oyentes, porque en el fondo de la humana naturaleza hay un apasionado amor por la justicia, y eso es lo que lavará la mancillada reputación de H.P.B. En resumen, todos creemos instintivamente en el Karma.

En lo que respecta a la víctima de la S. P. R., ahora está fuera del alcance de sus ataques y puede sonreír ante sus maliciosos esfuerzos contra ella. Su Karma la sometió a ese aplastante cúmulo de tristezas, pero la prueba ya pasó y ahora ella puede "saber cuán sublime es permanecer fuerte en el dolor".

CAPITULO XXXVIII

LOS BUDISTAS OBTIENEN UNA SATISFACCIÓN

Olvidemos ahora el trágico episodio de los ataques de la S. P. R. contra la señora Blavatsky, para entregamos al agradable deber de hablar de nuevo con mayores detalles, sobre la misión con que los buddhistas de Ceylán me hicieron el honor de encargarme, y que me llevó a Londres en la primavera de 1884. Los acontecimientos que motivaron la expresada misión son tan importantes y sus consecuencias han sido tan serias, que considero mi deber insistir un poco y citar, de acuerdo con los documentos que poseo, hechos que no se hallarían en ninguna otra parte. Estaba, pues, encargado de llevar ante el Colonial Office ciertas quejas que no obtuvieron satisfacción en Ceylán. Se referían al principio mismo de neutralidad religiosa tan clara y sabiamente prometida por Su Majestad la reina para toda la extensión de su imperio. Evidentemente aquel imperio no podría ser conservado por ningún otro sistema que no fuese el de absoluta garantía de que los fieles de las diversas religiones practicadas en sus territorios, conservarían su libertad de conciencia y la libertad de sus cultos. Cuando los portugueses conquistaron las provincias marítimas de Ceylán, adoptaron una política muy diferente y emplearon la fuerza brutal de la espada, del fuego, la confiscación y la rapiña, para obligar a la población dulce e inofensiva a que aceptase el Cristianismo; pero fue en vano. Aquellas pobres gentes vieron arder sus casas, deshonrar a sus mujeres y degollar a sus amigos, pero se escaparon a la selva y siguieron siendo buddhistas.

Los holandeses, que sucedieron a los portugueses, continuaron los mismos errores, pero con más legalidad y sobre todo haciendo un llamamiento al interés egoísta de la gente, en lugar de recurrir a la crueldad de las ejecuciones militares. Aunque algunas de sus leyes eran, por cierto, bien crueles, como por ejemplo la que negaba la legitimidad a los niños nacidos de un matrimonio buddhista regular, y su derecho a heredar a menos que los padres no fuesen, casados en una iglesia cristiana, lo que era una estratagema infame. Un informe de las misiones de la C.M. S., hecho con ocasión de su jubileo, habla de aquel pasado y comparándolo con el actual estado de las misiones en Ceylán, dice que aquellas severas medidas de los

holandeses, hacían "cristianos"–léase hipócritas– en cantidad, y que cuando los ingleses expulsaron a los holandeses y conquistaron las provincias marítimas, los registros de las iglesias contenían los nombres de millares de dicha clase de cristianos; pero poco después de la declaración de libertad religiosa, "aquel árbol floreciente se secó en pie corno herido por una helada repentina". Cito esto de memoria y haciendo resumen, pero creo ser bastante exacto. Si los cingaleses del litoral fueron guerreros en otros tiempos, han perdido esa condición en el transcurso de tres siglos de servidumbre a los amos extranjeros. (Los portugueses conservaron la costa por espacio de ciento cincuenta y tres años, los holandeses desde 1658 hasta 1795; los ingleses los expulsaron, y se apoderaron del país "en interés del Cristianismo y de la civilización", claro está). A pesar de eso, en ellos deben existir siempre en estado latente las mismas disposiciones, según las leyes de la evolución sociológica, y para despertar sus pasiones sólo sería menester la renovación de circunstancias favorables. El día de Pascua del año 1883, estalló una crisis que hubiera podido causar graves revueltas y ocasionar efusión de sangre, de no haber mediado la sabiduría y moderación de los jefes buddhistas. Si estos jefes no hubiesen pertenecido a la escuela conservadora de la Sociedad Teosófica, si puedo llamarle así, que les había enseñado las ventajas de la unión y de la perseverancia paciente en la dirección de los asuntos públicos, las masas hubieran escapado a su influencia y pedido a la ley de Lynch la justicia que no podían arrancar a un gobernador que vacilaba y a los funcionarios hostiles. El asunto era este en pocas palabras:

Una procesión de buddhistas pacíficos y sin armas, recorría las calles de Colombo para dirigirse a Kotahena, barrio en el cual se halla el más respetado de sus templos, a fin de ofrecer en él sus habituales oblaciones de flores, frutas y otras cosas, cuando de pronto fueron violentamente atacados por la concurrencia. Copio de la instancia presentada por ellos al gobernador: "Fueron asaltados en forma criminal por una multitud de sediciosos católicos y otros bandidos, que llevaban cruces pintadas sobre sus personas, y que anteriormente habían excitado sus pasiones injiriendo bebidas embriagadoras e iban armados con garrotes, armas agudas y otros instrumentos de muerte. En el tumulto que sobrevino, fue puesta en peligro la vida de las mujeres y los niños, numerosos buddhistas recibieron heridas graves, cinco animales que arrastraban las carretas fueron sacrificados en el camino

real, y las mismas carretas y los objetos de valor que transportaban, fueron reducidos a cenizas. En seguida la petición declara que un buddhista llamado Juan Naide fue asesinado allí y ante los ojos de la policía, que no intervino. También dice que los revoltosos se reunieron al toque de rebato de las campanas de iglesias católicas, y que ciertas personas conocidas fueron vistas por la policía pintando cruces en la piel oscura de los asaltantes, así como organizando el ataque y distribuyendo licores.

Aun cuando este ultraje tuvo miles de testigos y sus organizadores eran harto conocidos, las autoridades no persiguieron a nadie y fue evidente su deseo de ignorar el hecho. Después de aguardar varios días, los jefes de los buddhistas se consultaron y elevaron una queja en lo criminal contra ciertas personas sospechosas, apoyada en las pruebas que, sin ayuda de la policía, habían podido recoger. El juez de paz ordenó acciones contra doce de los acusados, pero el funcionario que actuaba de abogado de la reina, violando la "Ordenanza (XI de 1868) Y la constante costumbre de la justicia inglesa, valido de su cargo, obligó al juez de paz a que asumiese las funciones de la Corte Suprema, y juzgase sin asistencia del jurado, sobre la validez de la queja y el valor de los testimonios presentados... Así fue como se interrumpió el curso normal de la justicia, y los acusados quedaron en libertad...""y con el resultado de que a pesar de haber gastado nosotros 5.000 rupias en costos de juicio, los asesinos de un buddhista inofensivo quedaron impunes, no se acordó ninguna indemnización por los bienes particulares destruidos ycuyo valor se elevaba a 4.000 rupias; la masa entera de los buddhistas cingaleses se ve expuesta a la posibilidad de semejantes ataques en el porvenir de parte de diversos enemigos de su religión... La agitación determinada por esto es ya tan grande; que sin las instancias de los letrados, 10.000 buddhistas hubieran venido en persona para presentar esta petición a V. E. Finalmente, una junta de personas influyentes ha hecho los trámites preliminares para obtener del gobierno de la metrópoli y de los Comunes de Inglaterra, que se les haga justicia y se asegure para el porvenir el efecto de las promesas de neutralidad religiosa, renovadas de tiempo en tiempo en las provincias asiáticas en nombre de Su Majestad la reina de un modo solemne".

Todo iba de mal en peor. Los buddhistas, irritados por negárseles la justicia, y excitados por los insultos y desafíos de los sediciosos impunes, maduraban

sangrientas represalias. El gobierno no había movido ni un dedo para remediar el mal que les había hecho hacía ya más de un año; se preparaba una crisis, amenazando al buen orden y al respeto a las leyes.

Lo primero que se les ocurrió a los jefes buddhistas en su desdicha, fue telegrafiarme con urgencia para que acudiese en su ayuda. Accedí como era mi deber, y llegué a Colombo el 27 de enero de 1884. Ya he contado cómo organicé una Junta de Defensa buddhista, de la cual fui electo miembro honorario, y que me encargó de obtener justicia.

Al otro día, subí a Kandy para ver personalmente al nuevo gobernador, sir Arturo Gordon, que acababa de suceder a sir Jaime Longden le Faible. Hallé en él un hombre muy diferente, y el modo inteligente como comprendió de inmediato la situación, me dio las mejores esperanzas. Me prometió enviar en seguida a Londres todos los papeles que deseáramos someter al Colonial Office, yme expresó sus sentimientos de simpatía para nuestro partido en aquellas penosas circunstancias. Dos de los principales buddistas me acompañaron a esa audiencia. Terminados a nuestra satisfacción esos preliminares, regresamos el siguiente día a Colombo.

Tuve una conferencia privada en el colegio con el gran sacerdote Sumangala y otros varios que se unieron a él para darme un poder por escrito con el objeto de poder recibir en su nombre a toda persona que deseare declararse buddhista, en Europa o donde fuese. Los grandes sacerdotes de los templos de Kandy ya me habían dado poderes semejantes. Hecho ya en Ceylán todo lo que era posible hacer, esa misma noche salí para la India a fin de ordenar los asuntos de Adyar y preparar mi partida para Londres en el plazo más breve.

Gracias a mi larga experiencia de los métodos empleados en los servicios públicos, me cuidé mucho de no precipitarme a la antesala del secretario de las Colonias con mis papeles en la mano. En lugar de seguir ese método, que ha procurado a centenares de principiantes el favor de pasar semanas y meses detrás de la puerta que protege al gran hombre, comencé por informarme del modo como trabajaba el Colonial Office, para saber a qué oficina correspondían los asuntos de Ceylán, y cuál era el humor del jefe de esa sección. Dichas investigaciones preparatorias, que hubieran podido no ocuparme más que una hora si hubiese tenido la suerte de dar con una persona que me pudiera informar, duraron quince días. Sabiendo ya lo que

tenía que hacer, fui al Colonial Office, donde hice pasar mi tarjeta con R. H. Meade. Este me recibió con la mayor cortesía y se mostró perfectamente al corriente de los detalles de nuestro asunto. Tuvo la amabilidad de darme a conocer la forma empleada para la correspondencia en los ministerios ingleses, lo que me permitió dirigir sucesivamente dos cartas a lord Derby para presentarle nuestras quejas. Después, algunos diarios ingleses, al tanto de lo que retenía en Londres, demostraron su simpatía por el asunto, yun órgano conservador por lo menos, publicó que se había negado justicia y que el gobierno debía una reparación.

Lord Derby me respondió por intermedio del señor Meade; le escribí de nuevo; otra vez me hizo contestar prometiéndome todas las satisfacciones compatibles con la ley en cuanto el gobernador diese su opinión.

Después fui recibido en audiencia por lord Derby para despedirme de él y agradecerle la pronta atención acordada por el Colonial Office a las quejas de los buddhistas de Ceylán, presentadas por mí. Su señoría me recibió con la mayor cordialidad. Me dijo que el gobierno se enteró con pena de los lamentables sucesos de Colombo y que él deploraba no poder hacer más; pero agregó que si en adelante losbuddhistas cingaleses tenían ocasión de recurrir a la protección del Colonial Office, esperaban que yo no vacilara en escribirle o hablarle del asunto, y que fuera siempre bienvenido.

No es largo de contar el final de esta cuestión: las peticiones de los buddhistas fueron acordadas en la medida permitida por la ley. Se reconoció su derecho para organizar procesiones. El día del natalicio del Buddha fue declarando día de fiesta para los buddhistas de la isla. Hízose saber en todo el país el disgusto del gobierno por la negligencia de la justicia para perseguir a los revoltosos. Se instituyeron registradores buddhistas para los casamientos, y por fin, el, problema de las propiedades del clero se colocó en vías de solución, proclamando en la *Gazette* del gobierno, la Ordenanza de los bienes del clero buddhista, en el número 17 de 1895, por la cual se colocan los considerables bienes de los *Viharas* bajo el control de juntas laicas, cuyos deberes y responsabilidades quedan definidas en la misma ordenanza. Sir E. Noel Walker, secretario colonial de Ceylán, promulgó en nombre del gobierno, en la *Gazette* del 12 de noviembre de 1897, las reglas de la Junta Provincial de Colombo, de las cuales, algunas, y no las menos importantes, tratan de las persecuciones y castigos en que incurren los monjes buddhistas que violasen

las promesas de su profesión de fe, o determinan las condiciones exigidas a los candidatos para los cargos de abades en los monasterios. Yo espero que esto es un primer paso hacia la completa reforma del clero buddhista.

El siguiente extracto de mi discurso ante la asamblea de los monjes buddhistas reunida en Galle atendiendo a mi invitación, en julio de 1880, tiene su interés porque demuestra mi primitivo plan para la elevación y purificación de la Sangha buddhista realizadas al cabo de diez y siete años por la promulgación de esas reglas. Los acontecimientos confirmaron mis previsiones: lo que un pueblo solicita con persistencia y motivado por una necesidad real, un gobierno inteligente lo concede siempre.

"He notado la triste apatía con que los monjes encaran la cuestión de quitar el hábito religioso a los compañeros suyos que han caído en la inmoralidad y deshonran su religión y la Orden de la cual forman parte. En la reciente convención de los sacerdotes principales y de los jefes kandyotas, he hablado del enorme perjuicio causado así tanto a los monjes como a los laicos. Se ha presentado el pretexto de que la Iglesia no tiene el poder de quitar los hábitos a un mal monje, y que este puede continuar llevándolos a pesar de la prohibición. Me dijeron que en tiempos de los reyes de Kandy, ese poder existía y estaba en uso, pero que bajo el actual gobierno no había nada que hacer. ¡Pues bien!, mi respuesta fue enseñarles, por la cláusula Vª de la convención de Kandy, que los dos millones de buddhistas de la isla, no tenían más que dirigir una petición para solicitar que fuese observada tanto en su espíritu como en la letra. El gobierno se ha comprometido solemnemente a proteger el Buddhismo, y si lo pedís, creedme, los hábiles letrados de la Corona hallarán un medio de poder quitar los hábitos a vuestros malos religiosos, sin violar la ley buddhista. No habría nada más fácil que constituir legalmente un tribunal eclesiástico supremo, investido de poderes suficientes. Si el gobierno no hace nada, son los buddhistas quienes deben ocuparse del asunto. ¿Cómo podéis esperar que un gobierno cristiano se ocupe de mantener la "inviolabilidad" de la religión del Buddha, *cuando* los *buddhistas no abren la boca para solicitarlo?*

Creo con meditada convicción basada en estos dos meses de observaciones, que el edificio entero del Buddhismo cingalés se halla en peligro y que si no sacudís vuestra apatía, si no hacéis esfuerzos determinados para poner fin a los abusos y a

las querellas que existen, tanto entre los religiosos como entre los laicos, dentro de un siglo todo Ceylán se habrá vuelto infiel o cristiano, pero más probablemente infiel.

Tengo aún otra idea importante: es menester que los niños buddhistas aprendan su religión, con regularidad, en días fijos, y *en todos los templos de la isla.* ¿Cómo queréis que sigan siendo buddhistas si durante su infancia no se les enseña los elementos de la religión de sus padres? Los cristianos instruyen a sus hijos, ¿por qué los buddhistas han de descuidar los suyos?

Los grandes donativos hechos a los viharas por los antiguos soberanos buddhistas, han desmoralizado a la Orden de los Mantos Amarillos en todos los, lugares en que ha sido enriquecida. Jamás la pureza personal, la piedad, y las aspiraciones espirituales, han sobrevivido a la adquisición de las riquezas; el espíritu se rebela a medida que la carne se ve más y más halagada. No obstante, nos hallamos en la encrucijada, y el porvenir del Buddhismo de Ceylán parece más brillante. Tenemos el derecho de esperar de nuestros esfuerzos educacionales una gradual elevación de la inteligencia popular, y la purificación del ideal nacional, que reacciona infalible e invariablemente sobre todas las cofradías religiosas que se desarrollan en el pueblo".

CAPÍTULO XXXIX

REALIDAD DE LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

De todos los métodos de propaganda, no se si prefiero las reuniones de conversación en las Casas particulares. Es cierto que por medio del las conferencias el orador se dirige a centenares o millares de oyentes, pero me pregunto si se puede llevar la convicción a tantos espíritus, si se suscita tantas peticiones sinceras de informaciones y si se ganan tantos miembros para la Sociedad, como cuando uno se halla en estrecho contacto con un círculo restringido, en un salón. Es una idea que por vez primera me vino al ver a Mohini apoyado en la chimenea, en casa del señor Sinnett, en Londres y respondiendo, después de haber desarrollado rápidamente un tema dado, a toda una serie de preguntas formuladas por un círculo interesado. Después yo he organizado numerosas veladas de esta clase en muchos países, he asistido a otras muchas en las cuales la incomparable señora Besant exponía nuestras doctrinas, y mi convicción se afirmó con esas pruebas. Recomiendo esa práctica a todas nuestras Ramas o grupos, con la mayor seguridad.

El 24 de mayo, en casa de la señora Campbell Praed, en Talbot Square, tuvo lugar una reunión de esta clase, y a petición de nuestra distinguida huésped, expliqué los principios y objeto de nuestra Sociedad a una de las más brillantes asambleas de notabilidades literarias que se podía reunir en Londres. Las preguntas se sucedían, sin cesar, y yo las contestaba; así, por este sencillo procedimiento, todas las personas presentes llegaban a formarse una idea de nuestra gran obra. A partir de entonces, se han efectuado conversaciones de este género en todo el Reino Unido, y en el resto del mundo, en cualquier parte donde existiese una colonia inglesa; porque la literatura teosófica ha penetrado por todas partes y su nombre es familiar en casi todos los países.

La noche del 28 de mayo, en una casa a la cual habíamos sido invitados Mohini y yo, ensayé el experimento, hoy famoso, sugerido por el señor E. D. Ewen, de Escocia, para probar la naturaleza del pensamiento y su proceso de evolución, que ya he descrito en varias ocasiones, pero que está en su verdadero lugar dentro de

este ensayo histórico detallado. No, debo omitirlo, sobre todo teniendo en cuenta que interesó entonces a sir Guillermo Crookes y al profesor Balfour, así como a otros sabios.

Los que hayan leído *Unseen Universe* por Stewart y Tait, recordarán haber visto en esa sugestiva obra que la producción del pensamiento está acompañada por una especie de descarga galvánica en la sustancia gris del cerebro, y que como dicha vibración pasa al éter más allá del cráneo sin que nadie pueda decir hasta dónde llega, es concebible, que un pensamiento humano pueda afectar a un planeta lejano. (Hago esta cita de memoria, escribiendo en medio del océano, y hace bastantes años que no leo ese libro, pero imagino haber presentado la sustancia de la idea propuesta por aquellos eruditos autores). En aquel tiempo, no era, según creo, más que una hipótesis científica que todavía no había sido confirmada por la experiencia. Mi objeto era precisamente ver si podía obtener hechos que arrojasen alguna claridad sobre ese gran problema, las circunstancias que favorecían en aquel momento. El señor Ewen ha heredado de sus antepasados escoceses el don de la segunda vista, aunque sin poder servirse de él a voluntad, sino que se presenta de pronto. Un buen día, al despertarse, percibe que lo tiene; al otro día desaparece y no puede recuperarlo; tiene que esperar que vuelva naturalmente. Por lo general, eso le dura todo el día.

Entonces yo administraba un tratamiento psicopático a una señora, autora muy conocida, atendiendo a los insistentes ruegos de su marido, y un día llevé conmigo a Ewen con permiso de dicha señora, que tenía que guardar cama, y permaneciendo acostada ella, comencé mi tratamiento en presencia del señor Ewen. Le hacía los "pases longitudinales" desde el pecho hasta los pies, pera no siempre con intención magnética, es decir, poniendo en ellos una voluntad concentrada, sino que a veces los hacía mecánicamente, sin que por eso los pases fuesen diferentes. Con gran sorpresa mía, Ewen dijo de pronto que veía que mi mente no estaba siempre igualmente fija en mi operación; que unas veces yo hacía salir mi fluido y otras no, y que la diferencia era muy sensible para la clarividencia. En seguida puse a prueba sus poderes, pero resultó que sin error distinguía mis pases sinceros de los figurados. Esta fue la descripción de lo que veía: el cuerpo de la enferma estaba envuelto en un aura azulada, pálida, que parecía elástica y capaz de ceder ala presión como un globo medio desinflado de

los que usan los niños para jugar. Sobre la región de la pelvis, sitio de su dolencia, el aura se volvía amarillenta. Cuando yo hacía los pases curativos poniendo en ellos mi voluntad, se escapaban de mis dedos corrientes de fuerza vital esas corrientes eran fuertes, transparentes, y del color de un zafiro claro y brillante. Cuando la corriente se encontraba con la pálida y azulada aura de la enferma, dicha aura oponía una débil resistencia, pero vencida por la impetuosa fuerza de la corriente, se veía muy pronto mezclada con ella, reforzada en su color, y puesta en un estado de vibración rápida; resultaba de ello una tonificación general del sistema de la enferma y el nacimiento de una tendencia hacia la convalecencia. Estoy convencido de la exactitud de esa descripción, yla verdad es que en el caso del cual hablamos, la enferma, en lugar de permanecer en cama durante varios meses, como su médico había predicho, al cabo de una decena de días se levantó y anduvo. Desde la primera sesión de tratamiento, la mejoría fue tan notable, que el médico se quedó estupefacto en su primera visita siguiente a la sesión, y le dijo que en su constitución había algo sorprendente, que en su máquina tenía algún resorte suplementario desconocido del común de los mortales. Esto me lo comunicó al día siguiente por medio de una alegre carta, agregando que con su enfermera se había reído de las ilusiones del médico acerca del éxito de sus remedios y de su ignorancia de mi tratamiento, que era el que justamente proporcionó el "resorte" maravilloso.

La noche de mi visita con Ewen a la señora M. C., vino a buscarme el señor Heriberto Stack para concertar una reunión con la comisión de la S. P. R., Y como era un hombre de vasta cultura y de gustos científicos, le hablé de los poderes de Ewen, yle sugerí que sería una buena ocasión para ver si la teoría de Stewart y Taite era acertada. Como nuestro escocés se hallaba todavía en posesión de su visión y accedió a tomar parte en el experimento, convinimos lo siguiente: nos sentaríamos en el pequeño salón del fondo, sin luz, él con la espalda contra la pared a la derecha de las puertas de corredera, y nosotros frente a él contra la pared opuesta. Una de nosotros concentraría su pensamiento sobre cualquier cosa, si Ewen podía percibir el momento de la concentración, pronunciaría sólo la palabra "¡ahora!", y así veríamos todos hasta donde alcanzaba su poder. Hacíamos que sólo pronunciase esa palabra para evitarle la necesidad de un esfuerzo mental sostenido mientras su conciencia funcionaba en un plano superior. Los das

experimentos ensayados con el señor Stack fueron coronados de éxito; el clarividente notó exactamente el momento de la concentración. Entonces el señor Stack me pidió que ensayase yo, diciendo que yo tenía más que él la costumbre de hacer esos ejercicios mentales. Cuando íbamos a comenzar, se me ocurrió que si ya le daba la mano al señor Stack y se la apretaba en el momento de concentrar mi pensamiento, ambos sabríamos al mismo tiempo si los poderes de Ewen eran verdaderos, y la evidencia de ellos sería doblemente fuerte. Tomé la mano del señor Stack, y después de algunos instantes para reunir mis ideas, concentré la mente. Instantáneamente, antes de que hubiera tenido tiempo de hacer contraer los músculos de mis dedos, Ewen exclamó "¡ahora!", y el experimento falló. Esto me molestaba porque un secreto instinto me hacía desear que el hombre de la comisión de la C. P. R. recibiese por sí mismo una prueba de ese valor. Pero su ingenio se halló a la altura de la situación, porque me propuso que él tendría mi mano y daría por sí mismo la señal para la concentración. Eso tuvo éxito me apretó la mano, fijé mi pensamiento, e igual que las otras veces, Ewen distinguió el preciso momento de la concentración. Aquella estaba bien, y cada uno de nosotras poseía dos pruebas, pero para continuar el experimento propuse averiguar si Ewen podía ver la dirección del pensamiento, si éste se fijaba en un punto cualquiera de una de las dos habitaciones. Los dos ensayos tuvieron éxito. La primera vez dijo: "Creo que su pensamiento está dirigido sobre el techo, encima de mi cabeza", y la segunda: "Veo a la corriente de pensamiento que pasa a mi izquierda como si fuese dirigida a un punto del salón grande". Tenía razón; la segunda vez el pensador había dirigido su atención hacia la señora de Steiger, que estaba sentada en el extremo del salón iluminado.

La descripción hecha par Ewen de la corriente luminosa de pensamiento, era muy interesante. Cuando alguien fija su mente en un objeto que no le interesa, se ve salir un resplandor de su cerebro, como esos estremecimientos luminosos de las nubes cargadas de electricidad en las cálidas noches de verano. Pero, en cambio, cuando la mente envía su aura al exterior hacia un lugar determinado, un rayo surge del cerebro hacia su destino, como la punta de un relámpago durante una tormenta. Hay que recordar que estas revelaciones son de mayo del año 1884; entonces no fueron corroboradas por nadie, pero me parece que la exactitud de las observaciones del señor Ewen fue plenamente probada doce años después por las

de otros investigadores de las Ciencias Ocultas, mucho más competentes, como pronto se verá.

El espíritu altamente científico de sir Guillermo Crookes no podía dejar de interesarse por hechos de esta naturaleza, que abrían el camino hacia un magnífico campo de investigaciones psicológicas. Llevé al señor Ewen a su casa al otro día por la mañana, y le conté lo que habíamos visto con Stack. Contestó can franqueza que aquella era una cosa importante y que desearía seguirla, en el caso de que el señor Ewen quisiera "tener la amabilidad de prestar su concurso a ese estudio. Deseaba aclarar más la naturaleza física de la corriente de pensamiento, observando si pasaría sin refracción a través del vidrio o de otras sustancias, si la onda luminosa podría ser concentrada por una lente, reflejada par un espejo, etc. En una palabra, saber si aquel raya poseía en el plano físico propiedades que permitieran someterle al control de los aparatos de laboratorio.

Como escribo de memoria, sin notas y a tantos miles de millas de Londres, reclama la indulgencia de sir Guillermo Crookes por las inexactitudes de algunos detalles que podrían haberse deslizado en mi relato de estos incidentes ocurridos hace catorce años.

Desgraciadamente, la clarividencia del señor Ewen no se había manifestado esa mañana, y debía salir esa tarde para Escocia, de suerte que no podía prestarse a los experimentos deseados, con gran pesar suyo, porque se interesaba mucho por esa rama de estudios científicos y no tenía necesidad de que lo alentasen. El señor Stack y yo, presentamos nuestro informe sobre esos experimentos preliminares, en una gran reunión de la S. P. R., la noche del 28 de mayo, fijando así la historicidad del hecho.

Todo lector inteligente verá resaltar la relación entre aquel descubrimiento y algunos fenómenos conocidos, como, por ejemplo la *jettatura* y el *mal'occhio,* la mirada que mata y el "mal de ojo", maldición congénita de ciertas personas, entre otras el difunto papa Pío IX. Las personas ignorantes tachan esto de loca superstición, pero hay que confesar que no existe ninguna creencia popular mejor apoyada que ésta por la evidencia. Y es una creencia que no está limitada a una nación o comarca, sino que se extiende por el mundo entero y se halla en todas las historias. La mirada de un ojo humano puede curar o matar, según el impulso

mental de quien la dirige, con tal que la persona mirada sea sensible a sus vibraciones. Si se descubre la tónica de un vaso o de un globo de vidrio, se le puede romper en mil trozos tocando esa nota en un violín con la intensidad requerida, y en cambio, otra nota no producirá efecto. También el hombre, el más delicado de los organismos, tiene su tónica, que, conocida e influenciada por una corriente de pensamiento, puede destruir su equilibrio, conmover tal vez su naturaleza moral, y hasta quitarle la vida. Esto se halla ampliamente probado por la historia universal de la Magia y de la hechicería. Es una antigua verdad del hecho de que la corriente de odio de un mago negro, si es lanzada contra una persona pura y santa, no puede perjudicarla, sino que se vuelve a quien la envió y llega en ocasiones hasta aniquilarlo. Ninguna mujer fue jamás seducida, así como ningún hombre fue impulsado a un crimen, sin que existiese en su sistema moral alguna mala tendencia que la influencia de su ambiente ha podido hacer vibrar. Horacio lo dijo: Hic *murus aeneus esto, mil canscire sibi, nulla palescere culpa.* Y la experiencia de la humanidad nos enseña que esa inocencia del mal, esa ausencia de convicción de pecado, forma a nuestro alrededor como un muro de bronce. La clarividencia del señor Ewen nos permite comprender el procedimiento de ese antiguo misterio. Aclara también el poder de encantar a los animales y los hombres. Algunos sabios han negado que las serpientes puedan encantar a los pájaros, y sin embargo, ahí está la clave de tal encanto. En otro tiempo, teníamos en Adyar un gato amarillo al que he visto sentarse bajo las ramas de un gran árbol mirando a una ardilla. El lindo animalito se agitaba, gritaba, y por fin se dejó caer delante del gato, el cual lo recogió tranquilamente y se lo llevó a sus pequeñuelos. Se lee en *Isis Sin Velo* (vol. 1, pág. 380 de la edición inglesa) la historia de Jacobo Palissier, un campesino del Var, "que ganaba su vida matando los pájaros sólo con el poder de su voluntad". Esto ha sido contado por un sabio, el doctor d'Alger, quien le vio en su trabajo, y declara que aquel hombre, fijaba sencillamente su mirada sobre un gorrión, un pardillo, un pinzón o una alondra, haciéndole caer paralizado al suelo, y pudiendo hacer con él en seguida lo que desease. Si se lo pedían, se contentaba con aturdir a sus víctimas y les devolvía la libertad, pero también podía matarlas del todo antes de tocadas. La señora Blavatsky dice que esa corriente destructora es un "lanzamiento del fluido astral'· o éter, y previene sobre el peligro del cultivo y abuso de un poder que permite cometer una muerte a

distancia sin ser sorprendido ysin dejar marcas sobre la víctima. En tal caso, dice, "la investigación de la policía no llegará a otra conclusión diferente de muerte repentina, aparentemente causada por una enfermedad cardiaca, o un ataque, o cualquier otra causa natural, pero no real en el fondo".

Se dice que el gran magnetizador Ragazzoni produjo una parálisis instantánea a una joven, su sujeto, que tenía los ojos vendados, por medio de su voluntad inexpresada por medio de la voz, en cierta ocasión en que algunos observadores científicos que se hallaban presentes, le pidieron que diese esa prueba de su poder.

Los hechos que hasta aquí he citado, se relacionan especialmente con el efecto de una corriente de pensamiento que choca con objetos presentes a la vista. Muchos otros se me presentan para sostener mi argumento, pero no citaré más que dos. En la India, cuando un agricultor tiene una hermosa cosecha de arroz o de otro grano susceptible de provocar la envidia o avidez de un transeúnte, planta un palo largo en medio de su campo y sujeta en él una cazuela de barro boca abajo *(ghurT'a),* en la cual pintó antes con cal una figura grotesca, para atraer el mal de ojo antes de que pueda perjudicar a la cosecha, porque es la primera ojeada la que hace daño.

También allá, la madre de un hermoso niño le unta la cara con carbón o barro para poner su tierna vida al abrigo de la envidiosa mirada de una mujer estéril. Esa flecha de odio o de envidia, una vez lanzada, no puede ser rápidamente seguida de una segunda, y de ahí esas invenciones para apartada de su objeto.

Que ahora el lector consulte el número de *Lucifer* correspondiente a septiembre de 1886, y que lea el notable artículo de la señora Besant respecto a las formas pensadas; verá cómo sus observaciones y las de otros estudiantes aventajados apoyan las descripciones del señor Ewen, hechas doce años antes, y también las enseñanzas del *folk–lore* sobre el mal de ojo y las curaciones por sólo la mirada que han sido observadas. Describe, según su visión personal, las erupciones luminosas y coloreadas que acompañan a un pensamiento de carácter general, y también la llama aguda, como la hoja de un dardo, lanzada por un pensamiento hostil. Las ilustraciones en colores, que acompañan al texto, nos hacen muy claras las leyes de la evolución del pensamiento. La figura 4 presenta un relámpago en zig–zag de color rojo sombrío saliendo de una nube de tempestad mental, como la descarga

eléctrica que viene a herir una encina durante una tormenta. Es el pensamiento violento y brutal de un hombre que acaba de golpear a una mujer en un suburbio de Londres. La forma–pensamiento de la figura 5 es la de un asesino y se asemeja exactamente a una hoja de puñal. Así debía ser aquel puñal fantasma que Macbeth culpable veía, pero no podía tocar: pensamiento acerado, cruel, asesino. Los idiomas están llenos de expresiones que indican que aquellos que los formaron tenían un sentido instintivo si no clarividente de su exactitud. Por ejemplo, se dice: "una mirada aguda, que traspasa", representando la forma–pensamiento dirigida sobre alguien; un "alma límpida"; "una inteligencia oscurecida"; la corriente confesión de los homicidas: "vi todo rojo", etc., viene igualmente a corroborar aquellas observaciones de nuestros clarividentes.

La misma ley rige a los pensamientos afectuosos, altruistas, que tratan de ayudar y no de dañar, que desearían hacer bien y no mal. No hay océano lo suficientemente ancho, ni continente lo bastante amplio para impedir a un buen pensamiento de esa clase que corra a su destino.

Los antiguos *Shastras* enseñan que dichos pensamientos franquean hasta el abismo que separa la vida de la muerte, y sigue en pos de su objeto hasta más allá del sepulcro. La moral que hay que sacar de esas observaciones, y que no es menos fuerte por ser tan evidente, es que en nuestro poder está el hacer bien o mal a los otros hombres por medio de los pensamientos afilados que salen de nuestra mente. Pero son tantos los oradores y escritores, que han explicado esto, tanto en nuestro movimiento como en los siglos precedentes, que no necesito extenderme más sobre el tema; era conveniente, a pesar de eso, hablar algo del asunto para afinarlo en todos aquellos que ponen sus miradas en los progresos espirituales y en el adelanto de la raza.

CAPÍTULO XC

LOS RETRATOS DE LOS ADEPTOS

Dos días después de los experimentos de percepción del pensamiento con el señor Ewen, fui a pasar unos quince días en París con H.P.B. Hacíamos reuniones para instruir a los interesados, ya en nuestra casa de la calle de Notre-Dame-des-Champs, ya en casa de algunos amigos y especialmente en casa de lady Caithness, donde conocimos al señor Yves Guyot, el famoso publicista, y algunos amigos suyos tan escépticos como él acerca de las cosas espirituales. En esa ocasión, la dueña de casa nos hizo sentar a H.P.B. y a mí con gran disgusto nuestro, en dos enormes sillones dorados como tronos, en los cuales teníamos el aspecto de dos personajes reales concediendo audiencia. El señor Guyot y los otros, nos hicieron dar explicaciones detalladas respecto a los principios de la Sociedad y las teorías orientales místicas de la constitución del hombre y de sus poderes. Esto se desarrolló bien hasta el momento en que nos dijeron que nos quedarían muy agradecidos si les mostrábamos fenómenos que probasen la verdad de nuestras doctrinas. Por mi parte, no esperaba eso, porque lady Caithness no nos había dicho nada de esa petición. H.P.B. se negó resueltamente a producir la menor maravilla, y no se dejó convencer por la insistencia de nuestra huéspeda. Yo dije al señor Guyot que habíamos hecho todo lo posible para explicar las ideas orientales sobre los estados de la materia que la ciencia occidental no ha descubierto todavía, y que le dejábamos en libertad de aceptar, rechazar o ensayar lo que quisiera, asegurándole por mi experiencia personal que aquellos que deseaban obtener pruebas directas podían conseguirlo, pero con la condición de tomarse igual trabajo que para estudiar cualquier otro campo de investigaciones científicas; que lamentaba tanto como él que la señora Blavatsky no estuviese en disposición de hacer por él lo que con frecuencia yo le viera hacer por otros curiosos, pero que siendo así, por el momento no había nada que hacer. Evidentemente, el señor Guyot y sus amigos quedaron muy decepcionados, pero nunca hubiese yo creído que un hombre como él sería capaz de hablar de H.P.B. y de mí en la forma insultante que poco después usó.

Viendo lo que sucedió, ahora creo que la obstinada negativa de H.P.B. fue muy prudente, y que

ella previó –o alguien en su lugar– que su asentimiento hubiera sido más que inútil, puesto que los fenómenos espirituales sólo pueden ser comprendidos por las mentes espirituales. Y por cierto que la del señor Guyot no era de éstas. Si H.P.B. le hubiera hecho ver algo, él se hubiese contentado con decir a sus amigos al salir: “Me pregunto cómo ha podido hacer esta vieja farsante esa trampa”. Tengo el derecho de pensarlo, después de lo que dijo de nosotros. Me figuro que él y el señor Podmore, el difunto profesor Carpenter y centenares de personas como ellos, tendrán que reencarnar muchas veces antes de llegar a comprender las leyes de la acción espiritual sobre este plano físico.

Hice relación con el ilustre profesor Charcot en el hospicio de la Salpetriere, el 7 de junio de 1884. Uno de sus antiguos alumnos, el doctor Combret, M. S. T., me llevó, y el profesor me mostró amablemente diversos experimentos de hipnotismo. Todo eso es ahora tan conocido, que no necesito extenderme sobre cosas que vi hace catorce años. La mayor parte de mis lectores debe saber que existen dos escuelas antagonistas de hipnotismo: la de Charcot en la Salpetriere, y la de Nancy fundada por el doctor Liébaut y su aventajado discípulo, el doctor Bernheim. Desde hace largo tiempo, han existido los dos partidos que representan ambas escuelas, sobre todo entre los alienistas. El partido de Charcot atribuye a causas fisiológicas todas las anomalías mentales y los demás fenómenos de los sujetos hipnotizados. La escuela de Nancy, en cambio, ve en ellos causas psicológicas, es decir, mentales. Mis lectores podrán hallar esos asuntos ampliamente tratados en los antiguos números del *Theosophist*, así como el relato de mis experimentos en la Salpetriere y en el hospital civil de Nancy en 1891. El interés de las observaciones de 1884, fue que me permitieron juzgar por primera vez de visu la medida en que esta ciencia del hipnotismo llamada nueva, coincidía con la ciencia secular del magnetismo, que yo estudiaba desde cuarenta años antes.

El doctor Charcot provocaba en sus enfermos tres estados de hipnosis de los que reclama el honor de haberlos clasificado: primero, la catalepsia; segundo, la letárgia; tercero, el sonambulismo. En el primero, la posición de los miembros del sujeto puede ser fácilmente modificada por el operador y conservada sin resistencia durante algún tiempo. En el segundo, el sujeto está inconsciente, y si se le levanta un miembro y se le suelta, éste cae por sí mismo, los ojos están cerrados, y los músculos excitables en grado anormal. En el tercero, los ojos están cerrados del todo o a medias, los músculos pueden contraerse hasta la rigidez, estimulando con suavidad la piel que los recubre, y se puede producir por sugestión muchos otros fenómenos. La escuela de Nancy admite todos esos fenómenos, pero los atribuye únicamente a la influencia de la sugestión sobre la mente del sujeto, sugestión que no necesita ser verbal, sino que puede ser impuesta par un gesto silencioso del hipnotizador, por movimientos voluntarios o involuntarios de su cuerpo y hasta por la expresión de su rostro. Nadie puede, sin haber estudiado profundamente el asunto, hacerse una idea de las terribles posibilidades

de la sugestión hipnótica. No hay límite para ese imperio ejercido por un espíritu sobre otro. Charcot produjo ante mí la parálisis artificial de un miembro en el sujeto, aplicándole un fuerte imán; yo puedo hacer otro tanto sin imán, hasta sin tocar al paciente con la mano, por simple sugestión. Hizo pasar la parálisis de un brazo al otro en la misma forma, o sea por medio del imán; yo puedo hacerlo sin imán, como la escuela de Nancy y como todo magnetizador experimentado. Entonces, ¿por qué habríamos de creer que se trata de un efecto fisiológico, puesto que la causa que lo provoca es mental y exterior al sistema físico del sujeto?

El 13 de junio volví a Londres en compañía del señor Judge que había venido a vernos desde Nueva York, de paso para la India donde pensaba quedarse a trabajar, Algún tiempo antes, yo había abierto un concurso amistoso entre varios de nuestros asociados de Londres, pintores aficionados o profesionales, para ensayar un experimento psíquico interesante. Mis antiguos lectores recordarán la descripción que hice (*Historia de la S. T.*, primera serie de capítulos) del modo como mi Gurú cumplió su promesa de darme su retrato cuando fuese oportuno. Era un perfil, dibujado por un aficionado que no era ocultista, de suerte que aunque el parecido era indiscutible –como lo comprobé más tarde por mí mismo– no tenía el esplendor que ilumina el rostro de un Adepto. Naturalmente, yo deseaba tener, si era posible, un retrato mejor, y se me ocurrió tratar de ver si mis simpáticos colegas artistas de Londres podían obtener una vista espiritual más clara y viva de su rostro divino. En cuanto les hablé, los tres profesionales y los dos aficionados a quienes me dirigí accedieron de buena gana a ensayar la prueba y les presté a cada uno por turno la fotografía original al lápiz que tenía en mi poder. Pero ninguno de los cinco pudo hacer nada mejor en el parecido que el croquis hecho en Nueva York por el señor Harrisse. Antes del fin de este concurso, un alemán, el señor Hermann Schmiechen, pintor de retratos muy conocido, ingresó en la Sociedad y con gran alegría mía consintió en seguida en hacer también la prueba de inspiración. Se puso a la obra el 19 de junio y terminó el 9 de julio. Durante ese tiempo, fui a su estudio yo solo cuatro veces y una con H.P.B., y quedé encantado de la confección gradual de la imagen mental, claramente grabada en su espíritu, y cuyo resultado fue un retrato de mi Gurú tan perfecto como si lo hubiera hecho del natural. Todos los otros habían copiado el perfil hecho por Harrisse, pero Schmiechen lo pintó de frente y dio a su mirada tal intensidad de vida y tal expresión de alma interior, que asombra. Es una obra de genio, y la prueba más clara de transmisión de pensamiento que pueda imaginarse. Tuvo la intuición de todo: los rasgos, la tez, la dimensión, la forma y expresión de los ojos, la posición natural de la cabeza, el aura luminosa y el carácter majestuoso. Ese retrato se halla en el anexo de la Biblioteca de Adyar que hice construir para él y su pareja, el otro principal Gurú nuestro, también pintado por Schmiechen. El visitador al entrar allí, cree que sus grandes ojos penetran hasta el fondo

de su corazón. He observado las señales de esta primera impresión en casi todos los casos, y el sentimiento de emoción es aumentado todavía más por la manera como las dos miradas le siguen por toda la habitación observándole siempre en cualquier sitio que se ponga.

El artista consiguió hasta dar al aura que nimba las dos cabezas, la apariencia de centelleo vibratorio que se ve en la realidad. No tiene nada de asombroso que las visitas que tienen una inclinación religiosa experimenten una sensación de santidad en aquel cuarto donde se encuentran los retratos; la introspección y la meditación son allí más fáciles que en otra parte. Por hermosas que aquellas telas sean de día, todavía gustan más de noche cuando están bien iluminadas; entonces parece que las figuras salen de su marco y avanzan hacia uno. El pintor hizo varias copias de aquellos retratos, pero carecen de la impresión de vida de los originales; evidentemente no pudo conseguir de nuevo la inspiración que dio por resultado estos últimos. En cuanto a las fotografías que se han hecho de las copias —a pesar de mis vivas protestas— se parecen tan poco a los originales de Adyar como una vela de sebo a una bombilla eléctrica. Y ha producido en mí una profunda tristeza ver esas reproducciones baratas de los rostros divinos, vendidas en tiendas por los partidarios de Judge, y publicadas en una revista y en un libro por el doctor Hartmann.

Parece que tal hecho debe arrojar una gran claridad sobre el misterio de la inspiración artística y ayudamos a discernir lo que establece la diferencia entre un gran pintor o un gran escultor y el término medio corriente de sus colegas. Para ser un verdadero artista, es menester que el espíritu inferior sea sensible a las impresiones emanadas de la conciencia superior o espiritual, y sus obras maestras serán producidas en los momentos de "inspiración", cuando se opera esa transferencia de conciencia. El caso en cuestión. ¿No es acaso un ejemplo en que vemos al artista, guiado e inflamado por un rayo venido del exterior, pintar retratos que no consigue reproducir en su estado normal de mentalidad independiente? Un Tiziano, un Rubens, un Claude, un Cellini, un Leonardo, un Praxíteles o un Fidias, ¿no es quien, abriéndose a la dirección del Yo Superior, es capaz de recibir en relámpagos aquellas elevadas concepciones de la divina realidad oculta detrás de la barrera de carne? Otro punto que hay que hacer resaltar es que el retrato de mi Gurú hecho por Schmiechen, era el séptimo ensayo efectuado para obtener una satisfactoria reflexión de su imagen, a fin de consolar a los que no son todavía capaces de ir a su Ashrama, para hablar con él frente a frente, en el *Sukshma sharira*.

Más o menos, fue por aquellos días, en julio de 1884, cuando tuvo lugar aquella recepción diurna de H.P.B. en casa de nuestra querida huéspeda, la señora Arundale, que la señora Campbell Praed describió con tanta animación en una de sus novelas: *Afinidades*. Esto evoca en mi mente la escena, y vuelvo a ver a H.P.B. con su cara de león, fumando sus cigarrillos y resistiéndose a los esfuerzos de los

profesores Barrett, Oliverio Lodge y Coues, de la señora Novikof y otros más, para obtener de ella algún fenómeno. Mientras tanto, una flexible americana, insinuante y mimosa, encaramada en el brazo de su sillón, metía de tiempo en tiempo su cara bajo la papada de la anciana señora, que no ocultaba su fastidio; yo permanecía en la puerta, como espectador muy divertido por esa comedia. La señora Campbell ha descrito todo en su novela, hasta los detalles de la entrada de Babula al salón y la participación de Mohini en la conversación y discusión.

Como ya lo dije en un capítulo precedente, uno de mis acontecimientos de esa temporada fue conocer a sir Edwin Arnold. Una se hace siempre cierta idea del autor de un gran poema o de una novela importante; yo me imaginaba encontrar en el poeta de *La Luz del Asia* a un hombre de tipo romántico, pálido, de rasgos delicados, aire soñador y de aspecto más bien femenino. En lugar de esto" vi frente a mí, en la mesa, a un personaje con una gran nariz, boca grande, labios gruesos, aire de persona del mundo más que del claustro, y tocado con un casquete. En las páginas del manuscrito original de *La Luz del Asia,* que él me dio y que están en Adyar, leí un pasaje el primer aniversario de la muerte de H.P.B., obedeciendo a sus últimas disposiciones.

Ese mismo mes fui a visitar a lord Borthwick en su castillo de Ravenstone, en Escocia, y de allí me dirigí a Edimburgo, donde fundé la Sociedad Teosófica Escocesa, de la cual el difunto Roberto M. Cameron fue su primer presidente y E. D. Ewen secretario. A pesar de las tendencias liberales del pensamiento moderno, la vieja influencia presbiteriana es todavía bastante poderosa en la capital del Norte, para impedir a los hombres instruidos y eminentes que pertenecen a esa excelente Rama, que confiesen abiertamente el interés que sienten por nuestra movimiento. Sus nombres son ocultados al público, y no admiten a nadie en sus reuniones. Esto parece bastante ridículo, y en cuanto a mí, si yo viviera en Edimburgo, desafiaría a

Aquellos espíritus estrechos a que me quemaran como herético antes de someterme a semejante esclavitud moral. Pero como todos no son del mismo parecer, sobre lo que conviene hacer o no hacer, y de todos modos nuestras ideas se difunden en el mundo, ya sea su corriente visible o subterránea. La Rusia es el otro país en que existe el mismo estado de cosas; allá las persecuciones están a la orden del día para los que se atreven a apartarse de la línea recta de la religión del estado.

Di una conferencia de teosofía al otro día de constituir esa Rama en el Oddfellows Hall, ante una compacta concurrencia. Cito esto a causa de lo que ocurrió al terminar. Entre los que acudieron a estrecharme la mano, estaba un señor que me dijo que las ideas que yo acababa de expresar eran idénticas a las que él predicaba en su propia iglesia. E informándome después, supe que era el más popular de los ministros presbiterianos; debo hacer constar mi asombro de que aquel hombre

hubiera encontrado en la Teosofía el credo particular de su secta, por cuanto yo fui educado en esa secta, y en mi mente la tenía asociada con lo que en el mundo hay de estrecho, beato y detestable: la tiranía religiosa encarnada. Entonces adquirí la convicción de que aun los fieles de las más intolerantes sectas, saben suavizar y espiritualizar sus creencias cuando son superiores a ellas, y que hasta un presbiteriano escocés puede, en casos excepcionales, ser también tan indulgentes con sus hermanos que se hallan fuera de las barreras de su secta, como si no hubiera sido educado en la teología: de hierro y rayos, de Knox y de Calvino. ¿Acaso no vemos otro ejemplo en la historia del Islam? La corte de los califas, tan pronto fue el asilo de la tolerancia y la amenidad, como un infierno de persecuciones y matanzas. Dice Draper: "En el siglo X, el califa Hakim II hizo de Andalucía el paraíso de la Tierra. Los cristianos, los musulmanas y los judíos, se mezclaban sin recelo... Todos los sabios, de cualquier país que viniesen y cualesquiera que fuesen sus ideas religiosas, eran los bienvenidos... Su biblioteca encerraba 400.000 volúmenes soberbiamente iluminados y encuadernados... Almanzor, que usurpó el califato, se puso a la cabeza del partido ortodoxo. Hizo sacar de la biblioteca de Hakim todos los libros de ciencia o de filosofía, y los hizo quemar en las plazas públicas o arrojar a las cisternas del palacio. Averroes, ornamento del Islam, una estrella de primera magnitud en el cielo intelectual, "fue expulsado de España... denunciado como traidor a su religión. Ningún filósofo escapó a su persecución. Algunos fueron asesinados, y el resultado de todo esto fue llenar el Islam de hipócritas". (*Conflict betwen Religión and Sciencie*).

Ahí puede mirarse la naturaleza humana como en un espejo, porque lo que sucedió cuando los califas ha sucedido siempre, sucede todavía y sucederá siempre. Por ahora, los hombres notables que forman parte de nuestra Rama escocesa pueden verse obligados a disimular sus relaciones con nosotros, y acudir en secreto a sus reuniones, pero tan seguramente como que el Sol se levantará mañana, no está lejano el día en que la Teosofía será predicada, no desde una tribuna escocesa, sino en la mayoría de las iglesias, y se considerará un honor ser uno de nuestros miembros. Porque la naturaleza escocesa es la naturaleza humana, y la potencia de la inteligencia nacional sobrepasa la del término medio de los otros pueblos y no se le podría impedir que siguiera a los pensadores del pasado a todas las alturas. Cuando alumbre el día de la libertad como dije a mis colegas de Edimburgo al formar su Rama, cuento con que los teósofos escoceses se pondrán a la cabeza de los que difunden la Sabiduría Antigua a través del Mundo[4].

El 8 de julio hubo una reunión pública de la London Lodge en el Prince's Hall, en Picadil1y, para despedimos a H.P.B. y a mí. Estuvieron presentes muchas personas distinguidas en la literatura, la diplomacia y los círculos sociales, y se pronunciaron discursos por: el señor G. B. Finch, presidente de

[4] Las cosas han cambiado favorablemente para la Teosofía en Escocia, pero no así, por desgracia, en Rusia. (N. del T.)

la London Lodge; el señor Sinnett, Mohini y yo. Yo hablé de la Teosofía, Mohini sobre la Sabiduría de los arios, y el señor Finch nos deseó al mismo tiempo la bienvenida y buen viaje. De allí fui a Alemania, donde pasaron cosas tan interesantes desde el punto de vista de la Sociedad, que serán objeto del próximo capítulo.

CAPÍTULO XCI

EN ALEMANIA

El 23 de julio atravesé de Queensborough a Flessinga en uno de los magníficos vapores que sirven esa línea, y llegué a Elberfeld (Alemania) a las tres de la mañana. La señora de Gustavo Gebhard, hoy ya fallecida desgraciadamente, me recibió como a un hermano. Jamás he hallado un carácter más leal y encantador. Era una de esas mujeres que emanan a su alrededor una atmósfera de ternura y virtud; son el sol de sus hogares, se hacen indispensables a sus maridos y son adoradas por sus hijos. Para sus colegas de la Sociedad Teosófica, la señora Gebhard tenía la especial atracción de haber nacido mística, y de que había estudiado el Ocultismo muchos años, en la medida que sus deberes de familia se lo permitían. Durante siete años había sido uno de los dos discípulos de Eliphas Leví (el otro era el barón Spedalieri), y después que se levantó el sitio de París, el infortunado ocultista, medio muerto de hambre, encontró en casa de ella una larga y generosa hospitalidad. Ella escribió sus impresiones acerca de él para el *Theosophist* de enero de 1886. Habla de él en ellas con mucha consideración y afecto como kabalista, instructor y amigo, pero dice que su punto débil era una gula de epicúreo que con frecuencia constituía para ella "un motivo de asombro".

Como ambos han muerto, no hará daño a nadie si repito lo que la señora Gebhard me contó: que Eliphas Levi era muy comilón, le gustaba la buena mesa, tanto las carnes como las legumbres, y bebía mucho vino en la cena. Sus relaciones fueron especialmente epistolares; él le enseñaba el Ocultismo por cartas. Una gran parte de sus lecciones fue traducida, con permiso de la señora Gebhard, para el *Theosophist,* y se encuentra en los volúmenes de 1884 (suplemento), 1885 y 1886. La casa de los Gebhard estaba amueblada con gusto, y mientras el señor G. Gebhard estaba en América, toda la familia rivalizaba en celo para hacer deliciosa la estancia a los invitados. En el primer piso, la señora Gebhard tenía un cuarto oculto para su uso, y en el cual guardaba libros escogidos sobre sus: temas predilectos, y un retrato al óleo de su maestro Eliphas Leví. Estaba representado tal cual ella lo describe en el artículo que ya he citado "pequeño y corpulento; cara dulce y bondadosa,

resplandeciente de buen humor, tenía una larga barba gris que le cubría cerca de la mitad del pecho". Era un rostro intelectual, pero como de un hombre al que atrajesen más las cosas físicas que las espirituales, una fisonomía muy diferente de las de nuestros Adeptos indos, en las que reina la majestad de las aspiraciones divinas.

Dos días después de mí, llegaron los primeros del esperado grupo de teósofos; eran: la señora Hanunerlé, de Odessa; el doctor Hübbe Schleiden, de Hamburgo, y el doctor Coues, de Wáshington. Al otro día, en una reunión que hicimos en la "habitacióln oculta", se formó nuestra primera Rama alemana: la "Theosophische Gesellschaft Germania"; se nombró presidente al doctor Hübbe Schleiden, vicepresidente a la señora M. Gebhard, tesorero al cónsul G. Gebhard, y secretario al señor Francisco Gebhard, el digno hijo de esos excelentes padres. Tal fue el comienzo de nuestro movimiento en el país más intelectual de Europa, un campo que a su debido tiempo deberá dar magníficas cosechas, aunque como Escocia, ha de ser retardado en su desarrollo por causas locales. Pero mientras que en Escocia el obstáculo es el poder aún vivo del Calvinismo, en Alemania existen varios, a saber: una tumultuosa actividad mental en el ciclo de los intereses comerciales; el enorme desarrollo de las ciencias físicas, siempre acompañado de postración espiritual; y un resto de desconfianza contra el misticismo, sus adeptos y sus sistemas, causado por el abuso de los Rosacruces, de la Masonería Egipcia de Cagliostro y los trabajos y pretensiones incomprendidas de los alquimistas de la edad Media[5]. En los siglos pasados, la Alemania era el centro y el invernadero de todas las investigaciones ocultas, y si hoy vemos en ella una tendencia hacia la reacción, esto es debido tan sólo a la operación natural de una ley que no cambia. El carácter alemán tiene una innata capacidad para estas elevadas aspiraciones espirituales, y es muy posible que en el porvenir algún cambio despierte su actividad. Si pudiera hacerlo sin faltar a la prudencia, citaría los nombres de personajes alemanes que se inclinan secretamente hacia las ideas teosóficas; esto vendría a justificar mi afirmación, pero el tiempo aclarará todo. Mientras tanto, mi deber es continuar, como durante tantos años lo he hecho, guardando los secretos honorables de las personas y las cosas, encerrados

---

[5] Indudablemente, al referirse el autor al recelo producido por los abusos, etc., etc., quiere indicar los abusos cometidos por charlatanes que se ampararon con los nombres de Ordenes cuyos verdaderos adeptos fueron siempre dignos de todo respeto. Es evidente que el coronel Olcott –según se desprende de sus mismas palabras en otras partes de la obra– no se refiere a los verdaderos Rosacruces ni a Cagliostro. (N. del T.).

en mi memoria permitiendo a las sospechas y a los equívocos que nos ataquen a mí y a otros, en bien de la causa a la cual hemos consagrado "nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro honor sagrado".

En Adyar tenemos un recuerdo del acontecimiento mencionado una excelente fotografía de aquel grupo de amigos con los cuales fundamos la nueva Rama alemana, y la señora Gebhard tuvo mi retrato al óleo, para el cual *posé* varias sesiones. Atendiendo al interés de nuestro movimiento en Alemania, salí de Elberfeld para Dresde el 1 de agosto, con el doctor Hübbe Schleiden. Ese mismo día, el buen doctor recibió en el tren una carta de uno de los Maestros, respondiendo a una pregunta que acababa de hacerme. Como su testimonio sobre este hecho fue publicado por la S. P. R. (siempre desconfiada y denigrante). puedo contar sin indiscreción que el doctor acababa de entablar una conversación acerca de ciertas experiencias penosas de su juventud, que en ese momento contaba por primera vez, y de las cuales no había hablado a la señora Blavatsky. Mientras nos hallábamos ocupados con eso, entraron a pedirnos los billetes por la portezuela de la derecha. Yo estaba a la izquierda del doctor, quien tomó mi billete, lo unió al suyo y se inclinó hacia su derecha para dárselos al empleado por encima de las rodillas de la persona que estaba a su lado. Acomodándose de nuevo en su sitio, vio entre él y su vecino de la derecha una carta; ésta tenía un sobre thibetano o más bien chino, con sus señas, de la escritura de K. H., y no sólo explicaba las causas de aquellos infortunios de los cuales acababa de quejarse justamente, sino que también contestaba a ciertas preguntas que el doctor había hecho a H.P.B. (que se hallaba en Londres) en una carta de la que aún no podía tener respuesta a vuelta de correo[6]. He ahí un caso que *parece* hallarse al amparo de toda sospecha de fraude, y no obstante, la buena y generosa S. P. R. sugiere la posibilidad de la presencia con nosotros en el tren, de un agente de H.P.B. (que no tenía un céntimo). Verdaderamente, ¿vale la pena de tomar a semejante gente en serio? En todo caso, el pobre doctor Hübbe se sintió muy reconfortado y alentado por el contenido de la carta, lo que, después de todo, era lo esencial, y yo me alegré de su satisfacción, como lo dice mi diario.

Fuimos a ver en Weisser Hirsch, un lugar de veraneo cerca de Dresde, al señor. Oscar von Hermann, una alma bella, verdadero caballero en sus instintos como en

[6] Segundo informe de la S. P. R. acerca de los fenómenos de H. P. B .• páginas 383 y 384.

sus actos. Estaba entonces ocupado en traducir al *Buddhismo Esotérico,* traducción que publicó más tarde por cuenta suya. Fue en su casa, en Leipzig, donde Zollner y los otros profesores de la Universidad de Leipzig efectuaron sus memorables sesiones con el medium Slade, y que confirmaron a Zollner en su teoría de una cuarta dimensión. La raza alemana es hermosa y hace pensar a veces en la cara del león; el señor van Hermann presentaba ese tipo muy señalado. Lo mismo que su hermano, que vive en Inglaterra, ha seguido siendo amigo mío, y especialmente ese hermano ha prestado su ayuda a la Sociedad cuando ésta más la ha necesitado.

Esa misma noche, el doctor Hübbe me llevó a casa del señor Schroeder, el famoso magnetizador que hacía maravillosas curas psicopáticas. Su método era la simplicidad misma: establecía la comunicación áurica con su paciente y dejaba correr su propia vitalidad en el sistema del otro hasta que estuviese aliviado o curado, según el caso. ¡Podría decirse que se agujereaba! Pues bien, es lo que los médicos judíos hacían hacer a la sunamita Abisag con el rey David, y es terapéutica científica. Al cabo de dos días, salimos de Dresde para Bayreuth con el objeto de oír el *Parsifal* de Wágner en su propio teatro. La representación duró desde las cuatro de la tarde hasta las nueve, y fue profundamente impresionante, de un efecto cuya grandeza supera a toda descripción. Fuí con el doctor a casa del barón Hans von Volzogen, vicepresidente y director de la Wágner Verein. Nos recibió en su biblioteca, donde corregía, de pie ante un alto pupitre, las pruebas de un artículo sobre "Wágner y la Teosofía". Lo raro de la coincidencia nos chocó a todos, y esa impresión no hizo más que aumentar, cuando al oír mi nombre, se volvió hacia un estante diciéndonos que un amigo suyo le enviara la víspera, desde Helsingfors... un ejemplar de mi *Catecismo Buddhista,* con los cantos dorados y encuadernado en terciopelo blanco, que me enseñó. Nos dijo que Wágner estaba profundamente interesado por el Buddhismo, y que *Parsifal* había sido escrito primeramente con el objeto de representar los esfuerzos del Buddha para obtener la sabiduría, y su conquista de la Iluminación. Pero los ruegos de los reyes de Sajonia y Prusia, así como de otros ilustres protectores, le decidieron a rehacerlo en su forma actual: la busca del Santo Grial.

El doctor Coues y el señor Rodolfo Gebhard, M. S. T., nos alcanzaron en Bayreuth a tiempo de ver la representación, y Coues nos acompañó a Munich. El doctor Hubbe y yo llegamos allí el 5 de agosto a las ocho de la noche y nos

hospedamos en el hotel. Fuí a visitar a la estimable hermana del doctor F. Hartmann, la condesa de Spreti, esposa de un oficial alemán retirado; después visité los museos de pintura y escultura. Aquellas excelentes personas vinieron la misma noche con el capitán Urban y otro, célebre magnetizador, el señor Diesel, y nos hicieron pasar en el hotel una agradable velada. Allí ví también por primera vez al barón Ernestovan Weber, un veterano entre los antiviviseccionistas, que fue delegado por Alemania en una de nuestras convenciones en Adyar, un M. S. T. orgulloso de su diploma. Nos acompañó en la mañana siguiente a Ambach, la casa del gran pintor alemán, profesor Gabriel Max, situada a orillas del bonito lago de Starnberg, de donde regresamos esa noche, pero para salir al día siguiente con dirección a otro ,paraíso al borde del lago Aromerland, donde el barón Carl du Prel, el filósofo, tenía la costumbre de pasar los meses de estío. Era un hombre pequeño, algo grueso, sólido, bronceado por el sol, con una fisonomía honrada y una noble cabeza en la cual trabajaba uno de los más hermosos cerebros de nuestros tiempos. Du Prel era el escritor más esotérico y teosófico de su época en Alemania. Cenamos en casa del profesor Max; éste era un hombre también pequeño, de tronco ancho y largo, de cabeza grande intelectual, tímido con los extraños. Pasamos cuarenta y ocho horas en Ambach, volviendo el día 10 a Munich. Del comienzo al fin, fue un suceso encantador y memorable. A esta noble compañía de grandes pensadores venían a agregarse un delicioso día asoleado, un cielo puro, la margen del lago tapizada de un aterciopelado césped y sembrada de hotelitos pintorescos, el olor de los pinos, y ante nosotros el celeste espejo de las orillas y del cielo, la extensión lisa e inmóvil del lago Starnberg. En medio de aquel paisaje fue donde recibí en la Sociedad, el día 9, al barón y a la baronesa du Prel, al profesor Max y su señora, a la hermana de ésta, llamada la señorita Kitzing, al conde y la condesa van Spreti, al barón E. van Weber y al capitán Urban. La señora Harnmerlé, de Odessa, se había reunido con nosotros el día 8, y representaba a los miembros antiguos. Puede suponerse lo que fue la conversación de semejante compañía. El regreso a Ambach se efectuó al claro de luna, en pequeñas embarcaciones. Pueden ser interesantes algunas notas sobre esos nuevos miembros, en los países donde son menos conocidos que en Alemania.

Gabriel Max, nacido en Praga el 21 de agosto de 1840, estudió pintura en la Academia de Praga, de 1855 a 1858, y después en Viena hasta 1861; volvió a su

ciudad natal y asombró al público en 1862 con una serie de trece cuadros que ilustraban, fantásticamente, pero bien, a ciertos trozos de música. Continuó sus estudios en Munich de 1863 a 1869, y llegó a ser uno de los más grandes artistas de Alemania. Sus temas tienen, por lo general, un carácter extraño y místico; es también un gran antropólogo y posee una soberbia colección etnográfica.

Hubbe Schleiden, *juris utriusque doctor,* nacido el 20 de octubre de 1846 en Hamburgo, estudió jurisprudencia y economía política; agregado al consulado general de Alemania en Londres durante la guerra de 1870-1871; viajó por casi toda la Europa, y vivió en el Africa occidental de 1875 a 1877. Autor de varias obras importantes, y fundador de la política colonial alemana, sus planes de estadista fueron adoptados por el príncipe de Bismarck y seguidos después por el emperador.

El barón Carl du Prel nació en Landshut (Baviera) el 3 de abril de 1839, estudió en la Universidad de Munich, entró al servicio de Baviera en 1859, y permaneció en él hasta 1872, año en el que siendo capitán pidió la baja. Nombrado doctor en Filosofía en 1868 por la Universidad de Tubinga por su obra magistral sobre los sueños, su reputación creció constantemente con la publicación de otros libros. Murió en 1898. *La Filosofía del Misticismo* apareció en 1885, y ha sido maravillosamente traducida al inglés por mi querido amigo C. C. Massey.

Esos eran los hombres que se agrupaban a mi alrededor en aquellas pendientes verdes a orillas del lago encantador que el infortunado rey de Baviera amó con un amor tan romántico y sobre el cual su suicidio arrojó una sombra dolorosa. Nuestra amistad no se ha interrumpido nunca aunque dos de ellos se hayan retirado después de la Sociedad.

Después de Munich, recorrí Stuttgard, Kreuznach y Heidelberg, visitando, como es natural, el castillo, el gran hotel y demás curiosidades. Desde aquí, parando de noche en Maguncia, fui a Kreuznach para ver a la señora Harnmerlé. Es una ciudad fluvial muy interesante para los extranjeros. El Kurhaus del Ozono es muy curioso: las paredes están formadas por ramas de abedul sujetas en una armazón de postes. Una corriente de agua finamente dividida, pasa gota a gota a través de las ramas, de arriba hacia abajo, y al evaporarse deja en libertad el ozono, lo que forma una atmósfera especialmente favorable para ser respirada por los enfermos del pulmón. Hay allí baños, hermosos jardines iluminados por la noche, una orquesta admirable

–nunca se oyen malas en Alemania– y una cantidad de pequeñas tiendas en las que casi por nada pueden comprarse alhajas y otros objetos de ágata, ónix, cornalina, y otras piedras que se encuentran en las montañas vecinas. La condesa de Spreti, la señora Max y Su hermana, llegaron de improviso para darnos una agradable sorpresa. Como Rodolfo Gebhard y yo íbamos a volver a Elberfeld, las convencimos de que fueran con nosotros. Descendimos el Rhin todos juntos desde Maguncia a Colonia, y como el día era hermoso, el vapor bueno, y los compañeros estaban contentos de verse juntos, fueron unos momentos felices. La nube de los misioneros no era todavía visible, pero se aproximaba.

La casa de Gebhard nos acogió a todos, y pasaron cinco días como un hermoso sueño. El doctor Coues, que se había quedado en Kreuznach, se unió a nosotros el 15 de agosto, y el 17 hicieron otro tanto H.P.B., la señora Holloway, Mohini, Beltrán Keightley, la señora y la señorita Arundale, que llegaban juntos de Londres. Dí mi habitación a la condesa de Spreti y me alojé en casa del señor F. Gebhard. El cónsul Gebhard, que ya había regresado de América, era el huésped ideal; verdaderamente, no he visto jamás un hombre más amable, ni un amigo más simpático. Se celebró su cumpleaños el día 18. El mismo día llegó de Kreuznach la señora Hammerlé, y el 19 se fueron las señoras de Munich y llegó el doctor Hubbe. El doctor Coues se fue el 20 y la señora Harnmerlé el 21. El lector puede imaginarse lo que fue la conversación durante esa memorable semana, H.P.B. estaba chispeante y cada uno contribuía lo mejor que podía al agrado general. El doctor Hubbe, debilitado por exceso de trabajo mental, nos dejó para ir a la Selva Negra a reponer su sistema nervioso con el aire balsámico de los pinos. Esto me recuerda que he omitido consignar un incidente importante de mi visita al profesor Gabriel Max.

En el jardín de la casa había unos viejos pinos majestuosos, a la sombra de los cuales era delicioso reposar contemplando el lago. De pronto me acordé que cierto Adepto del Thibet me había dicho que tenía la costumbre de colocarse al pie de un pino, con la espalda apoyada en el tronco para absorber el aura pura y curativa del árbol Como ya lo he dicho, mi sistema nervioso había perdido entonces bastante de su vitalidad curando millares de enfermos y no me reponía; mi salud general era perfecta, pero los ganglios a lo largo de la columna vertebral se sentían vacíos y no se presentaba mejora después de cinco meses de reposo. Ensayé, por tanto, la cura

del árbol con un resultado mágico, el aura se difundió en mi sistema, y a los dos días me sentí todo lo bien que era posible.

"¡H.P.B. está furiosa!", dice mi diario el 24 de agosto, lo que quiere decir que su humor era todo lo contrario de suave, y que a todos nosotros nos tocaba una parte de sus arrebatos. La pobre, presa de sus habituales dolencias, tenía una crisis de reumatismo. El 25 a la noche, llegó una carta por medio de un fenómeno, en condiciones bastante extrañas y convincentes para satisfacer al mismo Rodolfo Gebhard; uno de los más hábiles prestidigitadores de Europa. El ha descrito ese fenómeno en su discurso de la Convención anual de Adyar en diciembre de 1884, en la cual tomó parte como delegado (ver memoria oficial del aniversario de aquel año, página 111). Dice que "desde la edad de siete años había estudiado la prestidigitación. Que a los diez y nueve años fue a Londres y tomó lecciones del profesor Field, el primer ilusionista del país. Que había estado en relación con los principales artistas de la prestidigitación y hecho con ellos intercambio de pruebas. Que había hecho un estudio particular de aquel arte. A continuación hizo un interesante relato de la caída de una carta de un cuadro en el salón de su padre, mientras la señora Blavatsky se hallaba en la habitación. Dicha carta iba dirigida a su padre (a petición suya) y trataba exactamente del tema en que pensaba en aquel momento. Ofreció una recompensa de mil rupia a quien pudiese repetir la experiencia en las mismas condiciones. El mismo, que era un especialista aficionado, había puesto toda su atención". (Aplausos).

Juzgando ese fenómeno, hay que considerar un punto importante, que las personas presentes, en número de doce o quince, habían votado que si llegaba una carta debería ser dirigida al señor G. Gebhard y servirle de testimonio. Igualmente se hubiera podido pedir que fuese dirigida a cualquier otro de los presentes, y como el voto no tuvo lugar sino como un minuto antes de que la carta cayese sobre el piano, es difícil imaginar una prueba más evidente de que H.P.B. poseía en realidad el poder de producir tales fenómenos.

Felizmente, hemos salido del cielo de los fenómenos psicofísicos de esa clase después de la muerte de la pobre H.P.B.; a pesar de todo, en aquel tiempo tenían una gran importancia y contribuyeron más que nada a que la pública atención fuese atraída hacia la Sociedad, preparando así el camino a la difusión de las ideas cuyo canal era. El profesor Max Miller me ha hecho un gran perjuicio personal

declarando e imprimiendo que en una conversación privada con él, efectuada en su casa de Oxford, yo hablé de los falsos milagros como abono natural de todos los movimientos religiosos en su origen, implicando que si los milagros de H.P.B. eran de esa clase, no había nada que decir de ellos. En este momento no puedo encontrar esa declaración, pero creo que primeramente fue impresa en el *Nineteenth Century* y repetida en una de las *Gifford lectures*, pero de esto no estoy seguro. Lo que importa es que –probablemente sin mala intención y sencillamente porque me comprendió mal– me hizo aparecer como aprobando las mentiras y los fraudes como medios necesarios al lanzamiento de un movimiento religioso. Como en el momento en que tuvo lugar aquella conversación estábamos solos en su gabinete, es un asunto de fidelidad entre su memoria y la mía, y todo la que puedo hacer, es negar solemnemente haber dicho nada que pudiera interpretarse así, y recurrir al testimonio de mi vida entera, en la cual nada me presenta guiado por tan despreciables principios. Para quienes me conocen íntimamente, mi palabra vale tanto como la del profesor Max Muller. Lo que dije fue que: los "milagros" han acompañado al nacimiento de todas las religiones, y que cuando no se producían fenómenos reales, los sacerdotes los hacían falsos, para asegurar su cosecha. Pero eso no se relacionaba con el movimiento teosófico, y el odio que el profesor Max Muller sentía por él, debió causar ese equívoco. "Habéis hecho una gran cosa –me dijo– ayudando tanto a la afición por el sánscrito, y los orientalistas han seguido con el mayor interés el desarrollo de vuestra Sociedad desde sus comienzos. Pero, ¿por qué vais a estropear esa buena reputación adulando las imaginaciones supersticiosas de los indos y diciéndoles que sus *Shastras* tienen un sentido esotérico? Yo conozco perfectamente el idioma, y puedo asegurarle que no hay en él nada que se parezca a una "Doctrina Secreta". Le respondí sencillamente en la India entera todos los pandits no echados a perder por el occidentalismo, creían lo mismo que nosotros, en la existencia de aquel sentido oculto, y que en cuanto a los siddhis, yo conocía personalmente a hombres que los poseían y a los cuales yo había visto ejercer sus poderes. "Vaya –dijo mi sabio huésped– hablemos de otra cosa". Hablamos de otra cosa, y a partir de aquel día hasta su muerte, atacó a nuestras personas y al movimiento teosófico cada vez que se le ocurría.

Ocurrieron otros fenómenos de cartas durante nuestra estancia en la casa de Gebhard, pero no tengo necesidad de contarlos, bastará con el primero. Entre los

visitadores de H.P.B. se hallaba aquel ruso de talento, Solovioff, cuyo libro aparecido largo tiempo después de la muerte de H.P.B. —lo cual le permitía todas las mentiras— le muestra tan sin corazón y despreciable como los Coulomb, aunque cien veces superior como talento. El 1º de septiembre nos contó su maravillosa visión, en estado de vigilia, de un Adepto, y los notables fenómenos que acompañaron a dicha visita; no como una ilusión dudosa de los sentidos, sino como una experiencia real bastante perfecta para excluir todas las dudas. Pero, como decía el profesor Max Muller: "Hablemos de otra cosa".

CAPÍTULO XCII

LA CONSPIRACIÓN DE LOS MISIONEROS Y DE LOS COULOMB

Ya hemos llegado al 19 de septiembre; aún nos quedaban por vivir en Elberfeld algunos días de feliz amistad y dulce compañía, pero el primer trueno de la tempestad se dejó oír ello, día que recibimos una lúgubre carta de Damodar anunciando que los misioneros preparaban un complot, evidentemente con la ayuda de la señora Coulomb. Decía que esta mujer iba por todas partes jurando vengarse de H.P.B. y de la Sociedad. Los miembros de la Junta administrativa a la cual yo había dejado la dirección de nuestros asuntos en el Cuartel general, terminaron por cansarse de aquellas miserables habladurías, y trataron de mandarla con su marido al Colorado, donde el doctor Hartmann ofrecía regalarles un título de propiedad de un yacimiento aurífero que allá poseía. Ambos quedaron encantados, y se fijó el día de su salida para Hong-Kong y San Francisco, pero de pronto se echaron atrás diciendo que tenían cartas comprometedoras de H.P.B., y que si no se les daba una prima de 3.000 rupias, harían publicar esas cartas. Naturalmente, todas las negociaciones quedaron rotas. La Junta celebró sesión a la cual se hizo comparecer a los acusados, se leyeron en su presencia los testimonios de sus difamaciones, y se les expulsó de la Sociedad.

Se presentaron dificultades y discusiones cuando se trató de hacerles salir de la casa; pretendieron que la señora Blavatsky, les había dejado sus habitaciones a su cuidado, y que no saldrían de Adyar sino por orden suya. Por acuerdo de la Junta, se telegrafió a H.P.B. pidiéndole esta orden, y también se le escribió. Envió por telégrafo la orden requerida, y por fin, después de varias semanas de grandes disgustos, aquella digna pareja expulsada de Adyar, fue a instalarse en Santo Tomé, en una casa que le procuraron los dulces misioneros. Su gran batería de bombas y granadas, estalló en el número de septiembre de su órgano de Madrás, el *Christian Cotlege Magazine,* y se dispusieron a ver desmoronarse las superestructuras de la Sociedad Teosófica, aplastando bajo las ruinas a sus fundadores. Las personas razonables no se dejaron atrapar por el pretexto "del

interés de la moral pública" que ocultaba el empleo de aquellos Coulomb, por más elogiados que fuesen por ellos mismos, como instrumentos de nuestra ruina; el partidismo que impulsaba el ataque, transparentábase demasiado. Si se hubiese tratado de los jefes de una de las sectas de su propia religión, no es nada dudoso que los "intereses de la moral pública" hubieran sido abandonados a su suerte, pero al presentarse la ocasión de desacreditar a una Sociedad que, entre todas, había sabido inspirar una influencia tan fuerte sobre los indos, la tentación era irresistible, y aquellos cómplices poco agradables fueron pagados la mitad en dinero y la mitad en promesas; se dice que el reverendo Alexander les sirvió de *jefe* de cocina literario. Hábilmente, por cierto.

Un artículo tan sensacional no podía dejar de obtener una inmediata notoriedad; el corresponsal en Calcuta del *Times,* telegrafió a éste un resumen del asunto el 20 de septiembre y la noticia dio rápidamente la vuelta al mundo civilizado. El efecto demostró la difusión del interés suscitado por nuestras ideas, y puede dudarse de que jamás alguna Sociedad tuviera que sufrir un ataque tan terrible. La amargura de la reacción contra la señora Blavatsky, parecería la mejor prueba de la profunda impresión producida sobre el ánimo del público por sus revelaciones sobre la existencia de la escuela oriental de los Adeptos, sus caracteres individuales y el papel que desempeñan en el progreso de la raza.

He condensado el desarrollo de aquel complot en un sólo párrafo, pero en realidad transcurrieron semanas entre la primera advertencia de Damodar y la publicación del telegrama de Calcutta en el *Times.* Esas semanas fueron para nosotros un tiempo de dolorosa ansiedad, pero para H.P.B. fue una terrible agonía mental. Su temperamento extrasensitivo le hizo sufrir torturas morales proporcionadas a su larga inacción forzosa. Mi distinguido compatriota Fenimore Cooper, el célebre autor, cuyo biógrafo se expresa así, ofrece un caso perfectamente paralelo:

"Las críticas hostiles afectaban a Cooper en un grado notable aún entre la raza irritable de los autores. Manifestaba tal irascibilidad que se hubiera dicho que no sólo tenía la epidermis delicada, sino en carne viva. La dulzura no era el distintivo de su carácter, y los ataques le impulsaban siempre a la réplica y al contraataque"[7].

---

[7] James Fenimore Cooper, por Thomas R. Lounsbury, Londres, 1884, Kegan Panl.

Todo lo que H.P.B. podía hacer en tales circunstancias, lo hizo. El 9 de octubre escribió al *Times* para protestar de la falsedad de las llamadas cartas privadas que publicara la señora Coulomb, y en algunas entrevistas publicadas por el *Pall Mall* y otros diarios, anunció su intención de regresar a la India para entablar recurso por difamación, contra los Coulomb y los misioneros. En seguida de su carta al editor del *Times,* apareció una carta del señor Saint-George LaneFox, que llegaba de Madrás. En ella decía que; como todos los que se hallaban al corriente del asunto, "él estaba seguro de que las cartas, fuese quien fuese su autor, no eran de la señora Blavatsky", y, además, "que no creía que la verdadera causa teosófica sufriese en nada". Los subsiguientes acontecimientos han probado abundantemente la exactitud de su juicio pues las estadísticas muestran que el crecimiento y la fuerza del movimiento teosófico se han duplicado de año en año a partir de aquel ataque.

No tengo la intención, al cabo de tanto tiempo, de examinar minuciosamente esta historia antigua; el público se ha dividido, H.P.B. ha depositado su carga de terrenales disgustos y la marcha del tiempo demuestra victoriosamente la grandeza de su carácter y la dignidad de las aspiraciones de su vida toda. Sus errores y sus debilidades personales están casi olvidadas, y su reputación reposa para siempre sobre los libros que no ha legado, y cuyo valor esencial aparece ahora que el humo y el polvo de la batalla desaparecieron. Ya regresé a la India con Rodolfo Gebhard en la primera mitad de noviembre, y la señora Blavatsky nos siguió en diciembre, llevando consigo al señor Leadbeater y al señor y la señora Cooper Oakley, de Londres, así como a tres delegados de Colombo a la Convención anual. Junto con el doctor Hartmann me uní a ellos en Colombo, a donde había ido a dar cuenta a los cingaleses de los grandes resultados de mi misión en Londres.

Antes de salir de Europa, H.P.B. recibió las demostraciones más consoladoras de la confianza inconmovible de nuestros colegas europeos en Su integridad. La London Lodge y las Ramas Francesa y Alemana, adoptaron por unanimidad resoluciones halagadoras, y las dos primeras telegrafiaron sus decisiones a Adyar. Mientras tanto, llovían en el Cuartel General cartas y telegramas de todas las Ramas indas, y los informes de nuestros colegas de la Junta Administrativa se hacían tranquilizadores. Los tengo a la vista al escribir esto. Sentíamos que la tempestad había pasado sin habernos hecho mucho mal después de todo.

Desembarqué en Bombay el 10 de noviembre, y el 12 di una conferencia en el

Frarnji Cowasji Hall sobre “la Teosofía en el extranjero”. Hubo una concurrencia numerosa y de lo más entusiasta que yo haya visto. Llegué a Madrás el 15, y los diarios locales demuestran la recepción que se me hizo; más de 300 estudiantes de aquel Christian College cuyos profesores habían atacado a H.P.B., y un gran, número de miembros de la Sociedad, me esperaban en la estación con música, discursos, guirnaldas y perfumes. Su alegría y entusiasmo parecían sin límites. El discurso leído por los estudiantes fue muy florido, pero vibrante de sincero afecto. Ciertas frases ponen el dedo en la clave del misterio del fracaso de los misioneros en su tentativa para debilitar nuestra influencia sobre los indos, porque aquello debió parecerles un verdadero misterio. Los jóvenes indos identificaban a la Sociedad Teosófica con el renacimiento de los estudios sánscritos, la reconciliación de la religión y la ciencia, la luz arrojada sobre el problema del estado futuro del hombre, la fusión de las castas y de las creencias “sin cohesión” de la India en un sentimiento fraternal de mutua simpatía; y la defensa de la sabiduría Arya y del honor indo contra todas las críticas y todos los asaltantes. Con tales convicciones en su ánimo y con un corazón palpitante de agradecimiento aquella miserable confabulación contra H.P.B. y los Bienaventurados, estaba destinada a fracasar; mejor dicho, estaba destinada para hacernos, con el curso del tiempo, un bien infinito en lugar de un mal infinito. Se percibe esto en el acento de uno de los diarios entonces influyentes en el país. Anunciando el regreso de la señora Blavatsky y sus compañeros, el *Indian Mirror* del 20 de diciembre, dice:

“La comunidad inda en general se siente tanto más atraída a la señora Blavatsky, cuanto que cree que los misioneros, con el pretexto de denunciar los fraudes de esa dama, han atacado en realidad a la antigua religión y filosofía inda. Por esta causa, el sentimiento general contra los misioneros y a favor de la señora Blavatsky, es muy marcado”.

La *Indian Chronicle* dice: “Nosotros, personalmente, no somos teósofos, pero sentimos un gran respeto por los fundadores de la Sociedad Teosófica. Es el único movimiento extranjero que alienta el sentimiento nacional del país... y en lugar de hacer de él un objeto de ridículo y perseguir a sus jefes, se le debería sostener pacientemente. Los cristianos burlones... no saben tal vez que la existencia de los Mahátmas es una creencia universal en toda la India; que es ridículo suponer que

los padris de Madrás podrán perjudicar seriamente a esta creencia… La Teosofía, aunque parezca haber sufrido molestias transitorias… saldrá de esta ruda prueba purificada por sus sufrimientos".

El Sahas del 3 de noviembre expresa las mismas opiniones y dice que los indos creían en la Ciencia Oculta antes de que nosotros hubiéramos nacido, y que dicha creencia, que para centenares de personas es una certeza, no puede ser afectada por nada que nos suceda.

Amrita Bazar Patrika dice que los acusadores cristianos son incapaces de comprender los hechos que estudia la Teosofía, pero que los indos, conociendo como conocen el Yoga, creen implícitamente en los Mahatmas. Tratando de desacreditar la existencia de esos personajes, los misioneros daban como lo demuestra el tono de toda la prensa indígena, un bofetón al pueblo indo entero y lo insultaban mortalmente.

La recepción de H.P.B. en Madrás, cuando su regreso, fue aún más tumultuosamente alegre que la mía. Fue recibida en el muelle por una numerosa comisión, le pusieron guirnaldas, así como a sus acompañantes, y fue escoltada procesionalmente hasta el Pacheappa Hall, donde la esperaba una compacta multitud que se apretujaba hasta la sofocación. Todos se pusieron de pie y la aclamaron con entusiasmo, mientras ella atravesaba lentamente la muchedumbre para subir al estrado, con la mano nerviosamente crispada en mi brazo, la boca apretada, los ojos brillantes de alegría y casi inundados de lágrimas de felicidad. Los recién venidos de Londres recibieron cada uno su ovación particular. El tahsildar de Madrás le dio la bienvenida en nombre de la Rama local, el juez Srinivasa Row le pidió permiso para leer la alocución de los estudiantes del Christian College y de otros colegas, que llevaba unas 500 firmas. Ella accedió y el documento fue leído por un estudiante del Christian College en medio de una gran excitación Cuando la explosión de aclamaciones que siguió a la lectura disminuyó algo, H.P.B. pronunció su primer discurso público, el único de que yo tenga conocimiento. Dijo que "de todas las cartas que se habían publicado, ninguna fue escrita así por ella. Las rechazaba a todas… hubiera sido la loca más grande del mundo al comprometerse así, de modo que pudiera ser acusada con justicia de cosas tan viles, tan feas. En cuanto a sus acusadores, el coronel y ella los habían tratado con toda la bondad posible. ¿Qué decir de su traición?

Mientras ella se encontraba ausente, la habían vendido como Judas Iscariote. Ella no había hecho contra la India nada de lo cual tuviera que avergonzarse, y estaba resuelta a trabajar por la India mientras le quedase un soplo de vida", (Crónica del *Madras Mail).*

Hubo otros discursos, pronunciados por la señora Cooper Oakley, el señor Leadbeater y yo, todos aplaudidos con entusiasmo; la ceremonia finalizó presentando guirnaldas y ramos de flores a H.P.B. Ya todos nosotros.

H.P.B. venía absolutamente decidida a entablar juicio contra los Coulomb y los misioneros; así lo anunció en Londres y me lo escribió desde El Cairo, donde se detuvo para recoger testimonios sobre los antecedentes de los Coulomb. Desde allí el señor Leadbeater, entonces clérigo de la Iglesia Anglicana, escribió al *Indian Mirror* (número del 16 de diciembre) dando cuenta de los descubrimientos que hizo con sus compañeros, descubrimientos que por cierto eran poco halagüeños para aquellos campeones "de la moralidad pública". Dice que los datos suministrados por miembros de la familia del señor Coulomb probaban que su mujer (la señora Coulomb), antes llamada señorita Ema Cutting, había estado poco tiempo con la familia de S... Pachá como aya, "pero fue despedida cuando se descubrió que trataba de inculcar ideas viciosas a sus discípulas". Que pretendía descubrir tesoros por su clarividencia, que varias personas habían cavado en los sitios que indicó, sin descubrir nada, salvo una vez que se hallaron varios doblones; "pero una niña la había visto meterlos en el hoyo la noche anterior". Decía también el señor Leadbeater que el vicecanciller de la legación de Rusia en El Cairo, señor Gregorio d'Elias, le aseguró conocer íntimamente a la señora Blavatsky, que la veía todos los días durante su anterior estancia en El Cairo, y que "siente por ella alta estimación y jamás hasta el presente oyó decir nada contra su reputación". Yo creo que podemos poner en la balanza ese testimonio de un elevado funcionario ruso, frente a las calumnias y mentiras de una señora Coulomb. Y las personas libres de prejuicios se inclinarán a mirar con desconfianza su pretensión de que la señora Blavatsky, una de las mujeres más brillantes de su tiempo, hubiera puesto su reputación por entero en sus manos, según lo probarían aquellas desdichadas cartas. Naturalmente, no habiendo visto yo nunca aquellas cartas, y no pretendiendo a la infalibilidad de los peritos calígrafos como Netherclift y

Berthelot[8], no daré ninguna opinión respecto a su autenticidad. Pero puedo decir, y lo digo por centésima vez, que he tenido un sinnúmero de pruebas de los poderes ocultos de H.P.B., del evidente" altruismo de sus intenciones, y la pureza moral de su vida. Y dejo este asunto echando de nuevo estos viejos libros de notas y paquetes de cartas y papeles en sus cajas, con la sensación de alivio que se experimenta al quitar de la vista un objeto repugnante. Mas no sin antes haber demostrado *porqué* H.P.B. no cumplió su promesa de entablar juicio contra los Coulomb, porque bien injustamente se ha usado contra ella su silencio. Felizmente, todo esto se encuentra en los archivos; abriremos ahora la Memoria *Anual* de la *S.* T. del año 1884[9].

Ella me envió desde El Cairo este telegrama: "Éxito completo, canallas. Pruebas legales. Salgo para Colombo *Navarino"*. Esto quería decir que tenía en su mano lo que consideraba como pruebas legales de que los Coulomb se habían fugado para evitar ser detenidos por quiebra fraudulenta. Supe esto al leer los testimonios escritos por personas honorables, que ella traía consigo. Pero vi en seguida que aquellas declaraciones, por más sugestivas que fuesen en cuanto al camino de las investigaciones a seguir en Caso de proceso, no tenían la, forma requerida para ser presentadas al tribunal. Obrando sin ser guiada por un abogado, ella había estropeado el asunto. En cuanto desembarcó me instó para que la llevase ante un juez, notario o abogado, fuera el que fuese, para que ella pudiese firmar su declaración y comenzar la demanda. Pero yo me negué rotundamente. Le dije que la Convención se reuniría dentro de pocos días y que nuestro primer deber era poner su causa en manos de los delegados, formar una comisión especial de nuestros más hábiles legistas y dejarles que ellos decidieran los trámites que ella habría de hacer. Que tanto ella como yo, habíamos fundido nuestras personalidades en la de la Sociedad, que no debíamos obrar antes de conocer los deseos de nuestros colegas. Ella se agitó, se enojó, volvió a la carga, pero yo me obstiné, y cuando ella amenazó con ir sola para "lavar esa mancha hecha a su reputación", le respondí que en ese caso yo presentaría mi dimisión y dejaría que la convención fuese nuestro juez; que yo estaba demasiado al corriente de las formas de la justicia para dejarla hacer una

[8] En *Leaves from a life*, página 263, el señor Montagu Williams Q. C. (abogado general), dice que en una causa en la que él intervino, Netherclift y Chabot afirmaron bajo juramento que determinado documento era de la escritura de cierta persona, y se probó que era de otra, y que su testimonio no tenía valor. "Mi opinión es –dice– que no se puede fiar en ellos".

[9] Ver también mi artículo sobre la muerte de H.P.B. en el *Theosophist* de agosto de 1891.

cosa tan tonta. Entonces, cedió.

La Convención se reunió, según costumbre, el día 27, Y en mi discurso presidencial presenté el asunto. Los párrafos siguientes se refieren a lo que estoy relatando:

"En lo que concierne al mejor método que la señora Blavatsky deberá seguir para entablar un proceso, sus amigos no están de acuerdo. Ella, como es natural, está muy deseosa de presentarse ante el tribunal con sus pruebas, para castigar a sus detractores. Tal fue su primer pensamiento al recibir la noticia en Londres, y que yo sepa, no ha cambiado de parecer. Algunos de sus amigos y, todos sus enemigos, la impulsan por ese camino. Especialmente sus adversarios demuestran un deseo ardiente y unánime, por no decir sospechoso, de verla que se envuelve en un proceso. Pero la inmensa mayoría de nuestros miembros en el mundo entero han manifestado su repugnancia; es su opinión que, hágase lo que se haga, será imposible evitar que el proceso de la señora Blavatsky sea el de la Filosofía Esotérica y de la existencia de los Mahatmas, y como esos asuntos son de lo más sagrado, no sólo para los indos, sino también para los ocultistas de todas las religiones, esa perspectiva les hiere. Nos hacen observar que, dada la existencia de prejuicios hostiles en los anglo-indos contra nosotros, es probable que se deje al abogado de la parte contraria la libertad completa para plantear las preguntas más insultantes y atormentar hasta la exasperación a nuestros testigos, y especialmente a la señora Blavatsky, de la cual todo el mundo conoce su extremada nerviosidad y excitabilidad. Todo esto, bien entendido, sin salir de las reglas en uso y sin que pudiéramos reclamar. Tengo las opiniones escritas de abogados de Londres sobre este particular y las someteré a vuestro examen.

En presencia de esta divergencia de opiniones, y por deferencia hacia las ideas de tantos miembros importantes de nuestra Sociedad, hice observar a la señora Blavatsky que su deber es dejarse guiar por la opinión del Consejo General y no decidir por sí misma... Si fuera menester dar por la Sociedad hasta nuestras vidas, deberíamos estar dispuestos para hacerla sin un momento de vacilación. En fin, he insistido para que este embrollo sea puesto sin reservas en manos de una comisión especial compuesta de los principales letrados y juristas, escogidos entre los delegados, y a los cuales se les rogará que examinen a las personas y los documentos, y presenten su opinión a la Convención antes de que ésta se disuelva, a fin de que

tome una decisión. En cuanto a la señora Blavatsky, ella estará dispuesta a entablar juicio ono, contra sus difamadores, según lo ordene la Convención. Por fin ella ha consentido, no sin alguna contrariedad".

Se eligió la comisión, y esto fue lo que sometió a la Convención antes de su clausura:

"Dictamen. –Que las cartas publicadas en el *Christian College Magazine* bajo el título: "Derrumbamiento de Kut Humi", no son más que un pretexto para perjudicar a la causa de la Teosofía; y que como esas cartas parecen necesariamente absurdas a los que tienen conocimiento de nuestra filosofía y de nuestras circunstancias; que en cuanto a los que carecen de ese conocimiento, su juicio no seria modificado ni aun por un veredicto favorable a la señora Blavatsky; por lo tanto, la comisión opina por unanimidad que la señora Blavatsky no debe entablar juicio ante el tribunal contra sus calumniadores. Firmado: Norendranath Sen[10], presidente; A. J. Cooper Oakley[11], secretario; Franz Hartmann, D. M.; S. Ramaswamier[12]; Naorobji Dornbji Khandalvala[13]; H.R. Morgan, mayor general; Gyanendranath Chakravarti, M. A.[14]; Nobin.K. Bannerji[15]; T. Subbha Row[16]; P. Srinivasa Row[17]; P. Iyaloo Naidu[18]; Rodolfo Gebhard; R. Raghunath Row[19]; S. Subrania Iyer[20]".

No puede ponerse en duda el carácter elevado y la competencia de esta comisión, y si alguna vez un cliente estuvo en lo cierto al someterse a la opinión de los letrados en asuntos legales, seguramente lo fue H.P.B. en estas circunstancias.

En el curso de los debates en el seno de la comisión, Norendranath Sen Bebú citó el caso de juicios por difamación entablados por su difunto primo Keshab Chunder Sen, y dijo "que en la India, en un juicio por difamación, la posición del demandante es bastante peor que la del acusado". Tal era la experiencia profesional de un abogado que ejercía desde hacía muchos años.

[10] Editor del *Indian Mirror,* magistrado honorario Calcuta. Hoy miembro del Consejo Legislativo.
[11] M. A. (Cantáb.), hoy Registrador de la Universidad de Madrás.
[12] Distinct Registrar, Madura.
[13] Juez.
[14] Ex profesor de matemáticas, Allahabad, hoy inspector de las escuelas.
[15] Recaudador y magistrado.
[16] B. A. B. L., abogado del Tribunal Supremo de Madrás.
[17] Juez.
[18] Recaudador jubilado.
[19] Recaudador de Madrás, ex primer ministro de Indore.
[20] Hecho después caballero por el Gobierno de la reina, y hoy juez del Tribunal Supremo de Madrás.

El juez Khandalavala dijo que después de haber estudiado las cartas con el mayor cuidado, estaba convencido de que aquella donde estaba citado su nombre era "una falsedad absoluta".

El general Morgan dijo que por las razones oídas él creía que todas las cartas eran falsas.

El juez Srinivasa Row, contando en qué circunstancias él mismo había recibido cartas de los Mahatmas, impresionó vivamente a sus oyentes; y finalmente, declaró su convicción de que no había prueba legal de la autenticidad de las cartas en posesión de la Señora Coulomb: "En todo caso, tal vez no es sino asunto de opinión".

S. Subramania Iyer presentó observaciones llenas de esa luminosa imparcialidad y de ese sentido común que le han valido su elevada situación presente. "Por experiencia propia –dijo entre otras cosas–, sé cuán difícil es probar la autenticidad de cartas en un tribunal, dificultad que se ha presentado en causas que yo mismo he defendido. No es más que un asunto de opinión, y yo pregunto si no es preferible formarse una opinión sobre las pruebas reunidas en un informe, que por el veredicto de un tribunal. El caso es saber si esta Sociedad que se tiene por sociedad de paz y de orden, tendría el derecho de apelar a los tribunales por este asunto. Creo que todas las personas razonables son libres para formar su opinión según los testimonios que se somete a su juicio... sin ir ante un tribunal, cuyo resultado es con frecuencia todo lo contrario de la verdad. Si la Teosofía tiene fuerzas en sí misma, considero que sobrevivirá a sus dificultades... No tenemos el derecho de presionar sobre la señora Blavatsky, pero como miembro de la Sociedad, considero que carece de dignidad el dar al mundo el espectáculo de un interrogatorio malicioso. Muchas personas insisten en la necesidad del proceso, simplemente porque *serían unos debates interesantes,* mas nosotros, hombres serios, que nos esforzamos por difundir la verdad, debemos ver las cosas de otro modo".

Otros oradores tomaron parte en la discusión, y puesto el asunto a votación, "se adoptó el informe de la comisión, unánimemente y por aclamación. Se dieron tres hurrahs en honor de la señora Blavatsky, profundamente conmovida por esta nueva prueba de afecto y confianza". Cuando al día, siguiente apareció ante las 1.500 personas venidas para asistir al noveno aniversario de la Sociedad, fue aclamada con

entusiasmo, y durante los discursos, todas las alusiones a su persona fueron cubiertas por aplausos.

Uno de nuestros más respetados colegas nos contó confidencialmente un hecho que hizo una gran impresión sobre el ánimo de los miembros de la comisión. Había oído una conversación entre dos funcionarios civiles de Madrás respecto a la señora Blavatsky y las acusaciones hechas contra ella. En respuesta a la pregunta de uno de ellos sobre el resultado final probable, el otro respondió: "Espero que ella entablará el proceso, porque fulano, que tendrá que juzgarlo, estáresuelto a dejar la mayor amplitud al interrogatorio, a fin de que esa condenada mentirosa sea descubierta, y no es del todo imposible que la manden a las islas Andamán". Evidente era que eso equivalía a decir que la causa estaba juzgada de antemano y que H.P.B no tenía ninguna probabilidad de obtener justicia. Se vio bastante claro con qué habían contado, porque cuando los misioneros supieron que H.P.B. había sido impedida de caer en su trampa, hicieron presentar a la señora Coulomb una instancia por difamación contra el general Morgan, pensando citar a H.P.B. como testigo e interrogada a sus anchas; pero retiraron dicha instancia inmediatamente después de que ella fue enviada a Europa por su médico, como se verá pronto. Su victoria anticipada se tornó en derrota; las persecuciones no hicieron más que redoblar el amor de los indos por H.P.B. y sus colegas extranjeros. Y los misioneros se quedaron con la carga de sus despreciables informadores. El reverendo Patterson, editor del *Christian Magazine,* hizo en el *Madras Mail* del 6 de mayo de 1885, un llamamiento al público para recoger fondos a fin de enviarlos a Europa: "Como la autenticidad de las cartas de la señora Blavatsky puede ahora ser considerada como establecida (¿para ellos?) y que ya no hay necesidad de que el señor y la señora Coulomb permanezcan en la India. Se hallan sin recursos y se les hace imposible ganar su vida en este país... No dejan de tener algunos derechos a la consideración del público... Hay muchas personas que, sintiendo *que se ha hecho una obra útil,* estarán dispuestas a contribuir, etcétera". Acusa recibo de las siguientes sumas: del reverendo obispo (anglicano) de Madrás, 50 rupias; del honorable H. S. Thomas, 100 rupias; del reverendo J. Cooling, B. A., 25 rupias. ¡Pobres misioneros, pobres Coulomb! Tal fue su último recurso después del fracaso del proyecto de conferencias que los Coulomb –dirigidos por un empresario–, debían dar en una gran jira, para exponer las farsas fraudulentas" de H.P.B. con acompañamiento de

vejigas, musolinas, pelucas y alambres. La sesión de ensayo en el Memorial Hall (de los misioneros) fue tal desastre, que no siguieron más adelante, y los traidores volvieron a caer poco a poco en su fango natural. Antes de su asunto, la Sociedad había expedido 95 cartas constitutivas de Ramas, pero en el mes de diciembre de 1897 su número se elevaba a 492. Evidentemente, el desmoronamiento esperado no se produjo; los pirotécnicos saltaron su propio petardo.

Cuando todos nos hallábamos en Colombo, sucedió algo interesante: el reverendo Leadbeater recibió el *pansil* de manos de Sumangala el gran sacerdote y del reverendo Aramolli, ante la muchedumbre numerosa. H.P.B. y yo le servimos de padrinos. Era la primera vez que un clérigo se hacía abiertamente discípulo del Señor Buddha; fácilmente se puede imaginar el efecto producido.

Como no es probable que tenga que hablar de nuevo sobre los detalles del escándalo causado por los Coulomb, es oportuno que diga cuáles fueron sus efectos para nosotros. Hemos visto el crecimiento de la Sociedad, efectuado en una proporción imposible de prever, y debo agregar que se presentaron muy pocas dimisiones personales. Sin embargo, con relación a la masa del público, es indudable que H.P.B. y la Sociedad fueron por largo tiempo objeto de sospechas; ¡es mucho más fácil pensar mal de los demás que juzgar sanamente de sus méritos y de sus defectos! Y cuando "se arroja lodo a una personalidad pública, siempre algo queda pegado", venerable trivialidad.

Hasta los ataques de los Coulomb y de la S. P. R., era H.P.B. sencillamente una mujer excepcional, excéntrica, brillante y sin igual; pero después era como si hubiese comparecido ante un jurado escocés cuyo veredicto hubiera sido: "no probado" lo cual es muy diferente de "no culpable". Había muchos de nuestros miembros que conservaban sus dudas acerca de su perfecta inocencia, al mismo tiempo que la excusaban considerando los beneficios públicos y los consuelos privados que se le debían[21]. Estábamos entonces en la fase de los fenómenos, y las

[21] Se ha hecho beneficiar de la misma caridad a W. Q. Judge, cuya culpabilidad era más demostrable. Casi podría creerse que el autor de los versos siguientes pensaba en H.P.B. cuando los escribió:

"Mil nombres, los más negros, las peores calumnias,
Lo que puede inventar el ingenio o el despecho;
Golpead, no ahorréis crueldades ni mentiras,
Que aunque cure, la herida deja la cicatriz".

dudas que planeaban sobre los fenómenos de H.P.B. parecían conmover todo el edificio de la Teosofía, que más tarde encontró su verdadera base, y hoy tan sólido. Mi correspondencia conserva las señales de aquellos sentimientos de inquietud y trastorno, y en los siguientes capítulos se verá qué remedios apliqué ala situación. Diez y nueve años después de que pasó aquel trágico 1884, las relaciones de H.P.B. con el movimiento teosófico han cambiado mejorando. Ahora se la recuerda y se le aprecia, no tanto como taumaturgo, sino como el celoso agente de los Hermanos Mayores para la difusión de verdades por largo tiempo olvidadas. Cuanto más tiempo transcurra, más se acentuará esto, y a la luz creciente de ese nuevo día, las sombras que fueron proyectadas sobre su personalidad de mártir se desvanecerán, y las calumnias de sus tontos adversarios quedarán olvidadas, como se han olvidado los libelos publicados contra Washington durante la vida de éste. Porque ella ha sido un héroe de la verdad, y como dijo Bacon: “el sol se conserva puro, aunque atraviese feos lugares”. Y hubiera podido agregar: “e ilumina aun a quienes intentan ofuscar su gloria”.

FIN DEL TOMO III

CAPÍTULO XLIII

PRIMER VIAJE A BIRMANIA

La Convención de 1884 contó con dos veces más delegados que la del año anterior, y el entusiasmo fue excepcional.

La primera medalla del premio Subba Row de Madrás, por un notable ensayo sobre la identidad de dos grandes personajes, constatada en los Puranas. La Convención concluyó el 31 de diciembre, y poco a poco los delegados regresaron a sus casas; algunos tenían que recorrer 1.500 millas. El último salió el 8 de enero de 1885, y la casa recobró su acostumbrada calma. Durante la noche precedente, recibí la visita de Dj. K. –entonces discípulo adelantado, y hoy Maestro– quien me habló de diversas cosas y de diferentes personas. El señor Leadbeater, del cual toda la iluminación espiritual estaba aún inmanifestada, y que dormía en el mismo cuarto sobre otro *charpoy*, oyó bien las dos voces y vio una columna de luz junto a mi cama, pero no pudo distinguir la forma de "mi visitador". La noche siguiente –según mi diario– H.P.B. recibió de su Gurú el plan de *La Doctrina Secreta* y es excelente. Oakley y yo, habíamos trabajado ayer en ello, pero este es mucho mejor". Mientras tanto, los materiales del libro se iban acumulando. Tal vez sorprenda que yo diga que no se pensaba en que fuese un libro nuevo, sino una refundición ampliada de *Isis Sin Velo,* de la cual Subba Row sería co-editor con H.P.B. Según el primer anuncio del *Theosophist,* debería aparecer en forma de unas 20 entregas mensuales de 77 páginas aproximadamente cada una. El nuevo proyecto, dado por su Gurú, hizo cambiar ese programa, y su resultado fue la edificación de la grandiosa obra actual.

Más o menos en aquellos días, H.P.B. hizo una noche para el doctor Hartmann, sin que nadie se lo pidiera, el croquis caricatura de una mujer cuyo doble al dejar el cuerpo es acechado por un diablo, mientras que el rayo divino del atma se escapa. "El doctor Hartmann dijo –según mi diario– que aquel dibujo responde a un asunto que le preocupaba hacía ya varios días, y que tiene un alcance que H.P.B. no sospecha". *¡Puede ser!*

El difunto rey de Birmania, Thibao III, habiendo oído hablar de lo que yo hacía por el Buddhismo, a un funcionario italiano de Mandalay, miembro de nuestra Sociedad, me invitó a ir a su corte para hablar del movimiento buddhista de Ceylán, y en el mes de enero, en seguida de la Convención de que antes hablé, me embarqué para Rangoon con el señor Leadbeater, que debía ayudarme en mi trabajo general. Todo fue bien hasta la Punta del Mono, justamente delante de la ciudad, lugar donde la corriente del Irawaddi tenía una velocidad infernal, y donde el *Asia,* nuestro pobre y viejo barco, tuvo que fondear para esperar la pleamar. Por fin llegamos al muelle, donde nos recibió un birmano en nombre de un funcionario inglés muy conocido y miembro de la Sociedad. Nos proporcionó un hospitalario alojamiento en casa de un abogado del país, hombre muy inteligente. A partir de esa noche, nuestras habitaciones se vieron llenas de "ancianos" de la comunidad buddhista (no recuerdo el nombre que se les da en Birmania), quienes nos hicieron numerosas preguntas y demostraron disposiciones amistosas y halagadoras. Al día siguiente vino a buscarnos un comisario municipal para conducirnos a la más bella pagoda y más venerada de aquellas comarcas indochinas, Shway Dagon la de la cúpula dorada. Está constituida sobre un espolón de las montañas de Pegú, y su plataforma ha sido edificada en parte sobre innumerables canastas de tierra traídas por peregrinos buddhistas de todas las provincias del país, como acto de piedad. La dagoba en forma de campana ha sido dorada desde la base a la cúspide a expensas del pueblo que ha gastado en eso más de un lak de rupias; resplandece desde lejos cuando se llega embarcado. Cuando el sol la baña con sus rayos, el efecto es verdaderamente grandioso; podría ser tomada por el faro de la Jerusalén celeste. Se eleva sobre la más alta de las dos terrazas, a 166 pies del suelo; sus diámetros son respectivamente de unos 900 y 700 pies. A los dos lados del pie de la gran escalera, se ven dos monstruos leogrifos, hechos de ladrillo recubierto de yeso y pintados con fuertes colores. La subida es muy molesta; al llegar a lo alto uno se encuentra en un gran espacio libre que da la vuelta a la pagoda y que en ciertos días es el lugar de reunión de una multitud de fieles con trajes de colores, cuyo aspecto pintoresco sobrepasa a todo lo que yo he visto. En el plinto octogonal que soporta a la dagoba, hay cuatro capillas que encierran cada una un grande y muchos pequeños Buddhas sentados, iluminados por millares de cirios, y resonando con el murmullo de las voces que recitan devotamente los cinco preceptos. Dagobas grandes y pequeñas,

capillas, nichos, campanas y esculturas representando leones u otros animales, se alinean alrededor de la plataforma. Una de las campanas es tan grande, que caben en su interior seis hombres; tiene a la entrada 7 pies y 7 pulgadas y media; pesa 94.628 libras. Es la campana más grande del mundo y su historia vale la pena de ser leída.

La cúpula dorada de la pagoda sobre el plinto octogonal, tiene una circunferencia de 1.335 pies y una altura de 370. Puede imaginarse el efecto de esta enorme estructura ovoide, masa de ladrillo envuelta en oro, en un hermoso día de sol. Mas no me voy a enfrascar en detalles de arquitectura cuando se les puede hallar con tanta facilidad en los encantadores volúmenes sobre la Birmania, de Shway Yeo. La particular santidad de esta pagoda es debida a que "es la única *payah* conocida de los buddhistas que contenga reliquias no sólo de Shin Gautama, sino también de los tres Buddhas que en el mundo le precedieron". Se dice que en relicario conservado en el santuario de la pagoda, se guardan ocho cabellos de Sakya–Muni y el vaso, el manto y el bastón, respectivamente, de los tres Buddhas precedentes. Sea como sea, así lo creen en toda la Birmania, el Siam, el Cambodge y la Corea, y acude multitud de peregrinos de todas esas comarcas, para hacer sus devociones. No es fácil determinar su fecha real, porque si bien las autoridades en asuntos del Buddhismo afirman que fue construida el año 588 antes de J. C.; no obstante, como dice Shway Yeo si encierra reliquias de los Buddhas precedentes, pudo haber sido sagrada desde hace ciclos y ciclos. La pagoda está coronada por un ti o quitasol, uno de los emblemas de la soberanía. Es un armazón de hierro, que se asemeja a una jaula, dorado y cubierto de campanillas de oro o de plata con piedras preciosas, y "que suenan melodiosamente con la menor brisa", Mi guía me presentó a varios personajes pertenecientes a la pagoda, y arreglamos los detalles para mi conferencia sobre el Buddhismo.

En cuanto se difundió la noticia de mi arribo, recibí la visita de numerosos birmanos e indos, que venían para hablar conmigo de sus respectivas religiones. Tuve mucho que hacer el 24 de enero. Primeramente una entrevista de tres horas con el *Tha-tha-nabang,* que era algo así como el arzobispo buddhista de Mandalay. Después, como la casa estaba llena de birmanos e indos, separados en habitaciones diferentes, Leadbeater y yo íbamos y veníamos de un grupo al otro, discutiendo tan pronto acerca del Buddhismo como del Induísmo, según la habitación. El domingo

25, di una conferencia sobre la religión inda, sus amigos y sus enemigos. De pronto llegó una banda de cristianos indígenas, perturbadores, cuya insolente conducta produjo una gran agitación. Todo anunciaba una batalla y efusión de sangre, pero conseguí evitarla. Mi garganta pagó las consecuencias del abuso que hice de mi voz en la conferencia y en las interminables discusiones con nuestros visitadores.

Tuve la suerte de asistir a cierto número de experimentos magnéticos instructivos, hechos por un aficionado llamado Moody, con sujetos indos. Tomé notas de una serie de ensayos hechos a petición mía sobre el problema de la transmisión del pensamiento. Un pañuelo de bolsillo sirvió para los experimentos. El operador puso al sujeto en estado de sugestión, se colocó delante de él, con el pañuelo blanco en la mano. Primeramente, el sujeto reconoció la naturaleza y color normal del pañuelo, y después le vio, sucesivamente, y sin hablarle, rojo, azul, verde, amarillo, violeta, negro, pardo, y de cualquier color que yo decía en voz baja y al oído del operador. La sensación coloreada cambiaba instantáneamente en cuanto el magnetizador se representaba mentalmente el color designado por mí. Igualmente ensayamos la comunidad de gusto y de tacto entre el magnetizador y el sujeto, haciendo los experimentos habituales: el operador, vuelto de espaldas, probaba sucesivamente azúcar, quinina, jengibre, sal, vinagre, etc., o bien se le pinchaba o se le pellizcaba, y en seguida cada sensación física era reproducida en el sujeto. Este campo de las investigaciones magnéticas hace nacer las más serias reflexiones en un espíritu serio; hay algo que asusta al pensar que dos seres humanos pueden llegar a semejante identificación física y mental. En realidad, tales experimentos son una llave que abre la puerta a numerosos misterios.

Mi primera conferencia en la pagoda, tuvo lugar el 27 de Enero en una sala de descanso admirablemente esculpida exteriormente y deslumbradora de colores en su interior. Un sacerdote birmano dio primero el pansil, es decir, los cinco preceptos, después dijo algunas palabras de introducción, y acto seguido yo tomé la palabra. Hablé durante una hora, pero como traducían mi conferencia tres intérpretes por turno, dudo mucho de que mis numerosos oyentes hayan podido formarse una clara idea de mis palabras. Pero para mi temperamento artístico aquello era un cuadro notable, y yo observaba la escena en sus partes, sin dejar de prestar atento oído al intérprete para tratar de ver si vertía correctamente, si no mis palabras, al menos mis ideas. Porque con la facultad de leer el pensamiento,

aunque sólo sea en un grado medio, se puede hacer eso perfectamente sin conocer el idioma empleado. Terminado mi discurso varios sacerdotes me hicieron sufrir un verdadero examen público de teología y metafísica buddhistas, y se declararon satisfechos. No me sorprende que tomasen algunas precauciones antes de acordarme su confianza, pensando en el milagro, casi imposibilidad a sus ojos, de que un *pucca* blanco (un blanco de sangre pura) pudiese venir a aquel templo sagrado, en pleno día y en presencia de millares de birmanos, declarándose buddhista convencido, sin una segunda intención. El hecho es que estas sospechas nos persiguieron por Asia durante años, y que sólo el tiempo logró disiparlas, y nos permitió ganar la confianza de los asiáticos hasta el grado en que hoy disfrutamos de ella.

La noche siguiente, a la 1:27, fue despertado por un telegrama de Damodar redactado así: "Regrese en seguida, Upasika (H.P.B.) peligrosamente enferma".

Aquello fue un trueno en un cielo azul. "¡Pobre vieja camarada! –dice mi diario–. Ya no es asunto de dormir esta noche". Pasé las restantes horas de la noche perfeccionando los planes de nuestra misión en Birmania. Por la mañana muy temprano, fui a dar la mala noticia a nuestra querida señora Gordon, que entonces se hallaba en Rangoon, en casa de su hijo adoptivo. En seguida asistí a una reunión buddhista en la cual debía hablar, después me despedí del arzobispo de Mandalay, y por fin a las 11 de la noche me vi a bordo del vapor El Oriental que había de llevarme a Madrás. Leadbeater se quedó para proseguir la obra comenzada.

Mis antiguos colegas se representarán fácilmente mi estado de ánimo durante aquella travesía. Allá estábamos los dos con nuestra inmensa obra apenas esbozada, la Sociedad entera estaba todavía conmovida por los golpes de los misioneros; porque al mismo tiempo que la marea creciente de la simpatía de nuestros colegas nos llevaba con velas desplegadas, fuera de nuestra nave, para continuar la metáfora, las olas de odio y sospechas, subían espumeantes y se quebraban en nuestra borda. Mientras los dos estuviésemos juntos y de acuerdo, supliendo cada uno lo que al otro le faltaba, íntimamente unidos por el intenso deseo de servir a la humanidad, no había nada que temer para el porvenir: nuestra causa llevaba consigo el espíritu de la victoria. Pero no es menester ser el séptimo hijo de un séptimo hijo, para adivinar si tu corazón se hallaba acongojado al saber que estaba enferma, tal vez en trance de muerte, tal vez muerta, antes de que yo llegase para

recibir sus últimas palabras y cerrarle los ojos. No tiene nada de raro que haya escrito en mi diario, mientras el barco se deslizaba por un mar de plata: "¡Mi pobre camarada! ¿Será verdad que tu vida de aventuras y angustias, de violentos contrastes, y de continua dedicación a la humanidad, habrá terminado? ¡Ay!, mi pérdida es mayor que si tú hubieras sido mi mujer, mi amante, o mi hermana, porque ahora tendré que llevar sólo ese fardo inmenso de las responsabilidades, con que los santos nos han cargado".

La travesía del golfo de Bengala fue dulce como un viaje de verano en yate, y no presentó ningún incidente, salvo que nuestros amigos indos me aguardaban en Bimlipatam, me obligaron a bajar a tierra y darles una conferencia esa noche. Al desembarcar en Madrás, el 5 de Febrero, a las cuatro de la mañana, me apresuré a ir a casa y encontré a H.P.B. entre la vida y muerte, con una congestión a los riñones, gota y una pérdida alarmante de vitalidad. Además, la debilidad del corazón la llevó a un punto en que su vida pendía de un hilo. Se sintió tan contenta al verme, que me echó los brazos al cuello cuando me acerqué a su cama, y se puso a llorar apoyada en mi pecho. No puedo decir lo aliviado que me quedé al poder, por lo menos, despedirme de ella y asegurarle mi fidelidad a la causa. Sus médicos, el doctor Hartmann y la doctora María Scharlieb, declaraban que vivía por milagro. Ese milagro lo había hecho nuestro Maestro viniendo una noche que todos esperaban su último suspiro, y colocando su mano sobre el corazón de la enferma para arrancarla a la muerte. ¡Qué mujer extraordinaria! Igual cosa le sucedió en Filadelfia cuando el doctor Pancoast le declaró que era menester cortarle la pierna para salvarle la vida; pero al otro día estaba en la calle, con la pierna gangrenada perfectamente curada. Los lectores del primer volumen de esta obra lo recordarán. En esta ocasión, permaneció en el mismo estado durante cuatro días, y no sabíamos si fallecería de pronto en un síncope, o viviría todavía un año, o años. Cuando sus fuerzas se lo permitían, hablábamos de la situación, y ella se ponía contenta con mi promesa de permanecer hasta la muerte a la causa que representábamos. Pero no me dejaban hablar en paz con ella. El señor Lane Fax, había vuelto de Londres; él y Hartmann y los otros recién llegados se habían conjurado sencillamente para hacerme a un lado y transferir el gobierno a una comisión compuesta ante todo por ellos mismos. Era un proyecto feo y ruin, y yo me rebelé en seguida. Hasta habían hecho firmar a la pobre H.P.B. papeles que me presentaron oficialmente (y que aún

están en las cajas de los archivos de aquel año). Cuando fui a verla con aquel papel, y a preguntarle si su sentido de la justicia estaba satisfecho al hacer que yo, que había formado la Sociedad, y había velado por ella *ab ovo,* fuese arrojado a la calle y mandado al diablo sin una palabra de agradecimiento, sin darme siquiera el equivalente del certificado que se da al guardián de la Casa de los Viajeros después de pasar en ella una noche, o a su *dhobi* (lavandero), o al aguador, se puso a gemir. Me declaró haber firmado algo que ellos le llevaron a su lecho de muerte diciendo que era muy importante para la Sociedad, pero que ella no supuso jamás que se trataba de lo que yo le decía, y que ella repudiaba tal ingratitud. Me dijo que rompiese aquellos papeles, pero le respondí que no, que los conservaría como testimonio de un episodio que podría interesar a los futuros historiadores de la Sociedad. Aquello no pasó de ahí. Mientras conversábamos, H.P.B. recibió una carta de su Gurú en forma fenoménica, en la que le decía que asegurase a Subba Row y a Damodar que, aunque ella muriese, la relación entre la Sociedad y los Maestros *no sería cortada*. Promesa que después fue ampliamente cumplida.

Para el día 10, H.P.B. estaba levantada y tan restablecida, que cuando llegó un telegrama de Leadbeater desde Rangoon dando prisa para mi regreso porque había en Birmania un porvenir muy brillante para la Sociedad, ella consintió en mi viaje. De modo que embarqué el día 11 en el *Oriental.* Mi camarada lloraba en el momento de la separación, y yo hubiera hecho otro tanto si hubiese pensado no verla más, pero mi ánimo estaba completamente tranquilo al respecto. Entonces recordaba que no se le permitiría morir antes de que su obra estuviese terminada y de que alguien estuviera preparado para llenar el vacío que dejaría. Yo había olvidado eso en medio de mi pena cuando creía perderla.

El señor Leadbeater me recibió en el muelle de Rangoon con una delegación de ancianos de los buddhistas y de los indos, cuando llegué el 19 de Febrero. Al día siguiente fui a presentar mis respetos a monseñor Bigandet, el querido y respetado autor de *La leyenda de Gautama,* uno de los libros que forman autoridad sobre el Buddhismo del Sur. Su amabilidad y la nobleza de su carácter, le valían la confianza y admiración de todos los birmanos cultos, así como la de todos los cristianos. Sostuve con él una conversación de las más agradables sobre el Buddhismo y su literatura. Tenía entonces más de setenta años, y estaba muy debilitado. Dijo con pena que ya no podría escribir ningún otro libro, y como yo

le ofreciera un secretario al cual podría dictar cuando sus fuerzas se lo permitieran, sacudió tristemente la cabeza y dijo que su labor tocaba a su fin y que las cosas de este mundo ya no le correspondían. Con la perfecta cortesía de un antiguo cortesano francés del tiempo de los reyes, me dijo que ahora me tocaba a mí el reemplazarle, y como yo protestara de mi incapacidad, me amenazó con el dedo y dijo sonriendo que no podía admitir esa excusa puesto que había leído mi *Catecismo Buddhista* y que era el más útil de los libros sobre la religión de Sakya-Muni. Naturalmente, tomé aquello como una amable cortesía, pero fue dicho tan bien, que no pude impedir ruborizarme. Era un hombre alto, delgado, aire gracioso, con pequeñas manos blancas y pie chico. Llevaba su sotana violeta con botones rojos, la cruz colgando de una larga cadena de oro, y anillo episcopal. Cuando me despedí de él, insistió para acompañarme hasta la verja, y me separé de él después de un último cambio de cumplimientos, para siempre, pues ya no le vi más.

Al otro día comimos a la moda birmana, es decir, sentados en el suelo en una Casa de los Viajeros birmana, y recibimos más tarde la visita de varios europeos interesados por el magnetismo, ya los que hice ver diversos experimentos de dominio sobre el pensamiento. Una comisión numerosa de eruditos palistas indígenas e ingleses, empleó una parte del siguiente día revisando la traducción birmana del *Catecismo Buddhista.* Inmediatamente se suscribió la tirada de 20.000 ejemplares, que se distribuirían gratis, y los "ancianos" dieron pruebas de sentir por este asunto un verdadero entusiasmo. Después de esta sesión, fui con Leadbeater a casa de los señores Duncan y Badelier, dos nuevos conocidos, y recibí al primero de ellos en la Sociedad, junto con otras ocho personas. El lunes siguiente di una conferencia en el Town Hall, titulada "La Teosofía no es una secta", ante un público numeroso en el cual se contaban algunos misioneros, y en seguida organicé la Rama "Rangoon" para los indos, de la cual todos sus miembros eran tamiles. El miércoles cené en casa del señor Duncan, donde asistimos y tomamos parte en unos experimentos de magnetismo muy instructivos. Recuerdo uno que se asemeja a los relatos de la *Magie Dévoilée*, la obra clásica del barón Du Potet. En medio del salón se hallaba una gran mesa redonda y todo el mundo estaba sentado alrededor de la habitación, contra las paredes. El sujeto, un criado indo, estaba en otro cuarto; propuse al señor Duncan que trazase una línea

imaginaria en el suelo con un dedo entre la mesa y la pared, y quisiese que el sujeto no pudiese atravesarla. Las personas presentes eligieron el sitio donde habría de trazarse la línea, y el señor Duncan, aproximando los dedos a la alfombra, pero sin tocarla, quiso que el sujeto fuese detenido por aquella barrera invisible. Se trajo al sujeto; al entrar se le dijo que diera dos vueltas en torno a la mesa, y que después que lo hiciera se le diría lo que tenía que hacer. Comenzó a dar la vuelta sin dificultad, hasta que, llegando al sitio encantado, se detuvo en seco, trató de dar un paso, pero no lo consiguió; retrocedió y dijo que no podía seguir. "¿Por qué?, le preguntaron. "¿Por qué?, ¿pero no ve esa línea de fuego?, ¿cómo podría pasar?", respondió. Le dije que allí no había nada y que ensayase otra vez. Todo fue inútil, no pudo avanzar ni una línea hasta que el señor Duncan, que todo ese tiempo había permanecido en silencio, hizo con la mano un gesto de dispersión y dijo: "está bien". Entonces Tommy terminó la vuelta alrededor de la mesa. Me dijo que había visto como una pequeña pared de llamas de unas seis pulgadas de altura.

El sábado 28 de Febrero era una gran fiesta para los birmanos: el aniversario del pretendido descenso del Buddha, del cielo de los Tusitas al seno de su madre, bajo la forma de un elefante blanco! Volvimos a la pagoda, donde había una gran multitud de peregrinos. Durante algunos días estuvimos ocupados con asambleas, conversaciones y reuniones de Logias, y en ese tiempo recogí las opiniones de los "ancianos" más respetables, acerca del rey Trebao. Resultó que decidí no aceptar su invitación para que fuese a verle a Mandalay, porque era un monstruo de crueldad y vicios, y no me había hecho llamar porque le interesara la religión, sino para satisfacer su curiosidad y ver al buddhista blanco. Yo respetaba mucho a la Sociedad y a su presidencia, para exhibirme ante un tirano vicioso y para sacrificar mi orgullo norteamericano inclinándome ante él, simplemente para recibir tal vez un hermoso rubí, dinero, ropas de seda u otros juguetes de ese género. Se lo hice decir a mi colega italiano que me había transmitido la invitación del rey, y cuando días después el agente local del rey y otro noble birmano insistieron para que volviese sobre mi decisión, me mantuve firme y di mis razones con una perfecta franqueza. No sé si los mismos birmanos ante aquella actitud no me respetaron más en el fondo de su corazón.

El *Madras Mail* me trajo noticias desagradables. Hartmann anunciaba que la

Junta Central de Adyar había dimitido y que algunas Ramas se disolverían si H.P.B. no ganaba su proceso contra los "padris". H.P.B., con su habitual inconsecuencia, me reprochaba haberle impedido entablar juicio –aunque no había sido yo, sino la Convención– y me enviaba ejemplares de los últimos libelos de los misioneros contra nosotros. Como lo escribí en mi diario: "Había algo hostil en el aire". Cuán justa era esta expresión "'en el aire", porque indudablemente que hay corrientes mentales,morales, espirituales y físicas, que viniendo de otros hombres, reaccionan constantemente sobre nosotros. Del mismo modo que nuestras corrientes de pensamientos obran sobre los demás, como ahora lo sabemos por nuestros estudiantes adelantados del Ocultismo. Al otro día llegó de Adyar un telegrama diciendo que H.P.B. sufría una recaída y que era menester interrumpir en seguida mi proyectada gira por Birmania y Bengala, para regresar de inmediato. Con la mente ocupada con esas alegres noticias, tuve que dar esa noche una conferencia en el Town Hall ante un millar de oyentes. Los queridos misioneros habían apostado un individuo en la puerta para vender el citado libelo, y vi varios ejemplares en las manos de mi público. Pero no existe nada más estimulante que una violenta oposición, y no hay nada mejor para despertar todos los poderes de resistencia que se hallan adormecidos. Por decir así, atrapé al enemigo por la garganta y lo sacudí tan bien que todos mis oyentes simpatizantes, indos o birmanos, aplaudieron rabiosamente. No creo que nuestros estimados adversarios hayan obtenido *gran* provecho de su especulación importando aquel dardo envenenado.

Ya teníamos en Rangoon una Rama buddhista y una inda; formé una tercera, compuesta de europeos y eurasiáticos que se interesaban por el magnetismo, y en general por la psicología práctica. Le puse el nombre de Irawaddy.

Al otro día me llegó un segundo telegrama urgente, pero no tenía vapor hasta el siguiente día, el 11, que me embarqué para Adyar en el *Himalaya.* Su capitán, el señor Allen, era un antiguo conocido, porque en 1880 mandaba el *Chanda,* cuando regresé con H.P.B. de Colombo a Bombay. Como tenía un día disponible antes de partir, aprovechó una visita que el señor Duncan vino a hacernos en nuestra casa, para efectuar nuevos y mejores experimentos con su criado Tommy. El muchacho estaba sentado con la espalda contra la pared, junto a una gran puerta–ventana que daba a una galería soleada. Su magnetizador, señor Duncan, se colocó frente a

él, teniendo en la mano un pañuelo blanco. Yo me situé en la galería, fuera de la vista de Tommy, con un muestrario de papeles de colores vivos, como el que usan los encuadernadores y otros oficios. El señor Duncan decía a Tommy: "¿Qué es ésto? –Un pañuelo. –¿De qué color? –Blanco". Entonces yo mostraba a Duncan un papel rojo, por ejemplo, y él mostrando al muchacho el mismo pañuelo, repetía: "¿De qué color? –Rojo", respondía el sujeto. De esta suerte, fui mostrando los colores al magnetizador, quien mentalmente los transportaba al pañuelo, y eran percibidos por el muchacho hipnotizado. Me parece que esta es una buena prueba de la posibilidad de transmisión del pensamiento, tan bonita como la mejor que se conozca.

Durante mi permanencia en París, el mes de octubre anterior, asistimos Rodolfo Gebhard y yo, a unos experimentos del señor Robert, el conocido masajista magnetizador, con uno de sus sujetos clarividentes. Entre otras cosas, éste nos dijo que nos veía en un barco de vapor en un mar lejano; un hombre se caía al mar, el buque se detenía, arriaban un bote y el barco describía círculos. Esto nos pareció extraño, porque no recordábamos que ningún buque, especialmente ningún vapor, describiese círculos para recoger a las personas que se cayeran al agua. Sin embargo, anoté el hecho en aquel momento, y me acordé de él cuando el 14 de marzo, atravesando el golfo de Bengala, un indígena, pasajero de cubierta, se cayó al mar y el *Himalaya* describió un círculo para salvarle. Por lo tanto, el futuro acontecimiento del mes de marzo, había proyectado su sombra astral sobre el cerebro del clarividente, cinco meses antes de tener lugar. Por carta comuniqué el incidente al señor Robert cuando se produjo, y él puede confirmar mi relato a los que tuviesen la curiosidad de querer ver mi carta.

Después de las escalas de costumbre, de las cuales en Coconada, país natal de Subba Row, organicé una Rama que aún subsiste, llegamos a Madrás el 19 de Marzo. En el Cuartel General hallé todo negro y que Atra Cura reinaba como amo y señor. Pero no tenemos necesidad de entrar en ese banco de nubes desde el desembarco. Dejémoslo para otro capítulo.

CAPÍTULO XLIV

H.P.B. SALE PARA EUROPA

¡Ah, sí! Atra Cura reinaba como amo de Adyar cuando volví de Rangoon. La atmósfera moral era pesada y sombría; H.P.B. luchaba contra la muerte con la vehemencia de una leona cautiva; y ciertos recién llegados europeos desplegaban un talento especial de intervención en los asuntos del Cuartel General, conspirando para reducirme a la categoría de miembro de un Comité Central fantástico, en el cual yo no hubiera tenido ni pizca de influencia; ya mi camarada, que estaba medio moribunda, la tenían en un estado de perpetua excitación nerviosa.

En el capítulo precedente hablé en forma breve de este asunto, pero es bastante importante para que volvamos a él. Lo asombroso es que H.P.B. no se haya muerto antes de que yo llegara y luchase, para conservar el *statu quoante.* Era una abierta rebelión contra mi autocracia y pedían –cito el documento que tengo a la vista– que "se rogase al Presidente-Fundador que eligiera, entre los miembros del Comité General, un Comité Ejecutivo formado de cinco personas, compuesto por el señor Subba Row y cuatro europeos que residiesen en el Cuartel General, y que le entregase todos los asuntos financieros, ejecutivos, yel gobierno de la Sociedad, para dirigir y distribuir los trabajos en ella, nombrar todos los cargos –exceptuando al Presidente-Fundador– y ratificar todos los documentos referentes a la Sociedad".

¿Si eso no era modestia, dónde ir a buscarla? Yo no tenía otra cosa que hacer sino retirarme después de haber pasado mis poderes a un grupo de cinco personas que se designaban a sí mismas entre todo el Consejo, cuatro de las cuales eran occidentales recientemente llegados de Europa o de América, que no tenían la menor experiencia en la dirección ejecutiva de nuestro movimiento, casi sin intimidad personal con la mayoría de nuestros miembros, sin relación alguna con los buddhistas de Ceylán, donde el programa escolar adquiría todo su impulso; sin derecho reconocido al afecto y la confianza de los indos y los parsis, y sin –salvo una sola excepción– fortuna personal para contribuir a la conservación del Cuartel General y del movimiento en conjunto. Pero ponían remedio a esta última dificultad forzándonos a H.P.B. y a mí a que abandonásemos el *Theosophist* y

su biblioteca para la Sociedad, sin ninguna compensación y sin reserva de eso que era propiedad nuestra, creada por nosotros sin una rupia de la Sociedad, ni siquiera una pequeña pensión para cubrir nuestras modestas necesidades. ¡Les parecía perjudicial en extremo para los intereses de la Sociedad que la revista fuera de propiedad particular! Era un bonito programa, digno de los revolucionarios del 93.

Damodar, Bawaji y Ananda, nuestros tres colegas indos, miembros del Comité y afectos a nosotros, negaban la validez de cada queja y protestaban con vehemencia contra los detalles todos del programa; y el señor Leadbeater se mostró de acuerdo con ellos en un documento, a la vez enérgico y moderado, que en este momento tengo a la vista. Pero el 5 de febrero, cuando la pobre H.P.B. se hallaba casi moribunda le hicieron garabatear esto:

"Creyendo que esta innovación es necesaria para el bien de la Sociedad, lo apruebo por mi parte.

H. P. Blavatsky".

El señor Leadbeater dice en su escrito: "La señora Blavatsky retira su aprobación de ese escrito, por haberla dado sin comprender claramente la interpretación que había de dársele". La muerte ya no era inminente, su espíritu había recobrado sus funciones, ella repudiaba su aprobación, y como yo lo dije en el capítulo anterior, me pidió que rompiese el papel, a lo que me negué. Esto no es más que una entre tantas de las pruebas de ingratitud que he recibido después de la fundación de la Sociedad. Si hablo de ello no es a modo de protesta, sino como una resaltante corroboración de la vieja verdad de que aquel que quiera trabajar por la humanidad debe esperar, no agradecimientos, sino muchas maldades.

En el curso de los doce meses precedentes, H.P.B. yyo habíamos dado a la Sociedad de los fondos del *Theosophist* la cantidad de 9.000 rupias, y veo anotado en mi diario que de los beneficios netos de la revista hasta esa fecha, o sea 15.600 rupias, habíamos dado a la Sociedad 14.994 rupias, cuatro annas y seis pies. Si se me reprochaba mi "autocracia", era porque hasta ese momento yo había tenido toda la responsabilidad del movimiento y de su marcha. Nuestros grandes colegas de hoy no habían ingresado todavía en nuestras filas, y sólo dos años después el señor Judge comenzó su trabajo en Norteamérica.

Como los europeos se coaligaron contra mí, recurrí como era natural a los consejeros y a la simpatía de mis consejeros indos más seguros, y tuvimos largas consultas en el domicilio del dewan Bahadour Raghoonath Row. Se decidió una línea de conducta que no tardé en poner en ejecución. El señor Hodgson, de la S. P. B., se hallaba todavía en Madrás; me enteré de que en una cena anglo–inda había expresado su convicción de que H.P.B. era una espía rusa; fui a verle con el señor Cooper Oakley para aclarar ese asunto. La explicación fue tan clara por ambas partes, que regresamos con la impresión de que el señor Hodgson consideraba aquella acusación tan pueril y sin fundamento como la juzgábamos nosotros mismos. No obstante, la mantuvo, e incorporó esa cruel calumnia en el informe presentado a sus colegas de la S. P. R. Esto me quitó toda consideración hacia él, porque era golpear a una pobre mujer vieja que jamás le había hecho el menor mal. Me causó dos días de intensas torturas morales, declarando que Hurrychund Chintamon, de Bombay, le había mostrado una carta de H.P.B. escrita en Nueva York, en la que ella le decía que yo me hallaba de tal modo bajo su influencia hipnótica, que ella podía hacerme creer todo lo que quisiera con sólo mirarme a la cara. Yo comprendía lo que tal afirmación, por absurda e infantil que fuese, podría llegar a ser en manos de nuestros enemigos, pero si bien poco me importaba lo que pudiesen hacer, me dolía en el corazón que H.P.B., de quien yo había sido un amigo fiel en todas las circunstancias, hubiera cometido conmigo esa traición y con el único objeto, según parece, de halagar su propia vanidad. Pero ahí se ve bien qué criatura ilógica era *en suyo físico,* y tales rasgos eran lo que hacían tan duro vivir y trabajar con ella durante mucho tiempo. Ya he dicho que era infinitamente más difícil vivir con ella, *con Helena Petrowna*, que vencer todos los obstáculos exteriores, las oposiciones y los impedimentos que se presentaban ante los progresos de la Sociedad. Nada me afectó tan profundamente como aquel asunto, en toda mi experiencia del movimiento; me desesperé por completo, y durante veinticuatro horas estuve casi dispuesto a bajar a la playa para ahogarme. Pero por fin me pregunté a mí mismo porqué trabajaba, si era para ser alabado por los hombres o para ganar el reconocimiento de H.P.B. o de cualquier otra persona viviente, y entonces aquella tristeza se disipó y mi espíritu no volvió a conocerla jamás. Como una gran luz, percibí de pronto el sentimiento de la obligación superior de cumplir mi deber, de servir a los Maestros en el cumplimiento de sus

nobles planes, calumniado, no comprendido, mal apreciado, sin un agradecimiento, pero no importa, a pesar de todo eso, recobré la paz.

El 25 de Marzo escribí al señor Sinnett para darle la idea de la formación de un Comité central u Oficina de control de la S. T., que con sede en Londres, se ocuparía de nuestros intereses en Europa, anticipando así la idea de una Sección que se adoptó más tarde. Pero él no aprobó mi proyecto, porque ello le hubiera llevado a efectuar una propaganda activa, cosa que H.P.B. y yo habíamos perseguido siempre, impulsados por alientos *superiores,* pero que a él le repugnaba, así como repugnaba al señor Massey y al doctor Wyld antes que a él.

Parece que el 28 de Marzo fue día tempestuoso en Adyar, porque escribí esto en mi diario: "Día de experiencias desagradables; H.P.B. violenta y rabiosa; se habla de un nuevo paso dado por los misioneros contra nosotros, amenaza de proceso de los Coulomb contra el general Morgan. Ruido de bazar e improbable". Cierto, sin embargo, como se verá más adelante. Toda esa agitación repercutía fatalmente sobre la salud de mi querida camarada. Era terrible verla con el rostro púrpura a causa de la congestión, los ojos salientes y casi apagados, yendo y viniendo pesadamente, acusando a todo el mundo y diciendo locuras. Sus médicos decían que eso no podía durar, que necesitaba reposo y tranquilidad o que un buen día caería muerta de pronto. Ella concluyó por hacerle caso, y el 29 de Marzo presentó su dimisión y dijo a Babula que hiciese sus baúles. Al otro día fuimos a la ciudad el doctor Hatmann y yo, para sacar su billete y el de la doctora señorita Flynn, de Bombay, que a petición mía consintió en acompañarla y estar a su cuidado. Bawaji, que entonces le era completamente afecto, la acompañaba también. El martes se embarcaron en el *Tibre,* de las Messageries Maritimes. H.P.B. estaba tan mal, que el marido de la doctora María Scharlieb, que era uno de los magistrados de la Presidencia, le procuró un sillón del hospital, y sentada en él fue izada a bordo con unas poleas. Desde aquella misma noche, yo me acosté en su habitación, atendiendo a su deseo; me había pedido encarecidamente que no dejase ocupar a nadie que no fuese yo su cuarto.

Copio de la memoria oficial que apareció en el *Theosophist* de Mayo de 1885 (suplemento) los siguientes pasajes:

"En aquella época, la señora Blavatsky sufría fuertes crisis de palpitaciones del

corazón, y todos en el Cuartel General estaban angustiados porque los médicos habían emitido la opinión de que la muerte podría ser instantánea si se producía una causa de agitación repentina”.

He aquí el certificado de sus médicos:

“Certifico por la presente que en este momento la señora Blavatsky se halla enteramente incapaz de soportar la constante agitación y las preocupaciones a que está expuesta en Madrás. El estado de su corazón exige esencialmente el reposo absoluto y un buen clima. Por lo tanto, recomiendo que parta para Europa en cuanto sea posible y que se establezca en un sitio tranquilo de clima templado.

Firmado: Mary Scharlieb, M. B. y S. L., de Londres”.

“Los miembros presentes del Consejo General, reunidos en el Cuartel General, en Comité Ejecutivo; el 11 del corriente, han adoptado por unanimidad la siguiente resolución:

Se acordó aceptar la dimisión de la señora Blavatsky y rogar al presidente que le comunique en nombre del Consejo el extremo sentimiento con el cual ha sabido que ella se ve obligada, por la gravedad de su estado de salud, a cesar en sus servicios de secretario corresponsal de la Sociedad Teosófica. Además, el Consejo desea que conste el alto aprecio que hace de los considerables servicios que ella ha prestado a la causa de la ciencia y de la filosofía.

R. Raghoonalh Row,

Firmado:

presidente.”

“Para señalar nuestro respeto por el valor excepcional de la señora Blavatsky, la vacante causada por su dimisión no será llenada y el cargo de secretario corresponsal es abolido por decisión de los presentes. La correspondencia oficial sobre asuntos filosóficos o científicos, será continuada como antes por los miembros del despacho ejecutivo, y las peticiones deberán ser dirigidas al secretario archivero de Adyar”.

Esta fue la carta de dimisión dirigida al Comité Ejecutivo:

“Adyar, Marzo 21 de 1885.

Al Consejo General de la Sociedad Teosófica.

Señores:

Hoy debo resueltamente renovar la dimisión que presenté el 27 de Septiembre de 1884 y que retiré por los reiterados ruegos de mis amigos de la Sociedad. Mis médicos declaran que mi actual enfermedad es mortal y no me prometen con seguridad ni un año de vida. En estas circunstancias, sería una ironía pretender cumplir los deberes de secretario corresponsal, e insisto para que me permitáis retirarme. Deseo consagrar los últimos días que me quedan a otros pensamientos y tener la libertad de cambiar de clima si se cree que eso pueda hacerme bien.

A vosotros y a todos mis amigos conocidos y desconocidos, os digo afectuosamente adiós. Si esta debe ser mi última palabra, os suplico a todos, que si os interesáis por el bien de]a humanidad y por vuestro propio Karma, que permanezcáis fieles a la Sociedad y no permitáis que sea vencida por sus enemigos.

Fraternalmente vuestra para siempre, muerta o viva,

H. P. Blavatsky".

Estoy convencido de que su vida fue salvada por esa sabia decisión, porque no era probable ni posible que hubiese podido soportar aquella tensión mucho tiempo; y hasta cierto punto, sus colegas deben a la doctora María Scharlieb, la posterior publicación de *La Doctrina Secreta, La Clave de la Teosofía* y *La Voz del Silencio,* además de todos los importantes artículos que tuvo el tiempo de escribir después de salir del maelstrom psíquico que habían creado a su alrededor en Adyar. Ella estaba guiada, no sólo por razones de salud y de incapacidad de trabajo, sino también por el deseo de aliviar a la Sociedad de la responsabilidad que soportaba en tanto ella permanecía en su cargo. Más tarde, en ocasión de una de las Convenciones anuales, H.P.B. fue invitada por unanimidad y con entusiasmo, a que regresara si su médico no se oponía, y aunque ella nunca pudo hacerlo, recobró su antigua situación oficial.

"El Cuartel General –escribía yo en mi diario el 1 de Abril– está desolado, y no obstante, más tranquilo que nunca. Ahora podemos encarar con calma la situación. El general Morgan escribe que ha recibido una carta del abogado de la señora Coulomb pidiéndole una retractación por haberla llamado "falsaria" y "ladrona de cartas". El Consejo se reunió para deliberar sobre eso y se telegrafió al fiel y

veterano militar que pidiese una semana para preparar su respuesta. Al día siguiente, en otra reunión, "el asunto Morgan fue examinado por completo y se expresó la opinión unánime de que el general haría bien en sostener el proceso, porque probablemente lo ganaría y así era posible desenmascarar la indignidad de los Coulomb". Siguió el consejo, pero como, ya lo dije en otro capítulo, los misioneros retiraron la queja en vista de que ya no conseguirían su objeto al hallarse H.P.B. fuera de su alcance.

En la sesión del Consejo efectuada el domingo siguiente, 5 de Abril, presenté un proyecto de creación de un Comité Ejecutivo a título de ensayo, y que compartiría conmigo la administración de la Sociedad, proyecto que fue aceptado. He aquí mi circular:

"Adyar, Abril de 1885.

Con el fin de mejorar la administración de la Sociedad Teosófica y de que el presidente se vea descargado de una parte de la responsabilidad que hoy pesa sobre él, he resuelto formar, por vía de ensayo y salvo ratificación por la próxima Convención, un Comité Ejecutivo del cual os ruego forméis parte.

Mi deseo es que dicho Comité asuma de acuerdo conmigo toda la dirección de los asuntos de la Sociedad durante el período en curso; todos los miembros y yo, tendremos igual derecho al voto. y el presidente voto de calidad en caso de empate. Todos los asuntos se resolverán por mayoría de votos presentes. El secretario de la Sociedad servirá de secretario al Comité. Los debates serán estrictamente confidenciales, a menos que no se disponga otra cosa por la mayoría. El Comité se reunirá, por lo menos una vez cada semana para despachar los asuntos.

Como el principal objeto es formar un Comité práctico de Consejeros próximos al Cuartel General, propongo enviar una circular a todos los miembros del Consejo General, notificando la creación de este Comité Ejecutivo, invitándoles a tomar parte en él cuando se encuentren en Madrás, y en todo momento comunicando por medio de un miembro del Comité todo asunto que desearen someter a sus deliberaciones. El Consejo General de este modo tomaría parte en la administración de la Sociedad durante todo el año.

Se comprende que esta disposición no se adopta más que como un ensayo, reservando el derecho de suprimirla en caso de dificultades (como con el antiguo

Comité de Control) bastante graves para probar su inconveniencia".

Respondiendo a esta invitación, se reunió el Comité Ejecutivo y conforme a la resolución adoptada por unanimidad, los miembros cuyos nombres siguen, firmaron su aceptación "en las condiciones indicadas por la carta circular del presidente-fundador": R. Raghoonath Row, P. Srinivasa Row, S. Subramanier, C. Ramiah, P. Parthasarathy Chetty, T. Subba Row, A. J. Cooper Oakley y C. W. Leadbeater.

El Comité así organizado funcionó en armonía durante algunos meses, pero después fue abandonado por la razón práctica de que nadie, excepto yo, tenía presente todos los detalles en su mente, ni conocía personal e individualmente a los colegas y sus ambientes, lo cual era necesario para obrar razonablemente en ciertos casos específicos. Las reuniones no sirvieron más que para aceptar mis opiniones, los miembros se ausentaron uno tras otro y el deseo general era verme continuar como antes, haciendo sin obstáculos lo que me pareciera bien. Los perturbadores: señores Lane Fax y Hartmann, se habían marchado del país y nadie pensaba en crear dificultades. No obstante, la autocracia era mi pesadilla, y yo no deseaba otra cosa que ver a alguien que se presentase para tomar su parte en la gran responsabilidad de la administración de nuestra difícil empresa. Yo consideraba a la Sociedad como una abierta y libre república de altruismo en la cual no debía verse ni secta, ni casta, ni clase privilegiada, ni querellas, ni emulación, salvo la de trabajar lo más posible para el bien del mundo. Escribí mi opinión acerca de esto en un editorial del *Theosophist* de Junio de 1885, titulado "Infalibilidad". Era a propósito de Keshub Chundar Sen, que acababa de reclamar honores casi divinos de parte de sus adherentes. Yo decía:

"Un órgano brahmo nos acusa de querer fundar "un nuevo sacerdocio". Esta teoría puede ser fundada en el hecho de que ciertos fenómenos han sido producidos conjuntamente con nuestro movimiento, y que los autores de dos o tres libros teosóficos, tal vez para darles más peso, han afirmado sus relaciones personales con los Mahatmas. Pero, fuesen los que fueren, los fenómenos han sido siempre mostrados con el fin de probar la existencia en toda la humanidad de ciertas potencialidades psíquicas, que se desarrollan cuando las circunstancias son favorables. ¿Acaso se ha pretendido nunca que ciertos "vasos de elección" poseyesen ellos solos esos poderes? ¿O bien que su ejercicio demostrase la

infalibilidad de la enseñanza de sus poseedores? Al contrario en *Isis Sin Velo*, desde la primera hasta la última línea impresa sobre Teosofía, el estribillo uniforme de la enseñanza teosófica ha sido decir que el hombre posee hoy exactamente las mismas capacidades psíquicas o de otra clase que su más remoto antepasado. Que durante los ciclos sucesivos esos poderes han estado alternativamente desarrollados o latentes. Y que el conocimiento religioso resulta del desarrollo psíquico. ¿Hay lugar entre nosotros para un sacerdocio, en el sentido esotérico de la palabra? Y una Sociedad como la nuestra, ¿ha menester de conductores? El autor está convencido por lo que a él respecta, que sean los que fuesen los sufrimientos mentales o las heridas a la reputación personal que pudiesen resultar de los recientes acontecimientos, no es demasiado caro para pagar la destrucción de la última probabilidad de que alguna vez se erigiese un sacerdocio y una secta en la Sociedad Teosófica. Antes que ver al movimiento amenazado por semejante calamidad, preferiría perder el respeto de todos sus amigos hacia aquellos que han contribuido a su nacimiento o a su dirección, porque el campo al quedar libre de personalidades molestas, quedaría por entero a la consideración de los grandes principios. Ni en su capacidad oficial, ni como hombre privado, ha demostrado jamás ninguna simpatía por aquellos que suspiran por tener maestros inspirados o enseñanzas infalibles. En cambio, nunca dejó escapar una ocasión de afirmar la dignidad del juicio personal, la necesidad de las investigaciones individuales, del desarrollo interno para la comprensión de la Verdad, y la absoluta independencia de la Teosofía frente a todos los maestros especiales o agrupaciones de maestros de todas las sectas, dogmas, profesiones de fe, formas, ceremonias, y fronteras nacionales o geográficas. Si esto no es bastante amplio, si en otro idioma que no sea el inglés existen palabras más enérgicas para expresar la más absoluta repugnancia hacia la idea de un ser pensante que abandona ciegamente su derecho soberano de examen a cualquier otra persona, elevada o mediocre, adepta o no iniciada, y que reconozca a cualquier enseñanza, fuera de su propio valor, un valor ficticio basado en la autoridad del autor, el que escribe este artículo quisiera emplear esas palabras. Jamás existió en el mundo ningún Adepto o Mahatma que pudiera elevarse hasta ese alto grado si no hubiere seguido ese principio.

Cítase al Buddha Gautama como uno de los más grandes de esa augusta

fraternidad; pues bien, en el *Kalama Sutra* él se extiende ampliamente sobre esta regla: que nadie debe aceptar nada de lo que sea escrito, hablado o enseñado, por cualquier sabio, iniciador o libro que sea, si no lo halla conforme a su propia razón ya su buen juicio.

Tal es nuestra posición, y abrigamos la firme esperanza de que cuando los fundadores de la Sociedad Teosófica habrán muerto, se recordará que esa era su profesión de fe. Sostenemos de acuerdo con el valiente predicador del siglo XVI, Juan Hales, que "dudar de nuestras facultades y abandonarnos a los demás, no es más que pobreza de espíritu y tontería".

Por mi parte, como cofundador de la Sociedad, yo me había afirmado de un modo persistente en esa política de la libertad individual y de la responsabilidad de cada socio, y hasta el día de hoy la he sostenido, luchando por ella. El día que yo no disfrutase más en su seno de esa libertad, me marcharía de la Sociedad y lloraría sobre ella como sobre una causa perdida. Si yo hubiera menester de un papa, iría a Roma, donde manda el que se dice vicario de Dios, y donde el dedo gordo del pie de bronce de una estatua está siempre preparado para que le besen. Una adhesión dócil hacia un *Maestro* que está en posesión de las leyes secretas de la vida y de la muerte, es natural y conveniente. Pero una obediencia servil a una seca fórmula de fe o a una persona que no es mi mejor espiritualmente, ni más sabia que uno mismo, es la peor de las esclavitudes, sin dignidad, sin virilidad, en fin, un suicidio espiritual. Esto, lo repito, es mi sentir personal sobre este asunto, y nadie más que yo es responsable de él. Esto no compromete a ningún otro miembro de la Sociedad, y como soy librepensador, estoy siempre dispuesto a sostener a los demás y a defender su derecho a pensar como quieran, por ortodoxos que sean, o cualquiera que sea su forma de religión. A los que sean incapaces de recíproca tolerancia, les pediré su dimisión, y si fuese necesario la exigiría, porque su lugar natural no está en nuestras filas, y "más vale estar solo que mal acompañado".

En la situación en que nos hallábamos, podíamos escoger entre dos políticas: activa o pasiva. Podíamos permanecer tranquilos y despachar los asuntos corrientes sin atraer la pública atención, o bien nos cabía adoptar el camino más osado de atacar a la opinión pública dando conferencias en los principales centros indos de influencia e intelectualidad. Me declaré partidario de esta última actitud, y como mis colegas del Comité ejecutivo la aprobaron, se organizó una conferencia en el

Pacheappa Hall de Madrás, para el 27 de Abril –117º día del año–, y por lo tanto de feliz augurio en nuestra opinión. El resultado sobrepasó nuestras mayores esperanzas, el salón estaba lleno a pesar de un pequeño derecho de entrada que el Comité director impuso para evitar la invasión de la muchedumbre. Se recogió a la entrada la cantidad de 150 rupias, que fue distribuida en obras de caridad. La presencia de cinco profesores del Christian College no apagó el entusiasmo de sus alumnos, que nos aplaudieron frenéticamente.

En la prensa local se habló bien de la conferencia el día siguiente, lo cual era ya algo alentador por el hecho en sí. El mismo día, Subba Row nos trajo un ejemplar de *El hombre, fragmento de una historia olvidada,* por Mohini y Holloway, criticándolo severamente. Yo escribí en mi diario: "Lo condena decididamente, diciendo que los errores que contiene arrojan el descrédito sobre los Mahâtmas, y que el tono dogmático es intolerable". Cuando dicho libro se anunció en Londres, con la pretensión de encerrar enseñanzas de los Maestros de Sabiduría que sentaban autoridad, escribí en seguida a la Pall Mall Gazette para desautorizar en absoluto esa pretensión y advertir al público que los dos autores del libro eran los únicos responsables de su contenido. Además, hice pegar esa misma nota en todos los ejemplares vendidos por el director del *Theosophist.*

Esa semana, el correo de Europa nos trajo noticias desalentadoras del estado de ánimo de nuestros amigos; evidentemente, era el resultado de no haber permitido a H.P.B. que entablase un proceso judicial contra sus difamadores. Sin embargo, era un mal sin remedio; no hubiera sido prudente obrar de otro modo que como lo hicimos.

Si los misioneros no dejaron a la señora Coulomb que persiguiese al general Morgan, no fue por falta de provocación, porque el *Madras Mail* del 29 de Abril publicaba su respuesta a la queja, renovando las injurias anteriores, y la desafiaba a que hiciese todo lo que quisiera. Al mismo tiempo, el editor advertía que la discusión quedaba cerrada en su diario.

Para distraerme, y según mi principio de oponer a una cosa desagradable otra más lúgubre aún, leí en esos días mucho sobre asuntos de hechicería y de los procesos de brujas en el siglo XVII. Un teósofo se siente aún más chocado que otra persona por las indignantes pruebas que esas tragedias presentan del fanatismo

humano, de los perjuicios estúpidos y de la más sombría ignorancia de las leyes de la vida, del espíritu y del alma. Da ganas de llorar al recorrer esos cuadros de ignorantes e inocentes mediums e histéricos, perseguidos, encarcelados, y hasta asesinados judicialmente, por el hecho de que ciertos fenómenos ajenos a su voluntad se efectuaban en su presencia, sembrando el pánico y el horror entre los testigos, tan ignorantes e impotentes como los mismos neuróticos.

D'Assier ha hecho buen empleo de algunos de los millares de casos conservados, y el profesor Charcot y sus colegas han basado argumentos sobre los archivos judiciales. Pero no tenemos más que hojear las páginas de Des Mousseaux y de la multitud de los escritores sobre los misterios psíquicos y mediumnicos para ver que existe un fondo inagotable de pruebas de intervenciones ocasionales de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y de mutua reacción entre los planos de los vivos y de los muertos.

CAPÍTULO XCV

EL CAPITULO DE LAS SIBILAS

Al cabo de cinco meses de permanencia, ya la señora Cooper Oakley vio que su salud sufría tanto en la India, que tuvo que dejarnos por entonces y regresar a su casa por prescripción médica. Nuestra pérdida fue recompensada por el beneficio que obtuvo el Cuartel General de Londres, donde en un clima menos debilitador, ella trabajó prodigiosamente.

Las noticias de Londres en esa semana fueron más calmantes, porque parece que, salvo el señor F. W. H. Myers, nadie presentó su dimisión. Sea que la opinión haya sido influenciada por el instinto popular de que no hay que fiarse en los peritos, o bien que obedeciera a un sentimiento instintivo de que una acusada debe por lo menos tener el beneficio de la duda, el hecho que acabo de citar era consolador para los colegas de H.P.B. El *Theosophist* de Junio cita la opinión del difunto señor Montagu Williams, abogado general, sobre el valor de esos informes de los peritos. Más tarde, un amigo me remitió desde Nueva Zelanda el libro del señor Williams: *Leaves from a life* (Macmillan &Co., 1890), y puedo demostrar, apoyándome en el testimonio de aquel abogado eminente, cuán faltos de fundamento eran nuestra pena y nuestro trastorno, al enterarnos de que el perito Netherclift había declarado que las cartas de K. H. eran falsificaciones de H.P.B.

Cuenta el señor Williams *(op. cit.* pág. 263), la historia de un juicio por difamación en tarjeta postal, entablado contra Sir Francisco Wyatt Truscott, por un tal Juan Kearn. El señor Williams era uno de los abogados del acusado. El demandante y una señora, afirmaban bajo juramento que reconocían la escritura, y los dos peritos profesionales, Carlos Chabot y F. G. Netherclift, fueron citados para consultarles. Ambos juraron positivamente que la letra de la tarjeta postal era con toda seguridad del acusado. Chabot hasta explicó al jurado en qué detalles de formas de letras, de rasgos y perfiles, de puntos sobre las íes, y de dirección de las líneas, basaba su opinión. Y Netherclift, favorito de la S. P. R., y exterminador de la Medusa H.P.B., dijo que: "había estudiado las escrituras más de treinta años... y que después de haber cuidadosamente comparado las letras (del acusado) con la tarjeta

postal, había llegado por su parte a la conclusión del escritor que era el mismo en los dos casos. Entregó *un informe en extremo cuidadoso, en el cual llamaba la atención. sobre las diversas similitudes entre la escritura de ambos documentos*, y durante el interrogatorio mantuvo firmemente sus conclusiones. ¡Pobre hombre! ¡La defensa hizo comparecer a un tal señor T. F. Smith, conocido de las dos partes, demandante yacusado, yque juró haber escrito de su mano la tarjeta postal como advertencia amistosa a Sir Francisco, sin intención maliciosa, no obstante, contra el señor Kearn! Su padre,T. J. Smith, sostuvo su declaración y presentó otras tres tarjetas postales escritas por su hijo. El regidor Swan Nottage, amigo del acusado y del testigo Smith, y que había recibido numerosas cartas del uno y del otro y conocía sus respectivas escrituras, juró que "la tarjeta postal había sido indudablemente escrita por el señor Smith y no por Sir Francisco". Agrega el señor Williams "que el jurado rehusó oír más testigos y dictó de inmediato una sentencia de absolución. ¡He ahí lo que valen los informes de peritos calígrafos!".

¡Así es!, y a pesar del proverbio árabe que dice que un consejo ofrecido huele siempre mal, me atreveré a recomendar a la S. P. R. que coloque en su biblioteca el libro del señor Williams y el informe del proceso Parnell, para edificación de aquellos que desean saber qué hincapié puede hacerse en las opiniones de los peritos calígrafos. ¡Pobre H.P.B., cuánto te han hecho sufrir aquellos malvados bajo el *knout* de sus peritos!

El viernes santo de aquel año, tuve una entrevista con un brahmán astrólogo telugu, que poseía el antiguo libro maravilloso de profecías llamado *Bhima Grantham,* y quedé muy asombrado de lo que leyó en dicho volumen. En el *Theosophist* de Mayo de 1885 (vol. VI, núm. 8) se hallará mi relato de aquella entrevista, con el título de "Libros sibilinos de los indos". Como las profecías no adquieren su valor sino después del acontecimiento, y una vez justificadas son una prueba importante de las facultades proféticas del hombre, tengo la costumbre de anotar todo lo que oigo decir de esas cosas, a fin de encontrarlo a su tiempo. Por eso publiqué en seguida las revelaciones del brahmán telugu, y como han pasado desde entonces trece años, resulta interesante ver de nuevo el *Theosophist* para ver lo que anunció y el resultado. Varios amigos nos habían dicho que ellos vieron en esas viejas ollas detalles de sus propias existencias y profecías que se realizaron al pie de la letra; habían podido verificar las interpretaciones del astrólogo leyendo ellos mismos en el libro. Esos

amigos me dijeron, además, que en el curso de su consulta se hizo alusión a sus relaciones con la Sociedad, y que en aquel libro se podía leer muchas cosas respecto a la Sociedad. Fue después de darme a conocer eso, que arreglaron una entrevista para mí, no sin mucha dificultad por parte del astrólogo, a quien sus prejuicios no permitían recibir a un europeo. Por fin cedió, no sin antes consultar al libro mismo, y ver el día, hora y minutos favorables para la entrevista, el número de testigos permitido y la posición que, de acuerdo con los puntos cardinales deberían ocupar el brahmán y el consultante. A la hora indicada, todos nos sentamos en el suelo en esteras a la moda inda. El libro, una vez despojado de sus envolturas, resultó ser un manuscrito corriente hecho sobre hojas de palmera, con los caracteres grabados con punzón. Me pareció muy viejo. Los bordes estaban descoloridos, y las letras ennegrecidas por los años. Dicho libro fue colocado ante mí, con los bordes de las hojas hacia arriba, y me dijeron que con las dos manos tomara el cordón de sujeción que pasaba por el agujero de cada hoja, que por el sitio del libro que yo quisiese lo introdujera entre dos hojas y que por allí debería abrir el libro. Así lo hice, y el astrólogo se puso a leer; lo que estaba escrito en aquella página y las siguientes. Uno de los testigos tomaba notas. He aquí lo que el libro decía: "El que consulta no es indo, sino de nacimiento extranjero. Cuando nació, la luna estaba en la constelación de las Pléyades y el signo de Leo en ascendente". A esto seguían algunos detalles sobre sacrificios que yo habría hecho en mi vida por el bien público, y después: "Con un colega, ha organizado una Sociedad para la propagación de la filosofía esotérica *(Brahmajnanam).* Ese colega es una mujer que tiene grandes poderes *(sakti),* pertenece a una gran familia, y como él, es extranjera. A pesar de ser tan bien nacida, ha abandonado todo también, y hace treinta años que trabaja con el mismo fin. Pero su karma es tal, que debe sufrir grandes molestias y angustias; es odiada por los de su raza (blanca), por quienes tanto ha trabajado". Después se hablaba de dos personas de raza blanca que habían sido amigos suyos, pero que después habían publicado sobre ella malas historias, y tratado de introducir dudas en el público respecto a la autenticidad de nuestro movimiento. "Se han mostrado muchos fenómenos en esa Sociedad, y ciertas cartas que los fundadores recibieron de sus Maestros, han sido hechas públicas indiscretamente: *tal es la causa de las molestias actuales".*

A continuación venía la profecía de que la Sociedad me sobreviviría muchos

años, y con sorpresa de mi parte, porque ni los amigos presentes ni el astrólogo sabían nada de ello, el libro hablaba de una entrevista privada, efectuada entre yo y otras dos personas (en casa del dewan Bahadour; ya conté eso en el capítulo precedente) llegadas el día anterior, citaba el tema de la conversación y anunciaba correctamente el resultado. "La Sociedad –decía el libro– atraviesa en este momento por un período sombrío que comenzó hace siete meses y quince días, y que durará aún nueve meses y diez y seis días; lo que en total hace para el mal período, exactamente diez y siete meses".

A partir del día de la entrevista, contando para atrás, llegamos a 1884, época del ataque de los misioneros contra H.P.B., lo cual está a favor del libro. Considerando los acontecimientos que posteriormente tuvieron lugar, la profecía relativa a la extinción del mal ciclo y al comienzo de uno mejor, se halla verificada. Lo que sucedió entre los dos fue mi jira por la India en 1885, que tuvo un gran éxito y aumentó nuestra lista de Ramas con 17 nuevas, lo cual no podía ser previsto por el astrólogo ni por los dos amigos indos que me lo presentaron. Aquel ciclo fatal de 1885 fue una crisis más seria que ninguna de las que después hayamos atravesado, ni aun la de la escisión de Judge, porque la Sociedad no estaba todavía organizada de un modo tan firme, no contaba con el mismo número de miembros, ni se extendía a tantos países como cuando su antiguo vicepresidente le dio desde el otro lado del Atlántico un golpe tan fuerte.

La pregunta que con frecuencia se me ha hecho acerca de lo que pienso de la Astrología, se presenta aquí naturalmente a propósito de este asunto. Debo responder, como lo hice siempre, que todavía no he recogido una suficiente cantidad de testimonios para darme el derecho a decir que creo o que no creo en ella. Hay muchas circunstancias en mi vida o en la de los demás que tienden a probar la verdad de esa pretendida ciencia, pero no en la cantidad necesaria para afirmar la creencia positiva de un hombre prudente. Aguardo, dispuesto a ser convencido, pero determinado a no decir que lo estoy sin tener todo lo preciso para ganar mi causa ante el jurado de los hombres de buen sentido. Parece que jamás podremos decir lo que hay en la Astrología mientras no sepamos lo que es la transmisión de pensamiento. ¿Quién podría afirmar que mientras yo estaba con aquel astrólogo telugu él no leía por clarividencia en mi mente y mi aura toda mi historia y lo que había de seguir?

Y a pesar de que se me permitió examinar el libro venerable de hojas de palmera, y que su contenido fue verificado por los dos amigos telugus que tomaban las notas, queda la puerta abierta a dos dudas: 1ª ¿Echaba ante nuestros ojos un velo de ilusión hipnótica para hacernos ver en las páginas lo que no había? 2ª ¿No sería un farsante que se había procurado informes sobre la Sociedad y sus fundadores, preparó nuevas hojas de palmera, las decoloró para envejecerlas, y las interpeló entre las otras? No es que estas hipótesis valgan gran cosa, mas no obstante, se deben tener en cuenta todas las posibilidades y suspender su juicio hasta encontrarse en posesión de todas las pruebas necesarias. El astrólogo –o su libro– se arriesgó a dar detalles precisos que será oportuno recordar de tiempo en tiempo para juzgar esa ciencia. Dijo que en la época de mi muerte, "la Sociedad tendría 156 Ramas principales, sin contar las pequeñas, y que el número de sus miembros sería de 5.000. Muchas Ramas serán creadas y disueltas de aquí a entonces". En cuanto a mí, yo habría de vivir a partir de esa hora (el 3 de Abril de 1885 por la tarde) "28 años, 5 meses, 6 días, 14 horas", lo que nos lleva a la mañana temprano del 9 de Septiembre de 1913. Es una afirmación precisa y categórica, ante la cual sólo cabe anotar el pronóstico y enviarlo al editor del *Theosophist* después del acontecimiento, cuando seguramente todo el mundo lo habrá olvidado. Me siento muy dispuesto a creer que la profecía resultará con un año o dos de diferencia. En cuanto a la situación de la Sociedad en esa época, debe haber error, porque ya tenemos unas 400 cartas constitutivas de Ramas vivas, y mayor número de miembros. En fin, allá veremos[22].

Los lectores a quienes interese el tema, hallarán en el artículo citado muchos datos sobre las sibilas romanas, de Cumas, y otras. Es un hecho histórico que los libros sibilinos contenían profecías tan precisas sobre el Estado romano, que durante más de dos siglos fueron confiados a la estrecha guardia de dos duumvirus, hasta que Sulla elevó su número a quince. No se les consultaba más que en los casos de gran crisis nacional. San Agustín *(Civ. Dei*, XVIn, 23) defiende su autenticidad, y los primitivos padres de la Iglesia hablan en general con respeto de ellos, porque se dice que anunciaban la venida, la vida y los sufrimientos de Jesu-Cristo.

[22] Tampoco se cumplió la profecía de la fecha porque el coronel Olcott murió el 17 de Febrero de 1907 a las siete de la mañana. En ese tiempo había en la sociedad unos 13.000 miembros. (N. del T.)

Cualquiera que haya podido ser el valor intrínseco de las revelaciones del astrólogo aquel viernes santo, lo cierto es que me alentaron en aquel momento de tristeza y contribuyeron para darme el ánimo necesario para efectuar mi jira de aquel año. Subba Row fue con el juez Srinivasa Row a consultar otro astrólogo de Madrás, igualmente poseedor de un *nadigrantham,* pero los resultados fueron poco satisfactorios, como lo contó al público en un artículo sobre los "Nadigranthams y sus intérpretes", publicado en el *Theosophist* de Julio de 1885. Era un esoterista en extremo esclarecido y adelantado, cuyas opiniones merecen la atención más seria. El astrólogo no consiguió dar una respuesta satisfactoria a ninguna pregunta, y lo que leía o pretendía leer en su libro no era más que un galimatías. De suerte que las dos consultas se equilibran y nos dejan tan lejos como antes de una respuesta satisfactoria acerca de saber si los nadigrantham merecen la elevada estimación que se les tributa en toda la India. Pero, en fin, tenemos las predicciones realizadas de mi astrólogo, y por otra parte el problema no resuelto de la telepatía y la clarividencia.

El señor Judge tomó parte en la discusión sobre ese asunto, y dio su opinión en un artículo sobre los nadigranthams en el *Theosophist* de Octubre de 1885. Sostenía que mi casa y el de Subba Row no son idénticos, que parece que yo había dado con un verdadero *nadi*, y el otro con un falso astrólogo y embaucador. "No está probado, decía, que todo nadi merezca confianza y que en cualquier caso se podría tener fe en él… ¿Se puede en realidad fabricar o procurarse libros de hoja de palmera tan fácilmente como se pretende? Yo digo que sí y que para ello hay por lo menos dos procedimientos" El presume en el astrólogo la facultad de previsión o de clarividencia, que le permite "dar todos los detalles muy fácilmente por medio de algunas cifras, letras o versos". Después dice que "es posible preparar ciertas figuras astrológicas para utilizarlas en días y horas determinadas, para ciertas categorías de preguntas. Puede sacarse gran número de respuestas y de predicciones que asombrarían a un consultante ordinario y que serían verdaderas tanto en el porvenir como en el pasado… Podría prepararse un gran número de hojas que permitirían responder en el acto a cualquier clase de preguntas", es decir, en la misma sesión.

Doy esto sin atribuirle más valor que el que por sí tenga, porque no estoy persuadido de que el señor Judge poseyese poderes muy notables de previsión

oculta. El intenso interés siempre creciente que hoy se ve en el mundo entero por la astrología y las ciencias "ocultas", excusa suficientemente esta larga digresión, que me ha alejado del episodio de la visita del astrólogo en la época de este relato histórico.

Como no tenía la intención de aceptar ciegamente las revelaciones del *Bhima Grantham* –el libro de marras–, y que no había tenido tiempo de tenerlo en la mano y examinarlo durante la sesión con el brahmán telugu, fui a buscarlo con Ananda a Mylapour. Me permitió examinar su libro a mi gusto. Si yo había tenido dudas sobre el pandit y pensado que podría haberme engañado intercalando hojas falsas entre las otras, quedé pronto tranquilo, porque todas las hojas eran con seguridad igualmente antiguas y usadas. Dicen mis notas: "He visto el libro, lo tuve en mis manos, examinándolo. Contiene respuestas a 300 preguntas y está escrito con un estilo de hierro sobre *ollas* de palmera. Tiene tal vez unos quinientos años y está redactado en telugu. No parece dudoso que sea auténtico". Y sin embargo, aumenta el asombro pensar que en sólo 300 respuestas el pandit encontrase algunas que se relacionasen con la historia y destino de la Sociedad. ¿Aquellos versos esperaban allí desde cinco siglos antes para ser leídos al consultante predestinado cuando se presentase en 1885? Esto parece sencillamente absurdo, y no obstante yo doy sinceramente todos los detalles de la entrevista, y estoy seguro de que mi informe será corroborado por el señor G. Soobiah Chetty, que actualmente ocupa un importante cargo en las aduanas marítimas de Madrás. ¿Entonces, cómo explicar ese enigma? ¿Por un previo arreglo fraudulento entre el pandit y los hermanos Chetty que me lo trajeron? Ellos ignoraban los hechos leídos –en apariencia o en realidad– en el *Bhima Grantham:* por ejemplo, la reunión privada en casa del dewan Bahadour, la naturaleza de la discusión, las resoluciones adoptadas y asimismo cómo resultarían los acontecimientos y en qué fecha exactamente darían sus frutos. En segundo lugar, si el pandit poseía la facultad de la visión psíquica, ¿puede decirse que interpretó las imágenes conservadas en la luz astral? Tercero: que tuviese el poder de forzar a elementales obedientes para que pusieran un velo de ilusión ante los ojos de los dos testigos telugus, para impedirles ver lo que había escrito en las hojas y hacerles leer frases por completo diferentes y relacionadas con la Sociedad y sus fundadores, tal como las que nos leyó? 0, por fin, porque no puedo imaginar

otra hipótesis, en lugar de ordenar a los elementos que nos ilusionasen, es posible que fuese él mismo un médium ordinario como el famoso Gavind Chetty de Kumbakonam y bajo el contralor de elementales u otras entidades que le hubieran hecho ver como agente pasivo lo que ellos querían que viese y no lo que había escrito en la página indicada. De todos modos, es un problema muy interesante.

El Consejo decidió, el 18 de Abril, terminar la construcción del antiguo "santuario" en el piso alto, que hice demoler a mi regreso de Europa, indignado contra su profanación por las conspiraciones de los Coulomb, y utilizarlo como biblioteca, reuniendo allí nuestra pequeña colección de libros. Este modesto plan fue pronto modificado por la rápida acumulación de manuscritos sánskritos y de libros de todas clases que comenzó en aquella época. Pronto se proyectó la erección de la biblioteca de Adyar, como lo veremos más adelante.

Mientras tanto, nuestra querida H.P.B. y sus compañeros iban en camino para Europa. Yo tenía noticias suyas desde las escalas, y de su llegada el 20 de Mayo a Nápoles, donde desembarcaron. Hallaron un alojamiento barato en Torre del Greca, cerca del Vesubio, y allí se instalaron para soportar el destierro lo mejor posible. Para estar en condiciones de responder a una de las asombrosas calumnias de la señora Coulomb, que pretendía que H.P.B. había dado a luz en El Cano un hijo ilegítimo; hice venir a una respetable mujer tamil que había ayudado a cuidar a H.P.B. durante su grave enfermedad, en Febrero, yque, como es natural, había podido conocer exactamente su estado físico. Como podían esperar todos aquellos que conocían íntimamente a H.P.B., el *ayah* se declaró en situación de poder jurar ante un tribunal que su antigua enferma no había sido madre jamás. Y hasta agregó que todo casamiento que hubiese contraído no había podido ser más que nominal. Mis lectores adultos comprenderán lo que quiero decir.

Por aquel entonces nos llegó de París la noticia de que el último de nuestros miembros honorarios franceses, Alfonso Cahagnet, acababa de morir. Era el único, con el barón Du Potet, y ambos eran en ciencias psíquicas autoridades distinguidas. El primer libro que leí de Cahagnet fue su *Telégrafo Celeste,* que apareció traducido al inglés en Nueva York hacia el 1851. Fue casi mi primera lectura sobre el tema de las facultades clarividentes y sobre las modernas visiones extáticas del mundo de los espíritus. Desgraciadamente, no tuve nunca la suerte de hablar con su honrado y entusiasta autor, pero me envió su fotografía y la de su mujer, la extática Adela,

que adornan las paredes de mi cuarto. Ninguno de mis visitadores sospechó nunca que la basta campesina del retrato fuese una clarividente, y mucho menos una alada visionaria, cuyos vuelos anímicos a través del espacio la elevaban a los planos superiores, donde se perdía entre una gran luz enceguecedora que hacía retroceder a los clarividentes menos etéreos, a quienes Cahagnet encargaba a veces de vigilar sus ascensiones. He citado en otro trabajo, a propósito de clarividencia, y según los libros de Cahagnet, su descripción de las angustias que él sufría al sentirse impotente para hacer volver al alma de Adela a su cuerpo cuando ella se sentía de tal modo sumergida en la esfera espiritual, que declaraba no querer entrar más en el "cadáver" que le parecía tan repugnante. Cuenta que el cuerpo hasta comenzaba a cambiar de color como un verdadero cadáver y a manifestar los primeros signos de la descomposición, mientras él, aterrorizado y afligido, usaba de toda su fuerza de voluntad para hacer volver al alma y no hallarse acusado tal vez de la muerte de una mujer a quien adorada. ¡Pobre hombre! Su infortunio es de los que cada uno puede conocer y que varios han conocido en efecto. Como último recurso, se puso a rogar a Dios, y eso le dió resultado. Es natural que eso debía dar resultado en un hombre de su temperamento, porque orando elevaba su conciencia y su deseo hasta el plano celeste que frecuentaba Adela, y entraba así en comunicación con ella, lo cual era imposible sirviéndose tan sólo de su poder intelectual. Para perseguir a un pájaro, hay que tener alas; no sirve para nada correr por la tierra.

Para ejecutar el plan de propaganda adoptada por el Consejo, salí de Madrás el 9 de Mayo para Vellor, en compañía de varios consejeros indos. El dewan Bahadour habló en tamil y yo en inglés, después los consejeros regresaron a Madrás, pero Dooraswany se quedó conmigo. Volvimos a Madrás el 18, y los resultados de esa corta jira por los alrededores fueron: una Rama despertada, una nueva Rama formada, diez nuevos miembros admitidos, y afirmado el movimiento de la Sociedad Teosófica en ese distrito.

El 21 dí comienzo a otra corta jira saliendo para Madura, donde dí una conferencia y admití a dos nuevos miembros. "Sin aquel desastre de los Coulomb –dice mi diario–, hubiera recibido a 20 ó 30". No obstante, mi visita detuvo la tendencia al retroceso, y como los dos hombres conquistados se hallaban en situación influyente, me sentí satisfecho. En Trichinopoly tuve un número considerable de oyentes, y de allí fui a Tanjore. Después de pronunciar dos

conferencias, fui a visitar, como de costumbre, la biblioteca real de Tanjore, que en otros tiempos fue la más rica colección literaria de la India, y que todavía es hoy sumamente importante; pero no es una visita alentadora, porque la biblioteca no es utilizada por los eruditos, porque en la época utilitaria en que vivimos, se ven escasamente recompensados por sus esfuerzos. Aquellos depósitos de los nobles pensamientos de los antiguos sabios, parecen graneros en los que se conservase hasta el tiempo de la siembra, los granos de los que germinarán las futuras cosechas.

Bastante fatigado por el calor y el viaje, extendí esa noche mi estera y mis mantas de algodón sobre las piedras del andén de la estación, y me dormí con un sueño profundo, a pesar de los trenes que pasaron hasta las tres de la mañana. Entonces salí para Kumbakonam, donde llegué dos horas después. Fui muy bien recibido en la estación y hablé esa noche en el Portet Town Hall ante numeroso auditorio atento y simpático. Kumbakonam, "el Cambridge de la India Meridional", es un centro de cultura, y también, como es natural, de escepticismo religioso, porque ambas cosas van juntas con harta frecuencia. Ataqué al agnosticismo materialista, defendí el espíritu de la Sociedad e hice ver su gran utilidad; en cuanto a H.P.B., la presenté como una valiente y fiel amiga de la India, y cuyos desinteresados esfuerzos en favor del país deberían avergonzar a la mayoría de los modernos indos cultos, que se conducían como si estuviesen avergonzados de haber nacido en el país de los Rishis, en lugar de sentirse orgullosos por ello. Es imposible decir si hice allí un bien duradero, pero con toda seguridad aquellos espíritus adormecidos fueron sacudidos por el entusiasmo momentáneo, y ¿quién puede medir las consecuencias del despertar, aunque sea por un momento, del sentimiento de los deberes descuidados y de las ocasiones que se van perdiendo? Mis oyentes del día siguiente, en el mismo salón, se manifestaron en extremo demostrativos; les hablé de los ídolos y del culto de los ídolos, desde el punto de vista de la ciencia psicológica. Había allí presentes muchos universitarios que no tenían una idea precisa del modo de transformar un simple trozo de piedra, de metal o de madera esculpida en una forma convencional, en una especie de dinamo psíquico, cargado de aura humana, y capaz de producir efectos psicológicos y fisiológicos sobre adoradores sensitivos. Ese procedimiento se llama en sánskrito *Prana Pratishtha* –concentración del poder áurico (prana)–, y es de intenso interés para el aficionado al magnetismo. Sin entrar en detalles, bastará decir que la imagen requiere una preparación que dura cuarenta días, y consiste en

quitarle todas sus impurezas naturales, y después saturarla de magnetismo humano purificado, del aura. Finalmente, para fijar en cierto modo esa reserva, es costumbre que el adepto que opera, o el brahmán principal, prepare o haga grabar en una lámina de cobre un símbolo geométrico llamado *chakram,* donde la concentración de una voluntad adiestrada encierra un poder mágico[23]. Esta lámina de cobre se coloca bajo la imagen cuando se la coloca en su sitio, y se deja allí mientras el templo permanece en pie. Ahora bien, cuanto más puro y sabio es el consagrador, más real efectiva y permanente es aquella infusión de *Prana* en la imagen; y cuanto más cuidadosamente preparado y colocado es el *chakram,* tanto más persistente es la eficacia de esa batería de acumuladores de poderes divinos.

Por lo que precede se ve que el buen obispo Heber puede ser tachado de más o menos infantilidad cuando dice:

"El pagano en su ceguera

adora la piedra y la madera".

El hecho es que el pagano no es ciego, ni adora la piedra y la madera, todo lo contrario, quien es ciego es el misionero ordinario, que resulta ser el único ciego porque no sabe nada de esos poderes, de esos símbolos ni de esas ceremonias que ridiculiza.

En Cuddalore hice mi última etapa y hablé acerca de los ídolos; en el templo, rodeado de ellos. Y el primero de Junio llegué a Adyar, sintiéndome feliz por haber evitado una insolación o un ataque de apoplejía a pesar de la temperatura sofocante, y de haber hecho tanto para restablecer los antiguos sentimientos de simpatía hacia nosotros en la India Meridional.

---

[23] Acerca de las relaciones ocultas entre los signos geométricos y los Poderes de 108 reinos elementales, véanse los libros clásicos de magia occidental.

CAPÍTULO XLVI

PARTIDA DEFINITIVA DE DAMODAR

Como en el programa de ese año figuraba una jira oficial por la India septentrional, me embarqué para Calcuta el 3 de Junio en el vapor francés *Le Tibre.* Fue para mí un feliz alivio el hecho de encontrarme en el mar respirando sus brisas y su ozono, después de mi reciente jira por el Sur con su polvo y sus multitudes, acompañados de ansiedad mental y tensión física. Nunca como en aquella ocasión cambié tan alegremente la tierra por el azul profundo de la bahía de Bengala, aunque a veces me había tratado bastante mal.

Hallábame entonces en lo más fuerte de la batalla por la salvación de la Sociedad, sentía que mi valor y mi fe crecían con los obstáculos, y todo el mundo comprenderá el efecto físico y mental que produjo esa escapada temporal del esfuerzo de mi carrera pública. Parecía que mi cuerpo aspirase la vida de esa madre física de toda vida terrestre, la mar, donde maduran todos los gérmenes. De buena gana hubiera exclamado con Uhland:

"Toma, ¡oh nauta!, un salario triple.
De corazón te lo doy; tómalo, amigo,
porque aunque a tus ojos eran invisibles,
dos fantasmas han pasado conmigo".

El tiempo era hermoso, el mar estaba en calma y yo estaba descansado y fresco cuando desembarqué en Calcuta el día 6 a las cinco de la mañana. Unos veinte amigos me esperaban para darme cordialmente la bienvenida. Una concurrida reunión de Rama se efectuó al otro día por la noche, y todas las tardes estuve ocupado con gran número de personas que acudían a visitarme. En lugar de perder miembros, casi en seguida comencé la admisión de nuevos candidatos, pero como mi primera conferencia pública habría de ser en Darjeeling, al segundo día tomé el tren para aquella población metida en las montañas. El viaje no dura más que veinticinco horas, y apenas se tiene tiempo para prepararse antes de llegar, al enorme cambio de temperatura. Es una excursión encantadora siempre que haga buen tiempo y que sea antes de la época de las avalanchas en la montaña.

Toda la Rama de Darjeeling me aguardaba en la estación con el excelente y joven millonario filántropo, hoy ya difunto Tej Narain, fundador del próspero Colegio Anglo-Sánskrito, que lleva su nombre y perpetúa su memoria. Era un antiguo conocido mío, y la fundación de su Colegio es una prueba directa de la influencia de nuestros llamamientos al corazón y la conciencia de los indos. Tej Narain llevó consigo para que me conociera a Sarat Chandra Das, hoy célebre como fundador y secretario honorario de la Buddhist Text Society; y muchos otros venían cada día. Sarat Chandra Das es uno de los hombres más interesantes con quien uno puede hablar, si se trata del Thibet y del Buddhismo del Norte, porque sobre esos temas sabe más que nadie en la India o fuera de ella. Estaba al servicio del Gobierno y encargado de una escuela de bhoutias y de sikkimis en Darjeeling, y había aprendido bastante bien el thibetano, cuando se le ocurrió tratar de hacer lo que había sido un fracaso para tantos exploradores: llegar a Lhassa, la misteriosa capital del Thibet. Emprendió el viaje en calidad de pandit y doctor indo, y consiguió su objeto. Además trajo varias versiones thibetanas de libros santos del Buddhismo primitivo y un conocimiento muy completo de los thibetanos, los lamas, las ceremonias religiosas y los días de fiesta, sin hablar de la geografía del Thibet de la parte comprendida entre la frontera inda y Lhassa. Sus notas sobre esto último necesitaron muchos cuidados y astucia para poder ser reunidas y conservadas. Por ejemplo, como no podía servirse de cinta métrica, calculaba las distancias contando sus pasos por las cuentas de su rosario. Sus dos informes al Gobierno indo son sumamente interesantes e instructivos, y pueden ser comparados a lo mejor que haya en el género, escrito por los más famosos exploradores; y, cosa rara en un oriental, no se halla en ellos exageraciones ni extravagantes hipérboles. Véase el *Mahavamsa.* A medida que aumentaba la confianza entre nosotros, me contaba las cosas más interesantes sobre la magia blanca o negra de los lamas "amarillos" y "rojos", que corroboran ampliamente las afirmaciones de los abates Huc y Gabet, así como las de la señora Blavatsky. Pero hallándose al servicio del Gobierno, él cree que si comunicaba al público lo que varias veces me dijo y que en mi presencia repitió a la señora Besant, su reputación de observador científico quedaría comprometida, y sus intereses podrían sufrir; en una palabra, ve las cosas desde su punto de vista personal, y desde hace muchos años oculta la verdad porque no se atreve a revelada. Pasó trece meses en Teshou Lumpo en la casa del Teshou Lama,

que ocupa el segundo lugar en la jerarquía de los lamas. De allí hizo el viaje a Lhassa bajo favorables auspicios, vio al Dalai Lama, que es el soberano Pontífice; habló con él y trajo de su viaje memorable, manuscritos, libros impresos y otros recuerdos. Fue tan amable que me dio una de las bufandas de seda flexible que el Teshou Lama echó sobre sus manos al recibirle, según la costumbre del país, mientras él las extendía juntas como signo de saludo respetuoso. Dicha bufanda está entre nuestras curiosidades. En la tela se ve tejida la imagen del Señor Buddha sentado con sus dos discípulos, Sariputra y Mogallana. a derecha e izquierda.

El príncipe de Nuddea, que era muy joven, vino a verme y pasó conmigo dos horas largas; parecía contento de hallarse bajo la influencia de alguien que amaba a su país y a su pueblo. Su ayo, brillante universitario, era un perfecto escéptico y librepensador, de suerte que para el provecho religioso que el príncipe sacaba, lo mismo hubiera sido que fuese educado por uno de esos preceptores europeos descreídos que han hecho fracasar las disposiciones piadosas de sus reales discípulos. Podría citar nombres si quisiera o si eso pudiera servir para algo, pero en el tren que llevan las cosas, los amigos de la India no pueden menos que afligirse con el espectáculo demasiado frecuente de los herederos de los tronos antiguos, guiados fuera del camino de sus antepasados, Y transformados en jugadores de billar, buscadores de placeres, irreligiosos, sicofantas de los blancos, en lugar de ser alentados a proteger los hombres religiosos, los eruditos y la literatura clásica de la India que, en el buen tiempo antiguo, iluminaba con su esplendor las cortes donde sus adeptos eran huéspedes de honor. No tienen la culpa esos pobres niños, sino el sistema de europeización cuya dominadora influencia sufren, sistema que tal vez sea bastante bueno para príncipes occidentales de los que no se espera verlos brillar como ejemplos de piedad, pero malo para jefes indos llamados a reinar sobre millones de súbditos asiáticos aún no maleados. Un día visité un colegio de raja –kumaras en la India septentrional –o sea un colegio donde se educan los hijos de los principales nobles y de los príncipes– y fui conducido a través de las clases por el director, que era el más liberal de los maestros europeos que haya visto en mi vida. Me pidió que hablase a los jóvenes, y traté de inculcarles el sentido de las responsabilidades impuestas por su nacimiento principesco; les recomendé que imitasen los ejemplos de Ykshavaku, Harischandra yDharmaputra, más bien que a aquellos de nuestros príncipes contemporáneos cuyas riquezas acumuladas son

disipadas en pasajeros placeres y cuyo espíritu no se ocupa jamás con pensamientos santos. Después supe por uno de aquellos jóvenes que mis improvisadas observaciones les hicieron tanta impresión que formaron entre ellos una sociedad para alentarse mutuamente a llegar a ser buenos jefes indos y dejar el recuerdo de un nombre respetado. Admitiendo, lo que es probable, que por falta de apoyo mi influencia haya sido efímera, creo de todos modos que era una buena cosa haber sembrado la semilla de un elevado ideal en aquellas receptivas almas de jóvenes, y que la formación de dicha sociedad es una indicación de que la adopción de tal sistema seria una gran bendición para la India. No debemos de ocupamos mucho por la objeción de que sería una mala cosa fomentar en aquellos futuros pequeños potentados la idolatría y las supersticiones groseras, porque sólo podría provenir de personas que no saben o no quieren confesar que el lndoísmo interpretado por la Teosofía no es una superstición, y que el culto de los ídolos tal como es practicado no tiende a degradar los elevados conceptos del Ser Supremo que nos presentan el Gita y los Upanishads. Lo que hay que desear es que no sólo los príncipes, sino que todos los indos inteligentes comprendan la dignidad de la religión comunicada a los aryos en el actual Manvantara, y el verdadero significado de sus historias religiosas, de las fábulas indígenas y de los símbolos esculpidos que enseñan por medio de lecciones de cosas cuidadosamente escogidas, el poder sin límites, la sabiduría y la justicia de la Unica Realidad Divina.

Damodar Mavalankar es una de las figuras más conocidas de la historia de los comienzos de la Sociedad Teosófica en la India, y con frecuencia se habló de él en estas memorias. Durante mi viaje por Birmania partió definitivamente de Adyar el 23 de Febrero de 1885, embarcándose para Ca1cuta en el vapor *Clan-Graham,* con la intención de ir al Thibet por Darjeeling. Esto sucedía treinta y seis días antes de la también definitiva partida de H.P.B. para Europa. Cuatro personas de este lado del Himalaya tuvieron voz en el capítulo; tres de ellas fueron H.P.B., Subba Row y Majji de Benarés. La principal fue, como es natural, H. P., B., porque Subba Row sólo tuvo que responder a unas preguntas, y Majji que dar algunos informes clarividentes. No daré el nombre del cuarto personaje, sólo diré que es igualmente conocido de ambos lados de las montañas yque hace frecuentes viajes religiosos entre la India y el Thibet. Damodar esperaba obtener permiso para acompañarle cuando regresara a Lhassa, aunque su constitución de naturaleza delicada se hallaba

agotada por el exceso de trabajo, y que se habían manifestado en él tendencias a la consunción y tuvo algunas hemorragias. Después que nuestro querido amigo salió de Darjeeling, circularon los más inquietantes rumores; decíase que había perecido tratando de transponer las montañas. En la primera semana de Julio se me dijo desde Chumboy, Sikkim, que se había encontrado en la nieve su cadáver rígido y helado; y a poca distancia de él su traje. A pesar de lo poco probable de que se hubiese despojado de sus ropas para morir, y en aquel clima, muchos dieron crédito a la historia, en especial los que no creían en la existencia de la Logia Blanca, y que deseaban arrojar sobre nosotros la idea odiosa de que habíamos dejado sacrificar su vida a un joven fanático en una empresa vana. ¡Pues bien! Soportamos eso con toda la paciencia que nos fue posible, como lo hemos hecho antes y después de aquello con otras historias mal intencionadas de la misma clase. Pero en Darjeeling, aprovechando la buena voluntad de Sarat Chandra Das, que me sirvió de intérprete, tuve una larga conversación con el jefe de los coolies, que acompañaron a Damodar al Sikkim y que trajo de regreso su equipaje superfluo y su diario de bolsillo. En vista del valor de sus servicios pasados ydel importante papel que puede ser llamado a desempeñar en el porvenir de nuestro movimiento, creo que haré bien en publicar aquí los principales pasajes del diario.

Diario de Damodar

"23 *de Febrero de* 1885. – Embarcado por la noche en el *Clan-Graham* para ir a Calcuta.

24 *de Febrero.* – Se levó anclas antes de las seis de la mañana. No he sufrido mareo.

25 *de Febrero.*–Hice conocimiento con el médico de a bordo, y que parece ser un hombre encantador, pero que no se ocupa de filosofía ni se interesa por ella, aunque posee la capacidad necesaria si quisiera desarrollada.

27 *de Febrero.* – Llegué a Calcuta hacia las cuatro de la tarde; fui recibido en el muelle por Norendro Babú y otros, a quienes conté mi enfermedad y que me era necesario un cambio de aires[24].

[24] Naturalmente, para disimular el verdadero objeto de su viaje. (E. S. O.)

A esto siguen algunas notas relativas a sus conversaciones con amigos, su visita a la Rama local y su opinión sobre su actividad, que no es muy favorable. Después salió de Calcuta para visitar otras Ramas en Berhampour y Jamalpour. Leo que una vez en Calcuta y otra en Jamalpour, fue reconocido por personas que lo había visto en sueños, experiencia que personalmente he tenido en diferentes países. Dice que los hermanos de Jamalpour le hicieron preguntas mucho más inteligentes que los de Calcuta, demostrando así que habían reflexionado profundamente en los grandes problemas de la vida.

8 *de Marzo.* – Llegué a Benarés, fui al ashrama de Majji. Hablé largo tiempo con ella por la mañana y la tarde. Me habló de Subba Row y me dijo cosas que él me había recientemente confiado a solas. Habló también en Banraji y contó cosas conocidas tan sólo de la señora B. y de mí. Dijo otras cosas notables.

9 *de Marzo*.–Proseguí las conversaciones con Majji. Ella habló de los retratos de los Maestros en el Cuartel General y me dijo muchas cosas sorprendentes. Cuatro teósofos de Benarés vinieron por la tarde. Los discursos de Majji son muy interesantes e instructivos. Por la tarde me habló de Subba Row y de su Gurú.

10 *de* M*arzo.* – He comenzado a usar interiormente una medicina preparada por ella. Durante el día hablamos solos. Dice que la seora B. no morirá todavía antes de un año o dos. Que cuando muera se reencarnará probablemente en la familia de Subba Row y reaparecerá en la vida pública al cabo de diez años[25].

11 *de Marzo.* – Seguimos hablando. A la tarde asistí a una reunión de Rama. El munsiff de Benárés es el presidente. Todos los miembros son nuevos, pero serios e intelectuales. Más tarde Majji me mostró un retrato de su padre, precipitado después de su muerte.

12 *de Marzo.* – Tuvimos una conversación por la mañana y otra al mediodía absolutamente privada en su *gupha* (caverna), durante la cual discutió los proyectos en vista y las personas con ellos relacionadas. Me dijo cosas emocionantes, de las cuales una se relaciona con el porvenir. Dice que hasta dentro de unos quince días no debo reunirme con… (el personaje con el cual él deseaba ir al Thibet), pero que entonces se decidirá si debo ir más lejos.

[25] Como ninguna de las dos profecías se realizó, es menester desconfiar de todas las predicciones de Majji a Damodar. Ella también me predijo a mi que H.P.B. moriría en el mar en el período de dos años y no hubo tal cosa.

13 *de Marzo.* – Salí de Benarés a las once de la mañana. Viajé un día y una noche, llegué a Calcuta la mañana siguiente.

La quincena siguiente la pasó en Calcuta, y su diario registra las visitas cambiadas y las conversaciones sostenidas en diferentes ocasiones.

30 *de Marzo.* – Recibí un telegrama de... por... diciendo que ahora puedo ir a Darjeeling y que el asunto se arreglará.

Partió el 31 y llegó a Darjeeling el 1ºde Abril, cordialmente recibido por nuestros miembros, y fue huésped de Chatra Dhar Ghose Babú, uno de nuestros excelentes colegas. Tres días después, un representante del personaje que salía para Lhassa, vino a verlo y le dijo que estuviera preparado, si bien todavía no estaba fijado el día de la salida. Damodar vio al emisario varias veces y convino con él todos los detalles. Por fin los viajeros llegaron el 8 y Damodar recibió la orden de ponerse en camino, lo que hizo como lo muestra la nota siguiente.

13 *de Abril.* – Salí de Darjeeling a las diez y quince de la mañana, y llegué a Runjeet esa noche (unas 11 millas). Etapa.

14 *de Abril.* – Salí de Runjeet como a las siete de la mañana. Comí el arroz (roto su ayuno) en Tasding, como a una milla y media del puente de Tasding. Llegué a Vecha, que está más o menos a cuatro millas más allá de Kalingpong, por la tarde, a eso de las seis. Pasé la noche en un establo de vacas.

15 *de Abril.* – Salí de Vecha después del café de la mañana. Comí el arroz (bhat) en Podaon, donde encontré al Babú Upendranath Mukhopadhyana. Llegué por la tarde a Renanga, desde donde hice que se volviera el coolie de... con la jaca.

16 *de Abril.* – Al otro día tomé el bhat temprano en lugar de café, y fui sin hacer alto hasta Sarangthay, como a una milla más allá de Dichbríng. Llegué a las cinco, me acosté en una casa bhoutia.

17 *de Abril.* – Dejé Sarangthay por la mañana, después de haber comido el *bhat,* y llegué a Bhashithang por la tarde, hacia las cinco. Queda a unas dos millas de Ranevon, que está sobre una colina al pie de la cual se halla el pueblo.

18 *de Abril.* – Salí de Blashithang por la mañana, después del *bhat*. Llegué como a las cuatro, a la margen del río Dichoo, a un sitio llamado Doomrah, a unas tres millas de Longhoo. Hay que subir aproximadamente unas cinco millas para encontrarse en la

capital del Raja de Sikkim. Pasé la noche cerca del río.

19 *de Abril.* – Partí del río después del bhat y llegué a Sikkim al mediodía. De acuerdo con el... (la persona con la cual debía viajar). Le he visto durante una hora después del mediodía. No se dijo nada de particular. Debemos tener una conversación mañana. Otra entrevista con él esa tarde. Mañana me dirá positivamente cómo llevar a cabo mi proyecto. El saldrá de Sikkim pasado mañana.

20 *de Abril.* – Otra conversación con él.

21 *de Abril.* – También le vi hoy. Yo quería salir para Longoo. pero desea que me quede hasta mañana, que él estará algo más desocupado.

22 *de Abril.* –Salí de Sikkim por la mañana, como a las diez. Llegué a Kabi a las tres. (Aproximadamente a media milla de Longhoo). Pasé allí la noche. El... dice que él todavía no me había conocido bien, pero que estoy destinado a una obra importante para dentro de un mes o dos; que seré probablemente algún gran lama thibetano reencarnado en el Thibet. El Karma es grande.

22 *de Abril.* – Tomé el bhat por la mañana y salí solo de Kabi, devolviendo mi equipaje a Darjeeling con los coolies".

Aquí termina el diario, y esas son las últimas palabras escritas que poseemos de aquel joven brahmán fiel, noble y entusiasta, que desde que se reunió con H.P.B. y conmigo en Bombay, no había vacilado en su celo y energía por el bien de la humanidad. Jamás latió un corazón más noble en un pecho humano, y su partida fue uno de los golpes más duros que hayamos soportado. Como anteriormente lo dije, había minado su constitución con un trabajo oficial incesante, y cuando salió de Adyar había comenzado a escupir sangre y a mostrar los síntomas de un rápido decaimiento. Sin embargo, con un indomable valor emprendió aquel rudo viaje a través del Himalaya, indiferente al frío cruel, a las rachas de nieve, a la falta de abrigo y de alimento, en un ardiente deseo de unirse con el Gurú, que había visto por vez primera en su adolescencia durante una enfermedad, que después perdió de vista durante muchos años, pero que de nuevo encontró poco después de ingresar en la Sociedad Teosófica, cuando sus facultades espirituales se desarrollaron y se hizo capaz de verlo en el *sukhsmasarira,* lo que tan fuertemente lo ligó a H.P.B. y lo hizo fiel en absoluto, fue el descubrimiento de que aquel Gurú era uno de los Adeptos ocultos detrás de nuestro movimiento, el asociado íntimo de "Upasika", como en adelante

llamó él siempre a H.P.B.

Obtuve del jefe de las coolies de su escolta detalles del mayor interés. Después de haber devuelto la jaca a Darjeeling, Damodar trató de continuar su camino a pie por las abruptas pendientes del sendero de montaña, pero sus fuerzas le abandonaron pronto, y los coolies le llevaron a la espalda turnándose. Para disimular sus relaciones con el funcionario thibetano que le había prometido su protección, Damodar había recibido la orden de ir delante dos días de marcha y esperar que el otro lo alcanzara. Los coolies fueron despedidos para Darjeeling a fin de evitar que fuesen testigos del encuentro. Damodar no quiso conservar otras ropas que el traje de asceta que llevaba, ni el arroz, la harina, el mijo y otras provisiones semejantes, que sus amigos le habían procurado. Sólo aceptó que el jefe de los coolies le cociese una docena de *chapaties* o tortas sin levadura. La última vez que los coolies le vieron, avanzaba penosamente con el rostro vuelto hacia la frontera del Thibet, y después desapareció en una vuelta del camino. Al volver, los coolies encontraron al personaje que seguía a nuestro querido muchacho, y el *jedadar* supo más tarde que el encuentro se había efectuado y que la caravana proseguía su camino por la garganta de la montaña.

Es muy posible que se hayan encontrado en la nieve las ropas de Damodar, porque se había convenido que se le proveería de un traje thibetano, de víveres, de los medios de transporte y otras cosas necesarias. Pero el descubrimiento de su cuerpo es otra cosa. Con seguridad es una falsedad. Puede haber sido abandonada allí una maya de su cuerpo para hacer creer que el peregrino había sucumbido, pero tengo razones para creer que llegó al fin sano y salvo, y que después quedó bajo la protección de su Gurú. Sin embargo, hasta el presente, desde el punto de vista de las comunicaciones que con él podrían tenerse, según los métodos corrientes, es lo mismo que si hubiera muerto, porque es inaccesible por el correo, el telégrafo o los mensajeros. Aunque ha escrito tres veces a dos personas de la India, se halla tan fuera de nuestro alcance como si su cuerpo se hubiera sumergido en alta mar en una hamaca lastrada, y me he rehusado a responder a las preguntas más insistentes para que revelara su lugar de refugio o la posible fecha de su regreso. Esto por cuanto yo ignoro cuándo o si jamás debe volver entre nosotros. Mas yo lo creo y no me sorprendería, que regresara cuando H.P.B., reencarnada y cambiada igual que él hasta el punto de no poder ser reconocida, reanude su obra interrumpida el día del Loto Blanco de 1891.

No sería razonable pensar que los Señores del Karma retendrían a los más activos

servidores tesóficos, sin que hiciesen nada en otros planos de existencia, cuando los llamamientos del mundo doliente, que pide ayuda y luz, suben hasta sus celestes moradas.

Su mayor deseo y principal deber es ayudar a la raza humana a subir el sendero que conduce a los niveles superiores donde las ilusiones, nacidas de la ignorancia espiritual, se marchitan y perecen como flores quemadas por la helada.

CAPÍTULO XLVII

DE NUEVO EN LA INDIA SEPTENTRIONAL

Yo no tenía ninguna gana de cambiar el fresco y reconfortante clima de Darjeeling por la temperatura ardiente y húmeda de las llanuras, pero me quedaban todavía muchos centenares de millas por hacer antes de dar por terminada mi jira y poder reposar de nuevo en mi verde Adyar, el de las refrescantes brisas marinas, y del río que corre precisamente bajo mis ventanas. De suerte que después de nuevas conversaciones con el viajero thibetano, de varias recepciones y de dar una conferencia pública en el Town Hall, bajé de la montaña hasta Siligouri, empalme del ferrocarril del Himalaya con el del Norte de Bengala, y me sumergí en una temperatura muy molesta de 36º. Me hizo el efecto de entrar en un invernáculo una mañana fresca. De todos modos, había que trabajar, y esa misma noche organicé la Rama de Siligouri, y hasta muy tarde permanecí hablando y respondiendo a los enigmas metafísicos que en estos países gustan de plantear, después de lo cual dormí en el andén de piedra de la estación, que fue lo más fresco que pude hallar –digamos lo menos caliente– en materia de dormitorios.

Entre las pequeñas estaciones en las que después me detuve, mencionaré sólo un lugar al que tuve que ir desde Nattore en palanquín el más innoble de los medios de transporte, según creo, para un hombre sano. Imaginaos que vais acostados de espaldas, cómodamente, fumando o dormitando, en una caja que se parece a un féretro y que es llevada por medio de pértigas sobre los hombros de seis u ocho coolies de pequeña estatura, bajo una lluvia fuerte, por un camino de arcilla pegajosa, haciendo 28 millas en nueve horas y media, mientras los desgraciados cargadores canturrean jadeando durante todo el camino una canción monótona, a menos que no giman para excitar vuestra compasión y obtener una propina, y decid si no tengo razón. Es cierto que están habituados a ello desde su infancia y que al final de un viaje de esos llegan al lugar indicado al trote largo. De todas maneras, yo no dejaba de sentirme avergonzado de mí mismo por más inocente que yo fuese de aquel sistema.

"Palabras, palabras, palabras"–dice mi diario– con las personas ilustradas del

lugar, comprendiendo a un alemán profesor de física del colegio local, después la conferencia pública de rigor y las admisiones de nuevos miembros. El regreso a Nattore fue todavía peor que la ida, porque salí a las dos de la tarde y llegué a las dos de la mañana! Al mediodía estaba en Calcuta y de la estación fui directamente a Bhowanipour a fin de ver a Majji que había venido de Benaré para visitar a Nobin Bannerji y su familia. Hablé tres horas con ella actuando Nobin de intérprete, y me dijo que Damodar se encontraba en ese momento a cuatro días de camino de Darjeeling. Ahora sabemos por su diario, que no era cierto, de modo que es un nuevo testimonio de la inexactitud de las revelaciones de Majji y lo siento. Durante la quincena que pasé en Calcuta la vi todos los días y su conversación me interesó siempre mucho. Continuamente estaba rodeada de un círculo de personas que le hacían preguntas, y sus respuestas demostraban su erudición y penetración. Sus modales atrayentes y su voz simpática, aumentaban su popularidad. Además, tenía la aureola de reputación de la posesión poderes místicos que en la India va unida a todo respetable yogi o yogini que sea una supervivencia de las tradiciones de los tiempos antiguos. Es menester que poseyese dichos poderes en cierta medida, puesto que vimos que en 1879, cuando la conocí, antes de que en la India se supiesen las relaciones de H.P.B. con dos determinados Adeptos, me dijo acerca de ellos cosas que no podía haber sabido por una tercera persona, y en el diario de Damodar vemos que se sorprendió por lo que le dijo de Subba Row y de otros. Mi primer entusiasmo fue causa de que varios indos se convirtieran en discípulos suyos y la hicieran célebre en Bengala y el Behar, así que como es natural, yo estaba deseoso de verla sostener plenamente su reputación de mística; si ella no lo hubiera hecho no es culpa mía.

La comisión local me hizo dar conferencias en todos los barrios de Calcuta durante mi estancia de dos semanas. Entre otros temas, me hicieron tomar la defensa del Indoísmo contra los misioneros que lo tachaban de superstición grosera y de inmoralidad. Los que tengan un conocimiento, por superficial que sea, de la enseñanza ética de los antiguos sabios aryos, apenas podrán creer que el jefe de la misión escocesa en Calcuta tuvo el descaro de imprimir la afirmación de que el Indoismo tiende a que los hombres se hagan mentirosos y las mujeres desvergonzadas. Lo hizo y me tocó refutar aquella ultrajante calumnia. Se invitó a lo más selecto de la sociedad inda para que oyese mi conferencia, que fue el 3 de

Julio, en casa del venerable y noble erudito, el Raja Radhakanta Deb Bahadour, autor del gran diccionario: el *Sabdakalpadruma.* Creo que todos los sabios indos de la ciudad estaban presentes y no tuve ningún trabajo para ganar mi causa.

Muy lejos de alentar la mentira, la impureza u otros vicios, los Shastras están llenos de exhortaciones a conducirse bien y esforzarse por alcanzar el más elevado ideal. Manú (VI, 92) enumera el "décuple sistema de los deberes virtuosos", a saber: contento; abstención de todo mal hecho a otro, beneficencia activa y devolución de bien por mal; resistencia a los apetitos sensuales; abstención del robo y de la ganancia ilícita; pureza, castidad y limpieza; adquisición de la ciencia; adquisición de la Sabiduría Divina; veracidad, honradez y fidelidad; supresión de la cólera y del odio. Algo más adelante dice: "Persevera en la virtud, domina tus pasiones, da limosna prudentemente; sé dulce, soporta paciente la adversidad; no escojas tus compañías entre los malos y no hagas sufrir a ninguna criatura sensible". Y también (II, 239. IV, 178): "Camina por el sendero de las personas honradas, el camino que siguieron tus antepasados. Toma en todos ejemplo de buena conducta, porque el néctar se extrae del veneno; de un niño se aprende la dulzura del lenguaje, de un enemigo la conducta prudente, y de las escorias se extrae el oro". Asimismo dice: "Aunque te halles reducido a la pobreza como consecuencia de tus buenas acciones, no abandones tu espíritu al mal". También leemos en los *Upanishads Taittiriya, Mundaka, Sandilya,* esta regla: "Di la verdad. Sólo la verdad subsiste, no la mentira. No hay moralidad o religión superior a la verdad. No hay nada más elevado que la verdad". De ahí sacó su divisa la familia real de Benarés, – y que yo adopté para la Sociedad Teosófica con permiso del Maharajah. "La misericordia es el poder del hombre virtuoso", dice el *Vishnú Purana*(I, 23), axioma que hace pareja con la noble definición de la piedad que Shakespeare pone en boca de Porcia.

Y cuán poético y conmovedor es aquel sentimiento extraído del *Hitopadesha:* "Un hombre bueno no piensa más que en hacer bien a todos y no conserva sentimientos hostiles hacia nadie, ni aun en el momento en que es víctima; del mismo modo el árbol de sándalo vierte su perfume sobre el filo del hacha que lo abate". Manú (VI, 47) llega hasta decir: "Cruelmente tratado, no respondas con una crueldad, responde en cambio a las injurias con bendiciones". ¿Hay algo más noble que esto en las otras Escrituras? Y podríamos multiplicar las citas de las

enseñanzas de los sabios aryos, para probar la gran injusticia de los que creen con los misioneros de Calcuta que la religión inda sostiene las tendencias viciosas. ¿Cómo pueden semejantes personas esperar que van a convertir a su religión a los indos inteligentes? Puede juzgarse del grado de simpatía del público indo hacia nosotros, leyendo que mientras mis oyentes se contaron de a 1.500 y 2.000, en cambio sólo asistieron unas veinte personas, todas cristianas, a un discurso de polémica pronunciado después de mi partida por uno de los más capaces predicadores del partido misionero.

Salí de Calcuta el 7 de Julio, y el 12, en Bhagalpur, encontré a Badrinath Babú, mi antiguo enfermo de Calcuta, el ciego al cual devolví le vista, como probablemente el lector recordará ¡Pues bien!; lo encontré otra vez ciego. No había conservado la vista más que seis meses, y después lo envolvieron de nuevo. las tinieblas. Como antes, un pequeñuelo lo condujo a mi presencia, y me miró con esa expresión inexpresablemente conmovedora que tienen los ojos que no ven. Esto me dio mucha pena y no tenía ninguna esperanza de aliviarle. No obstante, le hice entrar, y haciéndole estar de pie comencé la misma serie de operaciones que tan buen resultado me diera dos años antes. Con la punta de los dedos toqué sus ojos cerrados, a veces con los de una mano, a veces con los de las dos. En el primer caso eran los de la mano derecha, mientras le aplicaba la mano izquierda en la nuca. En seguida le di pases ante los ojos y la frente, y finalmente le soplé los ojos suavemente con un tubo de vidrio. Como es natural, durante todo ese tiempo yo deseaba fuertemente que recobrase la vista. Al cabo de una media hora, tuve la alegría de oírle preguntar: “¿Eso es una mesa, ahí detrás de usted?” Lo era, y poco a poco la luz bienhechora atravesó sus tinieblas hasta que por fin pudo ver todos los objetos de la habitación. ¡Ah! ¡Si hubieseis visto la sonrisa celestial que en aquel momento iluminaba su semblante! Como yo, os hubierais quedado conmovidos al descubrir que teníais en vosotros ese don, en cierta forma divino, de curar y que sólo eran necesarios algunos pases y soplar un poco sobre los ojos de un ciego para sacarlo de su noche profunda y transportarlo al pleno sol de la visión y reabrirle el panorama entero de los objetos que le rodeaban.

El caso de Badrinath nos demuestra un gran hecho científico: que la ceguera cuando es debida a la suspensión de las funciones del nervio óptico, puede ser disipada por un tratamiento magnético, si las condiciones requeridas se hallan en

el magnetizador y en su paciente. Que la visión, así recobrada, puede extinguirse al cabo de cierto tiempo cuando, como puede suponerse, se ha agotado el estímulo del nervio, por no haber sido renovado. Que aún después de un intervalo de dos años, la vista puede ser recobrada, y esto después de un corto tratamiento. El lector recordará que la primera vez que traté a Badrinath Babú en Calcuta, después de diez sesiones era capaz de leer con un ojo la letra de imprenta de caracteres pequeños, y con el otro ojo vió a cierta distancia unas flores. Esta vez, dos años después, le devolví la posibilidad, al cabo de una simple media hora de tratamiento, de que leyese en un periódico los caracteres más pequeños, y por lo tanto la de distinguir todos los objetos accesibles a una vista normal. Es cierto –como lo supe más tarde– que perdió la vista por segunda vez, pero esto después de un intervalo de tiempo doble. Esto me hizo pensar que si yo tuviese aquel enfermo en tratamiento constante, pongamos durante unos seis meses, los nervios ópticos hubieran recobrado sus funciones normales y la cura hubiera sido completa. La moraleja de esta historia para los magnetizadores profesionales, es que no deben desesperar jamás cuando una recaída sigue a un éxito.

Además, deberán tener en cuenta que si bien la confianza del paciente pudo ser quebrantada por la pérdida de la vista después de la primera operación, sin embargo se le puede devolver con diez veces menos trabajo que antes. Existe una condición *sine qua non*, yes que no haya lesión del nervio, porque en tal caso no hay nada que hacer.

Una mañana en Jamalpour, en mi cama, tuve mi primera experiencia de un temblor de tierra y fue curiosa. Me parecía que la casa permanecía sólida, pero que estaba construida sobre una capa de turba o de gelatina que temblaba toda como la generosa panza de San Nicolás cuando se reía, si podemos creer al famoso poema cristiano! Mientras esto duraba, mi memoria recordaba diversas historias de terremotos históricos y no estaba seguro de que la casa no se me caería encima. Pero, de todos modos, me pareció tan prudente correr el riesgo donde estaba, como precipitarme fuera con el peligro de caer en una grieta.

En Benarés, el pandit Bravani Shankar, que hacía en ese momento una visita oficial a las Ramas, se unió a mí por el resto de mi jira en las provincias del N. O. Tomamos una embarcación en el Ganges para ir a ver a Majji en su *ashrama,* al que

había vuelto después de su viaje a Calcuta[26]. Un gran aguacero nos mojó hasta los huesos.

Desde allí fui a Mizzapur, a petición del Maharajah de Durbhunga, que residía entonces en uno de sus numerosos palacios. Envió a la estación al coronel Jung Bahadour del Nepal, y a su propio agente político, para que nos recibieran y alojasen, y más tarde, durante el día, vino a buscarme para dar un paseo en coche, y tuvimos una conversación de tres horas. Pasamos dos días con él y antes de nuestra marcha manifestó que tenía en alto aprecio al movimiento teosófico, que él creía que con seguridad haría un bien inmenso a su país. En seguida me dio un billete de mil rupias y me dijo que podíamos contar con igual cantidad cada año. Esto fue para mí completamente inesperado, y se lo agradecí mucho. A su tiempo se verá cómo cumplió su promesa.

En el programa del viaje figuraba después Fyzabad, y allí encontré que había aproximadamente tantos monos salvajes brincando por los tejados, como habitantes tenía la ciudad. Y son una verdadera peste: de un salto penetran en las habitaciones, se apoderan de una fruta, de un objeto de tocador, de ropas, o de cualquier cosa transportable, y desaparecen. Un mono grande se deslizó de noche en el cuarto de mi criado Babula, se llevó su pantalón, saltó sobre los tejados atravesando la estrecha callejuela, y llamando a sus amigos a la fiesta; muy pronto el pantalón quedó destrozado por sus hermosos dientes, por puro gusto de hacer daño.

El 29 de Julio me levanté a las tres de la mañana para atravesar el río Ghogra desbordado y bajo una lluvia torrencial, tomar el tren y llegar a Gorakpour a las siete de la noche. Allí, como en todas las poblaciones del norte, hubo largas discusiones sobre el asunto de los Coulomb y de los misioneros, preguntas, exhibición de cartas y documentos, acompañadas por mi parte de una invitación para que se informaran plenamente. Como consecuencia de todo eso, un

[26] Por una interesante coincidencia, en el momento mismo en que acabo de escribir lo que antecede, leo en el Indian Mirror la oración fúnebre de aquella notable mujer, que había fallecido, y que terminaba así:

"Majji pertenecía al pequeño número de los que creen absolutamente en la misión de la difunta señora Blavatsky y que estuvieron a favor de ella. Afirmaba también la existencia de los grandes Maestros que tanto han hecho para propagar la Teosofía en el mundo".

Majji era de casta brahmánica y del Gujeratt, hablaba bien varios idiomas de la India, incluso el sánskrito. Era vedantina pura y tenía un amable carácter.

restablecimiento de la confianza quebrantada y de los sentimientos afectuosos. Una jira de esa clase parece adquirir una especie de fuerza espiritual al irse desarrollando y que acompaña y envuelve al orador, dándole una confianza y una influencia cada vez más grandes, y haciéndolo de más en más capaz de rechazar las corrientes hostiles que pueden atravesar su aura. Me figuro que esto no ha debido suceder a todos los propagandistas de nuestra Sociedad; pueden haber sentido ese poder sin detenerse a analizar la causa. Para percibirla, es preciso mirar en el plano de conciencia inmediatamente superior a nuestro mundo diario.

CAPÍTULO XLVIII

PROGRESO DE LA TEOSOFIA EN LA INDIA

El 2 de Agosto de 1885, día de mi cumpleaños (mi LIII aniversario), me hallé en Bara Banki, lugar donde di una conferencia, admití nuevos miembros y alenté a los inquietos. De allí fui a Lucknow, antigua capital de los reyes de Oudhe, y que es uno de los focos de inmoralidad en la India, y donde en el conjunto la animalidad ahoga toda espiritualidad, a pesar de que hay algunas brillantes excepciones. Me instalaron en el kaiserbagh o jardín de recreo del rey, un gran parque lleno de palacios y quioscos, rodeado por un cuadrilátero de casas en otros tiempos ocupadas por las princesas y las mujeres del harem real. Según lo que todo el mundo dice, aquel sitio ha de haber visto escenas de relajación que podrían desafiar a toda comparación. El difunto rey se entregaba a toda suerte de deportes para distraerse, y los había del carácter más inmoral, y en los cuales sus mujeres desempeñaban sus papeles. Para él la vida se desarrollaba en una corriente de placeres innobles, hasta que finalmente él, su reino y todo el arsenal de su desenfrenada licencia, fueron barridos por la tempestad de la rebelión, y la victoria de las armas inglesas.

No es menester una gran clarividencia para representarse aquellas escenas de relajación, cuando uno está sentado en una ventana abierta que da a ese espacio cuadrado, con sus elegantes edificios, sus cuidadas praderas de césped y sus sinuosos paseos bañados en un claro de luna tropical. La imaginación las evoca y uno no puede impedirse dar gracias a Dios porque esa inmunda fosa del animalismo haya sido purgada por la intervención de una civilización más pura y más noble.

Casi en cuanto llegué, recibí un verdadero golpe al oír que con toda calma me comunicaban que la junta de la Rama local me había comprometido para dar una conferencia pública sobre el Islam al día siguiente. Me vi en un hermoso atolladero al descubrir que no había posible escapatoria, porque los carteles y anuncios ya se habían distribuido y todo el público musulmán acudiría. La novedad de que un blanco hablaría con simpatía de su religión, era

indudablemente una atracción irresistible. Yo les hubiera pegado a los miembros de la comisión, porque entonces no tenia sobre aquel tema más que los vagos conocimientos que se adquieren leyendo un poco de todo, y no tenía ningún deseo de hablar delante de oyentes aptos para criticarme. Por fin, como era imposible escapar al compromiso, pedí prestados una traducción del *Korám* y otro libro musulmán, y me pasé la noche leyéndolos. Ahí descubrí las inmensas ventajas de la Teosofía, porque la clave de las enseñanzas esotéricas me ayudaba a leer entre líneas, y la luz se esparcía sobre todo el conjunto. Creo que anteriormente nunca había tan plenamente sentido su incomparable valor para la interpretación de los sistemas religiosos.

El gran Baradori o salón de los placeres reales, resultó repleto de oyentes, entre los cuales estaba la mayor parte de los musulmanes notables del lugar, unidos a varios centenares de indos ilustrados. Traté mi tema, no como sectario del Islam, sino como teósofo imparcial para el cual el estudio de todas las religiones es igualmente interesante, y cuyo mayor deseo es penetrar en la verdad que en ellas se oculta, y examinarla valientemente, sin temor ni adulación. Es necesario que algún genio me haya inspirado, porque a medida que hablaba, parecía poder situarme en el lugar de Mahoma y traducir sus pensamientos y describir su ideal como si yo hubiese nacido bajo el estandarte de la media luna. Yo veía al conductor de camellos, encarnándose allá para desarrollar un poderoso karma fundando uno de los movimientos religiosos más grandiosos de la historia. El público se sintió conmovido hasta el entusiasmo, porque su expresión fue tumultuosa, y al otro día se presentó una comisión para entregarme un escrito dándome las gracias y en el cual se invocaban sobre mi cabeza todas las bendiciones de Allah y se expresaba el deseo de que sus hijos conociesen "su religión tan sólo diez veces menos bien que yo". ¡Oh dioses! ¡Cómo se fundan las reputaciones!

Después de tal experiencia, me atrevo a decir que un teósofo inteligente está más preparado que nadie para emprender el estudio de cualquier religión, y tiene más probabilidades de penetrar en su sentido profundo que el más erudito de los filólogos que sólo haya buscado la clave en la cripta de un espíritu racionalista. Esto me recuerda una de las cosas más divertidas de mi primera conferencia pública en Londres, hará unos doce años. Yo había explicado, de un modo que me

parecía modesto, la Teosofía como yo la comprendo, y de paso cité varias ideas extraídas de algunos libros religiosos antiguos. La sala estaba completamente llena, incluso las tribunas, y el buen humor reinó hasta el final. En seguida tuve que soportar la nube de preguntas que todo conferenciante en Inglaterra está obligado a contestar, y que me retuvieron tres buenos cuartos de hora. Por cierto que este interrogatorio es útil porque saca a la luz puntos que pueden haber escapado al orador. Precisamente en el momento en que la prueba parecía llegara su fin y la muchedumbre se preparaba a dispersarse, un hombre gritó en voz alta desde la tribuna de la derecha: "¡Señor presidente, me agradaría saber cómo puede ser que el coronel Olcott tenga semejante conocimiento general de todas las religiones de Oriente, cuando estudio una desde hace veinte años sin haber hallado su fondo"! Evidentemente, era una pregunta tonta, una salida de lugar, porque yo no había demostrado la menor pretensión de *saber a fondo,* ni todos ni uno solo de los antiguos cultos, pero varios años de residencia en Oriente y de relaciones personales con sabios asiáticos me dieron la ocasión de aprender mucho sobre el espíritu y el sentido de las diversas Escrituras. Iba sencillamente a decirle eso, cuando otra voz gritó desde la tribuna de la izquierda estas palabras que hicieron inútil mi respuesta: ¡"Porque no tiene un pelo de tonto"! Todo el mundo rió como loco, y el presidente declaró terminada la sesión; en el desorden de la salida pudo verse al preguntón indiscreto agitando los brazos y diciendo cosas que se perdieron en la confusión del público. Me contrarió mucho saber más tarde que era uno de los orientalistas más conocidos de Europa y que se disgustó tanto del fracaso de su intervención, que concibió un odio violento contra mí y contra la Sociedad, que era bien inocente en este asunto.

El 8 de Agosto llegamos a Bareilly bajo una lluvia torrencial. Una lengua maliciosa había trabajado activamente para sembrar sospechas contra nosotros en esa población, y fui sometido a un estrecho interrogatorio que felizmente se terminó a mi entera satisfacción. El señor Chakravarti fue uno de nuestros miembros influyentes de la India que describieron a H.P.B. diciéndole que yo había salvado la Sociedad en la India haciendo esta jira, porque yo aclaré dudas, recobré las simpatías y devolví al movimiento sus fuerzas. ¿Por qué no había de ser así, teniendo en cuenta las Potencias reunidas detrás de nosotros y que nos acompañaban para alcanzar el corazón del público? Si yo hubiese olvidado eso,

aunque fuese por un momento, aquel tiempo habría sido bien sombrío para mí. Pero no lo olvidé jamás; mi fe y confianza en nuestros Maestros no se debilitó un instante, la idea de un posible fracaso no entró ni una vez en mi mente. Eso fue mi escudo, mi coraza y mi torre inexpugnable. ¿Aquellos que estaban con nosotros no eran cien veces más fuertes que nuestros adversarios? Aun caliente el desastre Coulomb, despachamos 17 cartas constitutivas de nuevas Ramas durante ese año; que se fije el lector en ese número místico.

Ni en Bareilly ni en ninguna otra etapa inscrita en mi largo programa se vio que las grandes lluvias de la mala estación impidiesen tener un público numeroso, que a veces era multitud. Hay que confesar que los elementales del agua parecían coaligados a mi favor. Por una suerte misteriosa, bastante frecuente para haber sido notada por varias personas, los vehementes chaparrones cesaban precisamente a tiempo para permitir al público que acudiese a mis conferencias; volvían a comenzar en cuanto el auditorio estaba bajo techo, para detenerse de nuevo y dejado llegar seco a sus casas. ¿Por qué los espíritus de las tempestades no habrían de tener consideraciones benévolas para su amigo y demostrar de la Sociedad Teosófica? Dejo al problema que se resuelva por sí solo, al mismo tiempo de paso hago resaltar un hecho observado por numerosos testigos inteligentes.

En cada lugar se renovaban las mismas preguntas y aclaración de dudas, las mismas conferencias, admisiones de candidatos y fuerza inyectada a las Ramas. Llegamos a Cawnpore el 16 y fuimos recibidos del modo más amable por nuestro fiel y probado amigo el capitán A. Banon, que se hallaba allí de guarnición con su regimiento. Era, si se recuerda, el valiente caballero que nos sostuvo contra el calumniador ambulante rev. José Cook, y que lo puso en fuga hasta el otro extremo de la India por temor de hallarme frente a frente y tener que justificar sus malévolas afirmaciones. Transcurridos tantos años, aquel hombre genial y excéntrico ha permanecido siendo para nosotros un apoyo y un amigo, como sabe serlo todo caballero irlandés. No se sentía absolutamente cohibido, como otros, por su calidad de militar y la poca simpatía de sus compañeros por la Teosofía. Me invitó a pasear en su coche, me llevó al casino de oficiales y se dejó ver abiertamente en mi conferencia. En una palabra, dio pruebas de un valor moral de la misma calidad que el recientemente demostrado en forma tan noble por sir William Crookes como presidente de la British Association.

El complot Coulomb-Misioneros había creado tanto malestar entre nuestros amigos de Allahabad como en cualquier otra población de la India. Ciertos agentes habían sembrado activamente la desconfianza, y mi tarea estaba claramente definida, pero mi causa era buena, y todo terminó por arreglarse. Un amigo indo me llevó a saludar a un asceta que hablaba el inglés, el swami Madhavas. Este hombre muy respetado es el autor de una nutrida compilación titulada *Extractos de los Sabios de la Grecia,* en la que demuestra que él ha encontrado en su sabiduría un eco de las enseñanzas de los sabios indos. Tuvo la bondad de prestarme su manuscrito para que lo leyera, y de permitirnos que lo publicáramos para él, o mejor dicho, para sus discípulos, porque un hombre de su clase evita ocuparse de las cosas de este mundo. Entre los que vinieron a interrogarme sobre H.P.B. y su causa, se hallaba un pastor protestante llamado Hackett, que llegó a verme cargado con un montón de libros y folletos con las páginas todas marcadas. Su cortesía y su disposición visiblemente equitativa me gustaron mucho y le consagré todo el tiempo necesario para estudiar el asunto a fondo: habló conmigo tres horas y nos separamos como los mejores amigos del mundo. Cuando al día siguiente salí para Jubbulpour, estaba en la estación para despedirme. Yo quisiera que todos los misioneros fuesen como él, pero por desgracia todos los misioneros no son caballeros.

En Jubbulpour presidí la fiesta aniversario de la fundación de la Escuela Sánscrita fundada por nuestra Rama local y que sigue siempre floreciente gracias al celo inalterable de Kalicharan Bose. Es una escuela sánscrita como por lo menos otras veinte fundadas por nuestras miembros, pero que con mucha frecuencia han debido ser abandonadas a causa de la ausencia de la cualidad más necesaria en sus iniciadores: una obstinada perseverancia. Ninguna hubiera desaparecido si hubiese estado bajo una buena dirección europea. Siento decirlo, el indo es entusiasta, afectuoso y fiel, pero en un servicio público está más en su lugar bajo la dirección de sus colegas de la raza práctica.

¡Qué contraste entre el señor Hackett y una pandilla compuesta por un padri de la C. M. S., un seudo–doctor cristiano, y otros que se decían cristianos –a los cuales no reconozco como discípulos del Cristo a causa de sus estrechos prejuicios e intolerancia– que vinieron a mi segunda conferencia y hacia el final trataron de interrumpirla. Viendo su táctica, me negué a dejarlos que hablaran a mi numeroso

auditorio, y les aconsejé que alquilaran un salón para decir lo que quisieran. Al otro día me mandaron un desafío para que yo "hiciera un milagro" en condiciones escogidas por ellos! ¡Pobre gente! Que lean en su Biblia la descripción de su prototipo: "Más sabio a sus propios ojos que siete hombres que pueden presentar razones". La rueda del Karma dará muchas vueltas antes de que sean dignos ni de limpiar una lámpara en la cabaña de un Maestro de Sabiduría.

En adelante, mi ruta se desarrollaría hacia el oeste, a través de las provincias centrales, y no sé por qué, a partir de Jubbulpour, me parecía entrar en una atmósfera mejor; aquella desconfianza sombría, los ánimos quebrantados y las argucias que me asediaron en las provincias del N. O. y que hube de combatir, ya no las volví a encontrar en aquella parte de mi viaje circular. Las manos se tendían amistosas, me acogían con palabras amables, los oídos se abrían a mi mensaje y yo me hacía con muchos nuevos amigos y relaciones simpáticas. La Casa de los Viajeros del Gobierno en Hoshangabad, está soberbiamente situada en la margen del Nerbuddha, y cuando de pie sobre las plataforma superior del ghat de los baños, en plena luz de luna, hablé a una gran multitud, la escena era en verdad pintoresca y poética. Cierto número de empleados europeos del Gobierno vinieron a verme y asistieron a mis dos conferencias.

En Nagpour fui recibido con mayor entusiasmo todavía. Un inmenso auditorio se apretujaba en el teatro para oírme hablar de los Rishis aryos y de la filosofía inda. De pronto, en medio de mi discurso, en el profundo silencio de la sala, se elevó uno de esos gritos roncos e impresionantes que los epilépticos dan al comienzo de sus ataques. Todo el mundo se puso de pie, mirando con angustia hacia la derecha, donde un hombre agitaba los brazos, con el rostro convulso y torturado, cayendo al suelo un momento después. Apenas tocó el suelo cuando ya estaba yo junto a él y, sujetándole la frente y la nuca entre mis dos manos, le soplé en la cara, concentrando mi voluntad sobre su mal. En menos de dos minutos cesaron sus gemidos, pasó el ataque, alguien le dio un trago de agua, se levantó y salió de la sala. Entonces subí al escenario y reanudé dhilo de mi argumento. Este sencillo suceso demuestra por milésima vez que la epilepsia, una de las más terrible afecciones cuando se la trata normalmente, es sensible al poder del aura magnética bien dirigida. Espero que todos aquellos que tienen el poder y el deseo de ayudar a la humanidad doliente lo recordarán.

El 3 de Septiembre por la mañana llegamos a Bombay, donde se nos hizo una muy afectuosa acogida. Entre otras visitas hice una a Tookaram Tatya, en su casa de campo de Bandora, donde cené con él a la moda inda. Tookaram era de la casta sudra, y como todos los hombres inteligentes en su situación, sufría con la superioridad de las otras castas. Para poner remedio a esto en cierta medida, por lo menos ante sí mismo, me hizo solicitar de Sumangala, el gran sacerdote, la autorización para administrarle el Pancha Sila y admitirle en las filas buddhistas. Al mismo tiempo, en consideración al ostracismo seguro que sufriría su familia por parte de la sociedad inda si se separaba de ella abiertamente, conservó en apariencia su condición corriente, y más tarde, cuando la profesión pública de Induísmo de la señora Besant y su defensa del sistema de castas cambiaron la corriente de las ideas,creo que volvió con mucho ardor a la fe de sus padres. En todo caso no oí hablar más de su Buddhismo. Después de pronunciar una conferencia en el Framji Cowasji Hall, ante un auditorio numeroso, fui a Poona con nuestro colega, hoy ya difunto, señor Ezechiel, miembro de la gran familia judía de los Sassoons y entusiasta kabalista. Encontré en su casa al rabino Silberman de Jerusalem y su mujer. Se hallaban instalados en la mitad de un bungalow independiente, situado en el jardín de Ezechiel. El rabino era un anciano débil con una mujer viva y de mediana edad; tenían una sirvienta israelita. Usaba el traje oriental como el señor Ezechiel padre, que habitaba la otra mitad de la casita. Yo usaba el fresco traje de algodón indo, que hallo mucho más cómodo en los trópicos que nuestro traje europeo ajustado, y que aún seguiría usando si el Ejército de Salvación no lo hubiera hecho tan vulgar. Un día estábamos solos Ezechiel padre y yo, y él me miraba tan fijamente que se me figuró que habría algo mal en mi traje, pero pronto me desengañó. Me llevó misteriosamente a su cuarto, sacó de un cofre un traje judío completo –turbante, túnica y todo, tales como él mismo los usaba– y me pidió que me lo pusiera. Una vez disfrazado, me llevó de la mano por la galería, hacia las otras habitaciones, advirtiéndome que me iba a hacer pasar por judío.

Me adherí con gusto a la broma, y saludando a la familia de Jerusalén a estilo oriental, mi guía me llevó a través de la sala hasta un asiento. El anciano rabino estaba sentado en una estera a la izquierda de la puerta, ante mi aparición imprevista saludó con gran respeto, pronunciando la fórmula especial con que se recibe a un rabino de Jerusalén. En seguida me hizo un montón de preguntas en

hebreo, negándose a creer que yo no era más que un gentil cuando Ezechiel hijo, riendo de todo corazón de su asombro, le dijo quién era yo. Insistía diciendo que mi nacionalidad era demasiado evidente, y repetía sus preguntas en hebreo hasta que se le afirmó muchas veces la verdad. Su mujer, que estaba en una mecedora junto a la pared, con la criada sentada en el suelo a sus pies, me examinaba con extrema atención y apoyaba al marido en su atribución de origen hebraico a vuestro servidor. "Pero, mira –decía a la criada–: ¿quién podría dudarlo? Mira, ¿no tiene la *shekinah?",* que es el aura luminosa, lo que los indas llaman *tejas.* Los dos Ezechiel se divirtieron muchísimo con el éxito de la comedia, y el señor Ezechiel padre propuso seriamente hacerse fotografiar conmigo en ese traje. Pero mi estancia en Poona era demasiado corta para eso. Pronuncié un discurso en la ciudad sobre la moral arya, y otro en el Colegio Ferguson sobre educación, ante 1.000 muchachos indígenas. Para hacer ver lo que yo entendía por mala educación, me volví hacia el alumno más próximo y le pedí su geografía. Dí una hojeada al capítulo que trataba de la India. Me encontré con que para describir toda el Asia: India, Birmania, Siam, Ceylán, China y Japón, habían bastado diez y siete páginas, y en cambio el Reino Unido se desarrollaba en más de cuarenta páginas. Es bien evidente, dije, que el autor de este manual piensa que es completamente inútil para los jóvenes indos saber nada de su país natal, de su historia, producciones, posibilidades, etc., pero que es indispensable que conozcan todos los condados ingleses, sus recursos, población, industrias, ciudades y pueblos, de suerte que estén preparados para emprender un viaje a pie. ¡Qué tontería llamar a eso un sistema ilustrado de educación!

CAPÍTULO XLIX

FIN DE MI JIRA

Hayderabad del Nizam, como se le llama para distinguirla de Hayderabad en el Sind, es una. de las ciudades indas más netamente asiáticas. Su interés pintoresco y artístico resalta fuertemente sobre las otras grandes ciudades, especialmente con las capitales de las Presidencias. Las calles están llenas de hombres armados y equipados como los soldados de una edición ilustrada de las *Mil y una noches;* se ven filas de elefantes y de camellos, todas las tiendas y bazares tienen el sello del Oriente, y la vida transcurre a la antigua usanza, muy poco decolorada por la influencia occidental. Al mismo tiempo, Hayderabad es uno de los peores centros de inmoralidad, tanto como Lucknow; se dice que en ella florecen la corrupción y las defraudaciones y que su administración es deplorable. A pesar de todo eso, desde hace muchos años, tenemos allí un centro de estudios teosóficos, y algunas almas entusiastas mantienen la luz en medio de las tinieblas espirituales. ¡Honor a ellas!

Llegué a dicha ciudad el 11 de septiembre (1885) a las cuatro y treinta, y fui recibido con las habituales ceremonias de salutaciones, guirnaldas y discursos de agradecimiento. Uno de mis colegas americanos tenía mucha razón al decir, en una carta reciente, que con mi agudo sentido de lo ridículo, mi dominio sobre mí mismo debía con frecuencia hacerme soportar apenas el escuchar seriamente los panegíricos de una fantástica extravagancia que me leen en las estaciones de ferrocarril en la India. Eso me sería sencillamente imposible si yo no supiera qué sincera cordialidad se oculta bajo esas coronas de cumplimientos. Existe una voz del alma que impide prestar atención a las palabras y que remueve en nosotros. una emoción simpática, al menos cuando se es como yo.

En la capital del Nizam y en la vecina guarnición militar inglesa de Seconderabad, tuve numerosos oyentes muy atentos. El comité me dio por temas: "Launidad de las religiones", "El Magnetismo y sus relaciones con las Ciencias Ocultas" (evidentemente un recuerdo de mis curaciones en una jira anterior) y

"¿Quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?". Además de eso, las conversaciones de costumbre (proposiciones de enigmas), reuniones de Rama y admisión de nuevos miembros.

A continuación, en Bellary, tuve ocasión de probar la pretendida eficacia de mi piedra para serpientes, que obtuve, como se recordará, de un encantador de serpientes, poco después de nuestra llegada a la India. En aquel tiempo bastaba aproximar la piedra (que no es más que un hueso) a una cobra encolerizada para hacerla retroceder y replegarse en el suelo; pero en Bellary no sucedió lo mismo. La cobra en la cual hice el ensayo estaba probablemente adiestrada a obedecer los movimientos de las manos de su amo, y no quiso saber nada conmigo ni con la piedra. De suerte que coloco este fracaso frente a mi éxito de Bombay.

Para trasladarme a Anantapour, la última localidad de mi programa, tenía que viajar toda la noche en un carro de bueyes que me sacudía de tal modo que todo sueño era imposible. Conferencia, organización de una Logia y regreso a Gooty por el mismo medio de locomoción y mediante otra noche en blanco. Así terminó esa larga jira, de ciento trece días en 1885, en el curso de la cual visité 31 Ramas y di 56 conferencias públicas, aparte de las innumerables conversaciones y las respuestas a un sin fin de preguntas. Sin duda alguna aquel viaje dio sus frutos, animando el valor de los amigos, haciendo ver al público nuestras ideas y aspiraciones, y apartando las injustificadas sospechas sobre H.P.B. y los Maestros, reforzando con nuevos miembros los antiguos centros, y creando Logias donde aún no las teníamos. En una palabra, el plan más osado fue puesto a prueba y era fácil ver, echando una hojeada retrospectiva sobre el año transcurrido, que hubiera sido una gran desgracia si yo hubiese escuchado los consejos tímidos, permaneciendo tranquilamente en Adyar aguardando que las nubes se dispersaran.

Es menester que insista todavía sobre lo que dije en el último capitulo; que yo no contaba con mis propios poderes ni con mi habilidad para llevar a buen fin mi empresa, sino muy especialmente con el apoyo que recibía (y que aún recibo) de aquellos que dirigen el movimiento. Sin ellos yo no hubiera tenido la fuerza de afrontar y rechazar la corriente de odio que nuestros adversarios lanzaban contra nosotros. Fue con su ayuda como yo desenrollé todos los anillos de la serpiente misionera que trataba de triturarnos, reduciéndonos a un papilla de costillas rotas y carne machacada. Ninguno de mis lectores podrá imaginarse lo que tuvimos que

pasar, sobre todo yo, en aquellos malos días. Por una parte, la oposición activa del público irónico y la tibieza de muchos de nuestros colegas con los cuales yo hubiera tenido el derecho de contar para que me sostuvieran fielmente; el abandonado absoluto de otros; un tesoro de los más pobres y un aumento de los gastos; los esfuerzos que se hacían para decidirme a consentir en ciertos cambios radicales en el programa y la política de la Sociedad; y por fin mi separación forzada de H.P.B., con quien yo trabajaba desde hacía once años en una perfecta comunidad de ideal y de aspiraciones generales. Por otro lado, la situación trágica de la misma H.P.B., desterrada, puesta de lado en una pequeña población desagradable de Italia, en la falda del Vesubio, torturada por la gota y el reumatismo, condenada por la doctora María Scharlieb a vivir en un reposo absoluto bajo pena de perder la vida, sufriendo privaciones que yo no tenía suficiente dinero para aliviar, rabiando como una leona herida a causa de su impotencia para perseguir a sus difamadores, y escribiéndome las cartas amargas e irritadas que eran de esperar en semejante circunstancia.

Yo tenía el mayor deseo de obedecer las órdenes del médico, sabiéndolas basadas en el más evidente sentido común; la única cosa imperativa necesaria para H.P.B. si quería vivir, era quedarse perfectamente tranquila, en un lugar retirado, fuera del alcance de sus amigos y enemigos, y sobre todo no escribir cartas ni leer periódicos. Ella estaba como un polvorín, y el menor rumor reflejado en una carta bastaba para hacerla estallar. El doctor se lo advirtió antes de su partida y yo se lo escribí en una carta a la cual me contestó en Marzo: "Calme sus temores, porque excepto Solovyof y la señorita… , no conozco ni un teósofo europeo con quien deseara mantener correspondencia, o a quien quisiera comunicar mi retiro". ¡Solovyof! ¡Es increíble! Aquel hombre despreciable, que aprovechó de sus inocentes confidencias y de su amor apasionado por sus compatriotas, para espiar su vida diaria, llevarla a una correspondencia confidencial, y que después la traicionó en un libro, publicado para hacer dinero, escrito en su lengua materna y editado en aquella patria que ella no dejó de adorar hasta su último día.

Ella no hacía caso de las almas cuya robusta fidelidad no trataba más que de probar su lealtad, pero en cuanto a aquel miserable literato profesional, porque era ruso y se fingía amigo sincero, ella le acordaba su confianza y le revelaba el secreto necesario de su retiro. Y para aplastarme bien bajo el peso de su disgusto y castigarme por haber dudado de su sabiduría, después de diez años de camaradería,

me escribió: "Mi querido coronel Olcott"!

En una carta sin fecha, que escribió en Torre del Greca, me decía: "Escribiendo como lo hago, en un cuarto húmedo, al norte del Vesubio, con los pies sobre las losas, sin alfombra, yen Italia, donde se sufre más frío en el interior de las casas que en Rusia, porque ignoran las estufas, y las corrientes de aire circulan bajo las puertas y las ventanas *ad libitum,* me siento casi segura de una recaída de gota reumática a pesar de todas mis precauciones, a menos que usted no haga lo que le pido. Si usted no me ha enviado aquí para que me muera, y puesto que no hay dinero para una casa mejor ni para comprar alfombras ni mantas, le ruego que me mande... la vieja alfombra comprada en Bombay y algunas otras cosas que necesito... puedo cortar el tapiz en dos y evitar así muchos sufrimientos. Llueve y hace ya frío y humedad; ¿qué será en Septiembre? Hace tanto frío aquí que el viejo propietario me dice que nadie, y menos los enfermos, pueden permanecer después del mes de Agosto. A cualquier parte que vaya, me harán falta alfombras y es un lujo desconocido en Italia y en Francia", ete. La carta está llena hasta el fin con la descripción de sus molestias. ¿Qué hubieran sentido mis lectores en semejante situación? Y pensar que era ella, cuyas enseñanzas han sido el consuelo y la luz directora de millares de hombres, de los cuales muchos viven en el lujo, esa pobre mujer sometida a tantas pruebas dolorosas, esa iluminadora de los caminos sombríos y distribuidora de luces espirituales, que a través de los mares lanzaba aquel grito de desesperación hada su viejo camarada tan pobre como ella. Y así, duplicando y cuadriplicando la carga de preocupaciones que era menester ocultar detrás de mis sonrisas y frases de buen humor, en bien de esa multitud siempre creciente que se había embarcado en nuestro movimiento y que al detenerse éste habría recaído en un abismo de desesperación, ¿Por consiguiente, es decir demasiado, afirmar que sólo mi seguridad en la invisible ayuda de nuestros Maestros podía hacerme atravesar aquella temporada y conducirme hasta la otra orilla a puerto seguro? "Porque he aquí que el invierno ya pasó, las lluvias se han alejado, la tierra se cubre de flores, llegan los cantos de los pájaros y la voz de la tortuga se hace oír en nuestro país".

Más tarde, H.P.B. se instaló entre sus amigos de Londres, que cuidaron de que no careciese de ninguna comodidad e hicieron todo lo posible para aliviar sus menores molestias; pero hay que pensar en lo que pasó durante aquella fría

primavera de 1885 en la falda norte del Vesubio, viviendo al día y escribiendo en "una vieja mesa coja" que se había procurado con grandes dificultades, y con sus pobres pies gotosos sobre la piedra fría sin la menor alfombra!

"Una leona enjaulada", eso era H.P.B. durante los tres meses que pasó en Torre del Greco en 1885. No tiene nada de raro, hay que recordar que estaba desterrada a la fuerza de Adyar, donde habíamos construido juntos nuestro hogar, que ella amaba. Era una de las cosas de que más se quejaba en sus cartas. Además, para ella, batalladora hereditaria, hija de una antigua familia cuya espada había sido siempre sacada en la primera fila de los combates de generación en generación al llamamiento del soberano, era duro estar tranquila. Para ella como para sus antepasados, poco importaban los resultados de la batalla; su instinto irresistible era combatir sin calcular las probabilidades. Pero nosotros sus colegas, conociendo las vueltas y argucias de la ley, que sabíamos lo que un fracaso ante la justicia sería para la Sociedad, debíamos oponemos a sus deseos y obtener de ella a toda costa su aquiescencia a esa política de silencio y paciencia hacia sus enemigos. En Adyar, en medio de nosotros, ella comprendía perfectamente que teníamos razón, pero en su destierro solitario en Italia, el aspecto de las cosas le parecía cambiado y me reprochaba en cada carta lo que llamaba nuestra "cobardía" y nuestra prisa para sacrificarla como chivo emisario. Sin duda alguna que se engañaba por completo, pero de nada servía argumentarle, y las observaciones no eran más que una pérdida de tiempo y tinta. Por un aspecto de su carácter, era en extremo inclinada en la confianza, y por eso era que la veíamos constantemente engañada y víctima de personas cuyas efusiones ocultaban con frecuencia las más bajas traiciones.

Hoy que ya han transcurrido trece años (1899) y que las personas han sido pasadas por la criba del tiempo, es doloroso releer sus cartas y ver cómo sus cortesanos declarados de entonces le pagaron con traiciones. Para confundirnos a nosotros los de Adyar; ella cita repetidamente sus nombres y sus palabras, y hasta me envía sus cartas, llenas de cargos contra mí y de exaltadas alabanzas para ella. Solovyof había pasado cinco semanas con ella en Würzburg, su segunda residencia; fulano una quincena, mengano va a venir, etcétera. Sólo que poco después todos ellos fueron enemigos suyos.

El formato del *Theosophist* se cambió, como se recordará, al comienzo del volumen VII, de en cuarto a en octavo, porque el formato grande resultaba molesto para la

encuadernación y el correo. H.P.B. sola era quien se ocupaba de la revista, pero nombró para ayudarle al señor Cooper-Oakley, M. A., un hombre de gran cultura, y al salir para Nápoles le dejó sus poderes. Cierta persona maliciosa, cuyo nombre conozco desde que estoy en posesión de los papeles de H.P.B. y de nuestra correspondencia, le había metido en la cabeza que yo quería retirar su nombre de la cubierta porque no nos atrevíamos a seguir compartiendo su oprobio, y que eso era tan sólo una parte del plan convenido para hacerla a un lado por completo. Claro es que no había en todo eso ni sombra de verdad, pero ella estaba tan enferma, y su espíritu se hallaba en tal estado de agitación nerviosa, que inmediatamente riñó conmigo. Sobre mi cabeza llovieron todas las injurias imaginables, mi crimen imaginario fue tratado de vulgar cobardía, y me advirtió solemnemente que si cualquier otro nombre que no fuese el mío o el de Subba Row, era unido al suyo en la cubierta de la revista, no escribiría en ella ni una palabra más. Pero cuando a su tiempo recibió el número siguiente del *Theosophist,* me escribió:

"¡Vaya! Ya sabía yo muy bien que la acusación de quitar mi nombre del *Theosophist* no era verdad. Pero todos lo comprendían y "se sentían seguros" de que era cierto, hasta H. S. Esto vino a propósito de la reflexión inocente de Nivaran Babú: "La revista aparecerá en su nuevo formato y el señor Cooper-Oakely será el editor". Se dijo que, puesto que Cooper-Oakley era el editor ya hacía casi un año, Nivaran no iba a escribir eso si su nombre no fuera a salir en la cubierta, etc. Y después yo me encolericé. Pero es asunto concluido. En todo caso, el *Theosophist* tiene ahora bastante mejor aspecto. Le mando para él un largo artículo: "¿Tienen alma los animales?". Esta semana escribiré uno o dos más".

En seguida hizo una cosa que era extraordinaria en ella; me pidió perdón, pera era un perdón mutuo: "Perdonémonos el uno al otro –me decía– seamos indulgentes para nuestras mutuas debilidades y dejemos de pelearnos y atacarnos como sectarios cristianos". Esto demuestra bien la maravillosa elasticidad de su espíritu. En un momento se retira de un callejón cerrada y arrastra al otro en su retirada. Imaginad estas cosas reproduciéndose todas las semanas o cada quince días, al mismo tiempo que yo tenía que hacer el esfuerzo de mis deberes ejecutivos en medio de una crisis, y el lector podrá sondear la vida interior que tenía que llevar hasta que nuestro esquife hubo hallado aguas tranquilas. Ahora, yo no la hago responsable de toda la pena cruel que me causaron esas cartas, porque hubo

terceros sin principios, cuya esperanza era separarme de ella y explotar sus talentos para sus fines egoístas, presionaban sobre su alma herida. Ella no se hallaba en su estado razonable, y diez años de prueba le habían asegurado que yo me dejaría hacer pedazos antes de ser infiel y abandonar a mi santo Maestro; de suerte que, toda lo que ella dijese o hiciera, no me habría de hacer cambiar en nada.

A pesar de todo, cuando ella quería tomarse el trabajo de penetrar en las intenciones de las personas, sabía hacerlo bien. Así fue que me reveló los planes y secretas esperanzas de un hombre entonces estrechamente ligado a nuestra obra teosófica y del cual ella cita con frecuencia sus observaciones desagradables respecto a mí. Sin duda que todas esas picaduras eran justamente la disciplina que yo necesitaba, y que todavía necesito, para ponerme en mi lugar, pero no puedo decir que fuese agradable. Yo no soy como aquel negrito que, siendo sorprendido en el momento en que se aplastaba un dedo sobre un yunque, explicaba que "era para tener después el placer de sentirse curado"! Sin pena yo hubiera regalado las tres cuartas partes de la disciplina a cualquier neófito, lo cual le hubiera hecho bien; sin embargo, es evidente que era para mi bien.

H.P.B. tenía en su carácter un rasgo que hace querido su recuerdo para la mayor parte de sus antiguos colegas: el encanto. Podía ponerlo a uno medio rabioso con sus palabras y actos, podía hacer que a uno le dieran ganas de huir al otro lado del mundo, pero cuando ella pasaba de un extremo al otro, y esto sucedía en un guiñar de ojos, y ella ponía en su mirada y su voz una especie de dulzura infantil, la cólera se disipaba en humo y se la amaba a pesar de ella misma.

Además, había en H.P.B. otros elementos que le daban imperio sobre los demás.

a) Sus sorprendentes conocimientos ocultos, su facultad de producir fenómenos y sus relaciones con los Maestros ocultos.

b) Sus dotes brillantes, sobre todo en la conversación, su costumbre del trato social, sus grandes viajes y sus aventuras extraordinarias.

c) Su intuición de todos los problemas de filología, de origen de las razas, de bases fundamentales de las religiones, de los antiguos misterios y de los símbolos, y que por cierto no era el fruto de sus estudios, porque jamás hubo estudiante más

inquieta y excéntrica. No era todo dulzura y cortesía; lejos de eso, si bien cuando se le ocurría era así. Pero en otros momentos vapuleaba a toda persona, por rica, poderosa o altamente situada que fuese. Cultura literaria no tenía; escribía por inspiración, los pensamientos atravesaban su mente como meteoros, en su visión mental se pintaban escenas y con frecuencia se borraban, sólo percibidas a medias: sus frases se erizaban de paréntesis hasta ser interminables, y según parece, ella tomaba yse apropiaba los escrito de los demás; preocupada tan sólo en ajustar sus fórmulas al tema tratado en el momento. En resumen, era un genio de la clase de Shakespeare yotros, que tomaban sus materiales donde los hallaban, fundiéndolos en una aleación que colaban en su molde personal. Tomemos por ejemplo sus dos grandes obras. Cien veces ofendió las leyes y costumbres literarias que quieren se reconozca lo que se debe a cada autor de quien se utilice algo, pero en ambas obras se extiende la trama dorada de sus propios poderes superiores y cada año que pasa hace ver más que *La Doctrina Secreta* es una mina inagotable de Ciencia Oculta. Por eso los círculos siempre crecientes de estudiantes respetan su memoria y se apartan con desprecio de los pigmeos como Solovyof, que, cual las hormigas, destilan ácidos para manchar su ropa.

Sus poderes ocultos hacían que fuese buscada por los espiritualistas impulsados por una ávida curiosidad, pero la desacreditaban ante los hombres de ciencia, que desconfiaban de tales pretensiones, la hacían odiar por los sacerdotes y pastores, que hubieran querido de muy buena gana producir fenómenos más importantes que los suyos, pero no podían hacerlo; y la multitud ortodoxa le temía como hechicera a la cual no osaba acercarse. Esta reputación misteriosa se extendía hasta mi persona a causa de nuestra asociación. "¡Por Dios!, coronel Olcott, me decía un día lady... un día que fui a su casa invitado a almorzar, qué diferente es usted de lo que yo esperaba". "¿Puedo preguntar qué era lo que esperaba su señoría?" "¡Oh!, creíamos todos que usted nos iba a embrujar, pero usted es igual a nosotros". La existencia de este sentir entre las relaciones de H.P.B. explica mucho la libertad que se le permitía en su conducta y su conversación. Es el mismo instinto que hace decir que el rey no puede hacer nada malo, y que da el nombre de excentricidades a las faltas de los millonarios y que bastarían para perder a un pobre hombre. Nunca se sabía si no iba a producir un fenómeno mágico maravilloso, o murmurar al oído algún mensaje de las potencias invisibles. Con

frecuencia sucedía que los sermones que dirigía a sus amigos íntimos habían sido el medio de poderlos detener a tiempo en una mala pendiente, encaminarlos al recto sendero y hacerles grandes servicios. Uno no se dormía a su lado, y los temperamentos más linfáticos demostraban actividad cuando ella estaba presente. Era en verdad una mujer notable, si osamos confundir la criatura con el ser interior, que me parecía lo más alejado posible del sexo débil.

Después de residir tres meses en Torre del Greco, se fue a Würzburg, que, según me decía, estaba en camino de llegar a ser una Medina teosófica, y ella se hallaba desterrada de la Meca de su corazón: Adyar. "Ahora no dispongo de mucho tiempo a causa de *La Doctrina Secreta,* me escribió el 28 de Octubre de 1885. Estoy solo en el medio de la primera parte, pero dentro de un mes o dos podré enviarle las seis primeras secciones. No tomo de *Isis* más que los hechos, dejando todo lo que es disertación, ataque del Cristianismo y de la ciencia; en resumen, todas las inutilidades y lo que ha perdido interés. Sólo hay mitos, símbolos y dogmas, explicados desde el punto de vista esotérico. En realidad, es de *facto* una obra nueva. Los ciclos son explicados, como todo lo demás, en sus relaciones cultas. Yo quiero que usted me hubiese mandado el prefacio o introducción".

En esta misma carta tan interesante, esbozaba una comunicación que me rogaba insertase con su firma en el *Theosophist.* Veo en ella el esquema de toda la enseñanza dada ahora por nuestros principales escritores teósofos sobre la persistencia de la individualidad: "La misma mónada divina más la esencia de todas las espiritualidades de innumerables renacimientos, debe descender nuevamente y renacer en un planeta más elevado, cien veces más perfeccionada y más pura, en una palabra, recomenzar su gran ciclo de reencarnaciones".

Entre los amigos leales que se agrupaban a su alrededor en Würzburg, estaba la condesa Wachtmeister, que ha seguido siendo siempre la misma mujer, de corazón leal y generoso, de celo incansable; también estaba la señora de Gustavo Gebhard, de Elberfeld. a quien tanto he apreciado y a quien he sentido tan sinceramente desde que nos dejó. Aquellas excelentes señoras cuidaron a H.P.B. en su grave enfermedad con una asiduidad de hermanas menores. El doctor Hübbe Schleiden y el hijo de la señora Gebhard, Francisco, también estaban allí, y recibí de ese grupo un documento en extremo importante. Es la justificación absoluta de mi querida camarada H.P.B., respecto a la horrible acusación lanzada por la Coulomb y los que

se hacían eco de sus mentiras, de que en El Cairo había dado a luz un hijo ilegítimo. El autor de dicho documento era entonces –puede que lo siga siendo– el director médico real de aquel distrito, yel certificado fue extendido a petición de los amigos de la señora Blavatsky, que preveían su inmensa importancia en el porvenir. Esto es la traducción del texto:

Certificado médico

El que suscribe certifica, según la petición que se le ha hecho, que la señora Blavatsky, de Bombay-NewYork, secretaria corresponsal de la Sociedad Teosófica, actualmente está atendida por el abajo firmado. Sufre de *anteflexio uteri,* muy probablemente desde el día de su nacimiento, porque como lo ha probado un minucioso examen, nunca ha tenido hijos ni sufrido ninguna enfermedad femenina.

Doctor León Oppenheim.

Würzburg, Noviembre 3 de 1885.

Refrendado de la firma del doctor León Oppenheim,

El médico real del distrito,

Doctor Roeder.

Würzburg, Noviembre 3 de 1885.

Certificamos que esto es la traducción exacta del original alemán que tenemos a la vista.

Hübbe Schleiden.

Franz Gebhard.

Würsburg, Noviembre 4 de 1885.

Este documento tenía por objeto resolver, en los términos más decentes, todo el asunto de la historia moral de H.P.B. Desde su juventud. Así como los mencionados amigos, ella me escribió sobre ese asunto y manifestó el deseo de que yo guardara con cuidado ese documento hasta el momento en que pudiese hacer el mejor uso de él. Creo que ha llegado la oportunidad, porque la antigua acritud de aquella época ha hecho lugar a sentimientos más caritativos hacia ella, y su grandeza intrínseca se hace cada día más evidente y reconocida. Creo que la

publicación de este documento, cuya autoridad es innegable, tiene su sitio en este relato cronológico, será un placer y consuelo para sus amigos y discípulos, y les proveerá de una especie de escudo para rechazar las flechas de la calumnia, lanzadas al corazón de su bienhechora. A medida que los años transcurren y que nuestro movimiento se afianza sobre sus cimientos permanentes, aquella recia personalidad, detrás de la cual una Individualidad gigante trabajaba por la humanidad se elevará más más, yse hará de más en más luminosa. Dice el aforismo buddhista: “Los buenos brillan de lejos como las cumbres nevadas del Himalaya, mientras que los malos permanecen invisibles como flechas lanzadas en la oscuridad”. Ahora, el grito de millares de personas es: ¡Paz a ti, H.P.B.!

CAPÍTULO L

OFRECIMIENTO DE DIMISION

Viviendo en un país donde se ven signos y presagios hasta en el grito de un lagarto, el vuelo de un pájaro y en otros mil fenómenos naturales, no tiene nada de particular que uno se haga con el tiempo más o menos impresionable, y que cuando se produce un hecho extraordinario, se presente a la mente la idea de un significado oculto. Al despertarme la mañana del 7 de Octubre de 1885, recibí un penoso sobresalto. El espléndido retrato de uno de los Maestros había caído al suelo cabeza abajo, desprendiéndose durante la noche del clavo en que estaba colgado en mi habitación. La cuerda estaba cortada como un cuchillo, y el retrato, después de haber dado un salto peligroso por sobre una gran biblioteca, se apoyaba en sus puertas con vidrios, sin haberlas rayado ni haber sufrido nada él mismo, salvo en una esquina, donde el pesado marco dorado estaba un poco aplastado. Este accidente me inquietó haciéndome pensar que podía ser una prueba de disgusto de los Maestros por alguna falta grande que yo hubiese cometido. Me quedé allí mucho tiempo, mirando el cuadro y reflexionando, al par que trataba de recordar algún pecado de omisión o de comisión que pudiera haber motivado tal reproche, pero no podía hallar ninguno. No obstante, la sección neta de la cuerda apartaba la hipótesis de una ruptura accidental de las fibras, y el hecho de que la tela no se estropeara cuando el cuadro cayó al suelo embaldosado, hacía misterioso al suceso. Nadie de los que consulté pudo darme una explicación razonable, y todo aquel día estuve preocupado. Por fin el enigma se resolvió por sí mismo: el accidente había sido causado por las ardillas, que infestaban entonces la casa, y anidaban en los cajones de los muebles y detrás de los libros en los estantes, causando mil perjuicios de toda clase. Habían roído la cuerda para llevarse las fibras al nido, y probablemente el cuadro había caído lentamente, retenido por la fricción de la cuerda sobre el clavo. Esto no suavizó mi resentimiento contra los pequeños roedores, porque me enfadé mucho pensando en la pérdida irreparable que hubiera sido la destrucción de la tela en que estaba pintada aquella cara divina. En seguida mandé poner en todas las ventanas y puertas tela metálica, para poner las

habitaciones que lo necesitaban al abrigo de las depredaciones de aquella graciosa plaga.

No recuerdo si ya he contado el ofrecimiento de un excéntrico miembro de la Sociedad de comprar el *Theosophist;* deseaba suprimirlo y reemplazarlo por otra nueva revista titulada *Karma.* El hecho es que recibí aquella proposición, la que comuniqué a H.P.B. sencillamente como noticia, sin imaginarme que pudiera suponer que yo la tomaría seriamente en consideración. Pero recibí de ella un cablegrama diciendo que rehusaba hacer la venta (y que le costó, según me escribió, 40 marcos o50 francos). El correo me trajo una carta en la que decía "que tanto le agradaría cortarse una mano como hacer eso". Y agregaba algunos cumplimientos más bien severos, dirigidos al que hizo el ofrecimiento.

Algunos días más tarde, dí una conferencia en el Pacheappa Hall sobre "El peligro de la juventud inda". Una comisión de escolares indos tomó notas y escribió la conferencia para publicarla por su cuenta. Vendieron después millares de ejemplares. Yo demostraba que dicho peligro venía de la educación irreligiosa dada por el Gobierno, y de la educación antinacionalista dada por los misioneros, cuyo fin era destruir el respeto natural por la religión, que para un indo es la escuela para toda actividad, su guía y su estrella polar. Privado de ella es abandonarle como un barco sin timón en el océano de la vida. Y ese ha sido siempre el fundamento de nuestra enseñanza en Asia desde los comienzos. Por eso ha sido posible la creación del Colegio Indo Central de Benarés por la señora Besant, es la cosecha recogida después de sembrar ideas por espacio de veinte años.

En noviembre fui a Karur para fundar allí una Rama. Uno de los diez y ocho *siddhas* o adeptos superiores reconocidos en la India meridional, llamado Karura, está enterrado en el templo, y según la tradición popular, está siempre vivo en su tumba, en estado de *samadhi.*

Cuando regresé a Adyar, Ananda y yo pasamos mucho tiempo haciendo proyectos, midiendo y calculando lo que costarían los cambios en la fachada y la puerta cochera, que habrían de permitirnos hacer nuestro Hall de las Convenciones, tal como está hoy. Los trabajos se llevaron en un tren que recordaba más la América que el Oriente, y en veintisiete días todo estuvo preparado; la Convención se reunió en su fecha habitual, el 27 de Diciembre, y todos los

delegados expresaron su completa satisfacción.

Las noticias que en aquella época recibíamos de Francia eran alentadoras, porque no menos de cuatro o cinco de sus principales revistas recibían artículos serios sobre Teosofía, por escritores de valía. Pero desde hace algunos años, el espíritu público en Francia no es favorable a las discusiones metafísicas. Los amigos de ese "país inquietante" y de su pueblo alegre y entusiasta –y no los hay mejores que los americanos– se sienten tristes desde hace tiempo por la condición de su estado espiritual. Después del materialismo grosero, la reacción lo ha arrojado en un recrudecimiento de superstición, como lo prueban las peregrinaciones a Lourdes y a otros santuarios favorecidos, y por el interés excitado por las jeremiadas de la señorita Couesdon. También se han ocupado mucho del hipnotismo. Pero los hombres caracterizados del país parecen arrojados en una loca persecución del dinero y de los placeres de los sentidos, y la corriente de egoísmo arrastra todo consigo. Mucho temo que los libros de Zola no sean exageraciones, sino fotografías sociales. La corrupción moral, antes reservada a una aristocracia gastada, ha podrido a la clase media y pudre ahora a los campesinos. Esto no es tan sólo el resultado de mis observaciones personales durante mis frecuentes viajes por Francia, sino que lo he recogido en extensas conversaciones con personas del más elevado rango social y de opiniones muy conservadoras que se lamentaban de tal estado de cosas, confesándolo. Cuando un país desciende hasta coronar con laureles el vicio y hacer de la virtud un tema de chanzas, cuando llena los escaparates de sus tiendas con libros y figuras pornográficas, cuando sus teatros se llenan para contemplar cómo se desnuda una criatura infame y que sus fotografías en posturas lascivas se venden por miles, cuando todas esas cosas constituyen lo corriente, ¿para qué hablar de Teosofía al público e invitar a la nación a que se eleve hasta el ideal más alto de la perfección humana? Sin embargo, las circunstancias no pueden ser jamás tan desfavorables que no se encuentre una hermosa minoría de almas nobles y fieles; debemos enviar al comandante Courmes, al doctor Pascal, al señor Gillard y a su pequeño contingente de valientes trabajadores, nuestros fervientes votos por el éxito de sus esfuerzos para difundir las enseñanzas teosóficas en su país asoleado ysonriente, cuna de tanto héroe, de tanto genio, de tanto gran filósofo, poeta o maestro en ciencias y en artes. Por mi parte, jamás desesperaré de la Francia mientras no se suicide como nación. *¡Absit Omen!*

En aquel mismo mes de Diciembre, Brown, el "pobre Brown" del doctor Hartmann y del señor R. Harte, publicó su folleto autobiográfico titulado *Mi vida,* con gran sentimiento de todos aquellos que amaban a Adyar. El mentado folleto demuestra que era en aquel tiempo un joven serio, pero dominado por las emociones sentimentales, y enteramente incapaz de saberse conducir en el mundo. Antes de venir a nosotros había variado y tropezado, y más o menos eso fue lo que después hizo siempre. Según las últimas noticias, se hizo católico y tomó la sotana, pero sólo para conservarla algunos días, y ya laico de nuevo, ingresó como profesor en un colegio católico y se casó con una viuda euroasiática de madura edad. Que prospere en sus asuntos y halle la paz espiritual que busca desde hace tanto tiempo.

Los delegados a la décima Convención anual comenzaron a llegar a Adyar el 23 de Diciembre, y siguieron trayéndolos todos los trenes y vapores, hasta el 27, día de la apertura. Entre los muy bienvenidos se contaba el barón Ernesto van Weber, presidente de la Liga Internacional contra la Vivisección en Alemania, y que representaba, a nuestra Rama alemana. En mi discurso anual, hice la historia retrospectiva de nuestra primera década, al mismo tiempo que echaba mi ojeada anual sobre nuestro movimiento en todas las partes del mundo. Abogué con insistencia por la creación de una biblioteca oriental en el Cuartel General, haciendo ver la ayuda que habíamos prestado al renacimiento de los estudios sánskritos en la India, las escuelas sánskritas que habíamos abierto, y citando el testimonio unánime que la prensa inda presentaba de nuestros servicios. "¡Qué anomalía –dije– ver que no tenemos biblioteca sánskrita en el Cuartel General. Deberíamos hallarnos en condiciones de atraer a Adyar los más sabios de los pandits brahamanes y los orientalistas occidentales más eruditos, por medio de la extensión y valor de nuestra biblioteca. Si cumplimos con todo nuestro deber, nosotros y nuestros sucesores, Adyar puede llegar a ser una segunda Alejandría, yen estos hermosos jardines puede elevarse un nuevo Serapion... Puede parecer raro oírnos pronunciar esos nombres augustos a propósito de nuestro movimiento teosófico aún en la infancia; pero señores, esperad aún veinte años y veréis a lo que habremos llegado. No somos más que agitadores y pobres estudiantes, apenas capaces de avanzar a través de los obstáculos, pero si conservamos un alma invencible y una fe sin sombras en nuestra causa y en nosotros mismos, se verán aparecer tal vez en los países más lejanos y en las más imprevistas formas, amigos

que recogerán los laureles de una gloria imperecedera dando su nombre a nuestra deseada Biblioteca y Museo de Adyar". Propuse comenzar los trabajos en forma de monumento conmemorativo de nuestra primera década. ¿No era aquélla una verdadera profecía? Ya veis como amigos, que entonces no eran miembros de la Sociedad, como Carlos H. Hartmann, de Brisbane; Carlos A. White, de Seattle; Annie Besant, de Londres; Salvador de la Fuente y otros, han surgido para ayudarnos –con su bolsillo, y su influencia a edificar la Sociedad y hacer de la Biblioteca de Adyar lo que yo esperaba, y antes de aquel término de veinte años. En aquella época no teníamos manuscritos antiguos, y sólo contábamos con unos doscientos volúmenes. En la actualidad, tenemos diez y seis mil volúmenes en las dos hermosas bibliotecas que hemos fundado, y buenos fondos que cobrar en el porvenir. Vuelvo a hacer un llamamiento con todas mis fuerzas a nuestros miembros y amigos, para que apresuren la llegada del día en que los eruditos hagan la peregrinación a Adyar para estudiar lo que podríamos ofrecerles: la más hermosa colección de literatura oriental del mundo.

En aquel mismo discurso presidencial ofrecí mi dimisión de presidente y dije: "Si queréis permitírmelo, me retiraré con alegría a la vida de estudio y cultura personal que para mí tiene tantos atractivos, y que las ocasiones hasta ahora descuidadas hacen tan necesaria. Este momento es favorable, porque he servido durante una década, y conviene que otro tenga la ocasión de mostrar sus capacidades. Os ruego que consideréis esto con atención... Por lo tanto, espero muy seriamente que no permitiréis a vuestros sentimientos personales hacia mi persona, ni al recuerdo del afecto fraternal que nos une, que os impida escoger para sucesor mío a uno de vuestros colegas, más capaz de conducir nuestro movimiento hasta el fin de la próxima década".

Un hombre inteligente conoce mejor que nadie sus propias limitaciones, y desde el comienzo yo había estado convencido de que alguien más capaz y mejor que yo hubiera debido ocupar ese puesto de principal ejecutivo en una organización tan vasta. Yo había tenido en mi juventud todas las ventajas de educación que podían dar las mejores escuelas o universidades de Norteamérica, pero como centenares de hijos de familia, fui más o menos perezoso durante el tiempo que hubiera debido consagrarse a los estudios, sin imaginarme jamás que un día sería llamado a llenar deberes públicos de la importancia de éstos. En lo

que respecta: a los honores del cargo, ni pensaba en ellos, y era perfectamente sincero al solicitar de la Convención que me dejara retirar y escogiese un sucesor. Pero mis colegas, muy indulgentes, no consintieron; el segundo día de la Convención, durante mi ausencia momentánea, ocupando el general Morgan el sillón de la presidencia, se adoptaron las siguientes resoluciones: la primera, rogar a la señora Blavatsky que regresase a Adyar en cuanto su salud estuviese restablecida, declarando que "las acusaciones hechas por sus enemigos no habían sido probadas, y que nuestro cariño y respeto no habían sufrido ninguna disminución". La otra decía que "el Presidente–Fundador había, por medio de su entusiasmo ininterrumpido, su celo, su valor, sus trabajos, su vida virtuosa y su inteligencia, ganado la confianza de los miembros de la Sociedad y era querido en el mundo entero: la Convención no puede tomar en cuenta ni un instante el pensamiento de que él se retirase de esta Sociedad, a la que tanto ha contribuido a elevar y que ha conducido con seguridad a través de diversos peligros, gracias a su prudencia y a su sabiduría práctica; se le suplica que continúe hasta el fin de su vida prestando a la Sociedad sus inapreciables servicios".

Espero que en vista de su importancia histórica se me perdonará el posible mal gusto de esta publicación de resoluciones demasiado halagadoras. Demuestra la aprobación dada a la política seguida por los Fundadores desde el comienzo y durante toda esta primera década de la carrera de la Sociedad, que H.P.B. disfrutaba de la confianza y el amor de sus colegas a pesar de los peores ataques de los misioneros y sus aliados; que la duración de su destierro dependía enteramente del estado de su salud, y que sería alegremente acogida a su regreso; y finalmente, que el deseo general era verme conservar mi puesto hasta el fin de mi vida. ¿Existe algún servidor del público que no se sintiese feliz y orgulloso de poseer en sus archivos un testimonio tan halagador de la aprobación dada por sus colegas a su manera de cumplir con sus deberes? ¡Y cuán triste es ver seguir el camino de las mentiras a los jefes del partido que se retiró de la Sociedad por culpa del hoy difunto señor Judge! ¡Pobres niños sin experiencia práctica!

El tercer día de la Convención se tomó un acuerdo adoptando los planos sugeridos por el Presidente–Fundador para la terminación del Hall de las Convenciones y la erección de un edificio que encerrase la biblioteca sánskrita y la galería de cuadros, "rogándole los ejecutase lo más pronto posible".

La memoria presentada por el secretario demostraba que durante esa década 117 Ramas habían recibido su Carta Patente; que los dos Fundadores habían dado unas 35.000 rupias a la Sociedad. y que ésta pasaba al siguiente ejercicio con una caja casi vacía; pero una fe y un entusiasmo ilimitados. Bien visto, esta Convención tuvo mucho éxito, y se clausuró en la mayor cordialidad. Uno de sus rasgos más interesantes fue el discurso elocuente pronunciado en el Pacheappa Hall por el profesor G. N. Chakravarti, delegado de las provincias del N. O.

Desgraciadamente, ocurrió una horrible tragedia en el Parque del Pueblo en Madrás, durante la Convención; unas tres o cuatrocientas personas resultaron quemadas vivas en un pánico causado por el incendio de varias barracas y vallas de hojas de palmera, en medio de una feria que se hacía allí. Menciono esto porque la ola de horror producida en la luz astral por este acontecimiento llegó hasta H.P.B. en su alojamiento de Bélgica y la tuvo en gran inquietud sobre nuestra suerte. He aquí cómo cuenta ella esa historia:

"Ostende, Enero 4 de 1886.

Mi querido Olcott:

Esta es la primera vez que he pasado un primero de enero fumando sola, como si ya estuviera en la tumba. Ni un alma en todo el día, porque la condesa está en Londres yen esta gran casa no hay nadie más que yo y Luisa (su doncella). Ha ocurrido algo singular: había escrito durante todo el día, cuando por tener necesidad de un libro, me levanté, acercándome a mi mesa de noche sobre la cual está la fotografía de Adyar y su río. El 27 de Diciembre yo la había observado mucho y detenidamente, tratando de imaginarme lo que hacíais todos vosotros. Pero este día (19 de Enero) no pensé en ella ni un instante, ocupada como estaba con la terminación del *Periodo arcaico.* De pronto, vi toda la figura como si estuviese en llamas. Tuve miedo, creyendo que me subía la sangre a la cabeza; miré de nuevo, y el río, los árboles y la casa estaban iluminados como por el reflejo de un incendio. Por dos veces, una ola de fuego, como una larga lengua serpentina de llama, atravesó el río y vino a lamer los árboles de nuestra casa, después retrocedió y desapareció todo. Yo estaba conmovida de sorpresa y horror, y pensé que Adyar ardía. Durante dos días Ostende estaba ebrio (víspera de fiesta), y no tuve periódicos.

Estaba aterrorizada. Por la mañana del 2 de Enero escribí a... (en Inglaterra), pidiéndole que mirase en los diarios si se hablaba de incendio acaecido ese día en Adyar o Madrás. El 3 me telegrafió:

"Gran incendio en el Parque del Pueblo en Madrás, 300 indígenas quemados. No se inquiete". Hoy he visto yo misma la noticia en *La Independencia Belga*. ¿Qué es eso? ¿Por qué vi una relación entre Adyar y aquellos pobres indos quemados? ¿Hay teósofos entre las víctimas? Estoy muy inquieta. Espero que *usted* no estaría allí. ¿No podía usted salir de Adyar aquel día, no es cierto? ¡Qué horror! Y aquel joven loco me telegrafió: "No se inquiete. ¡No son más que 300 indígenas quemados"! Animal; le escribí que estaría yo menos inquieta si hubieran sido 600 europeos".

Ese fue un fenómeno psicológico de los más instructivos. Aquella "ola de horror" de la que ya hablé, llegó primero a Adyar a causa de la proximidad, y de mí pasó a H.P.B., con la cual yo estaba tan íntimamente ligado espiritualmente. Se puede ver que mi explicación es buena, dado que vio las lenguas de fuego que nos llegaban de la dirección del Parque –el norte– a través del río Adyar, hasta la orilla sur en la que se halla situada nuestra casa. En cuanto a mi mediación para la transmisión de la tragedia es tan natural como el conocimiento que tuve en Sydney, Australia, de la muerte de H.P.B., ocurrida el 1891 en Londres. Nosotros decíamos que éramos "gemelos", y lo éramos en la comunidad de nuestras simpatías hacia todo lo que era de nuestra obra. Nada tiene de asombroso después de haber trabajado tanto juntos. además, uno de nuestros miembros de Madrás resultó quemado. Yo había estado en dicha feria con el señor Cooper-Oaldey el doctor J. N. Cook y salimos justamente antes del incendio, de suerte que el horror que nos inspiró aquella horrible tragedia, se duplicó con el riesgo que tan de cerca habíamos estado de correr. Pero a propósito de eso no pensé directamente en H.P.B., sin lo cual muy probablemente ella hubiera recibido telepáticamente de mí una imagen más real del acontecimiento.

Cerca de la aduana marítima, de frente al puerto, hay en Madrás un edificio de dos pisos, en ladrillo, adornado al exterior con placas esmaltadas, y que está ocupado por el destacamento de policía. Me han dicho que fue construido con el dinero producido por la venta de los restos fundidos de oro y plata que se hallaron en el montón de los cuerpos quemados en la feria. Los cuerpos eran imposibles de identificar, y las alhajas no eran más que masas metálicas informes. Yo había tenido

la intención de llevar con nosotros a dos señoras delegadas a la Convención, para enseñarles la feria pero algo (¿qué?) me lo hizo olvidar. Me estremezco al pensar lo que hubiera sucedido si van conmigo; seducidas por la novedad del espectáculo, habrían podido hacerme quedar hasta el momento del incendio, haber sido también presas del pánico, y haberse precipitado en las llamas con la multitud enloquecida.

CAPÍTULO LI

UNA INCINERACIÓN EN CEYLAN

Se verá con un poco de estadística, lo que la Sociedad hizo durante la primera década de su existencia, por realizar los objetos para los que había sido constituida. El *Theosophist* fue fundado en Octubre de 1879, y en sus diez primeros volúmenes publicó 429 páginas en 89 de traducciones sánskritas y 935 páginas de artículos originales sobre temas científicos, filosóficos, o sobre las religiones orientales, escritos principalmente por escritores de nacimiento asiático. Varios centenares de conferencias fueron dadas por mí, sin contar otros cientos que pronunciaron nuestros colegas en la India, América y Ceylán, donde el movimiento buddhista de educación fue engendrado y vigorosamente impulsado. Fue fundado en la India cierto número de escuelas sánskritas y anglo-sánskritas. H.P.B. hizo un viaje por Europa, y yo varios. En Europa y América se establecieron Ramas y centros. Se publicó en diferentes idiomas un número considerable de libros. Yo recorrí miles de millas en la India, y visité casi todas las poblaciones de las provincias marítimas de Ceylán. Manteníamos una voluminosa correspondencia con todas las partes del mundo, y al franquear el umbral de nuestro undécimo año, se había comenzado la erección de la Biblioteca Oriental de Adyar en nuestro delicioso Cuartel General comprado por la Sociedad y enteramente terminado de pagar. Este es un extracto de mi diario del 1º de enero de 1886:

"En nombre de los Maestros y para el bien de su causa, yo, Enrique S. Olcott, presidente de la Sociedad Teosófica, he sacado la primera palada de tierra para los cimientos de la biblioteca sánskrita y del museo de Adyar. Únicos testigos presentes: T. Vijiaraghava Charlu y dos jardineros. Después de medir el terreno necesario para la construcción, me sentí tan súbitamente impulsado a hacerla, que no llamé a nadie de la casa".

Una cosa bien sencilla, como se ve: nada de discursos, música, procesión o historias de ninguna clase; tan sólo el verdadero comienzo de una cosa de la cual se quiere hacer una gran obra, y una declaración de intenciones, que aunque fue pronunciada sólo ante dos o tres espectadores, debió no obstante ser oída y

registrada allá donde los sabios moran y consideran las acciones de los hombres.

De todos modos, los trabajos no comenzaron en seguida, porque los planos tenían necesidad de ser perfeccionados; había que procurarse dinero y comprar materiales. El 8 consulté respecto al edificio al señor C. Sambiah, sub–ingeniero jubilado, uno de nuestros más perfectos colegas, y consintió en tomar la dirección junto con Ananda y conmigo. Yo me hice personalmente responsable de los gastos, y muy pronto estuvimos preparados. Pero ante todo habíanse de tener en cuenta los prejuicios religiosos de los albañiles, que no hubieran comenzado una nueva construcción fuera de la hora favorable, aunque se les ofreciese cualquier suma. El sábado 16 por la mañana resultó ser propicio; se llamó a un brahmán que recitó *slokas* en el ángulo N. E. del terreno, donde yo había abierto la zanja, y depositó allí una nuez de coco partida, un polvo rojo, nueces de betel, azafrán y hojas de mango, en una bandeja. En seguida quemó alcanfor y arrojó en la llama, envuelta en espesa humareda, granos de varias clases de mijo, roció el lugar con gotas de agua por medio de hojas de mango, y recitó unos mantras sánskritos, a los cuales suponíase que ningún diablo podía resistir. Se arrojaron además al fuego trozos de plátano maduro, mijo tostado, arroz aplastado y azúcar moreno, en beneficio de algunos *pisachas* o *bhutas* que hubieran podido andar vagando por allí, y finalmente se echaron flores en la zanja, y quedó terminada la ceremonia. Ahora ya podían trabajar los albañiles, y les hicimos que se pusieran a la obra. El señor Sambiah tomó posesión de su cargo y dio comienzo a su libro de cuentas, en el cual se inscribían con integridad y cuidado todas las cargas de ladrillos, de arena, cal y otros materiales, cada pie de madera de tek y cada jornal de cooli. Los tres, es decir: él, Charlu y yo, habíamos estado siempre perfectamente de acuerdo para todos los trabajos de construcción y reparaciones, que exigía nuestra común propiedad, y observamos siempre la más estricta economía. Es menester dejar bien sentado esto, porque algunas veces se ha dicho, poco caritativamente –naturalmente, han sido los que no tienen ninguna experiencia de la administración y sostenimiento de una gran propiedad como la de nuestra Sociedad–, que yo había derrochado el dinero en ladrillos y argamasa; esas personas no saben lo que cuesta la conservación de edificios tan grandes comprados cuarenta años después de ser construidos, y no se dan cuenta de que a medida que una Sociedad se desarrolla tiene necesidad de más sitio, exactamente como una familia que va creciendo. Pero no hay porqué insistir

sobre eso.

Vea en mi diario del 3 que nuestro amigo, el juez P. Srinivasa Row, “paga generosamente no sólo los gastos de alimentación para los delegados, sino también la erección de los *pandals,* la decoración y las luces para la Convención”. Fue él quien preparo para mí el *Catecismo Dwaita* de mi proyectada serie de catecismos elementales de las antiguas religiones, y en aquella época me remitió el manuscrito, que yo publiqué.

Terminada la Convención, el barón Ernesto van Weber partió para un pequeño viaje, y regresó el 11 de Enero, embarcándose el 15 para Calcuta. Era un hombre amable que de buena gana tomó parte en una broma que quise hacer para entretenimiento e instrucción de los miembros indos del Cuartel General. El 12 por la noche se puso su hermoso uniforme dorado de corte, con todas sus condecoraciones, su sombrero de dos picos, medias de seda blanca, zapatos de charol, espada y todo, y se presentó como embajador extraordinario de su soberano, encargado de transmitir al presidente de la Sociedad Teosófica los cumplimientos y felicitaciones de Su Majestad con ocasión de nuestro décimo aniversario. Hice alinear a los indos en ambos lados del vestíbulo, y actuando de maestro de ceremonias, me adelanté hasta el pórtico con columnas para recibir y conducir al embajador; le hice atravesar el vestíbulo, anunció sus nombres, dignidades y funciones; después, volviéndome, le recibí como presidente, oí su discurso (preparado), contesté con solemnidad y puse en la solapa del barón un pedacito de latón con el escudo de armas de H.P.B. transformado en una condecoración mirífica con un nombre de fantasía, y le supliqué la aceptase a fin de probar a su augusto amo mi aprecio de su fraternal mensaje. Terminada esta imaginaria recepción, tuvimos motivo para reírnos el barón y yo al ver en inocente asombro de los indos ante un traje semejante, del cual examinaron todas sus piezas una por una, apoyándose con preguntas. Los guantes de cabritilla blanca les sorprendieron mucho; no sabían qué pensar, pero decían que eran objetos raros, muy “flexibles y suaves” para llevar. No dudo que esta inocente broma escandalizará a nuestros miembros que toman la vida a lo trágico y que se imaginan que el P S. T. debe ser un asceta y un yogi; pero era precisamente un asunto propio para divertir a H.P.B., quien hubiera tomado parte en él con entusiasmo. ¡En cuántas de esas bromas sin malicia intervenía ella en aquellos

tiempos prehistóricos en que llevábamos nuestras pesadas cargas por ásperos senderos, riendo y bromeando! Y por cierto que sin nuestra despreocupación tal vez nos hubieran aplastado; reír como loco descansa más que una dosis de láudano, y la alegría más que la morfina. ¡Oh! ¡Amigos míos de la triste figura! Hasta he visto reír a Mahâtmas…

El día de la partida del barón de Weber, un capitán de la flota inglesa pidió permiso para ver de nuevo el bungalow del río, donde había él nacido. Esto da una idea sobre la edad de los edificios de Adyar.

El 19 era la fiesta anual en el gran estanque del templo de Mylapur, y fuimos a verla. Es un símbolo de Vishnú flotando en la superficie de las aguas al comienzo de un *manvantara* o período cósmico. Los escalones que descienden hasta el agua por los cuatro lados del estaque se hallan iluminados con *chirags* o lámparas de arcilla, y el pequeño templo en el centro del agua se ve chispeante de luces, mientras el claro de luna transforma el estuco blanco o *chunam* en viejo marfil. Sobre una balsa preparada por los pescadores de la costa como un tributo feudal de tiempo inmemorial, habían colocado en una pequeña pagoda al ídolo del templó, cubierto de oropel. Sus servidores hereditarios, los brahmanes, desnudos hasta la cintura, pero cubiertos desde ahí a los pies con muselina blanca, y llevando una bufanda de la misma tela en estrechos dobleces y echada sobre los hombros, cantaban estrofas. Los abanderados agitaban raros estandartes. Las *devadasis* o bailarinas del templo se balanceaban ante el ídolo en graciosas posturas. En las esquinas de la balsa estallaban fuegos de Bengala de vivos colores. Los músicos lanzaban a los ecos sus estridentes sonidos y la balsa da varias veces la vuelta al estanque, en presencia de una multitud de gente de piel oscura que desde la orilla contempla el espectáculo, mientras que el agua agitada refleja el esplendor de las lámparas y de los fuegos, así como el argentado brillo de la luna y las estrellas, que cae de la lejana bóveda azul. Difícilmente podría hallarse en parte alguna nada tan pintoresco como fiesta popular.

El día 23 del mismo mes, dí en el Colegio Agrícola de Saidapet mi primera y única conferencia en la India sobre agricultura. Eso rompía agradablemente la monotonía de mis perpetuos discursos religiosos o metafísicos, y de nuevo hallé su antiguo interés al problema de ayudar a la tierra para que alimente ampliamente a los hombres. El presidente del Colegio –establecimiento oficial–

presidía el acto, y todo transcurrió muy bien. Pero como este tema pertenece en realidad a la parte preteosófica de mi existencia, no hay necesidad de mezclarlo al período cuyos principales acontecimientos describimos en este instante.

Me embarqué el 20 con el señor Leadbeater para Colombo, a fin de hacer una jira de conferencias que había prometido, yque sería en provecho de la caja escolar nacional buddhista. El mar estaba tranquilo, el tiempo agradable, los oficiales del barco eran antiguos conocidos de viajes precedentes, y el viaje de 640 millas de un puerto a otro, se cubrió en el tiempo previsto. A la llegada del vapor nos esperaban en la escalinata del muelle y en el nuevo edificio de la Sociedad Teosófica Buddhista de Colombo, donde se cantó un himno de bienvenida por los niños de nuestras escuelas. Sir Edwin Arnold, su mujer y su hijo, estaban en Colombo, y yo me puse en seguida a organizar una recepción pública digna de aquel a quien el mundo buddhista es deudor de *La Luz del Asia.* Pero muy pocos, cingaleses se imaginaban lo que debían a sir Edwin, quien felizmente no sospechaba su ignorancia, y tuve que hacerme acompañar por nuestros colegas buddhistas inteligentes para ver a los sacerdotes y obtener su colaboración. Afortunadamente, el *Ceylon. Observer,* diario en extremo dogmático y agresivo, lo atacó violentamente a causa de su simpatía por los buddhistas, lo que hizo fácil nuestra tarea. Se convino con el gran sacerdote Sumangala que la recepción se haría dos días después en su colegio, y todo se organizó de antemano, los sitios que ocuparían los sacerdotes y los invitados en el estrado, y lo que diría el gran sacerdote. A petición de sir Edwin, se le mandó un ejemplar del discurso proyectado, y todo anduvo como lo mejor del mundo. Yo tenía como vecino en el estrado a Jorge Augusto Sala, que estaba de paso al regresar de Australia. Después que se fueron los invitados, el gran sacerdote nos invitó a Leadbeater y a mí a pronunciar algunas palabras, lo que hicimos.

Al otro día tomamos el tren para Kaloutara con algunos miembros de Colombo, para asistir a la cremación de Ambagahawatte, el sabio fundador de la secta Ramanya Nikaya. Fue una escena tan impresionante, que creo hacer bien citando algunos detalles extraídos del informe que escribí para el *Theosophist* cuando mis recuerdos estaban todavía frescos (número de Mayo de 1886, pág. 491).

Ambagahawatte era un sabio asceta, minucioso observador de todos los detalles de la disciplina establecida por el *Vinaya Pitaka.* Tenía una cabeza del más elevado

tipo intelectual, ojos llenos de pensamientos y fuerza, sus modales eran suaves y reservados, su conducta privada perfecta. Eramos grandes amigos, porque yo simpatizaba plenamente con él en su deseo de reformar a los monjes y extender el Buddhismo por el mundo entero. Por lo tanto, fui, como es natural, invitado por sus discípulos para asistir a la incineración de su cuerpo en Kaloutara, y fui de buen grado para rendir a su memoria ese último testimonio de respeto. Había muerto el 30 de Enero, y las exequias se hicieron el 3 de Febrero. Mientras tanto, el cuerpo se expuso en su monasterio, a cinco millas de Kaloutara, de donde fue transportado al lugar de la cremación procesionalmente, en un catafalco erigido en un carro. El señor Leadbeater y yo, con nuestros amigos de Colombo, presenciamos todo. Antes de sacar el féretro del dharnasala (sala en la cual se predica) donde reposaba, los sacerdotes congregados, en número aproximado a doscientos, desfilaron tres veces en silencio a su alrededor, con la cara vuelta hacia el interior y las manos juntas en la frente; después se arrodillaron y pusieron la cara en el suelo, como para rendir un último homenaje a su jefe difunto. A continuación el féretro fue levantado por los principales discípulos, sacado del edificio y depositado en el carro. Los músicos indígenas dieron entonces tres veces la vuelta en torno del ataúd, tocando sus tambores y sus flautas quejumbrosas, el pueblo arrojó flores, granos tostados y perfumes sobre el muerto; las autoridades de la población rodearon el carro vistiendo sus más hermosas galas, con botones y encajes de oro, y con altas peinetas de carey. Los monjes amarillos extendieron su fila india delante y detrás del carro, cada uno llevaba su abanico, su sombrilla de *cadjan* y su cuenco de limosnas a la espalda. Y nos pusimos en camino bajo un sol radiante, con cuyo esplendor los colores de los trajes, el oro de los bordados, el ámbar de las túnicas y el catafalco de colores fuertes, parecían más brillantes aún. Detrás de los últimos monjes marchaban centenares de hombres y mujeres llevando especias, citronela, aceite de sándalo y otras materias portátiles que llevaban como contribución para la hoguera.

En una especie de hondonada tapizada de hierba, limitada en dos lados por escarpadas colinas cubiertas hasta el vértice de altos árboles, se hallaba una hoguera de nueve pies cuadrados, orientada a los cuatro puntos cardinales y formada por maderos de mangle, cachunde, canelero y cocotero. De cada lado, tres gruesos postes de unos quince pies de altura, debían servir para sostener el combustible traído por los amigos. Fuera se elevaba una especie de arco de triunfo hecho con

tiernas palmeras de arek, graciosamente decorado con tiernas hojas de cocotero, recortadas y festoneadas según la encantadora moda de Ceylán. Del lado del camino se veía un bastidor de tela en el que se leía el nombre, los títulos y la historia cronológica de Ambagahawatte. Al oriente estaba otro en el que había emblemas pintados; por encima de la hoguera habían puesto un dosel de tela con el sol en el centro y estrellas en los ángulos. Y alrededor de la cornisa de arek flotaban banderas y gallardetes escarlatas. A la distancia de quince metros al oriente estaba preparado un largo velo de tela para proteger a los monjes que asistían a la ceremonia. Leadbeater y yo, que nos habíamos adelantado a la procesión por un sendero transversal, sentados a la sombra fresca, contemplábamos todo. Por fin oímos los tristes sollozos de las flautas, el redoble de los tambores y los golpes de tam-tam; apareció el cortejo y cada uno ocupó su lugar. El carro se detuvo cerca de la pira, los principales discípulos subieron a ella mientras la envolvían con telas blancas a modo de tabiques momentáneos, el féretro fue colocado y un monje elocuente y de voz clara recitó el Pancha Sila. Las 5.000 personas presentes respondieron, y el efecto de aquel enorme volumen de sonido era impresionante. El mismo monje pronunció en seguida un discurso muy hermoso sobre el maestro difunto y predicó acerca de los misterios de la vida y de la muerte, las operaciones de la ley del Karma, y el Nirvana considerado como el soberano bien. Volviéndose hacia mí me pidió que dijese algunas palabras en calidad de amigo de Ambagahawatte y de Presidente de nuestra Sociedad, a lo que accedí. En este momento se trajeron todas las ofrendas destinadas a la pira, que no tardó en elevarse a una altura de quince pies; enormes cantidades de aceites perfumados y de gomas aromáticas fueron derramados sobre los leños. Ya todo preparado, los discípulos quitaron las telas que servían de cortinas, bajaron al suelo, dieron tres veces la vuelta a la hoguera recitando los versos palis de circunstancias, que se llaman *piritta*, se arrodillaron tres veces prosternándose, después, lentamente, con los ojos bajos y el rostro afligido, se retiraron. Es privilegio del principal discípulo y del hermano del difunto, pegar fuego a la hoguera, pero ambos me hicieron el inusitado honor de pedirme que yo aplicase la antorcha. Yo decliné la invitación discretamente y se siguió la forma acostumbrada. Muy pronto la enorme masa se halló envuelta en una capa de llamas que lamía las maderas, las especias, los aceites, y subía hacia el cielo en largas bandas rojas. Era un gran

espectáculo; infinitamente más noble que la ceremonia del entierro; basta tener el menor instinto poético para sentirlo. Al cabo de algún tiempo, la inmensa hoguera no era más que una masa de carbones ardientes, el cuerpo estaba reducido a cenizas, y el fundador entusiasta y lleno de talento de la Ramanya Nikaya, había desaparecido para los hombres cuya visión es limitada al plano físico, pero avanzaba hacia otra etapa de su órbita evolutiva.

Antes de la conquista portuguesa la cremación era el modo habitual de sepultura en Ceylán, excepto para las clases más innobles. Para los laicos la pompa dependía de la fortuna y de la situación del difunto. Eso es lo que leemos en los antiguos libros sánskrito o pidis. Pero los nuevos amos establecieron sus innovaciones, en parte como consecuencia de sangrientas persecuciones y de la necesidad de refugiarse en la selva huyendo de los salvajes conquistadores. Para los laicos el entierro reemplazó a la incineración que hasta hoy quedó reservada para los sacerdotes y los nobles kandyotas. Los cingaleses han sido alentados por varios de sus amigos, yo entre otros, a volver a la antigua y mejor moda, y espero que esto podrá efectuarse con el tiempo. No existe ningún obstáculo derivado de costumbre, prejuicio social o ley religiosa; los cingaleses continúan tontamente empleando un mal sistema de sepultura que sus antepasados hubieran considerado como una horrible vergüenza, impuesta por conquistadores extranjeros tan estrechamente intolerantes como puede hacerlos el fanatismo, y crueles como tigres en sus relaciones con los súbditos conquistados. Es un curioso ejemplo de auto–hipnotismo nacional. Un buen día, los hombres que los dirigen descubrirán que tratan a los cuerpos de sus parientes muertos como en otro tiempo el gobierno trataba los de aquellos que se habían colocado fuera de la ley y los de los criminales, de quienes, en una palabra, eran considerados como fuera de las personas honorables y no teniendo derecho para sus cadáveres a otro trato que el de los perros. Entonces cesará el encanto, serán abandonados los entierros pomposos, y los cuerpos de los difuntos volverán a sus elementos primitivos en el seno del gran purificador, el fuego. El embalsamamiento de los cuerpos con nitro y especias, y su colocación bajo tierra para convertirse en osamentas pestilentes, son costumbres derivadas de las creencias teológicas de la importancia *postmortem* de nuestros despojos humanos. La cremación, la más noble y más honrosa forma de sepultura, era el resultado natural de esos conceptos más

elevados, más amplios y razonables, acerca de las partes perecederas e imperecederas del Ego humano, que enseñan el Brahmanismo y el Buddhismo.

CAPÍTULO LII

CREACION DE UN ESTANDARTE BUDDHISTA

El cónsul norteamericano me envió el 5 de Febrero una tarjeta que me reabrió los horizontes de mi vida pasada, y me llevó veinte años atrás al tiempo de la guerra de secesión. Era la de un señor Miller, de Sacramento, que había sido uno de mis agentes cuando yo estaba agregado al departamento de la guerra. No se podría imaginar un mayor contraste entre mi yo de entonces y el de hoy y con verdadero placer fui a ver a mi amigo y su señora al hotel. Cambiando nuestros recuerdos sobre las personas y las cosas, reveía en la linterna mágica de mi memoria imágenes, desde largo tiempo olvidadas, de aquellos días terribles, cuando mi país combatía por la existencia, y en los cuales mis cabellos blanqueaban bajo el peso de la responsabilidad de mi posición oficial. Los buddhistas de Colombo aprovecharon la ocasión del paso del señor Miller, que hacía un viaje alrededor del mundo, para obtener de él, de primera mano, algunos detalles de mi vida pública y de mi reputación privada en mi país, para usarlos como armas defensivas contra aquellos que, en la tribuna o en la prensa oriental, atacaban a nuestra Sociedad y a sus fundadores, rozando tan cerca como les era posible los límites de la difamación atacable. Pero una gran calamidad estaba suspendida sobre la cabeza de mi amigo, porque su mujer murió en el hotel durante la semana siguiente, y yo acompañé con el cónsul sus restos hasta el cementerio.

Fue por aquel entonces cuando nuestros colegas de Colombo tuvieron la feliz idea de componer un estandarte susceptible de ser adoptado por todas las naciones buddhistas, como un símbolo universal de su fe, sirviendo lo mismo que la cruz para los cristianos. Era una empresa formidable de unificación si se tienen en cuenta todas las diferencias entre el Buddhismo del norte y el de sur; sin embargo, la causa no era desesperada, porque hay en ellos muchos puntos de contacto. Mi *Catecismo Buddhsista* circulaba ya por el Japón en dos traducciones diferentes, y ahora aquella bandera venía a reforzar la posición. Nuestros hermanos de Colombo concibieron la idea, muy original y única, de reunir en

dicha bandera los seis colores que, según se dice, se mostraron en el aura del Buddha, azul zafiro, amarillo oro, púrpura, blanco, escarlata, y un color producido por la mezcla de todos los otros. Adoptando este modelo, evitábase toda causa posible de discusión entre los buddhistas, ya que todos sin distinción adoptan la tradición sobre la apariencia personal del Buddha y de su aura. Además ese estandarte no tendría significación política alguna, sino que sería estrictamente religioso. El comité de Colombo lo había dibujado en forma de largo gallardete de navío, lo cual hubiera sido muy molesto para llevarlo en los cortejos o colgarlo en los salones. De suerte que propuse hacerlo de la forma y dimensión habitual en las banderas nacionales, y cuando se mandó hacer un ejemplar, reunió todos los votos. Aceptado como ortodoxo por el gran sacerdote, tuvo un éxito inmediato y fue izado aquel año en casi todos los templos y las casas de alguna importancia de Ceylán, el día de la fiesta del nacimiento del Buddha. Después se ha difundido por todo el mundo buddhista entero. Supe con interés, algunos años más tarde, por el embajador tibetano ante el virrey, a quien encontré en Darjeeling, que sus colores son los mismos que los de la bandera del Dalai Lama.

Tal vez se podrá medir la importancia del servicio hecho así a las naciones buddhistas, comparándolo con el don de la cruz a los cristianos, o de la media luna a los mahometanos. Por otra parte, la bandera buddhista es una de las más bonitas del mundo; los colores están colocados verticalmente en el orden dicho, y sus tonos forman una verdadera armonía cromática. Los nombres palis de dichos colores son: *nila, pita, lohita, avadata, mangasta y prabhaswara*.

A fin de proseguir mi política de unificación, reuní una convención en Colombo con representantes de las dos sectas el 14 de Febrero, para ponernos de acuerdo sobre la jira que yo acababa de hacer en bien de la educación y de la religión. Después, el 20, en compañía del señor Leadbeater, del señor Abrew, de Dharmapala y de mi viejo criado buddhista “Bob”, salí para Negombo en mi carreta de viaje. Mas el hombre propone y Dios dispone, como se dice, y enfermé de *mi* primer y único ataque serio de malaria desde que había llegado al Oriente. No pude dar más que una conferencia y hube de regresar, después de lo cual Leadbeater tuvo que hacer mi tarea durante una quincena, mientras yo permanecía en cama, bebiendo tisanas de hierbas tan neuseabundas como para

hacer vomitar a un caballo, por prescripción de un médico indígena. Me levanté el 5 de marzo y reaparecí en la tribuna en Ratnamalana. Reanudó su curso la jira por el distrito de Negombo y visitamos todas las poblaciones inscritas en el programa.

El cocotero ha servido de tema a centenares de poetas, porque es uno de los más bellos representantes del reino vegetal, pero para conservar de él un imborrable recuerdo es menester verlo como le vimos en la propiedad de los señores Pedalis de Silva y R.A. Mirando, la noche del 23 de Marzo. Las estrellas de plata centelleaban en el cielo azul, y en el considerable bosque de los cocoteros habían encendido numerosas hogueras para proteger los frutos contra las depredaciones de los ladrones. El efecto de aquellas luces sobre la barnizada superficie de las anchas hojas era maravillosamente artístico. El reverso de las hojas aparecía en alto relieve, y cuando uno se colocaba el pie de un árbol mirando para arriba, se veía el gran círculo de cielo estrellado alrededor de los troncos, mientras el viento sacudía las palmas, sus puntas se levantaban y bajaban, o se retorcían de un lado a otro, y su parte superior de color esmeralda brillaba al resplandor amarillo de las hogueras. Era uno de los cuadros más encantadores que haya visto en mi vida. Nuestro carro desatalajado, con su toldo blanco, los bueyes blancos, el fuego de nuestro vivac y nuestro grupo, estaban fuertemente alumbrados, y yo no podía impedirme imaginar el hermoso cuadro que Salvatore Rosa hubiera hecho con aquella escena tranquila.

En un pueblo que no nombraré, encontré buddhistas que mataban animales para comerlos y que bebían y vendían arrak. Bonita cosa, por cierto, como tomada del modelo de los cristianos indos. Pues bien, puede creerse que no les ahorré las palabras duras en mi discurso, citándoles los *silas* para demostrarles lo que debe ser un verdadero buddhista, y lo que ellos no eran. Hasta el jefe del pueblo, que nos ofrecía hospitalidad, tenía un depósito de arrak, y la pesca y venta de pescado estaban en la orden del día. Definiendo el Nirvana y el camino que a él conduce, les declaré a todos, apoyándome en la autoridad del Señor Buddha en persona, que si se imaginaban poder llegar al Nirvana llevando una jarra de arrak en una mano y una sarta de pescados en la otra, estaban muy equivocados, y que si creían eso, no tenían más que hacerse cristianos, porque tales cosas no son compatibles con el Buddhismo!

El domingo 11 de Abril, primero de año para los cingaleses, Leadbeater, yo y

otros, fuimos al templo de Kelanie, peregrinación muy sagrada a varias millas de Colombo, para ofrecer flores y arengar a la multitud. La escena no carecía de animación con la muchedumbre de los fieles, las ofrendas de flores ante las imágenes del Señor Buddha, el murmullo de las conversaciones, las entonaciones arrastradas de los sacerdotes recitando los cinco preceptos, seguidas del trueno de las repeticiones del pueblo, los millares de pequeñas lámparas encendidas alrededor de los árboles de bodhi, de los dagobas y de las construcciones del templo, en fin, el movimiento y la general agitación. El "culto" buddhista es la simplicidad misma. El peregrino, llevando flores de loto, de lirios, de franchipán o de otras plantas o árboles perfumados, deja sus sandalias a la puerta de la casa de las estatuas, levanta las manos juntas hasta su frente, deposita sus flores sobre una plancha de mármol ante la imagen, recita una frase o dos de los libros sagrados, y se retira tranquilamente para hacer sitio a otro. Esto es todo; ¿qué hay más sencillo o más inocente? No se adora a la imagen; el devoto ofrece su perfumada cosecha al ideal del salvador del mundo, Gautama Buddha, a quien ha prometido seguir por el camino de las ocho ramas *(Aryastanga Márga),* que enseñó a todos los hombres y que venera en lo más profundo de su corazón. El monje buddhista no es un intermedio, sus oraciones no pueden salvar sino a sí mismo, y esto con la condición de que condicione a ellas en la práctica su vida habitual, su pensamiento y su conversación. El Tathagata era un hombre que después de un sinnúmero de nacimientos alcanzó por fin la sabiduría y los poderes divinos, que predicó la doctrina de que el Nirvana se halla al alcance de todos los hombres que desearen aprovechar de sus descubrimientos y marchar por las huellas de los hombres buenos y sabios. No se declaró infalible, y no exigió fe en dogmas revelados por una autoridad divina. En cambio, enseñó en el *Kalama Sutra,* como ya lo he citado, que no se debe creer nada, aunque sea dicho por un sabio, escrito en un libro, transmitido por la tradición, o aparentemente probado por analogías, a menos que esté de acuerdo con la experiencia humana. Lleno de compasión, conmovido hasta sentir partido su corazón por la inmensidad de las penas humanas, voluntariamente volvió a renacer y a renacer a fin de ilustrarse cada vez más, de lograr desarrollar de más en más su penetración, y de capacitarse poco a poco para llegar a ser el conductor de la humanidad ignorante y sacarla del pantano de la ignorancia hacia la tierra firme de la verdad. Basta mezclarse con

una muchedumbre como la que vimos en Kelanie, para comprender cuán profundos son el amor y la devoción al Buddha de sus fieles de hoy, por más ignorantes, débiles y atrasados en la civilización que sean.

Los pocos días que me quedaban para permanecer en la isla fueron ocupados por los asuntos de Colombo, y el 26 me embarqué para Madrás en el *Chindwara,* y en este confortable vapor hallé de nuevo en el capitán y otros oficiales camaradas de anteriores travesías. En esa jira, di veintidós conferencias, y Leadbeater, 29; fueron visitadas las poblaciones de las provincias del oeste y del noroeste; se recogieron varios centenares de rupias para el Fondo Nacional; se hizo una nueva edición cingalesa de 5.000 ejemplares del *Buddhist Catechism* y 2.000 del *Sisya Bodhya* o pequeño catecismo elemental de Leadbeater. Se revisaron y aprobaron las cuentas de la Sociedad Teosófica Buddhista de Colombo y de nuestro diario indígena *Sanderesa;* se hizo una suscripción para los edificios del Cuartel General que se elevó a 3.000 rupias; quedó establecido en forma permanente el Comité de Defensa; finalmente, y no fue lo menos importante, se inventó, perfeccionó y quedó adoptado, el estandarte buddhista. Puede decirse que fue trabajar bien. Volví solo, porque se decidió que el señor Leadbeater permanecería en calidad de representante local mío y se encargaría de la alta vigilancia de los asuntos seculares buddhistas.

Cuando llegué a Adyar el 5 de Mayo, hallé todo en orden y me puse en seguida al trabajo. Al siguiente día vino a verme Subba Row y tuvimos una larga conversación sobre H.P.B. y sus proyectos de regreso a la India. Ignoro porqué causa había cambiado enteramente de sentimientos hacia ella; ahora le era positivamente hostil, e insistía para que no fuera llamada antes de un año o dos, a fin de dar tiempo a la animosidad pública para que se calmara, evitando el escándalo que los misioneros no dejarían de causar alentando a los Coulomb para que la atacasen por difamación. Sin embargo, su opinión no era compartida más que por pocos miembros, y la gran mayoría se inclinaba a desear el regreso de H.P.B. en cuanto su salud estuviera lo bastante restablecida para permitírselo. Subba Row volvió algunos días más tarde, trayendo consigo una carta de uno de nuestros miembros indos, en la cual encontramos al abrirla un *post-scriptum* con lápiz azul de letra de K. H.

Después de mostrármela, la reexpidió por correo a su corresponsal,

preguntándole si la escritura azul estaba en la carta antes de la salida de ésta. Oportunamente llegó la respuesta, y según mi parecer, no fue satisfactoria. Más o menos por aquel tiempo, un individuo del norte de la India hacía mucha propaganda en los diarios para unas seudo–fotografías del Mahatma K. H., que, según él, había sido autorizado a sacar en las fronteras del Thibet, y que vendían a dos rupias. No podíamos dudar de que se trataba de un timo descarado, y no pedimos ningún ejemplar, pero un amigo me envió uno y aquello era peor que todo lo que pensábamos. En lugar del rostro de Cristo del Maestro, era la imagen de un animal de lama dugpa con su pipa hecha de una tibia, una copa construida con un cráneo humano, su burdo traje rojo, su gorro en punta y sus pesados rosarios. ¡Qué insulto para mí que había visto cara a cara al verdadero personaje, que había hablado con él y visto los rayos espirituales que iluminan las fisonomía de los Sabios! No hay duda de que aquel canalla hizo una buena especulación con sus fotografías; que aquel dinero pueda haberle aprovechado.

Varios de los nuestros asistieron el 24 al casamiento de uno de nuestros jóvenes miembros de Madrás, Ramanjoulou Naidou. Todos se divirtieron mucho con los juegos de un bufón que, con una simple hoja de betel sostenida con las dos manos ante la boca, imitaba el canto y el silbido de diferentes pájaros, y por la nariz el sonido de instrumentos de cuerda o de cobre. Hizo también graciosas imitaciones de un misionero que trata de predicar en tamil, de un europeo que riñe a su criado y de algunos tipos indos tales como de cuando en cuando se ven en la sociedad.

Ese mes tuve noticia del suicidio infinitamente triste de un muchacho, hijo adorado de unos amigos europeos muy queridos. No tenía más que doce o catorce años, llevaba una vida feliz y rica, y sus padres le querían con ternura. Su padre estaba en situación de hacerle seguir cualquiera carrera que desease. Pero de pronto, sin motivo, se mató de un tiro de revólver en su cuarto; pero esto no es todo: su hermano había hecho lo mismo, aproximadamente a la misma edad, en la misma casa, un año o dos antes. Parece como si aquellas dos desgracias hubieran tenido alguna relación, y sería un problema interesante aclarar qué clase de Karma pudo hacer necesario que aquellos dos muchachos inteligentes y queridos se matasen a la misma edad, partiendo por dos veces el corazón de sus nobles padres. Puede suponerse cuál sería mi felicidad al saber de la pobre madre que sin los

socorros y consuelos de la Teosofía probablemente se hubiera vuelto loca. La perfecta comprensión de la verdad de la teoría del Karma secó sus lágrimas inútiles y calmó su alma horrorizada. De qué admirable manera ha explicado el señor Fullerton la acción bienhechora y consoladora del Karma en su folleto *Theosophy in practice and consolations of Theosophy*. Si aquellos pobres padres sufrieron tanto, no fue por accidente, ni por "una misteriosa Providencia", sino que ellos mismos eran la causa: recogían ahora lo que habían sembrado mucho tiempo antes.

"El padre, en una existencia anterior, había hecho la vida dura a sus hijos, o careció de simpatía hacia los que dependían de él, y así formó una causa que había de ser expiada más tarde. Entonces las condiciones habían cambiado, y la espada que antes introdujo en los corazones impotentes, sepultóse en el suyo. Es duro de soportar, pero él sabe que sólo así puede tener lugar la expiación, puede ser pagada la deuda debida a la Justicia, y el porvenir quedar liberado de sus angustias y penas. Por eso acepta dicha expiación que le afirma, y se consuela con el pensamiento de que no ha tenido más que lo que merecía, etcétera".

Se podría explicar así que aquellas dos entidades, destinadas por su Karma personal al suicidio en la adolescencia, fuesen atraídas a nacer en aquella familia. Los lazos kármicos antecedentes exigían que uno se precipitase primero en el Kamaloka y a continuación atrayese hipnóticamente al otro hacia ese negro sendero. Respecto a su madre, en su presente encarnación, si alguna vez hubo madre o mujer más a propósito que ella para ser amada, no la he conocido. Pero es evidente que en una vida anterior debió haber hecho algo que atrajera sobre ella el dolor, consecuencia inevitable de tal tragedia, si vivimos en un mundo en el que las causas y los efectos se equilibran, y si no somos el juguete de diablos y vagabundos astrales.

En precedente capítulo cité un caso particular de Karma familiar que observé en la India septentrional. Dos hijos de una familia respetable y de buena posición, fueron atacados de parálisis al llegar a su duodécimo año. Cuando yo los vi, uno tenía catorce años y el otro doce. Pues bien, a pesar de haber curado a unos doscientos paralíticos con mis pases magnéticos, me fue imposible hacer nada por aquellos pobres niños. Evidentemente, su Karma era sufrir de ese modo, y eran incurables.

El libro de Adolfo d'Assier, *L'Humanité Posthume,* acerca del estado de la humanidad después de la muerte, me gustó tanto, que solicité y obtuve su permiso para publicar una edición en inglés adjuntándole mis propias anotaciones. Di comienzo a la traducción el 27 de Mayo de 1886, y sin abandonar mis otros deberes, la terminé el 24 de Junio. Se publicó en un bonito formato por Redway y obtuvo un éxito halagador. Según mi opinión, es uno de los libros de referencia más útiles de nuestra literatura ocultista, sobre todo porque su autor había sido partidario de Comte, y nos conducía, por decir así, más allá de la tumba, al país de las sombras. Poco importa que nos abandone a medio camino en la tinieblas; por lo menos ha dispuesto de las objeciones de aquellos de su antiguo partido que rehusaban avanzar un paso más allá del umbral del sepulcro.

El 6 de Junio, el Consejo se reunió y aprobó mi proyecto de organizar una comisión de contralor que dirigiría nuestro movimiento en los Estados Unidos de Norteamérica. Pero poco después estalló una querella entre el señor Judge y el doctor Coues, porque este último deseaba ser nombrado presidente de la sección americana, lo cual hubiera sido una anomalía, porque una sociedad no puede tener más que una cabeza si en realidad debe ser una entidad, un cuerpo. Nos escribió a H.P.B. y a mí cartas fantásticas, llenas de autoalabanzas, y en las que la más grosera adulación se mezclaba con la suficiencia y con encubiertas amenazas. Nos explicaba cómo había manejado al público norteamericano, ya excitando su curiosidad y su asombro, ya destruyendo sus esperanzas de poder alguna vez atravesar el misterio que él ocultaba a los profanos. En resumen, me hizo el efecto de ser un hombre de los más peligrosos y de los menos deseables para tratar. De suerte que cuando llevó las cosas a cierto punto, obtuve del Consejo que disolviera dicha comisión de contralor y le reemplazara por una forma seccional de organización sobre bases puramente republicanas y dotada de elementos interiores de estabilidad. Hoy ya es una cosa histórica el modo satisfactorio como esa sección funcionó bajo la dirección del señor Judge. Más tarde, el doctor Coues fue expulsado de la Sociedad.

Me llegó de Bombay una carta de Tookaram Tatya que nos causó a todos una gran sorpresa. En la primera página habla expresivamente de la desaparición de Damodar y de nuestra ignorancia acerca de su vida o de su muerte. En la segunda página en blanco, encontré un largo mensaje del Mahatma K. H., o por lo menos

con su conocida letra, dándome informes precisos como respuesta a la queja de Tookaram. Damodar, decía, está vivo y en lugar seguro; ensayó atravesar las terribles pruebas de la Iniciación, pero fracasó a causa de su debilidad física; mas, no obstante, más adelante tendría éxito. Había llegado la hora para nosotros de darnos cuenta de la existencia de una inexorable ley de Karma, y de obrar en consecuencia. El tono del mensaje era admirable del principio al fin y me alegré al ver aquel severo llamamiento a nuestra personal responsabilidad; aquello me pareció anunciar la aurora de días mejores, y que una campana tocaba a muerto por toda aquella seudo-santidad de baja ley que habíamos visto demasiado. Devolví la carta a Tookaram y le pregunté qué sabía de eso, como hiciera la otra vez con Subba Row. Me contestó en una carta, recibida el 13, manifestando una gran alegría por el acontecimiento, y me dijo que otros de nuestros más influyentes miembros participaban de su modo de sentir. Como H.P.B. estaba en Europa y Damodar en el Thibet, aquel fenómeno no podía ser atribuido ni al uno ni al otro, aun por los críticos menos honrados.

Ahora las noticias de Europa eran alentadoras. A la cabeza de nuestro movimiento en Francia, teníamos un hombre admirablemente dotado y capaz, Luis Dramard, que muy desgraciadamente para nosotros, cayó en rápida consunción poco después, y murió en el preciso momento en que se abría ante él un ilimitado campo de actividad. De haber vivido, hubiéramos tenido en el transcurso de los cinco años siguientes, numerosos adherentes entre la clase superior de los socialistas franceses, de quienes Bernardo Malony Dramard, altruistas puros, eran los tipos.

Aún ahora, tenemos miembros en la Asamblea Nacional, al menos los teníamos hace tres años cuando estuve en París por última vez. El hecho es que aquel polen teosófico ha sido diseminado por el mundo entero, y ha fecundado millares de espíritus en los que el mundo no sospecha tales afinidades. Cuando murió Tennyson, se halló sobre su mesa de noche *La Voz del Silencio,* y más de un personaje real conserva nuestros libros en los estantes de su biblioteca privada. ¿Y por qué no? Los pensamientos son cosas, y los grandes pensamientos son más poderosos que el monarca más absoluto de la tierra; éste ha de inclinarse ante su majestad. ¡Gritad, pues!, centinelas, sobre los muros de nuestra ciudadela, porque los vientos llevarán vuestros llamamientos hasta los oídos de aquellos cuyo

sentido clariaudiente les aguarda y cuyo Karma ha sonado.

Acabo de hallar una carta de H.P.B. referente a la composición de *La Doctrina Secreta,* yes tan sugestiva que voy a insertarla aquí. Dice:

"Sinnett se ha marchado después de pasar tres semanas conmigo, y la señora... permanecerá aún doce días. Es muy buena y me pone en limpio *La Doctrina Secreta.* El enorme (volumen) de Estancias Preliminares, el primer capítulo sobre el período arcaico y la Cosmogonía con innumerables apéndices, está concluido, pero ¿cómo enviarlo a Adyar? ¡No me acuerdo ni de una pícara palabra y si se perdiera la habríamos hecho buena! En fin, mi viejo amigo, Z. lo ha leído de cabo a rabo, lo ha vuelto a leer y ahora lo recomienza por tercera vez. No ha *encontrado nada que corregir* en mi inglés, y dice que se encuentra estupefacto por la gigantesca erudición, la exactitud de los razonamientos, demostrando el esoterismo de la Biblia, y sus paralelos incesantes con los Vedas, Brahmanas, etc. Es aún algo más asombroso que *Isis* porque usted corregía y Wilder sugería. *Ahora, estoy absolutamente sola,* con mi sillón y mi tintero, y vale decir sin libros. Escribí toda una sección y la interpretación de una estancia entera (unas 40 páginas), sin ningún libro cerca de mí y sin interrupción, durante casi cuatro horas, oyendo todo sencillamente. Esto no es cosa de broma, mi viejo amigo, es serio".

De paso, indicaremos una coincidencia. Mientras escribo esto, entre las revistas que cubren mi mesa, veo el número del 25 de Febrero de 1899 de la *Banner of Light,* en el que hay un artículo aparentemente escrito por el editor y titulado *¿Talmage estaba inspirado?* Decía lo que sigue:

"Varios de nuestros lectores recordarán un poema publicado hace varios meses en *The Banner,* titulado *La escena de la existencia,* por Madge York. Aquel poema fue recibido y laboriosamente deletreado por medio de la plancha Ouija por un señor que, aunque poco conocido en los círculos espiritistas, disfruta de singulares poderes receptivos. Hace un año, el verano pasado, el editor fue informado por dicho señor que había recibido con la plancha otra comunicación de las más notables, que constaba de varias páginas, y se refería a las ocupaciones de los espíritus. El y un amigo pasaron varias noches recibiéndola, el uno transcribía las palabras al papel y el otro proporcionaba el poder que permitía a la inteligencia guiar el marcador hacia las letras. Con frecuencia una palabra fue deletreada

varias veces seguidas para estar seguros de que no había error. No estando muy familiarizado con los numerosos personajes históricos a los cuales se aludía, dicho señor se pasó casi toda la noche verificando en una enciclopedia los nombres y los datos suministrados. Los encontró absolutamente correctos en todos los casos, sin excepción.

Aunque la comunicación vino en respuesta a sus peticiones ya un deseo personal de instruirse, pensó que esas informaciones eran dadas tanto para él como para otros, tenía la intención decidida de compartirlas algún día con el resto del mundo. Todavía vacilaba para hacerlo porque se le había asegurado que el mensaje no estaba aún completo. Esperando, lo leyó a muchos amigos. Hace como un año y medio lo dio a un mecanógrafo de Nueva York para que lo copiase a máquina. Abogados, hombres de negocios y comerciantes, leyeron aquel documento yse preguntaron de dónde venía.

Llegamos a la parte rara de nuestro asunto. El 22 de Enero de 1899, el rev. T. de Witt Talmage pronunció un sermón en su iglesia de Washington D. C. con el título de: "¿Qué hacen ahora nuestros amigos difuntos?", sacando su texto de Ezequiel: "He aquí que en el cuarto mes del trigésimo año, cuando yo me hallaba entre los cautivos junto al río Chedar, los cielos fueron abiertos".

Este sermón fue publicado en el Post de Washington, copiado por el *Progressive Thinker* la semana pasada, y aparecerá en el próximo número de *Banner of Light.* Salvo la introducción, ciertos adornos, y el color ortodoxo dado por la mente del predicador, el sermón es idéntico a la comunicación recibida con la plancha ouija dos años antes por nuestro amigo. Ciertos párrafos son semejantes, sin una sola palabra cambiada.

¿De dónde vino la inspiración? El señor nos dijo que no preguntó el nombre de la inteligencia que le daba un alimento intelectual tan rico. Ahora no desea dejar publicar su nombre, pero se comunicará por correspondencia con cualquiera que deseare verificar las afirmaciones antes hechas, y dará los nombres y las señas del mecanógrafo y de otros que con gusto darán su testimonio".

Todos los ocultistas experimentados que lean esto verán la relación entre este caso y todo el asunto de los plagios de que se acusa a H.P.B. Sus libros han sido disecados del modo más despiadado y salvaje por sus enemigos, y porque encierran

un gran número de citas de otros autores sin indicar su procedencia, se la acusó de plagio voluntario y poco honrado. Hay algunos de esos acusadores que son desde hace años espiritistas experimentados, que se hallan familiarizados con los mediums y sus fenómenos, y por tanto, deberían saber que no hemos aprendido todavía el secreto de las corrientes de pensamientos sobre los diferentes planos de mentalidad. Ninguno de ellos se encuentran en estado de explicar los descubrimientos simultáneos o casi simultáneos de verdades científicas por investigadores alejados unos de otros y sin comunicación entre ellos; o el encuentro de las mismas ideas en libros publicados casi al mismo tiempo en diferentes partes del mundo *1. Es de presumir que ninguno de los crueles críticos de H.P.B. osaría decir que el señor Talmage había copiado su sermón de

*1. En el momento en que escribo esto, la Bombay Gazette del día publica el siguiente párrafo: "Es curioso (dice un corresponsal) que en el momento mismo de la publicación del primer Libro de la Selva, de Kipling, el señor Eree Whishaw tenía precisamente un Libro de la Selva pronto para ser publicado, y del cual era autor. La coincidencia era perfecta, porque el señor Whishaw se había servido de los nombres de 106 animales y de expresiones animales, sensiblemente del mismo modo que Kipling. De pronto se anunció el Libro de la Selva, de Kipling, y aunque ya han pasado varios años, el señor Whishaw no quiere lanzar su propio libro. Esta es una de las coincidencias literarias más singulares. Conserva todavía su manuscrito". Quién ha copiado del otro? Aún más: en 1842 el doctor J. R. Buchanan, que habitaba entonces en Louisville, Estados Unidos, y el señor J, B. W, Gardner, de Roche-Court, Inglaterra, actuando independientemente el uno del otro, anunciaron su descubrimiento del poder de suspender o de excitar la acción de los órganos cerebrales por el magnetismo. ¿Cuál de los dos copió al otro?

un mensaje espiritista, inédito dos años después de su recepción por el médium, leído por sus amigos, y por lo que es dado saber, desconocido por el señor Talmage. Así, pues, si se le concede el beneficio de la duda, ¿por qué maltratar a H.P.B.? Puede verse, por los ejemplos que anteceden, que H.P.B. no ha sido tal vez culpable ni de un solo plagio consciente al escribir cualquiera de sus grandes libros, sino que pudo haberlos sacado directamente o recibirlos espiritualmente de segunda mano, de la gran reserva de pensamiento humano y de producciones del

espíritu, la Luz Astral, donde, así como las gotas se pierden en el océano, los generadores individuales de pensamiento están perdidos en la totalidad del Espíritu Infinito, salvo para aquellas inteligencias en extremo adelantadas que pueden contar los granos de arena y las gotas del océano, y separar los átomos de sus respectivos vórtices, H.P.B. me decía en la mencionada carta que el señor Z. permaneció presente durante horas seguidas mientras ella transcribía lo que a su sentido clariaudiente dictaba un Maestro invisible para él, pero visible para ella. El lector hallará en la segunda serie de estos recuerdos mi descripción de su método de escritura al dictado de un Maestro invisible, observada por mí en Ootacamund. He visto eso cien veces mientras ella escribía *Isis;* lo he descrito exactamente tal como sucedía, y he citado su propia versión de ese procedimiento en una carta que dirigió a su hermana. Esto concuerda perfectamente con lo que me escribió desde Ostende. ¿Llamaremos plagio a ese fenómeno? ¿O bien, confesaremos modestamente nuestra ignorancia del impresionante hecho de la transmisión de vibración de pensamientos, del hombre al hombre físico, del hombre al hombre espiritual, y del hombre espiritual al hombre físico, de sus leyes, de sus limitaciones y de sus potencialidades?

CAPÍTULO LIII

FUNDACION DE LA BIBLIOTECA DE ADYAR

El proyecto primitivo consistía en editar un pabellón separado para poner en él los retratos de nuestros dos Mahatmas protectores, pintados por Schmiechen, pero a medida que avanzaba la construcción de la biblioteca y del salón de las Convenciones, era evidente que mejor sería instalarlos en un anexo especial de la biblioteca. Eso fue lo que se hizo. El admirable biombo tallado que H.P.B. había mandado hacer para su habitación, resultó ser del tamaño requerido para servir de separación en el arco que se abre entre la biblioteca yla sala de los retratos; en cuanto estuvo terminado se le puso en su sitio. Las losas de mármol blanco y negro que solaban las galerías cuando compramos la propiedad, se utilizaron para la biblioteca y sus entradas, mientras que nuevas losas fueron regaladas por el señor C. Ramiah, de Madrás, para el suelo del anexo de los retratos. Proseguíase la construcción con toda la diligencia posible, bajo la vigilancia profesional del excelente señor Sambiah, porque nuestro deseo era tener todo terminado para la siguiente Convención. Faltos de dinero, estábamos bastante apurados, pero de un modo o de otro, todo se arregló con el tiempo; siempre sucede así.

El 17 de Mayo salí para Bangalore, la encantadora población de la montaña, invitado por cierto número de hombres influyentes, para dar conferencias y formar una Rama de la Sociedad. Hace un Siglo, la batalla de Seringapatam aplastó al imperio de Tippoo Sultán, el belicoso soberano de Mysore, y repuso en el trono a la antigua dinastía inda, bajo la protección inglesa. A partir de entonces, los asuntos del país han sido tan bien administrados, que es uno de los Estados más prósperos y progresistas del imperio. Sus progresos durante los últimos quince años, bajo la dirección de sir K. Seshadri Iyer, primer ministro, han sido asombrosos. La riqueza ha aumentado a saltos, los impuestos han disminuido, las minas se explotaban y la organización de la educación para ambos sexos, es un modelo que puede copiarse. Cuando haya dicho que aquel ministro es públicamente miembro de nuestra Sociedad desde la época de aquel viaje, se verá cómo tengo razón para estar orgulloso de la prosperidad de ese pueblo bajo el poder de un estadista que

practica los principios teosóficos[27].

Esta visita fue deliciosa en toda su extensión, ocupada por los paseos en coche a lo largo de las anchas avenidas bordeadas de árboles, visitando los sitios interesados, con visitas a personajes importantes, con la recepción de las visitas devueltas, y con discusiones públicas o privadas sobre temas metafísicos, filosóficos o científicos. El día siguiente de mi llegada tuve una conversación de dos horas con el dewan (primer ministro), sobre el Yoga, la Adwaita y la Teosofía, y hallé en él uno de los hombres más ilustrados y simpáticos que he conocido. Accedió a presidir mi primera conferencia, el día 20. La pronuncié en el Colegio Central, en un gran salón con columnas y tribunas, que estaba tan repleto, que uno se ahogaba. Una muchedumbre no menos numerosa permanecía fuera del local. Me dieron por tema: "La Teosofía y la Sociedad Teosófica", y jamás hablé a oyentes más entusiastas. Las breves palabras del dewan fueron muy apropiadas, y tan lúcidas como benévolas. Uno de los resultados de esa reunión fue atraerme al otro día una inundación de visitas y hacer ingresar a trece personas en la Sociedad. Otras nueve se presentaron al día siguiente, y al tercer día teníamos en la lista 28 nombres.

La ciudad de Bangalore es bastante extensa y se divide en dos partes: el Acantonamiento, donde habitan los europeos y los altos funcionarios, y la Ciudad propiamente dicha, que es más antigua. Di mi tercera conferencia sobre un tema completamente indo: el Vayu Loka y sus habitantes, lo que es más o menos el equivalente al purgatorio de los católicos. Las creencias populares en la India sobre tal estado post-sepulcral, son interesantes yen el conjunto son idénticas. Los que estudian esa rama del *folklore* y del Ocultismo, sacarán mucho provecho de la lectura de la excelente obra de d'Assier sobre el estado del hombre después de la muerte. En el momento de mi viaje a Bangalore, me estaba ocupando de recoger informes sobre el Vayu Loka, y algunas partes de mi discurso me habían sido proporcionadas por dos habitantes de Mysore. Las opiniones difieren mucho respecto a la duración normal de la permanencia del alma en esa región del purgatorio, ese alto a medio camino entre la tierra y el cielo *(swarga).* En Mysore, la fijan en diez o diez y seis días, y la ceremonia de *sraddha* no se hace sino al transcurrir ese tiempo. Los soldados muertos en una batalla, van derechos al cielo,

[27] Este hombre eminente ya ha muerto.

creencia que se asemeja singularmente a la de los escandinavos y de los otros pueblos antiguos de Europa. Mas los soberanos sufren allí grandes penalidades si la causa de la guerra es injusta. Los suicidas y las víctimas de accidentes tienen que errar en el Vayu Loka tantos años como los que les faltaba por vivir normalmente. Se dice en Mysore que después del Vayu Loka, estado transitorio, vienen Swarga y Naraka –el cielo y el infierno– y que el alma, habiendo por decir así soltado sus amarras terrestres, es atraída hacia una u otra de esas regiones, según la naturaleza de la atracción que se haya preparado. Cuando están agotados todos los efectos del Karma de su última existencia, vuelve a la vida terrestre, obedeciendo a su *trishna* (sed) insaciada. Así jira sin cesar la rueda de las existencias, hasta que la extinción de sus deseos la libera de la vida y de la muerte. Doy aquí este bosquejo de las creencias populares de aquella región montañosa, que son también en amplia medida las de los pueblos primitivos, como se me dijo durante la deliciosa permanencia que en este momento describo.

Me hallaba ocupado en una conversación de lo más interesante sobre la Vedanta en casa del dewan con él y su gurú, un sabio y venerable pandit, cuando la espiritual atmósfera armoniosa que a nuestro alrededor engendrábamos, fue de pronto turbada y conmovida por una irrupción del aura de sagacidad política y egoísmo traída por el hoy difunto sir T. Madhava Row K. C. S. I., ex dewan de Baroda. La vida entera de ese talentoso estadista ha sido consagrada a los asuntos de este mundo, y su obra favorita era realizar los planes de acrecentamiento de riquezas, de progreso industrial y de diplomacia, que ideaba su mente fértil y para poner en obra los cuales hizo todo lo posible en los diferentes Estados en los que fue primer ministro, Travancore, lndore y Baroda. Tomaba como modelo al sistema inglés de administración, y tuvo siempre éxitos notables. En Londres, así como en Simla, Bombay o Madrás, era persona *grata.* No podía esperarse que un hombre como él se interesara en excursiones filosóficas y metafísicas acerca de los planos elevados del pensamiento indo, yen cuanto entró al salón del dewan, la Advaita voló por la ventana mientras que el señor Sabiduría Humana entraba por la puerta. Decir que estábamos contentos no sería la verdad, era todo lo contrario; pero no había nada más que hacer sino dejarle llevar la conversación a su propio plano "práctico". Eso sí, ya fuese a causa de mi valentía para expresar opiniones heterodoxas y fuera de lo corriente, o bien debido a la costumbre que

mi experiencia de los asuntos públicos en mi país me había dado de tratar a esa clase de personas, lo cierto es que, en cierto sentido, ya no tenía mejor amigo en la India que sir Madhava Row, por más dispares que fuesen nuestras opiniones religiosas. Poco antes de su muerte, organizó una suscripción pública para mandar hacer mi busto por el señor Havell, director de la Escuela de Arte de Madrás, lo cual era una buena prueba de su estimación y de su amistad. Pero el día del cual hablo, según veo en mi diario, se puso a discutir conmigo sobre su política de dar a los indos lo que él llamaba "la educación del vientre" y apartarlos de sus ancestrales filosofías, que, según decía, los habían reducido a perder su independencia nacional. ¡Pobre hombre! Murió rico, pero dudo que fuese feliz, porque una vez ofreció a la señora Blavatsky dar 100.000 rupias a la Sociedad y consagrar el resto de su vida a trabajar para ella si accedía "a mostrarle algún milagro que probase la existencia y supervivencia del alma". Cuán numerosos son, ay, los que se hallan dispuestos a trocar sus riquezas por la ciencia espiritual, con la condición de serles procurada sin molestarles en sus asuntos.

El dewan de Mysore ingresó en nuestra Sociedad el 1º de Agosto, como lo habían hecho antes que él muchos de sus principales colegas, y antes de regresar a Madrás, pude formar dos grandes Ramas, una en la Ciudad y la otra en el Acantonamiento. Salí de allí el 1º de Agosto por la noche, después de haber escuchado los discursos de despedida que me dirigieron las comisiones de las dos Ramas. Aquella estancia en esa población fue una de las más agradables que yo haya hecho, y transcurridos tres años, me siento feliz al poder decir que las amistades entonces hechas están aún vivientes.

Llegué a Adyar el día de mi nacimiento (2 de Agosto) y lo pasé, como de costumbre, en mi escritorio hasta muy avanzada la noche.

Cuando H.P.B. nos dejó para regresar a Europa, me rogó muy expresamente que dejase el bungalow del río para ocupar la nueva habitación que los Coulomb habían construido para ella en 1884 mientras estábamos ausentes y el y su *cara esposa* quedaron encargados de cuidar la casa. Lo hice así, pero cuando llegó la estación de las lluvias no había un sitio de la habitación donde mi cama pudiera conservarse seca. El techo, que formaba terraza, estaba agujereado como un tamiz. De suerte que tuve que demoler y reedificar, y de paso hice agrandar el lado norte y abrir ventanas al este y al oeste, a fin de procurar para H.P.B. corrientes de aire

y vistas agradables al río, para cuando ella volviese a su querido hogar indo. ¡Pobre! No lo disfrutó nunca y ahora yo duermo en la habitación donde estuvo a punto de morir dos veces en 1885; conservo a mi alrededor algunos de sus muebles, cuadros y adornos para recordar continuamente a su querida persona. Como siempre, enredó los asuntos corrientes de la Sociedad mezclándose en ellos. El correo del 12 de Agosto me trajo la consoladora noticia de que (sin ningún poder constitucional) ella había cablegrafiado a nuestra gente de Nueva York para que disolvieran la Junta de Control norteamericana –presumo que a fin de apaciguar a Coues–, y también que había ofrecido a Judge traspasarle su parte de propiedad del *Theosophist* y nombrarle sucesor suyo (como lo ofreció a dos o tres docenas más de miembros). ¡Qué lástima no poder reunir en un solo paquete las innumerables proposiciones semejantes que en el curso de su existencia hizo a tantos hombres y mujeres! Ofrecer su sucesión era tan liberal y práctico como prometer una granja en la luna, porque ella no podía tener un verdadero sucesor, por la excelente razón de que nadie sería nunca como ella para ocupar su puesto. No obstante, la señora Besant ha demostrado que uno puede crearse una situación tan importante como la suya y hacer tanto como ella para difundir la Teosofía en el mundo. Pero "hay la gloria del sol, y otra es la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas", de modo que si no puede haber más que un sol H.P.B., ni más que una luna Annie Besant, hay sitio en nuestro cielo para ejércitos de estrellas, que ciertamente tienen todas diferentes grados de gloria. ¡Si Judge hubiera podido al menos comprenderlo!

A mi regreso me vi agobiado de trabajo, porque Oakley se fue para cambiar de aires y recuperar fuerzas, teniendo yo, por lo tanto, que tomar sobre mí todo el trabajo del editor.

El crecimiento de la biblioteca hacía deseable la separación de los libros orientales de los occidentales, e hice arreglar la primera habitación de H.P.B., aquella donde tuvieron lugar tantos fenómenos conocidos, para instalar la sección occidental, y en septiembre transportamos los libros con una gran mesa; el cuarto sirvió también para sesiones del Consejo. La suerte quiso que dicho cuarto no quedase preparado hasta el 7 del mes, a pesar de mis esfuerzos desesperados para dar prisa a los carpinteros, y chocándome esa coincidencia, llevé yo mismo *Isis Sin Velo,* que fue el primer libro depositado en los estantes. H.P.B., como recordarán

los lectores del señor Sinnett *(Incidentes de la vida,* etc.), había nacido en el séptimo mes del año, y por eso llevaba el nombre de Sedmitchka (la que está unida al número siete). Además, se casó el 7 de Julio de 1848, llegó a Norteamérica el 7 de Julio de 1873, y murió en el séptimo mes del décimo séptimo año de nuestra colaboración teosófica. Y cuando se considera el papel que el número siete ha desempeñado y aún desempeña en mi propia existencia, uno se ve en una bonita red de parentesco numérico.

En aquel tiempo, Subba Row nos visitaba mucho en el Cuartel General, y teníamos numerosas ocasiones de aprovechar sus enseñanzas ocultas. Tengo una nota en mi diario que dice habernos contado él, que "por lo menos tres cuartas partes de su existencia se pasaban en un mundo del cual su propia madre no tiene idea alguna". ¡Qué pocos padres conocen las ocupaciones nocturnas de las entidades a las cuales han proporcionado su actual encarnación! ¡Y cuán pocas de esas mismas entidades traen el recuerdo de sus actividades fuera del cuerpo!

CAPÍTULO LIV

CEREMONIA DE INAUGURACIÓN

Edificamos mucho en 1886, y el ruido de la llana y del martillo resonó durante casi todo el año. Aparte de la reconstrucción del cuarto de H.P.B. sobre la terraza, del cual el señor Coulomb había hecho la techumbre tan impermeable como un colador, y la transformación de su antigua habitación en biblioteca occidental, era menester impulsar a toda prisa la construcción de la biblioteca oriental a fin de que estuviese preparada para inaugurarla durante la Convención. Para evitar perder sitio poniendo pilares, hicimos venir de Inglaterra vigas de hierro, y cuando quedaron colocadas, ¡cuál no sería nuestra angustia al ver que el peso de la terraza de ladrillos las hizo flexionar 5/8 de pulgada! Lo ancho de la abertura, 27 pies, era un poco largo, y en nuestra inexperiencia temíamos que a la larga la terraza terminase por caerse, tal vez sobre alguien, o lo que casi sería peor, pulverizando los inapreciables retratos de los Maestros. Creo que hubiéramos personalmente preferido la muerte en semejante alternativa.

Pero las vigas terminaron por quedar de nuevo a plomo y a los trabajos se les dio toda la prisa posible. Al fin de Septiembre, viendo que la biblioteca estaría terminada oportunamente, se mandó una circular invitando a los eruditos a fin de que compusieran poemas en sánskrito, pali y zend para el acto, y suplicando a nuestros colegas de las diferentes religiones de la India o de Ceylán que obtuviesen de sus sacerdotes la aceptación para venir a tomar parte en la ceremonia de inauguración, a la cual yo quería dar un cierto carácter, indicando la actitud ecléctica de la Sociedad con respecto a las diferentes religiones del mundo.

Había mucho que hacer en el departamento de la literatura; el servicio habitual del *Theosophist* se había aumentado con la preparación de una monografía práctica de la *Psycometría y transmisión del pensamiento,* con la confección del catálogo de los libros de la biblioteca occidental, con la preparación de una nueva edición del *Catecislmo Buddhista.,* y con otras cosas. Además, había que dar conferencias.

Tuvimos un gran placer al ver llegar, el 3 de Octubre, al príncipe Harisinji y su familia, porque como ya lo saben los lectores, era adorado en el Cuartel General por su carácter simpático y su probada amistad. Ha soportado la prueba del tiempo tan bien como cualquiera de nuestros amigos de la primera hora. Entre los príncipes indos, es a la par el mejor hombre y el mejor amigo que yo conozca, y si todos fueran como él, la religión estaría en la India en mejor situación que la que tiene en estos días degenerados. Pasó con nosotros cuatro semanas en el bungalow del río; sus comidas eran preparadas por sus propios criados.

En el mismo instante de partir, su encantadora esposa, perfecto tipo de la noble raza rajpout, nos dió una considerable suma, en nombre de su hijo, para la erección de un pórtico de piedra de antiguo estilo. Diversas circunstancias nos impidieron siempre dar cumplimiento al proyecto hasta una época reciente, en que hicimos traer de un templo en ruinas, del sur de la India, los pesados pilares yel dintel tallado que actualmente dan entrada a la avenida de nuestros jardines. Ese monumento que, según se cree, tiene ya dos mil años, permanecerá aún en pie durante siglos en testimonio de afectuoso recuerdo[28].

Por aquella fecha me trajo el correo una carta sumamente cordial de un obispo, bendiciendo a nuestra Sociedad por sus esfuerzos contra la marea creciente del escepticismo y para desarrollar el espíritu religioso en el mundo. Deseaba hacerse miembro de la Sociedad y solicitaba instrucciones, así como la autorización para formar una Rama de la S. T. ¡Fijaos! ¡Un obispo, que me escribía en papel con las armas episcopales! Era eso una novedad para nosotros, porque el clero en general no había cesado de atacarnos desde el púlpito denunciándonos como hijos de Belial. Para decir la verdad, era negro, un negro de pura sangre, como lo probaba su fotografía sin ilusión posible, pero en fin, era un obispo, ortodoxo, consagrado por la sección americana o episcopal de la Iglesia Anglicana. Su diócesis estaba en Haití. No pueden adelantarse los buenos resultados que se hubieran derivado para nuestra causa, porque poco después su isla fue sacudida por una de esas revoluciones tan comunes en Haití yen los Estados sudamericanos.

En noviembre, unas cartas del señor Richard Harte, de Nueva York, ydel doctor Elliott Coues, me anunciaron el derrumbamiento de la Sociedad en los Estados Unidos; el segundo atribuía la catástrofe a mi negativa para hacer el autócrata – o

[28] El príncipe Harisinji murió en un accidente el 2 de Enero de 1903.

dejar que él lo hiciese–, y el primero a la pretensión de Coues de tiranizar a todo el mundo. Esta nota fue la nota de mi diario a propósito de este asunto: "Puede ser muy bien que ambos tengan culpa, y que la Sociedad no se haya derrumbado allá del todo", lo que demostraron suficientemente los subsiguientes acontecimientos.

A partir de la primera semana de diciembre, habíamos recibido poemas sánskritos de los pandits de Benarés, Bengala, Bombay y Madrás, y versos sánskritos y pilis de los sacerdotes más eruditos de Ceylán. Como en la misma época, recibí de H.P.B. el manuscrito del primer volumen de *La Doctrina Secreta* para ser leído y revisado por Subba Row y por mí. Pero éste, entonces de un humor fantástico, se negó a hacer otra cosa que leerlo, alegando que estaba tan lleno de errores, que si él le ponía mano se vería obligado a escribirlo de nuevo todo entero. Esto no era más que un capricho, pero el resultado fue excelente, porque cuando transmití eso a H.P.B., ella se inquietó mucho,puso de nuevo manos a la obra, retocó muy cuidadosamente su manuscrito,corrigió numerosos errores debidos a su falta de método, y con la ayuda de amigos europeos dejó el libro como se conoce en la actualidad. Es menester decir en su alabanza que siempre estaba deseosa de que se le indicaran sus errores y se hallaba muy dispuesta a corregirlos[29]. Especialmente cuando se trataba de partes que no le habían sido dictadas psíquicamente por los Ayudantes Invisibles que presidían a la composición de sus dos grandes obras, *Isis* y *La Doctrina Secreta,* que serán siempre sus obras maestras, la maravilla de las generaciones venideras.

Se dieron las últimas pinceladas a la Biblioteca el 22 de Diciembre; el delicioso biombo tallado que fue la admiración de todos los visitadores, se colocó el 19; el

[29] Me figuro que se hubiera sentido muy humillada en caso de haber vivido lo suficiente para ver en su propia revista, *The Theosophical Reyiew.* la demolición total y mordaz de las demostraciones fraudulentas de la *Fuerza intra-Etérica* de Keely, después de todo lo que había dicho de ella en *La Doctrina Secreta* (I, pág. 606, edic. ingl.). H.P.B. no sabía personalmente nada de Keely sino que había concebido sus impresiones de segunda mano, por lo que le contó un amigo de Filadelfia, –accionista de la primera compañía deKeely– y la señora Bloomfield-Moore, su admiradora y discípula entusiasta. En cambio, sabía muy bien a qué atenerse en cuanto a las fuerzas etéricas y otras, así como a sus potencialidades, y con frecuencia ella probó experimentalmente que tenía el poder de manejarlas. De suerte que sin detenerse a comprobar las teorías de Keely ni las afirmaciones de la señora Moore, se fue por la tangente hacia un ensayo de los más instructivos sobre las fuerzas cósmicas, y expuso, pareciendo aprobar negligentemente al charlatán hoy desenmascarado, un punto débil más de su armadura, a las flechas de sus enemigos triunfantes. Mas, después de todo, qué importa eso? Era H.P.B. y entre nosotros no hemos conocido una gigante como ella, si bien tal vez bajo muchos aspectos era asimismo algo cándida cuando aceptaba con extrema facilidad las afirmaciones de aquellos que se habían fácilmente impuesto a su confianza.

mismo día se terminó el pavimento de mármol en la Sala de los Retratos; el de la Biblioteca el 22, y todo quedó concluido. Los primeros delegados llegaron el 21, y esa misma noche escribí mi discurso de inauguración de la Biblioteca. Por todos los trenes llegaban delegados, de Bengala, de las provincias del Noroeste y de las centrales, de Bombay, de Madrás y de Ceylán, hasta que por fin la casa y sus anexos estuvieron repletos. Escribí, como de costumbre, mi Memoria anual el 26 a la noche, y el 27, a la hora fijada, la Convención se reunió y preparó el orden de sus trabajos. La sesión de aquel año fue memorable a causa de los cuatro discursos de Subba Row sobre el Bhagavad Gita, que encantaron a sus oyentes y que, publicados en seguida en volúmenes han quedado como uno de los más preciados tesoros de nuestra literatura teosófica. Dichos discursos fueron como una primicia del carácter intelectual impreso más tarde a nuestras reuniones anuales de Adyar por los de la señora Besant.

Durante la tarde del 27, el sacerdote buddhista Medankara, de Ceylán, habló en pali y –lo cual prueba el estrecho parentesco del pali y del sanskrito– sus palabras fueron interpretadas por el hoy difunto pandit de la Biblioteca de Adyar, Bhashyacharia, que no sabía el pali, pero que comprendía perfectamente al orador porque poseía un profundo conocimiento del sánskrito. Es menester que diga unas palabras acerca de Medankara. Pertenecía al Ramaniya Nikaya, y era un joven verdaderamente santo de vida y de ideal en tal grado, que no le vi igualado por nadie entre los bikkus de Ceylán. Observaba la costumbre de retirarse una parte del año a la selva, pasando en ella su tiempo en meditaciones, viviendo de las bayas y frutas que podía encontrar. Casi el único de los monjes, creía en la existencia de nuestros Maestros, y su mayor deseo era ir a buscarles al Thibet. Aquel mismo año hubiera partido de no haberle disuadido yo, empleando toda mi influencia personal sobre él. Contra su gusto, regresó a Ceylán, pero lejos de abandonar sus proyectos, me envió varias súplicas insistentes para que le permitiera ir al Himalaya y para que le ayudase. Mas no era su Karma como el de Damodar, buscar y hallar al Maestro, porque muy pronto la muerte le quitó de nuestra vista, tal vez a fin de que pudiera reencarnar en un cuerpo mejor adoptado al cumplimiento del deseo de su corazón.

La inauguración de la Biblioteca el día 28, tuvo un éxito completo: sacerdotes brahmanes, buddhistas, parsis, y un mulvi musulmán, participaron en la ceremonia, que fue verdaderamente impresionante para un espíritu reflexivo.

Por más imbuidos de sectarismo que algunos de mis colegas hayan podido estar o lo estén todavía, hasta mis enemigos me harán la justicia de decir que siempre me opuse obstinadamente a todo los ensayos para establecer en la Sociedad una enseñanza *ex-cathedra.* Y de hecho es sostenida apasionadamente la base de tolerancia sobre la cual H.P.B. y yo habíamos establecido desde el comienzo los fines de la Sociedad, y aproveché la ocasión ofrecida por la inauguración de la Biblioteca de Adyar para presentar esa base al público, de una manera que no podría dejar dudas. Jamás se había visto en la India nada que se pareciera a una reunión de Maestros religiosos de sectas orientales que se eran antipáticas entre sí, tomando parte en una ceremonia de este género. Pero para decir la verdad, la India antes del advenimiento de la Sociedad Teosófica, no había visto jamás a hombres que perteneciendo a todas las castas y a todas las sectas, se reunieran para celebrar los aniversarios de una sociedad científico–religiosa, de origen extranjero. Hemos hecho historia en el verdadero sentido de la palabra, partiendo de aquella velada memorable, en un salón de Nueva York, en la cual yo propuse por vez primera la idea de nuestra Sociedad con el apoyo de H.P.B., de Judge y de otros. Y ahora que estos capítulos están reunidos en volúmenes para servir a la historia de nuestro movimiento, es bueno recordar lo que sucedió cuando la inauguración solemne de la Biblioteca el 28 de Diciembre de 1886.

Como dije, se hallaban presentes sacerdotes indos pertenecientes al Adwaita, y al Visisht-adwaita, al Buddhismo meridional, al Zoroastrianismo y al Islam, ya medida que se les llamaba, subían al estrado y con ceremonias de su religión invocaban sobre nuestra empresa bendiciones y prosperidad. La compacta concurrencia de asiáticos y europeos demostraba un intenso interés. Terminada su actuación, cada grupo de sacerdotes descendía del estrado y cedía el sitio al que le seguía, mientras que nosotros, los laicos, observábamos aquel espectáculo, hasta entonces jamás visto ni soñado en la India. Fue aquel uno de los días más dichosos de mi vida. Un pandit de Mysore invocó a Ganapati, dios de las investigaciones ocultas, y a Sarasvati, la PalIas Athenca o Minerva de la India, patrona de los estudios. Algunos muchachos de una de nuestras escuelas sánskritas, cantaron versos de bendición en la clásica lengua de los Vedas. Dos mobeds parsis recitaron una oración o Ahura Mazda y encendieron el fuego sagrado con madera de sándalo en un brasero de plata. El piadoso Medankara y un colega suyo,

entonaron en páli el *jayamangalam,* y un mulví musulmán de Haiderabad recitó una oración del Korán, con voz fuerte y clara. En seguida vino mi discurso oficial, del que citaré algunos extractos, según la crónica del *Madras Mail:*

"La ocasión que nos reúne, Señoras y Señores, adquirirá probablemente en el mundo culto moderno una importancia histórica. La fundación de una Biblioteca como ésta es un acontecimiento de los más raros, si no absolutamente único en los tiempos modernos. No tenemos necesidad de enumerar las grandes Bibliotecas de las capitales del Occidente, porque son más bien inmensos depósitos de libros, ni las colecciones de literatura oriental del India Office o de los museos reales o nacionales de Europa, ni tampoco el famoso Saraswati Mahal de Tanjore. Todos esos establecimientos tienen un carácter bien diferente de nuestra Biblioteca de Adyar y no son sus rivales. La nuestra tiene un fin bien determinado, una línea específica de utilidad, bien trazada desde el comienzo. Debe ayudar a la obra de la Sociedad Teosófica, debe ser un medio de realizar uno de los fines declarados de nuestra Sociedad, el segundo: fomentar el estudio de las literaturas orientales, la aria y otras, de las religiones y de la ciencias... Nuestra Sociedad es un instrumento de paz y de luz, y al fundar esta Biblioteca, no hace más que cumplir su obra de benevolencia universal. No deseamos tanto el gran número de libros como el reunir todos aquellos que son útiles a nuestra obra. Queremos elevar un monumento de sabiduría ancestral, pero de modo que el mundo halle en él su provecho práctico...

Observaréis, señoras y señores, que según lo dicho, la Biblioteca que fundamos no está destinada a formar un simple depósito de libros... Tiene por objeto: contribuir al renacimiento de la literatura oriental, restablecer la verdadera dignidad del pandit, del mobed, del bikshú y del mulvi; obtener la consideración de los hombres ilustrados, especialmente de los de la nueva generación, por los antiguos sabios, sus doctrinas, su sabiduría y sus nobles ejemplos. Contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a establecer relaciones más íntimas, acompañadas de un mejor aprecio mutuo entre los literatos de los dos hemisferios. Nuestros recursos son limitados, pero la sinceridad de nuestras intenciones y de nuestros pacientes esfuerzos podrán con el tiempo compensar esa desventaja, y tenemos la firme confianza de llegar a merecer el respeto del público... Y ahora, en nombre de todos los donantes y del Consejo General de la Sociedad Teosófica, invoco sobre

esta empresa la bendición de todos los poderes celestes y de todos los servidores de la verdad; la dedico al servicio de la humanidad y la declaro debidamente fundada y abierta".

Mis lectores habrán visto, en este discurso inaugural, las primicias del Instituto Oriental, del cual acariciamos la esperanza de fundar con el tiempo en Adyar. En realidad la obra ya está medio cumplida: tenemos, *a)* los edificios y jardines del Cuartel General, que no dejan nada que desear; *b)* cinco casas indas para alojar gratis a los pandits de la Biblioteca; *c)* una gran piscina para los baños de las castas superiores; *d)* grandes plataformas de ladrillo al aire libre para las comidas; *e)* pozos profundos con agua pura y clara; *f)*dos bibliotecas de libros orientales y occidentales, y lugar para colocar 10.000 más; *g)* un soberbio salón para las reuniones y conferencias, y cómodas salas de estudio; *h)* habitaciones para los europeos residentes; *i)*bajo las ventanas de la casa un río en el cual la marea se hace sentir, y que refresca el aire, el mar azul a la vista, a una distancia de media milla, y del cual la brisa sopla hacia nosotros dos veces al día; bosques de cocoteros, mangles y coníferas, que nos ofrecen umbrosos paseos y sirven de retiro a los que desean meditar; *j)*tenemos unas 25.000 rupias de capital suscrito sobre las 20.000 libras esterlinas, sin las cuales sería infantil tratar de hacer esta fundación. Dentro de algunos años el legado Witte podrá tal vez, según el albacea testamentario señor Barnes, darnos 8.000 libras; pero no puedo contar todavía eso en nuestro activo. También tenemos el capital, el depósito y el producto del *Theosophist* y de otras propiedades legadas a la Sociedad. Por poco que esto parezca a primera vista, no podría negarse que las esperanzas del Instituto Oriental de Adyar son hoy infinitamente superiores a las de 1886, cuando las puertas talladas de la Biblioteca fueron solemnemente abiertas por vez primera y que mi discurso de inauguración fue pronunciado ante aquel heterogéneo auditorio compuesto por tantas razas y religiones. El día menos pensado algún amigo filántropo y esclarecido nos dejará quién sabe qué, lo que nos falta para establecer nuestro Instituto sobre un buen pie financiero; y para ser sincero, estoy persuadido de ello.

La mayoría de los delegados se quedaron para oír la cuarta y última conferencia de Subba Row sobre el Gita, el 30 por la mañana, que fue una obra maestra de habilidad literaria y oratoria; después de lo cual la muchedumbre se

dispersó, y cuando expiró el año 1886, la casa había recobrado su calma habitual. Así termina el undécimo capítulo anual de la historia de la Sociedad.

CAPÍTULO LV

DESDE CEYLAN A LA COMARCA DE LOS THUGS

Henos aquí en el umbral del 1887, uno de los años más ocupados y más fructuosos de nuestra historia. Su programa fue combinado en el Consejo Ejecutivo del 9 de Enero, y el 22 me embarqué para Colombo, a donde llegué el 24. Los jefes de la Ramaniya Nikaya me llevaron en seguida a Piyagale para asistir al primer aniversario de la muerte de su gran sacerdote, del cual anteriormente conté la cremación. Pronuncié un discurso ante numerosos concurrentes, y a continuación tomé parte en una reunión privada de todos los sacerdotes de la Ramaniya. Les advertí seriamente que no se dejasen arrastrar a cultivar el fariseísmo y la hipocresía, que es su inseparable. Les dije que había notado en ellos síntomas de espíritu sectario y estrecho, que comenzaban a presentarse, y que eso era lo más opuesto que existe al espíritu de la enseñanza del Señor Buddha. La advertencia era oportuna, y me figuro que no habría inconveniente en repetirla hoy.

El 27 salí para Badulla, una población floreciente situada a unos 1.300 metros sobre el nivel del mar, y cuyo clima produce un gran efecto reconstituyente sobre los europeos debilitados por una permanencia demasiado prolongada en las llanuras tropicales. Estábamos alojados muy cómodamente y provistos de todo lo necesario; la nueva bandera buddhista flotaba por todas partes, y sobre nuestra puerta se leía la palabra "Bienvenidos". A las cuatro pronuncié un discurso y después ofrecí flores a una estatua de Buddha en un templo que me dijeron tener 2.000 años. Hubo un incidente notable. Un médico indígena del lugar tenía un hijo de diez años destacadamente inteligente que mostraba su precocidad aprendiendo por sí mismo un poco de sánskrito en los libros de su padre, y cuya joven mente se hallaba muy inclinada hacia los asuntos religiosos. Los padres –en particular la madre, una mujer encantadora de ojos muy dulces– sentíanse también llenos de fervor y deseaban consagrar su hijo a la vida ascética del Pansala o Vihara; me lo trajeron en el momento de mi ofrenda de flores ylo pusieron entre mis manos para que hiciere lo que me pareciera. Tomé en mis

brazos al hombrecito y lo elevé tres veces hacia la antigua imagen del Buddha, repitiendo cada vez la familiar invocación: *Namo tassabhagavato arahatto samma sambudhassa*. Después, devolviéndole a sus padres, les dije lo que habían de hacer para cumplir su voto. Diré, anticipándome un poco, que aquel chico ingresó en la orden buddhista, y que le vi en Galle en 1895, cuando fui con la señora Besant y la condesa Wachtmeister.

Al otro día partí para descender a Colombo, ya Kandy, donde di varias conferencias para adultos o para niños, celebré una reunión de la Rama local yllegué a Colombo el 3 de Febrero.

Tuve el placer de presentar al gran sacerdote Sumangala, en nombre del comandante Courmes, mi querido y antiguo amigo, al capitán Fieron, de la Marina francesa, y a otros dos oficiales. Sumangala se siente siempre feliz al ver a europeos que se ocupan del Buddhismo, y me agradece siempre que les lleve a su Colegio. El capitán Fieron estaba muy versado en los principios de aquella religión y sostuvo, con mi mediación, una larga conversación con el gran sacerdote. Ambos interlocutores parecían igualmente encantados el uno del otro.

En Colombo esta vez, entre otras conferencias, di una a los leprosos, que insistentemente me habían hecho rogar para que fuese a verlos, les diese el Pansil, y les explicase su sentido en un sermón. Aquellos desdichados se hallan aislados en una pequeña y verde isla embellecida con palmeras, situada a pocas millas de Colombo, y el Gobierno ha hecho construir edificios cómodos para alojarlos yhacerlos cuidar. Ellos mismos se han construido una pequeña sala para predicación, guardan en ella diversos emblemas buddhistas y se sienten encantados cuando algún buddhista accede a ir para explicarles su religión.

Es una sensación terrible encontrarse frente a tal auditorio y contemplar las mutilaciones y deformaciones causadas por aquel terrible mal. Tuve que cerrar los ojos un momento y hacer acopio de todo mi valor antes de habituarme a ese repugnante espectáculo para poder entonar las primeras palabras sonoras de la ceremonia del Pansil. Había también alguna inclinación a pensar que tal vez uno podría recoger algunos microbios de aquella repugnante enfermedad, como el padre Damián y otros. Naturalmente que esto no era más que una probabilidad bien vaga que arriesgar, pero al fin y al cabo lo era, así como depende del Karma individual

que la bala de un soldado desconocido venga a alojarse en el cuerpo de uno o en el de su vecino, y mientras los médicos no sepan algo más sobre las causas y los medios de curar la lepra, tales reflexiones son excusables. En fin, los desdichados de la Isla de los Leprosos me quedaron muy agradecidos por mi visita, y momentáneamente olvidaron las mutilaciones de sus pobres manos, y su triste estado, uniendo las palmas de las manos sobre su frente y dirigiendo hacia la barca florida que me llevaba, su entristecido grito: *sadhu! sadhu!*

Esa misma noche, cambié por completo de ambiente, haciendo en el cuartel general de Colombo las elecciones anuales de la junta de la Rama, seguidas de una cena en la cual todas las castas se reunían según la costumbre.

Galle era la que estaba a continuación en mi programa y fui en coche el día 7. Tuve el placer de recibir allí la visita de mi primer paralítico curado, Cornelis Appon, precursor de tantos otros miles desde 1883. Su parálisis no se volvió a presentar después de mi tratamiento, y su agradecimiento era ferviente; todos mis enfermos no tuvieron la misma suerte.

Al regresar a Colombo, comencé a recoger los elementos del epítome de moral buddhista tan conocido después con el título de *Golden Rules of Buddhism*. Es increíble cómo ignoraban los cingaleses los méritos de su propia religión, y cómo eran incapaces de defenderla contra misioneros sin escrúpulos, que entonces tenían más que ahora la costumbre –aún la tienen demasiado– de depreciar la fe de los demás para hacer valer la suya. Esa pequeña monografía tenía por objeto remediar aquello.

Es una cosa penosa hablar mal de los muertos; pero los muertos y los vivos son semejantes ante los ojos del historiador que no hace más que presentar los acontecimientos y deja al Karma que se cuide de sí mismo. Por la época en la cual corre ahora mi relato yo tenía mucha razón para estar descontento de la conducta de Megituwatte, el orador, campeón del Buddhismo en el famoso torneo intelectual de Panadura, y que dio un golpe terrible a los misioneros. Era un hombre doble en sus intenciones y su carácter. Me había ayudado a recoger el dinero del fondo para la educación nacional buddhista en las provincias del Oeste, y cuando se trató de redactar el acta de administración, nos dio bastante preocupación. Parecía haber dirigido sus esfuerzos al control absoluto de aquel dinero, sin consideraciones a los

derechos de aquellos que habían ayudado para hacerlo suscribir. Y en esta época, es decir, cuatro años después, renovó sus ataques, acusó a la Rama de Colombo, preguntando porqué no se habían abierto escuelas en toda la provincia, y al oír sus declamaciones hubiera podido creerse que se había reunido uno, dos o tres lacs (millones), en lugar de la pobre suma de 4.000 rupias. El interés no podía pasar de 400 rupias, y según las condiciones de la fundación, sólo la mitad podía ser distribuida a las escuelas buddhistas.

En otro tiempo me ponía por las nubes, ahora pasaba al otro extremo, y como siempre tuvo una lengua de oro y persuasiva, comenzaba a arrastrar de su parte al amable gran sacerdote, y hacía probable entre él y yo una ruptura, que en aquella época hubiera sido muy peligrosa para el Buddhismo cingalés. Me pidió que hablase el 18 en su templo de Kotahena, lo que hice ante una gran multitud; pero cuál no sería mi cólera y mi indignación al saber que el vehemente discurso en cingalés que pronunció después del mío, era un venenoso ataque contra la Rama de Colombo y contra mí. Sumangala se hallaba presente y parecía quebrantada su amistad para mí, aunque se unió a Magituwatte para pedirme que hablase de nuevo al día siguiente en el mismo lugar. Al otro día por la mañana, mientras reflexionaba sobre los medios de salir del paso, supe que un vapor de la compañía British India saldría para Bombay. Arreglé rápidamente mi baúl, hice venir un coche, compré mi billete, y a las once y media estaba en pleno océano, fuera de alcance del vil cazador, cuyas redes no eran lo bastante fuertes para atrapar un pájaro tan viejo. Al marcharme le dejé mis saludos, pidiéndole al mismo tiempo que tuviera a bien pronunciar el discurso en mi lugar!

Es la única vez en diez y nueve años de relaciones íntimas entre Sumangala y yo que hubo la menor probabilidad de producirse una ruptura en nuestra amistad. Megituwatte hizo todo lo posible para deshacer nuestro valiente grupito de buenos trabajadores de la Rama de Colombo. Hasta fundó un pequeño diario en el cual agotó durante algunos meses sus reservas de injurias, pero fue en vano: el único resultado que obtuvo fue amenguar su influencia, disminuir su popularidad, y mostrarse en el aspecto de un hombre egoísta, malévolo y combativo; mientras tanto, la simpatía del público por nosotros no hacía más que aumentar.

Llegué a Bombay el quinto día de viaje, y fui bien recibido por nuestros colegas; el numeroso auditorio que se reunió en el Framji Cowasji Hall me probó que al retirarnos a Madrás no habíamos perdido el afecto del público de Bombay. Al cabo de una semana, salí para Bhaunagar, donde fuí recibido por mi amigo el príncipe Harisinji, primo del Maharajah, M.S.T., y aquella visita fue para mí un encantador episodio de viaje.

Cambié visitas con la mayoría de los altos funcionarios del Estado, tuve una audiencia y una larga conversación con el Maharajah, y fuí también a presentar mis respetos a un antiguo primer ministro, ya octogenario, y que aparentemente se había hecho sannyasi. Digo que en apariencia, porque, aunque estaba oficialmente retirado del mundo, a pesar de que vestía la túnica amarilla de un asceta y llevaba un gran rosario alrededor del cuello, conservaba su inmensa fortuna y tenía sus tres antecámaras llenas de la misma multitud de cortesanos mundanos que uno encuentra en las de un primer ministro indígena. Traté de hacerle prometer que consagraría grandes sumas a obras religiosas, pero cambiaba siempre de conversación, y terminé por despedirme de él, llevando de su santidad una opinión bien diferente a la que sir Edwin Arnold ha manifestado en su libro de viajes y en otras partes. En la India no es excepción, sino costumbre, que un funcionario jubilado, que durante su larga carrera oficial no se ha ocupado más que de los asuntos de este mundo, adopte los signos exteriores de la devoción cuando se aproxima al término de su actual encarnación, pero tengo mis ideas acerca del grado de sinceridad de esas conversiones y purificaciones.

Durante mi estancia en Bhaunagar, tuve el placer de que se reuniese conmigo el señor Sturdy, de Nueva Zelandía, que más tarde desempeñó importante papel en los asuntos de la Sociedad. Me acompañó, junto con el príncipe Harisinji, a Junagabad, otro estado independiente, donde nos hizo ver el célebre edicto de Girnar, grabado en una roca hace dos mil años por el emperador Asoka.

Organizóse también para mí un durbar en una rara secta religiosa fundada varios años antes por el swami Narayan. Difiere de todas las otras sectas indas en que su jefe es un hombre casado, que lleva el traje laico. Gobierna a un gran número de ascetas –que llevan el manto amarillo rojizo común a los sannyasis– y a otro grupo de laicos casados que se ocupan de todos los asuntos de la hermandad, y que son algo así como hermanos laicos. A pesar de ser reciente, esa secta ha juntado grandes riquezas, según me dijeron, y el esplendor del templo donde se hizo el durbar, especialmente su pavimento de hermoso mármol de Italia, bien elegido y colocado, la reja dorada detrás de la cual se hallan las ropas, sandalias de madera y bastón del difunto swami, confirmaban el dato. Pedí al presidente de la reunión que me dijera qué signos de poderes espirituales había dado el fundador, y me respondió que había curado algunas enfermedades y producido ciertos fenómenos que sobrepasaban a las facultades corrientes. Entonces ví claramente lo que H.P.B. y yo hubiéramos podido hacer en la India por nuestra fortuna y nuestra gloria, si hubiéramos dado en espectáculo nuestros dones respectivos: ella sus fenómenos, yo mis curaciones, y nos hubiéramos burlado de la credulidad de las masas, atribuyéndonos una misión divina.

Regresamos a Bhaunagar el 15 de marzo, y visitamos otros sitios interesantes. Las grandes puertas esculpidas de la Biblioteca de Adyar, sobre las cuales se ve los Avatares de Vishnou, eran un regalo de

Harisinji, y aguardaban en Bhaunagar mi visita y aprobación antes de ser expedidas. Imagínese mi sorpresa al ver que cada tabla que representaba un Avatar estaba rodeada por pequeños medallones en los que el artesano indígena había esculpido los emblemas que le parecieron más apropiados al gusto europeo. Y eran, edificáos, hermanos míos: una pistola, un sacacorchos, una botella de gaseosa, un candado, etc. Y el desdichado tallista no podía llegar a comprender la expresión de horror que se extendió por mí rostro al descubrir esas monstruosidades artísticas. Tenía un aspecto tan desconcertado, que de pronto me eché a reír y debió creerme loco. Claro es que las puertas no se mandaron hasta que aquellos símbolos ridículos fueron raspados y reemplazados por las flores de loto que pueden verse hoy.

El 18, partió con dirección a Ceylán el señor Sturdy, por algunos asuntos de la Sociedad, y al otro día me fuí con Harisinji a sus propiedades particulares de Varal. Al llegar a las afueras de la población, al crepúsculo, nos recibió un cortejo de antorchas, con cantos brahmánicos, lluvias de flores y guirnaldas, y nos escoltó hasta la casa del príncipe, en la que pasé diez y seis días de amistosas relaciones y delicioso reposo. Una noche, que nos encontrábamos sentados fuera de la casa, bajo el cielo estrellado, se oyó de pronto en el fondo del jardín un grito: "Hari! Hari! Mahadé–e–va!", y ví avanzar a grandes pasos hacia nosotros una gigantesca figura de Siva como asceta, con sus cabellos trenzados, su bastón, su piel de tigre, su manto y demás; fue una extraordinaria sorpresa. Vino a colocarse cerca de nosotros, en un sitio indicado, y nos dió la representación de una especie de misterio; Siva tomaba las diferentes posturas del Yogi *(asanas),* y otros dioses venían a desempeñar sus respectivos papeles con un talento igual al de nuestros mejores actores que trabajasen en una escena preparada. Una nota falsa, según mi opinión, eran las bufonadas de una especie de payaso que representaba a un pequeño buhonero bania, regateando con sus parroquianos; aquello estaba maravillosamente bien representado, pero desarmonizaba con la parte religiosa de los dioses, con el poderoso Siva al frente. Al otro día, el actor que hizo de Siva nos dió una pequeña muestra de sus conocimientos en Yoga, enterrando algún tiempo su cabeza en la tierra removida y apisonada a su alrededor por un compañero suyo. Mi visita se terminó el 5 de abril, y salí con el príncipe para Limbdi, porque su ilustre soberano me había invitado a visitarle. Nos acogió calurosamente, y también el termómetro, porque había 38 grados a la sombra en Limbdi, que es un pequeño estado de Kathiawar, de segunda clase (344 millas cuadradas); sus príncipes pertenecían a la casta radjpout Jhala. Son guerreros hereditarios que tienen las virtudes y los vicios habituales de su casta; estos últimos florecían sobre todo en los tiempos de guerras y trastornos, pero las primeras se desarrollan ahora rápidamente, bajo el imperio del nuevo estado de cosas. Sin embargo, entre los príncipes radjpouts del Kathiawar, los hay que no hacen ningún honor a su casta, jugando, bebiendo y

divirtiéndose de un extremo al otro de su vida. Pero el Takur Sahib de Limbdi es la gloria de su familia y de su pueblo. Bueno, bien educado, amo inteligente, se toma un interés profundo por las cuestiones intelectuales. Era, según creo, un camarada de colegio de Harisinji. Nos recibió en el palacio a la una y media, y tuvimos una larga conversación sobre la Teosofía y la religión inda, de la cual Su Alteza se ocupa mucho. Me mostró en un estante de su hermosa biblioteca *Isis Sin Velo,* mi volumen de discursos, y otros libros teosóficos que parecían haber sido bastante usados. La hospitalidad de aquel Takur Sahib era de lo más amable: cada día venía a buscarnos en coche al príncipe Harisinji y a mí, para hacernos visitar los alrededores. Una vez nos llevó a ver a su gurú, un sannyasi al que saludó según la moda oriental, prosternándose y poniendo sobre su cabeza los pies de su maestro. Estuvimos todos sentados sobre la alfombra con las piernas cruzadas, y durante un par de horas discutimos asuntos religiosos. Era una escena muy pintoresca que hubiera proporcionado una excelente fotografía.

De Limbdi fuimos a Baroda, la capital de Gaikwar, de la cual ya he hablado a propósito de otra estancia en ella. Volví a ver otra vez a algunos buenos amigos, y el Dewan Sahib tomó la iniciativa de una suscripción a favor de la Biblioteca de Adyar, que reunió 200 rupias. Aquel día yo estaba bastante enfermo a causa de haber comido en mi almuerzo unos plátanos malos con leche; pero a pesar de las amistosas protestas del señor Gadgil, no quise cambiar nada en mi programa, y esa tarde tomé el tren para Surate, desde donde regresé a Bombay el 17. Necesitaba preparar mi programa de gira por la India septentrional; se imprimió para enviarla a las Ramas, y voy a citar, sacándolos del ejemplar que en este momento tengo ante mí, algunos pasajes que podrán interesar al lector: "Observando la más estricta economía, los gastos de esta jira han sido reducidos de tal modo, que la parte correspondiente a cada Rama no pasará de 17 rupias... Agregando una rupia por día, esto bastará para cubrir todos los gastos de combustible, alimento, leche, etc., necesarios durante la estancia en la población. El coronel Olcott previene particularmente a las Ramas que no paguen más que eso para él a nadie, sea por lo que sea. Esta recomendación le ha sido inspirada por la generosidad muy costosa, con frecuencia demostrada por sus amigos, y también por algunas extorsiones que se han querido cubrir con su nombre. Los gastos de viaje bastan para todo: tongas, carros de bueyes, billetes en les barcas, comidas en las estaciones, excedente de equipaje, cargadores, etc.".

Era muy desagradable para mí verme obligado a intervenir para moderar la hospitalidad de mis colegas cariñosos y de mis amigos, pero no podía ver en silencio que a veces se derrochaban centenares de rupias cuando casi nada hubiera bastado para mis necesidades. En todo caso, la precaución fue buena porque aquella jira de 10.000 millas en 1887 costó algo menos de 100 libras, todo comprendido. Me hizo mucha gracia ver en una estación de Bengala, cómo habían tomado al

pie de la letra el siguiente párrafo del programa impreso:

“Se ruega a las Ramas que tengan la bondad de preparar para la llegada del coronel los siguientes artículos, cuyo valor podrá ser deducido de la rupia diaria: dos grandes vasijas de barro, con agua, combustible, una medida de leche, un pan y azúcar. También un criado musulmán para ayudar a la cocina”.

Antes de haber terminado los saludos de llegada, el comité de recepción me llevó aparte y me mostró que los artículos pedidos estaban... en el andén de la estación! ¡Raro sitio para instalar mi cocina!

Sin embargo, no habría que sacar de lo que precede la conclusión de que cualquiera podría viajar por la India con esa facilidad, porque yo no tenía que pagar hotel; viajaba siempre en segunda clase, era vegetariano, y mi alimento resultaba menos caro que el de un perro de lujo en Francia o Inglaterra.

Veo en mi diario, el 25 de abril de 1887: “Muy malas noticias recibidas hoy de Ostende, sobre mi querida “camarada”. Los médicos dicen que H.P.B. se halla entre la vida y la muerte. Pero no morirá todavía”. ¡Y no se murió!

Fuí con tres amigos a visitar el hospital para animales, llamado Bai Sakerbai, una de las obras de caridad más meritorias de la India. Nuestro colega, el señor Schroff, fue quien lo fundó, o en todo caso hizo que fuese un éxito. Fue al gran bazar de Bombay, reunió a los jefes de las diferentes clases de comerciantes *(shetts)*, hizo un llamamiento a sus deberes de indos hacia los animales, y consiguió convencerlos de que ellos mismos establecieran un impuesto sobre sus beneficios comerciales, para sostener un hospital para animales; los jefes de las corporaciones tomarían sobre ellos la responsabilidad del pago. Así fue como se aseguró –si tengo buena memoria– una renta anual de unas 30.000 rupias. En seguida obtuvo de la noble y filantrópica mujer de un parsi el regalo de un terreno conveniente, y creo que también de los edificios necesarios. Fundado de este modo el hospital, el señor Schroff puso en juego otros resortes y se dirigió al gobierno de Bombay para hacer cuerdamente relacionar su hospital con el Colegio Veterinario, asegurando de tal suerte a los animales enfermos, por una parte, todos los cuidados médicos y quirúrgicos necesarios, y a los estudiantes por otra, las mejores probabilidades de observaciones prácticas. Si alguna vez se levanta un monumento al señor Schroff, habrá que representarlo como a Sri Krishna, apoyado en una vaca. Una cantidad de personas ha sido condecorada por el gobierno de la India por servicios infinitamente menos grandes que ese.

El 27 de abril volví mis pasos hacia el Norte. En las provincias centrales, Nagpur era mi primera

etapa. Yo iba solo con Babula, mi criado, porque el príncipe Harisinji me había dejado en el Gouzerat, y L.V.V. Naidu en Bombay. Era la estación calurosa y viajar era la cosa más desagradable del mundo, porque el termómetro se mantenía alrededor de los 37 grados, aun a media noche. Algunos amigos trataron de convencerme para que no corriera el riesgo de sufrir una insolación, con tanta frecuencia fatal para los europeos; pero yo no deseaba otra cosa más que correr el riesgo, y me atuve a mi programa. De población en población, llegué el 5 de mayo a Jubbulpore, donde fui el huésped de un amigo y servidor fiel de la Sociedad. Un incidente notable de mi permanencia en ese lugar fue mi visita a la prisión, donde ví algunos de aquellos thugs prisioneros que el coronel Meadows ha descrito en sus dramáticos *Cuentos Indos.* Un anciano me dijo que él "no había matado más que a un solo hombre", pensando hacerse pasar por un modelo de moderación. Me enseñó cómo se usa el *roomal* (pañuelo) para estrangular, procedimiento a la vez sencillo y eficaz. ¿Lo describiré? Tal vez no, por temor de sugerir a algún asesino en ciernes el medio más expeditivo; más dulce y menos violento, de disponer de un testigo molesto o de cualquier otra víctima. Posiblemente, eso ya debe estar impreso, pero yo no tengo la culpa; a cada uno su Karma. Otra vez ví en una prisión a un viejo thug que había matado a numerosos hombres, y que a petición del príncipe de Gales le había demostrado prácticamente cómo se hacía echando el roomal alrededor del cuello real y dando una vuelta preliminar. Uno de los carceleros me contó que, habiendo percibido en los ojos del thug un resplandor de ferocidad, se apresuró a poner fin a la prueba. A no ser por eso, el príncipe hubiera podido muy bien quedar con el cuello torcido, porque un thug hábil mata a su víctima de un solo golpe de roomal antes de que el cuerpo haya tenido tiempo para caer en tierra.

El oficio de thug es hoy casi desconocido en la India. Eran asesinos hereditarios, que ostensiblemente no eran más que pacíficos agricultores, y en realidad, se ocupaban de sus granjas durante una parte del año, y después se ponían en campaña para matar y entregarse al pillaje, acompañados de las bendiciones de sus familias, de la aprobación de sus vecinos corrompidos, y protegidos por los príncipes indígenas que compartían con ellos el fruto de sus rapiñas y les daban asilo en caso de peligro. De padres a hijos, de generación en generación, se transmitían la tradición gloriosa de su vocación, y ponían gran cuidado en la educación de sus hijos. En la *History of the Thugs* (Londres, 1851) se lee lo siguiente:

"Parece que a los hijos de los thugs se les mantiene durante sus más tiernos años, en la ignorancia de las ocupaciones de su padre. Al cabo de un cierto tiempo, se les permite que los acompañen, pero un velo continúa cubriendo las escenas más sombrías del drama. Para el principiante, la expedición tiene todas las apariencias de un paseo. Va montado en una jaca, y como las leyes de los thugs le dan derecho a una parte del botín, recibe regalos apropiados a su edad, y la alegría que siente al recibirlos

no se ve turbada por la conciencia a causa de los medios empleados para procurarlos. La verdad se abre paso por grados. Bastante pronto el novicio se da cuenta de que se trata de bienes robados. Después comienza a sospechar que el robo está agravado por otros crímenes más negros, sus sospechas se transforman en certeza y por fin se le permite ser testigo de la práctica del terrible oficio, que habrá de ser el suyo. Su desmoralización ya es completa, pero es preciso que le sea confiada la práctica de la atroz ejecución; es preciso que haga largos estudios preliminares... antes de ser *elevado a la dignidad de estrangulador"*.

El libro de donde extraje lo que antecede está agotado sin duda, pero más o menos pueden procurarse en todas partes descripciones emocionantes de aquellos horribles crímenes de los estranguladores, leyendo *Confessions of a Thug,* de Meadows Taylor. Mis lectores comprenderán con qué penoso interés mezclado de disgusto yo consideraba en la prisión de Jubbulpore a los asesinos sin conciencia que se hallaban allí encerrados, y me preguntaba a mí mismo cuántos viajeros indefensos había atraído cada uno de ellos a sus emboscadas, quebrando su espina dorsal con una vuelta de su nudo fatal. Desde 1799 época de la conquista de Mysore, hasta 1808, las víctimas de los thugs se contaban anualmente por centenares; algunos de los más destacados de aquellos criminales habían tomado parte en más de doscientos asesinatos, y se ha calculado que cada thug de cincuenta años había expedido por lo menos diez víctimas por año durante los veinticinco años de su servicio activo. He ahí un bonito problema de Karma para que lo resuelvan los teósofos metafísicos! ¿Cuál es más criminal, el padre estrangulador que con un deliberado propósito corrompe a su hijo y destruye en él el sentido. moral, o el hijo cuyo brazo ha sido adiestrado para aniquilar vidas?

CAPÍTULO LVI

H.P.B. FUNDA "LUCIFER"

Volví a Benarés el 9 de mayo de 1887, y pasé allí tres días. Fuí a ver al venerable Bhaskarananda swami, cuya bienvenida fue de las más cordiales, y a Majji la yogini. No dí más que una conferencia pública esta vez, en el Town Hall, sobre el libro de Chitragupta, y el 12 salí para Allahabad, que me hizo el efecto de un salón de fiestas vacío después de la partida de los Sinnet, cuya casa había sido el foco de nuestro movimiento en esa región. Sin ellos y sin H.P.B., la ciudad me parecía desierta. Y en realidad mi separación de H.P.B. estaba presente sin cesar en mi mente, al visitar las ciudades donde habíamos estado juntos, cuando nuestras primeras experiencias indas y nuestros sueños de resurrección de las ciencias y de las religiones orientales. Sería preciso haber estado tan estrechamente unido a ella como yo lo estuve en esa obra mundial, para darse cuenta de lo que para mí era el recorrer de nuevo aquellos países y ver otra vez a nuestros antiguos conocidos. ¡Ay! ¡Ay! ¡Oh Lanú! ¡Cuán dolorosos son tales encuentros y separaciones! Pero sabemos, tú y yo, cuántos siglos hemos trabajado juntos bajo la dirección del Uno, y cuántos de estos parentescos nos aguardan todavía! *¡Vale, salve!*

¿El calor? Terrible, cociente, como para fundir el metal. Fui a ver a mi amigo el swami compilador de los *Sayings of Grecian Sages,* y tuve una agradable conversación con aquel erudito. Mi alojamiento estaba lleno todo el día de metafísicos, grandes planteadores de enigmas, y agnósticos aficionados cuyo ardor no era disminuído por la temperatura. El 15 dí una conferencia sobre el otro mundo, pero me sentía tan débil que tuve que sentarme durante la segunda mitad de mi discurso. Era el resultado inmediato de síntomas de disentería, causados por un alimento indigesto, y agravados por el calor intenso y debilitador. Al día siguiente estaba peor, y mis amigos me pedían que permaneciese algunos días tranquilo. Pero no podía perder tiempo teniendo ante mí un itinerario tan largo, y salí para Cawnpore, donde fuí muy afectuosamente recibido y alojado en el gran bungalow del Maharajah de Burdwan, lugar en que nos habíamos detenido en 1883 Damodar y yo, y donde tuvo lugar aquel fenómeno probatorio de la introducción, en mi pupitre cerrado con llave, de la carta de uno de los Maestros, y que anteriormente he descrito.

Al verme tan débil, un doctor indígena, miembro de la Sociedad, me recomendó insistentemente que tomase caldo de pollo, lo que hice después de algunas vacilaciones, rompiendo así el régimen vegetariano que seguía desde varios años antes. El efecto fue instantáneo; mis fuerzas físicas volvieron

en seguida, y a partir del otro día estaba curado. Desde entonces no volví más al régimen vegetariano, hasta hace dos años que por consejo de la señora Mongruel, la vidente francesa, lo reanudé con excelentes resultados.

Se efectuaba en Hardwar una gran asamblea sanskritista, convocada por el primer ministro de Kapurthala, que deseaba organizar una gran sociedad puramente indígena de pandits sanskritistas, que trabajarían en conjunto para el renacimiento de la antigua religión y de su literatura. A petición de la asamblea, hablé ante ella del Bharata Dharma Mandal, y al final de mi discurso, se dió un voto de gracias para mí, y de confianza en la Sociedad Teosófica. Era colocar un jalón, porque a causa de nuestra profesión declarada del Buddhismo, se desconfiaba un poco de H.P.B. y de mí, como tal vez hostiles al Indoísmo, y como si fuéramos una agencia secreta de propaganda buddhista, aunque jamás hayamos dado ningún motivo para hacer sospechosa a la Sociedad como tal. La verdad, es que el eclecticismo en materia de religión, es la actitud de espíritu menos concebible para los sectarios, cualquiera que sea la forma de religión que practiquen. Y hoy, nuestra Sociedad es sospechosa en Birmania y en menor medida en Ceylán, a causa de la osada profesión de fe de la señora Besant, así como hace quince años se la creyó exclusivamente buddhista porque los dos fundadores y Damodar recibieron el Pansil de Dharmarama Terunanse en Galle el año 1880, en presencia de una gran muchedumbre de buddhistas entusiastas. Mas el tiempo disipa todas las ilusiones, y la verdad se abre paso.

Para un anglo-indo, vale la pena visitar Hardwar, a causa de su noble paisaje y para bañarse en la corriente clara, fría y rápida del Ganjes. Yo me incorporaba todos los días a la multitud de peregrinos que se bañaban, y me refrescaba muy bien. El 1º de junio, día de gran baño, no pude comparar la muchedumbre más que a un prieto enjambre de abejas, y el ruido que producían, al prolongado rodar del trueno. La policía, a las órdenes de un director europeo, se mostraba muy dura con los pobres peregrinos, a los que empujaba y hacía andar como a un rebaño de carneros. Pero así es en todas partes, en cualquier dirección que uno observe, la dureza es la regla, la dulzura y la paciencia son la excepción.

Paseándome la última mañana por el camino pavimentado que sube del Ghät hacia la montaña, me chocó mucho una cosa que ví. En la calzada estaba un grupo de tres personas en cuclillas, una mujer vieja inda, un joven –probablemente su hijo– y un brahmán. Entre ellos, algunos huesos humanos y un poco de ceniza, anudados en un pañuelo sucio de algodón. Tenía lugar allí un descarado regateo como el que algunas veces yo había oído en las ferias irlandesas a propósito de un cerdo; las voces se elevaban por la cólera, ofertas, negativas; por una parte una fe humilde, por otra la avidez sacerdotal; todo para saber cuánto cobraría aquel tiburón eclesiástico por arrojar los huesos y

las cenizas en la rápida corriente del río. Bastó sólo una ojeada sobre la fisonomía del hombre para llenarme de indignación y disgusto, y para darme unas enormes ganas de arrojarlo al río con el paquete de huesos atado al cuello. Véase a qué abismos de degradación ha caído la sublime religión de los rishis en manos de la miserable hiedra que oficia en tantos templos, mancillando el santuario de los dioses con sus envenenados efluvios. ¡Honor a quienes conservan la fe de sus padres como un tesoro precioso, y ponen de acuerdo una vida de útil devoción, con su profesión religiosa.

A continuación fuí a Lahore, donde el hoy difunto Maharajah de Cachemira había puesto su palacio –en bastante mal estado– a mi disposición, y en el cual se habría alojado cómodamente una compañía de soldados. Todas las buenas obras de psicología cuentan la historia del entierro del hatha yogi Haridas durante seis semanas, en una tumba construida especialmente para él en el jardín del Maharajah, su exhumación, su resurrección y los suntuosos presentes que le hizo el rey al despedirlo. Esta vez, como en mis precedentes estancias en Lahore, interrogué a los ancianos que habían sido testigos oculares de aquel milagro de yoga, y hallé un viejo sirdar sikh, cuyo relato concordaba con los del doctor Macgrégor y de sir Claudio Wade. No puede ponerse en duda que aquel hombre había adquirido por medio del yoga la facultad de suspender su vida por lo menos en un límite de cuarenta días, y podía dejarse atar en un saco, y depositar durante todo ese tiempo en un sepulcro, sin beber, sin comer, hasta sin respirar, vigilado noche y día para prevenir toda tentativa de fraude. Haridas no era un santo ni mucho menos, como ya lo expliqué en notas precedentes relativas a su caso, pero podía hacer ese milagro. Y quedaré contento si cada estudiante de las Ciencias Ocultas se da por advertido de que las virtudes morales no son de ningún modo indispensables para los fenómenos psíquicos exhibidos por los mediums espiritistas, los magnetizadores, hipnotizadores, curadores, clarividentes, profetas de cierta clase, y otros poseedores de facultades anormales que pertenecen al cuerpo astral y funcionan en el plano astral. Reflexiónese un momento sobre el carácter despreciable de mucho de esos hacedores de maravillas, tanto de nuestro tiempo como de todas las épocas, y se verá lo que es. Al mismo tiempo, es menester que el lector no saque la conclusión inmediata de que todas las curaciones, clarividencias, doble–vistas, etc., estén confinadas al yo inferior; lejos de eso, porque el Adepto adquiere todos los siddhis y así puede tener acceso a todos los depósitos de ciencia y hacer numerosos milagros en bien de la humanidad. Pero no recibe honorarios, no causa escándalos, no hace mal alguno a ninguna criatura viviente; es nuestro bienhechor, nuestro maestro, nuestro hermano mayor y nuestro modelo, una aureola sagrada le envuelve, es la luz de la raza.

Pasé de allí a Moradabad, donde volví a ver siendo juez del distrito a nuestro antiguo amigo Ross Scott, nuestro compañero de viaje del fatal Speke Hall, y que fue siempre nuestro valiente colega, que se mantuvo de nuestra parte tanto en la buena como en la mala suerte, a pesar del imperio de los

prejuicios anglo–indos. También esta vez aceptó gustoso presidir mi conferencia y habló con la mayor benevolencia de nuestro movimiento y de nosotros.

Con las lluvias, llegaron enjambres de chinches y de toda suerte de insectos, que la buena humedad del suelo había llamado a la vida. Me aseguré de ello en forma que no me permitía conservar ninguna duda, en Fyzabad, donde por estar demasiado lleno el Salón del Museo, nos instalamos para mi conferencia en el césped, fuera. Me dieron una mesa y dos bujías; mi auditorio se instaló en sillas o en alfombras, y comencé a disertar, improvisando, de Chitragupta, durante un cuarto de hora. Mas en aquel instante llegó un ejército de chinches hediondas, atraídas por las luces, y por fuerza hube de interrumpir el discurso. Debería ser muy divertido verme de pie, con la cara iluminada por ambas velas, luchando por continuar mi conferencia con legiones de chinches, que trepaban a lo largo de las piernas de mi pyjama, por las mangas de mi *chapkan* indo, cayéndome en el cuello, los ojos, la nariz y la boca. Yo me sacudía las ropas, me sacaba los insectos del cuello, golpeaba los pies, y me sacudía los cabellos; ¡y no hablemos del olor! Recordad la chinche de los campos, esa peste maloliente que envenena al dedo que la roza. Esa fue mi aventura en Fyzabad, y que se juzgue si era favorable a un discurso improvisado sobre tema religioso. En fin, hubo que renunciar, viendo la causa desesperada, y para presentar a mal tiempo buena cara en la medida de lo posible, dije: "¡Señores! Por una ley física, dos cuerpos no pueden a la vez ocupar el mismo punto en el espacio. Parece ser que hemos molestado a la reunión del Congreso Nacional de las Chinches. Como lo veis, sus delegados de los cuatro puntos cardinales, me empujan de todos lados, y en consecuencia propongo levantar la sesión". Al otro día por la noche, hablé en el interior del museo, donde se colocaron en el suelo grandes recipientes llenos de agua, y las chinches, llevadas por una misteriosa e irresistible atracción, se precipitaron en ellos, y pude acabar mi discurso más cómodamente.

De Fyzabad me llevaron en coche a ver el hermoso parque y el ghât donde Sri Rama el Avatar, pasa por haber sido visto en este mundo por última vez, y que por consiguiente tiene una gran reputación de santidad. Todo ese distrito era la tierra clásica de la India. Saliendo de Fyzabad atravesé el río Gogra de Ayodhya, la antigua capital de Rama, en una balsa a vapor. ¡Qué hubieran dicho Rama y su corte!

En Chupra encontré entre mi correo de ultramar, una carta de H.P.B. que me dió mucha pena. Había consentido en fundar una nueva revista con capitales suscritos por sus amigos de Londres, al mismo tiempo que era directora y propietaria por mitad del *Theosophist,* procedimiento muy singular y raro modo de llevar los negocios. Aparte de las otras causas, una de ellas la insistencia de sus amigos ingleses, lo que sobre todo la impulsaba a eso, era que el señor Cooper Oakley, a quien ella nombrara suplente suyo para la dirección, había más o menos adoptado el partido de Subba Row en

la controversia que éste sostenía con H.P.B. sobre el punto del número de los principios del hombre, cinco o siete. Subba Row había respondido en nuestra revista a un artículo de ella sobre ese tema, y H.P.B. me escribió al respecto del modo más amargo e irritado, contra Cooper Oakley, al que acusaba de traición sin razón suficiente. Era uno de sus impulsos irresistibles que con frecuencia la llevaba a tomar partidos extremos. Quería que yo le quitase a Cooper su autoridad directorial, y hasta me mandaba una especie de poder escrito infantil para hacer que yo le pusiera en una especie de cuarentena, y que ninguna prueba de la revista pudiera ser tirada sin mi firma. Naturalmente, yo le hice grandes razonamientos: era un proceder inaudito fundar una revista rival de nuestro antiguo órgano, en la cubierta del cual aparecía su nombre todavía, y cuya circulación e influencia serían disminuidas. Pero todas las consideraciones eran inútiles; dijo que se hallaba dispuesta a tener un periódico suyo, donde pudiera decir lo que quisiera. No tardó en aparecer *Lucifer* como órgano suyo personal, y yo me arreglé como pude sin ella. Mientras tanto, la correspondencia entre ella y yo era más bien viva. En aquel tiempo, H.P.B. se hallaba algo distanciada del señor Sinnett, y antes de que eso se arreglase, un cierto número de disidentes de su London Lodge organizaron la Blavatsky Lodge, y se reunieron en su casa, en Landsdown Road, donde su brillante personalidad y sus vastos conocimientos ocultos atraían a una numerosa concurrencia.

El Maharajah de Durbhunga, del cual fuí invitado en Bankipur y en su propia capital, que era miembro de nuestra Sociedad, y que se decía calurosamente mi amigo, me llevaba de paseo y pasaba horas enteras de conversación conmigo; pero cuando me marché, no vino a despedirme y no me mandó ni una rupia a cuenta de su prometida suscripción anual, y ni siquiera para mis gastos de viaje, descortesía que ninguna Rama, por pobre que fuese, hizo jamás. Nunca dije una palabra sobre ese asunto hasta este momento, pero creo que aquel súbito disgusto provino de mi negativa para hacer en su favor cierto acto de hechicería que muchos rajahs indos han hecho ensayar en provecho propio. Si me engaño, su conducta subsiguiente es inexplicable.

En seguida fuí a Bhagulpur, donde habitaba mi antiguo enfermo Badrinath Babú, del cual he contado antes las curaciones por mi tratamiento magnético y las recaídas de ceguera. Estas recaídas eran bien tristes, pero de todos modos era una suerte para él el hecho de recobrar la vista por un año entero, después de una sola sesión de pases. Badrinath aprovechó una tercera vez mi tratamiento para recobrar la vista, y cuando salí de la población se hallaba perfectamente capaz de andar solo y leer los periódicos del día.

Se produjo un incidente halagador con ocasión de mi discurso en la sociedad moral de los jóvenes del Taj Narain College. Se hallaban presentes numerosos estudiantes musulmanes junto con los indos, de suerte que hice de tal modo que mi tema: “El hombre y sus deberes”, fuese tan aplicable a

los sectarios del profeta como a los otros. Cuando terminé, un hermoso mulvi musulmán se puso de pie y me agradeció mis alusiones al código moral del Islam.

Después volví una vez más a Calcuta, y así terminó aquel largo circuito de diez mil millas a través de la India en 1887.

CAPÍTULO LVII

FIN DE LA JIRA DE 262 DIAS

Uno de mis amigos indos más fieles desde los comienzos hasta hoy, es el Honorable Maharajah Sir Jotendro Mohan Tagore, de quien H.P.B., yo y otros teósofos, habíamos sido huéspedes. Es un hombre serio y culto, gran aficionado a las discusiones religiosas. Como todos los indos, aprecia el antiguo ideal de la vida espiritual, y reconoce, teóricamente, su gran superioridad sobre la vida del mundo. Recuerdo una conversación que tuve con él sobre ese tema un día, en Calcuta, y cómo reí sin malicia a costa suya. Me había preguntado muy seriamente si podía indicarle el mejor medio de alcanzar durante su vida aquel plano superior. "Naturalmente –le respondí–, hay para ello un medio que podéis ensayar con una certeza razonable de alcanzar vuestro objeto". Sin desconfianza, preguntó: "¿Cuál?, dígamelo". "¡Pues bien!, volved a vuestra casa en ese hermoso coche, entrad en el salón de mármol, cuyas lámparas de plata, cuadros, mosaicos y demás, lo hacen verdaderamente principesco: llamad a vuestros notarios y disponed de vuestros bienes en donativos, no conservando ni una alhaja; después, enviad al bazar para que compren el traje amarillo, el bastón y el cuenco de un sannyasi; decid adiós a vuestra familia, cambiad de nombre y salid a recorrer el mundo mendigando y como asceta! Perseverad suficientemente, como el Señor Buddha o como Dyanand Saraswati y mil más de nuestros tiempos, y os veréis ampliamente recompensado por vuestro desprendimiento y vuestros esfuerzos espirituales". Su fino rostro se aclaró con una sonrisa cuando percibió que se había dejado atrapar tan fácilmente, y no se manifestó molestado al verme reír del dilema en que se hallaba colocado. Pero le dije, con la franqueza afectuosa permitida a nuestra larga amistad, que a menos que tuviese el valor de ensayar el soberano remedio para todos los males de este mundo, prescrito por todos los sabios y confirmado por la experiencia de centenares de generaciones, haría mejor no pensando en andar por el sendero superior; el Buddha lo ha dicho en el *Dhammapada:* hay un camino que conduce a la fortuna, otro es el que lleva al Nirvana. Y los cristianos saben mejor todavía la historia contada por San Mateo, del joven rico que hizo al Cristo la pregunta de mi amigo, y recibió la misma respuesta, por lo cual se fue muy triste porque poseía grandes bienes. Dije también a mi excelente amigo que si yo me hallase en su lugar no huiría de mi fortuna, sino que trataría de usarla en bien del mundo, lo cual le conduciría más lejos por el Sendero que todos los ensayos de ascetismo. Porque, así como lo declaran los *Shastras* indos, a menos de llegar a considerar el oro como siendo una cosa tan vil como la arcilla, el recuerdo de su pasada fortuna lo atormentaría siempre;

metido en el corazón de una selva, encerrado en una caverna del Himalaya, o descendido al fondo del mar, todo, hasta el aire ambiente, resonaría para él con la música de las piezas de oro y plata. Prueba de excelente carácter del príncipe, fue que no se incomodó por mi ruda franqueza. El hecho es que esos millonarios y ésos príncipes se hallan tan llenos de adulaciones que, en general, aprecian más bien una opinión sincera y desinteresada. Aunque a veces les parecéis imbécil por el hecho de que pretendéis despreciar el ídolo de toda su vida.

Después fui a Darjeeling, cuyo encanto ya he descrito con frecuencia, y en casa de mi antiguo amigo Srinath Chatterji Babú, encontré a un lama y asceta thibetano, nombrado Gyen Shapa, que practicaba el Yoga desde largo tiempo, y había desarrollado ciertos siddhis. Srinath Babú lo había visto aquella misma mañana durante una meditación *(dharana)* elevarse del suelo y permanecer en el aire sin ningún apoyo. Fuí a verle dos veces más, y sirviéndome Srinath de intérprete, obtuve de él numerosas informaciones interesantes sobre las lamaserías thibetanas y los lamas. En casi todas las lamaserías hay una escuela de Yoga dirigida por un maestro adepto, y las levitaciones no son hechos raros entre ellos. La altura hasta la cual consiguen elevarse, depende en parte de su temperamento personal, y sobre todo la duración de sus estudios prácticos. El maestro de Gyen Shapa podía elevarse hasta lo alto de los muros de la lamasería, y varios de sus condiscípulos podían subir más alto que él. Hay que seguir una disciplina física y moral de las más estrictas y prestar gran atención al régimen. Esos fenómenos tienen lugar en privado, porque está absolutamente prohibido mostrarlos. Inútil es agregar que la curiosidad de los viajeros que pasan, no es satisfecha jamás, en especial la de los europeos comedores de buey y bebedores de alcohol; sean cuales fueren sus investigaciones, no pueden ver jamás a un verdadero Adepto conociéndole por tal, como los casos de Rockhill, del capitán Bower, del duque de Orleáns y del señor Knight, lo prueban suficientemente.

El libro de Sarat Chandra Das, *Relato deun viaje a Lhassa* en 1881-82, es uno de los libros de viajes más interesantes que yo haya leído. Todo él está lleno de riesgos encontrados, de obstáculos vencidos, de peligros mortales, de encuentros con gentes desconocidas, y de planes completamente ejecutados; pero está exento de charla y de vanidad.

En esto, se asemeja al libro sin igual de Nansen, *Farthest North.* Saliendo de Darjeeling el 7 de noviembre de 1881, Sarat Chandra atravesó el Himalaya por la garganta de Kangla Chhen el 30 de noviembre, y después de haber sufrido grandes fatigas, llegó a Tashi Lhumpo, capital del Tashi Lama (de quien uno de nuestros reverenciados Mahâtmas, es maestro de ceremonias). Vivió allí varios meses y obtuvo permiso para visitar Lhassa, donde fue recibido por el Dalai Lama, recogió una cantidad de obras buddhistas de las más importantes, y venciendo innumerables obstáculos en su viaje de regreso hacia la frontera del Sikkim, regresó a su casa el 27 de diciembre de 1882. Observé la

forma de su cabeza, en la que hallé algo que ya me había chocado en Stanley el explorador africano: un marcado desarrollo en las sienes, encima de la articulación de la mandíbula, lo que los fisonomistas consideran como un signo de fuerte constitución y de resistencia a las enfermedades. El cuerpo entero de Sarat Babú da la impresión del vigor físico, y la lectura de su Memoria al Gobierno, me confirmó más tarde en esa mi primera impresión. Gracias a su perfecto conocimiento del thibetano, ayudado por su tipo semi-mongólico, pudo llegar a Tashi Lhumpo y a Lhassa, pasando por un doctor thibetano. Tuve personalmente amplias pruebas de su facilidad para hablar dicha lengua, cuando me sirvió de intérprete en mi conversación con el sabio lama y con el jefe de los coolies que condujo a nuestro querido Damodar desde Darjleeling hasta aquella lejana población del Sikkim donde habría de reunirse con el elevado funcionario que le prometiera acompañarlo hasta dejarlo seguro allí donde nuestro Mahatma le recibiría como discípulo residente.

El 1º de agosto salí de aquel delicioso Darjeeling para regresar a las sofocantes llanuras del delta del Ganjes. Perdí una combinación de vapores en el río Bairab, lo que me obligó a detenerme en Barisal, célebre por un fenómeno que es conocido con el nombre de cañón de Barisal. Al salir del salón donde acababa de dar una conferencia, oí aquel ruido raro, que no parece haber aclarado ninguna de las explicaciones hasta hoy propuestas por los sabios. En otro sitio *(Theosophist),* vol. IX, pág. 703 y XI, pág. 409) he contado con detalles el extraño fenómeno y sus numerosas explicaciones científicas o seudo–científicas, y creo haber demostrado su palpable insuficiencia. Me bastará decir que aquellos "cañonazos" son perfectamente semejantes, como volumen de sonido y como clase de vibraciones, a las descargas de verdaderas piezas de artillería. Tienen el mismo carácter subitáneo en la explosión sin ruidos precursores que preparen al oyente para lo que va a venir. En mi caso, la primera explosión se produjo tan instantáneamente y tan fuerte, que supuse fuera un cañonazo disparado en la población a varios centenares de metros del sitio en que me hallaba. Primero creí que era el cañonazo de las ocho, que allí se dispararía como en otras ciudades en las que hay acantonamientos militares, pero al mirar mi reloj, ví que eran las 8,45, de suerte que no podía ser aquella la causa. Después oyóse una segunda detonación, y después de cortos intervalos, cinco más, lo que en total hacía *siete.* Al preguntar qué era aquello, supe por primera vez en mi vida que había un "cañón de Barisal".

Se han propuesto todas las explicaciones posibles, desde las mareas (en las playas de Bengala, a 65 millas de distancia) hasta las explosiones de fuegos artificiales en los casamientos de los pueblos vecinos! Pero si es fácil decir lo que aquel fenómeno no es, resulta en cambio bien difícil decir lo que es; la teoría que más me satisface es la que dice que el "cañón de Barisal" proviene de los elementales, y se halla en relación con el o los acontecimientos que tienen lugar en el pueblo desde hace mucho

tiempo, en todo caso, antes de la generación actual, porque los ancianos me dijeron que habían oído aquel cañón desde su infancia. A veces se le oye durante la estación de las lluvias, a veces fuera de ella, y como en mi caso, después de un día de sol y con una atmósfera demasiado clara y con estrellas demasiado brillantes para inclinarse a la teoría de las descargas eléctricas. Ya dije que oí siete explosiones a intervalos regulares, y como se me dijo que era un número inusitado, mi mente de ocultista creyó descubrir en eso una intención de saludo amistoso de parte de una inteligencia directora. No se le volvió a oír, ni aquella noche, ni al otro día, en fin, mientras permanecí en la comarca. Dos o tres veces traté de tener con H.P.B. una conversación seria sobre ese tema, pero siempre hubo alguna interrupción. Llegó a decirme que era una exhibición de poder de los "hijos de Fohat" y me dijo que consultase *La Doctrina Secreta,* pero sus ideas parecían tan vagas que dejé de lado el asunto, y ahí está a la disposición del señor Leadbeater y de sus colegas en el estudio de las fuerzas sutiles de la Naturaleza. Hace un par de años, Francis Darwin habló del asunto en *Nature,* solicitando informes; le mandé los antiguos números del *Theosophist* citado, pero no oí hablar de ellos, sin duda los otros artículos de nuestra publicación heterodoxa le horrorizaron.

El 17, en Calcuta, pronuncié un discurso en el Instituto Oriental, y esa misma noche me embarqué para Chittagong en el *Euphrate.* Bailaba como un corcho, y rolaba de tal modo que no tuvimos ni un momento de reposo. Esto duró tres días, y el 21 dí una conferencia ante 1.000 personas; el 23 fuí en bote a remo a Pahartali, un pueblo del interior a 16 millas de distancia, y cuyos habitantes son todos buddhistas, de la raza de los maghs. Me alojaron en una cabaña de bambú y esteras, con techo de paja. Los maghs son descendientes de padres arakanis y de madres bengalíes, porque el país fue conquistado por un ejército de conquistadores del arakan, que se instaló allí.

En el templo hay una imagen gigantesca del Buddha, cuya cabeza está adornada con una diadema real, lo que yo no había visto nunca en ningún país buddhista. Es verdad que se conocen representaciones coronadas del Bodhisattwa, es decir, de la entidad que alcanzó finalmente la dignidad de Buddha en su encarnación de Kapilavastu, pero nunca del Salvador del Mundo. Yo mismo poseo una artística estatuita de cobre, que representa al Bodhisattwa reinando en el cielo de los Tushitas, sentado en Padmâsana, que me fue regalada por el enviado thibetano ante el gobierno de la India hace algunos años, quien la había recibido del mismo Dalai Lama. Bajo la estatua hay una chapa de cobre en la que está grabada una representación convencional del trono de diamante, y detrás, en el vacío del cuerpo, un rollo de papel thibetano en el cual el Dalai Lama escribió de su propia mano algunos encantos o mantras para la protección de su joven y hermoso embajador contra todos los malintencionados. El Bodhisattwa lleva numerosas joyas a la moda antigua inda, en la cabeza, el cuello, el pecho, parte alta del brazo, muñeca, cintura y tobillos. Los cabellos están

recogidos muy arriba, con algunos mechones que caen sobre los hombros y lo alto del brazo. Las manos, unidas sobre las rodillas, sostienen un vaso adornado con flores o una estatuíta que representa las Tres Joyas de la simbología buddhista. Es una de las preciosas curiosidades de nuestro pequeño museo de Adyar.

En Noakhally dí una conferencia bajo la presidencia del magistrado local, un europeo, y esa noche hubo en el teatro indígena una representación del conmovedor y viejo drama *Pralad Charita,* hecho por aficionados de mucho talento. Pero me costó mucho trabajo conservar mi seriedad durante un prólogo de chocante incongruencia, compuesto en mi honor. Se levantó el telón, dejando ver una selva donde se hallaba el antiguo rishi Bharata, sentado bajo un árbol y sumergido en su meditación. De pronto se oyen cantos de fiesta y de ambos lados de la escena entra un cierto número de discípulos que rodean al rishi y le despiertan. El le pregunta la causa de sus alegres cantos, y le responden que "el coronel Olcott, el amigo de la religión arya, ha llegado al país". El rishi declara entonces que es el cumplimiento de una antigua profecía, y para la India representa la aurora de días mejores. Se levanta, toma una guirnalda de manos de un discípulo *(sishya)*, se adelanta hacia la rampa, haciéndome señas para que me acerque, y me echa la guirnalda alrededor del cuello pronunciando una bendición! Este cómico anacronismo no pareció haber chocado a nadie más que a mí y al magistrado europeo sentado junto a mí. Pero la intención de hacerme ver el amor nacional hacia mi persona, era tan evidente, que mis ganas de reír fueron vencidas por mi gratitud por aquella simpática ceremonia.

De regreso el 31 en Calcuta, fuí una mañana con mi huésped, nuestro antiguo, fiel y aquilatado colega, Norendranath Sen Babú a la Explanada, para verle cómo alimentaba a sus pensionistas. Con frecuencia he visto en los jardines públicos de París a personas qué dan pan a los pajarillos, pero Norendranath alimenta todas las mañanas a los bueyes, cuervos, minas y otros pájaros, a los peces en los estanques y a las hormigas que corren por todas partes en la hierba de la explanada, que es enorme. Todos aquellos animales parecían conocer su coche y se reunían en el sitio en que él les hacía su distribución diaria, y los peces venían hacia él hasta la orilla del estanque. Esto sucedía tranquilamente, sin ostentación, durante años, sin que ningún periodista hiciera con ello un artículo, sin que la gente lo notara. No se hallará un ejemplo más fuerte, de la tierna compasión, a veces sentida por ciertos hombres para con nuestros camaradas inferiores.

Mi larga jira se aproximaba a su fin, y ya sólo me quedaba por visitar la costa del Coromandel. Salí el 4 de septiembre en vapor para Bimlipatam, donde el Maharajah de Vizianagram me aguardaba para conducirme a su capital. Después de las conferencias, recepciones y conversaciones habituales, su coche me llevó a Vizagapatam, que es un puerto de mar, y donde asistí a un experimento de

Alquimia ensayado por un doctor indígena que pretendía reducir la plata batida a un polvo blanco para administrarlo como medicina. Como no teníamos plata a mano, decidimos ensayarlo con el estaño. He aquí el procedimiento: en una tela extendió una capa de hojas de margosa, que tendría como media pulgada de espesor, después una capa semejante de azafrán. Sobre el azafrán colocó el estaño y enrolló todo como un salchichón atado con una cuerda fuerte. Durante dos horas, el salchichón ardió entre un montón de boñigas secas de vaca, que tenía cuatro codos de circunferencia y un codo de altura. Al retirarlo, encontramos que una parte del estaño estaba calcinado, pero el resto se hallaba fundido solamente. El alquimista dijo que su combustible era de mala calidad, sin lo cual todo el estaño se hubiera calcinado.

Mis dos conferencias en aquel lugar atrajeron mucho público, entre el cual se vió un número de europeos más considerable que de costumbre, porque frecuentan poco las reuniones indas de esa clase a causa de la marcada antipatía que existe entre las dos razas. Me sucedió un accidente que pudo ser trágico al ir en una barca hasta el vapor en el cual debía continuar mi jira. La barra era muy fuerte y había que pasar tres grandes olas en la pequeña embarcación. Esos botes indígenas llamados masulas, son perfectos para pasar las barras en toda la costa inda, porque no están clavados ni ajustados, sino atados con fibra de coco y bien calafateados en las costuras. Por lo corriente, son muy seguros, y me he servido de ellos en muchos recorridos entre los vapores y la costa. Pero en aquella ocasión, después de pasar la primera ola, y mientras nos hallábamos sobre la cresta de la segunda, la proa fue levantada tan alta y la ola se retiró tan de prisa bajo ella, que cayó de nuevo sobre el agua con una fuerza terrible, una de las tablas se rompió de un extremo al otro, y el agua comenzó a precipitarse al interior. Todos los remeros menos uno fueron arrojados al fondo unos encima de otros. Les grité que se incorporaran y recobrasen sus remos mientras yo arrancaba la tela que cubría los almohadones de popa, que les hice en seguida meter en la vía de agua. Puse la mitad de los hombres a que achicasen la embarcación mientras los demás remaban como desesperados para aproar a tierra; yo hice todo lo que pude con una pagaya, puse un cinturón salvavidas a Babula, y le hice amarrar al bote el asa de mi caja del dinero a fin de no perder las rupias de la Sociedad, que constituían en aquel momento mi mayor preocupación. Por fin conseguimos hacer virar la embarcación, hubo que pasar de nuevo la ola, y después de grandes esfuerzos, conseguimos encallar en la orilla con la barca medio llena de agua. En seguida tomamos otra embarcación, salí nuevamente, y esta vez llegué al vapor sin aventuras. Lo más peligroso del asunto es que el mar estaba lleno de tiburones, ví algunos al ir hasta el vapor.

Al mar le sucedió una navegación apacible por el canal del Godavery, con paradas para dar conferencias y fundar Ramas; después tomé una carreta de bueyes para ir a Guntur, donde los

misioneros despliegan una gran actividad. Entre las visitas que recibí después de mi primer discurso, estaba la del reverendo S… , misionero presbiteriano cuya suerte es bien desdichada. Hacía dos años que él y su mujer eran perseguidos por los otros misioneros, no le pagaban su sueldo y hacían todos los esfuerzos posibles para que se fuese de la India; esto tenía por causa que había descubierto la mala conducta del principal de los misioneros con algunas mujeres indígenas convertidas, y trataron de hacerla juzgar y trasladar. Pero el oportunismo pudo más que la justicia, y aquellos dos honrados cristianos se vieron reducidos a los peores extremos. El había trabajado como carpintero o en lo que podía hallar, y ella cosía; sin embargo, no siempre habían tenido para comer. Los indos, que les respetaban, me contaron todo eso, de suerte que hice preparar a mi cocinero una buena cena y se la envié, invitándome a ir a comerlo con ellos. Me recibieron con mucha amabilidad como compatriota simpático; y la señora S… manifestó el deseo de verme abjurar mis errores para unirme a ellos como misionero. Después de reírme de la proposición, respondí con otra: que se apartaran de un partido en el que triunfaban tales iniquidades y se vinieran conmigo como celosos teósofos.

Por fin el 8 de octubre me embarqué en el *Umballa,* que se vió envuelto en la cola de un huracán y me hizo pasar momentos desagradables. Al otro día por la mañana, nos encontrábamos ante el puerto de Madrás y pensé que ya estaba al cabo de mis penas por aquel año, pero el mar estaba tan picado, que no pudimos entrar y tuvimos que mantenemos al largo a la vista de aquel bienaventurado puerto todo el día, sin poder entrar en él. ¡Con qué inmenso alivio ví por fin a nuestro delicioso Adyar, al doscientos sesenta y dozavo día de haberlo dejado! El lector que me ha seguido en este interminable viaje, comprenderá lo que escribí en mi diario del 11: “¡Oh! ¡Bendito Reposo!”.

CAPÍTULO LVIII

FUNDACION DE LA "LOGIA BLAVATSKY"

Quienes me siguen a través de todos esos incidentes de los años anteriores, asisten virtualmente a la edificación de la Sociedad Teosófica, hilada por hilada, desde la piedra fundamental hasta el techo, erección lenta pero segura del templo moderno de la Teosofía. Conocen a los arquitectos y constructores, y ven lo que habría sido el edificio sin ellos, cosa que los demás no saben.

Hojeando mis papeles de aquellos días tempestuosos y releyendo las cartas que la señora Blavatsky me escribía desde su destierro, tengo el profundo convencimiento de que el mortero de los cimientos fue amasado con sangre de su corazón, y que aquéllos descansaban sobre sus angustias. Ella era el maestro, yo el discípulo; ella el mensajero incomprendido e insultado de los Grandes Maestros, y yo el espíritu práctico que preparaba los planos, la mano derecha que ejecutaba los detalles prácticos. Según la clasificación inda, ella habría sido el preceptor brahmán y yo el kshattriya combatiente. Según la orden buddhista, ella el bikshu y yo el dyakya o laico activo. Es más doloroso de lo que puede expresarse volver a leer su correspondencia de Europa y ver cómo sufría por diversas causas, cómo se agitaba y se consumía, con harta frecuencia, por cosas imaginarias. Entre sus mayores dolores citaré: la defección de Subba Row, la publicación en el *Theosophist* por el subdirector (elegido por ella) de artículos que consideraba como contrarios a las enseñanzas trans-himalayas. La negativa de Subba Row a editar *La Doctrina Secreta,* en contra de su promesa original, a pesar de que ella la hizo copiar expresamente a máquina y se la mandó, lo cual le costó 80 libras. Su condena absoluta del libro; las querellas personales de varios colegas europeos, la guerra en Norteamérica entre el señor Judge y el doctor Coues. Las renovadas amenazas de persecución contra ella si regresaba a la India como nosotros le pedíamos. La falta de tiempo para escribir para una gran revista rusa, trabajo que le daba para vivir, y la consiguiente necesidad de estar dependiendo de la liberalidad de sus amigos de Londres. En fin, el descubrimiento de la negra traición de mujeres de Occidente a las que ella consideraba como sus amigas. Descubrió complots para expulsarnos, para sacarme de Adyar, poner otro en mi lugar y servirse de ella como centro de una nueva sociedad que se formaría en Europa. Sin cesar me advertía que estuviese alerta. Seguramente había latente algún proyecto de esta clase en ciertas mentes, pero no pudo ser nada de eso por dos razones: 1º Ella rechazó positivamente ponerse al frente de ninguna sociedad que no reconociese a Adyar como centro y cabeza; y 2º, yo no era hombre de permitir fácilmente que me quitaran de un puesto que debía cuidar,

encargado por los Maestros, y que ellos me habían pedido que conservase hasta el fin de mí vida.

H.P.B. me escribió pidiéndome que en nombre del "afecto verdadero, más que fraternal", que siente hacia mí, de "su fidelidad interior y no superficial" hacia mí como "colega, camarada y compañero suyo en la obra del Maestro", yo deshiciese la parte inda del complot. En otra carta me dice: "Os quiero más que nadie en el mundo, salvo el Maestro; mi amistad y cariño fraternal para vos son eternos, y si me creéis capaz de volverme contra vos, sin hablar de la Sociedad, entonces sois un.–" Esta palabra "eterna" tiene aquí un sentido más profundo de lo que a primera vista parece, como lo comprenderán los que han seguido hacia atrás nuestras relaciones mutuas en vidas pasadas (ambos hombres siempre). Baste decir que no es la primera vez que hemos estado asociados en el camino de la evolución de nuestras dos entidades. Un día, en su desesperación al descubrir la traición que estuvo a punto de costarle la amistad de uno de nuestros más capacitados colegas, escribió que eso venía a probar una vez más que ella y yo no debíamos poner nuestra confianza absoluta en tercera persona, fuese quien fuese, sino que a cada nueva infidelidad descubierta debíamos unimos más estrechamente el uno al otro.

Respondiendo a mi protesta por haber aceptado la dirección de la nueva revista proyectada *Lucifer,* al mismo tiempo que seguía siendo nominalmente directora del *Theosophist,* me aseguró muy seriamente que el recién venido no podría perjudicar a nuestra revista, sino que más bien la serviría de suplemento, y me mandó una nota firmada por los fundadores de la Sociedad de Publicaciones Teosóficas (inglesa), diciendo que aquel proyecto "emana de miembros de la London Lodge que desean ver activo a nuestro movimiento en Inglaterra, en Europa, y de un modo general, en Occidente" y difundir las enseñanzas que han recibido. Ella me escribió que para lanzar *Lucifer* y publicar *La Doctrina Secreta* se había fundado y registrado una Sociedad de Publicaciones Teosóficas con un capital suscrito de 1.500 libras. En cuanto a su regreso a la India, que no tenía valor para volver si Subba Row, a quien tanto había querido y respetado, habría de ser su enemigo. Y además, otros le informaron que si regresaba, el Gobierno la encarcelaría con cualquier pretexto. Esto era una cosa perfectamente absurda, pero ella no se daba cuenta de eso, porque sus informantes (no eran indos) habían sido muy categóricos. De suerte que allá estaba ella, esperando y deseando poder volver, como me escribía, al menos para morir en la India, pero no hallaba medio de arrancarse de sus compromisos de Londres, destrozada por pasiones contrarias, medio enloquecida por el tono de mis cartas, que a veces eran muy duras –porque por mi lado yo tenía más de lo necesario para hacer perder la cabeza a un hombre más nervioso– y sufriendo enfermedades mortales que hacían de su vida una carga. Pero con todo eso, como el fiel centinela de Pompeya, permanecía en su puesto para cumplir con su deber, empleaba numerosas horas escribiendo, se reconciliaba con enemigos, hacía

nuevos amigos entusiastas, y poco a poco vertía en los espíritus capaces de recibir las sublimes enseñanzas de las cuales era el canal ¡Ah!, mundo cruel, ¿cuándo tendrás otra Elena Petrovna para martirizar?

En aquel momento hizo mucho ruido la agitación interior en el seno de la London Lodge, donde dos facciones se habían formado bajo la influencia de algunos de nuestros miembros más influyentes. Un grupo enérgico, que compartía las ideas de los fundadores sobre la necesidad de una vigorosa propaganda pública, se reunía alrededor de H.P.B., mientras que lo que podría llamar el partido conservador se mantenía apartado. La inquietud mantenía a H.P.B. en un estado de excitación nerviosa que se refleja en sus cartas. Finalmente, un grupo de catorce de los miembros más nuevos se reunió para formar la Blavatsky Lodge, célebre más tarde en el mundo entero, y cuyo nombre fue elegido como una pública declaración de fidelidad hacia aquella cuyo nombre había sido manchado en el complot de los Coulomb-Misioneros. Ella me escribió desde Maycot, el 2 de mayo de 1887: "He aquí a catorce de nuestros mejores miembros, que han formado una nueva Logia, y que, a pesar de mis protestas, le han puesto el nombre de Blavatsky Lodge de la S. T." Más adelante escribió: "La Blavatsky Lodge (a la cual os ruego que remitáis una carta constitutiva, porque ya está anunciada en los diarios) se han reunido ayer noche, 7 de julio, en la hermosa *villa* de T."

Volvamos a Adyar, en donde al llegar encontré al señor Alejandro Fullerton que iba para servirme de secretario. Yo no lo había visto antes –en el cuerpo físico––, pero lo conocía como uno de los hombres mejores y más altruistas de la "Aryan Branch" de nuestra Sociedad. Nuestro crecimiento era tan rápido y el pequeño estado mayor del Cuartel General era tan reducido, al mismo tiempo que el deber me ordenaba imperiosamente pasar viajando la mayor parte del año, que no podía impedir que nuestra correspondencia extranjera se atrasara. Como toda la autoridad constitucional estaba centralizada en Adyar, se contaba, y con razón, con que los grupos afines alejados debían recibir enseñanzas de allí. Pero, en realidad, no sucedía así; aceptábamos miembros, recibíamos sus cotizaciones, les dábamos cartas constitutivas y diplomas, y después los dejábamos que se las entendieran ellos solos. Nuestra literatura era entonces muy pobre, nuestros conferenciantes viajeros poco numerosos; aún no había ninguna Annie Besant ni Lilian Edger para inflamar los corazones con ardoso celo y encantar los oídos con elocuentes discursos. Ante todo, yo necesitaba un secretario particular; mis compatriotas lo supieron por el señor Judge, y el señor A. Fullerton ofreció sus servicios gratuitos. Hacía seis días que estaba en Adyar cuando regresé de mi largo viaje por el Norte, y le hallé en un estado de ánimo de lo más desconsolador. Adyar, en lugar de procurarle, como a mí, el bienaventurado reposo, lo enloquecía con su calma monótona. Era como un mecánico de la marina, que no puede dormir cuando su máquina se detiene, y declaró que si permanecía un mes

más, no respondía de su razón. Esto me parecía singular, porque mientras mi querido colega sentíase desgraciado lejos del tumulto de las calles de Nueva York, yo no había sido nunca tan feliz como cuando, después de terminar mis largos viajes, volvía a encontrar la paz absoluta de Adyar. Pero, en fin, un hombre no puede sentir en lugar de otro, y es sabio obrar en consecuencia. El señor Fullerton permaneció conmigo hasta el día 13 y partió para Bombay, y tomó su vapor de regreso, después de nueve días de experimentar nuestro silencio y régimen espartano; era un ciudadano de Filadelfia, y dudo que ningún habitante de esa ciudad, donde se vive cómodamente y donde las casas están excepcionalmente bien puestas, pueda encontrarse satisfecho mucho tiempo en otra parte, por más que se esfuerce en parecer resignado. Yo mismo le alenté firmemente para que regresara a Nueva York y ayudase a Judge para que edificase nuestro movimiento americano, porque preveía la inutilidad de tratar de plegarlo a nuestra rutina inda. Temía molestas consecuencias y era un ayudante demasiado precioso para arriesgar perderlo. Ni a él ni a mí se nos ocurrió entonces, como a mi ahora, la idea de que se le había dejado ir hasta la India para entrar en contacto con nosotros, sumergirse en cierto modo en aquella todopoderosa aura de la India, para impregnarse con su influencia oculta y correr en seguida a su trabajo personal; porque después trabajó siempre por la Gran Idea con celo infatigable y fidelidad absoluta; aun cuando la mayor parte de aquellos que habían sido sus jefes nos dejaron para convertirse en nuestros enemigos, él fue “el fiel entre los fieles”, Seguramente, los caminos de los Invisibles son insondables.

La reunión hebdomadaria corriente del Consejo Ejecutivo se efectuó el domingo que siguió a mi llegada, y después de una sesión apacible, se disolvió sin disturbios, contra lo que algunos esperaban, porque las relaciones tirantes entre H.P.B. y dos de los miembros, ponían nerviosos a los más tímidos. Percibí en seguida la tensión, pero me dispuse a evitar el barullo. Como el señor Oakley declaró que *sabía* que la policía tenía órdenes particulares para vigilarnos y que nos espiaba estrechamente, cacé el asunto al vuelo y dije que al día siguiente iría a ver al comisario de policía y que lo traería a almorzar. Después de la sesión, no pude menos que reírme cuando un colega indo vino a ponerme las manos en los hombros diciendo: “¡Usted nos trae siempre la paz!”, y se puso a sollozar. “Qué buena idea, exclamé, voy a tomar como divisa mía: *Ubi sum sibi pax,* muy conveniente, según me parece, para un Presidente de la Sociedad Teosófica”.

Hice como lo había prometido: traje a almorzar dos días después al coronel Weldon, inspector general de policía, y casi a la fuerza le mostré todos nuestros libros, y también la lista de nuestros miembros. Me dijo que no tenía ninguna orden particular con respecto a nosotros, y que estaba bien convencido de que nuestra Sociedad no tenía ningún carácter político. Nadie sospechaba de nosotros, y lo que nos habían dicho no eran más que cuentos. Pero no me contenté con eso; desde

nuestra llegada a la India, ocho años antes, ni H.P.B. ni yo, excepto en Simla, nunca dejamos una tarjeta en casa de los gobernadores, ni solicitamos ningún favor. Ahora me parecía que tal vez fuera un error y que manteniéndonos apartados de los europeos habíamos dado a pie a rumores ridículos como el precedente. Era menester ir a casa del gobernador. De modo que poco después obtuve una audiencia de lord Connemara y pasé con él una hora de amistosa conversación sobre la Teosofía y nuestra Sociedad. Expresó el deseo de leer algunos de nuestros libros, y se los envié. Al otro día recibí una invitación para un baile en casa del gobernador, y después siempre figuré en la lista del gobierno, es decir, que estoy reconocido como respetable y recibo regularmente las invitaciones para todas las grandes recepciones. Para hacer notar mi presencia, me muestro en ellas siempre por lo menos una media hora, y así desapareció el último vestigio de molestia entre el gobierno de la India y nosotros.

Una de las cosas irreflexivas de H.P.B. fue que mientras ella seguía como directora oficial y co–propietaria del *Theosophist*, podía hallarse colocada en una posición muy molesta si su subdirector, durante uno de mis viajes, insertaba algún párrafo sedicioso. Toda la responsabilidad legal caerá sobre los hombros de ella, y si era acusada quedaría impedida de volver jamás a la India. Me pidió que pusiera mi nombre en la cubierta como director, e hiciese las declaraciones necesarias, lo cual hice el 1º de noviembre para dejarla tranquila.

El 24 de Noviembre salí para Bangalore con el pandit Bhashyâcharya, para cumplir compromisos de conferencias. El habló una vez en tamil y otra en telugu, y el 30 dió una conferencia de media hora en sánskrito; ésta fue especial para una asociación de pandits, pero con un numeroso auditorio de indos, que le oyó con la más profunda atención.

El 12 de diciembre, en una recepción del gobernador, encontré al hon. Jorge Curzon, hijo mayor del conde de Scarsdale, que hacía uno de sus grandes viajes por Oriente, y parecía interesarse mucho por nosotros y nuestras ideas. Vino al otro día para ver nuestra biblioteca y sostuvimos una larga conversación sobre temas teosóficos, al parecer con mutua satisfacción. Me formé una elevada opinión de su carácter y de sus capacidades, y hoy, que se halla de nuevo en la India, como virrey, sus discursos y actos han confirmado ampliamente mi primer juicio. Evidentemente, promete ser el mejor gobernador general, en todo concepto, que hasta el presente hayamos tenido. Cuando se anunció en Londres su nombramiento, le escribí una carta amistosa de felicitación, y tuve el placer de saber por su respuesta que él conservaba un agradable recuerdo de su visita y de nuestras discusiones. Soy de opinión de que durante el tiempo que vivo en la India –unos veinte años– no hemos tenido a nadie que pueda serle comparado. Sería un admirable teósofo; esperemos que esto sucederá cuando deje la política.

Los delegados a la Convención ya comenzaban a llegar, y pronto quedó en la casa ocupado todo el sitio disponible. Para nuestros amigos de Europa, es siempre una cosa pintoresca ver de noche a los delegados indos, que acampan en cualquier sitio. Cada uno trae su estera, su manta y su almohada, y elige un rincón en el suelo para dormir. A las diez todo el suelo está ocupado, las luces se han reducido al mínimum y los roncadores proporcionaban la orquesta. Recuerdo a dos o tres de aquellos tocadores de trombón, que merecían la copa del campeonato. A veces, trabajando en mi escritorio, en el piso alto del vasto edificio, oí tal ruido abajo, que creí hubiera discusiones y bajé para hacerlas cesar, pero no era sino que nuestros campeones, acostados de espaldas y con la boca muy abierta, se esforzaban todo lo que podían para turbar aquel silencio de Adyar que hacía tan desdichado al señor Fullerton!

Leadbeater y Dharmapala llegaron de Ceylán el 29, y la Convención transcurrió muy bien. Durante aquel año, habíamos publicado: 28 libros, folletos o diarios, aumentado el número de las Ramas en 25 unidades, y considerablemente el de nuestros miembros. El 31 de diciembre, deduciendo cuatro cartas constitutivas devueltas, teníamos 133 Ramas activas, distribuidas geográficamente así: India, 96; Birmania, 3; Ceylán, 8; Inglaterra, 2; Escocia, 1; Irlanda, 1; Francia, 1; Alemania, 1; Estados Unidos, 13 (7 nuevas); Grecia, 1; Holanda, 1; Rusia, 1; Indias occidentales, 2; Africa, 1; Australia, 1. Estas cifras demuestran cómo se había difundido nuestra influencia y cómo se extendía un poco por todas partes el número de los sembradores de ideas. En mi discurso presidencial dí un resumen histórico y explicaciones sobre la constitución original de la Sociedad y sus modificaciones sucesivas, para seguir su extensión desde un pequeño grupo en Nueva York hasta una sociedad que se ampliaba al mundo entero, y de la cual las Ramas se contaban por docenas y los miembros por millares. Citaré las últimas palabras:

"He aquí una sociedad sin dinero, sin patronos, viendo levantarse contra ella a todos los perjuicios sociales, y contando entre sus enemigos a todos los intereses establecidos. Una sociedad que no ha hecho llamamiento a ninguna fidelidad sectaria, que no ofrece a quienes desean ingresar ninguna ventaja material; al contrario, es una sociedad que hace profesión de consagrarse al estudio y la propagación de la filosofía, que se declara enemiga del vicio y censor de las indulgencias egoístas. Que enseña el más elevado ideal moral, afirma la unidad esencial de las religiones, y la supremacía necesaria de la verdad sobre todas ellas, y que sin embargo vemos extenderse en el corto espacio de diez años por una buena parte de la superficie terrestre y fundar 137 Ramas, de las cuales sólo cuatro se han extinguido, y esto ha sido hecho con hombres de todas las antiguas religiones del mundo como entusiastas adherentes. No nos corresponde a nosotros decir si la Sociedad ha sido llevada por una gran oleada de pensamiento levantada por el movimiento general de los viejos prejuicios, o si ha

sido ella por sí misma la fuerza que impulsó a dicha oleada, pero hay un hecho pleno de significado: que existe y que hoy constituye una fuerza social, con la perspectiva de una carrera larga y útil. Esto es debido –debe ser debido– a la amplitud de su programa y a su juiciosa política de tolerancia y benevolencia fraterna para con todos".

Ved que desde entonces han pasado doce años, y no obstante, la fuerza vital de la Sociedad no se ha visto agotada, la fuerza de nuestra corriente no se ha retardado, los desastres no nos han arruinado, las separaciones no nos debilitaron, y la fuente de la Sabiduría Antigua no se ha secado. Vamos, hermanos, unamos nuestras manos alrededor del globo, porque nuestra esperanza está en la unión, así como en nuestro poder de hacer el bien.

Ahora entramos en el año decimotercero de la Sociedad, y que se hallará tan bien cumplido como sus mayores. En Adyar, la situación se hacía cada vez más desagradable a causa de las dificultades entre H.P.B. y Subba Row, con cierto número de sus partidarios anglo–indos. Llegaron hasta amenazar con retirarse de la Sociedad y publicar una revista rival de la nuestra, si H.P.B. no los trataba mejor. En realidad, Subba Row y uno de sus amigos presentaron aquel año su dimisión, pero no tuve inquietud a propósito de la revista proyectada, porque las bases del éxito –la perseverancia en el esfuerzo, y el celo desinteresado por la Teosofía– no eran su lado fuerte.

Mi larga jira de 1887, tuvo para mí molestos efectos que me causaron un empobrecimiento de la sangre y una erupción de forúnculos, uno de los cuales, de mala índole, me tuvo enfermo algún tiempo. Pero nuestros buenos amigos, el general Morgan y su señora, me invitaron amablemente a que fuese a su casa de Ootacamund, lo que acepté, y en aquel mágico aire de la montaña, mi salud quedó pronto restablecida. Recuerdo con agradecimiento la bondad que me demostraron numerosos amigos europeos, que en aquel tiempo no eran sino simples conocidos, y siento no tener el derecho de publicar aquí sus nombres en testimonio de buen recuerdo. De toda la India me mandaron telegramas y los diarios indos publicaron párrafos de simpatía. Para colmo de alegría, tuve gota en un pie, lo cual no dejó de intrigarme, porque no era un mal hereditario en mi línea paterna. Pero en París, ocho años más tarde, la señora Mongruel me dio la clave del misterio, aconsejándome que me abstuviera de comer carne, que era la causa de mis sufrimientos. Seguí sus prescripciones, y todos los síntomas de la gota desaparecieron. Aquella enfermedad, por lo tanto, no era hereditaria, sino causada por el régimen, y desapareció cuando volví al vegetariano. Mis lectores que no hayan ensayado ese remedio, podrán aprovechar de la indicación.

Comenzaban a dejarse ver signos precursores de una tempestad en nuestros grupos europeos, traída o acrecentada por H.P.B., y Judge se quejaba de que le descuidábamos. En aquel momento, el

doctor Coues se agitaba mucho para adquirir la notoriedad que deseaba, y Judge luchaba contra él. Haré bien dando el texto de algunas cartas de Judge, en vista de su importancia con respecto a la secesión de junio de 1895.

Nueva York, 8 de junio de 1888.

"Suceden aquí ciertas cosas que han menester poner cuidado en ellas y obrar… Su maniobra (de Coues) es colocarse a la cabeza de alguna cosa grande y misteriosa, que sirve, según se pretende, de intermediario a las comunicaciones de los Mahâtmas (¡excusad la modestia!). De este modo quisiera en conjunto sustraer la S. T. de vuestra jurisdicción y hacerse el Gran Mogol en este país… *Sé que la intención de… es dejaros entera autoridad, y mi deseo es mantener la Sección Americana bajo la dependencia delConsejo General de las Indias*; vos sois el Presidente, Yo *jamás he tenido la intención deseparar, sino de unir,* y la forma de nuestra constitución lo demuestra claramente. Por eso aquí no se acepta ni se elige presidente… Os recomiendo que reunáis el Consejo, consideréis nuestra constitución, lo cual hubiera debido hacerse desde hace mucho tiempo, y decidáis que estamos afiliados y subordinados a la India, que estamos reconocidos como formando parte del Consejo General con el derecho de tener un secretario general desempeñando la función de intermediario (oficial) pero no un presidente anual, solo un presidente para cada Convención… Yo no puedo arreglar esto como es debido sin vuestra intervención".

"Lucho siempre para conservar vuestro nombre al frente, porque debéis ser nuestro jefe hasta vuestra muerte". (Carta del 21 de mayo de 1888).

Mientras viváis ambos, seria una locura querer ir contra el viento, los Maestros y la Federación". (Carta de junio de 1888).

¡Qué desgracia ser tan corta de vista y dejar tras sí semejantes pruebas, cuando se ha de emprender la edificación de un nuevo monumento, a base de mentiras, fraudes y traición, para alojar en él nuevos ídolos. No hay que asombrarse de que los secesionistas hayan tomado el partido de ignorar mi nombre y falsificar nuestra historia; tan sólo confesar mi existencia hubiera levantado muchas preguntas. ¡Vaya, pobre Judge!

Durante aquella estancia en Ootacamund, compré, siguiendo el consejo de la señora Morgan, el terreno en el cual hice construir, para que nos sirviera de retiro a H.P.B., a mí y a nuestros colaboradores europeos de Adyar, la casita conocida después con el nombre de Gulistán, "el jardín de las rosas". Ella, mi pobre amiga, no disfrutó jamás de ella, pero ha servido para mí y para otros, y sería difícil hallar un sanatorio más delicioso.

A petición mía, el señor Archer, pintor, hizo un experimento instructivo que vale la pena de ser

relatado. Discutíamos la teoría de la imagen mental a propósito del pintor místico irlandés Guillermo Blake, quien, según se dice, podía pintar un retrato después de una sola sesión de pose, porque tenía la facultad de ver interiormente a su modelo en la posición deseada y trabajar con el fantasma astral como con el cuerpo físico. El señor Archer dijo que jamás había hecho eso, pero que la ensayaría si yo quería posar un cuarto de hora. Me coloqué y él me miró fijamente, cerrando los ojos de tiempo en tiempo, para fijar mejor la imagen en su espíritu; después me despidió, rogándome que volviese al cabo de tres días. Cuando volví a su estudio, había bosquejado mi retrato, y nos interesó mucho a los dos ver que había retenido bien ciertos detalles de mis rasgos y perdido los otros. Era un experimento sugestivo e interesante. El señor Archer terminó el retrato, que ahora está en el Cuartel General de Londres.

Como mi salud se hallaba enteramente restablecida, salí de Ootacamund el 31 de mayo, y después de una corta jira, regresé a Adyar para sumergirme en mis trabajos corrientes, literarios u oficiales.

La última semana de junio, llegó una carta desagradable de H.P.B., indicando qué tempestad se preparaba en ella y a su alrededor; y cuyo examen dejaremos para el próximo capitulo.

CAPÍTULO LIX

FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD ESOTÉRICA

En el final del precedente capítulo, se ha visto que íbamos a examinar acontecimientos desagradables del año 1888, en los cuales H.P.B. era un factor importante. Si hubiera sido una mujer vulgar, oculta por el muro de la vida doméstica, se hubiera podido escribir la historia de este desarrollo del movimiento teosófico sin sacarla a escena; o bien, si amigos y enemigos no hubieran dicho de ella más que la verdad, yo hubiera podido abandonarla a su Karma, contentándome con mostrar la grandeza de su papel y la parte de elogio que le correspondía. Pero ha compartido la suerte común a todos los personajes descollantes en los asuntos humanos, ha sido absurdamente adulada y divinizada por un partido, y despiadadamente injuriada por el otro. Si su amigo y colega más íntimo, el co-fundador superviviente del movimiento no hubiera salido de la reserva que observó siempre, y que hubiese preferido observar, su verdadera personalidad no habría sido comprendida jamás por sus contemporáneos y no se hubiera hecho justicia a la real elevación de su carácter. Su grandeza desde el punto de vista del altruismo perfecto de sus servicios públicos, es innegable; en sus horas de exaltación su yo estaba inundado por el deseo de difundir el conocimiento y cumplir las órdenes de su Maestro. Jamás vendió por dinero su tesoro de ciencia oculta, ni cambió sus instrucciones por ventajas personales. No daba ninguna importancia a su vida comparándola con su obra, y la hubiera dado tan alegremente como cualquier mártir, en caso de presentarse ocasión de tal sacrificio. Traía esas tendencias y rasgos característicos, de las numerosas, reencarnaciones durante las cuales había estado ocupada (a veces conmigo) en una obra semejante, y eran los diferentes aspectos de su individualidad, noble, idealmente fiel, digna, no de un culto –porque ningún ser humano debería ser objeto de una servil adoración–, sino de inspirar el deseo de parecérsele. En cuanto a su personalidad, ya es otra cosa, era un fondo sobre el cual su luz interior sobresalía fuertemente. Por ejemplo, en el momento que nos ocupa, el aspecto que me presenta en sus cartas es en extremo desagradable: lenguaje violento, pasión desencadenada, desprecio y sátira apenas veladas por fórmulas amables, una tendencia a echar a volar las vagas formas constitutivas de la Sociedad y a gobernar todo o destruir todo según yo tomase el partido de ratificar o desautorizar sus actos arbitrarios y absolutamente anti-constitucionales. Desdenes para el Consejo y los consejeros que creía encontrar atravesados en su camino; críticas rudas y mordaces de algunos de sus colaboradores europeos, y en particular del que desempeñaba el principal papel en esta parte del movimiento, y cuyas iniciales ella ponía entre

paréntesis después de la palabra "Satán", y una adjuración para no dejar que nuestra obra común de tantos años se perdiera separándose en dos campos diferentes: una Sociedad Oriental y una Sociedad Occidental.

En suma, que escribía como una loca y en el tono de una mujer histérica ultra–excitada, batallando por su buena reputación contra los asaltos de los misioneros, los Coulomb y los Hodgson, y defendiendo su vida contra una cantidad de enfermedades que terminaron con ella tres años después. No obstante, por enferma de cuerpo y alocada de espíritu que estuviese, era para mí un factor poderoso que manejar, y ella me forzó a escoger la línea que tendría que seguir. El primer punto en su requisitoria contra mí (porque *more suo* de todo tenía yo la culpa) era haber decidido contra su favorito en un arbitraje que aquel año fallé en París, entre dos partidos enemigos de teósofos franceses. Me escribió: "No era un error, sino un crimen perpetrado contra la Teosofía (doblemente subrayado) con perfecto conocimiento de lo que es X. y por miedo de Y. Olcott, amigo mío, sois un –– pero no puedo ofenderos y deciros lo que sois. Si no lo *sentís vivamente* vos mismo, todo lo que yo pudiera decir sería inútil. En cuanto a P[30] os habéis puesto enteramente en sus manos y habéis sacrificado la Teosofía y el honor de la S. T. en Francia por temor a ese miserable hombrecillo…"

He ahí unas dulzuras alentadoras para un pobre diablo que luchaba con todas sus fuerzas para llevar con mano firme el timón de la nave, evitando los arrecifes y bancos funestas a tantas sociedades y doblemente peligrosos para los barcos cuyo pasaje lo constituyen chiflados. H.P.B. había incubado una nueva Sección, de la cual ella sería elegida presidente, alquiló una casa cómoda y preparó su muestra para escribir en ella "Cuartel General Europeo de la S. T.", o bien "Sociedad Teosófica de Occidente". Como dudaba de que podría agradarme ver todo el mecanismo de la Sociedad descompuesto por uno de sus caprichos, y recordaba por propia experiencia que cuanto más amenazaba más terco me ponía yo, me escribió: "Vaya, Olcott, es penoso, muy penoso para mí *de Vous mettre lemarché enmain,* como dicen los franceses, y forzaros a escoger. Vais a decir una vez más, que detestáis las amenazas y que estas no consiguen más que haceros irreductible. Pero esto no es una amenaza, es un *hecho consumado.* No tenéis más que ratificarlo u oponeros y declararme la guerra, a mí y a mis esoteristas. Si, reconociendo la necesidad absoluta de esta decisión, os sometéis a la evolución inexorable de las cosas, no habrá cambiado nada. Adyar y Europa quedarán aliadas, y, *en apariencia,* esta última parecerá sometida a la otra. Si no lo ratificáis, ¡pues bien!, habrá dos Sociedades Teosóficas, la antigua de la India y la nueva de Europa, *enteramente independientes una de otra".* ¡Era la elección de Obson! Después de eso agregaba: *"Estoy completamente tranquila* y he

[30] Que más tarde fue expulsado de la Sociedad.

reflexionado maduramente, vuestra entrega de una carta constitutiva a P., no ha hecho más que precipitar las cosas".

Este ultimatum sin réplica, asustó, como es natural, a los "dulces" indos del Consejo Ejecutivo y me obligó a volver a Europa en 1889. El arbitraje parisiense a que hacía una alusión más arriba, tuvo lugar durante mi jira por Europa en 1888, que duró del 26 de agosto al 22 de octubre, y se emprendió a petición del Consejo Ejecutivo, a quien el tono de las cartas de H.P.B. alarmaba sobre la estabilidad de nuestro movimiento en Occidente. En realidad, esa jira habría debido ser narrada antes de estas amenazas de ruptura, pero teniendo a la mano las cartas de H.P.B., y como esas molestias duraron dos años consecutivos, empecé por ellas.

El enredo parisiense principió por trastornos en la Rama "Isis", fundada por el lamentado Luis Dramard, y comenzó después de la muerte de éste. Un joven de sensibilidad extrema, llamado Gaboroau, que demostraba un excesivo entusiasmo por la Teosofía, pero pocas facultades ejecutivas, había llegado a ser el protegido de H.P.B.; gastaba en publicaciones teosóficas una pequeña fortuna que acababa de heredar, y trataba de conducir a la "Isis" en su camino difícil. Con esto se había metido en discusiones, en las que H.P.B. se declaró a su favor, preparándome bastante qué hilar al darle en su calidad verdadera de co-fundadora y falsa de representante mío *provisto de plenos poderes discrecionales,* una carta constitutiva de carácter casi ilimitado y sin precedentes, que le permitía hacer, en una palabra, todo lo que quería. Esto, como es natural, disgustó a varios de sus colegas más serios, hubo recriminaciones y apelaron a mí. Después que llegué a Londres, se mandó una circular a cada miembro inscrito en Francia, fijando el lugar y fecha de una reunión a efectuarse en París, y el 17 de septiembre se leyó ante la asamblea mi decisión formal. Como evidentemente era imposible reorganizar la Rama Isis, se expidió otra carta constitutiva a una nueva Rama "Hermes", y finado autor bien conocido, Arturo Arnould, fue electo presidente, el historiador Eugenio Nus y Jorge Caminade, de Angers, vice-presidente, Gerardo Encausse, secretario de correspondencia, y C. Dubourg y Julián Lejay, secretarios. Numerosos miembros se hicieron inscribir y la joven Rama comenzó su carrera. En este asunto obré según mi mejor criterio, después de haber oído lo que se podía decir y visto a todos los interesados; creo que fue lo mejor que pudo hacerse en aquellas circunstancias, aunque eso dejó a un lado al señor Gaboriau, quien con algunos de sus amigos me atacó vivamente y resultó de ello una batalla en regla entre H.P.B. y yo a mi regreso a Londres. Más arriba se ha visto la continuación en su procedimiento revolucionario de reorganización en Londres.

Durante esa jira de 1888, estuve en Londres, Liverpool, Cambridge, Glasgow, Paris y Bolonia. Hice en Londres dos Convenciones de las Ramas británicas, organicé la Sección Británica de la Sociedad Teosófica, a la que di su carta constitutiva, y di una orden en Consejo, formando una

Sección Esotérica de la cual la señora Blavatsky sería el jefe responsable. He aquí el texto:

Londres, octubre 9 de 1888.

Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica.

I. Por la presente queda organizada una sociedad destinada a servir los intereses esotéricos de la Sociedad Teosófica por medio de un estudio más profundo de la filosofía esotérica, y que será conocida con el nombre de "Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica".

II. La constitución y la entera dirección de esta sociedad, están exclusivamente en manos de la señora H. P. Blavatsky, que es su jefe. Ella es la única responsable delos resultados para los miembros, y la Sección no tiene ningún lazo oficial ni corporativo con la Sociedad exotérica, salvo en la persona de su Presidente-Fundador.

Las personas que desearen ingresar en esta Sección y que se hallen dispuestas a observar sus leyes, pueden dirigirse a la señora H. P. Blavatsky, 17 Landsdowne Road, Holland Park, Londres, W.

Firmado: H. S. Olcott.

Presidente, en Consejo.

Refrendado: H. P. Blavastky.

Secretario-Corresponsal. .

Tal fue el comienzo del movimiento de la E.E.T., hoy tan sumamente importante bajo la dirección de la señora Besant, elegida por H.P.B. como sucesor suyo. La razón que tuve para echar sobre H.P.B. toda la responsabilidad de los resultados, fue que ya había fracasado una primera vez en un ensayo de esta clase en Adyar, en 1884, cuando trató de fundar con Subba Row, Oakley, Damodar y otros, una clase secreta o grupo, cuyos miembros habrían de ser puestos en estrechas relaciones con los Maestros, pero no tuvo éxito. Y de ningún modo quería yo ser responsable del cumplimiento de algún compromiso especial que ella pudiera contraer con el nuevo grupo de discípulos que reunía a su alrededor, en el estado en que entonces se hallaba su mente. Le ayudé a escribir algunas de sus instrucciones e hice todo lo que me fue posible para facilitarle las cosas, pero eso fue todo. Cuando más adelante ví que los que ingresaban en la E. E. estaban satisfechos de lo que recibían, tomé posición más neta en este asunto, y ahora sólo puedo alabar la manera cómo el jefe actual de esta escuela conduce su ejército de estudiantes voluntarios. Pero, al mismo tiempo, no hay que olvidar nunca que la E. E. *no es* la S. T., y que sus reglamentos no obligan sino a quienes pertenecen a esa escuela especial, pues sería violar la constitución de la S. T. intervenir en sus derechos de juicio personal, y que el Presidente-Fundador está obligado a garantizar a cualquier

miembro que sea, su libertad de creencia y de palabra, a cualquier religión, raza o color que pertenezca.

Casi todas las personas que intervinieron en el pleito de París, eran dignas de censura, porque habían cedido a sus envidias personales, alterado los caracteres de la Sociedad, combatido por la supremacía injuriándose las unas a las otras verbalmente y por escrito. En un principio, traté de hacer reanudar la obra a todos los adversarios bajo la misma carta constitutiva, pero no habiendo tenido éxito, ofrecí dos cartas a los señores Gaboriau y Arnould, en las condiciones más liberales. Pero Gaboriau no podía o no quería formar una Rama sin los otros, y entonces no quedó más que una Rama: La Hermes. Se dirigió un voto de gracias oficial a la condesa de Adhemar, que había abierto sus salones a nuestras reuniones durante mi permanencia, e hizo todo lo que estaba en su poder para favorecer la reorganización de nuestro movimiento en la capital de la Francia.

Mi jira había realizado su objeto: H.P.B. quedaba apaciguada, nuestros asuntos de la Gran Bretaña estaban en orden, y la Sección Esotérica puesta en marcha, pero, como más arriba se ha visto, la calma no debía durar y tuve que hacer una segunda visita a Europa en 1889, después de mi regreso del Japón. Sin embargo, la batalla entre los dos era siempre superficial y sólo tocaba las cosas de administración y política; internamente, estábamos ambos ligados por una unidad de intenciones y de ideal, que la misma muerte no ha podido cortar. Para refutar las numerosas falsedades difundidas por terceros que deseaban alimentar los resentimientos entre nosotros, o hacer nacer la impresión de que la Sociedad estaba a punto de sufrir una división –opinión compartida por muchos, hasta en el seno del Consejo Ejecutivo, en vista de las cartas histéricas de H.P.B.– publicamos de común acuerdo la siguiente carta:

“A fin de disipar un error engendrado por pescadores de río revuelto, los abajo firmados, fundadores de la Sociedad Teosófica, declaramos que no existe entre nosotros ni rivalidad, ni querella, ni aún enfriamiento, y que jamás los ha habido. Y que nuestra común devoción a nuestros Maestros y a nuestra obra, cuya ejecución nos han hecho el honor de confiarnos, no se ha debilitado absolutamente. Por dispares que sean nuestros temperamentos y características mentales, y aunque a veces diferamos en nuestra manera de ver, relativamente a los métodos de propaganda, estamos no obstante absolutamente de acuerdo respecto a nuestra obra. Hoy estamos tan unidos en intención y celo como lo hemos estado desde el comienzo, y dispuestos a sacrificar todo, incluso la vida, por el adelanto de las ciencias teosóficas y para salvar a la humanidad de las miserias que nacen de la ignorancia”.

H. P. Blavatsky.

H. S. Olcott.

Londres, octubre de 1888.

Yendo de camino para Nápoles, donde había de embarcarme, me detuve en Bolonia para ver al conde Mattei, el inventor de la Electro-Homeopatía, y decidir si valdría la pena de que Tookaram Tatya la ensayase en nuestro Dispensario de caridad en Bombay. Hice esta gestión porque vi los resultados de la aplicación de una de las "electricidades" de Mattei en forma de loción, sobre la mano de un pobre diablo, que había sido terriblemente aplastada bajo una máquina; en una noche, el dolor quedó muy aliviado. El "mayor" Tucker del Ejército de Salvación, que tenía una fe absoluta en el sistema Mattei, era quien hacía el experimento. El señor Venturoli, hoy conde Venturoli Mattei, hijo adoptivo y heredero del inventor, me condujo amablemente a Rioli, estación de la línea a Florencia, y donde se halla Rochetta, el castillo pintoresco pero incómodo del conde Mattei, y pasé el día con él en discusiones interesantes. Era entonces un gigante, fuerte a pesar de sus ochenta y cuatro años; de una vehemencia extrema en sus ataques contra los médicos oficiales y sus remedios. En su alcoba –situada en una de las torrecillas, si no me falla la memoria–, había una graciosa caricatura de la medicina, pintada al fresco en los compartimentos de la bóveda. Estaba orgulloso con razón de las innumerables curas hechas por su electro-homeopatía, porque recogí de primera mano muchos hechos de ese género, para dudar de su eficacia. En cuanto a la parte eléctrica del asunto, es otra cosa. Mi opinión es que el verdadero nombre del sistema debería ser "medicina bañada de sol, o cromoterapia". Por otra parte, no tiene la menor importancia, salvo como secreto de fabricación, que el agente desconocido sea solar o vegetal; lo único que hace falta es que el remedio cure y que los sufrimientos humanos sean disminuidos.

Mi travesía de regreso resultó muy interesante, porque se manifestó en los pasajeros de las dos clases un gran deseo de conocer algo de la Teosofía, de la Sociedad Teosófica y de las Ciencias Ocultas en general. Entre los pasajeros estaba la graciosa estudiante de los temas místicos, condesa de Jersey, en quien hallé un conocimiento de los más agradables y nobles que yo haya podido hacer. Siguiendo su ejemplo, todo el salón de primera se interesó por la psicometría, la transmisión del pensamiento, la clarividencia, las líneas de la mano, la astrología y otros temas de la misma clase. Y se hicieron experimentos para comprobar la exactitud de las teorías. El cuarto día recibí una invitación escrita, de lord Jersey, sir Samuel Baker, el explorador africano, y otros notables pasajeros de primera,

para que diese, con permiso del comandante, una conferencia sobre la Teosofía, lo cual hice de buena gana; sir Samuel Baker propuso un voto de gracias con un corto discurso muy halagador y muy bien dicho. Tres días más tarde hubo una nueva petición, y hablé sobre el tema indicado: la psicometría. Esto provocó numerosos experimentos, yo mismo hice algunos instructivos. Una señora trajo de su camarote una media docena de cartas de personas que tenían caracteres muy diferentes, cada una encerrada en un sobre blanco, para que la persona que hacía la prueba no tuviese idea alguna sobre el sexo o carácter del autor de la carta, prudente precaución. La hice sentar en un sillón y pasé las cartas una después de otra, por encima de su cabeza, sobre su frente, y le pedí que las mantuviese allí respondiendo a mis preguntas. No debía reflexionar en la respuesta, sino decir de pronto lo primero que se les presentase a la mente. Yo le preguntaba: "¿Es un hombre o una mujer? Le ruego que conteste en seguida". Después: "¿Joven o viejo? ¿Grande o pequeño? ¿Grueso o delgado? ¿Franco o mentiroso? ¿Tiene usted confianza en él?" Y sin hacerle nunca una pregunta sugestiva, ni hacer nada que pudiese turbar el pensamiento espontáneo del sujeto. A primera vista, es perfectamente evidente que el examen más atento de un sobre en blanco–no siendo de una forma extraordinaria, y particular de una persona determinada– no revela nada sobre el sexo, edad, espíritu o carácter del que escribió la carta encerrada dentro. La primera señora que hizo la prueba resultó desprovista de facultad psicométrica; pero otra señora que ensayó después de ella, acertó cinco veces de siete, como lo probaron las cartas abiertas en seguida. Y el hermano de la primera señora, un oficial que se había mostrado muy irónico respecto a esa ciencia, descubrió con sorpresa que él podía practicarla. El ruido de aquellas sugestivas pruebas se extendió por el barco, y me pidieron una segunda conferencia sobre aquel descubrimiento del profesor Buchanan. Un muy conocido miembro del Parlamento dió un bosquejo muy correcto de los dos casos que le fueron sometidos para el examen psicométrico. El valor científico y práctico de la posesión de este sentido es evidente, ya que arma al qué de él está dotado de la sutil facultad de sentir la verdadera naturaleza y los motivos ocultos de cada persona que le escribe, o de aquellos con quienes habla, o que encuentra por el mundo, sea cual fuere la máscara de la escritura o de la figura del individuo. Y además, un psicómetra desarrollado debe ser bastante intuitivo, naturalmente, para descubrir las verdaderas intenciones de un escritor o de un conferenciante, a pesar de la posible torpeza de exposición. Esto pone inmediatamente en simpatía con la naturaleza superior, y al abrigo de las influencias de los sofismas de aquellos que desearen engañar o adular con malas intenciones.

El *Arcadia* desembarcó sus pasajeros el 10 de noviembre, y nuestros amigos de la Rama de Bombay nos recibieron calurosamente a mí y a mis compañeros, es decir, al señor Carlos Johnston y su señora, la baronesa Kroumess, los señores E. D. Fawcett y Ricardo Harte, todos ellos miembros de

la Sociedad. La señora de Johnston es la hija de la señora Jelihowska, la hermana de H.P.B.; se casó en casa de su tía en Londres, durante el verano de 1888, con el señor Johnston, el joven y brillante sanskritista del servicio civil de la India. Como su madre estaba en Rusia, yo la representé, así como al resto de la familia, ante el *registrar* que los casó civilmente. Su marido venía entonces a hacerse cargo de su servicio en Bengala. Todos ellos asistieron a la Convención aquel año, y fueron fotografiados en el grupo anual.

CAPÍTULO LX

INVITACION PARA VISITAR EL JAPÓN

Nuestros amigos, como todos los extranjeros, estaban muy asombrados por el aspecto pintoresco de la ciudad de Bombay, con su multitud coloreada, y encantados con la cordial recepción de los miembros de la Rama local, que hacían –como lo hacen siempre– todo lo que les es posible para recibir bien a los nuevos colegas. En ciertos aspectos, es una Rama modelo, que ha tenido la suerte de contar desde la fundación con miembros enérgicos, inteligentes y entusiastas. Cuando pienso en ese grupo, hallo extraño que mientras tuvimos en Bombay nuestro Cuartel General, la Rama permaneció casi completamente inerte. Yo hacía desesperadas tentativas para infundirle vida, pero sin éxito. Tal vez era debido a que los miembros se sentían tan cerca de sus fundadores, y que un pequeño paseo de media hora los llevaba hasta H.P.B., cuya conversación corriente era mucho más instructiva y estimulante que cualquier reunión incolora. Pero cuando nos instalamos en Adyar, la responsabilidad recayó por entero en Tookaram Tatya, Rustomji y dos o tres más, y la vida latente de la Rama se reveló de pronto. La dejamos en 1882, compuesta en su mayoría por indos, pero después de algún tiempo, se retiraron, y la mayoría preponderante en la Rama es parsi. Sin embargo, los mismos estudios absolutamente han sido continuados, y se ha enseñado idénticamente las mismas ideas teosóficas, de suerte que en el mundo entero no podría encontrarse un centro más profundamente teosófico que aquella Rama de Bombay.

Todos mis compañeros fueron a ver las grutas de Elefanta y las otras curiosidades de Bombay; el 12 de noviembre tuvimos una recepción pública bajo la presidencia del señor Schroff, y la bienvenida fue bastante calurosa para probarnos que el público estaba tan contento como siempre de vemos y oírnos. Los señores Johnston y Harte pronunciaron sendos discursos, y yo hablé de la "Lectura del pensamiento". Al otro día salimos para Madrás, y nuestros colegas de Poona y de Gouty nos esperaban en las estaciones para damos flores, frutas y deliciosa leche fresca. Llegamos a Adyar el 15, y los recién llegados se manifestaron encantados con la casa y los jardines, y sobre todo con la atmósfera familiar de la residencia. Siempre he tratado de dar a los miembros que llegan de visita la impresión de que no son invitados míos, ni de la Sociedad, ni de nadie, sino que son co-propietarios que vienen a su casa. H.P.B. y yo seguíamos siempre esa conducta, y he tratado de conservarla.

El Consejo Ejecutivo se reunió, como de costumbre, el domingo siguiente, y aprobó plenamente todo lo que yo había hecho en Europa. Se sucedieron algunos días tranquilos de trabajo y de

conversaciones agradables, pero no tardé en ver que algunos signos de disgusto ganaban en cierta medida algunas Ramas; era el resultado de las maniobras subterráneas de uno o dos disidentes enemigos de H.P.B. Esto pasó con el tiempo, pero en aquella Convención se hizo un esfuerzo desesperado para molestarme. La Rama de Bombay me envió el 30 de noviembre un voto recomendando que Subba Row, que había presentado su dimisión, fuese invitado a reingresar entre nosotros, pero en casos semejantes siempre me he negado a cercenar la dignidad de la Sociedad, fuese cual fuere la influencia del disidente. He tenido siempre la convicción de que la causa a la cual servimos es incomparablemente más grande que cualquier hombre o mujer que se entregue a la obra teosófica, y rogar yo a alguno que permaneciese entre nosotros contra su deseo, hubiera sido faltarme al respecto a mí mismo. Según mi opinión, nadie puede recibir mayor honor que tener la ocasión de ayudar a los Maestros en su plan benévolo de elevación de la humanidad contemporánea.

El señor Noguchi, representando al comité de patriotas japoneses que me había invitado a visitar su país en favor del Buddhismo, llegó el 3 de diciembre.

El mismo mes, en una reunión del Consejo, se aprobó un voto unánime de conversión del Consejo en Comité Consultivo, devolviéndome así los poderes ejecutivos absolutos que yo había consentido en dejar reducir en 1885 para satisfacer a quienes pensaban que valía más tener varios pilotos que uno solo. Esto no marchaba muy bien para continuar así, y todos mis colegas se sintieron muy contentos al quitarse para dejármela a mí, la responsabilidad que les pesaba. Para mí era lo mismo, porque aun durante aquel tiempo yo había tenido que hacer casi todo el trabajo, y las sesiones del Consejo se hacían cada vez más cuestión de forma, como todos los consejos cuando hay un jefe con quien se puede contar para llevar el timón y orientar las velas cuando los vientos son contrarios.

Los delegados a la Convención comenzaron a llegar el 24 de diciembre. El día de Navidad, recibí un telegrama muy ridículo de H.P.B., amenazando con presentar toda la dimisión de la Blavatsky Lodge, si Oakley volvía a la Sociedad. Esto demuestra bien en qué estado de sobreexcitación nerviosa la había puesto el asunto de Subba Row. Con tanta frecuencia se servía en sus cartas del nombre de la Blavatsky Lodge, y de algunos de sus miembros, como que me condenaban absolutamente y tomaban partido por ella sin reservas que terminó por ser fastidioso. Considerando nuestras relaciones personales, la identidad de nuestras edades y de nuestras relaciones conjuntas con nuestro Gurú, me parecía ridículo que ella se imaginara que los pronunciamientos de un grupo de jóvenes colegas habría de influenciarme y hacerme obrar en cuestiones de administración, contra mi propio juicio. Por fin, le escribí diciéndole que si continuaba enviándome consejos o protestas de ese origen, dejaría de leer sus cartas y de contestarlas; era menester que nuestros asuntos fuesen resueltos entre nosotros,

sin intervención de terceros. En su respuesta a esto, ella admitió la justicia de mis argumentos y dejaron de llegar a mí aquellos documentos exasperantes.

Ese año no hubo muchos delegados a la Convención, parte por causa de la reunión del Congreso Político de Allahabad, y parte por los disentimientos pasajeros en la Rama de Bombay. Tookaram Tatya y los otros miembros influyentes no concurrieron, pero todo salió bien.

Según mí costumbre de dejar a mis colegas que ensayasen todos los experimentos que les parecían ser provechosos para los intereses de la Sociedad, cedí a su deseo de ver cuál sería el efecto de una total supresión de las cuotas de ingreso y contribuciones anuales, y contar con los donativos voluntarios para asegurar las finanzas de la Sociedad. Personalmente, no tenía fe en la innovación, aunque le diese mi asentimiento oficial, porque nuestras tarifas eran tan modestas, que no parecía que quienes no quisieran pagarlas pudieran tener una real simpatía por nuestro movimiento, y esto nos obligaría a depender por entero de nuestros miembros más generosos, para hacer marchar a la Sociedad. Pero la Convención votó el cambio, a moción de los representantes de las Secciones americana e inglesa; accedí y publiqué las necesarias notas oficiales para preparar el camino.

Su primer efecto fue levantar protestas furiosas en las Secciones occidentales; H.P.B. me escribió una carta violenta, acusándome de hacer tergiversaciones, y comunicándome generosamente lo que fulano y mengano, amigos y colegas suyos, decían de mí inconsecuencia, después de haber justamente rehusado reorganizar la Sección Británica, dándole el derecho de percibir ella misma las cuotas de ingreso y anualidades ordinarias. En cuanto a Judge y su partido, levantaban el estandarte de la rebelión y rehusaban someterse al nuevo orden de cosas. Yo, más bien me sentía divertido en mi interior al ver la ensalada que hicieran tantos empeñados en meterse en lo que no les incumbía, y me sentía dispuesto a proveerles de la cuerda para ahorcarse.

El experimento no duró mucho tiempo, y se volvió al antiguo método, como se verá más adelante.

Otro trabajo importante de la Convención de 1888, fue la adopción del plan de reorganización de la Sociedad en Secciones autónomas; yo había comenzado por dar una carta constitutiva a la Sección Americana en 1886, y más tarde otra a la Sección Británica. El éxito en América fue tan grande, que después de dos años de ensayos prácticos parecía justo extender el método a todos nuestros demás campos de actividad. Este plan era admirable en todos sus aspectos; la autonomía local implicaba la responsabilidad local, la propaganda local, y obligaba a grandes esfuerzos personales. La creación de Secciones reducía a un mínimo aquella cantidad de menudos detalles que hasta entonces me habían hecho perder tanto tiempo; y la Sociedad, de ser casi una autocracia, se convertía en una federación constitucional, de la cual cada estado, independiente en cuanto a sus

asuntos personales, permanecía responsable ante el conjunto para el leal sostén del movimiento y de su ideal. Los centros federales unían el conjunto como los haces del lictor, formando un todo imposible de romper. Con este método, la formación de una nueva Sección añade poco trabajo al del Cuartel General de Adyar, pero aumenta considerablemente la fuerza colectiva de la Sociedad y los cimientos del edificio se hacen más y más fuertes con cada piedra cimentada en su masa.

En mi informe a la Convención de 1888, respecto al voto del Consejo declarando que deseaba volver a ser sencillamente consultivo, hice la siguiente declaración:

"Mis ofertas de dimisión han sido rechazadas por unanimidad en una votación de la Convención de 1885, y se me dijo que yo debería servir a la Sociedad durante toda mi vida. He sacrificado mis inclinaciones a mi sentido del deber y ha llegado el momento de declarar distintamente y sin equívocos que, puesto que debo seguir siendo responsable del adelanto de nuestra obra, no consentiré más ninguna disposición que me estorbe en el cumplimiento de mis deberes oficiales. Me debo primeramente a esos personajes invisibles pero reales, que conozco personalmente y que recientemente he visto y a quienes he hablado, que me han enseñado el camino del conocimiento y me han hecho ver dónde estaba mi papel. En seguida a mí colega, hermana, amiga y maestro, que conmigo y algunos otros ha fundado esta Sociedad, a la cual ha consagrado sus esfuerzos durante los trece últimos años, sin esperanza de recompensa ni ganancia material. Y finalmente a mis millares de co-asociados de todas las partes del mundo, que cuentan con mi firmeza y medidas prácticas, para hacer adelantar la Sociedad en su camino escogido de utilidad". En suma, si yo debía continuar siendo responsable, habría de llevar las cosas como mi experiencia de los asuntos públicos me lo indicase y "continuar sometido al Maestro que ambos conocíamos personalmente, fiel inviolablemente a la colega que todos conocíamos, pero a la que pocos apreciaban en su verdadero valor. Es mi última palabra sobre este asunto, pero al expresarla no entiendo dar a creer que no seguiré mi propio juicio independientemente del de la señora Blavatsky en todos los casos que exigen mi acción personal, ni que no estaré siempre pronto y muy dispuesto a recibir para aprovecharlos, los consejos de toda persona sincera que se ocupe de corazón de los intereses de la Sociedad. No puedo contentar a todo el mundo; pretenderlo sería locura; el que es prudente cumple su deber tal como lo ve ante él".

Mi viaje al Japón fue uno de los más importantes acontecimientos de la historia de la Sociedad, y como ya vamos a llegar a él y a ver los asombrosos resultados de esa jira, será conveniente dar algunos extractos de las declaraciones del señor Noguchi –el delegado especial que me enviaron para persuadirme de que hiciera aquel viaje y para escoltarme– sobre el estado religioso del Japón en aquella época y su llamamiento fraternal a la simpatía del público indo, los cuales conmovieron

profundamente a los concurrentes de nuestra sesión aniversario, en el Pacheappa Hall de Madrás.

Después de haber dicho que, a pesar del alejamiento, el Japón se hallaba aproximado a la India por "una cadena de oro: ese lazo es nuestro común interés en un gran movimiento de renacimiento religioso", explicó en qué estado se hallaba el Japón desde el punto de vista religioso y lo comparó al de la India antes de la llegada de los teósofos. "Desde hace diez años os ayudan a comprender, y os alientan a que améis, respetéis y defendáis vuestra religión contra enemigos sin escrúpulos. La encontraron inerte y desesperados a sus fieles, le han devuelto la vida y también devolvieron el valor a vuestros corazones. Casi teníais vergüenza de confesar que érais indoístas, pero ahora estáis orgullosos de ese nombre; sabéis, habiendo aprendido todas las verdades que encierra vuestra religión, cuáles son vuestros deberes para con vuestros hijos para hacérsela comprender y colocarlos en estado de poder reducir al silencio a los mentirosos que la atacan. Nosotros, los buddhistas japoneses, os pedimos que nos prestéis a este hacedor de milagros sociales, a este defensor de la religión, a este maestro de tolerancia, durante un corto espacio de tiempo, a fin de que haga por la religión de mi país lo que él y sus colegas han hecho por la religión de la India. Rogamos al coronel Olcott que venga para ayudarnos, para reavivar las esperanzas de nuestros ancianos, dar valor a los jóvenes y probar a los estudiantes de nuestras universidades y a los que han sido enviados a estudiar en América y Europa, que la ciencia occidental no es infalible, y que no es la reemplazante sino la hermana natural de la religión. Es buddhista desde hace varios años; ayudó a los buddhistas de Ceylán para que efectuaran mejoras tan maravillosas que no podrían creerse sin ir a la isla y hablar allí con los sacerdotes y los fieles... He sido enviado aquí por un importante comité nacional para pedir al coronel Olcott, nuestro hermano americano, que vaya a darnos el alimento religioso. ¿Queréis prestárnoslo para cumplir esa obra meritoria?".

Sigue a esto un cuadro sucinto del número y doctrinas de las principales sectas del Japón, y del estado de desmoralización del clero, después de lo cual Noguchi terminó así: "Pero hay allí honrosas excepciones entre los sacerdotes, algunos trabajan sinceramente por el Buddhismo, aunque son pocos. ¿Dónde está la doctrina superior? La doctrina está allí, pero sus fuerzas vitales se hallan muy reducidas. El antiguo Japón ya no existe, la antigua grandeza y prosperidad del Buddhismo ya no están más visibles. ¿Qué haremos? ¿Qué debemos emprender para reformar a los buddhistas y devolver la vida al Buddhismo? ¿Cómo quitaremos la patina acumulada sobre el edificio de oro del Buddhismo, para que haga palidecer el esplendor del nuevo monumento de cobre que se trata de erigir?". Enumerando las reformas necesarias, agregó: "Nos es preciso obtener el apoyo desinteresado del coronel Olcott, fundador de la Sociedad Teosófica y reformador de las religiones. Hemos oído hablar de este hombre honrado y estimado, y del bien que su Sociedad hace al Buddhismo en Ceylán

y otras partes. Todos los buddhistas japoneses esperan hoy su visita y le han llamado Jamakasha, el bodhisat del siglo diez y nueve". A continuación enumeró los nombres de los sacerdotes influyentes que le enviaban, dió las. gracias a los indos por su hospitalidad e hizo un llamamiento a la unión de todos los buddhistas.

Noguchi hablaba en su propia lengua, pero se leyó una traducción inglesa, de la cual extraje lo que antecede.

La profunda seriedad de la alocución de Noguchi pareció hacer resonar en el corazón de los indos una cuerda simpática, y obtuvo los mejores votos de todos los presentes. Entonces yo no conocía familiarmente su país como ahora, pero lo amaba instintivamente con todo mi corazón, como amo a todos los pueblos orientales, y al aceptar su invitación, yo sentía que con amor y sinceridad se pueden abrir todas las puertas que conducen al corazón de un pueblo. Yo sabía por propia experiencia de la India, Ceylán y Birmania, que la educación moderna no hace más que cubrir con un barniz al hombre exterior, y mientras tanto el hombre interior permanece tal como lo hicieran la herencia y el Karma. Ví también que hasta una débil voz de hombre podría despertar el adormecido sentimiento religioso, al menos en los hombres más serios de aquel pueblo, y provocar su regreso del resbaladizo sendero de los deseos inmoderados y las ambiciones personales, para llevarlos de nuevo al hermoso y ancho camino trazado por el Buddha y seguido por sus antepasados desde hace trece siglos. No sería yo, sino el poder del Buddha Dharma, el que se erguiría contra las fuerzas de la irreligión y la rebelión contra la moral.

Cuando volvíamos en coche, Noguchi me expresó su asombro de que una concurrencia tan enorme lo hubiera escuchado con tanta cortesía y silencio, y me dijo que era menester que yo no esperase nada semejante de los auditorios japoneses, que tenían la costumbre de interrumpir a los oradores con protestas y comentarios, haciendo a veces bastante ruido. Le dije que no se inquietase por eso, porque nunca me había sucedido sufrir una interrupción al hablar, tal vez porque hacía pensar tanto a mis oyentes que su mente no tenía tiempo para distraerse. El resultado, como se verá más adelante, me dió la razón, porque sería imposible concebir una recepción más cortés que la que se me hizo en el Japón.

El último día del año escribí en mi diario: "Así termina el año 1888, que ha estado lleno de asuntos desagradables, pruebas y obstáculos, siendo, sin embargo, próspero en el conjunto. Las dimisiones de Subba Row, de Oakley y otros, han traído molestas consecuencias, como el mal humor y casi rebelión de Tookaram Tatya, inducido al error por las maquinaciones de X. Las previsiones para 1889 son bastante mejores; nos hemos desembarazado de cierto individuo pestilencial que nos

hacía todas las ruindades posibles.

CAPÍTULO LXI

LLEGADA AL JAPON

Como mi salida para el Japón se fijó para el día 10 de enero, tenía bastante trabajo para hacer publicar mi informe anual y poner todas las cosas en orden durante los pocos días que me quedaban. Dharmapala, que se hallaba decidido a acompañarme, salió el 1º para Colombo, a fin de hacer sus preparativos, y yo me embarqué con Noguchi el día fijado. La travesía fue tranquila y agradable, y una multitud de amigos buddhistas me aguardaban a la llegada.

Las reuniones públicas, las recepciones y las visitas, una gran cena ofrecida por la Rama de Colombo y una conferencia o dos, llenaron suficientemente mi tiempo y me hicieron acostar cada noche fatigado y cayéndome de sueño. El 17 por la noche, recibimos la más conmovedora despedida en una numerosa reunión en la cual el gran sacerdote pronunció un discurso sobre Bana. Hacía un calor sofocante en el salón repleto, y desbordaba el entusiasmo. El discurso de Sumangala Thero fue muy elocuente y lleno de bondad, indicando la magnitud de la tarea que yo había emprendido, y me entregó una carta de presentación, en sánskrito, para los principales sacerdotes del Buddhismo japonés, asegurándoles que podían contar con la entera simpatía y la buena voluntad de sus correligionarios de la Iglesia del Sud. En su discurso, recordó la historia del monje buddhista Puna, que al partir en misión de propaganda por el extranjero, fue interrogado por el Buddha sobre la conducta que pensaba seguir en caso de que fuese insultado, rechazado, lapidado, perseguido o matado, o si se negaban a escucharle. Se declaró dispuesto a sufrir todo, soportar lo que fuese, y a perder la vida si era necesario, por difundir el Dharma en las naciones extranjeras que todavía no disfrutaban del inestimable privilegio de haberle oído predicar. Me aplicó esta lección y exhortó a los cingaleses para que probasen su fidelidad con actos de renunciación. Para terminar dijo: “Es el único hombre que puede emprender con éxito esta misión en favor del Buddhismo. Es, por lo tanto, una suerte que nuestros hermanos japoneses hayan oído de él y del gran bien que ha hecho a nuestra religión, y lo hayan mandado buscar para ayudarlos a ellos también”. Después de saludar a Dharmapala y decir que “es digno de compartir el honor de esta obra y será el primer cingalés que pondrá el pie en el suelo del Japón (lo cual era un error, pues encontré allá un comerciante de Ceylán), agregó: “Invoco sobre sus cabezas las bendiciones de los devas y os ruego a todos que los sigáis con vuestros más sinceros votos”. (Extracto del informe de C. W. Leadbeater en el *Theosophist* de febrero de 1889). Cuando por fin salimos del salón para dirigimos al vapor, y nos encontramos en

la calle alumbrada por la luna, de todas partes se oyeron las aclamaciones de *¡sadhu.! !sadhu!,* y los corazones de Noguchi y de Dharmapala se sintieron henchidos como el mío de valor y esperanza para afrontar las dificultades que nos aguardaban. Mas si se compara esto con los esplendores de la recepción en la corte de Roma a la embajada japonesa de 1854, cuán modestas y poco notables eran las condiciones de nuestra partida: sólo un maestro de escuela japonés, representante de una pequeña comisión de entusiastas, jóvenes en su mayoría, que viene a tomarme de la mano y a conducirme al Japón, no para establecer allá el Cristianismo sino para revivificar el Buddhismo. Sin embargo, por lo que sigue se verá qué grandes resultados pueden ser obtenidos por medios insignificantes.

Me he vuelto tan supersticioso con respecto a la asociación de los números 7, 17 y 27 con los acontecimientos más importantes para nuestra Sociedad, que confieso haber hallado de buen augurio para nuestra jira embarcarnos en el *Djemmah* el 17 del mes.

Era mi primer viaje largo a bordo de un barco francés y quedé encantado del trato de a bordo. Viajando en segunda clase, como lo hacía casi siempre por motivos de economía, ví que estábamos en un pie de igualdad con los pasajeros de la primera clase y que no se nos trataba como parias según sucedía en los barcos ingleses. La comida era la misma salvo que había un número menor de entradas y la supresión de una comida a mediodía después del almuerzo de las diez. Los oficiales eran corteses, respetuosos los criados y cuidadosos como los de una buena casa, y la sala de los equipajes era accesible todos los días a ciertas horas por una corta escalera. Llegamos a Singapur al sexto día, y algunos cingaleses que se habían establecido allí vinieron a vernos, y al día siguiente formamos una Rama local con veinte miembros. Salimos el mismo día, y nos vimos en Saigón, la coqueta y pequeña ciudad del Cambodge, el día 27, que era domingo. Como Pondichery, Chandernagor y todas las demás colonias francesas, Saigón tiene marcado aire nacional. Hay cafés, mesas de mármol en las aceras, chapas azules en las esquinas de las calles, tiendas que recuerdan al Palais-Royal, un teatro subvencionado por el gobierno, militares que se pasean de uniforme, paisanos con cintitas en el ojal, y otros signos exteriores de ocupación gala. Aquella noche se representaba *Romeo y Julieta* y todos los pasajeros acudieron. El teatro hubiera

asombrado a los franceses caseros, porque se levantaba en un gran jardín y se abría a todas las brisas por arcos en los lados, y tenía anchas galerías abiertas, para pasearse en los entreactos. Era un modo agradable de romper la monotonía de un largo viaje por mar. El jardín zoológico de Saigón es muy bonito, y en aquel momento poseía una espléndida colección de pájaros de toda clase, que era tan hermosa como cualquiera de las que he visto. Poco faltó para que me dejara eternos recuerdos, porque a un enorme flamenco rosa se le ocurrió perseguirme, y hubiera tenido que sufrir su sólido pico si no hubieran distraído su atención en el momento crítico.

El 28 partimos para Hong–Kong, y el invierno comenzó a darnos alcance en el camino; el pobre Dharmapala tiritaba y sufría con el viento helado. Hong–Kong estaba en pleno festejo por ser día de año nuevo chino (1º de febrero), y su aspecto nos interesó mucho. Los hombres y las mujeres vestidos de gala, con sus niños de caras raras de luna llena, con las mejillas pintadas y la cabeza afeitada, las calles llenas de jinrikshas, de palanquines y de extrañas carretas; en medio del estallido de cohetes, de comerciantes que vendían corriendo toda clase de alimentos; llevando su hornillo colgando de una pértiga que llevan al hombro, y otras muchas cosas raras que se veían.

Al otro día salíamos para Sanghai y entramos en seguida en una corriente de aire frío que nos hizo refugiar alrededor de la estufa, y me hizo ver lo que la permanencia en el trópico hace de las constituciones occidentales. Dharmapala comenzó a sufrir de dolores reumáticos en los pies y las piernas y a desear hallarse en su cálido Ceylán. El vapor ancló en Woosung, que sirve de puerto a Sanghai, que está situado más arriba sobre el río; nos asaltó una tempestad de nieve, lo que nos dió tan pocas ganas de bajar a tierra, que permanecimos en el barco, dejando a los otros pasajeros que remontasen el río en el vapor de la compañía. El 6 salimos para Kobé (Japón) con un hermoso día, claro y asoleado; el sol estaba bastante agradable, pero uno se helaba a la sombra. El 27 a mediodía entramos en la atmósfera más sólida de la Corriente Negra que atraviesa el océano hasta el Japón y modifica la temperatura del aire y del agua. En la costa de Corea se dejó ver una isla encantadora con montañas nevadas, y el día 28 navegábamos en el mar interior del Japón, rodeados de panoramas maravillosos que lo han hecho célebre. A veces, me parecía navegar por el río Hudson o el lago George.

El 9 de febrero por la mañana estábamos en Kobé, y antes de que me hubiese arreglado, algunos miembros del comité de invitación bajaron a mi camarote para manifestarme su alegría por recibirme en su país. En el muelle, alineados en una sola fila, se hallaban sacerdotes buddhistas de todas las sectas, que me saludaron con esa cortesía exquisita por la cual es reputada su nación. Naturalmente, la primera cosa que habría de chocar a un hombre habituado al traje y aspecto de los monjes del Sud, era el contraste absoluto de los trajes de los monjes japoneses. En lugar del manto amarillo, de la cabeza descubierta, los brazos, piernas y pies desnudos, les veíamos envueltos en trajes voluminosos con grandes mangas colgantes, casi todos con la cabeza cubierta, y los pies en calcetines con el pulgar independiente, calzados con sandalias o zuecos. Usan ropas interiores y exteriores, con frecuencia varias una sobre otra, y en invierno todo eso está acolchado para preservarse del frío extremo; unos las usan de seda, otros de algodón. En ciertas partes del Japón, la nieve se junta hasta una altura de ocho pies, y en algunas montañas no se derrite nunca. Por tanto, es evidente que las vestiduras flotantes de algodón, usadas en Ceylán, la India y Birmania, no convendrían en los países del Norte

en los cuales florece el Buddhismo.

Nos hicieron subir a cada uno en un cochecito *(jinrikisha)* arrastrado por un hombre, y todos en fila india, nos trasladamos al templo más antiguo de la secta Ten-Dai, donde solemnemente me dieron la bienvenida, y yo respondí como era consiguiente. Esa noche di una recepción que se convirtió en conferencia. Por la tarde había ido al consulado norteamericano a fin de sacar para Kyoto mi pasaporte, sin el cual no hubiera podido viajar según las leyes de entonces. El venerable gran sacerdote de aquel templo me trató con la mayor urbanidad, y me aseguró que la nación entera me esperaba para ver y oír al defensor del Buddhismo. Después de una segunda conferencia, salimos al día siguiente para Kyoto por ferrocarril, y en la estación me aguardaba una multitud de simpatizantes, así como en la calle. Formando un cortejo, nos condujeron al hotel, y después de reposar un poco y de tomar algunos refrescos, nos llevaron al gran templo de Chion-in de la secta Jodo, donde recibí visitas en la sala de la emperatriz hasta el anochecer. Era magnífico el cuadro que formaban los biombos de lacas preciosas, los kakemonos pintados, bronces y pinturas en seda. Esta sala está destinada a la emperatriz cuando viene al templo. Se dejó que yo la usara para diversas recepciones durante mi permanencia en la antigua capital.

Después de cenar, me fuí a pasear, como buen americano, con un intérprete, e hice conocimiento con los encantos de aquellos cochecillos, vehículos excelentes a condición de que el hombre que tira de ellos se tenga de pie y no esté ebrio. Pero el mío lo estaba, y de pronto se desplomó, de suerte que me vi proyectado al aire por encima de su persona. Felizmente para él, yo tenía las piernas firmes y me hallé de pie, con uno a cada lado de su cabeza, y sin otro contratiempo. Después de un pequeño paseo por la calle de los teatros, y una detención para ver unos pájaros que hacían toda suerte de habilidades, me sentí encantado de meterme en la cama temprano, porque estaba bastante fatigado. El pobre Dharmapala tenía dolores en el pie y sufría cruelmente.

Al otro día fui invitado a una imponente ceremonia en el templo de Chion–in, en la cual tomaban parte alrededor de seiscientos sacerdotes. Era para conmemorar la promulgación voluntaria de la constitución por el emperador actual, gesto que acertadamente se ha calificado de magnánimo y sin precedente. El soberano indiscutiblemente más autocrático del mundo entero, profundamente preocupado por el bien de su país y de su pueblo, le otorgó el privilegio de un gobierno constitucional, sin ser forzado como el rey Juan de Inglaterra lo fue por sus barones, sino por propia iniciativa, y porque amaba a su pueblo con todo su corazón. Las ceremonias del templo comprendían la salmodia de centenares de versículos; ritmados por golpes sordos de tam–tams, que producían vibraciones de un carácter hipnótico muy marcado. A petición del gran sacerdote, me coloqué ante el altar, frente a la estatua del Buddha, para recitar el *Pancha Sila* en pali, como se hace en Ceylán. El

interés fue tan grande, que nadie se movió hasta que terminé. Para un ciudadano americano, era una experiencia única verse allí donde jamás un hombre de su raza había estado antes que él, en presencia de aquellos centenares de sacerdotes y millares de laicos, entonando las sencillas sentencias que resumen las obligaciones de todos los buddhistas practicantes de la Iglesia del Sud.

No podía impedirme a mí mismo sonreír interiormente al pensar en el horror que hubieran sentido mis antepasados, puritanos del siglo diez y siete, si hubiesen podido prever este día nefasto! Estoy seguro de que si yo hubiera nacido entre ellos en Boston o en Hartford, habría sido ahorcado por herejía en el árbol que estuviese más a mano en su naciente colonia. Y soy muy feliz de creerlo así.

Según el histórico libro del *Nihongi,* los primeros libros y las primeras estatuas buddhistas fueron introducidas al Japón por Corea, en el año 552 de nuestra era, pero la religión no se hizo popular en seguida. En el comienzo del siglo nueve, el sacerdote Kukai, más conocido por su nombre póstumo de Kobo Daishi, formó, mezclando el Buddhismo, el Shinto y las doctrinas de Confucio, un sistema llamado Ryobru Shinto, cuyo carácter más saliente es considerar a las divinidades del Shinto como transmigraciones de divinidades búddhicas. El Buddhismo, presentado de tal modo, obtuvo pronto la supremacía y llegó a ser la religión de la nación entera. Los diversos emperadores hicieron grandes donativos a los monasterios y templos, pero éstos fueron rescatados después de la revolución de 1868, y el Buddhismo ha dejado de ser religión del Estado desde el 1º de enero de 1874. Ciertos templos reciben todavía subvenciones acordadas por el Gobierno, pero es porque los monjes están encargados de cuidar las tumbas de los antiguos soberanos; los otros, que si no me equivoco, son unos 70.000, están sostenidos por la caridad de los fieles.

El 12 de febrero fuí a presentar mis respetos al gran sacerdote de la secta Shingon, que es llamada la secta esotérica del Japón. Mantuve con él una larga e interesante conversación, de la cual resultó que teníamos muchas ideas comunes. Aquel sabio prelado me demostró mucha benevolencia y me prometió una buena acogida por parte de todos los de su secta. A las dos, pronuncié un discurso en el vasto salón de predicación de Chion-in, ante unas 2.000 personas. El señor Kinza Hirai traducía, y mis palabras sobre el estado del Buddhismo fueron recibidas con atronadores aplausos. Al siguiente día fuí recibido solemnemente en el gran templo del Hongwanji occidental, una de las dos divisiones de la secta Shin-shu. El templo estaba adornado con la bandera nacional, y en mi honor habían puesto la bandera buddhista inventada por los buddhistas cingaleses de la S. T. En todo el Japón se me hizo esta encantadora cortesía y hallé ambas banderas unidas en todos los hoteles, estaciones o templos que visité. El día del cual estoy hablando, 600 discípulos de la escuela del templo se colocaron en dos filas para saludarme a la llegada. Se me pidió que les hablase sobre el tema de la educación y la religión, después de lo cual se sirvió una colación de frutas, pastas, etcétera. El viajero

se asombra en el Japón al ver con qué gusto exquisito confeccionan los confiteros sus obras maestras: los pasteles tienen la forma de flores, tan hábilmente modeladas y pintadas, que en la ligera caja de madera de arce con compartimentos, en que os las ofrecen sobre algodón, uno puede suponer que son flores de invernáculo. Este sentido artístico se ve en el Japón en todos los detalles de la vida, forma parte integrante del carácter nacional. En las comidas, las legumbres variadas, cuando se levanta las tapaderas de laca que las cubren, se encuentran dispuestas de modo que presentan contrastes de colores que las hacen más apetitosas. ¡Qué pueblo dulce y encantador! ¡Quién podría no quererlo después de haberlo visto en su hogar!

Al otro día se me hizo una recepción semejante en el Hongwanji oriental, al cual pertenece Bunyu Nanjio, el brillante discípulo sanskritista del profesor Max Muller, con quien editó la Sukhavati Vyuha, descripción del paraíso de Amida. Para mí, era un gran placer conocerle, y le estoy agradecido por haberme servido varias veces de intérprete. Me hicieron visitar el enorme templo, entonces casi terminado, y que era el más hermoso del país. Me enseñaron unos enormes cables de 16 pulgadas de espesor y de 18 metros de largo cada uno, tejidos exclusivamente con los cabellos de mujeres piadosas que los habían ofrecido para que se utilizasen en levantar los pilares del nuevo templo. ¿Oyóse alguna vez hablar de una devoción semejante? Aquel día recibía mi primer regalo de libros para la biblioteca de Adyar, que posee una gran y rica colección japonesa, gracias a la generosidad de nuestros amigos de aquel país. Dí mi tercera conferencia en Kyoto, esa noche, a la muchedumbre paciente habitual, y en seguida posé para mi retrato ante un artista del cual no sé el nombre. No sé que se ha hecho de él.

El 15 fuí a Osaka, la segunda ciudad del país, porque Kyoto es sólo la tercera. En el Japón es lo que Liverpool y Glasgow son en el Reino Unido, o Boston y Filadelfia en los Estados Unidos. Uno de los barrios lleva el nombre de Tenno-ji, templo de los Reyes del Cielo, porque es uno de los santuarios más sagrados del Buddhismo; lo visité al día siguiente, y me dijeron que era el templo más antiguo del Japón. Hay allí una biblioteca giratoria, cuyos libros están colocados en dos estantes giratorios, exactamente como nuestras bibliotecas modernas recientemente inventadas, pero la de Tenno-ji es inmensa, y está allí desde hace muchísimos años. Una de las cosas interesantes para ver en aquel lugar, es un templo para los niñitos que han dejado los brazos de sus madres llorosas para entrar en el paraíso japonés. Está lleno de vestiditos, juguetes y otros objetos que pertenecieron a los niños, y hay allí una campana que la madre toca antes de hacer su oración para que las orejitas cerradas por la muerte, pero reabiertas en una esfera más brillante, puedan oír el grito de su corazón y que el niño aproximándose sienta la oleada de amor que se lanza hacia él. El decano de los guardianes del templo me dió una antigua moneda japonesa de oro, plana, delgada, redondeada y con caracteres chinos. Dí una conferencia en la Sociedad para la Regeneración de los Presos.

Había tenido que hablar también en una escuela para niñas y en otra para Varones. El frío húmedo que penetró de tal modo por estar obligado a permanecer sin zapatos con mis calcetines de algodón, que atrapé un gran resfriado que amenazaba trocarse en neumonía. Pero un baño de pies muy caliente, tomado a tiempo, y un buen sueño, detuvieron los progresos del mal. Desgraciadamente Dharmapala no tuvo la misma suerte, porque los dolores de sus pies aumentaron de tal modo, que se vió obligado a ingresar en el hospital de Kyoto, y permanecer allí hasta los últimos días de mi jira. La bondad de todos, empleados del hospital y visitadores, fue sencillamente maravillosa. Un grupo de jóvenes buddhistas se constituyó en cuerpo de enfermeros y no se separó de él ni de día ni de noche, adivinando sus necesidades y cuidándolo con cariño. Esa costumbre nacional de quitarse los zapatos al entrar en las casas, es peligrosa para los extranjeros y sufrí mucho con ella hasta que un amable inglés de Kobé me recomendó que llevase en el bolsillo un par de calcetines gruesos de lana, como los que usan los campesinos franceses dentro de los zuecos en invierno, y que me los pusiera en la puerta al quitarme los zapatos. Recomiendo que tomen la misma precaución a los que vayan al Japón. Después de dar Varías conferencias en diversos templos, volví el 18 a Kyoto, dejando a Noguchi enfermo, en la cama.

En este punto, había llegado a un momento crítico de mi jira japonesa. Supe que el comité de jóvenes que me había invitado, no tenía a su disposición los fondos necesarios para cubrir los gastos de la jira, y que se habían visto obligados a hacer 10 *sens* en la puerta, para mis conferencias de Kyoto, a fin de proveer a los primeros gastos. Entonces, las ricas autoridades de la secta Shin-Shu, habían ofrecido encargarse de mi jira y pagar todo, con la condición de que se retirase el comité primitivo y les dejase la entera dirección. Esta oferta aseguraba completamente el éxito de la jira, pero no me satisfacía, porque era una solución equivalente a abandonarme por completo a una de las nueve principales sectas buddhistas para que me escoltara por el imperio, lo cual podría hacer creer al público que yo compartía las doctrinas del Shin-Shu. Ahora bien, dicha secta presenta la anomalía de que los sacerdotes se casan y forman una familia, cuando el Buddha prescribió claramente el celibato a los monjes. Ellos justifican eso diciendo que son solo ramaneras, o como diríamos nosotros, clérigos, y no sacerdotes. Sea como sea, no hubiera sido prudente por mi parte consentir en ese arreglo –preparado por el comité sin mi consentimiento– y me rehusé. Envié invitaciones a los principales sacerdotes de todas las sectas, para que se reuniesen en concilio, en la cámara de la emperatriz en Chion-in, el 19 de febrero, para oír lo que yo tenía que decirles. Se me manifestó que tal reunión era algo inaudito en la historia del Japón, porque jamás se había hecho anteriormente ninguna clase de concilio general de todas las sectas. Esto no me inquietó porque ya había establecido relaciones amistosas en la India y Ceylán, entre sacerdotes, pandits y otros de sectas diferentes, y

experimentaba en mí ese sentimiento de poder y de certidumbre que asegura el éxito. El hecho es que la entusiasta bienvenida con que se me acogió inmediatamente y desde el momento de mi desembarco, y las enormes multitudes que se apretujaban por oír mi mensaje de amor fraternal, me habían colocado en situación de dictar mis condiciones, y no tenía la menor intención de permitir explotar mi visita por una sola secta, por más rica o poderosa que fuese. Pienso que mi decisión sirvió para influenciar a ciertos jefes sectarios que acudieron a oír mis opiniones, aunque estaban dispuestos a no dejarse persuadir, ni a consentir ningún argumento insidiosamente presentado, que pareciera tender a asignarles individualmente un lugar que pudiese disminuir su importancia ante los ojos de sus discípulos y del público.

En todo caso, el concilio se reunió el día indicado, y tuvo un completo éxito, como se verá por la continuación de mi relato, en el próximo capítulo.

CAPÍTULO LXII

UN CONCILIO EN EL JAPÓN

El día de nuestra reunión el sol era brillante y su luz reflejada hacía chispear al oro de las tablas de laca y florecer en mil colores exquisitos las lucientes sedas bordadas. Se había puesto una larga mesa en medio del salón, con sillas a cada lado, que debían ser ocupadas por los grandes sacerdotes en orden de edad, como yo lo indiqué. Una mesita en un rincón, estaba destinada al intérprete Matsamura, de Osaka. Me invitaron a que ocupase un sitio en la cabecera de la mesa grande, pero decliné respetuosamente, diciendo que yo no tenía ningún rango oficial en la Orden, y que por lo tanto, no podía serme atribuido. Como extranjero y laico, sería más conveniente colocarme con mi intérprete en la mesa pequeña. Fue el segundo punto establecido, porque el primero fue hacerlos sentar por edad, dado que el principio de inclinarse ante la superioridad de los años, era universal en Oriente. Al mismo tiempo, esto salvaba la dificultad de saber qué secta ocuparía la cabecera; era un punto de etiqueta tan espinoso como en el país donde el gran Douglas decía: "Donde Douglas se siente, allí está la cabecera de la mesa". Entre los delegados había varios ancianos encorvados, con cabellos grises, que mantenían calientes las manos y el pecho en aquella sala sin calefacción, con braseros de cobre colocados sobre la mesa ante ellos, y con un aparato ingenioso. Era un recipiente de estaño, curvo, con tapa por un lado, y que se colocaba sobre el estómago bajo un cinturón; un rollo de polvo de carbón envuelto en papel, ardía lentamente en el interior, desprendiendo un calor suave.

Después de estos preliminares, hice leer, ante todo, por Matsamura, una traducción japonesa de la carta sánskrita de Sumangala a los buddhistas del Japón –de la cual ya hablé antes– y en la que rogaba a sus correligionarios que me recibieran como un buddhista sincero y celoso, y me ayudasen a cumplir mi labor. A esto siguió la lectura de una carta colectiva del mismo género, escrita por los principales sacerdotes de las dos sectas de Ceylán. Leí en seguida en inglés el discurso donde yo había definido mis ideas y esperanzas sobre esta jira, y mis razones para reunir el concilio. Como las consecuencias de la reunión fueron importantes y duraderas, y aquel acontecimiento quedó como histórico en el Japón, daré, según el *Theosophist* (suplemento de abril de 1889), extractos del discurso.

"Mis Reverendos.

Os he invitado a reuniros hoy en terreno neutral para una consulta previa. ¿Qué podemos hacer por el Buddhismo? ¿Que debemos hacer por él? ¿Por qué las dos grandes mitades de la Iglesia

Buddhista permanecen más tiempo ignorándose la una a la otra?

Rompamos ese largo silencio. Tendamos un puente sobre el abismo de dos mil trescientos años; que los buddhistas del Norte y los del Sud constituyan una gran familia.

El gran cisma se produjo en el segundo concilio de Vaisali y he aquí algunas de las causas en las siguientes preguntas: "¿Pueden los monjes guardar sal en cuernos para servirse de ella más tarde?""¿Pueden comer los monjes alimentos sólidos después de mediodía?""¿Pueden beber bebidas fermentadas que se parezcan al agua?""¿Pueden usar asientos cubiertos de tela?""¿La Orden puede recibir oro y plata?".

¿Es en realidad posible que la gran familia-buddhista permanezca desunida por tales motivos? ¿ Qué es más importante, mis reverendos que la sal sea guardada o no para servir más tarde, o que la ley del Buddha sea predicada a toda la humanidad? He venido de la India, un viaje de 5.000 millas, que es largo para un hombre que tiene cerca de sesenta años, para haceros esa pregunta. Respondedme, oh grandes sacerdotes de las doce sectas del Japón... No tengo nada que decir en particular a ninguno de vosotros pero hablo a todos. Mi misión no es propagar las doctrinas particulares de ninguna secta, sino reunirlas todas en una empresa sagrada... Ved dos cosas que tenemos que hacer: en los países buddhistas, revivificar la religión, purificarla de sus corrupciones, preparar libros elementales y adelantados, para la instrucción de los niños y edificación de los adultos, y a fin de hacerles ver a qué mentiras recurren nuestros enemigos... También es nuestro deber, señalado por el mismo Señor Buddha, enviar a los países lejanos como Europa y América, misioneros para ofrecer a los millones de hombres que ya no creen en el Cristianismo, una nueva religión para reemplazar a la antigua, y que satisfaga su espíritu y su corazón... Otro deber que deberéis cumplir, es comparar los libros de las dos Iglesias, ver qué partes son antiguas y cuáles más recientes... y el resultado de esos trabajos deberá ser publicado en todos los países buddhistas... Tal vez nos hará falta reunir un gran concilio en Buddha Gaya o Anaradhapura, para llegar a dicho acuerdo. ¡Qué magnífico espectáculo lleno de esperanza sería ese! ¡Que nuestros ojos puedan verlo!"

Les expliqué después lo que era la Sociedad Teosófica y su división buddhista de Ceylán; les propuse fundar Ramas en todo el Japón, en unión con las de Ceylán, Birmania y Singapoore: a fin de que trabajen todas de acuerdo para la expansión del Buddhismo. Les aconsejé que formasen grandes sociedades de propaganda, siguiendo el ejemplo de las sociedades de misioneros, sociedad bíblica y otras. Les recordé los trabajos de los sabios europeos, como Max Mûller, Burnouf, de Rosny, Saint-Hilaire, Rhys Davids, Beal, Fansboll, Bigandet, y otros, que han hablado del Buddha en los términos más simpáticos. Y también mi *Catecismo Buddhista,* publicado desde hacía ocho años por los

buddhistas de Ceylán y traducido ya a quince idiomas.

Desde el punto de vista práctico, sugerí la formación de un Comité General de los asuntos buddhistas, comprendiendo representantes de todas las sectas, que deberían actuar en favor de los intereses generales del Buddhismo y no de los de ninguna secta o subdivisión. Insistí mucho sobre ese punto. Agregué que me negaba decididamente a hacer la jira por el Japón a menos que no fuese bajo los auspicios de todos, porque de otro modo mis llamamientos serían interpretados como hechos en favor de tal o cual secta que me acompañase, y sus efectos serían nulos. Les advertí que los misioneros cristianos habían abierto los ojos y que su celo no ahorraría ningún esfuerzo, hasta llegar a la mentira y la calumnia para desacreditar mi misión, como ya lo habían hecho en la India y Ceylán, desde que comenzamos nuestros trabajos. Finalmente, les previne que si no formaban dicho Comité General, tomaría el primer vapor que saliera, para volver a mi casa. Dharmapala, que aquel día estaba algo mejor, fue traído en una silla y asistió a toda la sesión. Me figuro, cuando vuelvo a pensar en ello, que aquellos venerables pontífices, jefes espirituales de 39 millones de japoneses, y dueños de 70.000 templos, me habrán encontrado tan imperioso como mi compatriota el comandante Perry, que abrió el Japón por la fuerza. Esto ahora no tiene importancia, dado que aceptaron mis condiciones: se formó el Comité General, se devolvió al primitivo Comité de los jóvenes, los gastos que habían hecho, y a partir de ese momento, mi programa fue establecido por mi Comité, de manera que visitase todos los centros buddhistas importantes del imperio, y fuese recibido sucesivamente por cada secta, dando mis conferencias en ciertos templos escogidos de cada una de ellas. Se sacó una fotografía del Comité conmigo y mi intérprete Matsamura, para ser utilizada en esta jira, y hoy se la puede ver todavía en Adyar.

El 20 de febrero está anotado en mi diario como una fecha tranquila, un reposo después de los duros trabajos del concilio. Consentí en ir a Yokohama después de recibir telegramas anunciando que todo estaba preparado para recibimos. Ese día y los siguientes recibí numerosas visitas, pero mi placer se veía anulado al ver los sufrimientos de Dharmapala, que se hallaba en un estado horrible. Tuve tiempo para visitar una nueva filatura de seda, cuyas máquinas fueron instaladas por el representante de una gran fábrica de Birminghan. Me hizo notar lo perfecto de la instalación, que según me aseguró, era la más hermosa que se podía conseguir y que él había visto en los veinte años que se ocupaba de eso. Esto me chocó como a él pensando que si los japoneses usaron la misma prudente previsión al comienzo de todas sus empresas manufactureras, resultarán formidables competidores en el comercio mundial. Los días pasados desde entonces han transcurrido, han demostrado la exactitud de nuestros pronósticos.

El 24 fuí a Otsu a dar una conferencia a orillas del lago Biwa; había allí un grupo de cristianos

entre mi auditorio, pero cuando oyeron que yo explicaba las bellezas de la ley del Buddha, los pobres se marcharon todos. El lago Biwa es uno de los más bonitos del mundo; sus aguas son tranquilas como un espejo, sus montañas están cubiertas de nieve y sus colinas se ven revestidas con bosques de pinos, el todo forma un cuadro encantador. Una leyenda cuenta que en una catástrofe sísmica ocurrida el año 286 antes de J. C., aquel lago se formó en una sola noche, mientras que a doscientas millas de distancia, el pico de Fuji San se elevó a su altura de 4.000 metros con un cráter de 500 pies de profundidad. Era muy interesante oír contar las leyendas populares de los dioses y los héroes de la localidad, y de sus grandes hechos, mientras nos hallábamos sentados en las pendientes ante el templo de Mi-de-ra, rodeados de aquel magnífico panorama. Al mismo tiempo, yo llevé la mente de los que me rodeaban, al objeto de mi misión. Mirando hacia abajo de nosotros, desde un pabellón de te en el saliente de una colina, la ciudad de Otsu, y señalando la gran aglomeración de casas, pregunté cuántos buddhistas hallaría allí el Señor Buddha si estuviese entre nosotros. "Pues, tantos miles", me respondieron, citando aproximadamente la cifra de la población. "No es eso lo que quiero decir, repliqué por qué cuántos de entre esos millares hallaría el que fuesen verdaderos buddhistas que observen los cinco adeptos." "¡Oh!, casi ninguno", dijeron. "¡Pues bien dije a modo de conclusión, tratemos de aumentar con esmero con nuestros buenos consejos, pero sobre todo nuestros ejemplos". Recibieron esto muy bien la totalidad es que siempre les hallé dispuestos a reír cuando yo hacía una observación a costa suya, porque tienen un carácter encantador, no conservan rencor cuando están convencidos de que se les quiere y que se desea su bien.

Al otro día, fui a ver a Dharmapala al hospital, y le hallé algo mejor. Los visitadores ocuparon el resto de mi tiempo, y la primera petición de carta Constitutiva para la fundación de una Rama de la Sociedad Teosófica, me llegó ese día. El 27, me embarqué en Kobé para Yokohama en un excelente barco japonés, yllegué el 28, después de una encantadora navegación por el mar interior, disfrutando unas vistas grandiosas del Fuji–Yama. Las laderas de este volcán son tan suaves, que la vista se engaña y juzga que la montaña es bastante menos alta de lo que es en realidad. A la llegada me aguardaban los representantes del Comité General, y me escoltaron hasta el Gran Hotel, donde me alojé muy cómodamente. Salimos para Tokyo en el tren de las cuatro. Una enorme multitud rodeaba la estación para recibirme, y yo no pude dudar, y el Comité tampoco, de que aquello era una verdadera bienvenida.

Esa noche Bunyu Nanjio y otro japonés, que había estudiado en Cambridge, llamado Akamutsu, hombre de gran valer, que ocupaba un cargo superior en el Hongwanji occidental, vinieron a verme y tuvimos una conversación muy interesante. Vinieron también otros personajes importantes, hice visitas, y el Comité me llevó a ver las tumbas de dos antiguos shoguns, magníficos monumentos

esculpidos, laqueados y ornamentados. Se me dijo que los shoguns son envueltos en una serie de siete féretros, pero nadie pudo decirme el por qué. ¿Es acaso un símbolo de la séptuple constitución del hombre? Junto a una de las tumbas, estaba el gran tambor de guerra del soberano difunto, el que en otros tiempos hacía resonar al frente de sus ejércitos victoriosos. La tentación de asombrarlos fue tan grande, que cogí el mazo e hice sonar en el enorme bombo un terrible ¡bum! "¡Ved!, exclamé, os invoco a todos en nombre del Shogun difunto para la batalla de vuestra religión ancestral contra las fuerzas hostiles que quisieran vencerla!", y en seguida les rogué que me perdonasen si había faltado al código de la cortesía. Pero protestaron diciendo que yo no había hecho más que mi deber recordándoles la obligación que tenían, de obrar por su fe, y que harían buen uso de este incidente, para con el público.

El 3 de marzo me pidieron que pronunciara un discurso en una gran reunión de todos los sacerdotes más importantes de la capital y alrededores, y con toda la fuerza de que soy capaz, me esforcé por hacerles ver su deber y cómo éste se hallaba íntimamente unido a sus verdaderos intereses. Como en otro tiempo en Ceylán, les dije que si eran un poco prudentes, harían todo en el mundo para conservar en las generaciones futuras, el espíritu religioso que haría de ellas, en la edad madura, los voluntarios sostenes de los templos y del clero, como sus padres lo habían sido antes que ellos. Porque si se deja extinguir ese sentimiento, los templos se desplomarán y los monjes se extinguirán por no hallar de qué vivir; para mí no les pedía nada, ni la menor recompensa. Yo no era más que el heraldo del Fundador de nuestra religión, que les llamaba al trabajo, antes de que fuese demasiado tarde para ocuparse del desastre. Tal fue mi *leit-motiv* durante toda aquella jira, y como se verá, tuvo pleno éxito.

El 4 de marzo hice una visita de ceremonia al gran jefe del Hongwanji oriental, el noble marqués Otani, y encontré a un hombre muy digno, de elevados modales, que pareció desear que mi labor tuviera éxito, y me prometió toda la ayuda necesaria.

Esa noche, con él y Akamatsu, fuí a una velada en casa del vizconde Sannomiya, chambelán del emperador, cuya mujer es alemana y dama de honor de la emperatriz. Como era mi primera velada en el Japón y hasta entonces yo había visto a todos los grandes funcionarios con el traje nacional, no sabía qué ponerme y pedí consejo a un norteamericano y a Akamatsu; ambos me dijeron que aquello no importaba y que fuese con mi levita de costumbre. Yo tenía mucho miedo de tomar frío de frac, pero pensé que de todos modos sería más seguro conformarme con nuestras costumbres occidentales, e hice bien. Al llegar a la casa, ví que mi huésped y todos los que le rodeaban estaban de frac o de uniforme con sus condecoraciones; en los salones, pasaba lo mismo, y las señoras vestían a la moda de París. Puede suponerse lo que hubiera yo experimentado sin mis sabias previsiones. No

puedo decir que me causó placer el ver a todos aquellos orientales que abandonaban sus trajes pintorescos que les sientan tan bien, por nuestros trajes occidentales que nos van bien a nosotros, pero que no resultan para los asiáticos. Fue para mí un alivio al ver de nuevo a esos mismos personajes, yendo de visita a sus casas, casi invariablemente con su traje nacional, y poniéndose el nuestro sólo en público, cuando los decretos imperiales lo prescriben. La velada del vizconde Sannomiya se parecía por completo a las nuestras, hasta los bailes, en los cuales algunos japoneses y aún algunas damas, tomaban parte. Lo que me chocó más después de tantos años en la India y otros países orientales, fue la atmósfera de respeto e igualdad en las relaciones entre indígenas y residentes extranjeros. No se veía ni rastros de esas bajezas, de esos aires de abyecta humildad por una parte, y de protección insolente por la otra, que son tan penosos de constatar en otras partes cuando uno quiere a los asiáticos. Apenas puedo expresar el placer que sentí durante toda mi permanencia en el Japón. Aquella noche, y en el Tokyo Club, del cual fuí nombrado miembro honorario, hice agradables conocimientos y hasta encontré a uno de mis antiguos camaradas del ejército, el general Legendre, con el que asistí en otro tiempo a varias batallas, y que fue gravemente herido en una de ellas, Newbern. Naturalmente, estábamos encantados de vernos de nuevo, al cabo de veintiséis años, en aquel lejano país, y de hablar del tiempo pasado.

El 6 de marzo, dí una conferencia sin intérprete, para oyentes "instruidos", y al día siguiente otra, en un templo diferente, a jóvenes sacerdotes a quienes hablé crudamente sobre sus deberes. Cené en ese mismo templo (Zo-Zo-Ji), y me mostraron una colección de pinturas de lo que ellos llaman Rahans (Arhats), Munis, (Mahatmas), cuyos originales, si los hubiera encontrado en un bosque, no me hubiesen hecho el efecto de personas de gran desarrollo espiritual. Y dije a los amables monjes que me guiaban, que si hubieran visto alguna vez la cara sublime de un verdadero Rahan, desearían quemar aquellas caricaturas. Esa noche, ví una sesión hecha por un prestidigitador célebre del Japón. Estaba vestido a la europea y llevaba sobre su levita negra abotonada hasta arriba, una pequeña cruz de oro. Me explicaron que no era una señal de Cristianismo, porque él no era cristiano, sino de poder milagroso, porque el pueblo asocia la idea de la cruz a la de los milagros. Entró solemnemente por una puerta de un costado del salón, precedido por un tambor y una flauta, y seguido de sus ayudantes, hombres y mujeres con el traje nacional. Una de sus pruebas más interesantes, fue hacer salir un chorro de agua de un abanico cerrado, y otro de la cabeza de un hombre, de donde en seguida hizo salir una llama. Una joven acostada en un banco de madera, pareció ser atravesada por un sable, y otra suspendida por cuerdas de las muñecas y tobillos en una gran cruz de madera, fue atravesada en el sitio del corazón por una lanza, y saltó una oleada de sangre. Sin embargo, como aquellas dos amables personas se pasearon en seguida en medio de nosotros, como si no hubiera pasado nada,

saqué la conclusión de que todos habíamos sido juguetes de una ilusión.

El 2 dí en el Hongwanji una conferencia a una gran número de sacerdotes, y al otro día hablé en la Universidad, ante la Sociedad de Educación del Japón, que cuenta entre sus miembros a príncipes de la sangre y a los más grandes hombres del país. Me dijeron que Su Augusta Majestad el Emperador, asistía de incógnito. Quedé disgustado al terminar, cuando supe por el capitán Brinkley que mí intérprete había traducido mal una de mis frases, dándole un sentido político que estaba lo más lejos posible de mi pensamiento.

Las conferencias se sucedían en todos los templos, mezclados con veladas y visitas a personajes oficiales. Visité también el crematorium Nippori, y su disposición me agradó bastante, porque hay muchas cosas que merecen ser imitadas. El edificio es de ladrillo, así como los hornos, que interiormente se hallan revestidos de ladrillos refractarios, y están provistos de planchas de hierro con corredera, que se adelantan para recibir el cuerpo, y después para devolver las cenizas. Una cremación no sale por más de una peseta cincuenta más o menos, y dura tres horas. Hay vasos de barro esmaltado muy bonitos, que están preparados para recibir las cenizas y fragmentos de huesos no consumidos, y pueden obtenerse por la módica suma de 1,50 pesetas, 0,60 y 0,50, según la clase. Se paga por ser quemado, comprendidos todos los gastos, 30 pesetas, 15 ó 7,50 según la clase, pero no se trata de que haya alguna diferencia en la calidad o cantidad del combustible empleado, ni en ningún detalle, es un asunto de dignidad para la familia. El establecimiento pertenece a una sociedad particular, y se pueden quemar treinta y un cuerpos a la vez; en otros tantos hornos separados. Las ceremonias fúnebres se hacen en una sala contigua, el cuerpo está colocado en una caja que parece un tonel, sentado, con las piernas encogidas; se le coloca en una especie de carretilla y cubierto con un paño blanco. Cuando han terminado las oraciones, se lleva la caja hasta el horno que le fue fijado, y transcurrido el tiempo necesario los parientes reciben las cenizas y se las llevan para disponer de ellas según las costumbres.

CAPÍTULO LXIII

JIRA POR PROVINCIAS

Nada podía estar mejor organizado por mi jira como lo hizo el Comité, para dar a todas las clases de la sociedad la ocasión de oír lo que yo tenía que decir en favor del Buddhismo. Gracias al mutuo acuerdo tomado en Kyoto entre todas las sectas para el bien común, me hacían hablar en los templos de cada secta tan pronto de la una como de la otra, a veces en dos el mismo día. Ese acuerdo no tenía precedente, y todos hacían lo que podían para aumentar el número de mis oyentes, y reunir a los sabios y a los ignorantes, a los sacerdotes y a los laicos, nobles y agricultores, oficiales y civiles. Todos los diarios o revistas del país, daban cuenta de mi misión, de su objeto, de mis argumentos, de la proposición hecha de establecer un acuerdo entre los buddhistas del Norte y del Sud, y hacían el retrato físico del "buddhista americano". Mientras tanto, el pobre Dharmapala estaba todavía en el hospital de Kyoto sufriendo el martirio y cuidado con el mayor cariño por sus enfermeros voluntarios.

Después de hacer una visita a Su Excelencia el Gobernador de Tokyo, me invitó a cenar en el Casino de los Nobles para vernos con el primer ministro y sus colegas del gabinete. Entonces yo no era vegetariano, y es muy natural que apreciara algunos platos de la amplia lista impresa a dos columnas en francés y en japonés, que pegué en mí diario como recuerdo del hecho, con numerosas tarjetas en japonés, chino, inglés y francés, recibidas durante aquella jira memorable. Deseo copiar la lista para que se les haga agua la boca a mis lectores, y para demostrar que el Japón feudal se halla en camino de desaparecer entre el humo de la cocina francesa.

Diner du 19 mars 1,889.

Potage tortue a l'anglaise

Brochet au court-bouillon aux crevettes

Cotelettes de veau piqué aux petits pois

Cailles au riz

Filet de boeuf roariné sauce piquante

Aspic de foies gras en Bellevue

Asperges en branches

Dindonneaux rotis. Salade

Pouding au pain noir

Glace aux fraises

Dessert.

¿Qué decís vosotros? ¡Oh!, lectores de viejos libros ilustrados de viajes, en los que se ve los trajes suntuosos de los shoguns, del mikado, de los daimyos y de su cortejo de caballeros samurais de dos sables, la más perfecta encarnación del espíritu caballeresco que el mundo haya jamás visto, ni los trovadores jamás cantado; picadores, correos, secretarios y cocineros; pequeños príncipes feudales, con su séquito armado de picas, sables, arcos y flechas, sombrillas, palanquines, caballos llevados de la mano, y otras marcas de grandeza según su nacimiento, su calidad y su oficio, mas otras cien prerrogativas de la dignidad de las familias de aquellos ministros que estaban sentados conmigo en la mesa del gobernador, y comían sus pavipollos, su foie-gras y sus helados de fresa, el 19 de marzo en el Club de los Nobles. ¿Qué decís del contraste de este espectáculo? He ahí el *Progreso,* para atrás, si se quiere, en la dirección de la cocina y del estómago.

Terminada la cena, el primer ministro dijo que todos serían dichosos oyendo mis ideas sobre el sistema de educación que yo creyese más favorable a los intereses de la nación. Hablé entonces, insistiendo sobre la necesidad de unir al desarrollo del cuerpo el de la mente y de la conciencia de modo tal que el hombre y la mujer ideal se desarrollasen, declarando erróneo todo otro sistema que tendiese, por decir así, a cultivar monstruosidades, como atletas, oportunidades, querellantes, casuistas y ambiciosos sin escrúpulos. Una nación no puede ser grande si no está cimentada en el carácter, y el más elevado de todos los caracteres es el del individuo que cumple con su deber en este mundo, al mismo tiempo que prepara el mundo futuro su naturaleza espiritual que le impulsa rápidamente a proseguir la órbita de su evolución cósmica. Cité ejemplos de naciones que habían caído desde una gran altura al fondo de los abismos antes de desaparecer de la faz de la tierra, y les incité a que abriesen los ojos a esa extraña operación kármica que había colocado al Japón en primera fila en la familia de las naciones, despertado sus maravillosas potencialidades latentes, y llamado a mis oyentes, y a sus colegas y asociados hereditarios, a la responsabilidad de dirigir esa evolución por los senderos del progreso nacional.

Como yo había dado a entender que aceptaría agradecido donaciones de libros para la biblioteca

de Adyar, amigos excelentes me traían todos los días libros, de suerte que en el momento de salir del Japón tenía una colección de cerca de 1.500 volúmenes, entre los cuales estaban más de 300 formando la colección de los *tripitakas*, que pertenecieron a un gran sacerdote difunto de la secta Jo–Do. Era un regalo muy importante, porque permite a los que conozcan el pali y el chino comparar los textos del cánon del Sud con el del Norte. Esto ya ha sido hecho en cierto modo por estudiantes eclesiásticos japoneses que pasaron temporadas en Adyar, pero en realidad todo queda por hacer, y de ello habrían de resultar grandes cosas.

El 18 de marzo me hicieron hablar ante la Sociedad Japonesa de Agricultura, sobre la agricultura práctica y científica, y al otro día me anunciaron que me habían hecho miembro honorario y me enviaron dos hermosos jarrones de Satsuma, que hoy adornan la biblioteca de Adyar. Por la tarde hablé en inglés acerca de la base científica de la religión, mostrando el poderoso conjunto de pruebas presentadas por las recientes investigaciones psíquicas para la dilucidación del problema de la extensión de la conciencia humana más allá de la vida corporal. Les hice ver también, con figuras en un pizarrón, cómo había sido expresada la idea fundamental de correlación entre espíritu y materia, para la evolución de la naturaleza visible, y cómo fue conservada para nuestra instrucción, en el lenguaje arbitrario de los símbolos, y que de estos cada signo, como los del álgebra, tiene un significado definido.

Había llegado la fecha fijada para mi partida de la capital nipona, y me despedí del primer ministro, del embajador norteamericano y de otros conocidos, y después de recibir como regalo del capitán James una colección completa de rosarios de todas las sectas japonesas, salí el 23 para Sendai, situada en el extremo norte, a doce horas de ferrocarril. Me acompañaban mi intérprete, Kimura y un simpático sacerdote de la secta Zen, miembro de mi Comité. Para dar una idea del tono de la prensa japonesa, daré el siguiente extracto del *Dandokai,* diario influyente de Tokyo:

“Desde la llegada del coronel Olcott al Japón, el Buddhismo ha recobrado fuerzas extraordinarias. Ya hemos dicho que recorre todas las provincias del imperio; ha sido recibido en todas partes con un entusiasmo notable. No se le ha dejado un momento de descanso; él ha enseñado a nuestro pueblo a que aprecie al Buddhismo, y a ver que nuestro deber es comunicarlo a todas las naciones. Después de sus discursos en Tokyo, estudiantes de la universidad y de las escuelas superiores, han organizado una Asociación de jóvenes Buddhistas, según el modelo de la Asociación Cristiana de Jóvenes, para propagar nuestra religión, y algunos personajes influyentes e ilustrados, les han alentado en su obra. Su venida ha renovado el esplendor del Buddhismo”.

Un corresponsal del *Indian Mirror* escribía:

“Uno de los altos funcionarios, presente en la conferencia del coronel, predijo que su viaje al Japón tendrá una considerable influencia sobre el Buddhismo y los buddhistas”. Cuando hagamos el resumen de los frutos de este viaje, veremos los notables testimonios de las mismas autoridades japonesas. Es menester que esa jira haya sido hecha en el verdadero momento psicológico.

En Sendai hacia un frío horrible; se recordará que el imperio japonés se extiende a lo largo de Norte a Sud, de suerte que se ven en él climas muy variados. Mientras ciertos grupos de islas situadas bajo los trópicos, disfrutan de una perpetua primavera, las fronteras septentrionales tienen la temperatura del Kamschatka. Se ha visto la nieve con un espesor de 8 pies. Si a esto se agrega que, salvo en algunas casas europeas, no hay estufas ni caloríferos, y que los muros de papel de casi todas las habitaciones dejan pasar todos los vientos del cielo, se podrá imaginar la comodidad de aquel viaje, y de dar conferencias en grandes templos sin calefacción, para un hombre habituado a vivir en los trópicos. Me preguntaba qué hubieran hecho los monjes cingaleses con sus togas de algodón amarillo, sus piernas y pies desnudos, y sus cabezas afeitadas!

El día 24 hablé ante el gobernador de la provincia y los principales funcionarios, y Su Excelencia me invitó a cenar, con otras cincuenta personas. La conferencia del día siguiente, en el gran teatro, fue un éxito a juzgar por la multitud y los aplausos. En seguida mi Comité me llevó, para que descansara, a ver Matsushima, un bonito lugar a orillas del mar, y donde hay una pequeña gruta y un templo. Era un día de sol, pero la nieve cubría la tierra y aquella pequeña navegación entre un grupo de islas, no era una excursión tan deliciosa, como lo hubiera sido en el puerto de Colombo o de Galle. Pero, en fin, era una excursión, un día de reposo entre aquellas conferencias perpetuas en salones repletos, y era un poco de bienvenido descanso. El 26, mis oyentes, en número de 3.500, me escucharon en medio de un silencio mortal, aunque se pegaron como rabiosos por entrar; pero finalmente se desquitaron con salvas de aplausos tan furiosas que debieron oírse desde lejos. El 27 salí para Utsunomiya para pernoctar allí, pero a las nueve de la noche cansado como estaba, me arrastraron a ver un templo, y me hicieron pronunciar un discurso de diez minutos; exactamente como al animal de circo de fieras en viaje; al que se excita para que gruña! Al otro día por la mañana, salíamos para Mayabashi, y a una estación del camino acudieron sacerdotes con trajes de gala, a presentarme sus saludos y ofrecerme un pañuelo de seda. Llegamos a Mayabashi a las 12,30, y a la una estaba en la tribuna frente a un numeroso auditorio, y al otro día fue una muchedumbre inmensa; a las cinco salíamos para otro sitio donde hablé esa misma noche en el teatro. El siguiente día nos halló en Kanagama, donde en la casa de mi huésped la vista sobre el puerto de Yokohama era deliciosa. En Yokohama hablé en el gran teatro, que estaba repleto de gente a pesar de la lluvia y el barro. Era divertido ver en la puerta todos los zuecos y zapatos; cuando llegué habría muy bien un millar de

cada clase, en dos montones diferentes, cada par estaba sujeto con una tira retorcida de papel y una etiqueta numerada, cuya contraparte se daba al propietario al entrar. Recogieron también mi calzado cuando me lo quité a la puerta para ponerme mis buenos calcetines franceses de lana. Inmediatamente después salí para Shidzuoka y llegamos a las nueve de la noche; ¡qué alegría encontrar una cama! ¿Describiré el mobiliario de mi cuarto en el hotel? Lo haría con gusto, pero no lo había. Como en todas partes, unas esteras suaves y gruesas puestas en el suelo, servían para sentarse. En un pequeño hueco del muro, un hermoso vaso de porcelana; un arbolito enano, un kakemono con un texto religioso, y eso era todo. Algunos cojines para sentamos alrededor de un brasero de cobre donde arde carbón de madera, en una caja cuadrada de madera, dos barras de hierro movibles para poner encima a calentar el agua, una bandeja con tazas minúsculas de porcelana cáscara de huevo, y una caja de te verde a mano, para los que deseasen te para tener el estómago caliente, y una acogida cortés, cordial, encantadora, que os hace ver que sois bienvenido. Esos son mis recuerdos del hotel de Shidzuoka; no todos, sin embargo, porque falta el de la cama. Imagináos dos delgados colchones picados, uno para acostarse encima y el otro para cubrirse, y almohadones amontonados para formar una almohada, y se acabó. Nada de cama, ni tarima, ni hamaca; sólo los dos jergones e insidiosas corrientes de aire que salían de todos lados bajo los tabiques movibles. Traté de enrollar el colchón de encima alrededor de mi cuello, pero hallándolo impracticable, tuve que recurrir a mis ropas, y juré llevar conmigo en lo sucesivo mis mantas, como se hace en la India.

Al otro día llovía a cántaros, pero aun así di una conferencia en el templo, después de una visita al gobernador. Al siguiente día había vuelto el sol, y con él la inevitable conferencia. Nuestros queridos adversarios los misioneros, trataron de hacerme preguntas sobre los puntos del Buddhismo que consideraban vulnerables; pero veo en mi diario: "tuvieron lo merecido"; esto basta. Un tal doctor Kasuabara me hizo el raro presente de un antiguo *mandara* (pintura religiosa sobre seda tejida), que tenía mil doscientos años, y que puede verse en la biblioteca de Adyar. Representa, según la doctrina Shin-gon, a los Buddhas y sus discípulos en el paraíso. Aquel generoso doctor me dijo que el objeto estaba desde hacía siglos en un templo del cual su familia era guardián hereditario, que aquel templo fue quemado en una guerra civil, según creo, y todos sus tesoros artísticos quedaron destruidos, menos aquel mandara, salvado casi por milagro.

Después pasamos por varias ciudades pequeñas, en las que di las conferencias de costumbre, y llegamos a Nagoya, donde vive el señor Bunyu Nanjio. Este me recibió en la estación y me alojó en el templo del Hongwanji. La recepción en la estación fue una verdadera ovación, con petardos, arcos con banderas japonesas y buddhistas, una multitud alegre, aclamaciones, y una fila de unos cuarenta cochecillos detrás del mío, ocupados por sacerdotes o laicos importantes.

El día siguiente fue empleado en visitar al gobernador y al viejo castillo, uno de los edificios históricos del Japón, donde admiré pinturas, esculturas, faroles y lacas, y después hablé a 4.000 personas en el Hongwanji. Era un gran espectáculo. De paso hagamos resaltar un hecho que desconcierta a nuestras teorías populares occidentales sobre la causa de la caída prematura de los cabellos. Decimos que se debe a usar demasiado el sombrero, y que la cabeza tiene exceso de calor. Pero he notado en el Japón, así como entre los monjes de Ceylán, más o menos la misma proporción de calvas que entre nosotros y sin embargo, van con la cabeza descubierta. Era divertido estar de pie, frente a la puerta, y mirar por encima de las cabezas de tanta gente sentada en el suelo y ver reflejada la luz por los cráneos relucientes en medio de la multitud de cabelleras erizadas, como si fuesen tazas boca abajo entre la hierba de un campo.

Si el 6 no fue un día ocupado, me engaño mucho: a las ocho de la mañana la salida, para dar una conferencia en los alrededores, a 7 millas de distancia; a la una otra conferencia en Nagoya, en el Hongwanji oriental (4.000 oyentes), y por la noche tercera conferencia ante el gobernador, los oficiales de la armada y 2 ó 300 personas escogidas por el gobernador. Mi intérprete, Kimura, no podía más, y Bunyu Nanjio le reemplazó. Sin embargo, Kimura era un joven, y yo tenía cincuenta y siete años! La amabilidad del gobernador me costó cara, porque me retuvo conversando, después de mi discurso, en una habitación donde había una fuerte corriente de aire que me daba en el vientre, y me produjo un ataque de mi antigua enemiga la disentería, que me atormentó casi hasta el último día de mi estancia en el Japón. Esto hacía todavía más duro viajar en coche y en toda clase de vehículos, hablar de pie, comer a horas irregulares, dormir en cualquier parte y de cualquier modo, perpetuamente ahogado en el aura de millares de personas de toda clase.

En Gifu hubo una muchedumbre igual, pero al otro día me ví obligado a repetir una conferencia en el Club para las personas que no habían querido acudir la víspera al Hongwanji. Les dije todo lo que pensaba de semejante pequeñez, les eché en cara sus querellas mezquinas con los correligionarios, cuando todos deberían estar unidos por el interés de la religión. Les recordé que, puesto que yo me había tomado el trabajo de venir desde tan lejos para hablarles, era agradecérmelo muy poco el obligarme, enfermo como me hallaba esta mañana, a rehacer para ellos mi conferencia, porque no habían querido asistir a la reunión pública. No sé cómo les tradujeron eso, pero al menos los que sabían inglés no ignorarían mi opinión... Al llegar a la población siguiente, estaba tan enfermo, con fiebre, dolores y diarrea, que me ví obligado a permanecer en la cama. Dos médicos me vieron, pero no me dieron gran alivio, y pasé una mala noche. No obstante eso, conseguí dar una conferencia a 2.500 personas por la mañana, antes de salir para Kyoto. Una parte del viaje se hacía por el lago Biwa, y ¡qué hermoso espectáculo formaban aquellas montañas azules coronadas de nevados picos, el agua

tranquila, las verdes orillas, los islotes con sus pintorescas aldeas, y los singulares barcos de pesca¡

Fui a ver a Dharmapala al hospital y le hallé convaleciente, pero y tuve una recaída de mi antiguo mal. El correo me trajo el último número del *Theosophist* y *La Doctrina Secreta,* que acababa de aparecer. Mi enfermedad me tuvo bastante tranquilo durante algunos días, pero pronto fuí a Osaka para hablar sobre la India en el club militar, a invitación del alcalde y del general, comandante de las tropas del distrito. En seguida fuí a Nara para visitar los templos antiguos, pero siempre enfermo. Me mostraron el Buddha gigantesco y el templo de la secta Ke-gon, que hoy está casi extinguida, pues no tiene más que cinco templos, en lugar de mil, como antes. Esta decadencia se debe, según parece, a que los monjes, cediendo a la tentación de empuñar las armas en una guerra civil, fueron vencidos y diezmados; y justamente, porque no es deber de los monjes del Señor Buddha envilecer el ideal monástico haciéndose soldados. Se dice que los monjes laicos de las lamaserías del Thibet, en número de decenas de millares, hacen otro tanto, pero eso no es una excusa. Regresé a Kyoto en coche, y fueron 20 millas bajo la lluvia. En sesenta y cuatro días había dado 46 conferencias, además de los continuos desplazamientos; dí la número cuarenta y siete enseguida, y continuaba enfermo, pero reanudé mis peregrinaciones. El 26 recibí un telegrama de H.P.B. rogándome que fuese a Europa para una jira de dos meses. El 28 salí en coche con mi intérprete y el comité, para una montaña donde ningún europeo había puesto todavía su planta. Yo estaba casi muerto de fatiga, pero me hice fuerte, y encontramos a todo el pueblo en la calle para ver nuestra entrada. Dí dos conferencias, recibí regalos de libros, e interrogando a más de 200 niños de una escuela buddhista que habían venido a verme, ví que ni uno solo de ellos sabía quién era el Señor Buddha; ignorancia comparable a la de los cingaleses antes de la publicación de mi *Catecismo Buddhista.*

El 3 descendíamos los rápidos del río Origawa, desde Sonobé hasta Arashima, una veintena de millas, lo cual fue delicioso. Tengo un vivo recuerdo de gargantas montañosas, de un agua verde y clara, de rápidos que se precipitan, de rocas que apenas pueden evitarse, para arriesgar estrellarse contra otras, de un torbellino de excitación, en fin, una cosa superior, Antes de salir en el cochecillo para Kyoto, nos enseñaron una estatua de Buddha hecha en madera de sándalo que, según dicen, tiene cerca de tres mil años y es una de las tres estatuas históricas venidas de la India. He ahí una leyenda para quienes deseen creer en ella.

Al día siguiente de nuestro regreso a Kyoto, fuimos testigos en el Hongwanji oriental de una magnífica ceremonia, en la cual el marqués Otani personalmente representaba a Sakya Muni. Estaba acompañado por un grupo de jóvenes con espléndidos trajes que personificaban a los bodhisattwas. El comité me colocó en un sitio excelente para ver pasar la procesión, y el esplendor de las sedas, del oro, la plata y los trajes bordados hubieran hecho abrir mucho los ojos a los buddhistas del Sud,

educados en la tradición de la austera simplicidad de los trajes y de las costumbres de sus monjes. Otani me hizo lo que se consideró como un honor inaudito, deteniéndose frente al sitio donde yo me encontraba, para hacerme un profundo saludo. De parte de aquel que es para la multitud de sus fieles como una especie de semi-dios, fue un acontecimiento grande como un temblor de tierra. Sin embargo, quedándole muy agradecido por su cortesía, no puedo decir que aquello me hizo el efecto del saludo de un verdadero Buddha, dada la riqueza de los trajes que llevaba, y que valían muy fácilmente, según me parece, 20 ó 30.000 dólares, sino más bien el de un noble de la corte feudal del Japón, tal vez de un gran embajador, educado en la observación de los menores matices del protocolo de las cortes, a fin de dar a la menor cortesía exactamente el grado de significación deseado. En todo caso, comprendí perfectamente que el amo del Hongwanji oriental me había dicho, tan claramente como si hubiera hablado, que los buddhistas del Japón me quedaban muy agradecidos por mis esfuerzos para devolver su influencia a la religión que había consolado a tantos millones de sus antepasados durante quince siglos.

CAPÍTULO LXIV

FIN DE LA JIRA POR EL JAPÓN

Aquella noche formé, o mejor dicho, hice la ceremonia de formar, una Rama local en el Hongwanji: esta Rama jamás ha hecho nada práctico, y me han explicado el porqué en razones tan llenas de sentido común, que impidieron que me disgustase. Cuando discutí el asunto de la extensión de la Sociedad Teosófica en el Japón con los hombres más ilustres de cada secta, me dijeron que si yo quería venir a establecerme en el país, fundarían tantas Ramas como yo quisiera, y con tantos millares de miembros como pudiera desear. Pero que de otro modo sería inútil, porque el espíritu de secta estaba tan desarrollado que nadie querría nunca ingresar en 'una organización en la que, necesariamente, debería haber directivos y simples miembros, y en la que el azar podría hacer que los jefes pertenecieran a una secta antipática a la suya. Sólo un hombre blanco, extranjero, que no formase parte de ninguna secta, ni de ningún grupo social, podría llevar adelante una sociedad semejante, y sería menester que fuese un buddhista sincero; de otro modo, sus intenciones serían sujetas a caución, y yo era el único hombre que ellos conociesen con esas condiciones, de modo que me hacían ese ofrecimiento. Sabiendo eso, y agregando mis relaciones íntimas con los cingaleses y los birmanos, ví que si podía ser reemplazado en mi obra teosófica y ocuparme exclusivamente de los intereses buddhistas, podría muy pronto instituir una Liga Buddhista que lanzaría el Dharma como una marea sobre el mundo entero. Esto fue el motivo principal que me impulsó a ofrecer mi dimisión de la presidencia, y pasársela a H.P.B., por las razones detalladas en mi discurso de la decimoquinta Convención de la Sociedad Teosófica. Mis antiguos lectores recordarán el efecto que le produjo esta proposición. Ella se dió cuenta que me había llevado demasiado lejos, y que si me dejaba, caería sobre su cabeza una avalancha de responsabilidad oficial. De manera que me telegrafió y me escribió que si yo presentaba mi dimisión, ella se daría baja en seguida de la Sociedad. Pero esto no me hubiera detenido si un personaje todavía mucho más elevado que ella no hubiera venido a decirme que aquel proyecto buddhista debía ser retrasado, y que yo no debía abandonar el puesto que se me confiara. Por lo tanto, la Liga Buddhista es una obra espléndida que permanece en la mano cerrada del porvenir, porque es inútil decir que jamás podrá ser realizada por ninguna organización conocida, como agencia buddhista.

El 5 me despedí de los grandes sacerdotes congregados, recomendándoles mucho que conservasen el Comité Central para servirse de él cuando sucediera algo que interesara a todo el Buddhismo.

Hablé por última vez en Kyoto ante el gobernador, el juez y otros personajes importantes, y salí el 6 para Okayama. El gobernador de esta ciudad fue muy amable conmigo durante el tiempo que allí permanecí; me alojaron en el Club, con un espléndido jardín a la moda japonesa, con puentes de piedra y madera, pequeñas islas, colinas artificiales, faroles de piedra, árboles enanos o singularmente recortados y una cantidad de flores. Para mi primera conferencia, el comité había distribuido, por razones insondables, 10.000 tarjetas de invitación cuando el salón no podía contener más de la mitad, Así fue que se produjo a la entrada bastante desorden. Algunos estudiantes de medicina acudieron temprano y se colocaron en las primeras filas para hacer ruido, y una vez trataron de interrumpirme: cuando dije que el Buddhismo había llevado al Japón los refinamientos de la existencia, un joven sentado a mis pies gritó: "¡No! ¡No!" Recordando las advertencias de Noguchi en Madrás, y sabiendo cómo se confunde a los jóvenes conspiradores, dejé de hablar, me volví hacia el joven y lo miré fijamente hasta que se vió objeto de la atención general, y después continué mi frase. Todos se quedaron tranquilos como corderitos.

Terminada la conferencia, vino a buscarme el gobernador para enseñarme una exposición de autógrafos de hombres célebres, es decir, de firmas acompañadas o no de una corta sentencia, y escritas con pincel verticalmente, en grandes caracteres chinos, en rollos de papel o seda. También había pinturas, de las que el gobernador compró una para regalármela. Después di otra conferencia y salimos para varias pequeñas poblaciones. Llegando en barco a una de ellas, fuimos recibidos por millares de personas en el embarcadero y a su alrededor. Una pequeña embarcación, cubierta por un toldo de seda púrpura, me condujo a la orilla en medio de los cohetes, campanas y aclamaciones. Bombas de arcilla que estallaban muy alto sobre nuestras cabezas, soltaban quitasoles, dragones, peces, etcétera, lo cual era nuevo para mí. Pero lo que más me gustó fue ver la bandera buddhista hecha de finas tiras de papel, de los colores debidos, sostenida por un paracaídas tan bien equilibrado con perdigones, que se mantenía quieto en el aire, como si lo hubieran clavado en una pértiga. Una pequeña brisa se lo llevó suavemente, mientras el sol hacía transparentes sus colores. Al momento, me vino a la mente la ficción de la cruz de Constantino con su inscripción *inhoc signo vincs,* y señalando la bonita bandera en el cielo, dije haciendo alusión a dicha historia, probablemente falsa: "Pero nosotros, hermanos míos, vemos aquí el símbolo de nuestra religión, con el cual debemos hacer la conquista del espíritu y del cerrazón de todas las naciones, si nos unimos en cooperación fraternal". Después de la conferencia del día siguiente por la mañana, salí para Hiroshima, uno de los más importantes centros políticos y militares del imperio, en un vapor especial todo empavesado. Al cabo de cinco horas, nos esperaba una recepción todavía más entusiasta. El cirujano militar en jefe, me condujo en su propio coche, en medio de la solemne procesión que se desarrolló lentamente

hacia nuestro alojamiento. El comité de recepción llevaba como emblema una placa circular que tenía la calada una *Swástica* tan bonita, que hice provisión para introducirla entre los buddhistas de Ceylán, y fue adoptada como insignia por la Sociedad de Educación Femenina. Dí las conferencias públicas corrientes, y una para el gobernador, el general Nodzu, comandante del cuerpo de ejército y otros personajes. Me agradó mucho conocer al general Nodzu, porque es a la vez un fiel buddhista, uno de los mejores soldados del imperio, y un hombre de apreciable carácter. Se recordará que en la guerra de China él mandaba una de las dos alas del ejército invasor, y que se cubrió de gloria. He cambiado con él hasta hace poco tiempo cartas relativas a la situación religiosa de su país, en las que dejaba ver claramente su amistosa consideración hacia mí.

De allí a Simonoseki fuí embarcado. Llovía a torrentes en el muelle y sin embargo, la comitiva lo había iluminado con antorchas. A la llegada, bombas, banderas y desfiles de niños como en otras partes. Una bomba, al estallar, desenrolló una larga tira de papel en el que estaba escrito: "Olcott San ha llegado". Me explicaron que era un modo de hacerlo saber a los habitantes de los alrededores a fin de que acudiesen a la ciudad. *San* es la partícula honorífica habitual que se agrega a todos los nombres. Conferencia en el teatro. Partí de Simonoseki para Nagasaki por la gran línea de vapores de Yokohama a Shanghai, y creí encontrarme en un palacio, después de mis recientes experiencias en los pequeños vapores de cabotaje. Tuve la sorpresa en el vapor de hallar para almorzar platos populares norteamericanos, como el hominy y tortas fritas de trigo negro, los que no había comido desde que salí de mi país. En este punto hay algún desorden en mi diario, de suerte que no sé bien cómo me encontré en Igatsu, pero veo que mi comité se sirvió del número oficial de mis oyentes en ese lugar, del que se estaba seguro por el de las tarjetas de entrada, para apreciar el término medio de mis auditorios durante la jira. De modo que como hubo en total 75 conferencias, según su cómputo, habré hablado ante 187.500 personas ciertamente fue uno de los acontecimientos más notables de la historia contemporánea, y nosotros los teósofos, debemos reconocer que poderosas influencias obraban detrás del agente inferior que parecía mover la lanzadera en el telar del Karma.

Llegué a Nagasaki el 18 de mayo, y dí en seguida una conferencia, pero mi excelente intérprete, el profesor Sakuma, estaba enfermo, y esto me valió un incidente desagradable. Tuve dos intérpretes; el primero me oía, después traducía mis palabras al japonés para el otro, quien a su vez las transmitía al público. Tiemblo pensando lo que muy bien podían hacerme decir con semejante método. El comité me dió un banquete como despedida, y me escoltó hasta el puerto en procesión con linternas, y el resultado natural de aquellos esplendores fue hacer que perdiera la salida del barco para el Sud.

Volví a sufrir de mis males intestinales, y los males de intérpretes no me faltaron tampoco; en fin, después de algunos días por el sud del Japón, regresé el 23 a Nagasaki. Di una última conferencia, y

los dos días siguientes se pasaron enel mar interior en medio de paisajes encantadores. Los aproveché para preparar una memoria para los grandes sacerdotes que quisieran enviar estudiantes a Colombo para continuar sus estudios sánskritos, palis o cingaleses, bajo la dirección del gran sacerdote Sumangala. Llegado a Kobé el 27, me ocupé de mi billete de vuelta y otras cosas necesarias para mi partida, sin dejar de dar mi septuagésima sexta y última conferencia, en el Hongwanji. De pie, frente a la puerta, veía toda la ciudad y el puerto de Kobé extendidos ante mí, como un hermoso cuadro iluminado por un sol esplendoroso. Nunca había visto nada tan encantador. Me dieron una última cena en un hotel japonés y a la verdadera moda japonesa, cena ofrecida por los miembros del Comité Central, y en seguida me pidieron que escribiese mi nombre con alguna sentencia moral buddhista en kakemonos como los que se cuelgan en las casas japonesas para adorno. Ya había escrito tantos recuerdos de esta clase durante mi jira, que me hallaba en seco de máximas, como lo dije al Comité. Pero como era el último día, insistieron y cedí. Después, cierto miembro del Comité que gustaba mucho de beber el *saké* (bebida nacional, vino de arróz bastante embriagador), me instaba a que escribiese algo para él. Protesté, porque en Kyoto ya había hecho dos kakemonos para su templo, pero dijo que eran para otros y no para él. Era un muchacho simpático y alegre, y terminé por acceder. Me trajeron un hermoso trozo de seda, la barra de tinta china, el platillo y un pincel. "¿Qué quiere que le escriba?"; pregunté. "¡Oh!, una buena máxima buddhista!", me respondió. De suerte que colocando la seda sobre un pequeño pupitre de laca, tracé gravemente lo siguiente:

"Rompe tu botella de saké si quieres llegar al Nirvana". Todo el mundo se echó a reír cuando tradujeron la sentencia, y él tuvo el ingenio de unirse a la alegría general.

Al otro día salimos en el *Oxus* de las Messageries Maritimes, por el mar interior. Entre los pasajeros iba un cura francés, el padre Villion, un sabio que había pasado veintitrés años en el Japón y conocía a fondo la lengua japonesa y la literatura del buddhismo septentrional. En Shanghai bajamos a tierra, donde pasé buenos momentos con algunos compatriotas. Fui también a visitar la ciudad china y casi me puse enfermo con sus horribles olores, que sobrepasan todo lo que se puede decir ni imaginar. Por la noche, el sacerdote del Hongwanji vino a verme con el gran sacerdote del templo chino y el mandarín militar de la provincia. El gran sacerdote me hizo un regalo precioso para la biblioteca, un ejemplar del *Lalita Vistara,* vida legendaria del Buddha, in folio, en varios volúmenes, en los cuales cada dos páginas se ve un gran grabado en madera. Todos los detalles de la vida del Buddha tal como el libro los relata, están dibujados allí con un arte admirable. El sacerdote y el general chino me invitaron calurosamente para que viniera a China en una jira como la que hiciera en el Japón, pero decliné el ofrecimiento por varias razones.

Por una disposición singular, los vapores de las Messageries Maritimes pasan quince días en

Shanghai hasta la llegada del siguiente. De manera que nos transbordaron al *Natal,* y esa noche me despertaron para recibir la visita del gran sacerdote del templo Zen y de un delegado del general, trayendo una carta suya. También me dieron libros. Por fin, salió el barco a la una de la mañana para Hong–Kong, con buen tiempo. En Hong–Kong, encontré la ciudad desolada, dos días antes había caído una lluvia de 24 pulgadas, que causó pérdidas enormes al comercio, y costó al gobierno 1.500.000 dólares. La calle principal estaba cubierta por tres pies de arena bajada de la montaña, los desagües habían estallado, hubo casas arrastradas y grandes árboles desarraigados llegaron a la ciudad arrastrados por las aguas. El funicular que sube al pico de la montaña estaba detenido y la línea arrancada en varios sitios.

De allí fuimos a Saigón, después hasta Singapoore, y finalmente hasta Colombo, donde arribamos el 18, sin otro incidente que el mal tiempo que sufrimos a partir de Singapoore.

En el local de la Sociedad Teosófica se nos hizo una recepción entusiasta aquella noche, bajo la presidencia del gran sacerdote Sumangala, con representantes de la otra secta, y una multitud improvisada que llenó la sala hasta sofocarse. El salón estaba adornado con guirnaldas, faroles japoneses y trofeos de banderas japonesas y buddhistas. En el curso del informe sobre mi misión; presenté a cuatro jóvenes novicios japoneses que a petición mía eran enviados para estudiar con el gran sacerdote y el pandit Batuvantudawe y llevar copias del cánon pâli. Cada japonés dijo algunas palabras, manifestando el deseo de sus sectas de que se establecieran relaciones estrechas y fraternales entre las dos fracciones hasta entonces separadas de la familia buddhista. El gran sacerdote dijo entonces: "Todos habéis oído el relato de la misión del coronel Olcott en el Japón, y todos debéis sentiros orgullosos y felices. La propagación y mejoramiento del Buddhismo es la obra más noble del mundo, y es la del coronel Olcott. Es cierto que hay algunas diferencias entre el Buddhismo del Norte y el del Sur, pero a pesar de eso los japoneses son buddhistas como nosotros, y como nosotros luchan contra los esfuerzos del Cristianismo; por lo tanto, debemos mirarlos como hermanos. No deberemos olvidar jamás la recepción cordial al coronel Olcott que nos representaba, y el amor fraternal que han demostrado hacia nosotros. Tengo confianza en este comienzo de unión espiritual entre los países buddhistas".

Los cuatro jóvenes sacerdotes me precedieron a Adyar, conducidos por Dhannapala, y allí les hallé instalados cuando fuí.

Una ojeada sobre el mapa del Japón hará ver la extensión de mi jira, desde Sendai al norte, hasta Kunamoto al sud. Pasé en tierra ciento siete días, y durante ese tiempo visité 33 ciudades, en las que dí 76 conferencias públicas o semipúblicas, ante 187.500 oyentes. Hasta entonces no había hecho

tanto; el máximum precedente había sido de cien días en la provincia de Galle con 57 conferencias a favor de la educación buddhista en CeyIán.

Para terminar con lo de mi jira por el Japón, no estará mal dar algunos extractos del testimonio del señor Tokusawa en la Convención de 1890, que resume los resultados tangibles y duraderos de mi misión:

"Hermanos: Mi presencia y la de este otro sacerdote japonés os demuestra la influencia que vuestra Sociedad ha adquirido por su presidente en nuestro lejano país. Con el poco de inglés que sé, no puedo deciros todo lo que el coronel Olcott ha hecho allá. Los efectos de su viaje son tan grandes y duraderos, que la corriente de la opinión pública ha sido enteramente cambiada... Hasta una época muy reciente, las personas instruidas del Japón miraban al Buddhismo y sus sacerdotes con desprecio. Algunos fieles discípulos del Señor Buddha, trataban de contrarrestar la influencia de los cristianos, pero era en vano. En tal momento, los buddhistas oyeron hablar del coronel Olcott y de su obra, y reclamaron su ayuda y simpatía... El éxito ha sido mayor que nuestras más osadas esperanzas. El Buddhismo ha recobrado su vida y los buddhistas comienzan en todas partes la tarea de resucitar su antigua fe. Entre los efectos más visibles de esta resurrección, están las tres universidades buddhistas y diversos colegios que se van a fundar, y la aparición de unos trescientos periódicos que defienden y propagan el Budhismo...

Naturalmente, yo hubiera querido de buena gana irme a mi casa para descansar después de aquel viaje, pero no podía ser y permanecí tres semanas en la isla.

Pronuncié un discurso en Anaradhapura, bajo el histórico árbol de la Bodhi, que fue un retoño cortado del árbol de Buddha Gaya, bajo el cual el Buddha alcanzó la iluminación; y llevado de la India por la hija del emperador Asoka. En fin, visité numerosos lugares para dar conferencias y formar nuevas Ramas, y recuerdo particularmente un discurso al aire libre en medio de un paisaje tan pintoresco, que hubiera deseado tener allí un fotógrafo para conservar un recuerdo. Detrás de mí se levantaba una colina en la cual hay excavado un templo, y un espolón llamado la roca del elefante, avanza emergiendo de la colina. Una muchedumbre de unas 1.500 personas se agrupaba en un anfiteatro natural a mis pies; a la derecha y al frente, un bosque de viejos cocoteros de cuyos troncos habían colgado banderas y otros adornos, que daban la nota requerida de colores vivos. Leadbeater y dos japoneses arengaron a la multitud con éxito. Se dió a la Rama el nombre de Mliyadeva, que es el del último de los grandes Adeptos históricos, muerto no sé cuándo, pero hace mucho tiempo. Desde entonces Ceylán no ha poseído Arhat reconocido, y no es sorprendente que el Buddhismo haya ido siendo cada vez menos y menos espiritual, de modo que hoy se buscaría en vano un hombre al que el

pueblo pudiese venerar, por demostrar la verdad de la eficacia del sistema de Yoga esotérico practicado y enseñado por el Fundador. Esto es lo que hace tan difícil mi obra entre ellos; todo lo que desean es dar educación intelectual y moral a su familia, lo espiritual no está a su alcance, y cuando llegué a la isla me contaron la historia ridícula de que el tiempo de los Arhats han pasado, y en cambio el mismo Buddha ha dicho claramente que nunca faltarían Arhats si los miembros de la Sangha observaban los diez preceptos (ver mi *Catecismo Buddhista)*.

En fin, después de bajar hasta el extremo sud de la isla, regresé a Colombo, y el 8 de julio me embarqué para Madrás, y mi Adyar bendito me volvió a ver el día 11, siendo el más feliz de los hombres que vuelven a su casa.

FIN DE LA OBRA